Israel

La tierra más disputada

Joan B. Culla - Adrià Fortet

PENÍNSULA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Citas
Introducción
1. Un hijo de Europa (1850-1904)
2. Retorno a la tierra y descubrimiento del otro (1882-1920)
3. Con el arado y el fusil (1920-1945)
4. El reparto (1945-1949)
5. Consolidarse en el rechazo (1949-1967)
6. Goliat suplanta a David (1967-1982)
7. Entre Beirut y Kuwait (1982-1990)
8. El espejismo del compromiso (1990-1996)
9. La dialéctica infernal (1996-2003)
10. La tentación unilateral (2003-2009)
11. Un oasis en medio de la tormenta (2009-2018)
12. Crisis política y fractura social (2018-2023)
Epílogo. Ajedrez letal
Bibliografía y otras fuentes
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

SINOPSIS

Hace dos décadas, Israel. La tierra más disputada expuso de manera exhaustiva y documentada el nacimiento y desarrollo del Estado judío desde la irrupción del sionismo a finales del siglo XIX hasta la muerte de Arafat, así como su principal derivada, el conflicto entre israelíes y palestinos.

Esta es una versión actualizada y ampliada de la obra, que recoge los acontecimientos más relevantes de los últimos veinte años: el fracaso de la apuesta unilateral de Ariel Sharon, el impacto de la Primavera Árabe, los encontronazos entre Netanyahu y Obama, los Acuerdos de Abraham y la grave crisis sociopolítica que ha afectado a Israel en el último quinquenio y que se ha manifestado en cinco repeticiones electorales y protestas multitudinarias que han paralizado el país. El libro termina con la guerra desatada en Gaza tras el ataque de Hamás del 7 de octubre.

Con el mismo rigor y el propósito de explicar sin justificar ni juzgar, esta nueva edición se afianza como un libro de referencia sobre la historia más completa de Oriente Medio y el trascendental conflicto que la atraviesa.

Israel. La tierra más disputada

Del sionismo al conflicto de Palestina

Joan B. Culla
Adrià Fortet

PENÍNSULA

¿Quiere usted fundar un Estado sin que haya efusión de sangre, sin usar la fuerza ni la astucia, abiertamente, honestamente, solo vendiendo y comprando acciones? ¿Dónde se ha visto algo así?

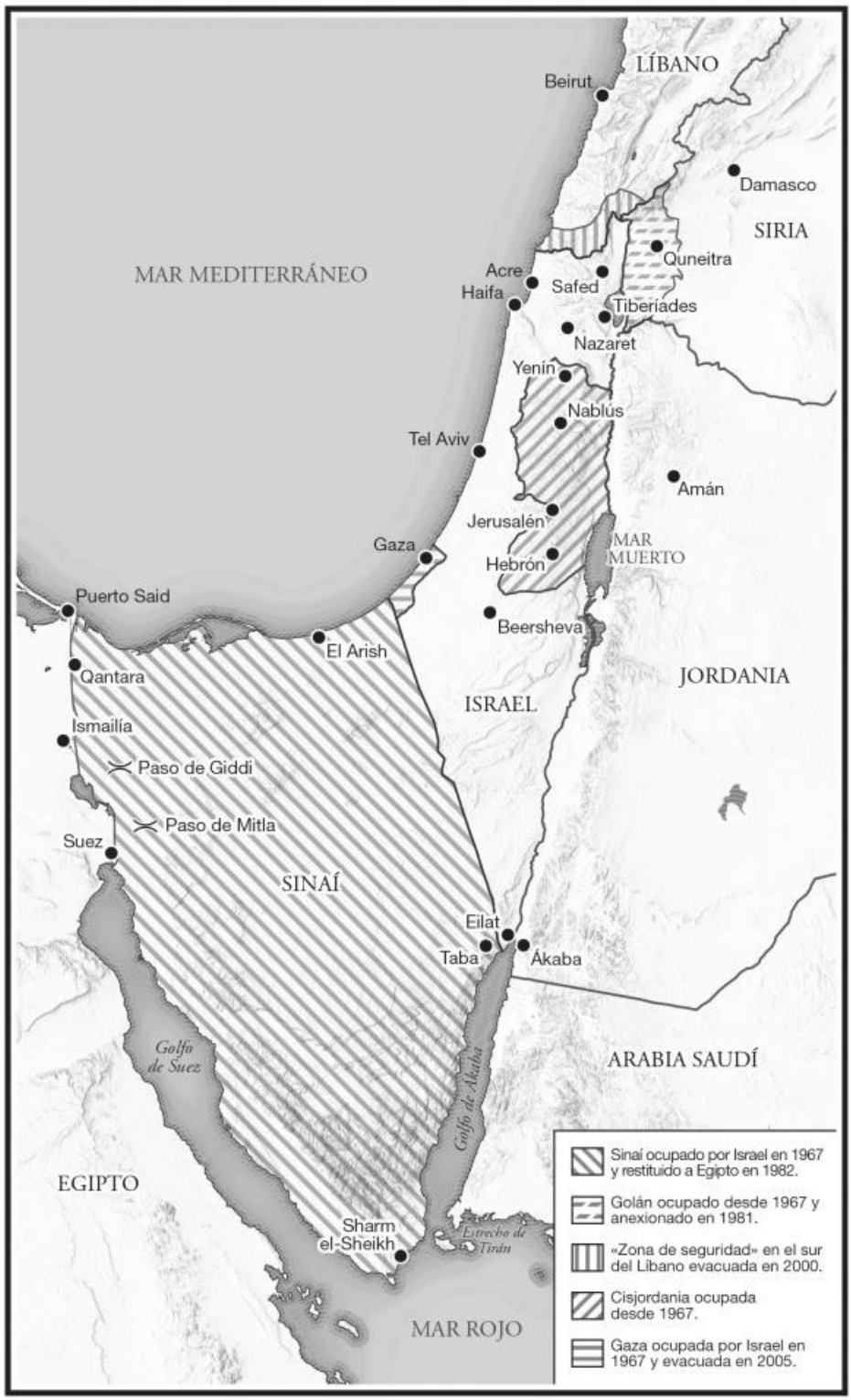
De una carta del sociólogo LUDWIG GUMPLOWICZ
a THEODOR HERZL, diciembre de 1899

En cierto sentido, este Estado será un escaparate y, al menor bostezo, al menor gesto, seremos el objetivo de los fotógrafos de todo el mundo. El menor de nuestros actos, el más pequeño de nuestros fracasos saldrá en la primera página de todos los diarios del mundo.

PINHAS LAVON, dirigente sionista-socialista,
febrero de 1948

Israel es un sueño hecho realidad. Y, como tal, está condenado a tener fallos y defectos. El único modo de que un sueño se mantenga intacto es no hacerlo realidad.

AMOS OZ, octubre de 1991


LÍBANO
Beirut
Damasco
SIRIA
Quneitra
MAR MEDITERRÁNEO
Acre
Haifa
Safed
Tiberíades
Nazaret
Yenín
Nablús
Tel Aviv
Amán
Jerusalén
Gaza
MAR MUERTO
Hebrón
Puerto Said
Beersheva
El Arish
Qantara
JORDANIA
ISRAEL
Ismailía
Paso de Giddi
Paso de Mitla
Suez
SINAÍ
Eilat
Taba
Akaba
Golfo de Suez
Golfo de Akaba
ARABIA SAUDÍ
EGIPTO
Sharm el-Sheikh
Estrecho de Tirán
MAR ROJO
Sinaí ocupado por Israel en 1967 y restituido a Egipto en 1982.
Golán ocupado desde 1967 y anexionado en 1981.
«Zona de seguridad» en el sur del Líbano evacuada en 2000.
Cisjordania ocupada desde 1967.
Gaza ocupada por Israel en 1967 y evacuada en 2005.

Introducción

En la configuración de nuestra opinión pública —occidental, europea— respecto del litigio árabe-israelí o israelo-palestino, respecto de aquello que venimos denominando con optimismo «el conflicto de Oriente Próximo» —como si en aquella región no existiera más conflicto que ese, como si Iraq, Siria o el Yemen fuesen plácidas balsas de aceite— se produce un fenómeno singular, tal vez único: todo el mundo tiene, o cree tener, una posición tomada y definida ante el contencioso, un punto de vista formado. Cualquier persona que colabore en un periódico —aunque sea como autor de chistes gráficos— se siente autorizada para utilizar su viñeta, o su tira, o su crítica cinematográfica, si de tal cosa se ocupa, para tomar partido en la confrontación entre Israel y Palestina; cualquier entidad, asociación, grupo político u ONG se siente capaz de formular doctrina propia —a menudo, bajo la forma más contundente y categórica— sobre los derechos y las culpas de aquellas dos comunidades enfrentadas; cualquier corresponsal espontáneo osa enviar a los diarios una carta al director donde otorga enfáticamente la razón a un bando y abomina del otro; cualquier tertulia, ya sea mediática o de café, que se ocupe de Oriente Próximo permite escuchar un puñado de sentencias definitivas que, al parecer de sus autores, dejan la tragedia palestino-israelí juzgada de manera irrevocable…

Sostengo que esta es una conducta singular porque ¿quién, entre nosotros, se ha atrevido a prescribir fórmulas de solución a la guerra civil siria que estalló en 2011 y que ya acumula más de 600.000 muertos? Después del genocidio de 1994 en Ruanda (entre medio millón y un millón de muertos), ¿quién ha vuelto a preocuparse de la suerte de las dos comunidades enfrentadas, hutus y tutsis, y de si la situación actual en la región de los Grandes Lagos les hace o no justicia? ¿Quién se manifiesta, recoge firmas o hace *lobby* a propósito de la guerra de Yemen, que dura desde 2014 y ha causado quizá 60.000 muertes directas? Paradójicamente, y a pesar de que otros conflictos han sido infinitamente más mortíferos que el de Israel-Palestina —durante el mismo período o incluso en toda su historia—, nuestras opiniones públicas los contemplan en respetuoso silencio, dejando que sean los escasos especialistas o conocedores directos del terreno quienes arrojen alguna luz.

¿Qué cabe entonces deducir de la facundia mediática, de la locuacidad general, de la admirable facilidad con que casi todo el mundo enarbola palabras contundentes (*apartheid*, genocidio…), concede y niega legitimidades, criminaliza y canoniza todo lo que se refiere al agónico duelo entre palestinos e israelíes? ¿Cabe deducir de tanta vehemencia «opinadora» que existe a nuestro alrededor un amplio conocimiento de las raíces y las complejidades de aquel conflicto, que creadores y consumidores de opinión están familiarizados con los factores demográficos y económicos, políticos y militares, culturales y religiosos que lo caracterizan y lo condicionan? Creemos rotundamente que no. Muy al contrario, cuatro décadas —en el caso de uno de los autores— de aproximación intelectual al tema, la participación en incontables debates, coloquios, mesas redondas, conferencias y charlas acerca de Israel y Oriente Próximo, incluso

los cursos universitarios de máster dedicados a la materia, permiten certificar un desconocimiento tan generalizado como transversal a todo tipo de colectivos profesionales o culturales, desde el tópico ciudadano de la calle hasta el académico o el periodista. En un ambiente en el que, a menudo, todavía es preciso explicar la diferencia entre «árabe» y «musulmán», o entre «judío» e «israelí» —no digamos ya entre «sunní» y «chií», o entre «israelí» e «israelita»—, saber si los territorios ocupados de Cisjordania y Gaza suman 6.000 kilómetros cuadrados o 30.000, si el proceso de reasentamiento judío en Palestina comenzó en la década de 1880 o en la de 1920, conocer qué alcance exacto tiene la «cuestión de los refugiados» palestinos y su eventual retorno constituyen preguntas exóticas para la inmensa mayoría de los que siguen con genuina preocupación y con espontánea vehemencia el interminable litigio y deploran sus brutales efectos.

Entre nosotros, pues, el innegable interés que el tema despierta se ve peligrosamente alimentado por los tópicos, los clichés y las ideas recibidas que, a base de verlas repetidas, adquieren categoría de dogmas: el mito reversible de David contra Goliat, el estigma arrojadizo del «terrorismo», las lamentables analogías con el nazismo, las reminiscencias culturales de la Guerra Fría… Frente a la simplicidad de los tópicos, empero, existe una realidad complejísima, y es a esta realidad intrincada a la que las páginas siguientes quisieran consagrarse. El subtítulo del libro —«El sionismo, Israel y el conflicto de Palestina»— constituye no una confesión de parcialidad, sino una advertencia de que el hilo conductor del estudio será la experiencia histórica israelí; con idéntica legitimidad y la misma voluntad de comprensión global que poseen aquellos otros trabajos —bien numerosos— que se aproximan al tema más bien desde una perspectiva árabe, o arabopalestina. Y con un propósito firme: explicar; no justificar, ni juzgar.

Este es, eminentemente, un libro de historia; de una historia tan contemporánea que sus últimos párrafos habrá que buscarlos en el diario de hoy, pero de historia. Opinamos que uno de los peores vicios intelectuales con que solemos acercarnos al explosivo escenario de Israel-Palestina es el presentismo; el creernos que todo comenzó con el último atentado suicida, o con la más reciente represalia militar, o todo lo más con la guerra de 1967; el pensar que, en cualquier momento, los dos bandos pueden poner los contadores a cero y empezar a discutir *ex novo*. Pero, cuando se los escucha a ellos, se percibe que no es así; que, para los palestinos, la matanza de deir Yassin de 1948 resulta tan cercana y tan significativa como para los israelíes la matanza de Hebrón de 1929; que la declaración Balfour de 1917 o la Resolución 181 de la Asamblea General de la ONU de 1947 no son amarillentas piezas de museo, sino proyectiles en la batalla dialéctica, argumental y propagandística de ahora mismo.

Sí, puede que al modo de los Balcanes, según el famoso diagnóstico de Churchill, también en Oriente Próximo se destile más historia de la que pueden consumir. En cualquier caso, es imprescindible conocerla si queremos entender la naturaleza del conflicto, su carácter envenenado, la violencia creciente que lo caracteriza. Es imprescindible incluso como atalaya desde la que avizorar una posible solución de compromiso. Más allá del impacto dramático que nos causan cotidianamente las noticias y las imágenes fechadas en Jerusalén, en Yenin, en Gaza o en Tel Aviv, es preciso saber cómo y cuándo surgieron los dos nacionalismos que se disputan aquella tierra, qué factores endógenos y exógenos los nutrieron y les dieron forma, cuál ha sido el papel —cambiante— de las sucesivas grandes potencias, el de la opinión pública internacional, el del mundo árabe, qué une y qué separa a las dos sociedades enfrentadas… Ojalá

que, a lo largo de los próximos capítulos, todas estas grandes cuestiones o, por lo menos, algunas de ellas encuentren respuestas precisas, inteligibles y ponderadas. No conclusiones definitivas ni verdades absolutas porque, justamente, el peso de lo absoluto, de lo sagrado, de lo trascendente —de los dogmas— es uno de los lastres más pesados y negativos que arrastra este conflicto en el que se disputan tantas cosas «santas».

1

Un hijo de Europa (1850-1904)

LOS RETOS DE LA MODERNIDAD

Esta historia no comienza en las montañas de Galilea, ni tras los muros de Jerusalén, ni en las orillas del Jordán, sino en el centro mismo del continente europeo que, durante la segunda mitad del siglo XIX, acoge alrededor del 85% de los entre ocho y diez millones de judíos del mundo. Si, para todas las sociedades continentales, aquella es una centuria de transformaciones revolucionarias en el terreno político —con el triunfo casi general del liberalismo y la eclosión del socialismo—, en el económico —con la expansión imparable del capitalismo industrial—, en el social —con los procesos de secularización, de urbanización, de proletarización, con el aumento espectacular de la movilidad humana…—, en el cultural —con el avance de la alfabetización y de la enseñanza, el desarrollo de la prensa, las nuevas tecnologías en la transmisión de noticias…—, el impacto de estos cambios gigantescos tenía que ser aún más traumático para una comunidad tan anómala como la judía, hecha de pedazos, sin una base territorial, sin instituciones políticas, marcada por siglos de persecución, de discriminación o de ostracismo.

Iniciado con la Revolución francesa, el proceso de emancipación política de los judíos de la Europa occidental y central ha derribado los muros de los guetos; pero el gueto no era solo un recinto de reclusión, era también el refugio de valores, de tradiciones, de certezas inmutables; fuera del gueto, los judíos resultan mucho más permeables a las influencias exteriores y se ven brutalmente interpelados por las grandes mutaciones del siglo. Desde la Ilustración —que ha tenido una brillante versión judeoalemana bajo el nombre hebreo de Haskalá—, la religión retrocede en todas partes frente a la razón y la ciencia, y las sociedades se secularizan, y las creencias sobrenaturales empiezan a ser un hecho individual, no social.

Pero, entonces, ¿qué pasa con los judíos, para los cuales la fe ha sido durante dos milenios la base de la identidad, y la religión, una especie de «patria portátil»? Si, como sostienen muchos ilustrados hebreos de cultura germánica, el judaísmo se reduce a una religión privada, desnuda de cualquier carácter identitario, en ese caso los conceptos de pueblo judío y, todavía más, de nación judía dejan de tener sentido. Ahora bien, ¿será posible persuadir a unos cuantos millones de personas —sujetas a condiciones políticas, económicas y sociales muy diversas, pero en general poco confortables— para que abjuren de un sentimiento unitario de pueblo, y ello en medio de esta Europa que bulle de efervescencia «nacionalitaria»? Cuando todo el mundo, desde los irlandeses hasta los búlgaros, de los alemanes a los finlandeses, de los polacos a los serbios, pugna por alcanzar su plena «realización nacional», ¿los judíos deben renunciar a ello? ¿Cuáles deben ser, pues, su papel y su destino en el mundo moderno?

Esta clase de interrogantes recibieron, a lo largo de seis o siete décadas, un amplísimo abanico de respuestas, tan amplio como variadas eran las situaciones y las expectativas de una u otra comunidad, de este o de aquel individuo; tan amplio como cambiantes eran las circunstancias político-sociales de un país a otro y de un instante a otro; tan amplio como intenso es el gusto por la discusión, por la crítica y la discrepancia en la idiosincrasia judía. Sin incurrir, empero, en una casuística excesiva, las reacciones del judaísmo europeo ante las oportunidades y las amenazas del ochocientos se pueden resumir en media docena de modelos de conducta.

En la Europa occidental, en aquellos países como Francia, Gran Bretaña, Alemania o Austria, donde la completa igualdad jurídica de los judíos con el resto de los ciudadanos parece una conquista alcanzada o inminente, la apuesta predominante es la asimilación social, cultural y política. En la estela de la Haskalá o Ilustración judía, decenas de miles de hebreos liberales y cultivados adoptan fervorosamente la lengua y el patriotismo del país donde viven: «¡Queremos pertenecer a la patria alemana!», clama el jurista judío hamburgués Gabriel Riesser (1806-1863); obligado por el cambio de soberanía de su Alsacia natal a escoger entre la ciudadanía francesa y la alemana, el industrial de Mulhouse, Raphaël Dreyfus, opta en 1872 por Francia, y uno de sus hijos, Alfred, refuerza la adhesión a la República abrazando la carrera militar.[1] En toda el área citada, la nueva burguesía abandona gradualmente el hebreo, incluso en la sinagoga, mientras se multiplican los matrimonios mixtos y proliferan los intelectuales descreídos.

Una parte de estos judíos asimilacionistas cultivan aún la ilusión de la simbiosis judeoeuropea, de la compatibilidad entre ser judío, como individuo, y, como ciudadano, ser alemán o francés o inglés. Rechazando una ortodoxia que encuentran —con no poca razón— apolillada, rutinaria y fósil, promueven una religión mosaica modernizada y racionalizada, un judaísmo edulcorado y cada vez menos judío, mientras aplauden las reformas litúrgicas y rituales que hacen de muchas sinagogas lugares cada vez más parecidos a los templos protestantes.

Otros hebreos son más expeditivos y, viendo en el bautismo el irrevocable certificado de admisión en la civilización occidental, el trampolín hacia el reconocimiento social, la garantía contra discriminaciones y recelos, se inclinan por el cambio de religión. «Apenas un diez por ciento de todos los sabios que han salido de familias judías desde 1812 han permanecido fieles al judaísmo», escribía a mediados de siglo el ya citado G. Riesser[2] para subrayar la magnitud del fenómeno entre las élites de la inteligencia. En efecto, si Moses Mendelssohn (1729-1786) había sido el máximo y más admirado exponente de la Ilustración judía, cuatro de sus seis hijos se convirtieron, y sus nueve nietos ya son todos cristianos excepto uno. Idéntica trayectoria siguen el poeta romántico Heinrich Heine, converso al protestantismo en 1825, o la familia del abogado de Tréveris, Heinrich Marx —incluido el hijo Karl, de seis años de edad— que se han bautizado en 1824. En 1817, Isaac d'Israeli, un escritor inglés de ideas volterianas y origen sefardita pasado por Italia, decide procurar a sus dos hijos adolescentes una vida más fácil y los hace bautizar en la fe anglicana; los neófitos se llaman Sarah y Benjamin, y este último llegará, medio siglo más tarde, a destacadísimo primer ministro de la reina Victoria.

Más hacia el este de Europa, donde la densidad de población judía es muy superior y las condiciones políticas y sociales que soporta mucho más difíciles, se podría decir que el entorno hostil y lo angosto de las perspectivas asimilacionistas preservan y hasta refuerzan la identidad judía. Allí, en Polonia y en Rusia, la secularización y la modernidad suscitan en el mundo judío instruido una renovación cultural que, bajo el nombre de Hohmat Israel (Sabiduría o Inteligencia

de Israel), pivota sobre la utilización del hebreo escrito para usos profanos (literarios, periodísticos…) y posee una transparente dimensión nacional y liberadora, aunque todavía no política. Críticos con la rígida ortodoxia rabínica, intelectuales como David Gordon (1831-1886) —el presunto creador de la palabra *leumi*, 'nacional' en hebreo—, Peretz Smolenskin (1842-1885) o Moses Lilienblum (1843-1910) afirman que la emancipación debe tener también una vertiente colectiva, y promueven la adaptación gradual del judaísmo al mundo de las naciones.

Smolenskin, en concreto, afirma el carácter nacional de la identidad judía —«durante cuatro mil años hemos sido hermanos e hijos de un pueblo. Tal unidad puede provenir solamente de un sentimiento fraternal, de un sentir nacional que hace que cada persona que ha nacido judía declare: "soy hijo de este pueblo…"»[3]—, carácter que debe suplir el papel cohesionador de una religión en declive, y considera que el territorio no es el criterio esencial de la nación; son más importantes los atributos culturales (la lengua hebrea), la herencia espiritual y ética, el sentimiento de pertenencia. Como muchos otros elementos cultivados y emprendedores entre los cinco millones largos de súbditos hebreos del zar Alejandro II, Smolenskin desea para su pueblo la autonomía cultural y lingüística en el seno de una Rusia evolucionada.

Sin embargo, el emperador reformista Alejandro II cae asesinado en marzo de 1881 por la bomba de un revolucionario y, acto seguido, se desata sobre el país un huracán reaccionario, tradicionalista y antioccidental. «Represivo contra la sociedad rusa, Alejandro III —el nuevo zar — lo fue tanto o más hacia las comunidades no rusas del imperio y los miembros de las confesiones extrañas a la Ortodoxia.»[4] Para los judíos, que ocupan el peldaño más bajo en la jerarquía étnica y se concentran en las ciudades de una Zona de Residencia obligatoria comprendida entre Cracovia y Vitebsk, entre Kovno y Odesa, para los judíos secularmente estigmatizados como usureros, deicidas y subversivos, el magnicidio de 1881 tiene unas consecuencias catastróficas.

La palabra rusa «pogromo» (de *po*, 'completamente', y *gromit*, 'destruir') evoca de manera muy pálida la oleada de terror y de sangre que golpeará a las comunidades judías de Ucrania occidental, Polonia, Bielorrusia y Lituania durante más de un año, hasta mediados de 1882. El balance cuantitativo de los 259 pogromos que se registran es de casi cien muertos, cientos de heridos y de mujeres violadas, miles de casas y negocios saqueados o arrasados. El trauma moral, no obstante, resulta devastador: más que la violencia de las multitudes fanatizadas, son la pasividad cómplice de las autoridades zaristas y el silencio complaciente de las élites rusas lo que provoca, entre los hebreos del imperio, el desmoronamiento de la confianza en la propia emancipación y la integración dentro de una Rusia capaz de progresar. Dado que, después de las algaradas antisemitas, nuevas discriminaciones, expulsiones y restricciones (domiciliarias, educativas, profesionales) acentúan todavía la atmósfera de miedo, de vulnerabilidad y de penuria en el seno de las comunidades judías, crece la sensación de que ningún judío está ya seguro en lugar alguno del inmenso país; de que, en Rusia, no hay futuro para los judíos.

Al nivel de las minorías ilustradas, el dramático impacto de los pogromos de 1881-1882 acelera —como veremos después— la cristalización doctrinal del nacionalismo judío, la emergencia del protosionismo organizado; frente a la gravedad de la agresión, se impone una respuesta nacional, se precisa una política judía autónoma que movilice a las masas propias y no confíe en la buena voluntad de los demás. Esta, sin embargo, es una réplica elaborada y gradual, a medio o largo plazo, y muchísimos judíos aterrados y desvalidos no pueden esperar tanto, de

modo que optan por una solución inmediata, instintiva y apolítica: la huida. De hecho, la emigración judía desde el Imperio ruso no era algo nuevo; la presión demográfica dentro de la comunidad (con tasas de crecimiento anual de hasta el 4%) y la asfixia económica en la Zona de Residencia ya han empujado a muchos miles de hebreos, durante las décadas anteriores, hacia la Europa central y occidental, hacia las zonas suburbiales de ciudades como Viena o Budapest, hacia el Marais parisino o el East End londinense.

Pero ahora los pogromos dan a la emigración aires de éxodo bíblico: solo durante el período de los alborotos antisemitas de 1881-1882 huyen precipitadamente de Rusia entre 30.000 y 40.000 hebreos; desde ese momento y hasta 1914, casi tres millones de judíos abandonarán la Europa oriental en busca de la seguridad física, de los derechos civiles y de un porvenir menos mísero. Marchan, naturalmente, los más pobres, familias enteras que desoyen las consignas de permanencia de los notables comunitarios, pero hallan el auxilio de organismos filantrópicos y comités caritativos judeo-occidentales, como la Alliance Israélite Universelle. Este flujo migratorio, que las convulsiones rusas engrosan hasta niveles espectaculares (100.000 individuos solo el año 1891, 125.000 en 1906…), vierte más de dos tercios de su caudal humano en los Estados Unidos de América, y el resto en Argentina, Canadá, Sudáfrica, Australia… o la Europa occidental, que de escala de tránsito se convierte, a veces, en destino definitivo. En todo caso, se trata de un movimiento demográfico crucial para la configuración del judaísmo contemporáneo, puesto que desplaza su centro de gravedad desde el Este hacia el Oeste y propicia una fecunda mezcolanza entre corrientes culturales y políticas judías muy aisladas hasta entonces.

Sin embargo, la emigración está lejos de ser la respuesta universal al antisemitismo por parte de una comunidad judeorrusa en que la fuerte natalidad compensa con creces el drenaje de los que se van. Sometidos a una doble opresión —individual y colectiva, como súbditos de la autocracia y como miembros de un grupo discriminado— y poseedores de una instrucción media o superior que acentúa en ellos la conciencia de los agravios sufridos,[5] muchos jóvenes estudiantes y trabajadores judíos depositan sus esperanzas emancipatorias en la lucha por los derechos civiles y políticos sobre el terreno, en una revolución que transforme Rusia, y se incorporan en gran número a los movimientos subversivos antizaristas. El fenómeno, que se convertirá en uno de los tópicos predilectos del repertorio antisemita, tiene un fundamento cuantitativo innegable: entre 1884 y 1890, de los 4.307 revolucionarios fichados por la Okhrana o policía política imperial, 579 son judíos (esto es, el 13,5%, cuando los hebreos representan apenas el 4% de la población total); durante el convulso año 1905, un 37% de los deportados a Siberia por «activismo revolucionario» son judíos.

Este compromiso político con el marxismo admite, empero, dos variantes, según si toma o no en cuenta el particularismo nacional y cultural de los hebreos rusos. Una porción de la juventud judía militante, la más asimilada y de extracción más acomodada, considera que el antisemitismo zarista es solo una faceta más del sistema reaccionario que la inminente revolución derribará para abrir paso a la nueva sociedad libre e igualitaria, en el seno de la cual el judaísmo está destinado a desaparecer lo mismo que tantas otras antiguas identidades de clase, de creencia o de origen étnico.[6]

Así pues, rechazan la necesidad de una plataforma revolucionaria específicamente hebrea y, desde 1898, se enrolan en el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, del cual algunos de estos activistas llegarán a ser altos dirigentes, aunque sea bajo seudónimos o alias que disimulan su

ascendencia judía: Lev Davidovich Bronstein, conocido como Trotsky; Iulii O. Cederbaum, conocido como Julius Martov; Lev Borisovich Rosenfeld, conocido como Kamenev; Grigori E. Radomylsky, conocido como Zinoviev; Meier Vallach, conocido como Maksim Litvinov; Karol Sobelsohn, conocido como Karl Radek; Salomon Abramovich Dridzo, conocido como Alexander Losovsky, o Lazar Mosseyevich Kaganovich, entre muchos otros.

Otros jóvenes marxistas, más impregnados de la rica tradición cultural judeorrusa, más sensibles a la dramática condición del proletariado hebreo en las ciudades de la Zona de Residencia, creen que los judíos son —como los polacos, los finlandeses o los georgianos— un grupo nacional específico dentro del mosaico ruso, que la clase obrera judía no puede delegar la propia emancipación a otros, y que el objetivo común de la revolución en Rusia requiere un partido socialista judío que tenga como vehículo la lengua (el yiddish o judeoalemán) de aquellos a quienes pretende movilizar. Este partido será la Unión General de los Obreros Judíos de Rusia, Polonia y Lituania, en yiddish *Der Algemayner Yiddisher Arbeiter Bund in Lito, Poyln un Rusland* o, simplemente, el Bund, constituido clandestinamente en Vilna el otoño de 1897 bajo la inspiración principal del estudiante de ingeniería Arkadi Kremer.

Expresión de un socialismo nacional y contrario a la asimilación, pero no nacionalista, el nuevo grupo considera que para los judíos, nación sin territorio, la vía de la normalización colectiva no pasa por dotarse de un Estado burgués propio —cosa ni posible, ni conveniente—, sino por obtener una plena autonomía nacional-cultural, con el yiddish como elemento vertebrador y las tesis austromarxistas de Otto Bauer como referente, en el seno de una federación rusa.[7]

Aun cuando, medio año después de nacer, el Bund ya brinda un apoyo decidido a la creación del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (el POSDR, del cual constituye una sección autónoma) y a pesar de la franca hostilidad de los bundistas hacia la coetánea eclosión del sionismo político, la izquierda rusa no tardará en volverse contra el partido judío, acusándolo de «separatista», de «particularista» y de dividir a la clase trabajadora. «La idea de una “nación judía” contiene un carácter manifiestamente reaccionario», escribe Lenin.[8] Más ingenioso, pero no más exacto, Georgii Plekhanov define a los bundistas como «sionistas que temen marearse…».

A la escalada verbal sigue la ruptura orgánica: el verano de 1903, durante el segundo congreso de la socialdemocracia rusa —aquel que consumará la división entre bolcheviques y mencheviques—, el Bund abandona el POSDR para convertirse en un temible competidor de este, tanto en la captación del proletariado judío como en el seno de la mal avenida familia marxista de Rusia: en 1905, el Bund ya suma 35.000 miembros, cuatro veces más que los socialdemócratas por las mismas fechas; en enero de 1917, el partido bolchevique solo reúne a 958 judíos sobre 23.000 militantes, mientras que el Bund llega a los 40.000.[9]

El asimilacionismo burgués occidental, el nacionalismo cultural del Hohmat Israel, la emigración trasatlántica de masas, el asimilacionismo revolucionario de matriz marxista, el autonomismo socialista del Bund…; he aquí el repertorio de respuestas que los dilemas de la modernidad suscitan entre los judíos de Europa a lo largo del siglo XIX. Este es el contexto, y estos, los competidores en medio de los cuales surge, también, el sionismo.

EL PROTOSIONISMO

Según uno de sus más acreditados estudiosos,[10] la palabra «sionismo» fue pronunciada por vez primera en público durante una velada de debate, en Viena, el 23 de enero de 1892. Sin embargo, la idea sionista es infinitamente más antigua que el vocablo; en la medida que se la puede asociar con una nostalgia de origen religioso —«el año próximo, en Jerusalén…»—, con la creencia mesiánica en el retorno a Sión, esta idea resulta tan milenaria como la misma diáspora judía. Ahora bien, ni la antigüedad de este sentimiento, ni la persistencia de un vínculo emocional entre los judíos dispersos y la vieja tierra de Israel tuvieron consecuencias prácticas hasta bien entrado el siglo XIX, bajo los efectos de la secularización y del contacto entre el mundo hebreo y las grandes corrientes ideológicas europeas de la época (el liberalismo, el nacionalismo, el socialismo…).

Paradójicamente, muchos de los primeros proyectos o sugerencias de una restauración territorial judía en Palestina surgen de autores cristianos. La atmósfera cultural del romanticismo, el componente milenarista dentro del protestantismo anglosajón (que vincula el segundo advenimiento del Mesías y la instauración del Reino de Cristo con la previa reunión de los judíos en Tierra Santa), y también la decrepitud del Imperio otomano, que espolea las ambiciones estratégicas de Occidente sobre el Oriente Próximo, todos estos factores están detrás de una serie de propuestas e iniciativas de naturaleza muy diversa: las gestiones del conde de Shaftesbury y del coronel Charles Henry Churchill cerca del gobierno británico, entre 1839 y 1854, con vistas a promover la reinstalación de judíos en Palestina y en la perspectiva de crear allí un Estado protegido por las potencias; la aparición de obras literarias que evocan o propugnan el establecimiento en Palestina de un centro nacional, de una patria para los judíos (*Alroy* en 1833, *Coningsby* en 1844 y *Tancred* en 1847, tres novelas de Benjamin Disraeli, *La femme de Claude*, popular pieza teatral estrenada por Alexandre Dumas hijo en 1873, la novela de 1876 *Daniel Deronda*, de la escritora inglesa George Eliot…); las tesis del francés Ernest Laharanne, alto funcionario de Napoleón III, autor en 1860 del libro *La nouvelle question d'Orient: empires d'Égypte et d'Arabie; reconstitution de la nationalité juive*, donde contempla la creación de un gran Estado árabe y de un Estado hebreo —la Nueva Judea— sobre los territorios asiáticos del Imperio turco; la actuación del aventurero inglés sir Lawrence Oliphant, que a partir de 1879 estimula el asentamiento de judíos rusos y balcánicos en las dos orillas del Jordán con el propósito de que fortalezcan la posición otomana frente al expansionismo zarista, o el memorial titulado *Palestine for the Jews*, que poco antes de 1900 hacen llegar al presidente de los Estados Unidos más de cuatrocientas personalidades norteamericanas encabezadas por el evangelista William Blackstone.[11]

Estos planteamientos, y otros semejantes formulados también por autores hebreos desde el primer tercio del siglo XIX, son a veces lúcidos en el análisis del problema judío en Europa, y alguno resulta incluso profético, o suscita, ocasionalmente, cierto debate; pero, en general, se trata de elucubraciones librescas, tan artificiales como los falansterios y las icarias del coetáneo socialismo utópico, prematuras con relación al estado de la conciencia social judía de aquel momento y desprovistas de cualquier perspectiva práctica.

Es aún en este estadio de la teoría sin la acción donde debemos situar la figura de Moses Hess (1812-1875) y su contribución doctrinal pionera al protonacionalismo judío. Alemán de Renania asimilado y descreído, socialista hegeliano seducido durante un tiempo por Marx y seguidor de Lassalle después, Hess regresa, hacia 1860, cual hijo pródigo a sus raíces judías y, a la luz del proceso unificador italiano, escribe *Roma y Jerusalén. La última cuestión de nacionalidades*, que se publicará en 1862. Las ideas esenciales del libro son la afirmación de la persistencia, irreductible, de la identidad judía y de su carácter nacional, un análisis muy pesimista sobre el antisemitismo europeo —del que anticipa el recrudecimiento y la mutación racista—, y la propuesta, como única vía de normalización nacional, del retorno a la tierra, a Palestina, que la decadente Turquía cederá a cambio de dinero. Según Hess, que no espera una emigración generalizada, bastará con que una parte de las masas judías orientales, del «proletariado» hebreo, se instale en la antigua patria para levantar allí un Estado, un Estado profundamente socialista con valor de modelo universal.[12]

A pesar de que las tesis de Hess no tienen ninguna influencia inmediata —de su libro, con una tirada de 1.500 ejemplares, se han vendido solo 160 copias un año después…—, otras voces precursoras del sionismo se levantan, por la misma época, en diversos lugares de Europa. Desde una lógica religiosa, el rabino sefardí de Bosnia, Yehudá Hai Alkalai (1798-1878) publicó en 1845, en hebreo, *Minhat Yehudá* [La ofrenda de Judá], donde intenta dar una dimensión activa y terrenal al proceso mesiánico de la Redención —«la Redención comenzará gracias a los esfuerzos de los propios judíos; estos deben organizarse y unirse, tienen que elegir líderes y abandonar los países del exilio»— y propone no solo una compañía de colonización que arriende Palestina al sultán turco, sino también la recuperación del hebreo como lengua oral y cotidiana y la elección de una asamblea constituyente judía.

Es también desde la ortodoxia de donde parte otro rabino prenacionalista, el asquenazí Zvi Hirsch Kalisher (1795-1874), natural de Poznania y autor, en 1862, del libro *Drishat Zion* [En búsqueda de Sión], en el que se puede leer:

> Debemos imitar el ejemplo de italianos, polacos y húngaros, que sacrifican sus vidas y haciendas en la lucha por la independencia nacional, mientras nosotros, que tenemos como heredad la más gloriosa y santa de las tierras, carecemos de espíritu y permanecemos silenciosos. ¡Deberíamos avergonzarnos de nosotros mismos!

Compartiendo con Alkalai la idea de que la salvación celestial requiere preparativos humanos, Kalisher también propugna la repoblación judía de la tierra de Israel a través de la agricultura cooperativa, y se halla, junto con el rabino húngaro Yosef Natonek (1813-1892), entre los pocos religiosos que ven compatible la restauración política de Israel con las enseñanzas de la Torá, cosa que les convierte en antecesores lejanos del sionismo religioso.[13]

En medio de todas estas disquisiciones teóricas, empiezan a surgir también las iniciativas prácticas tendentes a hacer de Palestina el núcleo de la recuperación nacional o, por lo menos, un refugio para los hebreos discriminados en el Viejo Continente, mientras crece entre las élites comunitarias de Europa occidental una corriente filantrópica que se propone mejorar la situación material de los judíos ya residentes en el país de los antepasados, de aquellos 15.000 o 20.000

individuos devotos y tradicionales que forman lo que se denominará «el viejo *yishuv*»[14] y que, entregados a la oración y al estudio de los textos sagrados, viven miserablemente de la caridad del judaísmo mundial.

Si la Sociedad Alemana para la Colonización de Palestina, fundada en Frankfurt del Oder en 1860, se ha disuelto cinco años después sin ningún resultado tangible, por esas fechas el impulso y los donativos de benefactores como sir Moses Montefiore o los Rothschild crean en Jerusalén un asilo para ancianos, un hospital o un molino, y pronto el deseo de procurar a los judíos de Tierra Santa una actividad productiva y dignificadora se encamina hacia el cultivo de la tierra. Para hacerlo posible, la Alliance Israélite Universelle establece en 1870, cerca de Jaffa, la escuela agrícola y explotación experimental de Mikvé Israel (La esperanza de Israel), que será largamente deficitaria; bajo esta influencia, un grupo de jóvenes judíos de Jerusalén crea en 1878 la colonia agrícola de Petah Tikvá (La puerta de la esperanza), abandonada cuatro años más tarde a causa de la malaria y de la dureza del trabajo. En cualquier caso, otras empresas, incluso particulares, toman el relevo; por ejemplo, la fundación en agosto de 1882, al sudoeste de Jaffa, del núcleo llamado Rishon LeZion (El primero de Sión), a cargo de trece familias judeorrusas. De este modo, mientras proliferan los rumores y los proyectos más o menos fantasiosos de compra masiva de tierras en Palestina y de migraciones a gran escala, la mirada del judaísmo europeo hacia la tierra de Israel ha empezado a cambiar, y la actitud con que algunos hebreos deciden instalarse allí, también. Así lo percibió el cónsul de Francia en Jerusalén que, en un informe enviado a París el 18 de enero de 1877, explica:

> Un gran número de judíos, la mayoría originarios de las provincias polacas de Rusia, viene desde hace algún tiempo a establecerse en las ciudades, principalmente en Jerusalén. Mucha gente piensa aquí que esta inmigración está determinada por no sé qué quimérica esperanza de reconstruir, en un futuro más o menos lejano, el antiguo reino de Israel.[15]

Sobre tan modestos precedentes lo mismo doctrinales que empíricos, los pogromos rusos de 1881-1882 actuarán como un brutal pero efectivo factor de maduración de las ideas, de las posiciones y de las conductas en el camino desde el protosionismo hacia el sionismo. El mismo otoño de 1881, el escritor y nacionalista cultural Moses Lilienblum ya acusa el impacto radicalizador de la violencia antisemita cuando afirma:

> Somos extranjeros no solo en Rusia, sino en toda Europa, pues no es aquí donde nació nuestro pueblo. […] Sí, este es el secreto de todas nuestras miserias durante el exilio… Somos extranjeros despreciados, elementos exteriores, huéspedes indeseables… Cuando la fe dominaba, éramos extranjeros en Europa a causa de nuestras creencias; ahora que domina el nacionalismo, somos extranjeros a causa de nuestra raza. Así es: somos semitas en medio de los arios, somos una tribu palestina de Asia en los países de Europa.[16] Necesitamos un rincón que sea nuestro; necesitamos Palestina.[17]

Con menor efusión lírica, Leo Pinsker (1821-1891) llegará a conclusiones todavía más contundentes. Médico culto y acomodado en Odessa, condecorado por sus servicios sanitarios en el ejército zarista durante la guerra de Crimea y entusiasta de la asimilación de los hebreos en la cultura rusa, la conmoción por las agresiones que siguen al asesinato de Alejandro II empuja a un Pinsker ya sexagenario a un cambio de perspectiva, que plasma inmediatamente por escrito en el opúsculo *Autoemancipación. Una advertencia a sus hermanos por un judío ruso*, publicado sin

nombre de autor y en alemán en Berlín, en septiembre de 1882. Expuestas con la claridad y la frialdad de un análisis clínico, sus tesis son que la emancipación y la asimilación han fracasado; que la judeofobia es una aberración, sí, pero hereditaria e incurable mientras persistan sus causas, y que estas se hallan en las grandes anomalías de la existencia judía.

> El judío es considerado por los vivos como un muerto, por los autóctonos como un extranjero, por los indígenas sedentarios como un vagabundo, por la gente acomodada como un mendigo, por los pobres como un explotador millonario, por los patriotas como un apátrida y por todas las clases como un competidor al que detestan.[18]

Para estos males, ¿qué tratamiento? El doctor Pinsker prescribe, ante todo, reconquistar la autoestima, el orgullo y la dignidad; insta a los judíos a dejar de ser objetos pasivos del desarrollo histórico —siempre a la espera de que otros les otorguen derechos, o de que el Mesías los redima…— y a convertirse en elementos activos, capaces de autodeterminarse y de decidir su futuro colectivo. Un futuro que pasa por «la reconstrucción de la nación hebraica, de un pueblo vivo sobre la tierra propia. […] Necesitamos una sede extensa y productiva, un lugar de reunión bien nuestro para acabar, de una vez para siempre, con nuestro eterno vagar».[19] Este territorio, esta patria que normalizará la existencia nacional judía, ¿debe situarse forzosamente en Palestina? No para el secularizado Pinsker: «Quizá la Tierra Santa volverá a ser nuestra. Si es así, tanto mejor. Pero antes que nada debemos determinar —y este es el punto central— qué país nos es accesible, y puede al mismo tiempo ofrecer a los judíos de todas las latitudes que tienen que abandonar sus hogares un refugio seguro e incuestionable».[20] Importa, en todo caso, que la disyuntiva entre una zona de América o un pedazo del Oriente Próximo otomano la resuelvan órganos representativos (un Congreso Nacional, un Directorio…) y, sobre todo, que el conjunto de los hebreos escuche la consigna final del panfleto: «Ayudaos, y Dios os ayudará».

A diferencia de las de un Moses Hess dos décadas atrás, las ideas planteadas por Pinsker en 1882 no constituyen ya una rareza solitaria, sino que hallan entre las capas instruidas del judaísmo oriental bastantes receptores propicios, y en el conjunto de las comunidades hebreas, un clima de efervescencia colectiva, de búsqueda febril de salidas a la ratonera en que se ha convertido el imperio de los Romanov. Intelectuales adscritos hasta entonces al culturalismo de Hohmat Israel, como los ya citados Smolenskin o Lilienblum, dejan de considerar quimérica la restauración nacional en el país de los antepasados. En Viena, el jovencísimo estudiante Nathan Birnbaum (1864-1937) funda en 1883 con algunos compañeros, originarios como él del este, la asociación universitaria nacionalista Kadima (Adelante); dos años más tarde, empieza a publicar la revista bimensual en alemán *Selbst-Emanzipation* (*Autoemancipación*, como el folleto de Pinsker), subtitulada *Órgano de los nacionalistas judíos*, propagadora de un meditado proyecto de creación de un Estado judío en Palestina, y en cuyas páginas se imprimirá por primera vez, a partir de 1890, la palabra «sionismo». Incluso entre los tradicionales hebreos balcánicos, comienzan a surgir ideas atrevidas; por ejemplo, la del sefardita búlgaro Reuven Yitshak Perahia, que en 1890 envía a París, a la Alliance Israélite Universelle, un plan ingenuo y visionario para reunir en Jerusalén, bajo una organización cooperativa y mutualista, a todos los judíos del mundo.[21] En definitiva, el impacto o el eco de la crisis rusa de 1881-1882 hacen cristalizar en Europa oriental un sionismo ambiental, espontáneo, del que Leo Pinsker deviene en inopinado portavoz.

Efectivamente, mientras en el oeste el texto del médico de Odesa tiene una acogida glacial, en Rusia coincide con, y se erige en el referente de, una floración de pequeñas iniciativas locales que pretenden planificar y encuadrar la emigración de los judíos rusos. Algunas de ellas quisieran, tan solo, dar una dimensión socialista y nacional al éxodo espontáneo hacia Estados Unidos, pero otras miran ya hacia la tierra de Israel. Es el caso de los catorce estudiantes de la Universidad de Járkov que, en enero de 1882, crean el grupo Bilu, acrónimo hebreo de un versículo del libro de Isaías que se podría traducir por «Casa de Jacob, alcémonos y marchemos». Los Biluim —que llegarán a ser algunos centenares, desperdigados por Ucrania— se fijan tres objetivos esenciales: la emigración a Palestina, el renacimiento nacional sustentado sobre el idioma hebreo y el trabajo agrícola. Resueltos a erigirse en vanguardia del pueblo judío en la Tierra Santa, durante los dos años siguientes envían allí a unas decenas de pioneros que, sin saberlo, están inaugurando la primera *aliá* (‘subida’ en hebreo) o ciclo inmigratorio moderno en la historia del sionismo. Sin embargo, el altísimo grado de militancia, de idealismo y de voluntarismo que se exige de estos jóvenes —incluidos tres años de celibato obligatorio—; su absoluta carencia de preparación y de medios materiales; la hostilidad tanto de las autoridades turcas como de la antigua comunidad judeopalestina aplastan el entusiasmo inicial, y, después de haber fundado la explotación agrícola colectivista de Gedera, al sur de Jaffa, la experiencia del Bilu acaba en fracaso hacia 1885.

Hijo del mismo contexto es el movimiento de los Hovevei Zion (Los Amantes de Sión), fundado en San Petersburgo a finales de 1881 por ochenta estudiantes que poco después designan como líder a un reticente Leo Pinsker, con Moses Lilienblum de secretario. Rebautizada más tarde Hibbat Zion (Amor de Sión), la organización tiene cierto éxito entre la clase media y la *intelligentsia* hebreas y reúne pronto, con doble centro en Varsovia y Odesa, a casi un centenar y medio de secciones locales o sociedades adheridas, entre 10.000 y 15.000 militantes, con ramificaciones en Rumania, en Bulgaria y, gracias a los emigrantes, incluso en Europa occidental y en Estados Unidos.

Los Amantes de Sión celebrarán tres asambleas de delegados, las conferencias de Katowice —en la Silesia bajo soberanía alemana— en 1884, de Druskieniki —en Bielorrusia— en 1887 y de Vilna en 1889, pero en ninguna de las tres su compromiso programático con el establecimiento «de un gobierno judío en la tierra de Israel» alcanza concreciones significativas, sino que más bien se debaten objetivos culturales (como el estímulo a la normalización lingüística del hebreo) o bien tareas comunitario-filantrópicas centradas en la diáspora. De hecho, la modestia relativa de sus efectivos (sobre cinco millones de hebreos rusos…), lo escaso de los recursos económicos llegados, la presión disuasoria de la policía zarista, las tensiones entre modernistas laicos y tradicionalistas religiosos en el seno de un grupo siempre magmático y poco estructurado, y también la personalidad de Pinsker, sin vocación ni aptitudes de caudillo, incapaz de asegurar una dirección firme, limitan mucho la efectividad práctica del Hibbat Zion. Su aportación migratoria y financiera al crecimiento del *yishuv* —que examinaremos en el próximo capítulo— resulta pequeña y poco lograda, y el movimiento empieza a languidecer hacia 1890, mucho antes de verse arrinconado y en parte absorbido por el sionismo de Herzl.[22]

En todo caso, los Amantes de Sión —que subsistirán hasta la Gran Guerra— introducen en el incipiente nacionalismo judío un puñado de elementos fundamentales: una lógica política nueva, la centralidad de *Eretz Israel* en cualquier proyecto de regeneración colectiva, el concepto

moderno de militancia… Por otra parte, los Hovevei Zion no constituyen un fenómeno aislado; en la misma Rusia proliferan coetáneamente otros grupos parecidos; de inspiración religiosa, algunos; de vida efímera, casi todos: juveniles, como Benei Zion (1884) o Knéset Israel (1888); estudiantiles, como Nehemia (1885); literarios, como Nes Ziona (1886)… En 1889, el escritor Asher Guinzburg, conocido bajo el seudónimo de Ahad Haam (1856-1927) crea la organización semisecreta de los Bné Moshé (Los hijos de Moisés), concebida para actuar en el seno del Hibbat Zion como una minoría rectora, como una élite intelectual y moral que dirija el reasentamiento en Palestina. Y mientras, dentro de los límites de la Zona de Residencia, una multitud de predicadores y narradores itinerantes[23] dan consuelo a las masas judías difundiendo la idea —medio mesiánica, medio política— del retorno a Tierra Santa, los dos millares de estudiantes judeorrusos empujados por el *numerus clausus* hacia universidades de Europa occidental trasladan hacia allá el clima nacionalista y palestinófilo del este, que halla algún esporádico eco local: el núcleo vienés de N. Birnbaum, ya citado, la consigna lanzada en 1891 desde Hamburgo por el jurista renano Max Bodenheimer —«¡Sionistas de todos los países, uníos!»—, la figura atípica del amante de Sión y coronel inglés Albert Goldsmid… Sin esta tarea previa del período 1881-1895, sin la siembra de ideas y actitudes que la nebulosa protosionista había hecho en estos años por la Europa oriental y balcánica, la exitosa irrupción de Theodor Herzl habría resultado imposible.

THEODOR HERZL

A la altura de 1895, el balance del protosionismo —tanto de sus realizaciones prácticas sobre el terreno, en Palestina, como de su presencia organizativa y política dentro del judaísmo europeo y ante la opinión pública no judía— es muy magro, y los impulsos procedentes del este parecen haber llegado a un punto muerto; si hubiera finalizado aquí, el fenómeno apenas habría merecido en los libros de historia contemporánea una lacónica nota a pie de página. El factor que alterará este panorama, sin embargo, no es de procedencia hebrea, sino gentil; no surge de las profundidades de la Rusia bárbara, sino en el corazón mismo del Occidente más refinado y próspero. Se trata del antisemitismo moderno.

En efecto, aquel doble proceso emancipador y asimilacionista que los judíos del oeste y del centro de Europa habían iniciado durante la primera mitad del siglo XIX está topando, en el último cuarto de la centuria, con imprevistas y fuertes resistencias. Si el viejo antijudaísmo de raíces cristianas se había visto debilitado por las tendencias generales hacia la secularización, ahora despunta una nueva forma de fobia antihebrea, armada con argumentos pseudocientíficos de carácter racial, sociológico o económico (el antagonismo biológico entre arios y semitas, el carácter alógeno y extranjero de los judíos, su dominio sobre los engranajes del capitalismo, la presencia invasiva que tienen en muchas profesiones…), argumentos que encajan bien con el ambiente de la época y que dan respuesta aparente a las frustraciones y a los temores, a las tensiones y a las crisis de unas sociedades europeas en rápida mutación.

El nuevo fenómeno se manifiesta rápidamente en los grandes países occidentales poseedores de una comunidad judía significativa, y en primer lugar en la Alemania del Segundo Reich, donde el periodista berlinés Wilhelm Marr había puesto en circulación desde 1879 el

término «antisemitismo» para designar las formas modernas de judeofobia. Los textos del mismo Marr, los discursos y los sermones del pastor evangélico Adolf Stöcker —líder de un partido cristiano-social de los trabajadores (1878), pero al mismo tiempo capellán de la corte imperial—, las elucubraciones académicas del filósofo Eugen Dühring o del influyente historiador Heinrich von Treitschke son algunas de las fuentes que, sumadas a otras muchas, inspiran en 1880 una «petición nacional» avalada por 225.000 firmas demandando al gobierno medidas de discriminación legal contra los judíos.

Durante la década siguiente la agitación aumenta al abrigo de ligas, asociaciones, periódicos, panfletos y congresos antisemitas (el primero en Dresde en 1882, otro en Chemnitz en 1883, un tercero en Bochum en 1889…), y el discurso acerca del «peligro judío» multiplica su rentabilidad política, hasta el punto de que, en las elecciones parlamentarias de 1893, 16 diputados llegan al Reichstag con una plataforma explícitamente antisemita. No es extraño que, inquieto al ver cómo el sentimiento anticapitalista de las clases populares está siendo desviado contra los hebreos, el líder socialdemócrata alemán August Bebel sentencie en 1894: «El antisemitismo es el socialismo de los imbéciles».[24]

También dentro del Imperio austro-húngaro —una olla a presión de movimientos y reivindicaciones nacionalistas— sus casi dos millones de súbditos judíos, y en especial los cien mil establecidos en Viena, se transforman en pretexto para la doble novedad característica de aquel final de siglo: el antisemitismo racial y la explotación en las urnas del odio contra los hebreos. El primero es el terreno predilecto del aristócrata pangermanista y diputado Georg von Schönerer, pionero del uso del saludo *Heil* y del título de Führer en el seno del movimiento que encabeza.

Pero el campeón indiscutible en el cultivo y el aprovechamiento político-electoral de la agitación antijudía es Karl Lueger. Demagogo populista bajo etiqueta socialcristiana, Lueger, con el apoyo de la prensa amarilla de la capital, consigue movilizar los miedos de los artesanos y la pequeña burguesía y logra convertirse, en 1895, en burgomaestre electo de Viena; ejercerá de manera efectiva desde 1897 —una vez superado el veto imperial— hasta su muerte, en 1910, mientras prodiga consignas sobre la necesidad «de liberar al pueblo cristiano de la dominación judía» y descripciones de los hebreos como «animales de presa con forma humana». No debe sorprender, pues, que este sea uno de los dos héroes políticos —el otro es Schönerer— a los que el joven y ocioso Adolf Hitler admira durante sus años vieneses (1908-1913), hasta el punto de calificar a Lueger como «el alcalde alemán más grande de todos los tiempos».[25]

En las dos monarquías hasta ahora aludidas, la erupción antisemita se inicia apenas una década después de que los judíos hayan alcanzado la plena igualdad civil (en 1867 bajo los Habsburgo, en 1871 bajo los Hohenzollern). Sin embargo, ni siquiera la Francia republicana, la cuna de los Derechos del Hombre, donde la emancipación se remontaba a 1791, permanece inmune al nuevo virus. Bien al contrario. Sobre un terreno abonado por las tesis del conde Joseph Arthur de Gobineau —en su *Essai sur l'inégalité des races humaines* (1853-1855)— a propósito de la superioridad aria y la inferioridad judía, por las revelaciones clericales acerca de una conspiración judeomasónica de alcance planetario, por algunas ruidosas bancarrotas que una parte de la prensa imputa enseguida a confabulaciones de la «finanza judía», la III República francesa ve surgir, durante la penúltima década del XIX, un espeso clima antisemita, la inspiración del cual tiene un nombre propio: el de Édouard Drumont.

Socialmente resentido, nostálgico de la Francia pretérita, católico converso y fervoroso por lo menos desde 1880, nacionalista hasta la xenofobia, pero a la vez periodista bregado y de talento, Drumont publica en 1886, en dos volúmenes que suman 1.200 páginas, *La France juive. Essai d'histoire contemporaine*. Se trata de un texto obsesivo en el que todos los argumentos son buenos —desde las modernas ideas racistas hasta las más rancias consejas medievales, desde el último escándalo bursátil hasta la más reciente ley laicizadora— para «demostrar» que los hebreos se han hecho los amos de Francia, que la desvirtúan de sus valores genuinos y le causan todas las desgracias, incapacitados como están para el patriotismo y la lealtad; así pues, «no se puede tratar a los judíos más que como a perros», porque «cuando el judío sube, Francia baja; cuando el judío baja, Francia sube».[26] A pesar de su extensión, el libro vende 62.000 ejemplares en el primer año, sin contar las traducciones, las secuelas ni el alud de imitaciones que se extienden como una mancha de aceite.

En efecto, el *best seller* de Drumont ha convertido el papel político, social y económico de los judíos —de los 80.000 judíos franceses, un 0,2% de la población total…— en un tema de moda, y sitúa el antisemitismo entre las principales preocupaciones de la opinión clerical y reaccionaria. Animado por el éxito, el mismo Drumont funda y preside, a principios de 1890, una Ligue Antisémitique Nationale de France, pocos meses antes de que el respetable diario católico *La Croix* —propiedad de la orden asuncionista— se proclame orgullosamente «el periódico más antijudío de Francia». No lo será por mucho tiempo, ya que en abril de 1892 el incansable Drumont pone en los quioscos su propia cabecera: es *La Libre Parole*, un imbatible libelo consagrado monográficamente a sembrar el odio y la agitación contra los judíos aprovechados, corruptores y traidores, a razón de entre cien mil y doscientos mil ejemplares diarios. Tal es la atmósfera que hallará en París, cuando llegue a la ciudad el 6 de octubre de 1891, un nuevo corresponsal de prensa extranjero llamado Theodor Herzl.

Binyiamin-Zeev (en hebreo), Tivadar (en húngaro), Theodor (en alemán) Herzl había nacido en Budapest el 2 de mayo de 1860, junto a la flamante sinagoga central de la ciudad. Hijo de una familia muy representativa de la burguesía judía emergente dentro del imperio de los Habsburgo, Herzl gozó de una infancia y una juventud confortables y protegidas en un ambiente liberal, emancipado y laico, donde la práctica religiosa se reducía a la observancia rutinaria de unas cuantas festividades. En 1878, los Herzl se trasladaron a Viena, y allí Theodor —definitivamente integrado en la cultura de expresión alemana— se doctoró en derecho (1884) y combinó durante algún tiempo la práctica forense con la dedicación creciente —pronto, exclusiva— a la literatura y al periodismo, por los cuales sentía una fuerte vocación y para los que poseía apreciables cualidades.[27]

Autor prolífico de comedias de éxito desigual y efímero en los escenarios teatrales vieneses, de relatos cortos, folletines y crónicas de viaje cada vez más apreciados entre los lectores de prensa austríacos y alemanes, Herzl se hallaba en San Sebastián cuando, en el otoño de 1891, le llegó la oferta de uno de los cargos más prestigiosos, difíciles y delicados del periodismo europeo de la época: la corresponsalía en París de la *Neue Freie Presse*. «Calificar aquel periódico como el mejor diario de Viena y uno de los mejores de Europa sería subestimar la influencia que ejercía sobre la política y la cultura de Austria-Hungría durante aquel último medio siglo de la monarquía»;[28] más que un diario, la *Neue Freie Presse* era una institución sociopolítica, el estandarte del liberalismo austríaco, el esmerado y elitista referente de la

burguesía y las clases medias liberales. Por lo que se refiere a Herzl, el joven de treinta y un años que aceptó sin vacilar la envidiable oferta y se trasladó de inmediato a la capital francesa respondía perfectamente al modelo del judío cosmopolita, viajado, descreído y asimilado, el tipo de «judío a la fuerza» que ya habría olvidado que lo era, si no fuese porque los demás se lo recordaban a menudo.

En efecto, Theodor Herzl no necesita llegar al París de Drumont para descubrir el antisemitismo. Lo ha conocido desde niño, primero en la escuela secundaria de Budapest, más tarde entre las fraternidades estudiantiles vienesas, en la obra de Eugen Dühring—que lee en 1882, y califica de «infame»— o en tantos otros textos y discursos que impregnan la vida pública centroeuropea de aquella década, y a los cuales ya hemos hecho alusión. Conviene añadir que las colisiones han sido leves, o puramente teóricas. Además, el joven Herzl no parece creer que los prejuicios contra los judíos le conciernan demasiado; le molestan, sí, pero los desdeña y se considera por encima de ellos, hasta el extremo de que, instalado ya en París, frecuentará amigablemente a Édouard Drumont, Alphonse Daudet, su hijo Léon y otros escritores notoriamente antisemitas.[29]

No, Herzl no descubre el antisemitismo en las orillas del Sena. Eso sí: convertido en un observador profesional de la vida política y social francesa, constata la importancia creciente de la fobia antijudía, se esfuerza en analizar, objetivar e interpretar el fenómeno como no lo había hecho nunca en Viena y, sobre todo, abandona la displicencia anterior para implicarse moral y emocionalmente en el asunto.

Desde mediados de 1893, el «problema judío» se transforma para él en una especie de obsesión, pero las soluciones que contempla son aún de tipo asimilacionista: la conversión en masa, la integración total… «Hace mucho tiempo que los judíos han dejado de ser un pueblo», escribe en octubre de 1894,[30] en el momento justo en que un capitán judío del ejército francés acaba de ser arrestado bajo la sospecha de alta traición. Su nombre es Alfred Dreyfus.

«El proceso Dreyfus…, al cual asistí en París en 1894, me hizo sionista», asegurará Herzl años después. Según una tenaz leyenda —que forma parte de la historia canónica del sionismo —, el corresponsal vienés habría tenido una especie de revelación después de presenciar, en la glacial mañana del 5 de enero de 1895, la ceremonia de degradación del ya condenado capitán Dreyfus, y de oír a la multitud exaltada gritando «*Mort aux juifs!*».[31] En realidad, el siniestro ritual de la humillación de Dreyfus y la agitación antisemita subsiguiente solo acentúan la previa preocupación, la angustia existencial de Herzl, y son un empujón más de cara a dar el paso decisivo desde el asimilacionismo hacia el nacionalismo. Durante la primavera de 1895, en un estado de agitación febril, el mediocre dramaturgo transformado en brillante periodista empieza a concebir algo que él mismo —con característica inmodestia— describe como «un sueño grandioso», «un proyecto de una grandeza infinita»;[32] un designio que madura a lo largo de la segunda mitad del año a través de diversas gestiones mayoritariamente decepcionantes cerca de algunos filántropos y notables judíos (el barón Maurice de Hirsch, Albert de Rothschild, sir Samuel Montagu, el gran rabino de Francia, Zadoc Kahn, el gran rabino de Viena, Moritz Güdemann…). Ya reinstalado en la capital austríaca como director de la página literaria de la *Neue Freie Presse*, Herzl decide manifestar sus nuevas ideas «al pueblo», hacerlas públicas bajo la forma de un libro-panfleto. Este aparece a mediados de febrero de 1896, editado

simultáneamente en Leipzig y Viena, con una tirada de 3.000 ejemplares y bajo el título *Der Judenstaat: Versuch einer modernen Lösung der Judenfrage* [El Estado de los judíos: ensayo de una solución moderna de la cuestión judía].[33]

El texto de Herzl es sobrio, vigoroso, contundente: «Considero que la cuestión judía no es una cuestión social ni religiosa, aunque muestre estas y otras facetas. Es una cuestión nacional, y para resolverla debemos hacer de ella un problema de política internacional». El autor desdeña la etiqueta de utópico, certifica el fracaso de la asimilación, analiza la continuidad y el recrudecimiento del antisemitismo y, tras rechazar los paliativos filantrópicos, propone una solución audaz y radical: la emigración colectiva y minuciosamente planificada de los judíos de Europa hacia un territorio cuya soberanía les sea concedida con el asentimiento de «las naciones civilizadas» —una porción de la Argentina, «por naturaleza uno de los países más ricos de la tierra», o bien Palestina, «nuestra inolvidable patria histórica»— con objeto de construir allí un Estado propio. Un Estado neutral, moderno, eficiente, económicamente dinámico y socialmente progresivo —en cuanto al régimen político, Herzl se inclina por una «república aristocrática»—, donde la jornada laboral será de siete horas, donde regirán la igualdad civil y la libertad religiosa… «Los judíos que lo quieran —concluye— tendrán su Estado. Hemos de vivir, por fin, como hombres libres en nuestro propio terruño y hemos de morir serenamente en nuestra patria. El mundo se libera con nuestra libertad, se enriquece con nuestra riqueza y se engrandece con nuestra grandeza. Y lo que allí ensayemos en beneficio nuestro obrará poderosa y felizmente en provecho de la humanidad entera.»[34]

Si, por su modesta extensión, se trata más de un folleto que de un libro, por su contenido *Der Judenstaat* es más un manifiesto que una obra doctrinal. Resulta fácil hallar en él ejemplos de superficialidad analítica o de ingenuidad («apenas empecemos a poner en ejecución el plan, el antisemitismo cesará en todas partes e inmediatamente»); en cambio, como alegato en favor del nacionalismo judío, como interpelación a la opinión pública, como desencadenante del debate en torno a una posible independencia territorial para los judíos, el texto es potente y persuasivo. A diferencia de todos los precedentes protosionistas, Pinsker incluido, que hemos citado en páginas anteriores —y a quien Herzl desconocía por completo, en el momento de redactar su obra—, *Der Judenstaat* plantea para el problema judío una solución organizada, rebosante de detalles prácticos, no una fórmula meramente teórica o intelectual; por otro lado, y en contraste con sus predecesores, Herzl no es un pensador discreto y acomplejado, sino un visionario megalómano que se cree investido de una misión histórica.

Cuando el autor vienés describe su plan como una «…solución moderna de la cuestión judía», se refería al uso que piensa hacer de los «avances de la técnica» para organizar el trasplante masivo de los judíos «según principios científicos». Pero la verdadera modernidad de Herzl no reside ahí, sino en el nuevo modo de enfocar el porvenir de la causa que ha descubierto y abrazado con tanto entusiasmo. Un nuevo modo que él mismo esboza en una carta dirigida al barón de Hirsch en junio de 1895, en plena gestación de *Der Judenstaat*:

> Sé exactamente lo que se precisa para triunfar. […] Antes que nada, una propaganda intensiva, la popularización de la idea por medio de periódicos, de libros, de folletos, de conferencias, de fotos, de canciones. Y todo esto con una dirección centralizada, sistemática y clarividente. […] Y una bandera, que no es jamás un trozo de trapo en lo alto de un palo. No, señor, una bandera es más que eso. Con una bandera se conduce a los hombres hasta donde se quiera, incluso hasta la Tierra Prometida. […] Créame, no se puede

> construir una política para todo un pueblo —sobre todo, para un pueblo disperso por el mundo entero— más que con imponderables. ¿Sabe usted con qué se edificó el Imperio alemán? Con sueños, con cánticos, con fantasmas y con cintas negras, rojas y oro. Bismarck no hizo más que sacudir el árbol plantado por los visionarios. […] Sí, aquello que guía a los pueblos es el imaginario.[35]

Con Herzl, el incipiente nacionalismo judío empieza a conocer la edad de las emociones colectivas, la mentalidad y los métodos de la política de masas contemporánea que por entonces está eclosionando en Occidente.

Las masas judías, no obstante, tardarán un poco en darse por aludidas. De momento, la difusión de *El Estado judío* vale a su autor muchos más reproches y rechazos que adhesiones. En los ambientes judíos burgueses y asimilados de la Europa occidental y central, y particularmente en Viena, la propuesta provoca estupor, desdén o sarcasmos, y es considerada en general una excentricidad o una quimera, cuando no una locura que pone en peligro los derechos adquiridos de los hebreos en cada país; la *Neue Freie Presse*, por ejemplo, no publica ni una línea sobre el libro de su director literario, y no citará la palabra «sionismo» hasta 1904… en la nota necrológica de Herzl. Desde las sinagogas, muchos rabinos tachan su proyecto de contrario a las enseñanzas del judaísmo. En cuanto a los modestos círculos protosionistas del este, acogen con frialdad, condescendencia o recelo a aquel recién llegado demasiado laico y demasiado arrogante que —para ellos— no dice nada nuevo, que ignora sus esfuerzos de las dos décadas anteriores y concibe un futuro Estado de los judíos muy poco judío, con escasa sustancia identitaria y cultural específicamente hebrea. A corto plazo, solo el grupo estudiantil vienés Kadima y un par de notables (David Wolffsohn, rico comerciante lituano establecido en Colonia, y Max Nordau, médico y escritor de origen húngaro instalado en París) se enrolan tras las tesis de Herzl.

Sin embargo, este no se dejará vencer por el desánimo. Rápidamente convencido gracias a sus primeros seguidores de que la base territorial de su proyecto no puede ser más que Palestina, y resuelto a obtener una Carta, un compromiso internacional que garantice a los judíos la posesión de aquel país, Theodor Herzl apuesta en primer lugar por convencer personalmente a monarcas y a estadistas, por alcanzar un acuerdo político rápido y desde arriba. Vista la influencia creciente de la Alemania guillermina sobre el gobierno turco, en abril de 1896, Herzl obtiene una audiencia con el gran duque Federico I de Baden, tío del káiser, y el verano siguiente se entrevista con Fernando de Sajonia-Coburgo, príncipe reinante de Bulgaria; en el ínterin, en junio-julio, viaja por primera vez a Constantinopla, donde intenta deslumbrar al gran visir Khalil Rifat Pachá y a otros funcionarios otomanos con promesas de auxilio financiero judío a cambio de alguna forma de cesión de Palestina.

La ausencia de resultados concretos, y el rechazo de la alta burguesía hebrea de Londres, París, Múnich o Berlín a avalar ni económica ni socialmente sus gestiones diplomáticas —un Estado judío, declara la Asociación anglo-judía, «no es ni posible ni deseable»— le hacen comprender pronto que solo puede apoyarse sobre un amplio movimiento de masas, sobre el sionismo instintivo de los millones de judíos desheredados de Rusia y de los Balcanes, aquellas multitudes impregnadas de mesianismo que en Sofía, camino de Constantinopla, le han gritado «¡Viva el rey Herzl!»,[36] aquellos obreros del este inmigrados a Londres que le aclaman como el

jefe de los judíos durante un mitin en Whitechapel, porque unos y otros empiezan a ver en la carismática y majestuosa figura del periodista vienés la esperanza de un redentor; en todo caso, la certeza de un líder.

Pero el movimiento de masas internacional es preciso organizarlo, y el liderazgo hay que hacerlo aceptar por parte de los veteranos protosionistas orientales aún reticentes ante aquel intruso con ínfulas de nuevo Moisés. Herzl se pone a la tarea desde agosto de 1896: establece una oficina central en Viena, se rodea de un equipo de colaboradores leales, publica circulares y opúsculos, pronuncia discursos, mantiene una enorme correspondencia, teje una primera red de partidarios en el extranjero… Paralelamente, su aureola de judío occidental —Herr Doktor Herzl, vienés y mundano—, de judío desacomplejado, dinámico y sin miedo empieza a seducir a un buen número de antiguos Amantes de Sión, mientras cobra forma la idea de reunir un congreso, una conferencia de delegados «de todos los movimientos que tienen por finalidad el sionismo, ya sean políticos o filantrópicos, regionales o generales».[37] De momento, el 4 de junio de 1897 aparece en Viena —financiado e inspirado por el propio Herzl— el primer número del semanario *Die Welt* [El Mundo], que se convertirá en el órgano sionista oficial hasta el estallido de la Gran Guerra.

La reunión del congreso constituye una victoria personal de la voluntad y la tozudez de Herzl sobre toda clase de boicots, defecciones, maniobras obstruccionistas, presiones hostiles y vanidades heridas; pero, al mismo tiempo, recoge los frutos de la siembra que el protosionismo de matriz rusa ha llevado a cabo durante los veinte años anteriores. Aunque los hay que han venido de Argelia o de Estados Unidos, entre los dos centenares de delegados y observadores que se reúnen el 29, el 30 y el 31 de agosto de 1897 en una sala del casino municipal de Basilea, la mayoría procede, directamente o no, del Imperio ruso, los Balcanes y Galitzia, y muchos de ellos son o han sido miembros de los Hovevei Zion, por contraste con la ausencia de «grandes nombres» del judaísmo occidental, temerosos estos de que la mera realización de la asamblea ponga en duda su lealtad de súbditos alemanes, franceses o británicos. Poseedor de un agudo sentido de la puesta en escena, de la política como espectáculo, Theodor Herzl vela por la prestancia y la solemnidad del encuentro —obliga a los delegados a comparecer vestidos con fraque y sombrero de copa, da a entender a los periodistas que aquello es el parlamento mundial del pueblo judío…— y se esfuerza en subrayar su carácter de hito histórico, de ruptura con una inercia multisecular: el congreso debe certificar que la nación judía ha vuelto a la vida y tiene unos objetivos comunes, no religiosos o filantrópicos, sino políticos.

En medio del discreto muestrario de hombres de negocios y profesionales liberales, con algunos rabinos y unos pocos escritores (Ahad Haam, Israel Zangwill, Nahum Sokolov…), reunidos en la ciudad suiza, el protagonismo del congreso corresponde a Max Nordau y, naturalmente, a Herzl, que es elegido presidente por aclamación y domina los debates. Se discute acerca de todo: de la situación de los judíos en Europa, de las modalidades de la colonización agraria en Palestina, del renacimiento del idioma hebreo… En particular, la asamblea acuerda establecer una Organización Sionista abierta a todos los hebreos mayores de edad que paguen una cuota mínima, regida por congresos anuales y con un ejecutivo reducido y fuerte alrededor de Herzl; y aprueba por laborioso consenso un programa de acción, el Programa de Basilea, que fija como meta del sionismo la obtención «para el pueblo judío de un hogar en Palestina reconocido públicamente y garantizado jurídicamente». Para conseguir este «hogar» —el

pragmatismo aconseja no hablar de Estado judío— será preciso alentar de manera sistemática la implantación en aquel país, canalizar las energías del judaísmo disperso y fortalecer su conciencia nacional, además de intensificar las gestiones diplomáticas internacionales. Ultimo gesto de reconocimiento al legado de los precursores rusos: la canción *Ha Tikvá* («La esperanza»), distintiva hasta entonces de los Amantes de Sión, se convierte en el himno oficial del movimiento sionista. En cuanto a la bandera, David Wolffsohn ha diseñado una de colores blanco y azul, inspirados en el talit o manto de oración tradicional, con la estrella de David en el centro, si bien este símbolo no será formalmente aprobado hasta el Decimoctavo congreso, en 1933.[38]

El congreso del verano de 1897, con su representatividad tan limitada y discutible como se quiera, pero de tipo nacional y laico, supone el acto de nacimiento de una política judía autónoma, el inicio del salto colectivo desde la comunidad a la nación. Theodor Herzl será más consciente de esta trascendencia que ninguno de sus contemporáneos: el 3 de septiembre, ya de regreso a Viena, anota en su diario:

> Nuestro movimiento ha entrado en la historia. Si tuviera que resumir el congreso en una sola frase —que me guardaré muy mucho de pronunciar en público— diría esto: en Basilea, he fundado el Estado judío. Si lo dijese hoy en voz alta, desataría una carcajada universal. Dentro de cinco años tal vez, con seguridad dentro de cincuenta, será algo evidente para todo el mundo. […] He llevado a las gentes, poco a poco, a una disposición de ánimo favorable al Estado, y les he inculcado el sentimiento de que constituían la asamblea nacional.[39]

Pilotada con mano de hierro, de modo personalista y a menudo autoritario por Herzl, la Organización Sionista conoce a partir de entonces una expansión considerable a escala mundial —1.034 secciones locales y cien mil miembros cotizantes solo en Rusia en 1900, 135 secciones en Estados Unidos…—, mientras sus congresos anuales resultan cada vez más concurridos y representativos: el Segundo en agosto de 1898 y el Tercero un año exacto después, ambos en Basilea; el Cuarto en Londres, en agosto de 1900; el Quinto de nuevo en Basilea, en diciembre de 1901… Los debates también son cada vez más vivos y plurales, de estilo más parlamentario; el movimiento, que sufre la hostilidad de la ortodoxia rabínica del este y debe encajar, además, las censuras puritanas de un Ahad Haam obsesionado por el combate cultural y el rigor ético, desdeñoso hacia las servidumbres de la política —«la salvación de Israel vendrá de los profetas, no de los diplomáticos», asegura—,[40] comienza a diversificarse por dentro entre sionistas-socialistas, sionistas-religiosos, una «facción democrática», etc.

Sin embargo, el principal factor de tensión interna es la frágil convivencia entre la estrategia legalista y aparatosa de Herzl —ante todo, arrancar el consentimiento internacional para una Palestina judía— y la apuesta práctica del Hibbat Zion a favor de una infiltración gradual y discreta de pioneros agrícolas en Tierra Santa. De momento, en todo caso, el autor de *Der Judenstaat* consigue controlar la dinámica de la Organización y procura dotarla de los instrumentos financieros imprescindibles: en 1899, un Banco (el Jewish Colonial Trust, que no alcanzará su capital mínimo hasta 1902) y, en 1901, un Fondo Nacional Judío (Kéren Kayémet Leisrael) destinado a reunir fondos para la adquisición de tierras en Palestina.

El terreno predilecto de Herzl, no obstante, son las gestiones diplomáticas, para las cuales posee aptitudes particulares: una viva preocupación por la imagen, un sentido teatral de las relaciones públicas, habilidad para crear una ilusión de poder allí donde no lo hay… Sin tal capacidad fabuladora, sin este dominio del arte del bluff, ¿cómo habría podido el líder de un movimiento de clases medias escasas de recursos, absolutamente minoritario entre los judíos de Europa y carente de apoyos políticos o militares externos, convertirse en el interlocutor de reyes, ministros y embajadores de algunas de las mayores potencias de su tiempo?

Germanófilo de siempre, y fascinado por la figura del káiser Guillermo II, Theodor Herzl intensifica sus contactos en el entorno imperial —incluidos el ministro de Asuntos Exteriores, Bernhard von Bülow, y el canciller Hohenlohe— en favor de un protectorado alemán sobre la Palestina judía, fórmula que le parece capaz de tranquilizar a los turcos y que, por un momento, seduce la volátil fantasía del emperador.[41] Es en persecución de este objetivo que, en octubre-noviembre de 1898, el dirigente sionista viaja a Constantinopla —donde celebra una primera entrevista con el káiser— y, después, sigue al ilustre peregrino hasta Jerusalén, donde tiene lugar una segunda audiencia y donde Herzl visita sin especial emoción los Santos Lugares después de haber recorrido diversos establecimientos agrícolas judíos. Si las conversaciones imperiales resultan decepcionantes, y la intercesión alemana ante el gobierno otomano del todo estéril, el único contacto directo que el refinado periodista vienés tendrá con Palestina le impresiona por la miseria, la suciedad y el calor que allí reinan.

Sin embargo, el destino de aquel «país desolado»[42] permanece en manos de las autoridades turcas y, sin renunciar del todo a la quimera del protectorado alemán, Herzl no vacila en sumergirse de nuevo en la atmósfera bizantina —sobornos, intrigas, promesas, dilaciones…— de la Sublime Puerta hasta conseguir, en mayo de 1901, una audiencia con el sultán Abdulhamid II. No obtiene de ella más que buenas palabras y vagas muestras de interés ante su oferta de apoyo económico a cambio de facilidades políticas para el asentamiento masivo de judíos en Palestina o, por lo menos, en una imprecisa «Mesopotamia» que incluya la región de Haifa. La negociación subsiguiente se arrastra hasta julio de 1902, cuando todos los agotadores esfuerzos desplegados por el sionismo alrededor de la corrupta administración otomana desembocan en el fracaso: los inmigrantes judíos no podrán instalarse en el imperio más que de forma dispersa, nunca en Palestina, y sin ningún privilegio jurídico, ni personal ni territorial. Seis años de gestiones, cinco viajes hasta las orillas del Bosforo no han servido de nada.

En aquella hora de desánimo, Herzl el visionario acude en auxilio de Herzl el político, y da a la imprenta una «novela sionista», un relato de política-ficción con elementos de anticipación científica a la manera de Jules Verne que es también, para su autor, una compensación psicológica, una venganza contra el fracaso. Escrito durante los tres años anteriores, y publicado en Berlín en octubre de 1902 bajo el título de *Altneuland* [Viejo y nuevo país],[43] el libro expone, detrás de una intriga bastante rudimentaria y con numerosos ingredientes autobiográficos, la utopía sionista ya realizada; lo hace a través de los ojos de dos hombres, dos misántropos que habían permanecido voluntariamente incomunicados en una isla remota durante veinte años y que en 1923, de regreso a la civilización, descubren atónitos la Palestina transformada por el sionismo, la Nueva Sociedad —este es su nombre oficial— que los judíos inmigrados en masa desde Europa habían levantado sobre la patria ancestral: un prodigio de modernidad y de progreso, no un Estado-nación convencional, sino una comunidad cooperativa donde todos los

problemas sociales son resueltos con racionalismo y voluntarismo, un sistema semicolectivista sin ejército ni cárceles que asegura la convivencia ejemplar entre árabes y hebreos, entre indígenas y extranjeros… En síntesis, una sociedad tan tolerante y cosmopolita, un Estado tan laico y moderno que los rasgos específicamente judíos resultan en él casi imperceptibles. Esto último provocará la consternación de muchos sionistas rusos, siempre recelosos y críticos hacia Herzl. Entre las hornadas más jóvenes del movimiento, en cambio, *Altneuland* desata una emoción perdurable, y el lema del libro se transforma pronto en un eslogan: «Si lo queréis, esto no será un sueño».

De momento, no obstante, Palestina parece del todo inalcanzable y Herzl, desengañado de Constantinopla y de Berlín, reorienta su estrategia hacia Londres, que se convierte desde 1902 en el nuevo epicentro de la diplomacia sionista. Habiendo conseguido por fin ganarse la simpatía de Nathan Mayer Rothschild —cabeza de la rama británica de la familia—, este le facilita el contacto con distintos miembros del gobierno de Su Majestad que contempla el nacionalismo judío con discreto interés. ¿Por qué? De un lado, porque la primera potencia mundial alberga grandes ambiciones sobre el Cercano Oriente otomano, y desea conocer y/o controlar cualquier factor que pueda influir en el futuro de la zona; de otro, porque el flujo de inmigrantes-refugiados hebreos del este que desembarcan en Gran Bretaña empieza a excitar a la opinión pública, y las autoridades piensan que desviarlos hacia otro destino, hacia el asentamiento judío que el sionismo propugna, podría ser una buena solución.

Naturalmente, esta «etapa inglesa» en la actividad internacional de Herzl no excluye otras gestiones, como la polémica visita que realiza a San Petersburgo en agosto de 1903 para entrevistarse con los dos hombres fuertes del gobierno zarista, el ministro del Interior y siniestro antisemita Viacheslav Plehve y el titular de Finanzas, Serguei Witte; o bien las audiencias que le conceden, en enero de 1904, el rey Víctor Manuel III de Italia —«Palestina volverá a ser vuestra, es solo una cuestión de tiempo; ocurrirá cuando tengáis allí medio millón de judíos…»—, el secretario de Estado vaticano, cardenal Merry del Val, y el mismo papa Pío X, categórico en su rechazo de las aspiraciones sionistas.[44] Son conversaciones que aportan prestigio, credibilidad y proyección pública al movimiento, pero no soluciones.

El bloqueo de la situación palestina, en todo caso, y la fluidez de su trato con el ministro inglés de Colonias, Joseph Chamberlain, y con el Foreign Office impulsan a Herzl a tantear una posible concesión territorial en alguna posesión británica del Mediterráneo oriental, como la isla de Chipre o la península del Sinaí. Después de que la hipótesis se concrete en la región de El Arish —al norte del Sinaí y colindante a Palestina—, Herzl no duda en trasladarse a El Cairo en marzo-abril de 1903 con la esperanza de forzar un acuerdo; viaje inútil, porque el proyecto naufraga rápidamente ante la hostilidad del residente británico en Egipto, lord Cromer, y la desalentadora aridez del terreno.

Esta nueva frustración tiene lugar justo cuando, en los dominios del zar, otro ciclo de violencia antisemita acaba de eclosionar el 6 de abril de 1903 con el pogromo de Kishinev, la capital de la provincia de Besarabia: una cincuentena de muertos, cientos de heridos, violaciones y mutilaciones de una crueldad inaudita ante la aquiescencia de las autoridades…[45] Todo ello como pórtico de una serie de alborotos y matanzas que la convulsión revolucionaria rusa prolongará hasta 1907, y en el curso de la cual empieza a propagarse uno de los textos fundamentales del antisemitismo del siglo XX: *Los protocolos de los sabios de Sión*.[46]

Entre los judíos, en Rusia y en toda Europa, Kishinev supone un trauma perdurable, espolea a las víctimas hacia la radicalización política y la autodefensa, se erige en un símbolo de la impotencia, la rabia y la humillación que reinan en el este. Es en tal contexto que Herzl —cada día más enfermo, y angustiado por la falta de resultados de su frenético activismo— presta atención a la nueva propuesta territorial que acaba de hacerle el titular del Colonial Office, Joseph Chamberlain: «Uganda» (en realidad, el ministro pensaba en una porción del África Oriental Británica al oeste de Nairobi que corresponde a la actual Kenia, pero el equívoco se ha mantenido hasta hoy). La posibilidad de crear una colonia judía en África mientras el camino de Jerusalén permanezca bloqueado será el tema central del Sexto Congreso Sionista, reunido en Basilea a finales de agosto de 1903, y la causa de la peor crisis que el movimiento había conocido hasta entonces.

Ante los casi 600 delegados al congreso, Herzl pone mucho cuidado en aclarar que nadie pretende reemplazar Palestina por Uganda, que se trata solo de una solución de emergencia, de una receta paliativa —Max Nordau hablará de un Nachtasyl, un albergue nocturno— para aquellos que huyen de los pogromos; que Uganda no sería más que una escala de reposo y un terreno de entrenamiento para las fuerzas nacionales antes de reemprender la marcha hacia Sión. Los representantes occidentales se muestran comprensivos, pero los rusos —los perseguidos, los candidatos a la emigración…, ¡incluso los delegados de Kishinev!— rechazan de plano, de manera tan tumultuosa como emotiva, la hipótesis ugandesa. Aun cuando, gracias al prestigio del fundador y líder, el congreso consigue evitar la fractura e, incluso, aprueba (por 295 votos a favor, 178 en contra y 98 abstenciones) enviar una comisión de estudio al África oriental, el proyecto Uganda nace muerto. El componente mesiánico y espiritualista del sionismo (que comprende a sionistas tan laicos como Martin Buber o Haim Weizmann…) se ha impuesto sobre el pragmatismo y el racionalismo de un Herzl a quien algunos militantes rusos tildan de autócrata y de traidor. Para estos sectores, la única respuesta pertinente al bloqueo diplomático de la causa nacional judía consiste en retomar la emigración y el asentamiento en Palestina a pequeña escala, esquivando las restricciones turcas y sin aguardar las bendiciones internacionales. Es lo que harán, entre 1904 y 1914, los 40.000 integrantes de la segunda *aliá*.[47]

Para la deteriorada salud de Herzl, la virulenta disputa fratricida con los sionistas rusos, durante y después del Sexto congreso, a propósito de Uganda representa un sobreesfuerzo físico y emocional insoportable. En abril de 1904 sufre una crisis cardíaca y, sin haberse recuperado de ella, muere el 3 de julio siguiente, a los cuarenta y cuatro años, en la estación de montaña de Edlach, unos 70 kilómetros al sudoeste de Viena. Aparentemente, deja como herencia un fracaso: su frenética diplomacia persuasiva, los nueve años de jugar a la alta política con las manos vacías no habían dado ningún fruto tangible, y Palestina parece hallarse, en 1904, tan lejos como siempre. No obstante, aquel periodista vienés ha puesto las bases de un movimiento que será lo bastante sólido para resistir la orfandad de su liderazgo carismático y la travesía del desierto hasta que, con la Gran Guerra, aparezcan nuevas oportunidades geopolíticas; más importante aún: con sus textos, sus visitas a los grandes de este mundo, sus discursos y su aspecto regio, Herzl ha encendido en millones de corazones la llama de una esperanza colectiva. El día del entierro en la capital austríaca —testifica Stefan Zweig—[48] «fue una jornada extraordinaria, porque, de pronto, comenzaron a afluir de todas las estaciones ferroviarias de la ciudad, de día y de noche, judíos de todos los países […] con el terror de la noticia pintado en el rostro. Nunca se

vio tan claramente lo que antes la charla y las disputas habían hecho invisible: que el difunto era el dirigente de un gran movimiento. De pronto, Viena comprendió que no solo había muerto un escritor y un poeta mediocre, sino uno de esos creadores de ideas que solo surgen muy de tarde en tarde».

No, probablemente Theodor Herzl no fue un «creador de ideas», si ello es sinónimo de pensador original. Fue más bien un catalizador, un organizador, alguien capaz de convertir un estado de espíritu difuso en voluntad activa, de transformar un sueño descabellado en programa político. A este programa sionista, que en un principio era objeto de burlas y sarcasmos, Herzl le infundió respetabilidad, lo dio a conocer e hizo tomar en consideración en las principales cancillerías y opiniones públicas europeas, lo puso en la agenda política internacional. Esto, por un lado. Por el otro, Herzl ha sido un prestidigitador y un visionario; pocos días después de su muerte, el amigo Max Nordau confía a un compañero de causa: «Herzl pudo construir una fachada sin el edificio, creyendo que a nadie se le ocurriría mirar detrás para comprobar si ahí había algo. Herzl actuó de este modo porque tenía una fe inmensa en su personalidad…».[49] Un año más tarde, ante el Séptimo Congreso Sionista, el mismo Nordau hará del líder desaparecido un elogio más convencional e inequívoco: Herzl —afirma— «ha enderezado el espinazo de un pueblo quebrantado. Le ha dado esperanzas y mostrado un camino. Ha sembrado en todas las direcciones; la semilla crecerá y su pueblo habrá de cosecharla».[50] Aunque puedan parecer contradictorias, las dos metáforas —la fachada sin edificio y el sembrador que no alcanza a disfrutar de la siega— resultan pertinentes por igual.

2

Retorno a la tierra y descubrimiento del otro (1882-1920)

LA PRIMERA REINSTALACIÓN JUDÍA Y EL MITO DEL PAÍS VACANTE

Por razones religiosas —vivir en el país de Israel prepara el advenimiento de los tiempos mesiánicos y facilita la relación con Dios—, políticas —aquella es la cuna física de la nación, el escenario de sus antiguos días de gloria—, culturales —allí se escribió la Biblia, allí floreció la lengua hebrea y solo allí puede renacer…— y sentimentales —toda la liturgia judía diaspórica está empapada de referencias a Tierra Santa, la mera invocación de Jerusalén hace vibrar a las masas judías…—, lo cierto es que apenas las ideas sionistas han superado el estadio de la especulación individual para alcanzar una dimensión colectiva y algún nivel de organización (es decir, desde mucho antes de Herzl), resulta evidente para la inmensa mayoría de sus adeptos que aquel proyecto de restauración nacional debe tener como base geográfica Palestina, que solo con el retorno a Sión se podrán superar las consecuencias morales y materiales del largo exilio.

Cuando los europeos —judíos o cristianos— del último tercio del siglo XIX hablan de Palestina o de Tierra Santa se refieren, naturalmente, al país bíblico, al escenario idealizado del Antiguo y/o del Nuevo Testamento. Pero, si del imaginario religioso-cultural pasamos a la realidad de aquellos años, las cambiantes divisiones administrativas otomanas no permiten dibujar Palestina como una unidad política de límites precisos; de hecho, los sandjaks o distritos de Nablús y Acre dependen del norte, de Damasco o de Beirut, mientras que el de Jerusalén depende directamente de Constantinopla. Por encima de estas demarcaciones, la presencia financiera, burocrática y militar del poder turco es en general débil —en 1891, una guarnición de 400 hombres, la mayoría concentrados en Jerusalén— y no demasiado querida entre los habitantes, que suman 369.000 en 1860, de los cuales 325.000 son musulmanes, 31.000 cristianos y 13.000 judíos (los censos imperiales solo computan a las personas de ciudadanía otomana, no a los extranjeros residentes).[1] Por lo que se refiere a la producción, existe alguna industria tradicional y una agricultura extensiva en crecimiento, dominada por grandes familias de notables terratenientes (los Husseini, los Khalidi, los Barghuti…) de los que dependen nutridas clientelas de campesinos pobres.[2]

En este marco, la modesta y ancestral comunidad judeopalestina, repartida por las cuatro ciudades santas de Safed, Tiberíades, Hebrón y Jerusalén —donde representa la mitad de la población total—, acoge un flujo pequeño, pero incesante de inmigrantes de procedencia diversa (Polonia, Rusia, Hungría, África del norte, Georgia, Bujara, Persia…) y de motivación místico-religiosa, la llegada de los cuales alimenta las ásperas fracturas comunitarias entre sefardíes y

asquenazíes, entre adeptos de una u otra escuela rabínica. Por encima de las querellas, no obstante, el viejo *yishuv* presenta dos características comunes: la devoción y la miseria; de visita en Jerusalén en 1864, la maestra judía de Trieste, Flora Randegger-Friedenberg, lo describe así:

> Las costumbres de nuestros correligionarios en la Tierra Santa conservan su carácter patriarcal […]. Sus vestimentas, el interior de sus casas, sus maneras, todo tiene cierto aire de santidad que es edificante y eleva los pensamientos hacia el Eterno […]. Sufren, agonizan, viven en la penuria; nacen en medio de la necesidad, crecen en la estrechez, envejecen entre privaciones…, pero viven, se sobreponen, guardan los lugares santos, cuidan de las tumbas de los patriarcas, los reyes y los profetas. […] La observancia religiosa, por descontado, es su único dominio, y ningún rabino de la diáspora, por muy ortodoxo que fuese, podría vanagloriarse de ser igual que ellos en este aspecto.[3]

En 1869, solo un 15% de los hebreos de Palestina ejercen una actividad productiva; el resto, consagrados a la oración, el estudio y la enseñanza del Talmud, sobreviven gracias a la distribución entre ellos[4] de las limosnas del judaísmo mundial.

Es a combatir este pauperismo, a acabar con esta imagen de mendicidad e indigencia que van destinadas, desde mediados de siglo XIX, las iniciativas asistenciales, educativas y agrícolas de la filantropía occidental, a las que ya hemos hecho referencia en el capítulo anterior. Iniciativas contra las cuales se revuelve la ortodoxia asquenazí local, que abomina de la enseñanza de materias profanas y más aún de la escolarización femenina, o exige que los nuevos campesinos judíos dejen descansar la tierra un año de cada siete, de acuerdo con el precepto bíblico. En todo caso, en 1880, el censo otomano registra en Palestina 15.011 habitantes hebreos —que con los correligionarios extranjeros no naturalizados pueden ser entre 20.000 y 25.000—, 43.659 cristianos y 403.795 musulmanes; la densidad de población del país es de unos 17 habitantes por kilómetro cuadrado justo antes de que desembarque la primera inmigración judía de naturaleza política.

Episodio fundador de la mitología sionista, la primera *aliá* (1882-1903) ha sido objeto de una sobrevaloración y una idealización comprensibles. En realidad, de los 20.000 a 30.000 individuos que la forman —llegados básicamente en dos tandas, en 1882-1884 y en 1890-1891— no mucho más de un 25% se establece en Palestina de modo definitivo; el resto regresa a Europa o marcha hacia América. Desde el punto de vista cuantitativo, será más importante la continua inmigración de tipo tradicional —los 7.500 judíos devotos que vienen desde el Yemen entre 1881 y 1914, aquellos otros centenares que han seguido a su rabino desde la provincia persa de Fars a partir de 1885,[5] los que proceden de diversos lugares de la Turquía asiática y de los Balcanes, etc.

De cualquier modo, los pioneros entre los pioneros de la primera *aliá* son —ya hemos aludido a ellos— el puñado de Biluim que fundan la colectividad de Gedera en 1882 y las familias de la misma procedencia que crean simultáneamente Rishon LeZion, seguidos de cerca por los judíos rumanos establecidos en Rosh Pinah (Piedra angular). Los Amantes de Sión actúan desde Rusia como principales impulsores y gestores de este modesto movimiento demográfico. Sin embargo, la falta de experiencia agrícola de los jóvenes estudiantes y obreros, las durísimas condiciones que deben afrontar —un clima subtropical, un país deforestado, la malaria en muchas zonas bajas, la escasez de agua, la deplorable situación sanitaria…—[6] y la escasa capacidad económica del protosionismo europeo para financiar las nuevas implantaciones (en

hebreo, *moshavot*) provocan muchísimos abandonos, y pronto obligan a los Hovevei Zion a ponerse bajo el mecenazgo del barón Edmond de Rothschild.[7] Los emisarios y administradores del Barón introducen en Palestina las técnicas de colonización agrícola probadas en la Argelia francesa, salvan los establecimientos de la quiebra y los empujan gradualmente hacia la autosuficiencia dentro de un proceso que, comenzado por filantropía, acaba en el nacionalismo tácito. Entre 1883 y 1899 —cuando el Barón pone fin a su patrocinio—, Edmond de Rothschild ha gastado en este 1,6 millones de libras esterlinas; durante el mismo período, el Hibbat Zion consigue recaudar 87.000.[8] Naturalmente, esta generosidad tiene un reverso: el paternalismo arbitrario del benefactor y de sus agentes locales y la actitud sumisa y reverencial de los colonos, aquel «temor que sienten hacia "el señor barón", residente allá, en París», que Herzl observará cuando visite Rishon LeZion en octubre de 1898.[9]

Si, en el terreno económico, la primera *aliá* está muy lejos de constituir un éxito, el balance global de la experiencia resulta complejo y lleno de claroscuros. En cuanto al número de asentamientos judíos, a finales de 1884, estos ya suman ocho —además de los citados, Nes Ziona (El estandarte de Sión), Zihron Yaacov (Recuerdo de Jacob), Ekron, Yesod HaMaalah,[10] Mishmar HaYarden—; en 1897, el Primer Congreso Sionista computa 16 colonias agrícolas que albergan a 3.372 personas. Conviene decir que, contra toda la épica redentora que el sionismo ha aplicado al retorno a la tierra, el 80% de los inmigrantes prefieren instalarse en las ciudades, y muchas de las explotaciones agrícolas no habrían sobrevivido de no recurrir al trabajo asalariado de jornaleros árabes. Es preciso subrayar, también, que todo este proceso se desarrolla a pesar de la hostilidad otomana. En una época de aguda confrontación ruso-turca, Constantinopla ve la inmigración judía como la formación en Palestina de una quinta columna zarista; después, como una faceta de la penetración occidental que va minando el imperio, y, por fin, como el germen de una nueva cuestión nacional, de un nuevo secesionismo similar al búlgaro o al armenio. El 31 de agosto de 1903, un diplomático de la embajada turca en Berlín que acaba de asistir, en Basilea, al Sexto Congreso Sionista informa a su ministro de Asuntos Exteriores, Ahmed Tawfiq Pachá:

> Es urgente promulgar leyes que prohíban la adquisición de tierras por parte de los sionistas en Palestina, sea bajo el nombre que sea, y prevenir la colonización de aquel país, pues el objeto de la citada colonización es, primero, obtener la autonomía y, después, empleando medios políticos u otros, formar un Estado independiente. Tal es la meta esencial de los sionistas.[11]

De hecho, medidas restrictivas ya habían sido dictadas desde abril de 1882, y lo serán de nuevo en 1891 y en 1902; sin embargo, la debilidad de la administración otomana sobre el terreno, la corrupción reinante —el *bajchich* o soborno permite esquivar cualquier ley— y la ciudadanía occidental de algunos representantes sionistas, que les otorga una amplia protección consular, neutralizan las prohibiciones, a pesar de lo cual la población judía censada en Palestina supera las 26.000 personas en 1903; incluyendo a los ilegales y a los extranjeros, algunos cálculos la elevan hasta las 47.000 o incluso las 55.000.[12]

El discreto aumento demográfico, por otra parte, corre en paralelo con un esforzado proceso de compra de tierras no solo para instalar en ellas a agricultores, sino para reapropiarse del país y poder levantar allí, algún día, un Estado judío. Es un proceso esforzado a causa de las pocas tierras disponibles; del rápido aumento de los precios —que beneficia a los vendedores, grandes propietarios arabopalestinos—; de la ley otomana que prohíbe la adquisición a los extranjeros,

obligando al uso de prestanombres, y del escaso capital que los primeros sionistas pueden invertir. En 1900, los judíos poseen 218.000 dunams, menos de 20.000 hectáreas, que representan el 0,8% de la superficie del país y sobre las que viven 5.210 campesinos.[13]

En conclusión, más que la magnitud de sus realizaciones materiales, lo que otorga trascendencia histórica a la primera *aliá* son sus efectos cualitativos. Por pocos que fueran, los pioneros (en hebreo, *halutzim*) introducen en el *yishuv* la voluntad de independencia económica, una concepción moderna de la sociedad, una visión laica de la cultura y la educación. Pieza básica de esta «revolución cultural» es la apuesta por el hebreo como lengua cotidiana de la nueva comunidad, como lengua de la enseñanza y, por tanto, como vehículo del renacimiento nacional; una apuesta inseparable de la figura del judío lituano y protosionista de la primera hora Eliézer Ben-Yehudá (1858-1922) que, llegado a Palestina en 1881, promoverá sin tregua el uso del hebreo en el hogar, en la calle y en la escuela, mientras desarrolla una inmensa tarea de modernización gramatical y de creación léxica.[14] El hecho de que, entre 1893 y 1894, Ben-Yehudá permaneciese muchos meses encarcelado por los turcos a causa de una denuncia de elementos ultraortodoxos de Jerusalén ilustra bien las resistencias internas que tales cambios suscitan. De cualquier modo, el proceso de creación de una red educativa en hebreo —iniciado en Rishon LeZion en 1889 y en Jaffa en 1892— resulta pronto imparable,[15] mientras surge una prensa lingüísticamente renovada y más informativa: *Hatzeví* [El Ciervo] en 1885, *Hashkafá* [Punto de vista] en 1901… Cuando el siglo XIX cede el paso al XX, despunta en Palestina una nueva élite judía que, con todas sus debilidades y limitaciones, ha puesto las bases y ha dibujado el pequeño esbozo de un Hogar Nacional.

Inevitablemente, este proceso lleva a los primeros sionistas prácticos —y, a través de ellos, también a los sionistas teóricos que permanecen en Europa— a descubrir y a tomar contacto no solo con la realidad física de Tierra Santa, sino también con la realidad demográfica y social arabopalestina. ¿En qué términos se produce, dicho contacto? ¿Cuáles son la idea, la percepción que los fundadores del moderno nacionalismo judío tienen sobre la población árabe del país donde proyectan edificar su Estado? ¿La consideran un obstáculo, un factor irrelevante, una complicación?

Antes de responder a estas preguntas, es preciso prevenirse contra los anacronismos. Como ya hemos indicado, el sionismo es un producto genuino de la Europa del último tercio del siglo XIX, de un continente que, persuadido de su supremacía cultural, de ser portador de progreso y civilización, está vertiendo decenas de millones de hombres y mujeres sobre el resto del mundo —nunca antes, ni después, el ser humano ha sido tan libre de desplazarse por el planeta sin visados ni cuotas como entre 1880 y 1914—, unos europeos que emigran a ultramar libres de cualquier mala conciencia, ajenos a cualquier sensación de estar agrediendo o perjudicando a las poblaciones indígenas de los territorios de destino. Sería un grueso error circunscribir esta mentalidad eurocéntrica a los grupos dirigentes de las grandes potencias colonialistas, ya que es compartida por todas las ideologías políticas, incluso, por las más bajas clases sociales: por los campesinos pobres del Mezzogiorno italiano —anarquistas y socialistas incluidos— que se esparcen por la América del Norte y del Sur, por los irlandeses que huyen del hambre hacia Canadá o Australia, por los franceses y por los españoles —valencianos y menorquines— que se

trasladan a Argelia en busca de una vida mejor; ¡si hasta los revolucionarios de la Comuna parisina deportados a Nueva Caledonia contribuyen sin escrúpulo alguno, en 1878, a aplastar la revuelta de los aborígenes canacos contra el dominio francés!

Y bien, los primeros sionistas participan plenamente del eurocentrismo general, de la buena conciencia con que el Viejo Continente se proyecta demográfica, económica, militar y culturalmente sobre los demás. He aquí el contexto donde hay que situar aquel famoso eslogan que —atribuido a Max Nordau, y también a Israel Zangwill— pretendía resumir la imagen inicial del nacionalismo judío respecto a Palestina: «Una tierra sin pueblo, para un pueblo sin tierra». ¿Significa esto que, en su ignorancia, los Pinsker, Herzl y compañía se representan un país deshabitado? Quiere decir más bien que, como europeos de su tiempo, ven Palestina identitariamente vacante, vacía de una vida política y cultural específica, nacional; poblada por unos habitantes autóctonos, sí, pero que no constituyen un pueblo singular, diferenciado de las otras poblaciones árabes del Cercano Oriente otomano.[16] De hecho, la generación fundacional del sionismo ni siquiera imagina que su derecho histórico sobre la patria originaria, sobre «la tierra de los antepasados» —un derecho que todo el mundo conoce a través de la Biblia— les pueda ser discutido en términos de legitimidad moral; ¿discutido, en el siglo que, a pesar de cambios religiosos y grandes desplazamientos humanos, había visto renacer con el asentimiento universal los viejos Estados balcánicos tras cuatro o cinco siglos de eclipse? ¿Discutido, en la época en que unos miles de antiguos esclavos negros americanos habían sido «retornados» a África para crear un «hogar nacional», la república de Liberia? ¿Discutido, mientras Europa asiste embelesada a las gestas de los bóers, la «tribu blanca» que se había hecho fuerte en el África austral?

Así pues, el Theodor Herzl que, en *Altneuland*, imagina a los árabes palestinos encantados ante una inmigración judía que les ha enriquecido y ha hecho prosperar espectacularmente a ambas comunidades en su «patria común»[17] no es ni más ni menos candoroso que —por ejemplo — sus coetáneos franceses, convencidos de los grandes beneficios que el asentamiento de los colonos europeos reportará a los musulmanes de Argelia, unos y otros armónicamente integrados en el proyecto nacional de la Tercera República. Ahora bien, ¿significa esta coincidencia de enfoques que el sionismo es un fenómeno de tipo colonialista?

Si entendemos por tal la adquisición de un territorio gracias al uso o la amenaza de la fuerza armada, la apropiación violenta o coactiva de sus recursos naturales para extraer beneficios inmediatos, la instalación de nuevos pobladores bajo el impulso y al amparo de la autoridad político-militar en detrimento de los autóctonos, la explotación masiva del trabajo de estos, y todo ello al servicio de los intereses estratégicos y/o económicos de una metrópoli, entonces solo una grosera caricaturización de la realidad puede asimilar al sionismo originario con este modelo.[18]

Si consideramos el colonialismo como un complejo de superioridad sociocultural, una actitud condescendiente, paternalista o despectiva hacia los no europeos y sus identidades y aspiraciones colectivas, en ese caso es claro que los sionistas participan de tales rasgos y se insertan, conscientemente o no, en la oleada de fondo de la gran expansión imperialista del Viejo Mundo.[19]

Es preciso subrayar, por otra parte, que este optimismo o este desdén respecto a la existencia en Palestina de otra comunidad humana tienen, entre los primeros sionistas, una excepción de talla: la conciencia crítica, el navegante contra corriente que es Ahad Haam. En 1891, después de haber efectuado una estancia como delegado del Hovevei Zion, escribe el artículo «La verdad de *Eretz Israel*», donde afirma:

> En el extranjero tendemos a creer que Palestina está en la actualidad completamente vacía, que es un desierto sin cultivar y que cualquiera puede venir y comprar tanta tierra como quiera. Pero en realidad este no es el caso. Resulta difícil encontrar en alguna zona del país tierra árabe no cultivada […]. En el extranjero tendemos a creer que todos los árabes son bárbaros del desierto, un pueblo ignorante que no ve ni entiende lo que ocurre a su alrededor. Es un error de bulto. Los árabes, como todos los semitas, poseen una mente aguda y astuta […]. Los árabes, y en especial los de las ciudades, entienden muy bien lo que queremos y hacemos en el país. Pero se comportan como si no lo percibieran porque de momento no ven en nuestras actividades ningún peligro ni para ellos ni para su futuro, y además intentan explotarnos y obtener beneficio de los nuevos huéspedes […]. Pero el día en que nuestro pueblo haya progresado hasta el punto de desplazar a la población local, entonces esta no cederá su lugar fácilmente.[20]

Sin embargo, el profético aviso de Ahad Haam es todavía una hipótesis remota en los días de la primera *aliá*. De momento, la relación entre las colonias agrícolas judías y su entorno árabe se caracteriza por la distancia sociocultural (en educación, papel de la mujer, higiene…) y por una simbiosis económica esmaltada de conflictos laborales o de vecindad; todo ello en un marco de violencia endémica y de desprecio y miedo recíprocos. Si, en las filas sionistas, el descubrimiento del otro provoca inquietud y debate, pero no modifica los planteamientos de futuro, la hostilidad arabopalestina hacia los recién llegados es inmediata, y conoce dos niveles de expresión: por abajo, la cólera de los aparceros expulsados —con indemnización— de las tierras adquiridas por los judíos, cólera que se manifiesta a través de agresiones armadas, episodios de pillaje, etcétera, siempre de un alcance limitado; por arriba, las gestiones de las élites —una petición que quinientos notables de Jerusalén dirigen a Constantinopla en 1891, las protestas de las autoridades de Tiberíades entre 1899 y 1902…— contra las adquisiciones territoriales y la inmigración judías, unas señales de rechazo que, con el cambio de siglo, empiezan a adquirir forma política y contenido nacional.[21] Pocos meses después de la muerte de Herzl, mientras despunta la segunda *aliá*, el autor y funcionario cristiano arabopalestino Naguib Azury escribe: «Dos fenómenos importantes y del mismo tipo se están enfrentando de manera impresionante en la Turquía asiática: el despertar de la nación árabe y el esfuerzo de los judíos por restaurar el antiguo reino de Israel. Estos dos movimientos están llamados a combatirse el uno al otro hasta que uno de los dos acabe por prevalecer».[22]

«…OTRA VACA, OTRO DUNAM…»: EL SIONISMO SINTÉTICO

Bajo el enérgico liderazgo de Herzl, el joven movimiento sionista ha conocido un ensanchamiento considerable de su abanico ideológico y táctico: además del sionismo «político» o «diplomático» de matriz occidental que ostenta la dirección, un grupo —el Mizrahi— intenta desde 1902 conciliar la ortodoxia religiosa con la idea nacional, y en 1903 aparecen en Rusia los comités sionistas socialistas que, dos años más tarde, se federarán en el partido Poalei Zion

(Obreros de Sión), y se hacen notar también los sionistas «culturales», inspirados por Ahad Haam desde su distanciamiento crítico; sobre todo, están los sionistas «prácticos», herederos directos de los Hovevei Zion rusos y que, encabezados por el ingeniero Menahem Ussishkin (1863-1941), anhelan reemprender el trabajo de reasentamiento en Palestina, frenado por orden de Herzl a la espera de un acuerdo político con los turcos. Ni que decir tiene que el pogromo de Kishinev, en 1903, y las ulteriores violencias antijudías en el imperio zarista acentúan la impaciencia de este nutrido sector.

Sin embargo, cuando la desaparición de Theodor Herzl deja al sionismo en una orfandad que muchos creen mortal, la única oferta territorial sobre la mesa es la de los británicos respecto de «Uganda», una hipótesis que los sionistas «prácticos» habían rechazado apenas conocerla, pero que en el Sexto congreso quedó formalmente por resolver. Así pues, el Séptimo congreso —reunido en Basilea del 27 de julio al 2 de agosto de 1905— no solo escucha y ovaciona el elogio fúnebre de Herzl a cargo de Max Nordau[23] y elige como nuevo presidente al juicioso empresario David Wolffsohn, sino que además vuelve a debatir encarnizadamente el proyecto ugandés. Aquellos que lo apoyan, con el escritor Israel Zangwill a la cabeza, invocan contra los palestinófilos el problema de la población árabe —curiosamente, nadie piensa en los habitantes indígenas del África oriental— y, cuando la mayoría vota por el rechazo de Uganda o de cualquier lugar alternativo, abandonan el congreso y se escinden. Resulta de ello la Jewish Territorial Organization (ITO), el territorialismo, con sede en Londres y el apoyo de algunos notables occidentales antisionistas, que intentará sin éxito hallar —en México, en Canadá, en Texas, en Cirenaica, en Mesopotamia, en Angola…— una base geográfica para la autonomía judía, hasta autodisolverse en 1925, poco antes de la muerte de Zangwill.[24]

Por su parte, el nuevo presidente de la Organización Sionista Mundial (OSM), Wolffsohn, forma un Comité Ejecutivo de equilibrio entre «prácticos» y «políticos», traslada la sede de Viena a Colonia y confía la secretaría general al periodista judeopolaco Nahum Sokolov (1859-1936).[25] De todos modos, la disyuntiva entre las gestiones diplomáticas en Europa o la infiltración gradual en Palestina sigue abierta; durante el Octavo congreso (La Haya, agosto de 1907) el joven y ya relevante delegado Haim Weizmann (1874-1952) acuña la expresión «sionismo sintético» para defender que la segunda táctica no es incompatible con la primera, y se acuerda abrir en Jaffa una oficina de la OSM sobre el terreno. Los discípulos directos de Herzl, no obstante, perseveran en aplicar las recetas de este: gestiones y ofrecimientos financieros cerca de la Sublime Puerta; grandes esperanzas a raíz de la toma del poder por parte de los Jóvenes Turcos, en julio de 1908; elucubraciones sobre si la nueva situación otomana aconseja entenderse con los turcos contra los árabes, o bien con los árabes contra los turcos; contactos poco más que protocolarios con diversos gobiernos de la Europa del Este… En un escenario de tensión internacional creciente, los resultados de esta diplomacia sin ningún poder tras ella son insignificantes: Palestina no está en venta, y, si lo estuviese, las 4.000 libras de presupuesto anual que mueve el ejecutivo sionista —equivalentes al gasto ordinario de una familia occidental rica — tampoco alcanzarían para comprarla.[26]

Es, pues, la esterilidad del sionismo «político» lo que espolea las críticas de los partidarios de la acción práctica. Si ya en La Haya Wolffsohn había sido reelegido presidente con 59 votos en contra por 135 a favor, en el Noveno congreso (Hamburgo, diciembre de 1909) los reproches de la oposición se intensifican, y es en el Décimo (Basilea, agosto de 1911) donde se consuma el

relevo: retirado David Wolffsohn, eclipsado Max Nordau, alcanza la presidencia el prestigioso botánico alemán Otto Warburg (1859-1938) con un ejecutivo —la sede del cual se traslada a Berlín— en el que son mayoría los sionistas rusos. De ahora en adelante serán judíos del este (Sokolov, Weizmann…), paladines de un sionismo «sintético» que pivota sobre la tarea de construcción social y económica en *Eretz Israel*, los que empuñen el timón del movimiento.

En este cambio de prioridades, la práctica ha precedido largamente a la teoría, o la base se ha adelantado de mucho a la cúpula, porque un nuevo ciclo migratorio judío hacia Palestina está en marcha desde 1904. Conocida *a posteriori* como la segunda *aliá*, esta pequeña corriente demográfica transporta en una década (1904-1914) a unas 40.000 personas —procedentes en general de la Rusia donde hace estragos el antisemitismo—, jóvenes, solteras —con una proporción de seis a cuatro entre hombres y mujeres— y bastante instruidas; conviene precisar que, del total de recién llegados, menos de un 20% se quedará definitivamente en el país,[27] de modo que, bien contada, su aportación cuantitativa es bastante irrisoria.

¿Qué explica, pues, que estos pocos miles de individuos hayan sido considerados el núcleo configurador de la sociedad y del futuro Estado israelíes? Hay, por una parte, factores culturales y de actitud: los inmigrantes desembarcan en Palestina sin familia, imbuidos de un espíritu rebelde y de un laicismo radical que chocan pronto con la ortodoxia del viejo *yishuv* y también con el modesto aburguesamiento de los llegados veinte años antes, en la primera *aliá*; ruptura generacional, pues, y también un militantismo sionista que quiere desbancar la lógica comunitaria ancestral de los judíos palestinos —ser tolerados y no llamar la atención…— en favor de la lógica nacional de quien se considera en su casa.

Alguien tildó a los nuevos pioneros de «chiquillos marxistas», y, en efecto, muchos lo son. Fuertemente politizados ya en el clima antisemita y prerrevolucionario de la Zona de Residencia, una vez en la tierra de Israel tardan poco en organizarse, unos en la rama local del Poalei Zion —el partido sionista-marxista fundado en Rusia aquel mismo año 1905—, otros en el Hapoel Hatzair (El joven obrero), grupo de un socialismo pacifista y espiritualista más cercano a Tolstói que a Marx. Por mucho que, en 1906, no sumen más de 150 miembros, estos dos partidos de izquierda dominarán la vida política del *yishuv* durante las décadas siguientes y le infundirán los valores fundamentales. Entre ellos, y desde un principio, los conceptos de *kibbuch haavoda* o «conquista del trabajo» y de *avoda ivrit* o «trabajo judío», es decir, el rechazo a la utilización de mano de obra árabe por parte de los patronos judíos —tal como habría aconsejado una visión colonialista— y el afán por crear una clase trabajadora hebrea, trabajadora agrícola para empezar, como forma de desalienación individual y de emancipación nacional.

Proclive al activismo, la protesta y la huelga, esta vanguardia establecida en el país durante la década anterior a la Gran Guerra —por ejemplo, el militante del Poalei Zion, David Grin, que con diecinueve años llega a Jaffa el verano de 1906 desde Polonia, poco antes de cambiarse el nombre por David Ben-Gurion—,[28] esta segunda *aliá*, cataliza una serie de iniciativas o creaciones que son emblemáticas y premonitorias de cara al futuro. Así, la fundación en abril de 1909, sobre las dunas yermas al norte de Jaffa, de un proyecto de nueva ciudad judía llamada Tel Aviv;[29] o bien el nacimiento en 1909-1910, sobre tierras adquiridas por el Fondo Nacional Judío en la orilla sur del lago de Tiberíades, de Degania, la primera implantación agrícola colectivista, el primer kibutz;[30] o el crecimiento de un sistema educativo hebraico que, a partir de 1905, cuenta con los primeros centros de enseñanza secundaria (la Herzlía Gymnasia, en Jaffa al

principio y luego en Tel Aviv) y, en 1912, establece en Haifa un instituto científico y tecnológico, el Technion; o también el hecho de que, desde 1907, un puñado de estos pioneros socialistas decidan asumir por sí mismos la protección armada de las granjas judías frente al pillaje o las incursiones beduinas, dando lugar en 1909 al Hashomer (La guardia), un embrión de fuerza de autodefensa aclimatada al país que, antes de la Gran Guerra, reunirá a un centenar de *shomrim* (‘guardianes’).

Que durante esta década el sionismo está pasando del estadio del proyecto político al de la concreción social sobre el terreno, y que los nuevos inmigrantes han emprendido en Palestina la reinvención de una sociedad, lo corroboran muchos otros síntomas. Uno de ellos es la extensión en el uso del hebreo, que los hombres y las mujeres de la segunda *aliá* adoptan con su característico espíritu militante, y que en 1913-1914 gana una áspera «guerra de las lenguas» contra el alemán como idioma docente básico del Technion de Haifa, y cuyo uso se potencia entre el conjunto del *yishuv* aunque sea con métodos tan expeditivos como las «patrullas de la lengua», piquetes de activistas que recorren calles y mercados al grito de *Yehudí, daber ivrit* («¡Judío, habla hebreo!»).[31] Naturalmente, la prensa en la lengua renacida también progresa: se diversifica con los periódicos de los nuevos partidos socialistas, y ya es capaz de editar dos diarios, *Haor* [La Luz], impulsado desde 1910 por el infatigable Eliézer Ben-Yehudá, y *Haherut* [La Libertad], portavoz desde 1912 de los sefardíes de Jerusalén.

El período 1904-1914 es aquel en que llegan al país buena parte de los dirigentes políticos de la Palestina judía y de Israel durante el siguiente medio siglo: el futuro primer ministro Ben-Gurion, ya citado; su sucesor, Lévi Eshkol; el segundo presidente del Estado, Yitzhak Ben Zvi; el promotor y futuro alcalde de Tel Aviv, Meir Dizengoff; el organizador y dirigente socialista Berl Katznelson; el futuro ministro de Exteriores, Moshé Sharett; etc. Es también la etapa en la que se incorpora al *yishuv* una primera, embrionaria, intelectualidad nacional: el ensayista y pensador tolstoiniano Aharon David Gordon (1856-1922), los escritores Yosef Haim Brenner (1881-1921) y Shmuel Yosef Agnon (1888-1970) —este, futuro premio Nobel de Literatura— o Rahel Bluwstein (1890-1931), popular poetisa conocida bajo el nombre de Rahel.[32]

Por importantes que sean de cara al porvenir, estas aportaciones cualitativas a la segunda *aliá* no pueden hacer olvidar la dimensión demográfica y agrícola del sionismo sintético, la voluntad de reasentamiento territorial a pequeños pasos que quedará reflejada en la consigna «… otra vaca, otro dunam…». Ínfimo todavía en comparación con la riada migratoria hebrea hacia América, el saldo neto que dejan en Palestina los pioneros judeorrusos de estos años, sumado a otras aportaciones inmigratorias (de judíos yemeníes, sobre todo…) y al crecimiento vegetativo hacen subir la población judía del país, en 1914, hasta las 60.000 personas, 85.000 según los cálculos más generosos, cifras que representan entre el 8 y el 11% del total de los habitantes. El grueso del *yishuv* se concentra en las ciudades —la flamante Tel Aviv ya tiene 5.000 almas…—, pero 12.000 de sus miembros, el doble que en 1904, viven y trabajan en establecimientos agrícolas, y ello gracias a la decisiva labor de Arthur Ruppin.

Después de que el Octavo Congreso Sionista hubiese acordado crear un «fondo agrario» —será la Palestine Land Development Company— y abrir una oficina permanente en Jaffa, en 1908 llega a esta ciudad como director de ambas estructuras un joven y competente tecnócrata alemán, Arthur Ruppin (1876-1943). Durante los seis años siguientes, sensible a las ideas de los *halutzim* socialistas recién llegados, Ruppin patrocina formas experimentales de trabajo

cooperativo o colectivo —Degania, entre otras— y, además, elabora un modelo teórico, una doctrina en la que encajan el voluntarismo de los pioneros, la viabilidad económica y el propósito de extender territorialmente la presencia judía.[33]

Así, en 1914 existen en Palestina dos agriculturas judías diferentes. La más antigua y predominante, en la llanura litoral, está hecha de explotaciones privadas que utilizan mano de obra árabe y cultivan, sobre todo, cítricos para la exportación: solo las 6.000 hectáreas de Petah Tikvah producen en 1913 el 63% de todos los cítricos palestinos…, gracias a 1.700 trabajadores árabes; Rishon LeZion, con 700 hectáreas de plantaciones y 1.500 habitantes confortablemente alojados, posee unas bodegas equipadas con la última tecnología…[34] Hay también otra agricultura más inclinada hacia el interior y el norte, hacia Galilea, sobre tierras «públicas» —del Fondo Nacional Judío—, que se basa en el trabajo no asalariado, el autoconsumo y el rechazo del mercado, y que tiene en cada una de sus once implantaciones un laboratorio social, un crisol donde se forja la nueva identidad nacional del *yishuv*. En total, la cuarentena de colonias agrícolas de uno y otro tipo no poseen más del 2,5% de la superficie del país, unos 420.000 dunams.

La modestia porcentual de las propiedades y del poblamiento hebreos en Palestina no impide que, en estos años, empiece a hacerse patente el antagonismo de fondo entre el proyecto sionista y la población árabe mayoritaria. La causa es doble: por un lado, la alta politización de los miembros de la segunda *aliá* los hace más conscientes de la magnitud del problema y de su propia debilidad, y también más resueltos a hacerse respetar; por otro, y a raíz de la subida al poder de los Jóvenes Turcos en 1908, «como reacción, el nacionalismo árabe se hizo gradualmente explícito»,[35] y cada vez más activo ante el rápido declive del sistema otomano. Las manifestaciones de este antagonismo, sin embargo, no son del todo simétricas. Mientras que entre las élites y la prensa árabes de Beirut, Damasco o Haifa, y en el propio Parlamento de Constantinopla, se denuncian las tendencias separatistas de la comunidad judía en Palestina y se incita a combatir la «amenaza sionista» desde una posición de rechazo frontal,[36] la prensa hebrea de la diáspora o del *yishuv* e, incluso, los órganos sionistas abordan la cuestión desde actitudes más complejas y matizadas; discuten la legitimidad de los derechos de unos y otros, especulan sobre la complementariedad entre «la tierra» de los árabes y «el saber» de los judíos como base de una convivencia armónica, de un desarrollo conjunto del país; y, mientras ciertas voces consideran que la confrontación es inevitable y de naturaleza nacional, también las hay que abogan por la prudencia y el acuerdo, o incluso sueñan con la asimilación de los árabes palestinos en el seno de una futura mayoría judía, partiendo del común tronco semita.[37]

Sobre el terreno, en todo caso, la discreta expansión demográfica y agraria del *yishuv*, la rivalidad entre una mano de obra y la otra y el comportamiento emancipado, a veces arrogante, de los nuevos pioneros sionistas elevan la tensión y multiplican los incidentes, que empiezan a adquirir un carácter político. Hay disturbios intercomunitarios en Jaffa en marzo de 1908, y diversos muertos alrededor de la granja-escuela de Sejera, en Galilea, en 1909; la plataforma de un nuevo partido político creado en Jaffa en 1911 exige el bloqueo de la inmigración y del asentamiento de judíos, y en 1913-1914 menudean los ataques contra las colonias hebreas, mientras proliferan entre los árabes palestinos las sociedades antisionistas. Es cierto que, durante este mismo bienio, notables árabes de El Cairo o Beirut, favorables a la descentralización otomana, mantienen contactos informales con representantes sionistas europeos y que cada parte

intenta utilizar a la otra como elemento de presión sobre el gobierno de Constantinopla.[38] Se trata, no obstante, de un movimiento táctico muy oportunista, que no cristaliza en ningún acuerdo de fondo —cualquier estructura sociopolítica judía en Palestina resulta inaceptable para los árabes— y que, sobre todo, ignora la realidad local. La que expresa, por ejemplo, una «advertencia general a los palestinos» difundida en Jerusalén en junio de 1914, donde se conmina a estos a «defender con los dientes» la tierra conquistada por Omar y Saladino, y se les pregunta: «¿Queréis ser esclavos de los sionistas, que han venido a expulsaros de vuestro país pretendiendo que es el suyo?».[39]

EL TIEMPO DE LAS PROMESAS

Reunida por undécima vez en congreso en Viena, en septiembre de 1913, la Organización Sionista Mundial —que cuenta entonces con 127.000 miembros cotizantes— discute sobre el empantanamiento diplomático que se deriva del inflexible rechazo turco a hacer concesiones político-territoriales, aprueba —según la propuesta de H. Weizmann— impulsar la creación de una universidad judía en Jerusalén y, sobre todo, hace balance del trabajo práctico desarrollado últimamente en Palestina. Es aquí donde el principal arquitecto de esta labor, Arthur Ruppin, declara: «Durante mucho tiempo todavía, nuestros progresos en Palestina dependerán por completo de los progresos que nuestro movimiento logre en la diáspora».[40] Un año después, el inicio de la Gran Guerra vendrá a darle la razón, y pondrá de relieve tanto el papel decisivo del sionismo diaspórico como la fragilidad del asentamiento judío en Tierra Santa.

La guerra que se desata en Europa en agosto de 1914 conlleva la parálisis inmediata de la Organización Sionista y la rápida movilización de más de un millón de soldados judíos en las filas de los diversos ejércitos de los dos bandos enfrentados. Pero es solo en los primeros días de aquel noviembre, con la entrada en liza de Turquía, cuando el Oriente Próximo otomano y los distritos palestinos dentro de él pasan a formar parte del escenario bélico. De cara al futuro, la apuesta de Constantinopla por Berlín y Viena precipitará entre los Aliados la decisión de liquidar el viejo imperio de los sultanescalifas y repartirse sus despojos. A corto plazo y a nivel local, la beligerancia turca tiene para el *yishuv* consecuencias muy negativas.

Como ya sabemos, este está formado en buena medida por judíos originarios del Imperio ruso, cuya ciudadanía conservan parte de ellos, y hay también sefardíes de procedencia norteafricana y nacionalidad francesa, unos y otros convertidos ahora en súbditos de potencias enemigas. Contra todos ellos se dictan pronto amenazas de expulsión precedida de confiscación de bienes, castigos solo evitables si se naturalizan como otomanos y —los jóvenes— cumplen de inmediato sus obligaciones militares. En este clima de inseguridad, cierto número de pioneros son expulsados a Egipto, desde donde algunos (los activistas Ben-Gurion y Ben Zvi, el gramático Ben-Yehudá…) se trasladan después a Estados Unidos. Entre diciembre de 1914 y agosto de 1915, más de un millar de habitantes de Tel Aviv y otras implantaciones judías, familias enteras, son deportados hacia Alejandría a bordo de buques de guerra norteamericanos.[41] Algunos cálculos cifran en 11.300 el número total de judíos que dejarán Palestina, de modo voluntario o forzoso, a lo largo de toda la guerra.[42]

Para el grueso de la comunidad judeopalestina que no puede o no quiere abandonar el país, el período bélico tampoco resulta nada fácil. La guerra, además de eliminar el sistema de protecciones consulares, acentúa la arbitrariedad del poder turco y justifica todo tipo de extorsiones dinerarias y requisas de bienes, de las que los hebreos son víctimas no únicas, pero sí preferentes. La actividad sionista pasa rápidamente de sospechosa a perseguida, los *shomrim* o «guardianes» son desarmados y detenidos, el uso público del hebreo es restringido y los principales representantes sionistas —incluido el alemán Arthur Ruppin— acaban por ser expulsados. Ya en marzo de 1917, la presión creciente de las fuerzas británicas desde Egipto sirve de excusa a Jamal Pachá —ministro y máxima autoridad otomana en la región— para ordenar la evacuación y el traslado hacia el norte de todos los habitantes judíos de Jaffa y Tel Aviv, unas 5.000 personas. «Se trata no solo de una medida militar, sino también antisionista», observa el diplomático español Antonio de La Cierva, que en el noviembre siguiente también registra el espasmo represivo final de los turcos en retirada: «Nos encontramos en plena manía de persecución antisemita, pues el gobernador no hace más que arrestar a diestro y siniestro a todos los notables judíos».[43] Por otra parte, la parálisis de la actividad económica —que castiga sobre todo a la agricultura exportadora—, el bloqueo naval aliado de las costas palestinas y otras diversas calamidades (una plaga de langostas en 1915, epidemias de tifus y de cólera…) disparan los precios, provocan la penuria de alimentos y reducen a millares de hebreos, tradicionalmente beneficiarios de la caridad judía internacional ahora interrumpida, a la miseria y el hambre, que los auxilios procedentes de Estados Unidos palian hasta abril de 1917. La Tierra Santa de estos años no conoce ni de lejos devastaciones comparables a las de la Anatolia coetánea, pero los rumores de una deportación en masa y, con ellos, la sombra del genocidio armenio no deja de planear sobre el *yishuv* indefenso.

Es, probablemente, esta sensación de vulnerabilidad y de peligro lo que decide a un puñado de jóvenes (el agrónomo Aaron Aaronsohn y su hermana Sarah, hijos de una de las familias más ilustres de la primera *aliá*, el poeta Avshalom Feinberg y algunos más) a crear una red de espionaje que empuje y ayude a los británicos a desencadenar la ofensiva hacia Palestina. El grupo se autodenomina Nili (acrónimo de un versículo bíblico que significa «la Providencia de Israel no lo abandonará»), instala su centro de operaciones en la Estación agrícola experimental de Atlit, en el litoral algo al sur de Haifa, y, desde enero de 1917, después de haber establecido a costa de la vida de Feinberg contactos con El Cairo y con Londres, transmite a la capital egipcia valiosas informaciones sobre el despliegue militar turco-alemán en la zona. Aquel octubre, sin embargo, las autoridades otomanas desarticulan la red, y Sarah Aaronsohn, temiendo no soportar la tortura, opta por un suicidio que hará de ella la Juana de Arco del *yishuv*; dos de sus compañeros de actividad clandestina serán ejecutados en Damasco en diciembre, de modo que el episodio del Nili proporciona a la causa sionista sus primeros héroes patrióticos.[44]

Esta no es, en todo caso, la única contribución del movimiento al esfuerzo de guerra aliado. Entre los judíos de Palestina refugiados en Egipto y comprensiblemente aliadófilos, la idea de crear una fuerza combatiente halla su catalizador en la figura de Yosef Trumpeldor (1880-1920), «el manco de Port Arthur», un judío ruso, héroe mutilado en el célebre asedio japonés, oficial del zar por méritos de guerra y socialista tolstoiniano que se ha establecido en Tierra Santa en 1912. Es él quien consigue de los ingleses reticentes la luz verde para organizar en marzo de 1915, en Alejandría, el Zion Mule Corps o «Cuerpo de Mulateros de Sión», un batallón de entre 650 y 900

hombres encargados del transporte de municiones, que actúa con distinción en la estéril y dura campaña de Gallípoli o de los Dardanelos, y será disuelto, en 1916. Son los mismos propósitos de restaurar la extinguida tradición militar de su pueblo y de adquirir para el sionismo una baza política de cara a la paz («Es preciso que la sangre judía sea derramada por la liberación de *Eretz Israel*») los que convierten a otro hebreo de origen ruso, Vladímir Zeev Jabotinsky (1880-1940), en el gran abogado de una legión judía, idea que predica sin demasiado éxito entre los trabajadores judeorrusos del East End londinense, muy reacios a luchar en el mismo bando que la Rusia antisemita de la que tuvieron que salir huyendo. Solo en el verano de 1917, derribado ya el zarismo, el gobierno británico anuncia la formación inmediata de un regimiento judío, compuesto por tres batallones de fusileros reales y que reunirá a voluntarios y a reclutas extranjeros: el 38.° batallón lo forman veteranos de los Mulateros de Sión y *Schneiders* (‘sastres’), el mote de los inmigrantes del East End; el 39.° lo nutren sobre todo voluntarios llegados de Estados Unidos (entre ellos, los exiliados Ben-Gurion y Ben Zvi); en cuanto al 40.°, será reclutado más tarde, ya entre los habitantes judíos de la Palestina parcialmente conquistada por los ingleses.[45]

Con Jabotinsky en sus filas como teniente honorario, banderas propias de los colores sionistas y la estrella de David bordada en los uniformes, los 38.° y 39.° batallones parten de Londres en febrero de 1918 y, desde Egipto, llegan a Palestina durante el verano, justo a tiempo de participar en los últimos combates de la campaña del general Allenby y contribuir modestamente a la capitulación turca del 31 de octubre. Engrosada con el 40.° batallón, la Legión Judía suma ya unos 5.000 hombres y es una fuerza considerable, pero el intento de Jabotinsky de hacer de ella un instrumento de hegemonía sionista sobre el territorio palestino inquieta a los británicos, quienes, previendo conflictos con la población árabe, deciden desmovilizar el regimiento durante el verano de 1919. Es preciso añadir que algunos de los voluntarios procedentes de la diáspora rehúsan ser repatriados y se afincan en el país, constituyendo así la vanguardia de la tercera *aliá*.[46]

Mientras se desarrollan estos balbuceos del ejército judío, la rápida mundialización de una guerra que al principio era «europea» y, en especial, la beligerancia turca han convertido desde finales de 1914 el futuro de los territorios otomanos en una cuestión del máximo interés estratégico y geopolítico para los gobiernos aliados y en objeto de una intensa diplomacia secreta, de la cual se derivarán un manojo de compromisos contradictorios. Compromisos —conviene subrayarlo— que se proyectan sobre un Oriente Próximo todavía amorfo, sin fronteras internas ni denominaciones políticas o identitarias demasiado precisas, donde conceptos como «Siria», «Palestina» o «las provincias árabes» tienen un significado equívoco, vago y cambiante.

La subasta anticipada del patrimonio otomano comienza en marzo de 1915 cuando los Aliados acuerdan conceder a Rusia, después de la victoria, Constantinopla y la región de los Estrechos; Francia, por su parte, reclama una gran Siria que abarcaría desde el interior de Anatolia hasta la frontera egipcia del Sinaí; el 26 de abril, en el tratado de Londres, Italia mercadea su entrada en la guerra a cambio, entre otras promesas, de una amplia región de Asia Menor en torno al puerto de Antalya. Para justificar tales pretensiones, todo vale: los rusos se reclaman legatarios de Bizancio, y los franceses no dudan en declararse herederos del reino latino de Jerusalén, desaparecido en el siglo XIII… Los británicos, que sufren en carne propia el atasco de la campaña de Gallípoli y, además, tienen en El Cairo una atalaya avanzada sobre la

región, piensan entonces en hallar un liderazgo árabe capaz de sembrar la subversión y la revuelta en la retaguardia turca, y a la vez susceptible de vehicular o camuflar los intereses de Londres en la disputada zona, de cara a la posguerra. Siguiendo los consejos de sus expertos —entre ellos, el oficial de inteligencia Thomas Edward Lawrence—, el alto comisario británico en Egipto, sir Henry McMahon, escoge como interlocutor al jerife (descendiente de Mahoma) Hussein ibn Alí, de linaje qurashí (la tribu del Profeta) y señor de La Meca, cuya autoridad religiosa ante el conjunto de los musulmanes puede, por otro lado, neutralizar la declaración de yihad o «guerra santa» lanzada contra los Aliados por el sultán-califa turco, Mehmed V. Es así como se desarrolla, entre julio de 1915 y enero de 1916, un intercambio epistolar de ofertas, reivindicaciones, contraofertas y acuerdos imprecisos entre La Meca y El Cairo que conocemos como «la correspondencia Hussein-McMahon». El jerife se presenta en ella como el portavoz de la nación árabe, en nombre de la cual demanda la práctica totalidad del Asia arabófona para erigir allí un gran reino independiente y ocupar el trono. Los británicos formulan reservas sobre el control futuro de Mesopotamia; hacen constar su respeto por las aspiraciones de Francia en la región, y excluyen ambiguamente las áreas occidentales de «Siria», la franja litoral donde se concentran importantes minorías no musulmanas, del reino árabe que Hussein pretende y ellos se comprometen a apoyar. Puesto que la palabra «Palestina» no es usada nunca en la correspondencia, y tampoco acompaña a esta mapa alguno que compense la vaguedad terminológica, la polémica sobre cuál era el alcance geográfico exacto de la promesa de McMahon resultaba inevitable y ha llegado hasta hoy. Sin embargo, y de acuerdo con uno de los más recientes y exhaustivos estudiosos del caso, creemos que el apoyo de Londres a las ambiciones de Hussein se refiere a una «Arabia» —en el sentido de la península Arábiga— ampliada hasta incluir el interior del Creciente Fértil, pero sin salida al Mediterráneo. Naturalmente, la interpretación que hace el líder árabe es otra, y, así, «el embrollo es total sobre la suerte de Palestina, puesto que los británicos de 1915 están, de buena fe, convencidos de que no la han prometido al jerife, mientras este, con idéntica buena fe, entiende que le ha sido concedida».[47]

Entre tanto, la existencia de las negociaciones entre McMahon y Hussein ha inquietado al gobierno francés, que urge al aliado británico a clarificar el futuro posbélico de Oriente Próximo y, sobre todo, a delimitar las posiciones respectivas en relación al presunto reino árabe que los ingleses parecen empeñados en promover; París, en todo caso, aspira a un vasto dominio «sirio» que comprenda desde la provincia mesopotámica y petrolera de Mosul hasta la Siria del sur, es decir, Palestina. A partir de diciembre de 1915, el diplomático francés Georges Picot y el orientalista y diputado inglés sir Mark Sykes regatean un reparto territorial al cual también se asocia la Rusia zarista y que, una vez ratificado por los gobiernos en mayo de 1916, adopta la forma de pacto o plan secreto que aplicar después de la victoria aliada. ¿Qué dicen estos «acuerdos Sykes-Picot»? En sustancia, descuartizan el Creciente Fértil entre unas zonas que controlarán directamente Francia (sur de Anatolia y litoral sirio-libanés hasta el norte de Galilea) o Gran Bretaña (la Mesopotamia desde Bagdad hasta el golfo Pérsico) y otras (las áreas interiores de esta gran región) donde ambas potencias solo ejercerán su influencia sobre la teórica soberanía árabe del jerife Hussein. En cuanto a Palestina, Londres ha conseguido esquivar las pretensiones francesas con una fórmula compleja: la franja central del territorio, desde Gaza

al sur hasta el lago de Galilea al norte, será neutralizada bajo el control de una administración internacional; pero, dentro de este espacio, Haifa y Acre constituirán un enclave portuario en manos británicas.

Si bien la laboriosa filigrana territorial de Sykes y Picot restringe en alto grado el margen de interpretación de las coetáneas promesas hechas por McMahon al jerife de La Meca, su carácter secreto evita, de momento, reacciones hostiles de los árabes. Al contrario: es en junio de 1916 cuando estalla por fin la revuelta antiturca de las tribus beduinas del desierto arábigo, revuelta encabezada por el jerife Hussein —que, aquel octubre, se proclama rey del Hiyaz— y por sus hijos Alí, Abdullah y Faysal. Con la generosa financiación (11 millones de libras esterlinas) y el apoyo naval, aéreo y logístico de los británicos —un apoyo del que el oficial de enlace T. E. Lawrence será la expresión más célebre y más novelesca—, la rebelión árabe consigue un dominio relativo de la Península y, en julio de 1917, ocupa el estratégico puerto de Ákaba, en el mar Rojo; pero las ambiciones políticas de los hachemíes (el nombre dinástico de la estirpe de Hussein) apuntan más al norte, hacia Bagdad, Damasco, Jerusalén, ciudades donde la élite de intelectuales y notables árabes hostiles a los otomanos empieza a ver en los guerreros del desierto una esperanza de emancipación nacional.[48]

¿Qué ha sido, entre tanto, del sionismo? ¿Cuál es su papel dentro del bazar diplomático en que se ha convertido el mundo en guerra? Durante el verano de 1914, la Organización Sionista Mundial tiene su sede en Berlín y un ejecutivo compuesto de alemanes —patriotas fervientes— y rusos —germanófilos por reacción contra el zarismo de los pogromos y las discriminaciones—; así pues, la teórica neutralidad del movimiento se traduce, tanto en la Europa centro-oriental como entre las comunidades americanas nutridas por inmigrantes judeorrusos, en una apuesta decidida por la victoria de Alemania y una derrota de Rusia que destruya ahí la tiranía y libere a los súbditos hebreos. Es cierto que, en diciembre de 1914, una cumbre de dirigentes reunida en Copenhague ha resuelto abrir en esta ciudad neutral una oficina de coordinación entre las secciones sionistas de los distintos países ahora enfrentados. Pero Berlín sigue siendo el centro neurálgico, y el gobierno del káiser, el interlocutor privilegiado, a través del cual se puede velar por la suerte de los millones de judíos de la Zona de Residencia que pasan bajo ocupación militar alemana, y también influir en favor del *yishuv* palestino frente a las medidas hostiles del poder turco. Más allá de estas gestiones humanitarias, los dirigentes sionistas del Reich procuran también persuadir a la diplomacia imperial de que su movimiento puede ser un factor determinante en la política alemana hacia Oriente Próximo, puede apuntalar el tambaleante dominio otomano y extender en la región la influencia germánica… a condición, claro está, de que Berlín consiga arrancar de Constantinopla concesiones políticas sobre Palestina. Berlín se muestra receptivo y cauto: permite que la idea sea publicitada en la prensa, que en 1917 se constituya un Comité judeoalemán sobre Palestina, pero en ningún caso intenta forzar la actitud turca, que a veces se expresa de forma bastante brutal; por ejemplo en otoño de 1917, cuando el número uno otomano en Jerusalén, Jamal Pachá, comenta al embajador alemán que él bien que consentiría en conceder a los judíos un Hogar Nacional, pero no comprende de qué les iba a servir, puesto que los árabes los matarían a todos.[49] En definitiva, los hombres del káiser concluyen que la apuesta instrumental por el sionismo podría complicarles mucho la relación con el aliado turco, y descartan comprometerse en ello.

Tres décadas de intensa migración judía a través del Atlántico han creado, en 1914, una nueva centralidad sionista en los Estados Unidos de América, donde incluso elementos entre los más antiguos y establecidos de la comunidad —por ejemplo, el jurista Louis D. Brandeis (1856-1941), juez del Tribunal Supremo y consejero del presidente Wilson; el también jurista Louis Marshall (1856-1929); los banqueros Felix Warburg (1871-1937) y Jacob Schiff (1847-1920), etc.— adoptan en relación al movimiento fundado por Herzl una actitud equiparable a la de tantos irlandoamericanos hacia la lucha nacional irlandesa: ellos son americanos de origen judío asimilados y patriotas, pero también están disponibles para movilizar dinero e influencia en favor de la causa de una patria judía en Palestina. Así, mientras el embajador de Estados Unidos en Constantinopla, el judío Henry Morgenthau, desarrolla hasta 1916 una activa tarea de protección y socorro al *yishuv*, y Brandeis familiariza a la Casa Blanca con el proyecto sionista, tanto Berlín como Londres y París cortejan a los hebreos norteamericanos y especulan sobre su presunta capacidad para decantar a la opinión pública y al gobierno de la única gran potencia que aún permanece neutral. De este modo, las gestiones simultáneas de los sionistas alemanes, por un lado, y de los sionistas americanos, por el otro; los trabajos y las propagandas de Trumpeldor y Jabotinsky para arrancar de los ingleses la creación de un ejército judío, todo ello incidiendo sobre el arraigado estereotipo antisemita de la omnipotencia judía, alimentan en los gobiernos beligerantes, y sobre todo en las cancillerías aliadas, la convicción de que existe un factor judío capaz de marcar el curso de la guerra.[50] El estallido de la Revolución rusa, en marzo de 1917, y la imagen que pronto difunden por Occidente diarios como el *Times* o el *Morning Post* sobre una masiva presencia de judíos en el soviet de Petrogrado y en el seno del bolchevismo emergente[51] vienen a reforzar todavía más la idea de una comunidad articulada y políticamente decisiva a escala mundial. Desde los bastidores del poder británico, un hombre será clave en el aprovechamiento de tal espejismo: Haim Weizmann.

Nacido en 1874 en la localidad bielorrusa de Motol en una familia acomodada, Weizmann cursó brillantes estudios de química en Alemania y Suiza mientras desarrollaba una activa trayectoria como militante sionista: delegado en todos los congresos desde 1898, comprometido en el origen de la Fracción Democrática en 1901, definidor del sionismo sintético en 1907, ponente del proyecto de una universidad judía en Jerusalén en 1913… En 1904 se había establecido en la Gran Bretaña como investigador en el Departamento de Química Orgánica de la Universidad Victoria, en Manchester, y en 1910 se naturalizó, a la vez que iba adquiriendo una posición directiva en las filas del sionismo británico.

Cuando el estallido de la Gran Guerra dejó a la cúpula de la OSM paralizada a medio camino entre el neutralismo y la germanofilia, Weizmann fue una de las pocas figuras de origen oriental —otra es Nahum Sokolov, llegado a Londres a fines de 1914— que no solo consideró estratégico apostar por la causa aliada, sino que también vislumbró el conflicto mundial como una gran oportunidad abierta a los objetivos políticos sionistas. Antes incluso de la entrada de Turquía en la guerra, sus intuiciones eran ya rotundas:

> Nosotros, como judíos, deseamos y debemos desear la victoria para los Aliados. […] En este importante período de la historia humana debemos hacer todo lo posible para asegurar un tratamiento honroso, justo y equitativo del problema judío. […] Ahora es el momento de presentar nuestra exigencia de establecer una comunidad judía organizada autónomamente en Palestina. […] No me caben dudas de que Palestina caerá dentro de la influencia de Inglaterra. […] Será la Bélgica de Asia, especialmente si es desarrollada por los

judíos. Nosotros podemos trasladar fácilmente un millón de judíos a Palestina dentro de los próximos 50-60 años; así Inglaterra tendría una barrera muy fuerte y efectiva, nosotros tendríamos un país, y aliviaríamos un poco la presión en Rusia, […] y antes que nada dejaríamos de ser moralmente los sin-patria, por pequeño que sea nuestro hogar.[52]

Una beatífica leyenda sionista vincula el éxito político de Weizmann con sus habilidades como químico; en 1915, la producción de cordita —el explosivo que emplean los cañones de la Royal Navy— está amenazada por la falta de un disolvente, la acetona; en su laboratorio de Manchester, Weizmann consigue obtener acetona a partir de la fermentación del maíz, y pone a punto un proceso de elaboración industrial; entonces los británicos, agradecidos, le ofrecen la recompensa que desee, y él les solicita una no de carácter personal, sino nacional…: Palestina.[53] Naturalmente, la realidad es menos edificante y mucho más sinuosa.

Seguro de sí mismo, poseedor de una personalidad seductora y curtido en el juego político, Haim Weizmann ha comenzado desde mucho antes de 1914 a establecer contactos y tejer complicidades en los círculos gubernamentales y periodísticos ingleses, así como entre los próceres de la comunidad judía insular: el ministro y expremier conservador Arthur James Balfour; el liberal sir Herbert Samuel —primer judío practicante miembro de un gobierno británico—; el también ministro, liberal y galés David Lloyd George; el editor del influyente *Manchester Guardian* Charles P. Scott; el diputado sir Mark Sykes; lord Lionel Walter Rothschild, y otros miembros de la rama inglesa de la familia… En este contexto, haber contribuido al esfuerzo bélico con la síntesis de la acetona no hace más que fortalecer la posición de Weizmann ante el *establishment*: como consejero científico del Almirantazgo y asesor del Ministerio de Municiones, el acceso a los responsables políticos y militares del Reino Unido y del Imperio (por ejemplo, el general sudafricano Jan Smuts, miembro del gabinete de guerra) le resulta todavía más fácil. Weizmann, que durante las disputas de la década anterior con los sionistas «políticos» había desdeñado sus «éxitos sobre el papel» y preferido el trabajo práctico en Tierra Santa,[54] se consagra ahora a una diplomacia discreta y tenaz apoyada sobre el *lobby* prosionista que él mismo ha sabido articular. Su mensaje básico es siempre el de la coincidencia y la complementariedad entre los anhelos sionistas y los intereses estratégicos de Londres en el Oriente Próximo de la posguerra, coincidencia que podría cristalizar en la creación en Palestina de un «hogar» (*home*), de una «patria» (*homeland*), de una «comunidad» (*commonwealth*) judía —la prudencia desaconseja el término «Estado»— bajo soberanía y protección inglesas. Las gestiones del químico sionista se benefician de la impregnación bíblica y del filosemitismo difuso de la cultura británica posvictoriana y, a partir de un momento determinado, explotan sin dudarlo la creencia general en un poder judío transfronterizo capaz de determinar el rumbo político tanto en Estados Unidos —a punto de entrar en la guerra— como en Rusia —cada vez más inclinada a abandonarla.

Por otra parte, Weizmann no deja de advertir a sus interlocutores británicos del riesgo de que Berlín se les adelante con un compromiso de apoyo alemán a las aspiraciones judías sobre Palestina. Y, tras unos meses de flirteo con la diplomacia francesa, el 4 de junio de 1917, Nahum Sokolov obtiene de París una carta del Ministerio de Exteriores (la «declaración Cambon») donde, bien es verdad que en términos muy cautos, se expresa la «simpatía» del gobierno francés

hacia el desarrollo de «la colonización israelita en Palestina» y el eventual «renacimiento, por la protección de las potencias aliadas, de la nacionalidad judía en la tierra de la que el pueblo de Israel fue expulsado hace tantos siglos».[55]

Esta carta —que los destinatarios no harán pública— contribuye seguramente a acelerar el compromiso británico con la causa que Weizmann representa. En efecto, sin desconocer la posibilidad de que esté en manos de los judíos empujar a Washington a un mayor esfuerzo militar, o frenar la inclinación rusa hacia una paz separada, el amparo de las demandas sionistas ofrece a Londres una ventaja fundamental: le sirve de coartada para revisar los acuerdos Sykes-Picot, para descartar la convenida internacionalización de Palestina, para mantener a los franceses tan alejados como sea posible del canal de Suez… Si Francia suele vestir sus aspiraciones sobre Tierra Santa con la defensa de los intereses católicos, Gran Bretaña replicará asumiendo la protección de los intereses hebreos, que en ese país son algunos milenios más antiguos…, y lo hará de manera mucho más rotunda que la tibia declaración Cambon.

Desde diciembre de 1916, un gobierno encabezado por Lloyd George, con Balfour en el Foreign Office, ha urgido la conquista militar de Palestina y se propone blindar el futuro político de esta contra las pretensiones francesas u otras. En julio de 1917, mientras el recién nombrado general Allenby se prepara desde el Sinaí para cumplir el encargo de Londres —«que Jerusalén sea el regalo de Navidad a la nación británica»—, Balfour pide a los sionistas de Weizmann un borrador de declaración gubernamental en favor de su causa. Durante los siguientes cien días, el texto conocerá hasta siete versiones sucesivas,[56] será consultado a la Casa Blanca dos veces antes de obtener su visto bueno y chocará con fuertes resistencias dentro del gabinete. Significativamente, las más serias son las del único ministro judío, el secretario para la India Edwin Montagu, quien percibe como una agresión existencial a su *britishness* la mera idea de una nación judía radicada en Palestina y, el 4 de octubre, escribe al premier: «El país (Inglaterra) por el cual no he dejado de trabajar desde que salí de la Universidad, el país por el cual mi familia ha combatido, ¿declarará que mi patria, siempre que quiera ir allí, es Palestina? ¿No me deja esto en una posición insostenible?».[57] Por fin, superadas algunas oposiciones y reticencias a base de rebajar su contenido inicial, el texto definitivo es aprobado por los ministros el 31 de octubre y comunicado a sus destinatarios, bajo la forma de una carta que el secretario del Foreign Office envía a Lionel Walter Rothschild el 2 de noviembre. La «Declaración Balfour» —que la prensa británica publicará una semana más tarde— dice así:

> Estimado Lord Rothschild:
>
> Tengo el gran placer de dirigirle, en nombre del Gobierno de Su Majestad, la siguiente declaración de simpatía con las aspiraciones de los judíos sionistas, que ha sido sometida al Gabinete y aprobada por él.
>
> «El Gobierno de Su Majestad contempla favorablemente el establecimiento en Palestina de un Hogar Nacional para el pueblo judío, y empleará sus mejores esfuerzos para facilitar la realización de este objetivo, en el bien entendido que no se hará nada que pudiera perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina, o los derechos y el estatuto político de los que puedan gozar los judíos en cualquier otro país.»
>
> Le quedaré agradecido si es tan amable de poner esta declaración en conocimiento de la Federación Sionista.
>
> ARTHUR JAMES BALFOUR[58]

El hecho de que, apenas conocer el documento, Weizmann lo calificase como «la Carta Magna de las libertades judías»[59] es una hipérbole comprensible: por primera vez tras veinte años de sionismo organizado, o tras veinte siglos de diáspora, una gran potencia —la más poderosa del mundo— reconoce al pueblo judío derechos políticos sobre la tierra de Israel; la «carta» por la que Herzl pugnó parece conseguida. Ahora bien, por mucho que el *Times* informase de la declaración bajo el titular «Palestina para los judíos», el compromiso británico está lleno de imprecisiones y de ambigüedades: ¿qué es un «hogar nacional»? ¿Cuáles son los confines de la «Palestina» a la que se refiere el ministro Balfour, y qué parte de ella quedará reservada a la realización del objetivo sionista? ¿Cuál es el alcance exacto de los «derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías» que Londres se obliga a preservar? Y sobre todo: dado que, en otoño de 1917, el *yishuv* no representa más que el 9% de los habitantes del territorio en cuestión, ¿qué fórmulas, qué ritmos y qué plazos se aplicarán a la construcción del Hogar Nacional Hebreo? Naturalmente, ni Downing Street ni el Foreign Office tienen en aquel momento respuesta para ninguna de estas preguntas, y tampoco les preocupa la posible colisión entre las garantías dadas a los sionistas y las promesas hechas a los nacionalistas árabes. Con la guerra aún lejos de su desenlace, la fluidez de la situación internacional aconseja a la diplomacia inglesa mantener todas las apuestas, por contradictorias que puedan parecer.

Sin embargo, las contradicciones no tardarán en exteriorizarse. A nivel diplomático, los gobiernos de París y de Roma no disimulan su reticencia hacia el compromiso de Balfour y siguen apostando por una internacionalización que les otorgaría algún protagonismo en Tierra Santa, mientras Berlín —ahora, sí— reacciona, en enero de 1918, con su propia y discreta declaración filosionista en favor de «una implantación judía floreciente en Palestina, en particular a través de una emigración y una instalación sin restricciones dentro de los límites de la capacidad de absorción del país; un autogobierno local acorde con las leyes del país y el libre desarrollo de su civilización».[60] Entre tanto, las tropas básicamente británicas del general Allenby ocupan Gaza el 7 de noviembre de 1917 y entran en Jerusalén el 9 de diciembre, con lo cual la cuestión del futuro de Palestina pasa del terreno teórico al práctico y el hachemí Hussein —las noticias de la declaración Balfour han llegado también al Hiyaz— comienza a mostrar su inquietud sobre la vigencia de las promesas recibidas dos años atrás.

Para restablecer la confianza del jerife, en enero de 1918, las autoridades inglesas de El Cairo le envían al arqueólogo, orientalista y comandante David George Hogarth con un mensaje tranquilizador: las potencias aliadas han decidido «que la raza árabe dispondrá de los medios necesarios para reconstituirse como nación»; en cuanto a Palestina, es preciso «que ningún pueblo esté sometido a otro», pero el gobierno de Su Majestad está resuelto a facilitar el regreso de los judíos «en la medida que sea compatible con la libertad tanto política como económica de la población actual», y cree que «la simpatía del judaísmo mundial hacia la causa árabe» y la disposición amistosa y cooperativa del sionismo hacia los árabes merecen ser aceptadas. Sumergido —o engañado— por esta oleada de conceptos equívocos, Hussein se muestra conciliador y dice desear la venida de judíos «a todos los países árabes»; el emisario británico eleva a sus superiores una conclusión más precisa y más cruda: «El rey (del Hiyaz) no aceptará un Estado judío independiente en Palestina, pero yo no he sido encargado de informarle que tal

eventualidad estaba prevista por mi Gobierno». Así, el «mensaje Hogarth» no clarifica, sino que contribuye todavía más a enredar la madeja de promesas excluyentes y garantías irreconciliables que el curso y las circunstancias de la guerra han urdido sobre el porvenir de Oriente Próximo.[61]

A partir de este momento, y a lo largo del bienio comprendido hasta la conferencia de San Remo (abril de 1920), la gestión británica del incipiente problema palestino seguirá dos líneas no demasiado paralelas: en el ámbito diplomático o de la alta política, un tenaz intento de armonizar las aspiraciones del sionismo con las del nacionalismo árabe, puestas unas y otras bajo la tutela de Londres; sobre el terreno, en Palestina, la resistencia frontal de la administración militar inglesa a aplicar medidas favorecedoras del proyecto de Hogar Nacional Judío.

Desde el otoño mismo de 1917, el Foreign Office ha intentado contrarrestar las reacciones negativas que la declaración Balfour puede suscitar entre los árabes obteniendo de los sionistas expresiones conciliadoras y de buena voluntad hacia el renacimiento árabe: el parentesco semita disipará los malentendidos que el opresor turco cultivaba, en una Palestina desarrollada habrá espacio para los dos pueblos, etc. Tales gestos, sin embargo, no disipan los recelos de unas élites árabes que, desde el invierno de 1918, hablan de expolio territorial, invocan en su favor el principio de las nacionalidades, expresan contra los sionistas una desconfianza profunda, niegan a los judíos cualquier derecho histórico sobre Palestina y reclaman de los Aliados que restrinjan la inmigración y la compra de tierras por parte de aquellos. Un informe diplomático francés fechado el 16 de febrero de 1918 se hace eco de «la antinomia radical que existe entre las ambiciones, nada disimuladas, de los sionistas y las aspiraciones legítimas de los palestinos. Para estos, se trata de una cuestión de vida o muerte».[62]

Desde El Cairo y Londres, los ingleses prodigan las buenas palabras a unos y los consejos de prudencia a los otros, mientras urgen el viaje a Palestina de una Comisión Sionista internacional a la que atribuyen la tarea de vencer las suspicacias y los temores árabes. La comisión, presidida por Weizmann, se halla en Jerusalén en abril, tras haber pasado por Egipto; en uno y otro país se entrevista con notables arabosirios y arabopalestinos (sobre todo diversos miembros de la familia al-Husseini) a los que intenta tranquilizar por medio de una serie de afirmaciones muy repetidas: que no se trata de construir inmediatamente un Estado o una administración judíos, y menos aún de abatir la mezquita de Omar para restaurar el Templo hebreo —tal rumor había circulado con fuerza…—, ni de interferir en el control de los Santos Lugares, sino solo de poner en pie una administración británica justa y equitativa que rija el país hasta que su población esté madura para el autogobierno; y que, entre tanto, árabes y judíos pueden cooperar pacíficamente en beneficio mutuo. Aun descontando las vaguedades deliberadas y los tacticismos de Weizmann y los suyos, sus interlocutores árabes tampoco muestran un rechazo absoluto del sionismo, y parecen dispuestos a aceptar una forma de presencia judía minoritaria y no privilegiada.

Naturalmente, la visión estratégica del químico anglojudío es muy distinta: para él, el nacionalismo árabe puede ser un buen aliado…, a condición de que no englobe Palestina dentro de su ámbito y, en cambio, se proyecte hacia el norte, hacia el espacio sirio que los franceses reclaman para sí. Tal es también el interés británico, y tal el marco del encuentro —el 4 de junio de 1918, a las afueras de Ákaba— entre Weizmann y el emir Faysal (1885-1933), hijo de Hussein del Hiyaz y jefe efectivo de la revuelta árabe contra los turcos; aunque no resulte de ella nada concreto, el líder sionista sale eufórico de una reunión que resumirá así a su esposa: «Es el

primer nacionalista árabe que conozco. ¡Es un líder! […] No está interesado en Palestina, pero en cambio quiere Damasco y todo el norte de Siria. ¡Espera mucho de la colaboración con los judíos! ¡Desdeña a los árabes palestinos, a los que ni siquiera considera árabes!».[63]

Si el optimismo de Weizmann podía parecer exagerado, los avatares bélico-diplomáticos de los meses siguientes vienen a abonarlo. Apenas iniciado el otoño de 1918, las tropas de Allenby rompen el frente al norte de Palestina y toman Haifa el 23 de septiembre; el 30, las fuerzas árabes del emir Faysal entran victoriosas en Damasco; el 7 de octubre, los franceses desembarcan en Beirut; el 31, los turcos derrotados firman el armisticio de Mudros. Con la retirada otomana hacia Anatolia, no solo aumenta la agitación política árabe —y, entre los árabes palestinos, la contundencia de las actitudes antisionistas—,[64] sino que, sobre todo, se exterioriza y se acentúa la rivalidad entre Francia y Gran Bretaña por el control del Creciente Fértil y en la perspectiva de la próxima conferencia de la paz. En este escenario de confrontación política y mientras París corteja a aquellos árabes que consideran Palestina como la Siria del sur, y se hace eco de la fobia de estos hacia el sionismo e incluso la aliña con un chorro de antibolchevismo —¿acaso no es de Rusia de donde proceden la mayoría de los inmigrantes sionistas?—, Londres apuesta por una alianza hachemí-sionista bendecida por Estados Unidos como la mejor receta contra el «peligro francés» y en favor de un Oriente Próximo arabobritánico.

Son, pues, los ingleses quienes organizan, a finales de 1918, el viaje de Faysal a Europa como representante del Hiyaz y de los árabes liberados; también son ellos, y en especial el célebre coronel T. E. Lawrence, los promotores en Londres de diversas reuniones entre el emir y Weizmann, y los padrinos del acuerdo escrito que resulta de ellas, el 3 de enero de 1919. «Su Alteza el emir Faysal, en nombre del Reino árabe del Hiyaz; el doctor Weizmann, en nombre de la Organización Sionista», acuerdan que «un espíritu cordial de buena voluntad y de entendimiento mutuo presidirá las relaciones entre el Estado árabe y Palestina»; se trata de una Palestina de fronteras no precisadas y estatus desconocido, pero cuya representación Faysal reconoce a los judíos sionistas; de una entidad política en la que regirán con plenitud los principios de la declaración Balfour y, sobre todo, la inmigración judía a gran escala, sin más reservas que la libertad y la igualdad religiosas, y la autonomía de los santuarios musulmanes.[65]

A posteriori, se han atribuido las espectaculares concesiones del emir Faysal a un engaño del traductor, su amigo Lawrence; es posible también que, por primera vez en la historia de la región, un dirigente con ambiciones mucho más amplias considerase Palestina una prenda o moneda de cambio de otros intereses. En todo caso, el príncipe hachemí hace incluir en el documento una cláusula de reserva que condiciona la validez del acuerdo a la plena obtención de la independencia árabe tal y como su familia la concibe y, a lo largo de los meses siguientes, realizará manifestaciones públicas que interpretan de modo muy contradictorio el sentido de su «tratado» con Weizmann.

Invitados a comparecer ante la conferencia de paz de París en febrero de 1919, los árabes lo hacen en orden disperso. Faysal pide la independencia de todas las tierras arabófonas comprendidas entre el Mediterráneo y el Índico, «dejando aparte Palestina a causa de su carácter internacional» y aceptando como potencia mandataria única, si no queda más remedio, a Gran Bretaña; los sirios francófilos reivindican una Siria pluriconfesional que llegue hasta el Sinaí y sea tutelada por París; los libaneses reclaman un Estado propio y la protección francesa. También en la delegación judía existe la voz disonante de un antisionista francés, pero los demás

representantes (Sokolov, Weizmann, Ussishkin…) cierran filas alrededor de una plataforma muy ambiciosa: reconocimiento del derecho histórico de los judíos sobre Palestina, una Palestina hasta más allá del Jordán y desde el río Litani hasta el golfo de Ákaba; un territorio bajo mandato británico en el que se aplicarán los términos de la declaración Balfour y, en especial, la libertad de inmigración, donde «se desarrollará gradualmente una vida judía tan hebrea como la vida en Inglaterra es inglesa», a la espera de que sea posible establecer una Commonwealth judía autónoma.[66]

A la postre, la conferencia de París finaliza sin haber concluido un tratado de paz con Turquía y, por tanto, sin dar respuesta a las demandas árabes y a las sionistas. Al mismo tiempo, la ilusión —o el equívoco— del entendimiento entre ambos nacionalismos declina rápidamente. Ya en febrero de 1919, un congreso patriótico celebrado en Jerusalén proclama que Palestina no es más que la Siria del sur, exige la plena independencia de toda Siria y rechaza de plano las reivindicaciones del sionismo. Más significativo, el Congreso General Sirio que el emir Faysal ha convocado apresuradamente en Damasco aprueba el 2 de julio siguiente una resolución que afirma: «Rechazamos las pretensiones sionistas de convertir la parte sur de Siria, es decir Palestina, en una Commonwealth nacional para los israelitas, rechazamos la inmigración de estos a cualquier parte de nuestro país porque no tienen ningún derecho a ello y porque constituyen un peligro muy grave para nuestro pueblo, tanto desde el punto de vista económico como nacional y político».[67] A pesar de la contundencia del texto, el emir mantendrá todavía contactos ambiguos y mensajes equívocos con la cúpula sionista hasta que, en julio de 1920, las tropas francesas lo expulsen de Damasco a punta de fusil y pongan fin a sus sueños panárabes; la inclinación de los hachemíes a entenderse discretamente con el sionismo, empero, será heredada décadas después por el hermano de Faysal, Abdullah de Transjordania, y por su sobrino-nieto, Hussein de Jordania.

Al tiempo que se ensaya, en 1918-1920, la problemática conciliación entre nacionalismo árabe y sionismo, el contenido y la vigencia de la declaración Balfour tropiezan también con otros obstáculos en el mismo campo aliado, incluso en las filas británicas. Los sionistas, impacientes por lanzarse a construir el Hogar Nacional que Londres les ha prometido, proceden desde la llegada de las tropas de Allenby a reorganizar el *yishuv*, dotando a las colonias judías de órganos elegidos —coronados, en enero de 1918, por un Comité Ejecutivo provisional que en 1921 tomará el nombre de Vaad Leumi o «Consejo Nacional»— y desplegando en el país una serie de estructuras para-administrativas con aires de gobierno paralelo. Capítulo importante dentro de esta batalla por la primacía simbólica es, el 25 de julio de 1918, el comienzo de las obras de la futura Universidad Hebrea, en el monte Scopus de Jerusalén; un acto cuya significación subraya el cónsul de España en la ciudad, «porque una de dos: o se trata simplemente de la colocación de la primera piedra de una universidad, o se trata de un acto político de trascendencia, y ambos, por decirlo así, benefician al sionismo».[68] En la euforia del momento, abundan entre los judíos de Palestina las tesis maximalistas de quienes reclaman para su comunidad la hegemonía política inmediata, e, incluso, el pragmático Weizmann quiere poner en práctica acto seguido ambiciosos proyectos de adquisición de tierras y de inmigración masiva.

Sin embargo, todas estas pretensiones colisionan muy deprisa con la Administración de los Territorios Enemigos Ocupados (OETA, por sus siglas en inglés), la autoridad militar británica desplegada desde abril de 1918 sobre el espacio arrebatado a los turcos. Por un lado, la

Convención de La Haya de 1899 obliga a la OETA a mantener escrupulosamente el *statu quo* hasta la firma de un tratado de paz con Constantinopla; por el otro, esta coartada jurídica permite a las fuerzas de Allenby reforzar su control exclusivo del país («Yo sigo en mi idea de que los ingleses no salen de aquí ni a tiros», ha observado el representante diplomático español ya a mediados de 1918)[69] y contener las intrigas y las ambiciones francesas respecto a Palestina. El culto al *statu quo*, no obstante, se erige en un obstáculo formidable para las aspiraciones sionistas de ir poniendo en práctica el espíritu de la declaración Balfour.

Probablemente, el antisionismo de los oficiales a cargo de la OETA bebe también de otras fuentes: la arabofilia paternalista de muchos militares británicos, su recelo hacia todos aquellos hebreos de origen austro-alemán (por tanto, espías enemigos en potencia) o ruso (posibles portadores de virus bolcheviques y antiimperialistas…); además, la demografía les abona: a principios de 1919 hay en Palestina 66.000 judíos por 573.000 no judíos. El hecho es que las hostilidades entre la OETA y los sionistas no tardan en estallar. Apenas llegado a Tierra Santa, Haim Weizmann escribe a su esposa: «No puedo decir que me sienta feliz con la conducta de las autoridades británicas locales. […] Están cometiendo grandes errores, y están dando preferencia a los árabes»; seis semanas después, se queja de ello a lord Balfour: «Nos encontramos dentro de una atmósfera muy desfavorable para nuestro trabajo. […] La administración abusa de su presente posición artificial para perjudicar en todo lo posible los intereses judíos. […] Es difícil imaginar cómo, bajo las circunstancias ya descritas, se puede poner realmente en efecto la declaración del Gobierno favoreciendo un Hogar Nacional Judío».[70] Durante los dos años siguientes, la cúpula sionista multiplica las protestas y las denuncias de parcialidad proárabe contra los administradores militares e intenta —con éxito desigual— cortocircuitar sus decisiones gracias a las influencias políticas que posee en Londres. Los mandos de la OETA, por su parte, rehúsan reconocer a los judíos de Palestina derecho preferencial alguno, dan a su gestión un sesgo cada vez más antisionista y acaban recomendando a la superioridad la cancelación de la promesa de Balfour.

El gran argumento de dichos militares es el frontal rechazo árabe de los planes sionistas —de los planes, puesto que la presencia real resulta aún muy modesta— y el altísimo riesgo de violencias intercomunitarias si son llevados a la práctica. La violencia, sin embargo, se produce de todos modos, y en la primera mitad de 1920 el *yishuv* recibe su bautismo de fuego y de sangre por partida doble. En marzo en el extremo norte de Galilea, en unos confines septentrionales de Palestina todavía no bien definidos, donde tres asentamientos judíos (Tel Hai, Kfar Guiladi y Metula) son atacados por bandas armadas árabes, y los dos primeros caen a pesar del sacrificio de Yosef Trumpeldor y otros siete defensores, sacrificio que configurará inmediatamente uno de los grandes capítulos de la nueva mitología nacional sionista.[71] En abril es el turno de Jerusalén, donde las manifestaciones musulmanas iniciadas bajo el grito de «¡Larga vida al rey Faysal!» —el emir ha sido proclamado rey de Siria el 8 de marzo, y los notables arabopalestinos siguen considerando que su tierra es la Siria del sur— degeneran en alboroto antijudío que causa una decena de muertos, la mitad por cada bando.

En síntesis: durante dos años largos, la configuración del Oriente Próximo posbélico ha sido objeto de un sinuoso e intrincado juego a cinco bandas (Gran Bretaña, Francia, el emir Faysal, los sionistas de Weizmann y los portavoces árabes locales), donde cada parte intentaba utilizar, manipular o engañar a las demás en provecho propio, hasta que en 1920 el escenario se clarifica.

Londres y París acomodan por fin sus ambiciones sobre la región, y fijan de común acuerdo las fronteras de Palestina: al norte —donde dependen del trazado los recursos hídricos de una y otra vertiente—, la línea sigue la divisoria de aguas entre las cuencas del Litani y del Jordán, más arriba de lo convenido en 1916 por Sykes y Picot, pero no hasta Tiro o Sidón como habían reclamado los sionistas; al este, el territorio delimita con los confines desérticos de Mesopotamia. Gran Bretaña deja de cortejar al nacionalismo árabe y regresa a la apuesta sionista, lo cual significa que los políticos filojudíos de Whitehall y Westminster se han impuesto sobre los militares arabófilos de Jerusalén y El Cairo. También, Francia renuncia a la carta política árabe, resuelve deshacerse de Faysal y tomar el control directo de Siria. Buena parte de estas decisiones y la consiguiente victoria diplomática del sionismo quedarán formalizadas en la conferencia de San Remo.

La conferencia interaliada en la ciudad de la Riviera italiana, del 19 al 26 de abril de 1920, divide las antiguas provincias árabes del Imperio otomano en una serie de «mandatos» (el nuevo concepto jurídico ha sido definido en el artículo 22 del Pacto de la Sociedad de Naciones): Siria con el Líbano, que son puestos bajo tutela francesa; Mesopotamia confiada a Gran Bretaña, y un mandato especial en Palestina —territorio que incluye las dos orillas del Jordán— donde el poder mandatario inglés «será responsable de la puesta en práctica de la declaración hecha originariamente el 2 de noviembre de 1917 por el Gobierno británico y adoptada por las demás potencias aliadas a favor del establecimiento en Palestina de un Hogar Nacional para el pueblo judío…».[72] De este modo, la ya famosa carta de lord Balfour pasa de promesa unilateral de Londres a compromiso colectivo del conjunto de los Aliados.

Los acuerdos de San Remo proporcionan la base para el Tratado de Sèvres, que se firma el 10 de agosto siguiente con la Turquía aún otomana. Es cierto que las ulteriores victorias del movimiento kemalista pondrán en cuestión las cláusulas relativas a Anatolia y obligarán a sustituirlo, el 24 de julio de 1923, por el Tratado de Lausana. Con respecto a los territorios árabes y a Palestina, sin embargo, este se limita a ratificar las decisiones tomadas en 1920, de modo que es en San Remo donde se ha sellado el cambio histórico: el fin del Oriente Próximo tradicional, aquel espacio sin fronteras políticas internas desde el Mediterráneo hasta Persia, aquel magma de identidades borrosas y mezcladas, aquel ajedrez de influencias externas contradictorias; y el nacimiento del Oriente Próximo contemporáneo, políticamente troceado, presa de los nacionalismos antagónicos y entregado a las injerencias directas de los grandes poderes mundiales.

En lo tocante al sionismo, el nuevo escenario se concreta pronto, y de la manera más propicia, con el nombramiento de un amigo y correligionario como primer alto comisario civil de la Palestina bajo mandato británico, sir Herbert Samuel, que llega a Jerusalén el 30 de junio de 1920 en medio de la alegría del *yishuv*. Desde la muerte de Agripa I, último rey de Judea, en el año 44 d. C., hacía casi diecinueve siglos que un judío no ejercía la máxima autoridad política sobre Tierra Santa.

3

Con el arado y el fusil (1920-1945)

AL AMPARO DE LA *UNION JACK*

A pesar de su filiación religiosa y comunitaria, sir Herbert Samuel enfoca la tarea de alto comisario británico en Jerusalén con espíritu imparcial y armonizador, convencido de que un ambicioso programa de desarrollo social y económico puede diluir los antagonismos políticos y conciliar las aspiraciones sionistas con las de los árabes palestinos. Como primera providencia, en septiembre-octubre de 1920, Samuel liberaliza tanto la inmigración judía como las transacciones de tierras, lo cual da impulso a un nuevo ciclo inmigratorio que, iniciado tímidamente en 1919, se prolongará hasta 1923: la tercera *aliá*.

Durante este período de poco más de cuatro años, y si sumamos los retornos de expatriados durante la guerra con las nuevas llegadas, hacia 37.000 hebreos se instalan en Palestina, procedentes geográficamente de la Galitzia y Ucrania, ahora situadas entre nuevas fronteras, política y socialmente de la resaca de la revolución bolchevique y de sus repercusiones en la Europa oriental. Espoleados por la declaración Balfour, se trata de jóvenes a los que el movimiento sionistasocialista diaspórico de los HeHalutz (Los pioneros) ha instruido, antes de emprender el viaje, en el conocimiento del trabajo agrícola y de la lengua hebrea y que engrosarán de manera destacable las franjas obreras —tanto agrícolas como urbanas— del *yishuv*, le darán presencia en nuevos sectores de actividad, como la construcción o las obras públicas, y le aportarán también algunos futuros dirigentes (Golda Meir, llegada a Tel Aviv en julio de 1921, es el ejemplo paradigmático). De todos modos, la contribución más importante de esta *aliá* al imaginario colectivo y a la cultura política de la comunidad es el mito del *halutz*: «En la poesía, en las obras teatrales que describían el asentamiento rural, en las novelas e, incluso, en la ópera (*Los Pioneros*, de Iaacov Weinberg, 1925) los pioneros eran presentados como virtuales hijos de los dioses, gigantes de cuerpo y alma que conjugaban el cultivo de la tierra con la sublimidad del cielo».[1]

Entre los principales vectores organizativos de la tercera *aliá* es preciso señalar el Hashomer Hatzair (El Joven Guardia), un movimiento nacido en 1913 en la Galitzia aún austríaca que centenares de jóvenes de extracción acomodada injertan a partir de 1919 en Palestina; impregnado por el magisterio del filósofo Martin Buber de una original mezcla de socialismo, misticismo y espíritu romántico, el Hashomer Hatzair se especializará gradualmente en promover *kibbutzim* de un colectivismo radical —un total de cinco en 1927, hasta setenta en las décadas siguientes—, y llegará a ser en 1946 un partido político socialista de izquierda.[2] Otra plataforma fundamental es la Gdud Haavodá o «Legión del Trabajo», creada en 1920 en memoria de Yosef Trumpeldor y que, hasta su estallido en 1926, actúa como la vanguardia y el escaparate del

movimiento pionero; emprende la colonización del valle de Jezrael, enrola contingentes de chicos y chicas en la construcción de carreteras y ferrocarriles, cultiva una épica campamental e igualitarista y establece en 1921 los primeros kibutz de gran tamaño y carácter agroindustrial: Ein Harod (con 215 fundadores), Tel Yosef, etcétera. Este mismo año ve la luz una nueva forma de explotación agrícola pionera: el *moshav*, un pueblo cooperativo de pequeños propietarios basado en los principios de la ayuda mutua y la igualdad; el más antiguo es Nahalal,[3] y en 1930 ya existen nueve, con unos 900 miembros en total.

Sobre los cimientos puestos antes de la Gran Guerra, es la tercera *aliá* la que empieza a levantar el edificio del movimiento laborista judeopalestino, construcción en la que destacan dos episodios. Uno es, en 1919, el surgimiento del nuevo partido socialista Ahdut Haavodá (Unidad del Trabajo), que absorbe a los Poalei Zion; hereda su rivalidad con el otro partido obrero, Hapoel Hatzair, y pretende desarrollar un «socialismo judío» bajo la guía doctrinal de Berl Katznelson.[4] El otro hecho relevante es el nacimiento en un congreso en Haifa, en diciembre de 1920, de Hahistadrut Haklalit shel Haovdim Haivrim Beeretz Israel (Confederación General de los Trabajadores Judíos en la Tierra de Israel), la Histadrut, central sindical unitaria, neutral y no partidista que alcanza en tres años casi 10.000 afiliados y desarrollará, después, una potentísima estructura de empresas y servicios satélites, básica para la economía del *yishuv*. Básica es también, en otro ámbito, la creación en 1920 del Keren Hayessod (Fondo de Inversiones), ideado para recoger y canalizar los donativos de la diáspora en favor de la colonización en Palestina. Aunque, del objetivo fundacional de veinticinco millones de libras esterlinas, en seis años solo se recaudan tres, tales recursos permiten desarrollar cierta política de compra de tierras y de préstamos iniciales a los grupos de pioneros agrícolas.

Igual que todas las anteriores y las siguientes, también la tercera *aliá* conoce dificultades, desánimos y abandonos, en especial cuando la crisis económica de posguerra golpea Palestina. Si desde 1919 la tasa media de retornos a Europa era de un 23%, en 1923, cuando uno de cada cuatro obreros del *yishuv* se halla en paro, la tasa de reemigración aumenta hasta el 43%. En conjunto, el balance neto del ciclo migratorio que entonces finaliza permite a la demografía judeopalestina recuperar con creces el nivel de preguerra: 84.000 personas en 1922, unas 90.000 al año siguiente; esto es, el 13% de la población total.

A pesar de su modestia numérica, esta primera inmigración sionista bajo el pabellón británico espolea muy pronto la reacción hostil de los árabes palestinos. Hostilidad teórica por parte de los notables que en marzo de 1921 presentan al secretario de Colonias, Winston Churchill —de visita en El Cairo y Jerusalén—, un memorándum repleto de clichés antisemitas importados de Europa (el oro judío, la perfidia y la deslealtad de los enemigos de Jesucristo, su carácter destructivo y sus ansias de dominar el mundo…)[5] al objeto de deslegitimar de raíz las pretensiones hebreas. Hostilidad práctica el 1 de mayo siguiente en Jaffa, donde las manifestaciones obreras del sionismo socialista desatan un estallido de violencia antijudía con aires de pogromo y seis días de choques intercomunitarios que la autoridad mandataria solo podrá sofocar empleando la caballería, la aviación, e incluso la Navy; el balance es de un centenar de muertos, 48 árabes y 47 judíos.

Entre tanto, el estatus jurídico-político de Palestina y los límites de la declaración Balfour presentan todavía zonas de sombra al amparo de las cuales se desarrollan maniobras y presiones. Paralizada por la Gran Guerra, la Organización Sionista se reactiva y se amolda a las nuevas

realidades; en marzo de 1919, en Londres, una conferencia de los sionistas de los países aliados ha acordado domiciliar el cuartel general del movimiento en la capital británica; es también allí donde, en julio de 1920, la Conferencia Sionista Mundial oficializa el liderazgo de Haim Weizmann, quien, a lo largo de los meses siguientes, impone su autoridad sobre los intentos del dirigente comunitario norteamericano Louis Brandeis de despolitizar el sionismo y enfocar la labor en Palestina en términos de pragmatismo y rentabilidad casi empresariales. Fortalecido por tales triunfos, Weizmann multiplica las gestiones con objeto de que, cuando la Sociedad de Naciones apruebe formalmente la carta del mandato palestino, esta sea lo más favorable posible a las tesis sionistas y tenga el mayor alcance territorial; así, el 1 de marzo de 1921 escribe al ministro Churchill para recordarle que «Transjordania fue desde los tiempos más tempranos una parte integral y vital de Palestina», y que segregarla de esta para complacer al nacionalismo árabe «podría llegar a frustrar toda la política del Hogar Nacional Judío».[6] En la misma línea —la de considerar Transjordania como una porción de *Eretz Israel* y rechazar las interpretaciones restrictivas de la promesa de Balfour— se expresa, aquel septiembre, el Duodécimo Congreso Sionista, reunido en Carlsbad o Karlovy Vary, en la nueva Checoslovaquia; esta asamblea de la recuperación y la refundación ratifica también a Weizmann en la presidencia, expresa la «voluntad de llegar a relaciones de buen entendimiento y de respeto recíproco con el pueblo árabe y de colaborar con él por la prosperidad del hogar común», y desglosa la cúpula de la OSM entre un ejecutivo palestino con sede en Jerusalén y un ejecutivo londinense que conserva la primacía.[7]

Los resultados de esta ofensiva diplomática sionista son desiguales, quizá porque, desde mediados de 1921, también los árabes palestinos han desplegado en Roma, París, Londres y Ginebra una activa campaña de propagación de sus tesis y captación de simpatías cerca de periodistas, parlamentarios, autoridades y líderes religiosos europeos; además, y con ocasión del cuarto aniversario de la declaración Balfour, nuevos disturbios antisionistas en Jerusalén (cinco muertos judíos, tres musulmanes, decenas de heridos) persuaden al poder británico de la volatilidad de la situación en Palestina —otra Irlanda en potencia…— y de la conveniencia de poner sordina a las reclamaciones hebreas.

Así pues, cuando el 18 de junio de 1922 el Colonial Office hace pública una declaración política que pasará a la historia como el *Libro Blanco* de Churchill, este documento asume el compromiso de Balfour, pero lo interpreta en un sentido restrictivo: los judíos están en Palestina por derecho propio y no por simple tolerancia, constituyen allí una comunidad con características nacionales cuyo desarrollo —gracias a una inmigración regulada según la capacidad económica del país— dará lugar al futuro Hogar, si bien esto no significa que el conjunto de Palestina se convierta en un Hogar Nacional Judío, sino que dicho Hogar será establecido en Palestina. Ratificado —no sin oposición— por la Cámara de los Comunes el 4 de julio, el *Libro Blanco* viene a confluir con la carta del Mandato palestino, que el consejo de la Sociedad de Naciones aprueba por fin, en una sesión celebrada también en Londres, el día 22 de aquel mismo mes. ¿Cuál es su contenido? En la línea ya trazada por la conferencia de San Remo, la carta da pleno valor jurídico internacional a la declaración Balfour; subraya los vínculos históricos del pueblo judío con Palestina; compromete a la potencia mandataria a favorecer en todos los terrenos la construcción del *National Home*; reconoce la existencia de un organismo hebreo (la Agencia Judía), que será el interlocutor de las autoridades británicas en todo lo relativo al Hogar, y hace

del inglés, del árabe y del hebreo las tres lenguas oficiales de Palestina. Ahora bien: además de garantizar los derechos «civiles y religiosos» de los demás sectores de la población, la carta —artículo 25— prevé que, en los territorios comprendidos entre el Jordán y los confines orientales de Palestina, Gran Bretaña tendrá la facultad, con el consentimiento de la Sociedad de Naciones, «de retrasar o de suspender las estipulaciones del presente Mandato» y de «tomar las medidas de administración territorial que estime convenientes».[8]

El gobierno de Su Majestad tardará muy poco en usar de tales prerrogativas: el 16 de septiembre de 1922, el consejo de la Sociedad de Naciones aprueba un memorándum británico que distingue entre la Palestina cisjordana y la Transjordania, y sustrae esta última de todos los compromisos mandatarios relativos a la colonización judía, dándole una identidad política propia. De hecho, el príncipe hachemí Abdullah, segundo hijo del rey Hussein del Hiyaz, se ha instalado en Ammán como señor desde marzo de 1921 y, con el aval del coronel Lawrence, ha conseguido convencer a los ingleses para que lo amparen y lo tengan por cliente; así, mientras en agosto de 1921 su hermano Faysal —el efímero rey de Siria expulsado por los franceses— se sienta en el trono de Iraq, Londres consiente a Abdullah erigirse en emir de una Transjordania geográfica y jurídicamente imprecisa que, entre 1922 y 1928, irá siendo disociada de Palestina para convertirse en otro país, también bajo tutela británica pero sin hipotecas sionistas.[9] Desde el punto de vista de Weizmann y los suyos, la transformación del río Jordán en una frontera vulnera y mutila las promesas recibidas; según la derecha sionista posterior, constituye una partición territorial que, si reserva la Palestina transjordana solo a los árabes, entonces significa que concede la Palestina cisjordana solo a los judíos.

En definitiva, las grandes decisiones diplomáticas del bienio 1920-1922 favorecen, sí, a los sionistas en detrimento del nacionalismo arabopalestino, pero quedan muy por debajo de las expectativas que aquellos habían alimentado —en materia de fronteras o de personalidad política del *yishuv*…— en 1918-1919. Sin embargo, ante la frustración —bien cierto que desigual— de sus respectivas demandas, las reacciones de una y otra parte son antagónicas, y premonitorias. Quejoso y decepcionado, pero pragmático, Weizmann acepta tanto el *Libro Blanco* como la carta del Mandato, como la segregación transjordana. ¿Y el Estado judío? Habrá que pensar en él siempre, no hablar de ello nunca, y esperar una coyuntura más propicia. Los representantes árabes, en cambio, se instalan en un maximalismo absoluto, en una negativa categórica a aceptar vínculo alguno entre los judíos y Palestina, a admitir la declaración Balfour o cualquier cosa que de ella se derive. Como escribe un especialista nada sospechoso de serles hostil, los árabes «no se desligaron de esta actitud negativa. Convencidos de que tenían la razón, se encerraron durante todo el Mandato en esta intransigente indiferencia, rechazando un día lo que la evolución de la situación les llevaba a reclamar al día siguiente, en el momento en que el ofrecimiento había caducado. No cabe duda de que esta falta de realismo es, en gran parte, la responsable de la catástrofe que se abatió sobre ellos al final del Mandato».[10] Otro arabista francés, Henry Laurens, precisa: «La verdadera debilidad de la dirección palestina reside en su incapacidad para distinguir entre una flexibilidad táctica inmediata y unos objetivos estratégicos a largo plazo, aquello que es la gran fuerza del sionismo».[11]

La clarificación del estatus jurídico-político sobre el terreno y la rápida superación de la crisis económica de 1923 favorecen desde el año siguiente la puesta en marcha de otra oleada inmigratoria judía hacia Palestina que se extenderá hasta 1931, la cuarta *aliá*. En su desarrollo

son decisivas las restricciones a la inmigración dictadas por Estados Unidos —leyes de cuotas de 1921 y 1924— y las medidas contra la burguesía judía que toma simultáneamente el gobierno de Varsovia, hasta el punto de que se hablará irónicamente de la «*aliá* Grabski» en alusión al primer ministro polaco del momento, Wladyslaw Grabski. Los datos estadísticos resultan contundentes: si en 1924, aún, el 59% de los emigrantes judíos de Europa se dirige a Estados Unidos, y solo el 16,4% (14.000 personas) va a Palestina, en 1925 las proporciones se han invertido, y Tierra Santa atrae al 52,1% de los emigrantes (34.000 individuos) frente al 15,6% aceptado en América; en 1926 arriban a los puertos palestinos otros 14.000 recién llegados. En el aspecto cualitativo, los jóvenes pioneros con espíritu militante y vocación obrera de las dos anteriores *aliot* se ven ahora eclipsados por los pequeños comerciantes y los artesanos de edad adulta, las familias enteras de clase media, los excedentes pequeñoburgueses de los barrios judíos de Varsovia, Cracovia, Lodz u otras ciudades de la Europa del Este, un tercio de los cuales llegan a Palestina con algún capital, lo que espolea al sector de los servicios, la construcción y el crecimiento urbano; de 16.000 habitantes en 1923, Tel Aviv pasa a 40.000 en 1926.

Sospechoso, desde la óptica del sionismo socialista preexistente, de adulterar, de aburguesar el perfil del *yishuv*, el *boom* inicial de esta *aliá* capitalista no tarda en deshincharse por exceso de especulación y fragilidad de la demanda. En 1927, cuando 8.000 obreros judíos están en paro, el número de los que abandonan el país (unos 6.000) casi dobla el de los que llegan, y el clima de crisis y desánimo persiste durante el cuatrienio siguiente, con un flujo de inmigrantes muy pequeño (entre 2.000 y 5.000 por año) y una tasa de retornos cercana al 40%. Con todo, el balance de la etapa 1924-1931 no es negativo para la comunidad judeopalestina: proliferan los talleres y las pequeñas fábricas (unos 2.500 al final del período) que trabajan para el mercado propio; se intensifica la inversión privada judía en el saneado cultivo de los cítricos; crecen las granjas cooperativas (*moshavim*), y también se consolidan las explotaciones colectivistas, los kibutz, que en 1927-1928 ya reúnen a unos 4000 miembros organizados en tres federaciones rivales,[12] de modo que, en 1931, un 24% del *yishuv* vive en el medio rural.

Por descontado, esta dinámica sigue siendo muy tributaria de las financiaciones externas: las que aporta la Organización Sionista por medio del Kéren Kayémet Leisrael, las subvenciones —aún— de los Rothschild a través de la Palestine Jewish Colonization Association y los capitales particulares de los inmigrantes acomodados. Las dos primeras fuentes son básicas en cuanto a la adquisición de tierras, proceso que en estos años conoce un incremento del 60% gracias a la compra de latifundios, sobre todo en la zona norte del país, a unos precios que suben vertiginosamente;[13] en 1931, los judíos poseen un millón largo de dunams, lo que equivale al 12% de la tierra cultivable y al 3,7% de la superficie total del país. Algunos otros datos ayudan a medir la aportación de la cuarta *aliá*: si en 1922 la economía judía representaba el 19% del Producto Interior Neto de Palestina, en 1931 ya constituye el 44%; ese mismo año, el censo británico registra 174.606 habitantes hebreos, que ya son el 18,1% de la población.[14]

Después de una fase de tregua o de apatía entre 1924 y 1928, fruto del desánimo, de las rivalidades entre clanes y quizá también de la exquisita prudencia tanto del alto comisario Samuel como de su sucesor desde el verano de 1923, lord Herbert Plumer, el nacionalismo arabopalestino no puede por menos que reaccionar ante los progresos numéricos y económicos del proyecto sionista. Si el pretexto para el conflicto es la querella entre hebreos y musulmanes por la posesión del Muro Occidental o de las Lamentaciones —parte del recinto exterior del

Haram al-Sharif o Explanada de las Mezquitas y, por tanto, lugar sagrado tanto religiosa como nacionalmente para ambas comunidades—, lo que aflora son los temores y los agravios que los árabes han acumulado desde la declaración Balfour, y lo que se disputa simbólicamente es mucho más que un santuario: es si la empresa nacional judía surge de la legitimidad o de la usurpación, si los hebreos están allí —en el Muro, en Palestina…— por derecho propio y en casa, o bien como una minoría intrusa apenas tolerada. Con tales explosivos, la detonación es brutal. El 23 de agosto de 1929, al término de la plegaria del viernes, una masa de campesinos árabes armados de bastones y cuchillos se desata contra las zonas judías de Jerusalén y alrededores; los ataques se extienden desde el sábado al resto del territorio, con especial virulencia en Hebrón (donde 67 miembros de la antiquísima comunidad judía son asesinados con encarnizamiento) y en Safed (donde 20 judíos mueren en condiciones atroces) antes de que la autoridad mandataria —el nuevo alto comisario es, desde el diciembre anterior, sir John R. Chancellor— pueda restaurar el orden. El balance de la semana sangrienta es de 133 (o 135) judíos y 116 (o 136) árabes muertos —estos, víctimas de la represión británica y las represalias sionistas—, el fin de la presencia judía en Hebrón y un punto de inflexión irreversible en la relación entre los dos grupos nacionales enfrentados.[15]

Además de sus efectos locales, la tragedia de agosto de 1929 ha inquietado fuertemente a Londres, que se plantea de nuevo cuál ha de ser el futuro de Palestina, y, como primera providencia, envía a Jerusalén una comisión de encuesta presidida por sir Walter Shaw. Los sionistas esperan de ella conclusiones favorables, un compromiso más decidido de Gran Bretaña a favor de la inmigración sin restricciones que fortalezca el Hogar Nacional y una muestra de firmeza mandataria frente al rechazo árabe.[16] Sin embargo, el informe final de la comisión Shaw, en marzo de 1930, no solo difumina las responsabilidades árabes en las algaradas del año anterior, sino que además señala como causa de fondo la sobrepoblación del país y la falta de tierras libres, lo cual lleva a los comisionados a cuestionar las bases mismas del proyecto sionista. Cinco meses después, el experto encargado por el gobierno inglés de estudiar qué posibilidades tiene la economía palestina de absorber nuevos inmigrantes presenta unas conclusiones muy pesimistas —el informe Simpson— que aconsejan potenciar la agricultura árabe y limitar severamente el crecimiento del *yishuv* tanto en dunams como en hombres. Bajo la inspiración de los documentos Shaw y Simpson el gabinete hace pública, el 20 de octubre, una declaración política sobre Palestina conocida como el *Libro Blanco* de Passfield (por el entonces titular de Colonias, el laborista Sidney Webb, lord Passfield); en él, la declaración Balfour y la carta del Mandato son reinterpretadas en un sentido minimalista que parece someter el crecimiento del Hogar Nacional al consentimiento de los árabes y estrangular así su futuro.[17]

La réplica de los sionistas es ruidosa y unánime: una cascada de dimisiones —la de Weizmann, en primer lugar— en la cúpula de la Agencia Judía, manifestaciones y protestas de las secciones sionistas locales por todo el mundo, movilización de los políticos británicos simpatizantes (Baldwin, Chamberlain, Lloyd George…). Desbordado, el gobierno de Ramsay MacDonald retrocede, y, el 13 de febrero de 1931, el premier dirige a Weizmann una carta, un «comentario autorizado» al *Libro Blanco* de Passfield que, de hecho, anula las restricciones sobre compra-venta de tierras e inmigración. Apenas la conozcan, los árabes la llamarán «la Carta Negra del *Libro Blanco*».

Sacudido por la recesión económica entre 1927-1928 y por el estallido de violencia del año siguiente, amenazado por los avatares políticos de 1930-1931, durante la primera década mandataria el *yishuv* no deja en ningún momento de desarrollar y fortalecer sus estructuras comunitarias. Ya desde abril de 1920, los electores judíos de ambos sexos escogían regularmente una asamblea representativa (Knéset Israel) que, por su parte, designaba a un consejo nacional permanente, el Vaad Leumi.[18] Reconocidas en 1927 por los británicos, y dotadas de competencias sobre educación, beneficencia y otros servicios públicos, estas instituciones se completan a nivel local con consejos municipales que son homogéneos en las aglomeraciones judías y proporcionales entre comunidades en los núcleos de población mixta.

Desde el punto de vista ideológico-político, este *yishuv* —lo mismo que el conjunto de la Organización Sionista Mundial— es cualquier cosa excepto monolítico, hasta el punto de que llegan a calculársele casi veinte partidos distintos. A grandes rasgos, hay que subrayar el gradual debilitamiento del «sionismo general» (la tendencia más antigua y amorfa, la de Weizmann y Sokolov), el centrismo y la equidistancia del cual lo hacen vulnerable a toda clase de escisiones y fracturas. Por su parte, el sionismo religioso, representado por el partido Mizrahi, se dota desde 1922 de una rama obrera (el Hapoel Hamizrahi) y sigue haciendo equilibrios entre ortodoxia y nacionalismo, a la vez que el gran rabino asquenazí de Palestina, Abraham Isaac Kook, desarrolla una reinterpretación radical de la tradición religiosa al objeto de hacerla compatible con la edificación de un reino terrenal de Israel.[19]

Pero la principal novedad, y el mayor factor de crisis interna en el sionismo de entreguerras, es el movimiento revisionista, inseparable de la figura de Vladímir Zeev Jabotinsky. De personalidad brillante y carismática, el promotor de la Legión Judía durante la Gran Guerra ha salido de esta convertido a cierto militarismo y, decepcionado por la aparente renuncia de Weizmann al Estado judío, se erige desde 1923 en el crítico implacable de la cúpula sionista, a la que tacha de blanda y capituladora. Esta crítica cristaliza en 1925 en la fundación, en París, de la Alianza de los Sionistas Revisionistas, que se presentan como los herederos legítimos de Herzl y Nordau y propugnan un Estado de mayoría judía sobre ambas orillas del Jordán, protegido del inevitable rechazo árabe por una «muralla de acero». En un clima de confrontación cada vez más virulenta con el resto del movimiento —que, en 1935, empujará a Jabotinsky a escindirse de la OSM—, el revisionismo recluta en Palestina una base pequeñoburguesa acrecentada por la cuarta *aliá* y acentúa el discurso antisocialista, mientras su rama juvenil, el Betar —fuerte en Polonia y Lituania—, mimetiza muchos de los ingredientes más inquietantes de la política europea entonces en boga: uniformes, desfiles, disciplina e instrucción paramilitares; culto al líder; retórica de «la sangre y la espada», del «conquistar la montaña o morir»… Todo ello facilita que, ya en 1931, Weizmann pueda referirse al «fascismo judío, representado por los revisionistas»,[20] imputación no del todo exacta ni justa aplicada a Jabotinsky,[21] pero sí a una parte de sus discípulos palestinos, aficionados al activismo violento, admiradores fervientes de Mussolini… e, incluso, de Hitler, si no fuese por el antisemitismo nazi.[22]

El gran adversario del revisionismo, y el elemento cada vez más hegemónico tanto en el seno del *yishuv* como en el de la OSM, es el sionismo socialista. Además del papel fundacional, de crisol comunitario, que ha desempeñado desde antes de 1914, su fuerza en Palestina radica en el control de los sindicatos —a partir de 1921, el secretario general de la Histadrut es David Ben-Gurion—, en su estrecha imbricación con el mundo de los pioneros y con la agricultura

colectivista, y también en la valía de sus dirigentes. En 1930, los dos partidos principales de este espacio, el marxista Ahdut Haavodá y el menos dogmático Hapoel Hatzair, se fusionan bajo el nombre de Mapai (acrónimo de Mifleget Poalei Eretz Israel o Partido de los Obreros del País de Israel), con un programa reformista que pone el acento en la construcción nacional.[23] Pocos años después, y espoleado por la encarnizada lucha contra la derecha revisionista, el Mapai llega a ser el partido predominante en la Organización Sionista —desde el Decimoctavo congreso, en 1933 —, así como en las instituciones judeopalestinas, de la más importante de las cuales (el Ejecutivo de la Agencia Judía) Ben-Gurion asume la presidencia a partir de 1935.

Naturalmente, esto no agota el catálogo de tendencias políticas presentes en la Palestina judía de entreguerras. Está, además, el Brit Shalom o Alianza por la Paz, un núcleo de intelectuales (los filósofos Gershom Scholem y Martin Buber, el rector de la Universidad Hebrea Yehudá Magnes, Arthur Ruppin…) que se configura en 1925 en torno al pacifismo y al afán de diálogo judeoárabe, y que a partir de 1929 propugna un Estado binacional, una Palestina patria única de los dos pueblos según el modelo suizo o canadiense; de perfil más moral que partidista, Brit Shalom se autodisuelve en 1933 por falta de calor en el seno del sionismo, pero sobre todo por falta de interlocutores árabes. Y están, también, los judíos ortodoxos reunidos en el movimiento Agudat Israel (Unificación de Israel), que abominan del sionismo por su herética pretensión de restaurar el reino judío suplantando al Mesías, por su neutralismo religioso, por la igualdad de derechos que reconoce a las mujeres; lo abominan tanto que lo denuncian regularmente ante los británicos o la Sociedad de Naciones, y dicen preferir una Palestina árabe antes que un Hogar Judío… laico.

De cualquier modo, las dos contribuciones principales de este período a la vertebración del *yishuv* son, seguramente, la Agencia Judía y la Haganá. Prevista en 1922 por la carta del Mandato, la Agencia no se constituye hasta mediados de 1929, una vez que han accedido a vincularse a ella representantes no sionistas (desde el inevitable Edmond de Rothschild y el banquero americano Felix Warburg hasta Albert Einstein, Herbert Samuel o Léon Blum) y, así, el conjunto del pueblo judío aparece asociado a la empresa de edificar el Hogar Nacional. Su presidente es el mismo de la OSM, es decir, Weizmann, pero se crea un Ejecutivo de la Agencia Judía radicado —y cada vez más arraigado— en Palestina, en cuyo seno el peso de los socialistas no deja de aumentar y que desde los años 1933-1935, con Ben-Gurion, Moshé Sharett, etc., se convierte en una especie de gobierno judío oficioso. En cuanto a la Haganá (Defensa), esta se organiza de una forma estable a partir de 1920, teniendo como precedente a los *shomrim* o «guardianes» del tiempo de la segunda *aliá*. Precariamente equipada con armas de contrabando, la milicia civil judía semiclandestina nace y se desarrolla bajo la inspiración y el control del sionismo socialista, y se pretende un instrumento de protección, no de agresión, nutrido sobre todo por jóvenes voluntarios de los kibutz capaces de empuñar el arado, pero también, cuando es preciso, el fusil. Más bien impotente ante los motines árabes de 1921 y 1929, la Haganá irá ganando carácter y eficacia militares —al mismo tiempo que abandona su *ethos* puramente defensivo— desde mediados de la década siguiente.[24] La consolidación física y política de la comunidad judeopalestina se acompaña de un destacable despliegue cultural, cuya joya es la nueva Universidad Hebrea de Jerusalén, que inaugura su sede en el monte Scopus el 1 de abril de 1925, en una ceremonia —solemnizada con la presencia de Balfour, Allenby, Samuel, Weizmann, Sokolov, el poeta Bialik, el escritor Ahad Haam…— de significación mucho más

que académica.[25] La existencia de la universidad intensifica el proceso de traslado a Palestina de intelectuales y de buena parte de los creadores literarios de Europa del Este que se expresan en hebreo (quienes lo hacen en yiddish se encaminan más bien a Estados Unidos), y esta lengua, ahora con estatus de cooficial, pasa definitivamente del renacimiento a la afirmación. Su hegemonía es, en todo caso, completa en la enseñanza (regida y autofinanciada por el *yishuv*) desde las escuelas primarias hasta los laboratorios del Instituto Daniel Sieff de Rehovot, fundado en 1934 por iniciativa de Haim Weizmann, de quien en 1949 adoptará el nombre. También la prensa diaria en hebreo prolifera: a la aparición de *Haaretz* [El País] y *Doar Haiom* [El Correo Diario], en 1919 le sigue en 1925 *Davar* [Palabra], portavoz de la Histadrut dirigido por el ideólogo socialista Berl Katznelson; y ya durante la década siguiente, entre diversos órganos de partido, nace el primer vespertino de información, *Yediot Aharonot* [Últimas Noticias, 1939].[26] Florecen, igualmente, la música y las artes escénicas, estas sobre todo con la instalación en Tel Aviv, en 1928, de la compañía de teatro hebreo Habimah, que ha huido del Moscú estalinista tras haber conocido la gloria en los primeros tiempos soviéticos.

Por descontado, durante todo este período, la Organización Sionista Mundial sigue reuniendo sus congresos bienales con regularidad y en el intenso clima de debate que caracteriza al movimiento desde los tiempos de Herzl. Tras la reanudación y la euforia diplomática del Duodécimo congreso (Carlsbad, septiembre de 1921), en el Decimotercero (celebrado en la misma ciudad-balneario checa en agosto de 1923), la dirección de Weizmann-Sokolov es criticada por su deseo de abrirse al mundo judío no sionista, mientras proliferan los reproches sobre la lentitud del trabajo colonizador en Palestina. La cita siguiente (Viena, agosto de 1925) acentúa la dinámica de parlamentarismo tumultuoso y verbalista tan propia de la época: duras acusaciones recíprocas entre sionistas generales y socialistas, irrupción del revisionismo tachando al ejecutivo de débil y fracasado…

La dura crisis económica y migratoria que castiga al *yishuv* en el momento del Decimoquinto congreso (Basilea, agostoseptiembre de 1927) alimenta el antagonismo entre derecha e izquierda. El Decimosexto (Zúrich, julio-agosto de 1929) es el que dará por fin luz verde a la tan debatida Agencia Judía y representa, en este sentido, la apoteosis de Weizmann. También su canto de cisne, porque la atmósfera crispada del Decimoséptimo congreso (Basilea, junio-julio de 1931), con un 21% de delegados revisionistas lanzados al ataque contra la anglofilia y la moderación del presidente, lo deja en minoría. Su sucesor, no obstante, es el continuista Nahum Sokolov, de modo que el verdadero relevo no comienza hasta el Decimoctavo congreso (Praga, agosto-septiembre de 1933), cuando el peso electoral de los socialistas —44% de los votos— sitúa a David Ben-Gurion en el ejecutivo sionista y le atribuye un papel cada vez más prominente.[27] En síntesis: mientras los sucesivos congresos acogen discusiones reiterativas, escuchan consignas banales y aprueban tan nobles como rituales profesiones de fe en la amistad y la cooperación judeoárabes, el centro de gravedad real del movimiento sionista y su dirección política se van desplazando desde Europa hacia Palestina. Es cierto que, en el Decimonoveno congreso (Lucerna, 1935), el veterano Weizmann regresará a la presidencia de la OSM, pero a título más bien protocolario, gracias al apoyo del Mapai y encuadrado por las dos figuras de este, Ben-Gurion y Sharett, que se reservan el mando efectivo tanto del *yishuv* como del sionismo diaspórico.

DOS SOCIEDADES EN COLISIÓN

Bajo la autoridad mandataria británica, árabes y judíos conocen en Palestina un desarrollo comunitario separado, regido por pautas muy diferentes. Sin duda, el rechazo árabe contribuye a modelar el *yishuv* por lo menos tanto como la amenaza sionista ayuda a forjar la identidad arabopalestina; pero las dos sociedades que comparten el mismo país continúan siendo bien distintas y recíprocamente extrañas: mientras una participa de los rasgos tradicionales del Oriente Próximo árabe, la otra es un pedazo de Europa incrustado entre el Mediterráneo y el Jordán. A partir de 1932, la comunidad judeopalestina y su perfil europeo se verán fortalecidos por la dinámica que ha puesto en marcha una de las criaturas más genuinas de la crisis del Viejo Continente durante el primer tercio del siglo XX; su nombre es Adolf Hitler.

En efecto, la amenaza que el ascenso del nazismo proyecta no solo sobre los judíos alemanes, sino sobre todos los de la Europa centro-oriental desencadena un nuevo y decisivo ciclo inmigratorio (la quinta *aliá*, 1932-1939) para el cual Palestina ya no es una apuesta ideológica y militante, sino una escapatoria, uno de los pocos lugares de asilo accesibles en un mundo cada vez más refractario ante refugiados o fugitivos. En 1932, cuando el Partido Nazi recoge el 37,4% de los votos en Alemania, la inmigración judía legal a Tierra Santa dobla la del año anterior (de 4.000 a 9.500 personas), mientras crece sospechosamente el número de «turistas» hebreos. El ascenso de Hitler a la cancillería del Reich, el 30 de enero de 1933, repercute de forma inmediata sobre el caudal de llegadas a los puertos palestinos, hasta el punto de que, aquel 31 de marzo, el cónsul de Francia en Jerusalén ya observa: «Comoquiera que sea, el hitlerismo, por una reacción inesperada, por el reflujo forzado hacia Palestina de una burguesía acomodada o la transferencia de sus capitales, salva de la quiebra financiera al sionismo, que en los últimos tiempos estaba reducido a una situación muy difícil por haber disminuido considerablemente los envíos de fondos de América».[28] En total, el año de la instauración de la dictadura alemana se incorporan al *yishuv* 30.327 nuevos inmigrantes; en 1934 llegan 42.359, y en 1935 —coincidiendo con la promulgación de las leyes raciales de Núremberg— se alcanza el récord, con 61.854 llegadas. Durante los años siguientes, la gran revuelta árabe, el giro gradual de la política británica y también las dificultades crecientes de los súbditos hebreos para salir del Reich hacen que la corriente inmigratoria inflexione a la baja; con todo, en 1936, Palestina suma otros 29.724 habitantes judíos: 10.536 en 1937, 12.868 en 1938 y 16.400 en 1939. Por la escasez de otros países de acogida, esta *aliá* representa el 53% del total de las migraciones judías del período, y su volumen sin precedentes causa un fuerte impacto sobre la demografía del territorio; en el momento de estallar la Segunda Guerra Mundial, el Mandato palestino tiene 1.100.000 habitantes árabes y 460.000 judíos, que representan más del 29%.[29]

Si bien aquello que espolea este desplazamiento de personas es el triunfo en Alemania de un régimen totalitario y obsesivamente antisemita, ni todos ni la mayoría de los recién llegados a Palestina son judíos alemanes; les superan de largo —porque son más numerosos, y se sienten más vulnerables— los judíos polacos, y los hay también de Rumania, de Grecia o de Lituania. Con todo, la componente alemana y austríaca (unas decenas de miles) es la más novedosa y característica, y la más abundante en «capitalistas»: la normativa británica otorga automáticamente el visado de entrada a todo aquel que posea por lo menos 1.000 libras palestinas, y representantes sionistas oficiosos no dudan en negociar con Berlín para que se

autorice a los judíos a sacar del Reich este capital que les abrirá las puertas del refugio palestino, a cambio de que el *yishuv* importe productos alemanes y, de este modo, rompa el boicot que muchas organizaciones judías promueven contra la economía nazi. Por paradójico que parezca, el sionismo mayoritario considera a Hitler la prueba suprema del fracaso de la emancipación y de la asimilación del judaísmo europeo —la tesis de Herzl, al fin y al cabo— y no halla ningún inconveniente moral en hacer del afán nazi por dejar Alemania «limpia de judíos» un factor de reforzamiento del Hogar Nacional en Palestina.

Así pues, gracias en parte a «pactos con el diablo» suscritos desde 1933, miles de pequeños o medianos empresarios, decenas de miles de familias centroeuropeas de clase media, profesionales liberales y técnicos llegan a Palestina durante aquella década. Su dinero —31 millones de libras palestinas, solo de 1932 a 1935—[30] es un factor importante de la recuperación económica local, que va a contracorriente de la recesión mundial: entre 1933 y 1935, tanto las importaciones como las exportaciones palestinas se incrementan en más de un 60%, la circulación monetaria casi se duplica y el consumo de energía eléctrica está cerca de triplicarse, mientras el presupuesto de la administración mandataria crece un 80% y acumula superávit; síntomas todos ellos del aumento del número de empresas, de la producción y del dinamismo económico del *yishuv*.[31]

La quinta *aliá* también aporta obreros manuales —durante estos ocho años, la Histadrut registra 73.000 nuevos afiliados— y jóvenes dispuestos a fortalecer la colonización agrícola; de hecho, hay una específica Aliat HaNoar o «*aliá* de los jóvenes» que traslada a Palestina a adolescentes centroeuropeos sin sus familias, y en 1939, un 27% de la población judía vive en áreas rurales. Sin embargo, es indiscutible el protagonismo de los denominados *yekkes*, inmigrantes cultos de edad adulta y talante burgués, germanófonos reacios a adoptar el hebreo como lengua y desprovistos de espíritu pionero —menos todavía colectivista— que prefieren y potencian el asentamiento urbano: Tel Aviv llega a los 150.000 habitantes en 1937, y Haifa —donde los ingleses habían construido un puerto moderno— suma 54.000 vecinos judíos en 1936. La integración de estas personas en el seno de la comunidad preexistente no va a ser fácil para ninguno de los dos lados; si un intelectual de la talla de Martin Buber se arriesga a intentarla en 1938, a su colega Isaiah Berlin —de visita en 1934— el país le parece «un exótico bazar oriental», ruidoso, excitado, irritable, e ironiza sobre los judíos alemanes recién llegados que se afanan «con pequeños portafolios bajo el brazo, quejándose de que el autobús no llega a su hora», como si se hallasen en Frankfurt o en Colonia. Aquel mismo año de 1934, el novelista Arnold Zweig transmite desde Haifa a su amigo Sigmund Freud las impresiones de muchos otros judeoalemanes a poco de llegar: «Nosotros no estamos preparados para renunciar a nuestro tren de vida, y este país todavía no es apto para satisfacerlo. Y puesto que los judíos palestinos están, con razón, orgullosos de cuanto ya existe, mientras nosotros estamos, con razón, irritados por cuanto aún no existe, las fricciones entre unos y otros son numerosas»;[32] en efecto, algunos sionistas puritanos consideran que los *yekkes* son gente demasiado acomodada a la diáspora, demasiado asimilada, y otros les critican los gustos occidentales y refinados, la resistencia a cambiar de oficio y de estilo de vida. Pero, en último término, la inmigración de los años treinta del siglo XX aportará al *yishuv*, además de elevadas dosis de capacitación profesional y de cultura europea, un sentido del orden y un espíritu legalista muy necesarios, imprescindibles de cara a levantar un Estado de derecho.

Si tal es el perfil de una sociedad judeopalestina que, aun no contando más que con unos centenares de miles de miembros sobre los 16 millones de judíos del mundo, posee para estos un protagonismo y una centralidad crecientes, a su lado la sociedad arabopalestina resulta muy asimétrica. Desde el punto de vista de la autodefinición identitaria, el hecho de que desde 1920-1921 la versión palestina del nacionalismo se haya impuesto —entre las élites politizadas— sobre la versión panárabe, y que el concepto de «Siria del sur» parezca definitivamente archivado, no impide posteriores vacilaciones respecto de cuál es el marco nacional de referencia, y cuáles, sus aspiraciones. En 1922, el manifiesto contra la ratificación del Mandato concluye con un «Viva Palestina árabe, libre y *autónoma*»; en 1928 se reclama la constitución de una «Siria integral» que incluya Palestina, con un rey de la dinastía saudí; en 1931 se reúne en Jerusalén un congreso panislámico mundial que pretende hacer del antisionismo una causa religiosa asumida por todos los musulmanes, desde Marruecos hasta Java; simultáneamente, una cumbre de dirigentes nacionalistas del norte de África y de Oriente Próximo aprueba una declaración que comienza: «Puesto que los países árabes forman una unidad completa e indivisible, la Nación árabe no aprueba ni reconoce las divisiones territoriales que han sido efectuadas en dichos países».[33] En 1932, el Partido de la Independencia (Istiqlal) afirma, en el artículo 3 de su programa: «El territorio árabe es una unidad perfecta, que no admite ningún fraccionamiento; Palestina es un territorio árabe y una porción natural de Siria».[34]

Reflejo de su estructura tradicional, todavía atravesada por fisuras de tipo ciánico, localista o confesional, presidida por lealtades y antagonismos antiguos, la sociedad arabopalestina del período de entreguerras será incapaz de establecer mecanismos y formas de representación política moderna, por encima de los notables y dignatarios de siempre. Sí, ciertamente, desde 1920 se han sucedido los congresos, las delegaciones y los partidos políticos: el Partido Nacional Árabe Palestino en 1923, un Partido Liberal en 1930, el ya citado Istiqlal, el Partido de la Defensa Nacional en 1934, al año siguiente el Partido Árabe Palestino, el de la Reforma, el Bloque Nacional…; también ha funcionado, entre 1920 y 1934, un ejecutivo de nueve miembros que pretendía hablar en nombre de la población árabe palestina. Sin embargo, tales apariencias de un sistema moderno de instituciones y partidos disimulan la dinámica política real, que sigue dominada por un puñado de grandes familias, cada una con sus intereses, sus rivalidades, sus prácticas clientelares o nepotistas… y su partido político instrumental: los Tuqan en Nablús, los al-Fahum en Nazaret, los Faruki en Ramleh, los Chukeiry de Acre y, en Jerusalén, los Khalidi —uno de ellos, Hussein al-Khalidi gana la alcaldía en 1934—, los Dajani, los Nashashibi —Raghib al-Nashashibi ha sido el alcalde durante la primera mitad del período mandatario— y, sobre todo, sus encarnizados enemigos, los poderosísimos Husseini.[35]

La rivalidad entre estas dos últimas facciones es, seguramente, el principal factor interno, y el más esterilizador, de la política arabopalestina durante casi treinta años. Si una de ellas —a través de Musa Kazim al-Husseini— preside el ejecutivo árabe y domina el ala más institucional y militante del movimiento nacionalista, la otra encabeza la oposición más moderada; si los Nashashibi tienden a simpatizar con la monarquía hachemí de la otra orilla del Jordán, los Husseini le son radicalmente hostiles, aun manteniendo una actitud de colaboración con la autoridad británica. De hecho, es a esta a quien la familia debe su posición hegemónica; en 1921, a la muerte del muftí[36] de Jerusalén, Kamil al-Husseini, los ingleses deciden reemplazarlo por su hermanastro, el joven Haj Amin al-Husseini (1897-1974), que al año siguiente acumula la

presidencia del Consejo Islámico Supremo, la única instancia oficial árabe y musulmana con jurisdicción sobre el conjunto de Palestina. Fuerte de una doble investidura religiosa y comunitaria, autoascendido a «gran muftí» y tratado por el protocolo británico de «eminencia», a Haj Amin no le resulta difícil irse erigiendo en el portavoz, después la figura de referencia, y, por fin, el líder político natural del nacionalismo arabopalestino; en el principal colaborador y al mismo tiempo el principal adversario de las autoridades mandatarias; en el equivalente de un etnarca cristiano, un arzobispo Makários *avant-la-lettre*. Eso sí, por mucho que las imprecaciones del clan Husseini contra el colonialismo y el imperialismo parezcan modernas, los fundamentos de su liderazgo son de lo más ancestrales, y carecen de cualquier legitimación o escrutinio democráticos: son el control y la utilización de los resortes religiosos (mezquitas, sermones, festividades islámicas…) y la acumulación de cargos en manos del círculo familiar (un primo del muftí, Jamal al-Husseini, es el secretario permanente del ejecutivo árabe; otro primo, Fakhri, es el letrado del Consejo Islámico; un cuñado, Ahmed Ragheb, es el inspector de los tribunales religiosos…).[37] Nada que ver, pues, con las bases del poder de un Weizmann o un Ben-Gurion.

Este arcaísmo, esta falta de simetría con el *yishuv* se traducen en una rigidez táctica y en una actitud puramente negativa que perjudicarán mucho a los árabes palestinos durante su confrontación con el sionismo. El boicot que invalida las elecciones a una asamblea legislativa convocadas por sir Herbert Samuel en 1923, la no participación en el consejo consultivo ideado como sucedáneo de la asamblea, el rechazo a constituir una Agencia Árabe que fuese homóloga de la Agencia Judía en la interlocución con los británicos…, la tendencia reiterada a desconocer las nuevas realidades creadas sobre el terreno por la política de Londres y la presencia judía, a razonar como si el país fuese aún el mismo de 1881, o de 1914, todo esto deja la causa nacional palestina en una grave inferioridad institucional y simbólica frente al nacionalismo judío. Dos ejemplos tal vez anecdóticos pueden ilustrarlo. En 1925, poco después de haber tomado posesión, el alto comisario lord Plumer preside en Tel Aviv un festival deportivo, y se pone de pie en señal de respeto para escuchar la Hatikvá, el himno sionista; cuando, al día siguiente, dirigentes árabes acuden a protestar por el gesto, Plumer les responde que haría lo mismo si sonase el himno nacional arabopalestino, y los visitantes, incómodos, deben confesarle que no lo tienen. Por otra parte, la Universidad Hebrea ha suscitado entre los árabes, desde su inauguración, comprensibles recelos y propósitos de contrarrestarla con una universidad musulmana; sin embargo, el acuerdo formal de crearla no se adopta hasta el congreso panislámico de 1931 en Jerusalén, y la proyectada Universidad de al-Aqsa no llegará a funcionar nunca, por falta de un apoyo sostenido.[38]

En las condiciones descritas, no es de extrañar que una sociedad palestina cuyas angustias y cuyos complejos de inferioridad (de inferioridad tecnológica, financiera, diplomática…) aumentan con el arranque de la quinta *aliá*, piense que debe hacer valer la única superioridad que todavía conserva —la demográfica, la del número, la de la fuerza— antes de que sea demasiado tarde. La crisis que Hitler ha abierto en el orden internacional de Versalles, la herida que el ataque fascista a Abisinia infligirá al sistema de Ginebra espolean esta radicalización árabe, y llevan a muchos notables a confiar en una próxima guerra europea «que les permitiría echar al mar a los judíos de Palestina, a los franceses de Siria y a los ingleses de todos los países árabes».[39]

La nueva atmósfera cristaliza por primera vez en octubre de 1933 en una semana de huelga general y de manifestaciones convocadas por el ejecutivo árabe contra la potencia mandataria que esta —representada desde dos años atrás por otro alto comisario, el general sir Arthur Wauchope— reprime con un balance de casi treinta muertos y cientos de heridos. Durante el otoño de 1935, en un clima de tensión creciente que inspira entre la juventud árabe diversos preparativos clandestinos para la lucha armada, el jeque Ezzedin al-Qassam —un religioso sirio exiliado en la Baja Galilea— decide con un puñado de seguidores emprender la yihad contra los judíos y los británicos; abatido por estos pocas semanas después, al-Qassam se transforma en un héroe nacional, en el primer mártir de la resistencia palestina y en un perdurable estandarte de lucha: cinco décadas después, Hamás bautizará con el nombre de Brigadas Ezzedin al-Qassam a su brazo armado antiisraelí.[40]

Aunque sintomáticos, estos episodios no son más que las primeras nubes de la tempestad que se fragua. Para tratar de disiparla, el alto comisario Wauchope propone a fines de 1935 la formación de un consejo legislativo de Palestina, parcialmente elegido y con mayoría árabe. Esta vez sí, los árabes aceptan, viendo en el consejo una herramienta para bloquear la inmigración judía y la compra de tierras. Por razones simétricas, los sionistas se oponen, y, en febrero-marzo de 1936, el Parlamento británico rechaza por amplia mayoría los planes de Wauchope; el diputado conservador Winston Churchill, en concreto, argumenta:

> Cuando, en un gran país, la raza judía está sometida a una persecución horrible, fría, científica, total; cuando sus hijos son reducidos de la opulencia a la ruina; cuando su juventud es estigmatizada en las escuelas; cuando su pueblo es acusado de todos los males de la humanidad por la más abyecta de las tiranías, no es seguramente la hora en que la Cámara de los Comunes debe cerrar a esta raza la puerta de un refugio.[41]

Decepcionados, furiosos y persuadidos por los ejemplos coetáneos de Egipto y de Siria de que la presión nacionalista violenta puede doblegar la política de una potencia europea, los dirigentes arabopalestinos deciden apostar por ella. Aquello que los relatos posteriores denominarán «guerra de independencia», «revolución palestina», «rebelión» o «gran revuelta árabe» comienza el 15 de abril de 1936 con el asesinato de dos pasajeros judíos de un autobús de línea. En menos de una semana, el engranaje de represalias, manifestaciones tumultuosas y ataques indiscriminados acumula 20 muertos (16 de ellos judíos) y, desde Jaffa y Tel Aviv, extiende la violencia al conjunto del país, mientras activistas y notables palestinos procuran convertir la explosión incidental —un poco al modo de la primera Intifada, medio siglo después — en un instrumento político; para ello, convocan una huelga general hasta que se suspenda la inmigración y, el 25 de abril, crean una estructura nacional de dirección de la protesta, el Alto Comité Árabe. Lo preside el muftí Haj Amin, quien parece querer sumar a todos sus cargos y dignidades el nuevo papel de líder revolucionario.

A lo largo de los seis meses siguientes, la huelga conoce un seguimiento desigual —escaso en Haifa, irregular en el resto del país— que ralentiza la economía arabopalestina y, de rebote, empuja al *yishuv* a buscar la autosuficiencia económica como medida de seguridad. Sobre todo, una violencia con acentos de yihad deviene endémica tanto en el medio urbano (con agresiones y atentados casi diarios contra personas o bienes judíos) como en el rural; aquí, bandas de campesinos armados, grupos de perfil más politizado e, incluso, voluntarios venidos de Siria e Iraq bajo el mando de un militar de formación otomana, Fawzi al-Qawuqji, atacan las

plantaciones y las colonias hebreas, las líneas de comunicación (ferroviarias, telegráficas, telefónicas) y los vehículos de los judíos en las carreteras, incluso si circulan en convoyes protegidos por el ejército británico, o bien realizan emboscadas contra las unidades militares, que han sido reforzadas y cuentan con material pesado y cobertura aérea, si bien la táctica conciliadora del alto comisario Wauchope impide hacer un uso contundente de tales medios.

Por fin, y detrás de la coartada de una gestión mediadora de los monarcas hachemí y saudí —quienes, de este modo, ven reconocido cierto derecho de intervención en los asuntos palestinos — un Alto Comité Árabe cada vez más dividido entre los Nashashibi y los Husseini decreta el fin de la huelga después de 176 días, el 12 de octubre de 1936. Según los datos oficiales ingleses, los disturbios causan la muerte de 277 civiles —entre ellos 80 judíos— y 58 miembros de las fuerzas del orden, pero evaluaciones oficiosas hablan de hasta un millar de muertos, muy mayoritariamente árabes; ello, al margen de los 140.000 árboles frutales y los 16.000 dunams de otros cultivos judíos destruidos.[42] Por otra parte, lo que sigue al semestre de huelga no es precisamente la paz y la quietud, sino un clima semiinsurreccional en las filas árabes y una fortísima tensión intercomunitaria que se traduce semanalmente en muertos, tiroteos, bombas y sabotajes, en un dueto de terrorismo urbano y guerrilla rural que, con altibajos, se prolongará hasta mediados de 1940; el balance global es de unas 3.000 víctimas mortales árabes y 520 judías.

Lógicamente, la virulenta explosión arabopalestina de 1936 interpela de forma directa a las otras dos fuerzas sobre el terreno: los británicos y los sionistas. ¿Cuáles serán las reacciones, las respuestas de cada una de ellas? En el seno del *yishuv*, los contactos discretos con interlocutores árabes (el alto funcionario palestino Musa al-Alami, el político iraquí Nuri Said, el emir Abdullah, diplomáticos saudíes…) en busca de una fórmula de inserción del Hogar Nacional Judío en el mapa político de Oriente Próximo prosiguen sin resultados concretos, mientras que desde el sionismo marxista se persiste, a pesar de la falta de respuesta, en buscar el entendimiento judeoárabe para edificar sobre él un Estado obrero binacional. Sin embargo, el estallido de abril de 1936 disipa casi todas las ilusiones, hace de la protección comunitaria la prioridad absoluta y, por tanto, da a la Haganá un peso y un protagonismo nuevos.

Surgida a principios de la década anterior como la milicia civil de todo el *yishuv*, la Haganá no ha quedado al margen de la confrontación política entre socialistas y revisionistas y, en 1931, ha sufrido la escisión de los seguidores de Jabotinsky, que crean la «Haganá nacional» o «Haganá B», de mentalidad más militarista, rebautizada pronto Irgún Zvai Leumi (Organización Militar Nacional), y fuerte, a finales de 1936, de unos 3.000 hombres y mujeres. La Haganá ortodoxa, por su parte, sigue nutrida y mandada por militantes del socialismo mayoritario, a los cuales Ben-Gurion dicta una actitud de moderación (*havlagá* en hebreo) que, frente a la revuelta árabe, prescribe las tácticas defensivas y excluye las represalias indiscriminadas. Para el líder sionista no se trata de una cuestión moral, sino de un ejercicio de pragmatismo político: «Los árabes no necesitan a los británicos y quieren deshacerse de ellos. En cambio, nosotros necesitamos su presencia y su apoyo […]. El terrorismo árabe responde al objetivo de los árabes, el terrorismo judío perjudica los intereses de los judíos. Tal vez sirva como medio de defensa contra los terroristas que nos atacan, pero ¿cómo nos hará ganar la simpatía del pueblo inglés y de su gobierno?».[43]

En todo caso, los acontecimientos de 1936 imponen en la comunidad judeopalestina el sentimiento de que el conflicto armado contra los árabes del país es algo fatal, inevitable si el Hogar Nacional ha de consolidarse, de que «no hay elección» (en hebreo, *ein breira*) y, por consiguiente, es preciso prepararse. Desde esta perspectiva, la gran revuelta árabe tiene una repercusión favorable. Por un lado, los británicos entrenan a 7.500 miembros de la Haganá como policías auxiliares de las tropas de Su Majestad, legalizan el armamento de las colonias judías y permiten a la fuerza de autodefensa sionista desarrollarse a la luz del día —a finales de 1936 sus filas ya reúnen 24.000 miembros— con una estructura y un carácter cada vez más militares. Además, aquel otoño llega destinado a Palestina Charles Orde Wingate (1903-1944), un extraño y carismático capitán escocés, un sionista cristiano ferviente a quien los judíos distinguirán con el mote de *HaYedid* («el Amigo») y del cual uno de sus alumnos más brillantes ha dejado esta descripción: «Delgado, de talla mediana, Wingate tenía un rostro pálido y enérgico, un gran revólver al flanco y una pequeña Biblia en la mano […]. Juzgado según los criterios corrientes, no era normal, pero sus criterios no eran nada corrientes. Era un genio militar, y un hombre maravilloso».[44]

Con la venia de sus superiores, Wingate organiza enseguida unas *special night squads* («escuadras nocturnas especiales») de composición mixta anglo-judía, e inspira a la Haganá la creación de las Plugot Sadeh (Compañías de campaña), unidades unas y otras duramente entrenadas y tan contundentes como efectivas en la lucha contraterrorista. Antes de que, en mayo de 1939, el cambio de la política británica provoque su traslado fuera de Palestina, Wingate ha sembrado, a través de discípulos como Moshe Dayan o Yigal Allon, la imaginación táctica, el anticonvencionalismo y el gusto por la sorpresa que caracterizarán al futuro ejército de Israel;[45] al mismo tiempo, y en la medida que durante 1937 y 1938 la violencia árabe se intensifica, la estrategia judía se desliza gradualmente desde la anterior actitud defensiva y moderada hacia una utilización más ofensiva y desacomplejada —más «militarista», apuntan algunos autores— de la fuerza.

De cualquier modo, y en vista de que —como explicaremos acto seguido— la dinámica política de los años 1936-1939 hace cada vez más verosímil la hipótesis de una partición territorial entre las dos comunidades que se enfrentan en Palestina, el esfuerzo mayor de la Haganá durante este período consiste en hacer efectiva la ocupación de tierras de alto valor estratégico que ya son de propiedad judía, pero donde la hostilidad del entorno árabe exige una fuerte protección armada para instalarse. Es el método denominado *Homa U Migdal* («Torre y empalizada»); de noche, cientos de jóvenes pioneros llegados en camiones levantan por sorpresa sobre el terreno en cuestión una serie de barracones y elementos defensivos prefabricados, y a la salida del sol se retiran, dejando a unas decenas de colonos-milicianos con la doble tarea de repeler los ataques árabes e iniciar los trabajos agrícolas. Gracias a esta fórmula, 55 nuevos kibutz son establecidos por todo el país en los tres años previos a la guerra mundial.[46]

Por el contrario, los paramilitares revisionistas del Irgún Zvai Leumi, receptores de ayuda gubernamental desde Roma y Varsovia y refractarios siempre a las consignas de contención de la Agencia Judía, rompen abiertamente con ella cuando la revuelta árabe se reaviva, en otoño de 1937, y se lanzan a una serie de represalias antiárabes indiscriminadas y brutales que causan 200 muertos en dos años y alimentan un ciclo infernal de venganzas intercomunitarias. Son represalias vigorosamente condenadas por Ben-Gurion —que tacha al terrorismo judío de

«amenaza mortal contra el *yishuv* y el sionismo»— y reprimidas por la autoridad británica, que no vacila en ejecutar en la horca, en 1938, a un joven seguidor de Jabotinsky. En mayo-agosto de 1939, los primeros ataques del Irgún —dirigido ahora por Abraham Stern, alias *Yair*— contra objetivos ingleses anticipan el futuro choque frontal entre el ultranacionalismo judío y la potencia mandataria.[47]

Esta, en todo caso, había buscado desde el inicio mismo de los desórdenes, en abril de 1936, medidas políticas susceptibles de apaciguar el incendio palestino. La primera providencia es el anuncio, en mayo, de una Comisión Real de Encuesta encargada de averiguar las causas de la revuelta y los agravios de las partes, y de proponer soluciones. El organismo, formado por expertos coloniales y presidido por lord Peel, llega a Palestina en noviembre de 1936, una vez finalizada la huelga, y cita a comparecer tanto a los sionistas —que, con Weizmann al frente, culpan a la administración británica de no haber querido ni sabido sofocar los disturbios,[48] niegan a los árabes palestinos una identidad nacional específica y rechazan un estatuto de minoría permanente en Tierra Santa— como a los nacionalistas árabes —quienes, tras dos meses de boicot, envían, con el muftí, a sus portavoces más radicales para abominar del Mandato, afirmar su exclusivo derecho de propiedad sobre el país y concluir que este no puede admitir ni un inmigrante judío más—. Aunque diferentes, las dos posturas tienen un elemento de fondo en común: rehúsan que la otra parte tenga, en Palestina, derechos de tipo nacional.

De regreso a Europa, la comisión Peel elabora su informe final, que se hará público el 7 de julio de 1937. Después de levantar acta del intenso antisionismo de la población árabe, de la enorme distancia cultural y social y del antagonismo creciente entre los dos pueblos, de la radicalización progresiva de los dos nacionalismos rivales, el documento deduce de todo ello que las obligaciones de Londres hacia las dos comunidades palestinas se han vuelto inconciliables, y que un gobierno representativo único es imposible. Una federación de cantones autónomos presupone un mínimo de voluntad común y, visto que tal cosa tampoco existe, los comisionados creen que la única solución viable es dividir Palestina en tres partes. La zona de Jerusalén y de Belén con sus Santos Lugares, y un pasillo de acceso al mar que incluya el aeropuerto de Lydda (Lod) y la ciudad de Jaffa, permanecería bajo mandato británico, formando un enclave desnacionalizado; toda Galilea y la llanura costera, incluida una porción al sur del corredor de Jaffa —en conjunto, el 20% del territorio— constituiría el Estado judío: las regiones centrales del país, desde Yenín a Beersheva, el litoral de Gaza y también el desierto del Negev —un 75% del espacio palestino— formarían el Estado árabe, que en el futuro se fusionaría con Transjordania. Puesto que las fronteras propuestas no delimitan poblaciones lo bastante homogéneas, el Estado árabe y el judío deberían llevar a cabo un intercambio de tierras y habitantes semejante —a menor escala— al realizado entre Grecia y Turquía en 1922-1923. Londres asumiría parte de los costes financieros del plan y, durante el período de transición, habría que restringir mucho la llegada de inmigrantes hebreos.[49]

«*Half a loaf is better than no bread*» («Más vale poco que nada de nada»): es, en forma de refrán, la recomendación de pragmatismo que la Comisión Real dirige a los dos bandos, y que el gabinete británico hace suya al asumir el informe; sin embargo, el consejo no será seguido de forma demasiado simétrica. La oferta de un mini-Estado judío de 5.000 kilómetros cuadrados que deja fuera al 18% del *yishuv* (los barrios hebreos de Jerusalén) suscita de entrada entre los sionistas un rechazo general: «Nos proponen un Estado judío sin judíos, un sionismo sin Sión»,

escribe el diario de los sindicatos, *Davar*. Con todo, Weizmann y Ben-Gurion apuestan por el gradualismo —«el reino de David era más pequeño, bajo Salomón se convirtió en un imperio. ¿Quién sabe? Lo difícil es dar el primer paso…», razona el químico—,[50] aprecian en el plan Peel sobre todo las ideas de partición y de Estado judío y creen que no es prudente desdeñarlas. En el Vigésimo Congreso Sionista, reunido en Zúrich en agosto de 1937, los agrios debates recuerdan la discusión de 1903 sobre Uganda, y las críticas llegan incluso del Mapai, si bien a la postre el tándem dirigente se sale con la suya: el congreso declara inaceptables las fronteras sugeridas por la Comisión Real, pero otorga plenos poderes al ejecutivo sionista para negociar otras más favorables. El concepto de Estado judío sobre una porción de Palestina, en todo caso, ha quedado asumido.

En el campo árabe, la oposición al plan Peel es, bajo la guía del muftí, categórica y unánime, y bien pronto compartida con los políticos, la prensa y la opinión que, en Iraq, en Siria, en el Líbano o en Egipto, adoptan ruidosamente la defensa de la arabidad de Palestina desde una doble vertiente que persistirá durante los siguientes setenta años: como cuestión de «honor» y «dignidad» panárabes, pero también como instrumento de política interna en cada uno de los países citados.

Las protestas políticas y verbales, en cualquier caso, son eclipsadas pronto por la violencia. El asesinato en Nazaret, a finales de septiembre de 1937, del comisario británico del distrito de Galilea señala la reanudación de la revuelta árabe y desata la represión: el Alto Comité Árabe es disuelto y cinco de sus miembros deportados a las Seychelles mientras Haj Amin, destituido de sus funciones religiosas, permanece cercado en el recinto de las mezquitas de Jerusalén[51] y, después, huye a Beirut, desde donde seguirá ejerciendo la máxima dirección del movimiento. Durante los trece meses siguientes, los ataques de millares de rebeldes árabes contra los judíos, los ingleses y también contra los «tibios» o «colaboracionistas» de su propio campo (solo este último aspecto causará centenares de víctimas), la réplica contrainsurreccional británica (más de 2.000 detenidos, castigos colectivos a los pueblos sospechosos de amparar a la guerrilla, un centenar de ejecuciones…) y las venganzas de los sionistas radicales del Irgún componen un cuadro de explosiones, secuestros, tiroteos, sabotajes y decenas de muertos casi cada semana que desborda a las autoridades mandatarias —desde marzo de 1938, el nuevo alto comisario es sir Harold MacMichael— y, en septiembre-octubre de 1938, incluso les hace perder momentáneamente el control de muchas aglomeraciones urbanas (Hebrón, Bersheva, Gaza, Jericó, la ciudad vieja de Jerusalén…).

De todos modos, no serán las dificultades militares —relativas y superables—, sino la situación de bloqueo político in situ y las exigencias de la diplomacia y la defensa del imperio las que deciden a Londres a trastocar su actitud ante el pleito palestino. Si, por parte árabe, nadie acepta tomar en consideración el plan Peel, tampoco los sionistas lo han acogido con entusiasmo alguno, y un nuevo organismo técnico encargado de estudiar su puesta en práctica —la comisión Woodhead— lo considera demográficamente inaplicable, sugiriendo a cambio un Estado judío aún más pequeño dentro de un puzle palestino de cinco piezas, tres de las cuales permanecerían bajo control británico.[52] Sobre todo, el agravamiento de la crisis internacional a causa del irredentismo y la agresividad hitlerianas inclina al gobierno de Neville Chamberlain hacia un reexamen más descarnado que nunca de la inextricable cuestión de Palestina: cuando las probabilidades de una guerra general crecen hasta bordear la certeza, Gran Bretaña no puede

permitirse arriesgar la amistad con los países árabes y musulmanes, ni poner en peligro zonas tan vitales para las comunicaciones y la estrategia imperiales como Egipto o Iraq, y ello a causa de un pequeño conflicto local, de las aspiraciones nacionales de apenas medio millón de hebreos. Así pues, el 9 de noviembre de 1938, amparándose en las conclusiones de la comisión Woodhead, el gobierno de Su Majestad declara que la fórmula de la partición es «irrealizable», y remite «la paz y el progreso en Palestina» a «un entendimiento entre árabes y judíos» que todo el mundo sabe quimérico. Aquella misma noche, los nazis desencadenan por toda Alemania un pogromo masivo, la *Reichkristallnacht*, que pone en evidencia hasta qué punto el peligro que amenaza al judaísmo europeo es un peligro de muerte.[53]

ENTRE HITLER Y EL *LIBRO BLANCO*

Una vez que ha sepultado el plan Peel y ha decidido una política de conciliación anglo-árabe, el gabinete británico desea cargarse de razón escenificando un último intento de consenso intercomunitario: será la conferencia de Saint James, que entre el 7 de febrero y el 17 de marzo de 1939 reúne en el palacio londinense de ese nombre a los delegados —sionistas y no sionistas — de la Agencia Judía encabezados por Weizmann y Ben-Gurion, a una delegación arabopalestina dominada por los Husseini, pero sin el muftí, y a representantes de las monarquías árabes de Iraq, Egipto, el Yemen, Transjordania y Arabia Saudí.

De hecho, las dos partes trabajan en salas separadas por la negativa de los árabes palestinos a cualquier contacto directo con los judíos,[54] y el cruce de argumentos (la validez de las promesas británicas a los árabes durante la Gran Guerra, la exigencia humanitaria de una escapatoria para los judíos perseguidos de Europa…) deriva pronto en diálogo —siempre indirecto— de sordos: unos, envalentonados por la coyuntura geopolítica, exigen el fin de la inmigración y la independencia a corto plazo, con vagos compromisos de respeto a la minoría judía; los otros, espoleados por la tragedia de su pueblo, reclaman una inmigración acrecentada, rehúsan el estatus de minoría permanente y reivindican sus derechos nacionales sobre Palestina.

Después de que la conferencia de Saint James haya certificado la intransigencia de ambos bandos y de que los acontecimientos internacionales hayan acentuado todavía más la atmósfera prebélica (ocupación nazi de Bohemia-Moravia el 15 de marzo, garantía militar británica a Polonia el 31 de marzo, invasión italiana de Albania el 7 de abril…), el ejecutivo de Londres se siente ya en posición de completar el giro pro-árabe de la política mandataria en Palestina. Dadas la importancia estratégica y la energética de Oriente Próximo y el peso cuantitativo del islam en el conjunto del imperio, la más elemental *realpolitik* aconseja tener hacia un mundo arabomusulmán ya bastante agitado todas las consideraciones posibles y evitar, de este modo, que bascule en brazos del Tercer Reich. ¿Y los judíos? A diferencia de lo sucedido entre 1914 y 1918, ahora, contra Hitler, los judíos no tienen alternativa; y, encima, los ingleses aún pueden tranquilizar su conciencia haciendo notar a los sionistas que la derrota del Reino Unido frente a los nazis sería también la de los judíos, de modo que estos deben sacrificarse por el bien común…

El nuevo rumbo queda formalizado el 17 de mayo de 1939, con la publicación del *Libro Blanco* de MacDonald —por el ministro de Colonias que lo patrocina, Malcolm MacDonald—, un texto cuya trascendencia le hará pasar a la historia como el *Libro Blanco* a secas, sin necesidad de apellido. Su contenido se puede resumir en tres puntos: sobre el futuro político del país, Londres asociará gradualmente a árabes y a judíos al gobierno, con la intención de que en diez años se pueda establecer un Estado independiente de Palestina; en cuanto a la inmigración judía, esta queda limitada a un máximo global de 75.000 personas durante los próximos cinco años, y condicionada después al visto bueno de los árabes —es decir, cancelada—, de modo que los hebreos no representen más de un tercio de la población total; la compra de tierras por parte de los sionistas, en fin, resulta prohibida del todo o muy restringida sobre el 95% del territorio. Si el primer punto liquida la posibilidad de un Estado judío, los dos restantes ahogan en gran medida el desarrollo del Hogar Nacional. Que, en tales circunstancias, el *yishuv* acoja el *Libro Blanco* con airadas protestas, que sus portavoces denuncien la «traición» al Mandato, la «hipocresía» y la «deslealtad» inglesas, que estallen manifestaciones violentas e, incluso, que la Haganá lleve a cabo actos de sabotaje antibritánicos, todo esto resulta lógico y previsible. Más sorprendente (un autor árabe la ha calificado de «error histórico mayúsculo del movimiento nacional palestino») es la reacción de casi todos los dirigentes árabes (el Alto Comité exiliado, el muftí Haj Amin, el gobierno egipcio…) que rechazan los nuevos compromisos de Londres por insuficientes y por demasiado concesivos, todavía, hacia la comunidad judía, mientras declinan poner fin a la revuelta en el interior de Palestina. Entre los sionistas, solo la fracción revisionista armada —el Irgún— halla en la situación un pretexto para justificar sus ataques contra la población civil árabe y ahora, además, contra las instalaciones y el personal de la potencia mandataria. Es cierto que Ben-Gurion declara llegados los días del «sionismo combatiente», pero la retórica amenazadora del líder socialista no contiene ningún propósito inmediato de luchar contra el Reino Unido; todo lo más, las consignas son de intensificar la inmigración clandestina y las nuevas implantaciones agrícolas en zonas estratégicas.

Ante el Vigésimo Primer Congreso Sionista que se abre en Ginebra aquel 16 de agosto —en la hora más dramática y oscura de la historia hebrea moderna—, la cúpula de la OSM reitera la apuesta por la moderación y el pragmatismo; los reproches y las condenas contra la política británica son, claro está, generales, pero —como proclamará Weizmann desde la tribuna presidencial— «por encima de nuestros sentimientos y nuestra amargura existen intereses más altos. Aquello por lo que las democracias combaten es el mínimo necesario para la supervivencia judía. Su angustia es nuestra angustia, su guerra es nuestra guerra».[55] El congreso se clausura precipitadamente el 24 de agosto, dos días después de anunciarse el pacto germanosoviético, y el 29 Weizmann escribe una carta al premier Chamberlain donde le expresa tanto el apoyo judío y sionista a Gran Bretaña como la disponibilidad del *yishuv* para contribuir con todos los medios al inminente esfuerzo bélico, al mismo tiempo que le propone «establecer una tregua en la controversia en torno al *Libro Blanco*».[56] El 1 de septiembre, la Wehrmacht invade Polonia, y el 3, Londres declara la guerra a Berlín.

Desde un par de años antes del estallido de la conflagración, pero previéndola, la política británica en relación a Palestina ha tenido como objetivo básico apaciguar los agravios de los habitantes árabes del Mandato y la irritación que tales agravios contagian a todos los demás árabes, a fin de asegurarse su lealtad —o, por lo menos, su no hostilidad— en caso de una nueva

guerra mundial, y ahorrarle así a Londres complicaciones suplementarias en un Oriente Próximo tan crucial como volátil. Los judíos, según ya hemos dicho, no tienen elección ni pueden en ningún caso buscar la alianza alemana. Y bien, ¿cómo supera esta política la prueba de la realidad? ¿Cuáles son, entre 1939 y 1945, las actitudes y las actuaciones de los árabes, por un lado, y del *yishuv*, por el otro, respecto del Imperio británico en guerra?

Aunque atenuada por la represión y por la fatiga de la población civil, la revuelta rural arabopalestina no se detiene con el inicio del conflicto mundial; de hecho, durante las dos primeras semanas de septiembre de 1939, el balance es de 22 muertos, y a lo largo de los nueve meses de la denominada *drôle de guerre*, el número de incidentes armados —actos de terrorismo, según el lenguaje gubernativo— supera los 850, mientras la actitud ciudadana hacia la causa aliada es de una frialdad glacial;[57] al mismo tiempo, el máximo líder nacionalista, el gran muftí al-Husseini, se evade de la residencia vigilada en Beirut con rumbo a Iraq donde, «como en todo el Oriente Medio, muchos se giran hacia la Alemania hitleriana, con la esperanza de que una derrota de los Aliados les permita liberarse de la dominación británica o francesa».[58] Acogido como un héroe por la clase política local —los sentimientos antibritánicos de la cual aumentan al calor de las victorias nazis—, Haj Amin se erige en portavoz de una Palestina que lucha contra las democracias y contra el judaísmo internacional, y busca contactos formales con Berlín y Roma, capitales de las que reclama apoyo para la independencia y para el «derecho de los países árabes a resolver la cuestión de los elementos judíos en Palestina y en los países árabes de acuerdo con los intereses nacionales y étnicos de los árabes y con la solución de la cuestión judía en Alemania e Italia».[59] Las respuestas —«Alemania y los árabes tienen como enemigos comunes a Inglaterra y a los judíos…», le contesta Hitler en abril de 1941— son alentadoras.

En la primavera de 1941, los reveses del Reino Unido y sus aliados en Yugoslavia, la Grecia continental, Creta y Libia espolean la germanofilia de los nacionalistas árabes. En Bagdad, el 2 de abril, un golpe de Estado instala en el poder al amigo del muftí y filonazi Rachid Ali al-Qaylani, que será derrocado al cabo de dos meses por la intervención militar británica a pesar del auxilio aéreo alemán, llegado a través de la Siria petainista; en la convulsión, y mientras tanto Rachid Ali como Haj Amin huyen a Irán, un pogromo en la capital iraquí cuesta la vida de 179 judíos.[60] La crisis de Iraq, además, ha puesto de relieve la peligrosidad de que el mandato francés de Siria y el Líbano permanezca en manos del régimen de Vichy, de modo que, el 8 de junio, contingentes del Imperio británico y de la Francia Libre emprenden la ofensiva contra las tropas leales al mariscal Pétain y contra los nacionalistas árabes que las auxilian, entre ellos el presunto «libertador de Palestina» en 1936, Fawzi al-Qawuqji; derrotados unos y otros tras cinco semanas de campaña, sus protectores nazis rescatan a al-Qawuqji y lo trasladan a Alemania.

La eliminación de gobiernos poco fiables y la recuperación del control estratégico sobre Oriente Próximo por parte de los Aliados conocen aún otro capítulo en agosto-septiembre de 1941, cuando soviéticos y británicos invaden conjuntamente Irán, ponen fin a la sospechosa neutralidad del sah Reza Pahlevi y lo reemplazan en el trono por su hijo Muhammad Reza.[61] Los nacionalistas palestinos allí refugiados son deportados a Rhodesia, pero el muftí consigue asilarse en la legación japonesa de Teherán, y, desde ella, a través de Turquía y Bulgaria, llegar a la Europa nazifascista. Recibido y agasajado por Mussolini y Hitler como un huésped de honor, Haj Amin al-Husseini puede ilustrar al Führer sobre la perfidia compartida de ingleses y judíos, y

recoger de aquel la firme voluntad de continuar «una guerra sin compromiso contra los judíos, lo cual incluye naturalmente una oposición activa al hogar nacional judío en Palestina».[62] Desde finales de 1941, el gran muftí —que mantiene contactos regulares con jerarcas nazis como Ribbentrop, Rosenberg o Himmler y, a través de ellos, toma conocimiento del genocidio judío en curso— se convierte en la principal figura no solo árabe sino islámica al servicio del Tercer Reich, y proyecta su influencia legitimadora o agitatoria en favor del Eje Berlín-Roma-Tokio hacia escenarios y colectivos tan diversos como los musulmanes bosnios enrolados en las SS, los de las Indias Orientales holandesas para que acepten el dominio japonés, los de la India al objeto de que se revuelvan contra el poder británico, o las poblaciones nativas del África del norte francesa para que rechacen la ocupación de los Aliados. La servicial lealtad de Haj Amin a la causa hitleriana, cimentada sobre el común antisemitismo, se mantendrá firme hasta el hundimiento de la dictadura nazi.

Examinemos, ahora, la actitud sionista ante, y durante, la crisis bélica mundial. A pesar de que la carta de Weizmann a Chamberlain ofreciéndole pleno apoyo en el inminente esfuerzo de guerra no obtiene respuesta, y tampoco se concreta la esperanza de que el estallido de las hostilidades congele la aplicación del *Libro Blanco* —al contrario, el 25 de septiembre Londres cierra Palestina a los refugiados procedentes de países enemigos u ocupados por el enemigo, lo cual excluye de las cuotas inmigratorias a los cuatro millones de judíos del Reich y de Polonia—, aun así el ejecutivo palestino de la Agencia Judía no vacila en declarar que «la guerra es también nuestra batalla», y el 12 de septiembre David Ben-Gurion fija la posición del sector mayoritario del *yishuv* con una fórmula contundente: «Debemos ayudar a los británicos como si el *Libro Blanco* no existiese, y debemos oponernos al *Libro Blanco* como si no hubiese guerra»;[63] la víspera, el Irgún ha anunciado a instancias de Jabotinsky que suspende la actividad terrorista para no perturbar la lucha de los británicos contra Hitler, y en tres semanas 119.000 judíos de ambos sexos entre los dieciocho y los cincuenta años se ofrecen voluntarios para servir a la comunidad en cualquier terreno.

Sin embargo, las cosas no resultan nada sencillas. Las autoridades mandatarias, aferradas a la política del *Libro Blanco*, encarcelan desde octubre de 1939 a numerosos miembros de la Haganá y del Irgún por posesión ilegal de armas, y los mantienen «encerrados, impotentes, mientras se libraba una guerra en la que deseábamos ardientemente participar» —ha escrito uno de ellos, Moshe Dayan—[64] hasta febrero de 1941. Sobre todo, la inmigración clandestina —15.489 personas hasta abril de 1940, en el primer año de vigencia del *Libro Blanco*— provoca incidentes cada vez más dramáticos entre sionistas y británicos: estos, como medida disuasoria, deciden deportar a los ilegales detenidos a la isla Mauricio, y la Haganá responde con el desastroso sabotaje del buque *Patria* (252 muertos, en noviembre de 1940); otras embarcaciones llenas de fugitivos ni siquiera llegan a avistar las costas palestinas, y se hunden con su carga humana tras meses de errar de un puerto a otro: el *Salvador*, en el mar de Mármara a fines de 1940; el *Pentcho*, en 1941 cerca de Rodas; el *Struma*, en el mar Negro en febrero de 1942…

La exasperación y la amargura que tales tragedias provocan en el seno del *yishuv* favorecen la radicalización de un sector del revisionismo armado. Desaparecida la autoridad de Jabotinsky —que ha muerto en Nueva York en agosto de 1940—, Abraham Stern y otros miembros de la cúpula del Irgún se escinden aquel septiembre y constituyen una nueva organización clandestina que adoptará el nombre de Lehi (acrónimo de Lohamei Herut Israel, Combatientes por la

Libertad de Israel). El grupo no solo rechaza cualquier tregua con Londres, sino que además considera más que nunca a Gran Bretaña como el verdadero enemigo —Hitler es solo un «perseguidor», uno más en la historia diaspórica…— y propugna la violencia terrorista como método para imponer un programa nacionalista extremo, cuyas tesis territoriales, raciales y político-sociales permiten calificarlo de fascista.

Por afinidad ideológica, pues, en una búsqueda desaforada de aliados contra «el ocupante británico» y convencido de que la obsesión de Hitler por dejar Europa *Judenrein* («limpia de judíos») proporciona la base para un acuerdo, Abraham Stern establece en 1941 contacto con representantes nazis y les ofrece «tomar una parte activa en la guerra al lado de Alemania», a cambio del apoyo de Berlín a una Palestina judía. La falta de respuesta y la deserción de muchos adeptos ante una estrategia tan delirante no frenan a Stern, quien a finales de 1941 lanza las magras fuerzas del Lehi a una ofensiva suicida contra la policía; en un par de meses, aquello que los ingleses denominan peyorativamente *Stern Gang* («banda Stern») es desarticulado, y su líder, abatido, con la aquiescencia y hasta la colaboración de la inmensa mayoría del *yishuv*.[65]

Esta mayoría, a pesar de los agravios acumulados contra los ingleses en materia de inmigración, sigue priorizando el combate contra la Alemania nazi, en especial cuando, desde principios de 1941, la guerra se aproxima al Mediterráneo oriental y a Oriente Próximo y amenaza incluso la seguridad física de los judíos de Palestina. Habiendo intervenido ya en la campaña británica para conquistar las colonias italianas del África oriental y en la operación de socorro a Grecia, voluntarios hebreos palestinos —incluso del Irgún— participan en mayo de 1941 de la expedición que fulmina al régimen pronazi establecido en Iraq, y, a continuación, comandos de la Haganá abren camino al ataque aliado contra las fuerzas de Vichy en Líbano y Siria; el capitán Moshe Dayan, en concreto, adquiere allí su primera experiencia bélica a cambio de perder el ojo izquierdo.[66] Es también en estos meses cuando, ante la tolerancia británica y sobre la base de jóvenes voluntarios nacidos en el país y procedentes del socialismo agrario de los kibutz, nace el Palmah (acrónimo de Plugot Mahatz o «Compañías de Asalto»), que será la fuerza de élite de la Haganá y el núcleo inspirador del futuro activismo militar israelí. Además, los ingleses reclutan compañías segregadas árabes y judías para engrosar los Palestine Buffs, el regimiento de infantería del East Kent de guarnición en el Mandato, y 4.000 mujeres judías se enrolan en el Auxiliary Territorial Service, y una treintena de paracaidistas ofrecidos por la Haganá son lanzados sobre la Europa oriental en misiones de información y enlace con la resistencia; el caso más célebre y mitificado es el de la jovencísima poetisa Hannah Szenes, capturada y ejecutada por los fascistas húngaros en 1944… En conjunto, y a lo largo de toda la guerra, el *yishuv* aporta al ejército británico más de 26.000 personas, el doble que la comunidad arabopalestina, tres veces más numerosa.[67]

En el período febrero-octubre de 1942, el Afrikakorps de Rommel penetra profundamente en el Desierto Occidental Egipcio hasta llegar a 60 kilómetros de Alejandría y a 120 de El Cairo al mismo tiempo que las tropas alemanas avanzan hacia el Cáucaso soviético, doble movimiento que proyecta sobre el Oriente Próximo británico una tenaza mortal. En tales condiciones, mientras en Egipto buena parte de los grupos dirigentes, anglófobos, se disponen a acoger triunfalmente a las fuerzas del Eje, y mientras Londres prepara planes de evacuación de la zona, la Palestina hebrea pone toda su capacidad económica al servicio del esfuerzo de guerra aliado, con una espectacular expansión de las industrias (electrónica, metalúrgica, mecánica,

alimentaria, química, de talla de diamantes, etc.) que en 1945 habrá multiplicado por 6,6 —se debería descontar la inflación de un 332%— el Producto Interior Neto judío y por 8 el valor de la producción manufacturera, dándole así una ventaja definitiva sobre la economía árabe, que también crece bastante[68]. Por otra parte, los responsables de la Haganá preparan, de acuerdo con el mando inglés, el plan Carmel, que prevé, en caso de invasión nazi, concentrar a toda la población judía en el norte montañoso de Palestina y establecer allí un reducto de resistencia con el apoyo de la RAF y de la Royal Navy. El desenlace de las batallas de El Alamein y de Stalingrado permitirá archivar estas previsiones.

En cualquier caso, y según proclama un cartel de propaganda sionista de estos años, *Jews want to fight as Jews* («Los judíos quieren luchar como judíos»); es decir, que desde el inicio de la guerra dirigentes como Weizmann han propuesto a Londres la creación de una fuerza de combate judía autónoma en el seno del ejército británico. A pesar de la simpatía de Churchill por la idea, esta choca con la tenaz hostilidad y la obstrucción del Colonial Office, del Foreign Office y de los militares, temerosos de la reacción árabe, hasta que en septiembre de 1944 el premier decide zanjar la cuestión y anuncia la creación de una brigada judía que pueda contribuir siquiera simbólicamente a la derrota final del nazismo. Formada por 5.000 hombres procedentes del voluntariado judío reclutado en Palestina durante los años anteriores y con la estrella de David como enseña, la Jewish Brigade —a las órdenes del general judeoinglés Ernest Frank Benjamin —, se embarca hacia Italia en noviembre de 1944, se despliega en el frente cerca de Ravena en marzo de 1945 y todavía está a tiempo de participar en la última ofensiva aliada contra las tropas alemanas del mariscal Kesselring, con un destacable papel en el cruce del río Senio. Una vez finalizada la guerra en Europa, y después de haber servido de academia militar a los numerosos miembros de la Haganá enrolados en sus filas, la Brigada se dedicará, desde su base en la frontera italo-austro-yugoslava, a la caza y ejecución de nazis y al transporte clandestino de supervivientes del Holocausto en dirección a Palestina hasta que, en junio de 1946, las autoridades británicas ordenan su repatriación y desmovilización.[69]

Desde un punto de vista estrictamente político, el liderazgo de la Agencia Judía y del *yishuv* ha comprendido desde 1939 que la nueva guerra mundial representa para el sionismo un peligro gravísimo, pero también una gran oportunidad. En palabras de Ben-Gurion, «la guerra de 1914 nos trajo la Declaración Balfour; esta vez debemos llegar a la creación del Estado Judío. La Declaración Balfour fue solo una fórmula, no muy bien definida ni ideal, pero fue importante y dio muchos resultados. Nuestro objetivo esta vez no puede ser una fórmula…; debemos bregar ahora por la creación de un hecho: la realidad de un Estado judío».[70] Una vez constatados el inamovible compromiso de Londres con el *Libro Blanco* y el inexorable proceso de destrucción del judaísmo europeo a manos de Hitler, Ben-Gurion considera que la meta prioritaria de los sionistas debe ser la obtención de una entidad política judía en Palestina, y la palanca para conseguirlo es la movilización de los judíos norteamericanos, ciudadanos de un país a punto de erigirse en la primera potencia de Occidente. Mientras Weizmann persiste en su estrategia de cooperación con los británicos a pesar de los desaires, confiando en que cambien de actitud, el líder judeopalestino espolea a los hebreos de Estados Unidos —entre los cuales el sionismo, única compensación posible a la impotencia ante la catástrofe de Europa, deviene por primera vez mayoritario— a presionar contra la política mandataria de Inglaterra.

En mayo de 1942, una conferencia extraordinaria de los sionistas americanos se reúne en el hotel Biltmore de Nueva York y consagra el declive de la diplomacia antigua de Weizmann en favor de las tesis más contundentes y más atrevidas de Ben-Gurion. Las resoluciones que se adoptan, conocidas como el Programa de Biltmore —y asumidas seis meses después por la permanente de la Organización Sionista Mundial— proclaman, además de la adhesión del movimiento a la causa por la que luchan las naciones aliadas, la nulidad legal y moral del *Libro Blanco* de 1939; exigen «la realización del objetivo original de la Declaración Balfour y del Mandato» y, sin olvidar los rituales deseos de cooperación con los «vecinos árabes», demandan «que las puertas de Palestina sean abiertas, que la Agencia Judía sea investida del control de la inmigración con la autoridad necesaria para levantar el país, […] y que Palestina sea constituida en un Commonwealth judío incorporado a las estructuras del nuevo mundo democrático».[71]

Sin embargo, la reformulación programática de Biltmore no tiene, de momento, incidencia alguna sobre la realidad. Palestina continúa casi impenetrable a la admisión legal de refugiados judíos y, por mucho que la Haganá posea desde 1939 una sección especializada en forzar su entrada —se llama HaMossad le'aliya bet o «Agencia para la inmigración paralela»—, las menos de 20.000 personas que conseguirá sustraer a la vigilancia británica durante los seis años de guerra representan muy poco en relación con las noticias cada vez más precisas sobre el alcance de las atrocidades hitlerianas, y frente a la desidia o la mala voluntad de los gobiernos aliados siempre que se trata de rescatar o acoger a judíos fugitivos del exterminio nazi; en abril de 1943, mientras las fábricas de la muerte de Auschwitz-Birkenau, Belzec, Sobibor, Treblinka, etc., funcionan a pleno rendimiento, mientras el gueto de Varsovia inicia su desesperada sublevación por la dignidad, la conferencia anglo-americana de las Bermudas sobre la cuestión de los refugiados concluye que ni Palestina ni Estados Unidos pueden acoger a más inmigrantes judíos… Durante el segundo semestre de 1943, el gabinete británico reabre el dossier palestino y, por instigación de Churchill —filosionista de siempre— aprueba el principio de la futura partición del territorio en tres porciones: un Estado judío algo mayor que el previsto por el plan Peel, un Estado de Jerusalén neutro e interconfesional y un Estado árabe que deberá fusionarse con Transjordania. Pero estas disposiciones carecen de precisión geográfica, chocan con la encarnizada hostilidad de los diplomáticos y los militares de Su Majestad, se remiten a después de la guerra y, además, permanecen secretas, de modo que su influjo sobre el estado de espíritu en el seno del *yishuv* es nulo.

Entre los judeopalestinos, «la inexorable determinación de las democracias de sacrificar los judíos de Europa a la prosecución de la guerra» —en palabras de H. Laurens—,[72] el hecho de que la concesión de visados de entrada se mantenga un tercio por debajo de las ya escuetas previsiones del *Libro Blanco* (que eran 15.000 al año durante cinco años), la actitud más y más antisionista de las autoridades mandatarias, las escaramuzas alrededor de la *aliá* ilegal…, todo ello alimenta el resentimiento antibritánico, que da lugar a una huelga general y a otros incidentes en junio y en noviembre de 1943, que se agudiza hasta el odio en los ambientes radicales y que estallará apenas el curso de la guerra disipe la amenaza nazi sobre Oriente Próximo y asegure la victoria aliada.

El grupo Stern, o Lehi, inactivo desde que la policía británica liquidara a su fundador, halla en un antiguo miembro del Betar polaco inmigrado en 1935, Yitzhak Shamir, a su organizador y nuevo líder clandestino, gris pero eficaz. Paralelamente, el Irgún Zvai Leumi también se recupera

bajo la dirección de otro exresponsable de las juventudes revisionistas en Varsovia, Menahem Begin, que ha conseguido llegar a Palestina en 1942 como soldado polaco; en febrero de 1944, el Irgún a las órdenes de Begin da por finalizada la tregua y retoma la actividad terrorista antibritánica con una serie de acciones de una violencia controlada: atentados solo contra objetivos civiles (oficinas de inmigración o de recaudación de impuestos, comisarías…), aviso telefónico previo de la colocación de las bombas. Los «sternistas» de Shamir, por su parte, son más expeditivos; provistos de un nuevo discurso antiimperialista e, incluso, filosoviético con el que intentan deshacerse de la anterior imagen fascistizante no solo matan a policías ingleses o judíos al servicio del «gobierno del *Libro Blanco*», sino que además intentan golpear al «opresor extranjero» en la cabeza; en agosto de 1944 con el magnicidio frustrado contra el alto comisario MacMichael, a punto de ser relevado en el cargo por John Vereker, lord Gort; el noviembre siguiente con el asesinato consumado, en El Cairo, del ministro británico para Oriente Próximo, Walter E. Guinness, lord Moyne.[73]

Naturalmente, la represión británica crece al mismo ritmo que la osadía de los golpes descoordinados del Irgún y del Lehi; aquel octubre, por ejemplo, 251 activistas detenidos son deportados a Eritrea. Pero el atentado de El Cairo marca un salto cualitativo que conlleva no solo la ejecución en la horca de los dos autores, sino también la movilización de las instituciones judeopalestinas para sofocar el terrorismo hebreo. David Ben-Gurion ya ha advertido meses atrás que, «si no hay alternativa, combatiremos a la fuerza con la fuerza. Será una tragedia, pero una tragedia menos grave que si un pequeño grupo consiguiese dictar su ley a todo el *yishuv*»;[74] tras la muerte de lord Moyne, y sin atender al riesgo de guerra civil, la Haganá detiene e interroga a decenas de militantes de las organizaciones radicales —sobre todo, del Irgún—, la Histadrut recibe orden de expulsarlos de los centros de trabajo, el grueso de la comunidad se compromete a no darles ninguna cobertura y la Agencia Judía denuncia a la policía inglesa a cientos de sospechosos. Bajo esta presión, los dos grupos de la autodenominada «resistencia nacional» se ven obligados a suspender o minimizar las operaciones armadas hasta el desenlace de la Segunda Guerra Mundial. Cuando esta finaliza, la situación en Palestina es de bloqueo político y tensa expectación por parte de todos los bandos, mientras en Londres persisten las dudas entre la fórmula de una partición que cada vez tiene menos defensores, o bien el mantenimiento de las ideas del *Libro Blanco*. Sobre el enconado conflicto de Tierra Santa, corresponderá al nuevo mundo que emerja de las ruinas, a las nuevas realidades, demandas e interacciones surgidas de la gran conflagración, hacer frente y dar respuesta a las incógnitas que dejó abiertas el Viejo Mundo anterior a 1939.

4

El reparto (1945-1949)

La agonía del Mandato británico

Si, desde el punto de vista de la autosuficiencia económica y de la capacidad de autodefensa armada, la Segunda Guerra Mundial había convertido al *yishuv*—que en 1945 contaba con 579.000 miembros, hacia el 31,5% de la población palestina, y poseía 1.730.000 dunams de tierra, el 6,3% de la superficie del país— en un pequeño pero sólido cuasi-Estado, el final del conflicto bélico y la consiguiente revelación del alcance de la matanza antijudía en Europa otorgan al nacionalismo hebreo una legitimación definitiva e irrebatible.

«Igual que los pogromos rusos de los años ochenta del siglo XIX originaron el sionismo moderno, así el más desmesurado de los pogromos, el Holocausto, orientó de forma inmediata al movimiento hacia la creación de un Estado independiente.»[1] Este efecto legitimador de la Shoah actúa en dos direcciones. Por una parte, cuando los públicos occidentales contemplan con horror, en los noticiarios cinematográficos y la prensa ilustrada de 1945, las imágenes de los montones de cadáveres que es preciso sepultar con excavadoras en Buchenwald, de los esqueletos todavía vivientes en Dachau, de las cenizas y los hornos crematorios de Auschwitz o de Treblinka, de las lámparas hechas con piel humana en Bergen-Belsen, ¿quién osará negar que los judíos precisan la protección y la seguridad de un Estado propio, puesto que ser ciudadanos belgas, alemanes, franceses o checos no les ha garantizado ni siquiera el derecho a la vida? ¿Quién rehusará a las decenas de miles de supervivientes que, catalogados como D. P. (*Displaced Persons*), esperan dispersos por la Europa devastada de la posguerra, el derecho a un Estado-refugio donde puedan rehacer sus vidas? ¿Hacia qué otro lugar se les puede encaminar, si ni Estados Unidos ni el Imperio británico quieren recibirlos, si en los lugares de procedencia no les quedan nada ni nadie, si en Polonia —pogromos de Rzeszow, de Cracovia, de Kielce…— la violencia antisemita parece resuelta a completar en 1945-1946 la tarea asesina de Hitler?[2] El impacto emocional y moral del Holocausto sobre las opiniones públicas y los gobiernos del Occidente europeo, de América, Australia o Sudáfrica, la empatía con las víctimas, serán durante el trienio 1945-1948 un factor político de primera importancia.

Por otra parte, el choque que la catástrofe provoca en el judaísmo diaspórico, entre los numerosos judíos asimilados y hasta entonces refractarios al sionismo, es también determinante. ¿Quién entre ellos afirmará aún que los judíos no constituyen una nación, que entre un mundano abogado asquenazí parisiense, un devoto comerciante sefardí de Sarajevo o de Salónica y un hebreo de Minsk ateo y bolchevique no hay nada en común, después de que todos ellos —y muchos otros de toda condición, hasta seis millones— hayan sido perseguidos como alimañas, cazados y asesinados solo por su adscripción nacional, incluso si habían abjurado de ella? ¿Qué

judío, viva donde viva y piense como piense, no sentirá después de 1945 fortalecidos sus sentimientos de identidad hebrea y aumentadas las propias obligaciones hacia una colectividad que ha perdido a más de un tercio de sus miembros? ¿Qué judío escatimará a partir de ahora su apoyo político y material a la causa sionista, al objetivo de un Estado en Palestina, aunque él no tenga ninguna intención de dejar Nueva York, Roma o Ciudad del Cabo? Tras medio siglo de historia, es solo en este momento cuando, a la sombra de circunstancias trágicas, el sionismo conquista la hegemonía afectiva y efectiva entre los hebreos del mundo.[3]

En cambio, el nacionalismo arabopalestino sale de la guerra estigmatizado, a los ojos de Occidente, por la connivencia de ciertos dirigentes con el nazifascismo, paralizado por la dispersión de iniciativas y las viejas rivalidades ciánicas, incapaz de renovar y modernizar su liderazgo. Al contrario: huésped del Tercer Reich hasta la víspera de la capitulación y rechazado después en la frontera suiza, el gran muftí al-Husseini pasa un año en Francia en residencia vigilada antes de huir, en mayo de 1946, y hallar asilo en El Cairo, desde donde reasume de inmediato el mando de la causa en nombre de un Alto Ejecutivo Árabe de nueva creación.[4] De hecho, la impotencia y el escaso crédito del movimiento nacional palestino durante la posguerra harán que las esperanzas de la población concernida se desplacen hacia los gobiernos árabes, y que estos —agrupados desde marzo de 1945 en la Liga de los Estados Árabes— puedan establecer sobre la suerte de Palestina un patronazgo, una tutela externa que suplanta a los portavoces autóctonos y reduce a los habitantes árabes del país al rango de simples peones de estrategias ajenas, con resultados muy negativos.

De momento, empero, el futuro de Palestina depende de Londres, donde el sorprendente resultado de las elecciones británicas de julio de 1945 ha convertido en nuevo primer ministro a Clement Attlee al frente del laborismo, partido de tradición filosionista que, el año anterior, había aprobado una moción congresual recomendando la formación de una mayoría judía en Palestina, incluso a costa del desplazamiento —organizado e indemnizado— de los pobladores árabes.[5] Sin embargo, y una vez instalados en el poder, tanto Attlee como su ministro de Exteriores, Ernest Bevin, se dejan convencer por los argumentos de los militares y los diplomáticos de carrera en el sentido de que las exigencias estratégicas demandan del laborismo un giro copernicano: Gran Bretaña afronta la posguerra empobrecida y fatigada, sin fuerzas suficientes para atender a todas las responsabilidades imperiales y, además, responder al desafío soviético, a la Guerra Fría que despunta en Grecia, en la frontera turca del Cáucaso, en el norte de Irán; así las cosas, los gobernantes ingleses concluyen que una política antisionista ayudará a preservar los vitales intereses de su país en todo Oriente Próximo, ahorrará tensiones incluso en la India, impedirá que los Estados árabes representados en las flamantes Naciones Unidas se dejen cortejar por Moscú. Por tanto, en vez de la partición o la libre inmigración judía, que inflamarían la zona, es preferible mantener el *statu quo*, seguir aplicando el *Libro Blanco* de 1939… y esperar una redefinición del mandato que Londres había recibido de la difunta Sociedad de Naciones. Claro que, ahora, la política exterior británica ya no posee la independencia de épocas anteriores; el viejo imperio, corto de medios tanto financieros como militares, depende cada vez más del apoyo de Estados Unidos, que han salido de la guerra erigidos en la superpotencia occidental y el hermano mayor de la familia anglosajona. Así pues, la necesidad que el gobierno Attlee tiene de asociar a los norteamericanos a su estrategia para Oriente Próximo implica a Washington de modo definitivo en el dossier palestino.

¿En qué términos? Sucesor de un Roosevelt camaleónico ante la cuestión, Harry S. Truman «abrazó resueltamente la causa sionista».[6] Consciente de la conmoción y la militancia de los cinco millones de judíos americanos después del Holocausto, y del valor de sus votos en la difícil empresa de prolongar el reinado de los demócratas —que gobiernan desde 1933— el presidente Truman no dudará en desafiar, con la aquiescencia del Congreso, las recomendaciones más bien pro-árabes de los Departamentos de Estado y de Guerra. Para empezar, en septiembre de 1945, la Casa Blanca reclama a Londres que autorice la entrada en Palestina de 100.000 de los refugiados judíos sin hogar que malviven en campos de la Europa occidental y central.

El gabinete Attlee se niega, pero, obligado a preservar el eje trasatlántico, propone crear una comisión anglo-americana que examine la situación de los judíos desplazados por la guerra y la persecución nazi, que evalúe sus deseos de emigrar, las posibilidades de Palestina de acoger a una parte de ellos y las repercusiones que tal acogida podría tener sobre la problemática del territorio. Con la luz verde de Washington, la comisión —paritaria y de 12 miembros— es nombrada el 13 de noviembre, si bien el titular del Foreign Office la acompaña de un anuncio —algunos lo llamarán la declaración Bevin— donde anticipa las grandes líneas de su política para Palestina: renuncia al mandato, transformación de este en un *trusteeship* (fideicomiso) internacional y ulterior nacimiento de un Estado único, independiente y democrático; un Estado palestino, no judío.[7]

Los «doce apóstoles» de la comisión de encuesta angloamericana trabajan durante cuatro meses en Estados Unidos, Europa y Oriente Próximo, quedan impresionados por la desdicha de los náufragos del judaísmo europeo que viven aún en barracones y entre alambradas, se dejan seducir por las realizaciones agrícolas y la épica pionera del *yishuv* y son incapaces de salvar la distancia cultural que existe entre un puñado de juristas y universitarios anglosajones y los notables árabes con quienes se entrevistan. Sus conclusiones, entregadas el 1 de mayo de 1946, certifican que la gran mayoría de los desplazados quiere emigrar a Palestina, reclaman la inmediata concesión de los 100.000 visados de entrada, seguidos de una inmigración libre y del desbloqueo de la compra de tierras —es decir, la abolición del *Libro Blanco*—, si bien contemplan una Palestina unitaria y binacional que, mientras las dos comunidades no se pongan de acuerdo, deberá permanecer bajo tutela británica avalada por la ONU.[8] Para Attlee y Bevin, las recomendaciones de los comisionados resultan, además de una desagradable sorpresa, demasiado vagas sobre el futuro y demasiado precisas sobre el presente.[9] Truman, en cambio, da por derogado el *Libro Blanco* y por aceptados los 100.000 refugiados, algo que Londres se ve obligado a desmentir antes de proponer a los norteamericanos otra comisión de expertos que estudie las conclusiones de la última comisión de encuesta… Si, entre los arabopalestinos, el rechazo de las tesis de la comisión anglo-americana es unánime, en las filas del *yishuv* la escalada de dilaciones y el atasco de la situación, cuando ya ha pasado más de un año desde el fin de la guerra mundial, disparan la exasperación y llevan la revuelta antibritánica —el terrorismo judío— hasta el paroxismo.

De hecho, y al lado de las denuncias verbales contra una política que «ignora el exterminio acaecido en Europa […] y la necesidad vital de reunir a los judíos supervivientes en su patria consagrada por la Biblia y por la historia»,[10] los sectores más radicales del movimiento sionista han reanudado la actividad armada sin esperar siquiera a la capitulación japonesa: a partir de mayo de 1945, el Irgún ataca de nuevo instalaciones militares e infraestructuras, y el Lehi se le

suma en julio, tomando también como objetivos a colaboradores judíos de la policía mandataria y los bienes de la Histadrut, el sindicato único socialista. Sin embargo, el salto cualitativo y cuantitativo se produce aquel otoño, cuando se incorporan a la lucha las fuerzas paramilitares de la mayoría liderada por Ben-Gurion: los 2.000 hombres y mujeres del Palmach, los tal vez 40.000 efectivos de la Haganá. En octubre, elementos del Palmach a las órdenes de Yitzhak Rabin asaltan el campo de internamiento de Atlit y liberan a tiros a 208 inmigrantes ilegales; el 1 de noviembre, una primera operación conjunta del Irgún, el Lehi y la Haganá-Palmach vuela la red ferroviaria palestina en 153 puntos diferentes e inutiliza tres lanchas guardacostas inglesas. Desde entonces, los tres grupos, coordinados bajo la etiqueta de Movimiento de la Resistencia Hebrea (Tenu'at Hameri Ha'ivri), golpean de común acuerdo y con contundencia contra aviones de la RAF, radares, comisarías, arsenales, cuarteles…, causan y sufren decenas de muertos y hacen frente a las contramedidas británicas (toque de queda en las aglomeraciones judías, centenares de detenciones, deportaciones a Eritrea) en el marco de un típico ciclo acción-represión, mientras los máximos dirigentes institucionales (Weizmann, Ben-Gurion…) se fingen desbordados y responsabilizan de la situación a la conducta de Londres.[11]

En junio de 1946, el rechazo de Attlee y Bevin a la propuesta de la comisión anglo-americana espolea de nuevo los atentados; en una noche, el Palmach dinamita diez de los once puentes que enlazan Palestina con los países vecinos, y al día siguiente el Irgún secuestra a seis oficiales británicos para evitar la ejecución de dos de sus militantes. El alto comisario de Su Majestad —que, desde el anterior noviembre, es el general sir Alian Cunningham— responde el 29 de junio con la Operación Agatha, conocida por el *yishuv* como el «Sábado negro»: ocupando a punta de bayoneta los locales de la Histadrut y de la Agencia Judía; arrestando a Moshé Sharett y a otros tres miembros del ejecutivo de dicha institución, a personalidades políticas y cuadros del Palmach y la Haganá (y también a Y. Shamir, el cabecilla del Lehi) hasta un total de 2.700 detenidos; invadiendo los asentamientos rurales en busca de armas, la autoridad mandataria pretende intimidar a las instancias oficiales sionistas y forzarlas a desmarcarse del terrorismo. En una reacción inmediata, la Haganá denuncia «la declaración de guerra al pueblo de Israel» por parte del «régimen nazi de Inglaterra»; ha sido objeto de larga polémica hasta hoy si, además, encarga, o consiente o no puede evitar que, el 22 de julio, el Irgún Zvai Leumi de Menahem Begin haga explotar toda un ala del hotel King David, cuartel general militar y administrativo británico en Jerusalén.[12] En cualquier caso, la magnitud del atentado y los 91 muertos (árabes, ingleses, judíos…) que causa obligan al grueso de la opinión judía y a sus organismos oficiales a desautorizarlo y condenarlo; ante los efectos perniciosos que el terrorismo puede tener en la batalla por la opinión pública mundial, la Haganá decide renunciar a él, disolver la alianza táctica con los otros dos grupos armados (es decir, el Movimiento de la Resistencia Hebrea) y concentrar todas sus energías en la batalla de la inmigración clandestina, mientras se prepara para un cada vez más probable choque con los árabes.

Los 4.000 miembros del Irgún y los 400 del Lehi, en cambio, reemprenden la guerrilla urbana en otoño de 1946, apenas disipado el eco de la matanza del King David, e, incluso, amplían sus operaciones con atentados antibritánicos en la metrópoli o el extranjero. De hecho, el cénit de la revuelta judía se alcanzará entre enero y julio de 1947, cuando las redes de comunicaciones y las fuerzas inglesas son objeto de un asedio constante, mientras el Irgún lleva a cabo algunas de sus acciones más ruidosas: el 1 de marzo el atentado contra el Club de

Oficiales de Jerusalén; el 4 de mayo el asalto a la prisión-fortaleza de San Juan de Acre; el 30 de julio la muerte en la horca de dos sargentos británicos previamente secuestrados, como represalia por la ejecución de tres militantes hebreos… La Agencia Judía se declara avergonzada por este último asesinato y, en general, abomina de los «crímenes sin límites de los terroristas», que «ponen en peligro nuestra lucha política», al mismo tiempo que la Haganá actúa discontinuamente para sofocar a los grupos radicales. Pero, visto *a posteriori*, es innegable que la presión armada de tales grupos contribuyó en algún grado a convencer a Londres de que era *time to go* («hora de marcharse»); cuando el Mandato finalizó, en mayo de 1948, los británicos habían sufrido 338 bajas mortales en los tres últimos años de su presencia en Palestina.[13]

Como ya hemos dicho, es a raíz de la voladura del hotel King David cuando las milicias «oficiales» de la comunidad judía se desmarcan del terrorismo y otorgan prioridad absoluta a la inmigración ilegal. Esta, sin embargo, constituía para el sionismo un importante foco de actividad clandestina desde el mismo día de la victoria en Europa, el 8 de mayo de 1945, y ello por diversos motivos. Por un lado, están el trauma y la difusa mala conciencia de un *yishuv* que se reprocha no haber hecho bastante para auxiliar a las víctimas del Holocausto, y que ahora intenta compensarlo rescatando a los supervivientes para instalarlos en la seguridad de una nueva y verdadera patria.[14] Está, por descontado, la dimensión política del tema: unir el futuro de los náufragos judíos de Europa con Palestina equivale a fortalecer el proyecto sionista, moralmente mientras aquellos náufragos sean todavía personas desplazadas retenidas en el Viejo Continente, demográficamente si se logra hacerlos entrar en Tierra Santa; las consideraciones estrictamente humanitarias no son las más importantes, según admite Ben-Gurion a finales de 1945, con característica crudeza: «El sionismo no tiene como misión salvar a los judíos de Europa, sino salvar Palestina para el pueblo judío».[15] En especial, la serie de barcos de fortuna rebosantes de refugiados que tratan de llegar sin permiso hasta las playas palestinas, su desigual batalla contra la Royal Navy, los asaltos de los marines contra mujeres y niños, los muertos y los heridos, las deportaciones y las huelgas de hambre de los ilegales… constituyen entre 1945 y 1948 la gran palestra propagandística y mediática donde el sionismo se enfrenta a Gran Bretaña, y donde esta será clamorosamente derrotada.

Así pues, la labor sistemática para burlar el bloqueo migratorio inglés había comenzado apenas finalizadas las hostilidades, primero, en Italia gracias a la actuación de los efectivos de la Brigada Judía; luego, en Francia, Grecia, Rumania y otros países gracias al despliegue de una densa red de agentes del Mossad le’aliya bet. Las habilidades de estos hombres y mujeres se vieron favorecidas por una serie de circunstancias: el generoso apoyo financiero que aportaba la organización filantrópica American Jewish Joint Distribution Committee; la permeabilidad de las fronteras y la confusión de jurisdicciones y autoridades en una Europa medio ocupada por la que circulaban contingentes militares de todo tipo y millones de desplazados y fugitivos de todas las procedencias; el clima de compasión hacia los judíos que nacía del sentimiento de culpa de Occidente ante el Holocausto; la simpatía generalizada de las izquierdas europeas (políticas, periodísticas, culturales…) nutridas por exresistentes, que veían en la lucha por un Estado judío la prolongación natural de su combate antifascista, y, también, un importante tejido de complicidades judías en los más altos círculos gubernamentales de la Europa de posguerra: los socialistas franceses Léon Blum y Jules Moch, la comunista rumana Anna Pauker, el comunista yugoslavo Moshé Pijade, etc.

Al amparo de todos estos factores, la «Agencia para la inmigración paralela» hace zarpar de diversos puertos del Mediterráneo y del Atlántico decenas de buques de variado tonelaje y heterogénea procedencia, a menudo rebautizados con nombres de resonancias sionistas: el *Smirni* (después, *Max Nordau*), el *Guardian* (después, *Theodor Herzl*), el *Paducah* (después, *Redención*), el *Balboa* (después, *Haganá*), el *Fede* (después, *Arba Heruyot* o *Cuatro Libertades*), el *Northlands* (después, *Estado Judío*), el *Ariana* (después, *Palmach*), el *San Demetrio* (después, *Latrun*), el *Wedgewood*, el *Athena*, el *Pan York* (después, *Reunión de los exiliados*), el *Pan Crescent* (después, *Independencia*)… En principio, el propósito es introducir la carga humana de estas naves en Palestina, ya sea gracias al desembarco clandestino en una playa, ya sea previa captura y detención por parte de las autoridades británicas. Pero en agosto de 1946 estas reaccionan con un incremento de la vigilancia naval que hace las costas palestinas prácticamente inabordables y, además, resuelven que los nuevos inmigrantes ilegales serán recluidos en campos de internamiento en la isla de Chipre. A partir de entonces, el Mossad le'aliya bet cambia la perspectiva de sus operaciones: ahora, ya no se trata de intentar engrosar la demografía del *yishuv*, sino de convertir a los refugiados en útiles de propaganda, y hacer de cada travesía un acontecimiento mediático que permita «mostrar al mundo la ignominia del *Libro Blanco*».[16]

La nueva táctica de explotar el drama de los refugiados como arma en la contienda político-diplomática a favor del Estado judío culminará durante el verano de 1947 con el celebérrimo caso del *Exodus*.[17] El *President Warfield*, un vetusto transbordador norteamericano rebautizado como *Exodus 1947*, zarpa del puerto francés de Sète el 11 de julio con 4.500 prófugos a bordo; violentamente capturado por la marina británica una semana después, sus pasajeros tocarán tierra en Haifa solo para ser transbordados a tres buques-prisión ingleses que los llevan de vuelta a Francia, a Port-de-Bouc, cerca de Marsella. Ante su negativa a desembarcar —aderezada con diversas huelgas de hambre— y el rechazo de París a obligarlos, Londres no tiene más remedio que prolongar la siniestra travesía hasta Hamburgo, en la zona de ocupación británica de Alemania, desde donde los refugiados son recluidos manu militari en dos campos cerca de Lübeck, a partir del 9 de septiembre. En el diario del partido socialista francés, Léon Blum escribe: «La conciencia universal […] solo es sensible a las consideraciones de equidad y de piedad. Solo ve una cosa: un miserable puñado de judíos, últimos supervivientes de los exterminios hitlerianos, a quienes la victoria no ha liberado de los campos de concentración alemanes y a quienes se niega por la fuerza el único refugio al que pueden naturalmente aspirar: la tierra de Palestina, que sus hermanos han puesto en cultivo. Este espectáculo tiene algo de desgarrador, de insostenible, de intolerable».[18] Para el movimiento sionista, toda la peripecia, y en especial su desenlace, representa un formidable éxito de imagen.

Desde septiembre de 1947, la inmigración clandestina pierde empuje, y ello por diferentes motivos: la dureza de las contramedidas británicas; las impresiones cada vez más optimistas que llegan de la ONU, y, en relación con estas, la eclosión de una nueva prioridad, la autodefensa armada del *yishuv* frente a los árabes. En mayo de 1948, y después de tres años de actividad posbélica, la *aliá* secreta había fletado 65 barcos y acercado a Palestina a entre 70.000 y 80.000 ilegales, de los que solo unos 3.000 consiguieron burlar el bloqueo inglés.[19] Pero la importancia simbólica de la empresa supera con mucho su balance cuantitativo. Epopeya fundacional del Estado de Israel; mito unificador entre el *yishuv* y los refugiados; fuente de inspiración para poetas, escritores y cineastas, este contrabando humano que el sionismo supo dirigir y poner en

escena con enorme habilidad contribuyó más que ninguna otra cosa a deslegitimar la política británica hacia Palestina y fue durante el crucial trienio 1945-1948, una baza decisiva en la batalla por la opinión mundial.

Será preciso, ahora, retroceder un poco en el desarrollo político del contencioso palestino, hasta junio de 1946, cuando Washington acepta a desgana la idea de Londres de formar un comité de expertos que precise cómo deben aplicarse las recomendaciones formuladas poco antes por la comisión de encuesta anglo-americana. Las propuestas de los expertos, conocidas bajo el nombre de plan Morrison-Grady y divulgadas a finales de julio, consisten en dividir Palestina en una provincia árabe (40% de la superficie), una provincia judía (17% del país) y unos distritos (Jerusalén-Belén y el Negev, 43% del total) bajo administración británica directa; las provincias gozarían de una autonomía interna muy gradual y tutelada, los judíos podrían acoger de inmediato a los 100.000 refugiados que la Casa Blanca reclama y ambas comunidades deberían determinar en el futuro si prefieren acceder a la independencia dentro de un Estado federal o bien en dos Estados separados.[20] El plan es bien acogido por el gobierno Attlee —que ve en él un modo de prolongar la estratégica presencia británica en el flanco del canal de Suez—, pero la administración Truman se desmarca inmediatamente, mientras el esbozo de partición que conlleva pone a los árabes en contra. ¿Y los sionistas?

Reunido en París en agosto de 1946 a causa de la represión británica, el Ejecutivo de la Agencia Judía hace, con el consentimiento de Ben-Gurion, un importante ejercicio de realismo: el plan Morrison-Grady es rechazado, sí, pero también se revoca discretamente el programa maximalista de Biltmore (un Estado judío sobre toda Palestina…) en favor de una partición viable, de un Estado sobre una porción «apropiada» de Tierra Santa (tal vez lo previsto en el plan Peel de 1937 más el Negev…), con inmediata libertad de inmigración hacia el territorio hebreo, y una transición corta hacia la independencia.[21] Así, la gran mayoría de los nacionalistas judíos se desplazan desde el «o todo, o nada» hasta el «lo que se pueda»; en cambio, no se observa en el campo nacionalista árabe presidido de nuevo por el muftí al-Husseini ninguna evolución de este tipo.

A pesar de la actitud refractaria tanto de las dos partes en disputa en Palestina como del aliado americano, el gabinete británico se aferra al plan Morrison-Grady y hace de él la base de discusión de otra conferencia judeoárabe a celebrar en Londres. Sin embargo, ni el Alto Ejecutivo o Alto Comité Árabe —la denominación fluctúa en estos meses— dominado por los Husseini, ni la Agencia Judía, ni ninguna otra representación arabopalestina o hebrea aceptan acudir, de modo que la conferencia de Lancaster House solo reúne, del 9 de septiembre al 2 de octubre, a los delegados de los Estados árabes, y estos se muestran inflexibles en sus demandas: fin de la inmigración e independencia inmediata de un Estado árabe unitario, dentro del cual los judíos serían reconocidos como una comunidad religiosa, como un grupo confesional a la libanesa… Si dicha postura ya resulta poco ajustada a la correlación de fuerzas sobre el terreno y al estado de la opinión mundial, el muftí todavía la desautoriza y anuncia desde El Cairo que la Palestina árabe solo reconocerá como ciudadanos a los judíos llegados antes de 1917 y a sus descendientes.[22] Entre tanto, el pragmatismo y la capacidad de *lobbying* de la dirección sionista comienzan a dar sus frutos: el 4 de octubre, apenas suspendida la conferencia londinense, el

presidente Truman insinúa en una declaración formal el apoyo de Estados Unidos a la fórmula de la partición y, por tanto, tácitamente, a la idea de un Estado judío. Las urgencias electorales demócratas se han impuesto sobre los intereses diplomáticos, estratégicos y petroleros.

Fuertes a raíz del gesto de Washington, los dirigentes más «activistas» del sionismo (Ben-Gurion, el rabino norteamericano Abba Hillel Silver…) plantean el Vigésimo Segundo Congreso Sionista, reunido en Basilea en diciembre de 1946, como una batalla contra los «moderados» (Nahum Goldmann y, sobre todo, Haim Weizmann), contra aquellos que han condenado de raíz la lucha armada, que todavía quieren tomar en consideración la autonomía provincial del plan Morrison-Grady y que aconsejan acudir a la segunda fase de la conferencia de Lancaster House. El veterano Weizmann, demasiado identificado con la política conciliadora y filobritánica ahora en crisis total, es objeto de duras descalificaciones —él hablará del «fango del Congreso de Basilea»—[23] que impiden su reelección si bien, en un gesto de reconocimiento a sus servicios, la presidencia de la OSM permanecerá vacante hasta 1956. Ben-Gurion, en cambio, no solo consigue la ratificación al frente del Ejecutivo de la Agencia Judía, sino también en el liderazgo de todo el movimiento, y el congreso acuerda no negociar con los ingleses otra cosa que el plan de partición.[24]

La reanudación de la conferencia de Londres tiene lugar el 27 de enero de 1947 en presencia de los Estados de la Liga Árabe y de una delegación del Alto Comité palestino presidida por Jamal al-Husseini, primo del muftí; los sionistas, oficialmente ausentes, mantienen un contacto paralelo con el gobierno británico. Este presenta el plan Bevin (una variante del Morrison-Grady con cantones semiautónomos sin continuidad territorial y un margen de cinco años antes de determinar el futuro del país), que no recoge ningún apoyo ni evita el encastillamiento de las posiciones: los árabes rechazan por completo cualquier reparto, y los judíos solo quieren hablar de partición y de soberanía propia.

Gran Bretaña, pues, se halla atrapada en un conflicto entre aspiraciones irreconciliables; un conflicto que absorbe el 10% de su ejército (casi 100.000 soldados) y de 30 a 40 millones de libras al año en un tiempo de penuria, que obliga a sus representantes en Palestina a vivir recluidos dentro de zonas fortificadas —el humor judío las denomina *Bevingrads*— y a evacuar para casa a mujeres y a niños; un conflicto que causa estragos en la imagen internacional de Inglaterra y perturba las relaciones con el aliado y padrino norteamericano. Para la gran potencia venida a menos y a punto de abandonar el Imperio de las Indias, ¿qué sentido tiene «sostener una guerra con los judíos para dar Palestina a los árabes a costa del oprobio del mundo»?[25] Una vez certificada la imposibilidad del compromiso, el 14 de febrero, el titular del Foreign Office pone fin a la conferencia de Lancaster House y, cuatro días más tarde, anuncia en la Cámara de los Comunes el acuerdo gubernamental de remitir el pleito palestino al arbitraje de la ONU: «Hemos decidido pedir a las Naciones Unidas que preconicen un arreglo», explica Bevin, «por nuestra parte, nosotros no propugnaremos ninguna solución concreta».[26]

La «cuestión de Palestina» en la arena internacional

Acogida con optimismo por los árabes y con aprensión por los sionistas, contemplada por el Foreign Office y el War Office británicos con la secreta esperanza de que aún les permita mantener alguna presencia política y militar en Tierra Santa, la entrada en escena de la ONU se formaliza —tras los meandros procedimentales inevitables en el novel organismo— con la reunión, a partir del 28 de abril de 1947, de una Asamblea General extraordinaria que, sin entrar en el fondo del asunto, discute la composición y las competencias de una comisión encargada de estudiar el pleito palestino y proponer soluciones. Los Estados árabes intentan sin éxito obtener un compromiso inmediato con la independencia de Palestina, y la URSS defiende que la comisión incluya a los miembros permanentes del Consejo de Seguridad, pero Washington prefiere no involucrar directamente a los «cinco grandes», y, al fin, son once «pequeñas potencias» las que integran la UNSCOP (United Nations Special Committee on Palestine): Australia y Canadá, representando a la Commonwealth; Suecia y los Países Bajos, por la Europa occidental; Checoslovaquia y Yugoslavia por la Europa del Este; India e Irán, por Asia y el mundo islámico; Uruguay, Perú y Guatemala, por la América Latina y el mundo católico. Los amplios poderes de la comisión han de permitirle «averiguar y registrar los hechos, e investigar todos los puntos y cuestiones relativos al problema de Palestina», tanto en el territorio disputado como en cualquier otro lugar del mundo, y ello hasta el 1 de septiembre siguiente, fecha en la que deberá presentar sus conclusiones al secretario general de la ONU. El 15 de mayo, 45 países votan a favor, y 7 (Egipto, Iraq, Líbano, Arabia Saudí y Siria, más Turquía y Afganistán) lo hacen en contra.[27]

En esta primera aproximación de las Naciones Unidas al avispero palestino, la gran sorpresa fue el posicionamiento de la delegación soviética; la contundencia con la que, el 14 de mayo, el viceministro de Exteriores Andrei Gromyko evocó los sufrimientos del «pueblo judío» bajo el nazifascismo, subrayando que «una enorme proporción de los judíos de Europa supervivientes a la guerra se han encontrado sin patria, sin cobijo y sin medios de subsistencia. Cientos de miles de judíos vagan a través de diferentes países europeos en busca de un asilo», y extrajo de todo ello unas conclusiones políticas de clara inspiración sionista: «El hecho de que ningún país de Europa Occidental haya estado en condiciones de defender los derechos elementales del pueblo judío o de protegerlo contra las violencias desatadas por los verdugos fascistas, esto explica la aspiración de los judíos a crear un Estado propio. Sería injusto no tenerlo en cuenta, y rehusar al pueblo judío el derecho a realizar tales aspiraciones. No se puede justificar la negación de este derecho al pueblo judío si se considera todo lo que ha sufrido en el curso de la Segunda Guerra Mundial».[28] Por más que el representante del Kremlin pedía todavía la formación de un Estado binacional árabe-judío y, solo si ello no era posible, de dos Estados, uno árabe y el otro judío, el discurso de Gromyko marcó un giro diplomático radical. ¿Cuáles fueron sus motivos?

La hostilidad doctrinal de los bolcheviques hacia el sionismo se remontaba a la Rusia prerrevolucionaria, si bien durante los primeros lustros del poder soviético, este toleró a ratos el nacionalismo judío y hasta quiso mimetizar sus planteamientos con proyectos de «productivización» y «territorialización» de los hebreos no en Palestina, sino en la URSS; es el caso de las colonias agrícolas en Ucrania o Crimea y, sobre todo, de la puesta en marcha en 1928 de un «Estado nacional judío y socialista» en el Extremo Oriente ruso, la Región Autónoma Judía o Birobidjan.[29] De todos modos, tales ensayos decayeron pronto, y la escalada de la represión estalinista a lo largo de los años treinta del siglo XX fue recuperando muchos elementos

de la inveterada judeofobia rusa, mientras las consignas de la Komintern tildaban al sionismo de movimiento pequeñoburgués y contrarrevolucionario, peón del imperialismo británico y enemigo de la Unión Soviética.[30]

Solo la invasión nazi de junio de 1941 transformó al sionismo de enemigo en aliado potencial. Durante los cuatro años siguientes, Stalin impulsó un Comité Antifascista Judío capaz de movilizar el apoyo material y moral de las comunidades judías del mundo libre al esfuerzo soviético contra la peste hitleriana; al mismo tiempo, Weizmann, Ben-Gurion, Goldmann y otros dirigentes sionistas cortejaban a los diplomáticos del Kremlin en Londres, Washington, México, Ankara o de paso por Jerusalén, y personalidades de izquierda del *yishuv* creaban en Palestina una plataforma de ayuda a la URSS en guerra, la Liga por la Victoria, que alcanzó a reunir a 20.000 adherentes. Sin embargo, la postura soviética de 1947 con respecto al litigio palestino no respondería a motivaciones ideológicas ni domésticas, sino pragmáticas y estratégicas.

La URSS sale de la Segunda Guerra Mundial convertida en una superpotencia de alcance y con intereses planetarios, pero sin una presencia importante ni una política definida en Oriente Próximo. Obligado —tras muchas vacilaciones— a establecer una, el Kremlin debe tomar en consideración diversos factores: unas sociedades árabes atrasadas y tradicionales, donde el comunismo no había penetrado, gobernadas por regímenes reaccionarios (la monarquía de Faruk en Egipto, la de Abd al-Aziz ibn Saud en Arabia, las de los hachemíes en Iraq y Transjordania…), infeudados, además, a la Gran Bretaña; un compromiso cada vez más enérgico de Estados Unidos con la «contención» (*containment*) del expansionismo soviético en los Balcanes y en el Cáucaso, según había puesto de relieve la formulación de la «doctrina Truman» el 12 de marzo de 1947, pocas semanas antes de que la ONU se hiciera cargo del tema palestino; y un *yishuv* violentamente enfrentado con el imperialismo británico y en el seno del cual abundan los individuos oriundos de Rusia, las ideas de matriz marxista, las prácticas económico-sociales colectivistas y —al calor de la victoria sobre el nazismo— los sentimientos filosoviéticos.

Ante este panorama, el cálculo que impulsa a Stalin a hacerse el abogado de la partición de Palestina se podría resumir así: en la más optimista de las hipótesis, el Estado judío resultante podría convertirse en una cuña neutralista, «progresista» en el sentido soviético, incluso socialista, una cabeza de puente de Moscú en Oriente Próximo; por lo menos, el fin del Mandato debilitará el despliegue británico en la región, acentuará las contradicciones interimperialistas entre Londres y Washington y, en el caso de una probable confrontación judeoárabe, puede empujar a la ONU a decretar una internacionalización de Tierra Santa que tal vez permita al Kremlin poner un pie en el país, quién sabe si desplegar tropas…; en el peor de los casos, la creación del Estado judío es susceptible de transformarse en un gran factor de desestabilización en el seno del mundo árabe, de espolear la hostilidad contra Inglaterra y Estados Unidos y, a medio o largo plazo, de favorecer la penetración soviética.

Es en virtud de tales razonamientos que el sionismo se transforma desde 1946-1947 en un «aliado objetivo» de la URSS, que los supervivientes judíos de Europa oriental no hallan ningún obstáculo para trasladarse hacia el oeste y engrosar la masa de aspirantes a la emigración rumbo a Palestina, que la diplomacia estalinista apuesta por las Naciones Unidas como árbitro y que Gromyko pronuncia su discurso de mayo de 1947.[31] Merece la pena subrayar que esta línea de conducta no tiene nada que ver con ninguna clase de filojudaísmo en la política soviética; al

contrario, desde 1945-1946, Stalin flirtea con el antisemitismo de Estado, espolea al NKVD a «erradicar el nacionalismo burgués judío» y, en enero de 1948, hace asesinar al presidente del Comité Antifascista Judío, el dramaturgo Solomon Mikhoels, antes de ahogar a todo el organismo en un baño de sangre.[32]

Una vez designados sus miembros titulares y suplentes —una heteróclita combinación de juristas, diplomáticos y políticos—, elegido un presidente —el juez sueco Emil Sandström— y establecido el plan de trabajo, a mediados de junio de 1947, la UNSCOP se traslada desde Nueva York hasta Palestina para comenzar las inspecciones y las audiencias públicas. La acogida de las dos comunidades enfrentadas es antitética: los arabopalestinos, que ven a la comisión como una especie de tribunal y le niegan cualquier jurisdicción sobre sus derechos nacionales, se sienten además víctimas de una conspiración planetaria —el alto comisario Cunningham habla de «paranoia»—,[33] de modo que el Alto Comité Árabe decreta el boicot a las tareas de la UNSCOP y recibe a los comisionados con una huelga general. Durante las cinco semanas siguientes, los partidarios del muftí prohíben a su comunidad cualquier colaboración o contacto político con los representantes de la ONU y rodean las visitas de estos a las zonas árabes de un ambiente hostil con pinceladas antisemitas. El resultado es claro: si, apenas llegados a Tierra Santa, algunos delegados internacionales ya calificaban a la dirección arabopalestina como «una jerarquía política regida por un excolaborador nazi», pocos días después opinan —en palabras del guatemalteco García Granados— «que la actitud intransigente del Alto Comité Árabe, su negativa a considerar la posibilidad de algún arbitrio de conciliación, iba a resultar un argumento convincente en favor de la partición».[34] «Los dirigentes palestinos —ha escrito un historiador antisionista israelí—, faltos de realismo, no supieron aprovechar la oportunidad histórica, no vieron que era preferible tomar parte, incluso menor, en el arreglo del conflicto, a rechazarlo todo en bloque.»[35]

Los sionistas, en cambio, ven la visita de la UNSCOP como la ocasión para decantar completamente la batalla de la opinión pública mundial, y extreman la actitud colaboradora y dialogante. No solo las instituciones representativas del *yishuv*, sino casi todas las tendencias políticas que existen en él se afanan por exponer sus tesis ante los comisionados, los cuales son objeto en las zonas y establecimientos judíos de cálidos recibimientos, con aclamaciones multitudinarias, vivas a las Naciones Unidas y cánticos de la Hatikvá. Por la Agencia Judía —que destina al joven diplomático Abba Eban como oficial de enlace cerca de la comisión e inunda a esta de informes y documentos— comparecen las principales figuras, desde el jubilado Haim Weizmann hasta Moshé Sharett, Eliezer Kaplan… y, por descontado, David Ben-Gurion, quien evoca el Holocausto y subraya la «disparidad» entre árabes y judíos —«los árabes tienen siete Estados, los judíos ninguno»—, pero se muestra optimista y conciliador acerca de la cooperación con los árabes…, después de que se haya establecido un Estado judío «sobre una parte significativa de Palestina». Además, los once escuchan también la voz del sionismo religioso, expresada por el rabino Fishman, y las de Shmuel Mikunis y Meir Vilner en nombre del Partido Comunista Palestino (que, en este caso, significa judío),[36] y las del veterano Yehudá Magnes y otros exponentes de la corriente pacifista y binacionalista. Por añadidura, miembros de la UNSCOP mantienen contactos informales con el clandestino Menahem Begin, líder del Irgún —intransigente en sus aspiraciones territoriales y escéptico sobre la eficacia de la comisión—, así como con oficiales de la Haganá. En conjunto, y al margen del contraste entre el boicot de

unos y la disponibilidad de los otros, la misión internacional se deja ganar por la modernidad del *yishuv* y sus éxitos agrícolas, por la dureza de la represión británica y los dramáticos avatares de los refugiados del *Exodus*, mientras que la lógica política y cultural de los árabes palestinos le resulta incomprensible.[37]

Finalizando su estancia en Tierra Santa sin haber conseguido ningún testimonio arabopalestino oficial, la UNSCOP cree necesario trasladarse al Líbano, donde, el 23 de julio, en la estación de montaña de Sofar, se entrevista con representantes de los Estados árabes excepto Transjordania. Estos han considerado suicida el rechazo de los al-Husseini a cualquier diálogo, pero la posición que exponen no puede ser más rígida ni contundente: tanto la declaración Balfour como todas sus consecuencias son ilegales. «Para los árabes —explica el emir sirio Adil Arslan—, el establecimiento de un Estado judío en Palestina es un problema de dignidad nacional. Jamás podremos permitirlo»; la inmigración judía debe concluir, y ninguno de los que llegaron después de 1917 tiene garantizados sus derechos bajo el gobierno árabe de la futura Palestina independiente… En un momento dado, el delegado checoslovaco, Karel Lisicky, toma la palabra: «¿Cuál es el tipo de compromiso político que puede alcanzarse, a criterio de los Estados árabes? He estado escuchando sus reclamaciones, y me parece que solo estarían dispuestos a aceptar una transacción de esta clase: pedimos el 100%, y que los otros se queden con el resto…».[38]

Antes de abandonar Oriente Próximo, una parte de la comisión se traslada a Ammán, donde el ahora rey Abdullah suscribe el rechazo a la partición, pero lo envuelve con mensajes ambiguos y evasivos; en realidad, hace un año que el monarca hachemí mantiene contactos secretos con la Agencia Judía y ha hecho saber a los sionistas su buena disposición hacia un reparto de Palestina…, siempre que la parte árabe del país pase a engrosar su escuálido reino.[39] A finales del mes de julio, la UNSCOP instala su cuartel general en el Palacio de las Naciones de Ginebra, desde donde una subcomisión visita a primeros de agosto «los lugares de la miseria y la esperanza»,[40] es decir, diversos campos de personas desplazadas en Baviera, Viena, Berlín y la Baja Sajonia; los refugiados judíos les expresan su anhelo de emigrar a Palestina, un anhelo quizá espoleado por emisarios sionistas, pero explicable sobre todo por la falta de destinos alternativos.

El trabajo conclusivo de los miembros de la UNSCOP de cara a elaborar sus «recomendaciones para el gobierno futuro de Palestina» comienza en Ginebra el 17 de agosto de 1947 y termina cerca de la medianoche del 31 de agosto, en el límite del plazo fijado. Los comisionados son unánimes en prescribir la finalización de un Mandato británico que se ha tornado impracticable y, por tanto, la independencia de Palestina tras un período de transición. Sobre esta base común, la comisión se bifurca en dos propuestas que difieren por una cuestión de grado. La mayoría formada por Canadá, Guatemala, Países Bajos, Perú, Suecia, Checoslovaquia y Uruguay propone la división del territorio entre dos Estados —árabe y judío— con un régimen internacional de tutela sobre la ciudad de Jerusalén; una unión económica, monetaria y aduanera englobará a las tres entidades, y Gran Bretaña será la encargada de pilotar la transición durante un período máximo de dos años. Por su parte, India, Irán y Yugoslavia —países de población total o parcialmente musulmana— defienden una Palestina federal y binacional articulada en un Estado federado árabe y uno judío, con Jerusalén como capital común y sin libertad de inmigración. Australia prefiere no inclinarse por ninguno de los dos proyectos.[41]

La propuesta particionista, sujeta a las realidades demográficas y económicas sobre el terreno, dibuja dos Estados ni compactos ni homogéneos, sino troceados cada uno en tres porciones apenas unidas y, en cuanto al Estado judío, con un 50% de árabes entre su población inicial. Sin embargo, en septiembre de 1947 nadie parece prestar demasiada atención a los «detalles». En el campo sionista, la Agencia Judía muestra una vez más su sentido del compromiso y el conocimiento que tiene de la sociedad internacional: rechaza el plan federal de la minoría y describe la partición como «un sacrificio muy costoso», pero lo acepta con alegría contenida y moviliza todas sus energías a fin de que la ONU lo apruebe; solo el Irgún y el Lehi claman contra «la amputación» de *Eretz Israel*.

En cuanto al Alto Comité Árabe, este tilda de «absurdos, impracticables, injustos» tanto el reparto como la federación, que para el organismo de los Husseini es «un plan de partición disfrazado»;[42] los Estados árabes abominan del reparto sin dar tampoco por buena la propuesta federal —lo que limitará mucho su margen de maniobra en las Naciones Unidas— y amenazan con la guerra para defender la Palestina árabe. En este campo hace ya bastantes meses que parece haberse impuesto cierto fatalismo de la fuerza; la idea de que, perdedores en el laberinto político-diplomático, los árabes solo pueden hacer valer sus derechos con las armas en la mano, que es como se dirimen los pleitos históricos y se decide el destino de las naciones.[43] La peor noticia, no obstante, es la reacción de Londres: tras haber concluido que el plan de la mayoría es injusto para los árabes y que el de la minoría es inaplicable, el gabinete británico anuncia el 20 de septiembre que no cooperará en la aplicación de ninguna fórmula no consensuada entre ambas partes y, por tanto, que prepara una retirada unilateral de Palestina a fecha fija.

De regreso a Nueva York, el expediente palestino es confiado por el secretario general de la ONU, Trygve Lie, a una comisión *ad hoc* de todos los Estados miembros que, desde el 25 de septiembre, estudia las conclusiones de la UNSCOP, escucha de nuevo a las partes interesadas, reexamina el plan de partición e incluso contempla una propuesta de cantonalización planteada a última hora por iraquíes y saudíes. Mientras tanto, el bando árabe despliega iniciativas dilatorias (remitir el tema al Tribunal de La Haya…), pero sobre todo gestos de intimidación: amenazas de «ruptura total» con aquellos países que voten por el reparto; maniobras del ejército sirio cerca de la frontera palestina; creación de un comité militar de la Liga Árabe; arengas guerreras del muftí Haj Amin al-Husseini o de Fawzi al-Qawuqji, el antiguo cabecilla de la revuelta de 1936. Hay que hacer notar que tales movimientos se hacen en orden disperso, en medio de la sorda hostilidad entre el muftí y los gobernantes de Damasco, El Cairo o Bagdad y mientras Abdullah de Transjordania recibe (el 17 de noviembre) por primera vez en secreto a Golda Meir, a quien transmite su compromiso de no combatir a los sionistas a cambio de anexionarse la parte árabe de Palestina.[44]

En cuanto a las grandes potencias, en Washington persiste la dualidad entre el presidente Truman, favorable a la partición, y el ejército y la diplomacia, más bien hostiles; en el seno de la comisión *ad hoc*, Estados Unidos se muestra cauto, obsesionado por no dar pretexto a una intromisión de la URSS en Oriente Próximo, y a la postre prudentemente particionista. Mucho más categórica y contundente es la posición de Moscú: desde el 13 de octubre, los representantes soviéticos en la ONU vuelven a hacer suya la reivindicación sionista —«cada pueblo, incluido el pueblo judío, tiene derecho a exigir que su destino no dependa de la caridad o de la buena voluntad de este o de aquel Estado»—, y no solo aseguran el apoyo del Kremlin al plan de

partición, sino que inician un intenso trabajo en común con los representantes de la Agencia Judía en Nueva York de cara a urgir la retirada británica y el rápido acceso de los dos Estados palestinos a la independencia.[45] Es bastante probable que, sin este padrinazgo soviético —tanto o más importante que el norteamericano—, el Estado de Israel no hubiese llegado a nacer; por lo menos, no hubiera tenido como comadrona a Naciones Unidas.

Esta, y en concreto el comité *ad hoc*, llega el 25 de noviembre, tras dos meses justos de reuniones y debates, a aprobar por mayoría simple (25 votos contra 13, y 17 abstenciones) una versión corregida del plan de partición que habían propuesto siete de los miembros de la UNSCOP; a fin de disminuir la población árabe del futuro Estado judío, este se ve privado de la ciudad de Jaffa, de la región de Bersheva y de algunos sectores de Galilea, aun cuando conserva la mayor parte del Negev, dos tercios de la llanura litoral y la Galilea oriental; así, el proyecto definitivo atribuye a los hebreos 14.100 kilómetros cuadrados, el 54% de un territorio que tiene 27.027 (704 de aguas interiores), otorga a los árabes 11.500 kilómetros y prevé convertir Jerusalén y Belén en un *corpus separatum*, un enclave de unos 700 kilómetros cuadrados bajo administración internacional; se acuerda, también, anticipar el fin del Mandato británico hasta agosto de 1948 y reducir, de este modo, el peligroso período transitorio.[46]

Pero, antes de que este proyecto de resolución sea válido y vinculante, la Asamblea General de las Naciones Unidas debe aprobarlo por una mayoría cualificada, de dos tercios. Desde el 25 de noviembre, pues, se desata en Nueva York un torneo frenético de maniobras procedimentales y una febril cacería de votos indecisos en el curso de la cual se emplean todas las armas, desde la presión política sobre los gobiernos hasta el soborno de los delegados. En estos días cruciales, la oficiosa diplomacia sionista cuenta con el apoyo soviético y, después de muchas vacilaciones, con la intercesión de Estados Unidos cerca de sus países-clientes; a todo ello, la Agencia Judía le suma la simpatía espontánea de algunos embajadores latinoamericanos y su propia capacidad de *lobbying* que, por ejemplo, decantará la posición de Francia en el último momento.[47] Si los sionistas tienen que actuar entre bastidores, los árabes disponen en la ONU de seis pupitres propios, y otros cinco de Estados musulmanes que les apoyan incondicionalmente, pero se ven perjudicados por la incompetencia diplomática de sus representantes, por la displicencia que han adoptado ante la intervención de Naciones Unidas, por las disensiones internas y por la inflexibilidad de su postura.

Finalmente, el sábado 29 de noviembre de 1947 por la tarde, en su sede provisional del edificio Flushing Meadows, en Lake Success —a las afueras de Nueva York—, la Asamblea General procede a votar el plan de partición de Palestina. Después de que los delegados norteamericano y soviético hayan desbaratado los últimos intentos dilatorios arabomusulmanes, los 56 Estados presentes se pronuncian de la forma siguiente: 33 a favor (Australia, Bélgica, Bolivia, Brasil, Bielorrusia, Canadá, Costa Rica, Checoslovaquia, Dinamarca, República Dominicana, Ecuador, Francia, Guatemala, Haití, Islandia, Liberia, Luxemburgo, Países Bajos, Nueva Zelanda, Nicaragua, Noruega, Panamá, Paraguay, Perú, Filipinas, Polonia, Suecia, Ucrania, Unión Sudafricana, Unión Soviética, Estados Unidos, Uruguay y Venezuela), 13 en contra (Afganistán, Cuba, Egipto, Grecia, India, Irán, Iraq, Líbano, Pakistán, Arabia Saudí, Siria, Turquía y Yemen) y 10 abstenciones (Argentina, Chile, China, Colombia, El Salvador, Etiopía, Honduras, México, Gran Bretaña y Yugoslavia); a causa de un golpe de Estado, Siam no participa en la votación. Habiendo obtenido la mayoría reglamentaria, la Resolución 181 queda

aprobada: «La suprema autoridad de la humanidad civilizada —anota uno de los gentiles que más ha trabajado para conseguirlo— había creado legalmente el Estado judío y el Estado árabe».[48]

Nueve mil kilómetros al este de Nueva York, el *yishuv* se había movilizado para seguir colectivamente la votación a través de receptores de radio y altavoces en las calles de ciudades y kibutz, aclamando cada voto favorable a la partición y abucheando a los países contrarios o abstencionistas. Cuando, ya de madrugada, el presidente de la Asamblea General, el embajador brasileño, Oswaldo Aranha, anuncia el resultado final, entre los judíos de Palestina la alegría contenida estalla hasta el delirio, mientras David Ben-Gurion escribe en su diario: «Esta noche, la multitud bailaba por las calles, pero yo no podía bailar. Sabía que la guerra era inminente, y que perderíamos en ella a la flor de nuestra juventud». Muy cerca, en las zonas árabes, reinan la desolación y la cólera ante el veredicto «vergonzoso» de la ONU, así como la resuelta voluntad de no aceptarlo; *Al Wahda*, el diario de los Husseini, proclama: «Aquello que en Lake Success han escrito en negro, en Palestina lo borraremos en rojo».[49]

GUERRA, INDEPENDENCIA Y ANEXIÓN

Lejos de constituir, como se ha dado a entender a menudo, el punto de partida irreversible y diáfano, la garantía efectiva e irrevocable del nacimiento del Estado de Israel, la Resolución 181 de la Asamblea General de la ONU otorga a las aspiraciones sionistas un aval jurídico y una legitimación moral de enorme valor, sin duda, pero no asegura de ninguna manera su realización. Es preciso recordar que las Naciones Unidas no disponen en aquel momento de una fuerza armada capaz de velar por el cumplimiento de sus propias decisiones; que Estados Unidos rehúsa —y seguirá rehusando— el envío a Palestina de tropas internacionales, por miedo a que estas incluyan contingentes del Ejército Rojo o de cualquiera de sus satélites, y que la única potencia desplegada sobre el terreno, Gran Bretaña, ya ha anunciado su no-colaboración en el cumplimiento del voto neoyorquino, una actitud que pronto degenerará en abandono de responsabilidades cuando no en boicot flagrante. Si a todo ello le añadimos la reacción de los Estados árabes, que desde el mismo 29 de noviembre se han desentendido de una resolución tildada de «ilegal» e «injusta» advirtiendo que aplicarla desatará la guerra, y la retórica bélica de los portavoces arabopalestinos, deberemos convenir que, al día siguiente de la victoria diplomática sionista en la ONU, el porvenir de Tierra Santa permanece aún muy oscuro y problemático, tanto desde el punto de vista político como militar.

De todos estos factores adversos a la partición, el primero en concretarse es el desencadenamiento de la violencia que, iniciado de forma espontánea el 30 de noviembre con la muerte de siete judíos, y dos días después con una huelga general a instancias del Alto Comité Árabe, suscita muy pronto las represalias indiscriminadas del Lehi y del Irgún, y adquiere en pocas semanas las características de una verdadera guerra civil. Civil en el doble sentido de que no participa en ella ningún ejército regular —la conducta de las tropas británicas en fase de repliegue es de una inhibición casi absoluta— y de que se enfrentan dos comunidades todavía integradas dentro de una misma entidad político-territorial, la Palestina mandataria. Con todo, la entrada en combate —desde enero de 1948— de algunos miles de voluntarios venidos de Siria y

de Iraq en las filas del denominado Ejército de Liberación Árabe —o Ejército de Socorro— que manda el veterano Fawzi al-Qawuqji bajo los auspicios de la Liga Árabe es un signo anunciador de la rápida arabización o regionalización del conflicto palestino, de la implicación inminente que tendrán en él los Estados de la zona. Otra señal en el mismo sentido son las sangrientas agresiones que sufren las comunidades judías de Damasco, Alepo, Beirut, Adén o Bagdad, con un balance de decenas de muertos y un efecto devastador sobre la desigual y segregada, pero milenaria convivencia árabe-judía en Oriente Próximo.

En los doce días que siguen a la votación de las Naciones Unidas, 79 judíos y 32 árabes han muerto como consecuencia de la espiral de ataques y contraataques entre ambos bandos; a 31 de diciembre de 1947, el balance asciende ya a unos 450 muertos, y los enfrentamientos se han generalizado por todo el país, especialmente en las áreas urbanas de población mixta (Jerusalén, Tel Aviv-Jaffa, Haifa), bajo la forma de acciones de guerrilla y con armamento ligero (fusiles, ametralladoras, granadas, morteros de pequeño calibre…), el único de que disponen tanto árabes como judíos.[50] Entre tanto, el gobierno británico hace saber, a través del ministro de Colonias Arthur Creech-Jones, que su mandato sobre Palestina finalizará a las cero horas del 15 de mayo de 1948, pero rehúsa facilitar en nada la preparación del «día después» y, pensando aún en congraciarse a gobiernos y opiniones árabes, se niega a autorizar la entrada en el país del United Nations Palestine Comitee (UNPC), la nueva comisión compuesta por Bolivia, Checoslovaquia, Dinamarca, Panamá y Filipinas y encargada por la ONU de pilotar la transición hacia los dos Estados palestinos.[51] Sobre el terreno, las tropas de Su Majestad cierran los ojos ante la llegada de armas y de milicianos desde los países vecinos, se interponen de manera esporádica y aleatoria en algunos enfrentamientos y, a la hora de evacuar un distrito o entregar un cuartel, se dejan llevar a menudo por la inclinación filoárabe de muchos de los oficiales. Sin embargo, y desde febrero de 1948, la diplomacia inglesa empieza a considerar la partición inevitable, y a buscarle un atenuante en la anexión de la Palestina árabe —si pudiera ser, con el Negev— por parte del fiel rey Abdullah. Puesto que quien gobierna de hecho en Ammán es el embajador británico, sir Alec Kirkbride, y quien manda el ejército transjordano (la Legión Árabe) es el general inglés sir John Bagot Glubb, la apuesta de Londres resulta bien comprensible. Durante los cuatro primeros meses (de diciembre a marzo) dentro de la fase intercomunitaria de la guerra, la Haganá mantiene una estrategia defensiva, en tanto que la iniciativa corresponde a las diversas milicias árabes (los voluntarios de al-Qawuqji, el Ejército de la Guerra Santa o al Yihad al-Muqaddas a las órdenes del muftí, los grupos armados de ámbito local o regional…) favorecidas por una demografía que dobla a la de los judíos, y también por la geografía: en general, los árabes ocupan las colinas y las montañas, mientras que los hebreos habitan en los valles y en la llanura litoral y, además, poseen muchos asentamientos aislados, 33 de los cuales en zonas que el plan de partición atribuye al Estado árabe. A lo largo de este cuatrimestre, los combatientes árabes se aplican con éxito a cortar o fragilizar las vías de comunicación, sin duda el punto más vulnerable del *yishuv*; la «batalla de las carreteras», las emboscadas contra los convoyes que intentan enlazar los diversos núcleos de población judía harán perder a la Haganá y al Palmach cientos de efectivos y muchos de sus vehículos blindados artesanalmente.

Sin capacidad para asaltar y conquistar las aglomeraciones hebreas, los irregulares árabes intentan, pues, estrangularlas; es el caso, sobre todo, de los 100.000 habitantes judíos de Jerusalén, a los cuales la eficaz actividad guerrillera que dirige Abdelqader al-Hussein —primo

del muftí— condena al racionamiento y a la sed desde mediados de enero, debido a la casi imposibilidad de recibir provisiones desde la región de Tel Aviv. A finales de marzo, la situación material y moral de los asediados en la Ciudad Santa es muy delicada, y también corren serio peligro diversos asentamientos periféricos o rodeados de territorio hostil —los de Gush Etzion, entre Jerusalén y Hebrón; los del Negev; los del extremo norte de Galilea…— que la determinación de Ben-Gurion prohíbe evacuar. Por descontado, a las hostilidades en campo abierto se añaden actos de terrorismo urbano desde ambos bandos, represalias y atrocidades recíprocas contra civiles o prisioneros, que tal vez pretenden minar la moral del adversario, pero no alteran la situación militar. Esta, cuando finaliza el mes de marzo de 1948, parece confirmar los augurios iniciales del Estado Mayor imperial británico —«a largo plazo, los judíos no podrán aguantar el tipo… y serán expulsados de Palestina, si no es que aceptan un compromiso»—[52] y proyecta, incluso entre los responsables de la Haganá, la sombra de una derrota generalizada. Es quizá más la crisis de confianza que la situación bélica real la que ha hecho bautizar este período como «el nadir del *yishuv*».[53]

Bajo el impacto de las sangrientas noticias que le llegan de Palestina —a 31 de marzo, el recuento de muertos llegará a 2.000, con 4.000 heridos— y de su capacidad desestabilizadora de la región, el consenso internacional mayoritario a favor de la partición se resquebraja, y la diplomacia norteamericana esboza un giro que puede ser desastroso para el sionismo. En Washington, donde el Departamento de Estado no ha bendecido nunca la Resolución 181 y ha embargado desde diciembre de 1947 la venta de armas a Palestina; donde el Pentágono no quiere ni oír hablar de un envío de tropas a Tierra Santa, la presión de los intereses petroleros se intensifica tanto en la vertiente económica como militar, mientras las paranoias de la Guerra Fría llevan a la flamante CIA a sospechar del Mapai de Ben-Gurion veleidades filosoviéticas. En virtud de todos estos factores, el 19 de marzo de 1948, el delegado norteamericano Warren Austin expresa ante el Consejo de Seguridad la opinión de su gobierno en el sentido de que, siendo inaplicable por medios pacíficos, la partición debería ser suspendida, y Palestina puesta bajo la autoridad de un régimen de tutela internacional supervisado por las Naciones Unidas, durante tanto tiempo como árabes y judíos tarden en ponerse de acuerdo… Harry Truman, preocupado por la difícil elección presidencial de aquel noviembre, lanza cortinas de humo para enmascarar el alcance de la propuesta de tutela, pero no desautoriza a sus diplomáticos.[54]

En la ONU, la oposición más enérgica al cambio de rumbo de Estados Unidos proviene de la delegación soviética: «El único medio de reducir el baño de sangre es la creación rápida y efectiva de dos Estados en Palestina», replica el 23 de marzo A. Gromyko.[55] Convertida —según palabras de Abba Eban— en «la única potencia mundial que sostenía nuestra causa»,[56] en la mejor aliada del sionismo, la URSS jugará hábilmente sus cartas en Nueva York y, en estrechísimo contacto con los representantes de la Agencia Judía, impedirá que el Consejo de Seguridad o la Asamblea General adopten acuerdo firme alguno contra la partición antes del 15 de mayo. Londres, por su parte, no quiere saber nada de una tutela internacional que le arrebataría la autoridad mandataria sin permitirle abandonar del todo el avispero palestino. En cuanto a las partes directamente afectadas, tanto la mayoría de los Estados árabes como el Alto Comité del muftí —que solo confía ya en la fuerza de las armas— desdeñan tomar en consideración la nueva propuesta norteamericana, y solo el rey Abdullah reacciona con el envío a la ONU de un enésimo plan de cantonalización en el marco del «reino unido de Palestina y

Transjordania» que el soberano hachemí lleva décadas soñando.[57] Entre los sionistas, la respuesta a la idea de la tutela es de un rechazo tan indignado como unánime: unos la tildan de «traición diabólica»; otros, de «nuevo Múnich», e, incluso, el prudente Weizmann escribe a la Casa Blanca para instar a Truman a «poner fin a la búsqueda de nuevas soluciones que han invariablemente retardado más que favorecido la formulación de un acuerdo final».[58] Pero son los máximos dirigentes de la Agencia Judía y del *yishuv* quienes se muestran más categóricos frente a las maniobras diplomáticas de última hora; el 1 de abril, Moshé Sharett declara en Lake Success: «Los sionistas acaban de traspasar el umbral del Estado, y no están dispuestos a volver atrás»; poco antes, el 20 de marzo, David Ben-Gurion ha asegurado en Tel Aviv:

> El establecimiento del Estado judío no depende de la resolución de las Naciones Unidas del 29 de noviembre, por más que tal resolución tenga un gran valor moral y político. Depende de nuestra capacidad para salir victoriosos. Si tenemos las ganas y el tiempo de movilizar todos nuestros recursos, nuestro Estado será establecido.[59]

¿Hasta qué punto tales afirmaciones constituyen, a la vista de la situación bélica de finales de marzo en Palestina, una temeridad o un caso de arrogancia? ¿Qué hay de cierto en la imagen, tan difundida entonces y después, del *yishuv* como un frágil David en riesgo de ser derrotado por el Goliat árabe? Para responder a estas preguntas es preciso referirse ante todo a la aguda falta de simetría —ya subrayada en el capítulo anterior— entre las dos sociedades que, ahora, se enfrentan con las armas en la mano. Según ha escrito un historiador israelí nada complaciente con su país, «tal vez no existía en el mundo, en aquel instante, un movimiento más motivado y más convencido de la bondad de sus propias razones» que el sionismo. «A finales de los años cuarenta, el *yishuv* era, pues, una de las comunidades políticamente más conscientes, pugnaces y organizadas» del planeta.[60] Esta comunidad formada por inmigrantes —con la selección natural y el plus de iniciativa y creatividad que ello conlleva—, altamente instruida y semiindustrial, había creado, a lo largo de las décadas anteriores, un embrión de Estado provisto de casi todos los atributos; desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, además, tiene un objetivo claro y cohesionador, la soberanía política, objetivo servido por unos dirigentes competentes y resueltos, y apoyado sobre una base humana convencida de que, en la lucha por un Estado propio, se juega la supervivencia colectiva e incluso la individual.

Naturalmente, no se trata de una comunidad monolítica, si bien todos contribuyen al esfuerzo de autodefensa: las facciones revisionistas no han dejado de reivindicar ambas orillas del Jordán y sus grupos armados actúan a veces brutalmente por su cuenta, pero en sustancia acatan una coordinación centralizada; los comunistas prosoviéticos, por un lado, y los distintos grupos socialistas de izquierda que en enero de 1948 se fusionan en el Mapam o Partido Obrero Unificado, por el otro, adoptan una «línea patriótica» y de apoyo a la edificación del Estado hebreo. Sobre todo, la solidez del frente interior queda asegurada por una estructura institucional potente y eficaz, regida por los principios de la democracia pluripartidista pero humana e ideológicamente muy compacta gracias a la hegemonía del Mapai y a la fortísima personalidad de David Ben-Gurion, partido y líder que garantizan la unidad de mando político-militar. Esta estructura, además, ha puesto a punto previsiones elaboradas y planes de contingencia para contrarrestar el boicot de los británicos a la partición: desde abril de 1948, los sionistas

constituyen un «gobierno de transición» o Directorio del Pueblo (Minhelet Haam) de 13 miembros que viene a sustituir a la Agencia Judía, y un «parlamento provisional» o Consejo del Pueblo (Moetzet Haam), con 37 representantes elegidos.

Entre los atributos paraestatales que la comunidad hebrea posee hay un embrión de ejército, es decir, un aparato bélico de tipo nacional, la Haganá, que desde noviembre de 1947 sustituye su organización miliciana por una verdadera estructura militar, con reclutamiento obligatorio que moviliza pronto a cerca de 100.000 hombres y mujeres, aunque solo un tercio dispone inicialmente de armas, y apenas los 3.500 miembros del Palmach tienen una verdadera preparación para el combate;[61] se les pueden sumar los 2.000 a 4.000 activistas del Irgún y los 500 a 800 miembros del Lehi o grupo Stern. Además, y desde el inicio de las hostilidades, miles de voluntarios extranjeros (las cifras más razonables hablan de 4.000), judíos pero también gentiles, la mayoría excombatientes de la Segunda Guerra Mundial, acuden a Palestina desde medio mundo para contribuir a la defensa del *yishuv*. Conocidos como Mahal (acrónimo de Mitnadvei Hutz Laaretz o «Voluntarios de fuera del País») y fundamentales en la puesta en marcha de la fuerza aérea, las telecomunicaciones o la sanidad militar israelíes, su máximo símbolo es el coronel norteamericano David «Mickey» Marcus, muerto fortuitamente el 11 de junio de 1948 cuando mandaba el frente de Jerusalén.[62]

Desde el marzo anterior, y mientras libra sin demasiado éxito la «batalla de las carreteras», la Haganá empieza a aplicar el «Tokhnit Dalet» o «plan D», que contempla no solo disposiciones militares, sino también medidas relativas al control de las instituciones y los servicios públicos mandatarios (desde la administración de justicia hasta los correos) que deben dar cuerpo a la inminente estatalidad hebrea. A estas alturas, la principal debilidad del bando judío —sobre todo, en la perspectiva de un choque con los ejércitos regulares árabes— es la escasez y la precariedad de su arsenal, la falta absoluta de armas pesadas. Para adquirirlas se precisa dinero, pero ese no es el problema: en dos giras por Estados Unidos, en enero-marzo y en mayo-junio de 1948, la retórica sobria y contundente de Golda Meir —«si tenemos armas, las emplearemos. Si no, combatiremos con piedras. […] La comunidad judía de Palestina no levantará bandera blanca ante el muftí. Esta decisión es irrevocable. Nadie podrá cambiarla. Lo único que ustedes pueden decidir es una cosa: quién saldrá victorioso de la lucha, si nosotros o el muftí»—[63] consigue llegar al corazón de la diáspora norteamericana y recaudar 100 millones de dólares. El verdadero obstáculo reside en el embargo decretado por Washington y Londres, embargo al que la ONU da alcance universal en abril. Y es aquí donde la apuesta soviética en favor del Estado judío resultará fundamental: gracias a la doble intercesión de Moscú, el gobierno de Praga cada vez más controlado por los comunistas —lo estará por completo desde el 25 de febrero— deja de vender armas a los países árabes y firma, a partir de enero de 1948, sucesivos contratos de suministro militar con las autoridades judías, después israelíes.

En total, y hasta febrero de 1949, la industria armamentista checa habrá vendido a la comunidad judeopalestina 60 millones de cartuchos, 24.500 fusiles, casi 6.000 ametralladoras, 22 tanques, 84 aviones de combate y 225 toneladas de bombas, por un valor conjunto de 22 millones de dólares americanos. Dicho material —buena parte del cual, ironías de la historia, había sido fabricado para la Wehrmacht— llega a su destino, burlando el embargo, gracias a las facilidades de paso de otros países en la órbita soviética, y se complementa con estancias de formación de decenas de pilotos —por ejemplo, el futuro jefe de la fuerza aérea de Israel,

Mordejai Hod— y paracaidistas hebreos en bases militares checoslovacas.[64] En relación con la incidencia de tales pertrechos sobre el desarrollo de la guerra, Ben-Gurion declarará veinte años después: «Salvaron el país. No me cabe ninguna duda. Las armas checas constituyeron la ayuda más importante que obtuvimos. Nos salvaron, y dudo mucho que, sin ellas, hubiéramos podido sobrevivir al primer mes»; por su parte Yithzak Rabin, entonces jefe de una brigada de la Haganá, escribió: «Sean cuales sean los juicios que el pueblo judío pueda formular sobre los países del bloque comunista, en su haber debe figurar en letras bien grandes el hecho de que, desprovistos de las armas checas, que con toda evidencia no hubieran sido entregadas sin el acuerdo de la Unión Soviética, no habríamos conseguido nunca ganar nuestro combate por la independencia de la nación».[65]

En casi todos los terrenos citados hasta ahora, el contraste entre el *yishuv* y la situación de los árabes palestinos no puede ser más vivo. Incapaz de defender con eficacia los intereses de su pueblo durante la larga fase político-diplomática del litigio, la clase dirigente árabe tampoco ha sabido preparar a ese pueblo para la confrontación armada. El hecho tiene que ver, claro está, con la base campesina y el perfil tradicional tanto de la sociedad palestina como de sus élites, a menudo hereditarias, más sensibles a las lealtades de tipo ciánico, faccional o regional que a las abstracciones de tipo nacional o ideológico, y que a lo largo de tres décadas no ha querido ni sabido crear unas estructuras proto o paraestatales al margen del poder mandatario. Como ya hemos visto anteriormente, la superficial politización arabopalestina de los años treinta del siglo XX no había conseguido superar los antagonismos y las rivalidades entre los Husseini, los Nashashibi, los Khalidi, etc., y tras la Segunda Guerra Mundial, las viejas enemistades conservaban todo su vigor, con un efecto desastroso sobre el potencial económico o militar de la comunidad.

Por ejemplo, en 1946-1947 tres «tesoros nacionales», tres estructuras financieras compiten en Palestina por la captación de dinero para la causa patriótica… En el ámbito defensivo también reinan la ineficacia y la dispersión: decenas o cientos de pequeñas milicias locales refractarias a cualquier coordinación o disciplina efectivas, el al-Yihad al-Muqaddas a modo de ejército privado de los Husseini, comunidades rurales que prefieren pactar su neutralidad con los judíos o incluso aliarse a ellos (es el caso de muchos pueblos drusos de Galilea); hacia mayo de 1948, la fuerza paramilitar palestina asciende a 4.000 hombres sobre una población de 1,3 millones. Es cierto que se le pueden sumar los hasta 8.000 voluntarios del Ejército de Liberación Árabe, pero su comandante en jefe, Fawzi al-Qawuqji, y el muftí Haj Amin se detestan, aun cuando ambos habían sido huéspedes y colaboradores del Tercer Reich.[66] Por añadidura, la pretendida cúpula política unitaria que es el Alto Comité Árabe no se muestra a la altura ni de la crisis ni de la representatividad que reclama: su sede principal está en El Cairo, donde también permanece su presidente, el muftí, incluso cuando los británicos lo autorizan a regresar a Palestina, excluida Jerusalén. De los doce miembros del Alto Comité Árabe, en julio de 1947, solo quedan tres en el país; en diciembre, tras el veredicto de la ONU, queda uno, y buena parte de la burguesía y los notables huyen de la guerra civil para aguardar, en la seguridad de El Cairo, Nablús, Ammán o Beirut, el desenlace del conflicto.

Esta debilidad, esta abdicación, esta renuncia de las élites políticas y sociales autóctonas a ejercer el liderazgo son las que —sobre todo, desde finales de 1947— permiten a los Estados árabes confiscar la defensa y la dirección de la causa palestina, una causa que declaran hacer

suya con vehementes expresiones de apoyo y fraternal solidaridad, pero sobre la cual casi todos proyectan sus aspiraciones antagónicas de expansión territorial o de hegemonía regional.

En concreto, y a pesar de que la Liga Árabe ha adoptado en sus reuniones del trienio 1945-1947 hasta 53 resoluciones llenas de incondicionales promesas a favor de la independencia de Palestina —«el corazón del bloque árabe»— y de violentas amenazas contra la partición, lo cierto es que diversas capitales árabes intentan marginar al muftí (Bagdad no perdona la implicación de este en el golpe de Estado iraquí de 1941, Ammán lo ve como el obstáculo a las ambiciones cisjordanas del rey Abdullah…); que Haj Amin al-Husseini no consigue crear un gobierno provisional en el exilio, preparado para asumir el poder en la Palestina árabe desde el 15 de mayo; que el Ejército de Liberación Árabe de al-Qawuqji no reconoce su autoridad y que los preparativos bélicos de la Liga lo ignoran. En cuanto a tales preparativos, aunque desde octubre de 1947 el jefe de la comisión militar de la Liga, el general iraquí Ismail Safwat, recomienda la movilización de los ejércitos árabes, la creación de un mando unificado, la vigilancia aérea de las costas palestinas, etc., los gobiernos árabes responden con gran parsimonia, la misma con la que hacen llegar armas y dinero a los hermanos palestinos (a finales de marzo de 1948 les habían suministrado 9.800 fusiles). Por parte transjordana, la reticencia se explica de sobra a la luz de los contactos secretos que Abdullah sigue teniendo con la cúpula sionista entre diciembre de 1947 y mayo de 1948, de cara a un reparto amigable del territorio palestino;[67] pero, retórica al margen, en El Cairo, en Bagdad o en Damasco los riesgos de una intervención militar directa tampoco suscitan ningún entusiasmo. Cuando esta tenga lugar por fin, el 15 de mayo de 1948, vendrá dictada más por cálculos de política interna, por el deseo de inyectar popularidad y legitimidad a unos regímenes tambaleantes, que por unas previsiones estratégicas razonables.[68]

Un mes y medio antes de tener que enfrentarse con los falsos Goliat árabes, empero, el presunto David judío ya ha iniciado el contraataque y trata de tomar la iniciativa estratégica de la contienda. A principios de abril, y en un significativo cambio de táctica, las fuerzas hebreas equipadas con las primeras armas checas pasan a la ofensiva con el objetivo de ocupar el máximo de terreno posible y, en especial, de hacerse con el control de las zonas de población mixta: si la invasión de los ejércitos árabes resulta inevitable, es preciso hacerle frente desde un territorio compacto, sin amenazas en la retaguardia. Bajo el nombre de Operación Nahshon, el ataque de la Haganá en los flancos de la ruta Tel Aviv-Jerusalén le permite conquistar la estratégica posición de Qastel; levantar momentáneamente el asedio de la Ciudad Santa, e infligir, además, un golpe muy duro a la moral de los palestinos con la muerte en combate de su jefe de guerra más carismático, Abdelqader al-Husseini.[69] Al norte, y tras haber rechazado el ataque de los milicianos de al-Qawuqji contra el estratégico kibutz Mishmar Haemek, los judíos se apoderan de Tiberíades el 18 de abril, de Haifa el 22, de Safed y toda la Galilea oriental el 10 de mayo; en el centro del país, Jaffa se les rinde el 13 de mayo, todo ello en medio de una serie de inexplicables retiradas o deserciones por parte de las diversas milicias árabes, cortas de municiones y desprovistas de un mando único. Jerusalén Occidental, en cambio, ha vuelto a quedar cercado, y la situación de los 1.700 resistentes aislados en el barrio judío de la Ciudad Vieja es crítica. Un poco más al sur, tropas de la Legión Árabe —en teoría, parte aún de la guarnición británica del Mandato— y miles de campesinos armados asaltan y fuerzan la rendición, entre el 12 y el 14 de mayo, de los cuatro asentamientos del Bloque Etzion. No

obstante, el balance de los casi seis meses de guerra civil es netamente favorable a los sionistas, que han logrado romper la fuerza militar e, incluso, la cohesión societaria de los árabes de Palestina, y controlan con solidez una franja de territorio sinuosa pero continua, desde Galilea y el valle de Jezrael, pasando por la llanura litoral, hasta el norte del Negev.[70]

Paralelamente a las operaciones militares estrictas de este período, una serie de acontecimientos dramáticos están destinados a marcar profundamente el porvenir de la zona y de sus habitantes. El 9 de abril, destacamentos del Irgún y del Lehi que han conquistado, con permiso de la Haganá, el pueblo de Deir Yassin —en la periferia oeste de Jerusalén— perpetran una matanza de civiles que entonces es evaluada en 254 víctimas, aunque estudios recientes, tanto árabes como israelíes, la rebajan a 100 o 110 muertos.[71] De cualquier modo, la enérgica condena del crimen por parte de las autoridades del *yishuv* no frena el encadenamiento de venganzas: el 13 de abril, un convoy sanitario hebreo que se dirigía al hospital del monte Scopus, al este de Jerusalén, es emboscado por los árabes con un resultado de 77 muertos; al cabo de un mes exacto, la caída en manos árabes del kibutz Kfar Etzion conlleva la matanza de 120 de los defensores judíos. Pero, más allá del recuento de las atrocidades recíprocas, la matanza de Deir Yassin ha sido considerada a menudo el punto de arranque, el desencadenante premeditado del éxodo civil arabopalestino. ¿Hasta qué punto fue así? Queda fuera de cualquier controversia que, entre diciembre de 1947 y enero de 1948, unos 75.000 palestinos, miembros en general de las clases medias y altas, abandonaron voluntariamente el país para ahorrarse las convulsiones de la guerra, y es evidente que dicha deserción de las élites más bien tenía que debilitar la moral del conjunto de la población árabe. Por el contrario, no existe ninguna prueba sólida de que —como ha sostenido durante décadas la versión oficial israelí— las autoridades árabes ordenasen o incitasen a los civiles palestinos a abandonar casas y tierras a fin de no entorpecer las operaciones militares, y con la promesa de un retorno inmediato y triunfal. ¿Qué sucedió, pues? Por una parte, que las características de aquella guerra civil —la gran promiscuidad territorial entre las dos comunidades enfrentadas; el hecho de que, en las zonas rurales, cualquier hombre adulto pudiera ser un combatiente y cualquier núcleo habitado una posición armada— involucraron enseguida a la población civil en los enfrentamientos, y empujaron a los judíos a vaciar y a destruir, si podían, pueblos árabes hostiles o de valor estratégico; tampoco en la docena larga de asentamientos judíos que los árabes conquistaron durante toda la guerra consintieron ninguna presencia ulterior de los vencidos. Por otro lado, y en la lógica de odio y venganza que reinaba sobre ambos campos, resulta comprensible que, cuando un área de población árabe ubicada dentro o en la vecindad del futuro Estado hebreo se veía cercada o amenazada por las fuerzas judías, muchos de sus habitantes optasen por la huida preventiva, confiados quizá en que la intervención contundente de los hermanos árabes les permitiría regresar al cabo de pocas semanas. Por último, es innegable que, dadas las condiciones de conflicto abierto, los máximos responsables sionistas consideraban inviable el Estado judío, tanto desde el punto de vista militar como político, si casi la mitad de sus ciudadanos eran árabes; por tanto, sin aplicar —como sostienen los autores palestinos— un plan premeditado, global y sistemático de expulsión masiva, de «limpieza étnica», sí que el incipiente ejército hebreo procuró desplazar a decenas de miles de árabes residentes en sectores sensibles o necesarios para dar cohesión al dispositivo judío de defensa, buscando al mismo tiempo aliviar el «lastre»

demográfico árabe de su Estado en gestación; en este sentido, algunas atrocidades cometidas por la Haganá o el Palmach podían resultar muy persuasivas y la de Deir Yassin, aunque obra de «incontrolados», tuvo un eco mediático y un impacto psicológico enormes.[72]

En resumen: después de que la ausencia de las clases superiores haya creado entre las masas palestinas no solo una sensación de orfandad, sino también paro y empobrecimiento, el nuevo sesgo ofensivo de las operaciones bélicas judías al comienzo de la primavera de 1948 tiene un impacto demoledor sobre la moral de una sociedad árabe poco trabada, que registra entre un 70 y un 80% de analfabetos y no posee pautas precisas sobre cómo reaccionar ante la crisis. Las primeras victorias sionistas al oeste y al norte de Jerusalén, así como las noticias y la propaganda a propósito de Deir Yassin, arruinan la confianza de los civiles árabes en las fuerzas propias, siembran el pánico y desatan una contagiosa psicosis de huida cada vez que la Haganá inicia un ataque: «En la mayor parte de las zonas no fue preciso recurrir a la expulsión directa: los árabes de las ciudades y de los campos abandonaban ahora casas y terrenos al primer tableteo de ametralladoras».[73] En ciudades mixtas como Tiberíades y, sobre todo, Haifa, los responsables hebreos intentan convencer a sus vecinos árabes para que se queden, pero sin demasiado éxito, y el éxodo de los grandes núcleos arrastra el de las áreas rurales circundantes; el miedo a las brutalidades de los vencedores, el temor a convertirse en una minoría subalterna bajo el poder judío, la destrucción de los cultivos y el colapso del comercio…, y también la ausencia de contramedidas o instrucciones tendentes a cortar la hemorragia (en Haifa, el Alto Comité Árabe aconsejó continuar la huida) hacen que, el 15 de mayo, 380.000 palestinos hayan dejado sus casas camino de un futuro incierto. A los gobiernos de la región esta tragedia incipiente no les disgusta, en el sentido de que la ven como una excelente coartada para la intervención militar de sus ejércitos: tal como explica el rey Abdullah a finales de abril, «los refugiados de Tiberíades, agradecidos, han sido instalados en Irbid y no desean regresar hasta que la totalidad de Galilea haya sido limpiada de judíos, lo cual sucederá, si Dios quiere, después del 15 de mayo…».[74] La realidad es que, con la guerra convencional iniciada a partir de esta fecha, las tropas israelíes propician —ahora sí, de modo mucho más abierto y expeditivo— otras dos oleadas de fugitivos, en junio y en octubre-noviembre de 1948; así, al término del conflicto bélico, la ONU evalúa en 750.000 el número de refugiados palestinos. Volveremos sobre ello más adelante.

El 29 de abril de 1948, el diario parisino *Le Monde* editorializa: «Las fuerzas sionistas han conseguido, a día de hoy, hacer coincidir los límites de su autoridad efectiva con el trazado de los mapas del plan de partición. A quince días de la expiración del Mandato, la situación en Tierra Santa se presenta pues de la forma siguiente: uno de los dos Estados previstos por el plan del 29 de noviembre existe *de facto*; el resto del país va a la deriva».[75] Sin embargo, las cosas no son tan claras. A pesar de las promesas de reconocimiento que Truman formula en privado a diversas personalidades judías o sionistas, la diplomacia norteamericana sigue bregando en la ONU a favor del proyecto de tutela, y el secretario de Estado, George Marshall, presiona al «ministro de Exteriores» del *yishuv*, Moshé Shertok, con augurios de derrota y advertencias sobre la inhibición de su país, a fin de conseguir que se aplace la instauración del Estado hebreo; en cambio, el patriarca Weizmann lo alienta al pie del avión que va a trasladar a Shertok de vuelta a Palestina, hacia la reunión decisoria: «¡Moshé, no dejes que flaqueen, es ahora o nunca!». Ben-Gurion opina lo mismo y, el 12 de mayo, obtiene en el seno del Directorio del Pueblo o gobierno provisional una ajustada victoria (seis votos contra cuatro sobre los diez

miembros presentes) frente a los partidarios del aplazamiento. El organismo escucha también el informe de Golda Meir sobre su entrevista del día 10 con Abdullah —rechazada la oferta de una autonomía judía dentro del reino jordano-palestino, el monarca parece resignado a la guerra, pero no la desea total—, discute los términos de la declaración de independencia y acuerda sus dos puntos esenciales: que el documento no concrete las fronteras de la nueva entidad política, y que el nombre de esta sea «Estado de Israel».[76]

Las autoridades británicas han anunciado la finalización legal del Mandato a las cero horas y un minuto del sábado 15 de mayo, momento en el cual el alto comisario Cunninghan abandonará la bahía de Haifa y las aguas palestinas a bordo del crucero *HMS Euryalus*. El respeto al *shabat*, no obstante, impide realizar la proclamación del Estado en aquel momento, de modo que se resuelve avanzarla ocho horas, hasta las cuatro de la tarde del viernes 14. Durante las dos jornadas previas, en medio de un clima de urgencia, improvisación e informalismo, es preciso esquivar las susceptibilidades de partido, las reticencias de los rabinos y las objeciones de los laicos alrededor del texto de la declaración, y al mismo tiempo ultimar los mil preparativos tanto simbólicos como prácticos para la puesta en pie de un nuevo Estado, desde los sellos de correos hasta las comunicaciones aéreas, de las emisiones radiofónicas de Kol Israel (La Voz de Israel) hasta la posesión de máquinas de escribir con teclado hebreo para la naciente burocracia pública.

Organizada con premura y sin pompa, la ceremonia tiene lugar en el modesto salón principal del museo de Tel Aviv, en el número 16 del bulevar Rothschild. Bajo la mirada severa de una gran foto de Theodor Herzl encuadrada por dos banderas blanquiazules, se concentran allí los miembros no asediados en Jerusalén del Consejo y del Directorio del Pueblo, alcaldes, líderes políticos y religiosos, intelectuales y notables diversos, así como periodistas, hasta un total de 350 personas. Ante ellos, a las cuatro en punto, David Ben-Gurion comienza la lectura de la Declaración de Independencia: «*Eretz Israel* ha sido la cuna del pueblo judío. Aquí se ha forjado su personalidad espiritual, religiosa y nacional. Aquí ha vivido como pueblo libre y soberano; aquí ha creado una cultura con valores nacionales y universales…». El líder sionista recuerda el largo exilio y la moderna reconstrucción del *yishuv*, evoca la obra de Herzl y la declaración Balfour, el Holocausto y el voto de la ONU y, «en virtud del derecho natural e histórico del pueblo judío, así como de la resolución de las Naciones Unidas», proclama «la fundación de un Estado judío en Palestina, que llevará el nombre de Estado de Israel». «Abierto a la inmigración judía de todos los países», «basado en los principios de libertad, justicia y paz, a la luz de las enseñanzas de los profetas hebreos», el nuevo Estado garantiza la igualdad de derechos y las libertades de todos sus ciudadanos sin distinción, solicita ser admitido en las Naciones Unidas, exhorta a los árabes a la paz y la cooperación y reclama la solidaridad de la diáspora judía. La lectura del texto concluye: «Con fe en la Roca de Israel,[77] suscribimos esta declaración en la sesión del Consejo provisional del Pueblo sobre el suelo de la patria, en la ciudad de Tel Aviv, la víspera del *shabat*, 5 del mes de *iyar* de 5708, 14 de mayo de 1948». Queda tiempo todavía para una bendición, para derogar las leyes represivas y antiinmigratorias del mandato británico, para recoger las firmas de los miembros del Consejo del Pueblo y para escuchar una vibrante Hatikvá antes de que Ben-Gurion levante una sesión que no ha durado más allá de 32 minutos. Por las calles, decenas de miles de personas exultantes de alegría bailan, lloran y aplauden a pesar de la atmósfera bélica y de las consignas de la defensa civil.[78] En el kibutz Ma’aleh Hahamishah, en

cambio, los agotados combatientes de la brigada Harel que intentan romper el cerco de Jerusalén no muestran demasiado sentido de la historia, y uno de ellos interrumpe la audición del acto de Tel Aviv con una prosaica petición de silencio para tratar de dormir: «Compañeros, apagad esa radio; las buenas noticias pueden esperar hasta mañana».[79]

Fuera de Palestina y del mundo araboislámico, el nacimiento del Estado judío encuentra un eco inmediato y casi universalmente favorable. A pesar de la tenaz oposición del Departamento de Estado, el presidente Harry Truman hace público su reconocimiento *de facto* del flamante Israel poco después de las seis (hora de Washington), cuando solo han pasado once minutos desde la expiración del mandato británico. En Francia, el diario del Partido Socialista escribe el 15 de mayo: «A este nuevo Estado, le deseamos buena suerte. Pues sabemos que es esencialmente democrático y que el socialismo ha echado en él sólidas raíces».

Por su parte, el intelectual católico François Mauriac homenajea en *Le Figaro* a «un pueblo errante desde hace tantos siglos, […], este pueblo superviviente de una matanza única en la historia de la ferocidad humana, […] este pueblo al que el odio y el desprecio de las demás naciones empujaron desde hace dos mil años hacia la banca y la usura y que, una vez liberado de sus guetos, ha construido ciudades, fertilizado los desiertos, y recupera hoy, para defender la tierra que recibió de Dios, el heroísmo de los Macabeos».

Pero es desde el campo comunista de donde llegan las expresiones más calurosas y militantes; *L'Humanité*, por ejemplo, reproduce un acuerdo del Comité Central del partido francés: «El mandato manchado de sangre ha sido liquidado por la lucha heroica del pueblo judío en pro de su libertad y por la ayuda de la Unión Soviética y de todas las fuerzas democráticas del mundo. Mas esta lucha por la independencia todavía no ha finalizado. Los ejércitos ingleses permanecen sobre suelo israelí, y la Legión Árabe ataca. Debemos movilizar todas las fuerzas del pueblo judío para la lucha en favor de su libertad».[80] La prensa oficial de los regímenes de Europa del Este se expresa en la misma línea, y, el 17 de mayo, la URSS reconoce *de iure* a Israel (Estados Unidos no dará tal paso hasta… el 31 de enero de 1949), con el cual se intercambian embajadores durante el verano de 1948. Los países satélites de Moscú serán de los primeros en establecer relaciones diplomáticas con el Estado judío, a la vez que Guatemala, Uruguay, Nicaragua o la Sudáfrica del general Smuts, y pocos meses más tarde el poeta comunista español Rafael Alberti escribirá y publicará en el exilio «Salmo de alegría por el nuevo Estado de Israel» que ilustra bien la acogida político-cultural a aquel alumbramiento, y al cual pertenecen estos versos:

> He aquí por fin —¡hosanna!— la tierra prometida, la cuna de la sangre, ganada con la vida. […] Israel de los llantos, Israel de las penas. Paraíso encontrado, libre y ya sin cadenas. […] Joven escudo al brazo de los verdes varones. Israel, primavera de las nuevas naciones. […] Alabado Israel con la garganta entera: A son de alma, a sones de lengua verdadera. […] Alabado Israel con flautas y panderos. Por sus viejos soldados, sus nuevos guerrilleros. Alabado Israel con tubas y timbales. Por su sangre, hoy corriente de claros manantiales. […] Alabado Israel, alabado, alabado. Por su hermosa ancianía, nuevo albor conquistado. Alabado sin odio, alabado sin ceño, en la vida, en la muerte, en la aurora, en el sueño.[81]

Las reacciones verbales árabes a la constitución de Israel, en cambio, son de una prosa fúnebre y aterradora. El moderado rey Abdullah advierte el 15 de mayo: «Considero que el fin del mandato británico anula todas las promesas hechas a los judíos por la declaración Balfour.

Declaro que los judíos ya no tienen derecho alguno en Palestina». Más truculento, el secretario general de la Liga Árabe, Azzam Pachá, manifiesta: «Será una guerra de exterminio, una terrible matanza, comparable a los estragos de los mongoles y a las Cruzadas». Uno de los adjuntos del muftí y futuro jefe de la resistencia palestina, Ahmed Chukeiry, afirma que el objetivo de la invasión es «la eliminación del Estado hebreo», y la prestigiosa Universidad islámica de al-Ahzar, en El Cairo, proclama la yihad, la guerra santa contra el sionismo.[82] ¿Qué grado de verosimilitud tienen tales amenazas?

En aquel momento, ambos bandos sobrevaloraban al adversario y, después, la historia oficial israelí se ha complacido en recordar cómo, «en la noche entre el 14 y el 15 de mayo, los ejércitos de cinco países árabes (Egipto, Transjordania, Siria, Líbano e Iraq) cruzaron las fronteras y comenzaron la invasión de Palestina».[83] Sin embargo, en páginas anteriores hemos aludido ya a la ausencia de un consenso árabe sobre los objetivos de la campaña, a la atmósfera de desconfianza mutua entre sus gobiernos (los recelos y las sospechas de Bagdad hacia Damasco, de Damasco hacia Ammán, de Ammán hacia El Cairo…), al hecho de que estos gobiernos van a la guerra con muy desigual convicción, arrastrados por sus opiniones públicas y confiando en que una simple demostración de fuerza obligue a la ONU o a las grandes potencias a intervenir. Además, los ejércitos en cuestión están habituados a las funciones policiales internas, pero no tienen experiencia real de combate ni un buen entrenamiento, sufren graves carencias logísticas y una inferioridad flagrante en cuanto a planificación, información y motivación. Es preciso recordar que, para los soldados egipcios, iraquíes o sirios —el papel combatiente de los palestinos deviene irrelevante a partir de la invasión—, Palestina resulta al fin y al cabo una «causa» abstracta, una tierra extranjera donde no están en juego ni la patria, ni el hogar ni la familia propias; la diferencia no puede ser mayor con respecto a los judíos, que «con la herida mortal del Holocausto todavía no cicatrizada, disponían de motivación y espíritu de sacrificio en cantidad casi ilimitada».[84]

Si, con todo, las fuerzas movilizadas y puestas a las órdenes del rey Abdullah como comandante supremo hubiesen comprendido al conjunto de los ejércitos árabes de la región (unos 165.000 hombres), las posibilidades de derrotar a Israel habrían aumentado bastante. Naturalmente, no fue así, porque monarcas y gobiernos consideraban prioritario que el grueso de sus respectivas tropas continuase guardando la seguridad interior. A Palestina, pues, son enviados de entrada contingentes que suman entre 23.500 y 30.000 militares (entre el 15 y el 18% del total teórico disponible), auxiliados por unos 12.000 irregulares y voluntarios; parece que, más adelante, los efectivos regulares árabes aumentan hasta los 40.000 o los 60.000…, pero para entonces la ventaja numérica y estratégica israelí ya es irreversible.[85] El bando árabe, en síntesis, solo disponía de una ligera superioridad en hombres, más clara en armamento pesado (tanques, artillería…) y aviación durante las cuatro primeras semanas de la guerra convencional, del 15 de mayo al 11 de junio.

El episodio quizá más relevante de esta etapa es la batalla en y por Jerusalén, en sus dos facetas. De un lado, los israelíes deben hacer frente a los 8.000 profesionales bien equipados y dirigidos de la Legión Árabe transjordana, que presionan desde el este y que, el 28 de mayo, consiguen rendir a los defensores del barrio judío intramuros de la Ciudad Vieja; estratégicamente irrelevante, el golpe emocional es duro porque significa que, durante los diecinueve años siguientes, los hebreos no podrán acceder a sus lugares más santos; por lo

demás, el resultado de los duros combates en los confines de la capital no hace sino ratificar la división demográfica de esta entre el sector occidental, judío, y el oriental, árabe. Pero, al mismo tiempo, algunos kilómetros más al oeste, los infructuosos —y costosos— intentos de tomar Latrun y liberar de una vez el enlace entre Jerusalén y el mar obligan a los israelíes a construir con urgencia una pista de montaña que esquive el obstáculo de Latrun y que, en recuerdo de un capítulo famoso de la Segunda Guerra Mundial en Asia, será conocida como «la ruta de Birmania» (Burma Road). Al norte, entre tanto, los judíos toman Acre el 17 de mayo, si bien sufren algunos reveses frente a los sirios alrededor del lago Tiberíades, y también ante los iraquíes en Yenin. Por el sur, y mientras sus aviones bombardean Tel Aviv, una columna egipcia procedente del Sinaí penetra profundamente en el Negev, dejando aisladas y en graves dificultades a las dispersas colonias hebreas y llegando hasta la periferia meridional de Jerusalén; otra columna del ejército del rey Faruk avanza siguiendo el litoral, frenada por la resistencia de algunos kibutz de la región costera de Gaza, y se detiene a unos 30 kilómetros de Tel Aviv. En conjunto, los israelíes, puestos a la defensiva, no pueden evitar durante estos 27 días que más de un tercio del territorio atribuido por la ONU al Estado judío caiga en manos del enemigo, ni que fuerzas iraquíes se sitúen a 10 kilómetros del Mediterráneo, a punto de partir en dos la estrecha franja bajo su control; es cierto que han contenido el golpe de la invasión panárabe sin sufrir ninguna derrota decisiva, y que su fuerza militar crece cada día en número y en armas, pero con todo y ello los comandantes de Ben-Gurion acogen la tregua del 11 de junio «como rocío caído del cielo».[86]

De hecho, la comunidad internacional se ha movilizado para detener los combates desde el mismo 15 de mayo, y, el 20, el Consejo de Seguridad de la ONU ya nombra un mediador especial en la persona de un sobrino del rey Gustavo VI Adolfo de Suecia, el conde Folke Bernadotte, que aterriza en Palestina el día 31 y obtiene de ambos bandos el consentimiento para un alto el fuego. Presiones diplomáticas al margen, si los países árabes lo aceptan es porque también sus tropas necesitan reorganizarse y remunicionarse y creen que, con la victoria ya a su alcance, pueden permitirse un descanso.

Sin embargo, será Israel quien aproveche las cuatro semanas de tregua para decantar a su favor el equilibrio estratégico de la guerra. No es solo que, gracias a la llegada de voluntarios e inmigrantes —por ejemplo, aquellos 20.000 clandestinos que los británicos habían retenido en Chipre— los efectivos militares israelíes alcanzan en julio los 65.000 efectivos (75.000 según otros cálculos), a los cuales una industria bélica propia y un importante gasto exterior[87] hacen cada vez más temibles. En paralelo al incremento cuantitativo se produce el nacimiento de un verdadero ejército regular y nacional: a partir del 31 de mayo de 1948, el Ejército de Defensa de Israel (Tsahal) fusiona a la Haganá y al Palmach, pero sobre todo arrincona su antiguo espíritu de milicia popular, igualitaria y muy impregnada de las ideas izquierdistas del Mapam, y lo sustituye por una estructura militar clásica —uniformes, grados, insignias, salarios jerarquizados…— puesta al servicio exclusivo de la legalidad estatal que encarna el primer ministro y ministro de Defensa, el «Viejo», David Ben-Gurion; las últimas veleidades de autonomía de los oficiales del Palmach son liquidadas durante el otoño siguiente.[88]

Mucho más importante de cara a hacer efectivo el monopolio del nuevo Estado sobre la fuerza armada es la disolución de los grupos paramilitares revisionistas a raíz del caso Altalena. El *Altalena* —seudónimo de pluma de Vladímir Jabotinsky— es el nombre de un barco fletado

por el Irgún que, con 940 voluntarios y cientos de toneladas de armas de procedencia francesa a bordo, fondea ante las costas palestinas el 20 de junio; la intención de los sionistas de derecha es equipar y engrosar sus fuerzas con objeto de combatir por la totalidad de *Eretz Israel*, al margen de una partición que siempre han rechazado. Pero Ben-Gurion reacciona al desafío —«no habrá dos Estados, no habrá dos ejércitos, Begin no hará lo que le venga en gana»— y ordena a las tropas regulares apoderarse de la carga y del barco, o destruirlo. El 22 de junio, tras una microguerra civil que ha durado 48 horas y causado 18 muertos, el *Altalena* está hundido, la autoridad del gobierno provisional reforzada y el Irgún liquidado, a pesar de sus últimos chillidos contra «el gobierno de criminales y de tiranos». Su líder, Menahem Begin, tardará tres décadas en rehacerse de una derrota, de un episodio dramático que deja huellas profundas en la cultura política israelí.[89]

Paralelamente, la suspensión de las hostilidades ha reactivado la batalla diplomática sobre el futuro de Palestina. Bajo la probable inspiración del Departamento de Estado norteamericano, el conde Bernadotte elabora en junio de 1948 un plan de paz propio, que contempla confederar bajo instituciones económicas, militares y políticas comunes un Estado jordano-palestino y un Estado judío reducido a la mitad, extendido a toda Galilea pero cediendo a los árabes tanto Jerusalén como el Negev, y sin libertad de inmigración. Estos últimos ingredientes aseguran el rechazo de los sionistas, que sospechan del mediador sueco un propósito de minimizar la soberanía judía justo cuando esta comienza a consolidarse. La Liga Árabe, por su parte, no solo halla el plan inaceptable, sino que decide poner fin a la tregua y retomar los combates, cosa que sucede el 8 de julio. «No conozco en la historia —escribe sir John Glubb, el comandante británico de la Legión Árabe— ninguna acción tan insensata por parte de unos hombres en el poder.»[90]

Empieza entonces lo que se conocerá como la «guerra de los diez días», en el curso de la cual los israelíes, ya claramente superiores en número, en armamento, en cohesión y en iniciativa, se apoderan de Nazaret con casi toda la Galilea central, ensanchan el corredor de Jerusalén con la conquista de las ciudades árabes de Lydda (Lod) y Ramleh —de donde son expulsados decenas de miles de palestinos—, mejoran sus posiciones en el Negev septentrional causando fuertes pérdidas a los egipcios, bloquean cualquier avance árabe y conquistan un valioso millar de kilómetros cuadrados de territorio antes de que el Consejo de Seguridad imponga a los contendientes reacios una segunda tregua, la tarde del 18 de julio.[91]

Una vez más, el silencio de las armas —relativo, como veremos— espolea las maniobras diplomáticas. Perseverante, Folke Bernadotte prepara durante el verano, en estrecha connivencia con Londres y Washington, su nueva propuesta de paz: una gran Transjordania hachemí a caballo del Jordán, y un Estado judío más pequeño de lo que dibujan las líneas del frente, sin el Negev ni Jerusalén —que sería internacionalizada—, y obligado a aceptar el retorno de los refugiados palestinos. Los gobiernos árabes, incapaces siquiera de admitir la idea de un Estado judío en Oriente Próximo, rehúsan de plano; los israelíes, persuadidos de que el mediador sueco les quiere hurtar la victoria, también; la URSS, que sigue considerando al sionismo un «movimiento de liberación nacional», tilda a Bernadotte de agente del imperialismo y de los intereses petroleros. El 17 de septiembre, antes de que el Conde haya podido presentar su proyecto a la Asamblea General de la ONU, un comando del Lehi o grupo Stern (que ejecuta la decisión tomada, entre otros, por Yitzhak Shamir) lo asesina en los confines del Jerusalén judío. Como es natural, el gobierno de Ben-Gurion condena de inmediato el crimen y aprovecha la

ocasión para desarticular y prohibir tanto el Lehi como los restos del Irgún, aún subsistentes en Jerusalén; pero los autores del atentado no serán conducidos jamás ante la justicia, y, a pesar del daño a su imagen internacional, puede decirse que las autoridades israelíes acogen la desaparición de Bernadotte con mal disimulado alivio.[92] A partir de septiembre de 1948, la estrategia del ejecutivo israelí sigue dos ejes: por un lado, enterrar en las Naciones Unidas las ideas de Bernadotte, prestigiadas por su muerte y sostenidas por Gran Bretaña con fervor filohachemí, y conseguir que la ONU acepte la tesis según la cual debe ser la suerte de las armas la que delimite sobre el terreno las fronteras del Estado judío; por otra parte, y aprovechando las frecuentes violaciones de la tregua, realizar acciones militares rápidas que le permitan ocupar el máximo espacio y poner a la comunidad internacional ante un *fait accompli*. Al primero de los objetivos contribuyen mucho la persistencia del apoyo soviético —«en el Consejo de Seguridad», informa el ministro de Exteriores de Israel, M. Sharett, «los rusos actúan no solo como nuestros aliados, sino como nuestros emisarios»—[93] y las elecciones presidenciales norteamericanas de noviembre, que no consienten a Harry Truman aparecer como un adversario de Israel. También ayuda el desbarajuste político árabe: a fines de septiembre el Alto Comité establece en Gaza, bajo protección egipcia, un «gobierno de toda Palestina» y un Consejo Nacional Palestino presidido por el muftí Haj Amín; el rey Abdullah —que ya ha dado por concluida su guerra con los judíos— replica con la reunión en Ammán de un «Primer Congreso Palestino» favorable, claro, a la unión con Transjordania…[94] Finalmente, en diciembre de 1948, la Resolución 194 de la Asamblea General de la ONU hace un llamamiento platónico a la negociación y la conciliación entre las partes, pero —tal como querían los israelíes— ni especifica fronteras ni atribuye territorios.

Esto último es, a juicio de Ben-Gurion, cosa de los militares, que el 15 de octubre, y con la coartada de una agresión egipcia, desencadenan la Operación *Yoav*, o «Diez Plagas»: en ocho días, el Tsahal empuja a las tropas del rey Faruk a lo largo de la costa mediterránea hacia las puertas de Gaza, alivia la situación de las 21 colonias judías aisladas durante meses en el Negev y conquista el norte de dicho desierto con su capital, Bersheva, si bien el honor del ejército egipcio queda salvado por la valerosa resistencia de los miles de hombres cercados en la bolsa de Faluja; entre ellos, cierto comandante Gamal Abdel Nasser… El día 22, la ONU dicta otro alto el fuego todavía menos respetado que el anterior, a pesar del cual los israelíes practican, durante los meses siguientes, una «guerra sincopada» o *bellum interruptus* que les rendirá sustanciosas ganancias, a veces sin disparar ni un tiro: a fines de octubre aplastan a los restos del Ejército de Liberación Árabe de al-Qawuqji, conquistan la totalidad del norte palestino e incluso toman algunos pueblos libaneses.

El 25 de noviembre ocupan el litoral sudoeste del mar Muerto; durante diciembre-enero, en una ambiciosa operación destinada a expulsar a los egipcios de Palestina, penetran en la península del Sinaí, lo cual provoca las airadas amenazas de Washington y Londres y un serio incidente con la Royal Air Force (seis aviones ingleses abatidos) antes de que las tropas de Israel abandonen el suelo egipcio y acepten suspender las hostilidades, el 7 de enero; por último, entre el 7 y el 10 de marzo de 1949, las fuerzas hebreas ocupan sin lucha el Negev central y meridional hasta la orilla del mar Rojo, donde se creará la ciudad portuaria de Eilat.[95]

Guerra de independencia para los judíos, Harb al-Nakba o «guerra del desastre» para los árabes palestinos, el conflicto bélico iniciado en diciembre de 1947 finaliza en febreromarzo de 1949 con la rotunda victoria de Israel. Una victoria cara, que el *yishuv* ha pagado con la vida de casi un 1% de sus miembros (6.000 muertos, un tercio de los cuales civiles y otro tercio supervivientes del Holocausto), con el doble de heridos y con gastos y daños evaluados en 500 millones de dólares; pero, a cambio, ha conseguido dar a luz y consolidar el Estado hebreo, extenderlo bastante más allá de los límites votados por la ONU —hasta cubrir unos 20.700 kilómetros cuadrados— y erigirlo en una potencia militar regional. Las bajas árabes son más difíciles de calcular: 1.400 muertos y 3.700 inválidos egipcios, quizá una cifra equivalente entre iraquíes, transjordanos, sirios y libaneses…; lo peor para estos países es que salen de la aventura endeudados y humillados, con unos gobiernos que, en la mayoría de los casos, no podrán resistir por mucho tiempo la resaca de la derrota. De todos modos, los grandes perdedores de la crisis son los arabopalestinos, que no solo han perdido unas 6.000 vidas —entre civiles y combatientes irregulares— y sufren el drama de 750.000 refugiados, sino que además se ven privados de cualquier posibilidad de autogobierno; es cierto que 6.242 kilómetros de la antigua Palestina mandataria permanecen aún bajo control árabe, pero en Cisjordania (5.879 kilómetros) impera la autoridad de Abdullah como prólogo de la anexión formal que tendrá lugar en abril de 1950, mientras que en los 363 kilómetros de la Franja de Gaza el «gobierno de toda Palestina» inspirado por el muftí carece de cualquier soberanía y será un fantoche bajo tutela militar egipcia hasta que Nasser lo disuelva en 1959.[96]

Una vez que han cesado los combates, solo queda levantar acta del *statu quo* resultante, intercambiar prisioneros y estabilizar la situación. He aquí para lo que sirven los acuerdos de armisticio que Israel negocia —bajo los auspicios del nuevo mediador de la ONU, el norteamericano Ralph Bunche— y firma bilateralmente con cada uno de sus vecinos-enemigos: con Egipto en la isla de Rodas el 24 de febrero de 1949, con el Líbano en la frontera internacional entre los dos países el 23 de marzo, con Jordania —tras difíciles conversaciones secretas entre Abdullah y los israelíes, quienes arrancan del rey valiosos territorios limítrofes— el 3 de abril también en Rodas, con Siria el 20 de julio en los confines de la alta Galilea.[97] Según los mismos acuerdos ponen buen cuidado en subrayar, la línea de demarcación que se fija en cada uno de ellos «no debe ser considerada de ningún modo como una frontera política o territorial; está marcada sin perjuicio de los derechos, reivindicaciones y posturas de ambas partes en el momento del armisticio en cuanto se refiere al arreglo definitivo de la cuestión palestina».[98] No obstante, y puesto que tales documentos también recogen la voluntad de «facilitar el paso desde la tregua actual a una paz permanente en Palestina», la comunidad internacional espera que así sea, y el gobierno de Ben-Gurion confía por lo menos en un próximo tratado de paz con Ammán, pero ninguna de dichas expectativas se realizará durante muchas décadas. Israel ve aceptada como un hecho coyuntural su victoria militar, pero no halla reconocido su derecho a la existencia política y social en el corazón del Oriente Próximo; y tanto los dirigentes como las masas árabes se convencen de que la suerte de las armas, favorable a los judíos en 1948-1949, les sonreirá a ellos la próxima vez. Es así como empieza el enquistamiento, el bloqueo del conflicto.

5

Consolidarse en el rechazo (1949-1967)

LA DEMOGRAFÍA COMO POLÍTICA

Durante la primera mitad del siglo XX, el litigio de Palestina se había expresado muy a menudo en términos demográficos: libertad o restricciones migratorias, capacidad de absorción del país, desequilibrio o paridad numérica entre las dos comunidades que convivían en él, tasas de natalidad desiguales… Tras la división territorial y la independencia de Israel, el arma política más poderosa de cada uno de los dos bandos sigue siendo de naturaleza demográfica: la de los israelíes se llama inmigración, la de los árabes se denomina refugiados, y existe entre una y otra un vínculo indisociable.

Según ya hemos indicado, la guerra de 1948-1949 separa de sus hogares situados en territorio ahora israelí a unos 750.000 árabes palestinos, 40.000 o 50.000 de los cuales consiguen regresar de forma legal o subrepticia durante las etapas finales de la contienda o inmediatamente después. Entre los 700.000 restantes, solo un tercio, aquellos que encuentran acogida en Estados vecinos (100.000 en el Líbano, 60.000 en Siria, 70.000 en Transjordania, 7.000 en Egipto, 4.000 en Iraq) merecen en rigor la calificación de «refugiados»; los 190.000 fugitivos que se instalan en la Franja de Gaza y los 280.000 que lo hacen en Cisjordania son, de acuerdo con la terminología hoy utilizada por la ONU, «desplazados» dentro del propio país, a menudo a pocas decenas de kilómetros de su casa, y tanto unos como otros permanecen en el interior del mismo dominio lingüístico, religioso y sociocultural. Naturalmente, tales matices no disminuyen en nada la gravedad del drama humano y de la pérdida material que estos prófugos han sufrido, pero son importantes para una correcta comprensión del caso.[1]

Claro está, la solución más simple del problema habría sido el rápido retorno de refugiados y desplazados a sus lugares de procedencia, cosa que el mediador Bernadotte había propugnado desde junio de 1948 y que la Asamblea General de las Naciones Unidas había aprobado —con el voto contrario de los Estados árabes— en su Resolución 194-III, el 11 de diciembre del mismo año. Sin embargo, el gobierno israelí se opone a ello de forma abierta o tácita, y hará todo para imposibilitar aquel retorno, empezando por la destrucción sistemática de centenares de pueblos árabes abandonados.[2] ¿Los motivos? En un país recién nacido y en guerra que, a fines de 1948, cuenta con unos 125.000 árabes entre sus 900.000 habitantes, Ben-Gurion considera que admitir el regreso de otros 700.000 árabes, presumiblemente hostiles, sería un suicidio en términos de seguridad. Por otra parte, si los dos grandes vectores del proyecto sionista han sido siempre la inmigración judía y la adquisición de tierras, es evidente que la ausencia de los habitantes árabes facilita en alto grado la realización de ambos procesos.

Así pues, cuando a finales de abril de 1949 se reúne en Lausana, bajo los auspicios de la ONU, una conferencia internacional entre las partes implicadas en el conflicto de Palestina, Israel condiciona la vuelta de los refugiados a la firma de una paz global con los países árabes. No obstante, y bajo la presión de Washington, el gobierno hebreo acepta en mayo hacerse cargo de los 190.000 desplazados a la Franja de Gaza y de los residentes habituales en aquella zona (unos 300.000 árabes en total) a cambio de la anexión del pequeño territorio; El Cairo, que considera Gaza la prenda de su presencia en el litigio palestino y, a través de él, en la escena panárabe, rechaza el trato. Más adelante, en julio, los israelíes ofrecen acoger a 100.000 refugiados, cifra que Estados Unidos considera insuficiente y que los árabes desdeñan. Por fin, bloqueada entre el temor de Israel a ver cuestionados los frutos fácticos de su victoria bélica, y el temor de los países árabes a incurrir en un reconocimiento público del Estado sionista, la conferencia de Lausana[3] finaliza el 14 de septiembre de 1949 sin más acuerdo que el de enviar a Oriente Próximo a un grupo de expertos occidentales para que estudien la repatriación o reinstalación de los refugiados en el marco de un programa de desarrollo económico de la región, una especie de plan Marshall oriental.

De hecho, tanto desde Tel Aviv como desde las capitales árabes, el problema de la población palestina desterrada no es principalmente ni económico ni humanitario, sino político. Para el mundo árabe, en concreto, «los refugiados simbolizaban la catástrofe a la que la creación del Estado de Israel había arrastrado a los palestinos. Era una cuestión de principio».[4] Transformados en testimonio vivo de aquella injusticia, en símbolo de la causa panárabe por excelencia, los refugiados no pueden diluirse, no pueden desaparecer antes de que la injusticia haya sido reparada, de que la catástrofe sea corregida y de que la causa que vehiculan haya alcanzado la venganza. He aquí por qué el Líbano o Siria no les concederán nunca la nacionalidad, y Egipto o Jordania los mantendrán aparcados durante décadas en campamentos, y ninguno de los «gobiernos hermanos» mostrará una voluntad seria de reinstalarlos y asimilarlos en su territorio. Con una excepción: en julio de 1949, el coronel Hosni Zaim —que gobierna en Damasco desde marzo anterior gracias a un golpe de Estado— se brinda a establecer entre 200.000 y 350.000 palestinos en el alto valle del Éufrates y propone, al mismo tiempo, conversaciones directas entre él y Ben-Gurion de cara a un tratado de paz; pocas semanas después, el 14 de agosto, el ya mariscal Zaim es derrocado y ejecutado por otro dictador de uniforme, el cual se apresura a recuperar la tradicional política antisionista.[5]

En conjunto, pues, la política árabe en relación con los palestinos que habían perdido sus hogares consiste en congelar su desarraigo y su condición de refugiados, considerándoles un arma propagandística y una baza de futuro contra Israel. El hecho de que, desde diciembre de 1949, sea la comunidad internacional —a través de una agencia especializada de la ONU, la United Nations Relief and Works Agency o UNRWA— la responsable de la manutención y el amparo jurídico de estas personas facilita el juego de los regímenes de la región, los cuales, liberados de tal carga, pueden permitirse boicotear hasta 1959 diversos proyectos americanos de reasentamiento de la diáspora palestina en diferentes lugares de Oriente Próximo: «En este estadio, los gobiernos árabes eran firmemente hostiles a cualquier solución que no fuese la repatriación total».[6] La masa de refugiados más pobres, entre tanto, se enmohece bajo las tiendas

o en los barracones de los campos, refractaria a cualquier cambio de estatus que pueda hacerle perder el derecho al retorno, sin trabajo ni otra perspectiva de futuro que incubar el rencor y soñar en la venganza contra el enemigo sionista.

Tal vez es el momento de señalar que, en esta materia, la opción adoptada por el nacionalismo árabe no era la única posible. Durante la misma década del siglo XX, otros conflictos bélicos y crisis políticas provocan, en distintas áreas del planeta, desplazamientos forzosos de población de un volumen y a unas distancias mucho mayores que las del caso palestino; baste recordar a los más de 12 millones de alemanes desposeídos que, entre 1944 y 1948, afluyen hacia la futura República Federal, expulsados o fugitivos de sus multiseculares zonas de poblamiento al este de la línea Oder-Neisse, en los Sudetes, en los Balcanes o en Rusia; o bien, en otro continente, los 17 millones largos de habitantes del Imperio británico de las Indias a quienes la independencia y partición de este, en 1947-1948, entre Pakistán e India obliga a emigrar, a hindúes y a sijs en una dirección, a musulmanes en la contraria. Y bien, ¿cómo habría podido ser la historia europea de los últimos decenios si, en vez de integrarse, de apostar por la reconciliación y de participar enérgicamente en el «milagro alemán», aquellos 12 millones de *Östdeutsche* y sus descendientes a lo largo de dos generaciones hubiesen permanecido recluidos en campos de refugiados, entregados al cultivo de la amargura, la desesperanza y el resentimiento, empujados hacia el extremismo político, persuadidos de que podían recuperar casas y tierras por la fuerza?[7] ¿Qué grado de conflictividad registrarían las relaciones entre India y Pakistán si, además de los litigios territoriales y emocionales que les enfrentan, los siete millones de *mohajirs* (literalmente, 'migrantes') paquistaníes llegados desde India hasta 1950 y sus hijos y nietos reclamasen aún el derecho de regresar a Uttar Pradesh o a Gujarat?[8]

Por descontado, no hay dos situaciones históricas idénticas y, además, se puede objetar que, en el subcontinente indio, lo que se produjo fue un intercambio de poblaciones más o menos legitimado por ambos gobiernos *a posteriori*. Es aquí donde muchos autores israelíes invocan, al lado del éxodo arabopalestino de 1948, la ulterior llegada al Estado hebreo de cientos de miles de judíos procedentes de los países árabes, y ven en este doble proceso una permuta demográfica y económica no regulada ni reconocida, claro está, pero aceptablemente equitativa.

Objetivo programático crucial del sionismo, la inmigración legal hacia el Estado israelí recién nacido es una prolongación natural de la *aliá* clandestina del trienio anterior cuyos primeros beneficiarios, desde el 15 de mayo de 1948, a supervivientes del Holocausto (véase el cuadro 5.1): los 20.000 huéspedes forzosos de los campos británicos de Chipre; los 70.000 desplazados que languidecían aún en campos de tránsito de Alemania, Austria e Italia; casi todo el remanente de las devastadas comunidades judías de Polonia, Bulgaria o Rumania, y contingentes menores venidos de los demás países bajo gobierno comunista (Hungría, Checoslovaquia…) excepto de la URSS;[9] al final de 1949, casi 350.000 personas que habían padecido el genocidio nazi residen en Israel, donde representan un tercio de los habitantes judíos.

Si cualquier migración constituye una vivencia humana compleja, a menudo traumática, resulta fácil imaginar que el traslado desde Europa de este conjunto de individuos marcados por espeluznantes experiencias de miedo, de sufrimiento y de humillación, con frecuencia supervivientes únicos de familias asesinadas, tenía que ser doloroso tanto para ellos como para sus nuevos compatriotas: incomprensiones recíprocas, dificultades de resocialización, desórdenes psicológicos, conflictos de identidad y complejos de culpa, complicaciones económicas y

laborales… Con todo, incluso el historiador que ha inventariado con mayor afán tales problemas admite que, en buena medida, el encuentro entre los recién llegados y el país fue «un éxito asombroso. Personas que habían estado como muertas en Auschwitz, en Bergen-Belsen, en Dachau y en los demás campos, en los guetos y en los escondrijos, retornaban a la vida en Israel», donde se convertirían en agricultores, o militares, o docentes, o ingenieros, o amas de casa.[10] Por otra parte, y a partir de 1949, el perfil de la inmigración empieza a cambiar: la componen, cada vez en mayor número, los judíos procedentes de Asia y de África del norte, del mundo araboislámico, lo cual asciende automáticamente a los evadidos de Hitler al rango de veteranos y a la condición de miembros del *establishment* europeo, asquenazí, del país.

Aunque, en 1945, sumaban unos 900.000 individuos, las comunidades judías de los países árabes —muchas, existentes desde bastante antes de que aquellas tierras fuesen arabizadas e islamizadas— no habían figurado en los planes del sionismo anterior a la Segunda Guerra Mundial más que de forma genérica o tangencial. El movimiento fundado por Herzl era un producto genuinamente europeo que preveía edificar su Estado en Palestina sobre la base de los judíos del Viejo Continente y que, además, sintonizaba poco con el tradicionalismo social, el pietismo religioso y la mentalidad de *dhimmi* —es decir, de minoría no musulmana sometida y tolerada en tierra de islam— característicos de los hebreos del Magreb y de Oriente Próximo; así pues, el interés de estos por el sionismo era tan tenue como el interés del sionismo por ellos.

Pero, con la derrota del nazifascismo, aparecen dos factores nuevos que van a cambiar radicalmente la percepción del tema: por un lado, la Shoah, la liquidación casi completa de las masas judías de Europa central y oriental, arrebata al sionismo su gran esperanza demográfica y le obliga a «descubrir» y «recuperar» con urgencia a los judíos de Oriente como principal reserva inmigratoria del Israel en gestación.[11] Por otra parte, la implicación política y emocional del conjunto del mundo árabe en el pleito de Palestina convierte a todas las comunidades judías, desde Marruecos hasta el golfo Pérsico, en víctimas potenciales de un «antisionismo» que no se detiene a discernir qué judíos son sionistas y cuáles no: en noviembre de 1945, más de 130 hebreos son asesinados en Libia a raíz del aniversario de la declaración Balfour; la aprobación por la ONU del plan de partición provoca, en diciembre de 1947, 85 muertos en Adén y algunas decenas más en Alepo (Siria); el comienzo de la guerra abierta en Palestina y su curso desfavorable a los árabes sirven de pretexto, a partir de junio de 1948, para nuevas matanzas en Ouchda y Cherada (Marruecos), Libia y Egipto.[12] Que no se trata de episodios esporádicos e incontrolados, que la asociación entre la suerte de los judíos de ciudadanía árabe y el conflicto en Palestina no es cosa de las masas ignorantes, lo ha demostrado el representante egipcio en las Naciones Unidas, Mohammed Hussein Heykal Pachá, cuando ya el 24 de noviembre de 1947 advertía a los delegados a punto de votar el plan particionista de la UNSCOP: «La ONU no debe perder de vista que la solución propuesta puede poner en peligro a un millón de judíos residentes en los países musulmanes. La partición de Palestina puede crear en el seno de dichos países un antisemitismo aún más difícil de curar que aquel del que los Aliados intentan curar a Alemania… Si la ONU decide dividir Palestina, podría ser responsable de disturbios muy graves y de la matanza de un gran número de judíos».[13]

Movidas por la necesidad de fortalecer la demografía del nuevo Estado, y también por el miedo a llegar tarde otra vez —como ante Hitler— en el socorro a un judaísmo perseguido, las flamantes autoridades israelíes ponen en marcha inmediatamente después de la independencia el

rescate de los judíos del mundo árabe, empezando por las comunidades más vulnerables y amenazadas. Es el caso de 30.000 judíos de Libia (el 85% del total), que se trasladan a Israel entre 1949 y 1950 mientras su país de procedencia permanece todavía bajo administración militar británica. Desde el remoto emirato del Yemen y desde el protectorado inglés de Aden, una comunidad antiquísima de más de 50.000 personas llenas de fervor mesiánico es evacuada hacia Tierra Santa en un puente aéreo secreto cuyo nombre oficial es Operación Alfombra Voladora, pero que los inmigrantes prefieren asociar a un versículo del Éxodo: «… os he llevado sobre alas de águila y os he conducido hasta mí». Procedentes de Iraq, y después de soportar una larga década de discriminaciones y agresiones, más de 120.000 judíos llegan, a partir de 1950, a través de la Operación Esdras y Nehemías, casi 23.000 lo hacen desde Marruecos solo en 1948-1949, y contingentes menores salen —a menudo ilegalmente— de Siria, el Líbano, Egipto o Túnez con rumbo a Israel, adonde también llegan, en condiciones mucho menos dramáticas, 25.000 judíos iraníes y unos 60.000 originarios de Turquía.[14] En general, y antes de emprender el regreso, los fugitivos de los países árabes han sido privados u obligados a renunciar a su nacionalidad, se les ha sometido a penalizaciones fiscales o laborales y han sufrido toda clase de exacciones económicas, desde verse forzados a malvender o abandonar sus bienes inmuebles hasta la extorsión de policías y funcionarios aprovechados, pasando por el secuestro de haberes bancarios, la prohibición de exportar capitales o la pura y simple confiscación, de modo que la gran mayoría llega a su nueva patria en la más estricta miseria.

Si este primer ciclo de huidas-expulsiones ha tenido lugar cuando buena parte del mundo árabe se encontraba aún bajo tutela colonial o semicolonial, el posterior acceso de aquellos países a la plena soberanía, el creciente islamocentrismo de sus sociedades y la escalada nacionalista de sus gobiernos harán todavía más frágil y precaria la situación de las comunidades hebreas, convertidas en el chivo expiatorio tanto de los avatares políticos internos como de los nuevos choques bélicos entre Israel y sus vecinos.

En Egipto, la crisis de Suez de 1956 agudiza el sesgo antisemita del régimen nasserista y precipita el éxodo del grueso de la comunidad judía, 14.000 miembros de la cual se instalan en Israel; la exigua minoría restante será aún objeto de brutalidades, detenciones y expulsiones a raíz de la derrota árabe de 1967. En Marruecos, desde donde entre 1950 y 1956 salen hacia el Estado hebreo 108.000 personas, el fin del protectorado franco-español, el fervor nacionalista de la independencia y el consenso de la nueva clase política local contra la emigración de los judíos no hacen sino acentuar la desazón de estos y espolear su salida apenas, en 1961, Rabat cambie de actitud: los más pobres, unos 100.000, en dirección a Israel a cargo de la Agencia Judía; la minoría acomodada hacia Francia, España o América. En Túnez, el gobierno de Burguiba se muestra sutil en las discriminaciones, pero el enfrentamiento armado con Francia, en 1961, por la base de Bizerta proyecta sobre los judíos la acusación de poco patriotas y desencadena una desbandada que culminará con la guerra de los Seis Días; de los 130.000 hebreos tunecinos, unos 52.000 hallan refugio en Israel. El caso de Argelia es particular porque, poseedores de la nacionalidad francesa, los judíos argelinos abandonan el país a la vez que el conjunto de la población *pied-noir*, poco antes de la independencia de 1962, si bien la gran mayoría opta por establecerse en la antigua metrópoli y solo unos 24.000 deciden trasladarse a Israel. En fin, las

dictaduras baazistas de Siria e Iraq tratarán a los pocos miles de judíos que todavía quedan en ambos países durante los años sesenta y setenta como a verdaderos rehenes, sujetos a toda clase de represalias (11 ejecutados en Bagdad, en 1969…) y privados de sus derechos básicos.

CUADRO 5.1. Población e inmigración a Israel (1948-1970)*

Año	Inmigración	Población judía	Población no judía	Población total
1948	101.828**	758.702	120.000	879.000***
1949	239.576	1.013.871	160.000	1.173.871
1950	170.249	1.202.992	167.101	1.370.094
1951	175.095	1.404.392	173.433	1.577.825
1952	24.369	1.450.217	179.302	1.629.519
1953	11.326	1.483.641	185.776	1.669.417
1954	18.370	1.526.009	191.805	1.717.814
1955	37.478	1.590.519	189.556	1.789.075
1956	56.234	1.667.455	204.935	1.872.390
1957	71.224	1.762.741	213.213	1.975.954
1958	27.082	1.810.148	221.524	2.031.072
1959	23.895	1.858.841	229.344	2.088.685
1960	24.510	1.911.200	239.200	2.150.400
1961	47.638	1.981.700	252.500	2.234.200
1962	61.328	2.068.900	262.900	2.331.800
1963	64.364	2.155.500	274.600	2.430.100
1964	54.716	2.239.000	286.400	2.525.600
1965	30.736	2.299.100	299.300	2.598.400
1966	15.730	2.344.900	312.500	2.657.400
1967	14.327	2.383.600	390.300	2.773.900
1968	20.544	2.434.800	406.300	2.841.100
1969	32.679	2.498.400	422.800	2.919.200
1970	36.928	2.561.400	440.000	3.001.400

Fuente: *Israël, faits et chiffres 1972*, Ministerio de Relaciones Exteriores, Jerusalén, 1972, p. 49.

* Al final del año, y sin los territorios ocupados a partir de 1967. Desde 1960, las cifras han sido redondeadas a la centena más próxima. ** Del 15 de mayo al 31 de diciembre. *** Estimación.

Como un efecto colateral de la creación de Israel, pues, unos 900.000 habitantes judíos de los países árabes fueron expulsados o compelidos a emigrar, previo expolio económico, a lo largo de las décadas siguientes, y dos de cada tres miembros de dicho colectivo hallaron acogida y un futuro en el Estado hebreo. Es evidente que una injusticia no anula otra injusticia, pero

parece razonable que, cuando se invocan derechos al retorno y demandas de indemnización, el caso de los 600.000 israelíes llegados del mundo árabe y sus descendientes sea tenido en cuenta al lado de los 700.000 desterrados palestinos de 1948 con sus hijos y nietos.

De cualquier modo, la llegada a Israel, en sus primeros tres años y medio de existencia, de casi 687.000 inmigrantes que doblan la población inicial, en su mayoría desprovistos de todo, procedentes de todas las latitudes, hablando casi todas las lenguas imaginables y con inmensas diferencias socioculturales entre sí, es una experiencia inédita —como si Estados Unidos hubiese absorbido 30 millones de inmigrantes por año—, abigarrada y caótica que debe conllevar —y, en efecto, conlleva— enormes problemas materiales, dificultades de integración y conflictos de la naturaleza más variada.[15] La penuria sin duda más dramática es la de los alojamientos, que los primeros en llegar tras la independencia resuelven gracias a los 50.000 hogares árabes abandonados; las ulteriores oleadas migratorias, empero, ya van a parar a campos de acogida donde la estancia se prolonga durante meses en un ambiente de saturación, promiscuidad y desmoralización creciente.[16] Como respuesta, y a partir de mayo de 1950, se crean unos 140 *maabarot* o «campos de tránsito» (campos de barracones, o de tiendas, en la periferia de las ciudades), que dos años más tarde acogen a más de 220.000 personas y pretenden facilitar su integración por la vía del trabajo. Por más que, en paralelo, se construyen y se distribuyen a toda prisa decenas de miles de espartanas viviendas permanentes, muchos inmigrantes seguirán residiendo en *maabarot* hasta principios de la década siguiente.[17] En el Israel de los años 1948-1951, la universal e inevitable tensión entre «los que llegan» y «los que ya estaban ahí» se ve complicada por la extraordinaria mezcla de procedencias de los nuevos israelíes (asquenazíes centroeuropeos, sefardíes mediterráneos, judíos del Yemen o del Magreb profundo que vienen directamente de la Edad Media…). La acogida de los veteranos es contradictoria, llena de emociones y prejuicios, pero a menudo marcada por la condescendencia, por el menosprecio israelí de las mentalidades diaspóricas o del «primitivismo» de los judíos afroasiáticos, muchos de ellos carentes de calificación laboral o académica. En un país concebido y modelado por asquenazíes del este y el centro de Europa (tal es, en mayo de 1948, el origen del 85% de los israelíes), el choque cultural tiene que ser intenso con la fracción menos evolucionada de los judíos orientales, sobre todo con los yemeníes, que no solo ignoran el uso de los sanitarios modernos o del papel higiénico, sino que además practican la poligamia; no pueden concebir la igualdad de derechos de la mujer, y, cuando se les sugiere que hagan algo para evitar tener tantos hijos, responden que, después de todo, el patriarca Jacob bien tuvo doce, las doce tribus…[18] Además, la inmigración oriental choca con las convicciones secularistas y descreídas de los padres fundadores, e inflama el conflicto entre laicos y ortodoxos —estos, horrorizados ante la coeducación o la desinhibida relación entre sexos que caracteriza a los pioneros…—. En síntesis: si descontamos esporádicas expresiones de malestar contra el *establishment* (desórdenes de Haifa, en julio de 1959…), podríamos decir que los sefardíes del norte de África y de Oriente Próximo se resignan a ser los peones de la construcción del Estado, a incorporarse a la nueva sociedad desde lo más bajo; sin embargo, las carencias del proceso de integración nacional de la década de 1950 dibujan una grieta entre dos campos —uno, poseído por un sentimiento de superioridad, el otro, por un complejo de inferioridad y de discriminación— que tendrá importantes consecuencias políticas a medio plazo.

CUADRO 5.2. Judíos de los países árabes en Israel (1948-2020)

País	Población judía 1948	Emigrados a Israel	Población judía 2020
Argelia	140.000	24.000	50
Egipto	66.000	37.000	100
Iraq	140.000	130.000	5
Líbano	5.000	4.000	100
Libia	38.000	35.800	0
Marruecos	285.000	266.300	2.150
Siria	35.000	8.500	0
Túnez	130.000	52.000	1.000
Yemen y Aden	60.000	50.600	50
Total	899.000	608.200	3.455

Fuente: elaboración propia a partir de Moïse Rahmani, *op. cit*., Shmuel Trigano (dir.), *op. cit*., Élie Barnavi (dir.) *Histoire universelle des juifs* y Martin Gilbert *Atlas de la historia judía*.

Por otra parte, los primeros años tras la independencia no son duros y difíciles tan solo para los nuevos inmigrantes, sino para todos. En abril de 1949, con el 25% del presupuesto dedicado a la defensa y una tasa de paro del 14%, el gobierno Ben-Gurion impone un severo programa de austeridad económica (Tsena) basado en el control estricto de los precios, los cambios y las importaciones, y el racionamiento de alimentos y bienes de consumo. El objetivo es garantizar al conjunto de la población el mínimo vital (calculado en 2.600 calorías por día), y el resultado es una dieta uniforme en la que brillan el bacalao congelado, los huevos deshidratados, el pan negro, la margarina, las lentejas… y 540 gramos de carne al mes por persona; dieta surtida con los corolarios inevitables de esta clase de situaciones: burocracia, largas colas, picaresca y mercado negro; en cuanto a calzado, ropa, muebles, neveras o utensilios de cocina, los primeros israelíes no pueden escoger demasiado y tienen que proveerse de cuanto ofrece la marca estándar *Lacol* («Para todos»), de una calidad y un diseño menos que descriptibles. Como resultado de este tratamiento de choque, el coste de la vida baja un 14% entre mayo de 1948 y febrero de 1950, pero la población se asfixia bajo el peso de la penuria.[19] Solo la decisión, adoptada a finales de 1951, de restringir drásticamente la inmigración para los años siguientes permitirá liberalizar la política económica y relajar las medidas de austeridad. Aun así, las dificultades materiales, los problemas de integración o la decepción de las expectativas previas harán que, entre 1948 y 1969, 127.344 judíos, la inmensa mayoría antiguos inmigrantes, abandonen Israel.

UNA DEMOCRACIA EXÓTICA

Heredera de las prácticas y de las instituciones representativas del *yishuv* preestatal, la democracia israelí es exótica en un doble sentido: en el geográfico, puesto que constituye el único sistema político pluralista, competitivo, con separación de poderes, respetuoso de los derechos individuales y susceptible de alternancia en todo el Oriente Próximo de la segunda

mitad del siglo XX; pero el exotismo deriva también de que, a pesar de su molde occidental, las singularidades identitarias, sociales y culturales del Estado hebreo, el conflicto crónico con los vecinos, hacen que en su política no juegue solo la fisura derechas-izquierdas, sino también —y mucho— las bipolaridades entre religiosos y laicos, o entre «halcones» y «palomas», o entre asquenazíes y «orientales», o entre «marroquíes» y «rusos»… Las consecuencias son una complejidad en el mapa partidario, una virulencia en los debates, una complicación en las crisis que, al observador externo, le resultan a menudo ininteligibles.

Aunque al frente de un gobierno de amplia coalición con 13 ministros que deciden por mayoría, y protocolariamente por debajo de Haim Weizmann —elegido el 16 de mayo de 1948 presidente interino del Estado—, David Ben-Gurion es sin disputa quien, como primer ministro y titular de Defensa, personifica y timonea el nuevo poder estatal durante la etapa de provisionalidad que abarca los primeros nueve meses de historia israelí. Lo hace con una inmensa autoridad, pero sin ninguna tentación caudillista, de modo que el 25 de enero de 1949 —las hostilidades han cesado dos semanas antes— ya se celebran comicios a un parlamento constituyente, la primera Knéset (Asamblea). En homenaje a remotos antecedentes históricos, la cámara única tendrá 120 escaños, elegidos por sufragio universal de todos los habitantes del país mayores de dieciocho años, hombres y mujeres, judíos y árabes, cristianos y musulmanes, de acuerdo con unas reglas extraídas de la tradición sionista que, inalteradas desde entonces, están en el origen de algunas de las peculiaridades políticas de Israel: con todo el país como circunscripción electoral única, un escrutinio rigurosamente proporcional entre listas cerradas y un mandato de cuatro años.

En esta ocasión inaugural, una veintena de listas se disputan el censo, más de la mitad obtienen representación (basta con un 1% de los sufragios) y ninguna de ellas —así ha sido siempre— alcanza la mayoría absoluta. Sin embargo, el Mapai, el partido socialdemócrata de Ben-Gurion, recoge un 35,7% de los votos, que le dan 46 escaños y una rotunda primacía; seguido por la formación de izquierdas Mapam (14,7% y 19 diputados); el frente de los partidos religiosos (12,2% y 16 actas), y el nuevo partido Herut (Libertad), que Menahem Begin acaba de crear sobre el legado del disuelto Irgún Zvai Leumi y que reúne el 11,5% de los votos, traducidos en 14 escaños.[20]

A pesar de que, en adelante, el enorme proceso inmigratorio doblará, triplicará y cuadruplicará el censo electoral, estos resultados de 1949 dibujan los grandes rasgos del sistema de partidos israelí y de la correlación de fuerzas que va a prevalecer durante casi tres decenios, hasta 1977. Forjada, como hemos visto, durante la época mandataria, la larga hegemonía social, cultural y política del Mapai —que, en las urnas, oscila entre un apoyo mínimo del 32,2% (1955) y un máximo del 38,2% (1959)— es administrada con grandes dosis de pragmatismo, y se basa en el apoyo de un tercio de los kibutz, de la mayoría de los *moshavim* o pueblos cooperativos, pero sobre todo en un control sólido —sin ser monolítico— de la Confederación General de los Trabajadores, la todopoderosa y omnipresente Histadrut. Un sindicato que, al mismo tiempo, es el primer creador de puestos de trabajo del país, puesto que posee, además de cientos de cooperativas tanto de producción como de consumo y de servicios, la compañía de autobuses Egged, la gran empresa de obras públicas Solel Boneh, el Bank Ha’Poalim o «Banca Obrera»; ejerce el cuasimonopolio sobre los seguros sociales (Kupat Holim); edita el diario *Davar*; sostiene los equipos deportivos Hapoel, y, entre los afiliados y sus familias, aglutinan hasta un

57,5% de la población total.[21] Se configura de este modo un verdadero partido-régimen que sus mismos dirigentes no dudan en identificar como tal: «Nuestro partido es bien extraño —declara en 1949 su entonces secretario general, Zalman Aran—, el partido es la Histadrut, el Estado, la Agencia Judía, ¡lo es todo!».[22] Lo es todo, pero no posee la mayoría absoluta.

Si la aritmética le obliga, pues, a gobernar en coalición, el Mapai considera que la cohesión de la sociedad israelí aconseja comprometer en el ejecutivo a los partidos religiosos, de manera que Ben-Gurion los convierte en sus socios predilectos. Esta «alianza histórica»[23] con el socialismo abarca a los sionistas religiosos del Mizrahi y de su variante obrera, Hapoel Hamizrahi —que, en 1956, se fusionarán en el Partido Nacional Religioso o Mafdal—, pero también a los ortodoxos asionistas de Agudat Israel (la Unión de Israel) y de su rama obrera, los Poalei Agudat Israel; todos ellos participan inicialmente del bloque gubernamental, causan su primera crisis —el motivo es la educación, religiosa o laica, de los niños inmigrantes— y provocan las elecciones anticipadas de julio de 1951. Después, tres de los cuatro grupos citados siguen casi sin interrupción dentro del gobierno o de la mayoría que lo sostiene, y solo los fundamentalistas de Agudat Israel se instalan en la oposición. De cualquier modo, la participación en el poder durante los años iniciales del Estado permite a tales partidos asegurar a la religión un papel público considerable, así como consolidar sus respectivas clientelas electorales; desde la óptica de Ben-Gurion y la de sus sucesores, en cambio, la alianza da a los gobiernos una caución religiosa, modera su imagen «de clase» y perpetúa el aislamiento de la derecha revisionista.[24]

Pero los partidos religiosos no son los únicos aliados posibles del Mapai. También se sientan discontinuamente en los consejos de ministros diferentes partidos laicos de centro, o «burgueses», con una cuota electoral fluctuante entre el 9,3 y el 22,1% (Sionistas Generales, Progresistas) que, en 1961, se unirán en el Partido Liberal antes de cortar los puentes con el socialismo y aproximarse a la derecha. Además, el Mapai tampoco descarta alianzas por la izquierda, y a partir de mediados de la década de 1950 las establece con los grupos minoritarios (alrededor del 15% de los votos) del sionismo socialista; es decir, con Ahdut Haavodá —que recupera una existencia de partido independiente entre 1954 y 1968— y hasta con el Mapam, este muy debilitado por las discordias internas y por el doctrinarismo prosoviético de que hace gala hasta los inicios de la desestalinización, pero todavía bien presente dentro del movimiento kibutziano; a la postre, todos forman parte de la misma familia ideológico-política. Por el contrario, la Guerra Fría y el antisionismo militante que Moscú le dicta desde 1950 condenan al Partido Comunista Israelí o Maki al ostracismo institucional y a la marginalidad entre los electores judíos, si bien eso mismo le asegura el voto de una porción de los árabes israelíes.[25]

Casi tan marginal como los comunistas, aunque por razones distintas, resulta en estos años la derecha nacionalista y populista organizada por Menahem Begin en el partido Herut. Con un programa belicista y expansionista —el Gran Israel sobre las dos orillas del Jordán, todavía…— y una práctica opositora agresiva y demagógica, los herederos de Jabotinsky no consiguen ir más allá del 13,7% de los votos (1961), mientras su líder se convierte en la bestia negra de las izquierdas —«el diputado Begin, este violinista de una sola cuerda que toca siempre la misma melodía: la guerra», lo describe en octubre de 1956 un parlamentario del Mapam—,[26] un «terrorista» y un «putschista» al que Ben-Gurion distingue con el mayor de sus desprecios. En 1965, una decepcionante coalición electoral de centro-derecha antisocialista con el Partido

Liberal (el Gahal o Bloque Herut-Liberales) tampoco consigue poner fin a la travesía del desierto, pero al menos infunde respetabilidad a un Begin que se ha transformado en el líder de la «leal oposición». Es así como el 1 de junio de 1967 deviene ministro sin cartera del gobierno de unión nacional que debe afrontar la inminente guerra con los árabes, el gobierno que, paradójicamente, realizará bajo hegemonía de la izquierda los viejos sueños territoriales revisionistas. El exparia Begin, por su parte, conserva la poltrona ministerial durante tres años, hasta agosto de 1970, si bien todavía necesitará otra década antes de que, en 1977, su llegada al poder pase de simbólica a real.[27]

Por si este panorama político-partidista no fuese ya bastante complejo, se debe recordar que el Estado de Israel cuenta desde el primer día con una importante minoría de habitantes árabes a los que una ley de 1932 reconoce la nacionalidad israelí y que, gracias a una fuerte tasa de natalidad, consolidan su peso demográfico (12% en 1950, 14% en 1967) a pesar de la gran inmigración judía. Es una población predominantemente rural y pobre, que de repente se ha visto minorizada y amputada de sus élites y que se enfrenta a un irresoluble conflicto de lealtades: su país —Israel— está en guerra con su pueblo —el arabopalestino o el árabe en general. De cara a conjurar los riesgos potenciales de esta lealtad problemática, las autoridades hebreas se muestran expeditivas: la minoría árabe es declarada exenta de la obligación del servicio militar, y las zonas geográficas donde se concentra el 75% de ella (Galilea en torno a Nazaret, Um el-Fachem, Baka al-Garbía y otras localidades en la frontera noroccidental con Cisjordania, y una parte del Negev) permanecen bajo administración militar… ¡hasta 1966!, con el pesado cortejo de restricciones de movimientos, confiscaciones de tierras, registros, arbitrariedades y abusos que tal régimen de excepción conlleva.[28] Es preciso añadir que la desconfianza hacia los árabes musulmanes o cristianos no se aplica a la pequeña y cerrada comunidad drusa de Galilea; los miembros israelíes de esta secta surgida del islam en el siglo XI (unos 14.500 en 1948, 72.000 en 1985, 122.000 en 2023) tuvieron siempre abierto —como voluntarios primero, como reclutas desde 1956— el acceso a las fuerzas armadas, en el seno de las cuales sus ancestrales tradiciones guerreras los han convertido en una tropa de élite, y las numerosas bajas sufridas en combate han sellado una especie de «pacto de sangre» con la mayoría judía; en el año 2002, el 40% de los hombres drusos trabajaban en las filas de la policía y el ejército. La minoría árabe beduina, por su parte, puede enrolarse en el Tsahal a título voluntario.[29]

Los gobernantes de Israel, en todo caso, aspiran a construir una sociedad verdaderamente democrática, y ello no solo les obliga a contar a los árabes israelíes entre los beneficiarios de los servicios sociales (sanitarios, higiénicos, educativos…) y del desarrollo material que el nuevo Estado promueve, o a reconocerles una importante autonomía comunitaria tanto en los asuntos locales como en los religiosos y el consecuente derecho de familia. Es probablemente exacto que «el carácter judío del Estado de Israel priva a los árabes del pleno ejercicio de su ciudadanía»,[30] pero no lo es menos que estos han sido desde el primer momento electores y elegibles, lo cual exigía establecer fórmulas capaces de asegurar su participación política y cierto grado de integración en el sistema. Hasta la década de 1970, tales fórmulas se basan en el clientelismo, en el patronazgo, en el intercambio de votos por favores.[31] Debido a su posición dominante en los aparatos estatales que distribuyen cargos, subvenciones y permisos, el Mapai se asegura la adhesión de una red de mujtar, notables ciánicos o caciques locales que, además de controlar a sus convecinos, canalizan el voto árabe no hacia el partido de Ben-Gurion, sino hacia unas

«listas árabes» adheridas a él y que llevan nombres como «Partido Democrático de Nazaret», «Progreso y Trabajo», «Agricultura y Desarrollo», etcétera; entre 1951 y 1965, tales listas obtienen un promedio de entre 4 y 5 diputados. Por sorprendente que resulte, también el Partido Nacional Religioso intercambia recursos presupuestarios de los ministerios que controla por votos árabes, mientras que el Mapam, en cambio, intenta desde 1954 convertirse de verdad en un partido bicomunitario, judeoárabe. Lo tienen mucho más fácil los comunistas del Maki, cuyo virulento antisionismo les atrae el electorado árabe más politizado y protestatario; sobre todo, cuando la URSS apuesta por Nasser y su panarabismo. En 1965, la militancia árabe del Maki y un puñado de judíos se escinden para crear el Rakah —después, Hadash (Renovación)— que ya es, *de facto*, un partido étnico consagrado a la defensa exclusiva de los ciudadanos árabes. Sin embargo, no será hasta finales de la década siguiente cuando arranque la «palestinización» de los árabes de Israel y su emancipación de la tutela del *establishment* sionista.[32]

Si volvemos, ahora, al análisis del proceso de institucionalización política israelí, es preciso señalar que, constituida el 14 de febrero de 1949, la primera Knéset ratifica dos días más tarde a Haim Weizmann como presidente del Estado (véase cuadro 5.3); el cargo —con un mandato de cinco años renovable una sola vez—[33] es eminentemente protocolario y simbólico, sin poderes políticos, y está lejos de lo que el veterano químico habría deseado como culminación de su larguísima carrera sionista, pero la animosidad de Ben-Gurion es implacable, y Weizmann tiene que resignarse a ser «el prisionero de Rehovot», localidad donde se dedica a consolidar el instituto de investigación científica que llevará su nombre. Aunque, a la muerte del primer titular, el cargo es ofrecido a Albert Einstein, los sucesores serán más bien miembros veteranos del aparato político socialista de origen centroeuropeo; hay que esperar a Y. Navon para ver a un sefardí en la presidencia, y a M. Katzav, en el año 2000, para que la alcance un miembro del llamado «Segundo Israel», es decir, un militante de la derecha, nacido en un país islámico (Irán) e inmigrado en los difíciles años cincuenta del siglo XX.[34]

CUADRO 5.3. Presidentes del Estado de Israel

Nombre	Mandato
Haim Weizmann	1948-1952
Yitzhak Ben Zvi	1952-1963
Zalman Shazar	1963-1973
Efraim Katzir	1973-1978
Yitzhak Navon	1978-1983
Haim Herzog	1983-1993
Ezer Weizman	1993-2000
Moshe Katsav	2000-2007
Shimon Peres	2007-2014
Reuven Rivlin	2014-2021
Isaac Herzog	2021-

Simultáneamente a la elección de H. Weizmann, la cámara de diputados israelí aprueba una Ley de Transición destinada a fijar, en espera de la Constitución definitiva, las estructuras del Estado judío, que queda configurado como una república democrática parlamentaria lindando

con el régimen de asamblea (al modo, por ejemplo, de la Cuarta República francesa); el 8 de marzo siguiente, Ben-Gurion recibe la confianza como jefe del primer gobierno regular. Sin embargo, la Constitución anunciada y prevista no se redactará nunca; los dos extremos del eje derecha-izquierda (Herut, Mapam y comunistas) están a favor, pero el pragmatismo de Ben-Gurion se decanta por no apoyarlos. Los pretextos invocados son diversos: no se puede fijar una Constitución cuando la mayoría de la nación —los inmigrantes— todavía no ha llegado; no sería bueno encorsetar entre reglas rígidas un Estado y una sociedad que se están construyendo; tampoco Gran Bretaña tiene una Constitución formal… La causa verdadera es una: la oposición feroz de los partidos religiosos, socios del gobierno, para los cuales solo la Torá posee una autoridad soberana sobre la vida de Israel y es su norma fundamental. Con el fin de esquivar o retrasar —evitarla, como veremos, será imposible— una *Kulturkampf* entre las concepciones antagónicas de laicos y ortodoxos, el Mapai inclina a la Knéset a decidir, el 13 de junio de 1950, que se elaborarán una serie de leyes fundamentales a modo de capítulos separados de la futura —y aplazada— Constitución; desde entonces, se han promulgado una docena (sobre la tierra, el presidente del Estado, el gobierno, el presupuesto, las fuerzas armadas, el sistema judicial, etc.).[35]

Más fácil resulta el consenso en torno a algunos acuerdos parlamentarios de alto contenido programático o simbólico; por ejemplo, el que, desafiando a la ONU y a su insepulto proyecto de internacionalización, proclama el 23 de enero de 1950 que «Jerusalén es y ha sido siempre la capital de Israel»; o, el 5 de julio del mismo año, el voto de la Ley del Retorno. Médula del carácter sionista del Estado, expresión de su objetivo primigenio —el reagrupamiento de los exiliados—, esta disposición aprobada por unanimidad establece que «cualquier judío tiene derecho a inmigrar a Israel» y a obtener automáticamente su ciudadanía. Claro que esto no tarda en suscitar la cuestión de quién puede acogerse a la ley; es decir, de quién es judío. Después de algunos casos judiciales célebres y de largos debates entre la visión civil del tema —es judío quien declara de buena fe que lo es…— y la concepción estrictamente religiosa, una doble y ambigua enmienda de 1970 precisa de un lado que, «a los efectos de esta ley, es considerada como judía una persona nacida de madre judía o convertida y que no pertenezca a otra religión», pero al mismo tiempo extiende el derecho a la inmigración y a la nacionalidad a los hijos y a los nietos de los judíos diaspóricos y a sus respectivos cónyuges, sean o no judíos según el criterio rabínico.[36]

La inextricable confusión que existe, en el caso judío, entre adscripción identitaria y filiación religiosa, y las dificultades que ello proyecta sobre el vínculo entre política y religión en Israel, marcan la vida pública del nuevo Estado desde los primeros tiempos. Este no solo establece como día festivo semanal el *shabat*, y garantiza que los comedores públicos sirvan alimentos *kosher*, y suspende en sábado el funcionamiento de los transportes colectivos —incluidos los vuelos de la compañía aérea de bandera, El Al—, sino que además abandona los asuntos de estatus personal y derecho de familia en manos de las distintas confesiones religiosas y de sus tribunales: en el país no hay matrimonio ni divorcio civiles, dos personas de religiones diferentes no pueden casarse si no es en el extranjero, y hasta el más ateo de los israelíes es, para la administración, judío o musulmán o cristiano.[37]

A pesar de tan amplias concesiones, la minoría ortodoxa y los partidos que la representan no se dan por satisfechos ni vacilan en recurrir al enfrentamiento para mejorar las posiciones adquiridas. Desde 1949, en Jerusalén, judíos devotos entre los que destacan los de la secta ultra Neturei Karta (Guardianes de la Ciudad)[38] se manifiestan violentamente contra los cines, los teatros, los vehículos privados y otras actividades que violan el *shabat* y suscitan una intensa batalla política con el propósito —frustrado— de obtener, tanto a escala nacional como municipal, una normativa a su gusto en materia sabática. En 1951 estos mismos sectores se amotinan hasta conseguir que las jóvenes de familias religiosas puedan sustraerse tanto al servicio militar femenino como a un «servicio nacional» no armado concebido a su intención.[39] Pocos meses después, y según ya hemos dicho, el choque sobre la enseñanza religiosa o laica de los niños inmigrantes provoca la primera crisis de gobierno y las primeras elecciones anticipadas de la historia israelí, lo cual no impide que la disputa se extienda al conjunto del sistema escolar. La Ley sobre la Educación Nacional de 1953 sella el armisticio: la enseñanza pública es unificada, si bien con dos redes distintas, las «escuelas estatales» (laicas) y las «escuelas religiosas estatales», controladas por los sionistas ortodoxos. Agudat Israel, por su parte, prefiere mantener un dispositivo escolar ultraortodoxo privado y autónomo…, pero reconocido y subvencionado por el Estado en un 60%.[40] Por más que, ya en enero de 1950, Ben-Gurion hubiese advertido a los miembros religiosos de su gabinete de que «este gobierno no se ha dado por misión transformar el Estado de Israel en un Estado teocrático, y no impondrá la Ley a su pueblo»,[41] la búsqueda sistemática que tanto él como sus sucesores practican del compromiso, el equilibrio y la transacción con las expresiones políticas de la ortodoxia otorga a estas un peso desproporcionado, y mantiene importantes aspectos del ordenamiento legal y de la vida social del país en un *modus vivendi* hecho de segregaciones, de agravios comparativos y de conflictos latentes que se exteriorizarán cada vez con mayor frecuencia.

Pero no todas las crisis de la partitocracia israelí vienen provocadas por la cuestión religiosa o por las secuelas emocionales del Holocausto, de las que hablaremos más adelante. Las hay, también, típicamente políticas, inseparables de la fortísima, carismática e irascible personalidad de David Ben-Gurion y de la carrera por su sucesión. En diciembre de 1953, en un gesto de connotaciones gaullistas, este abandona el gobierno en manos de Moshé Sharett y se retira a un nuevo kibutz en pleno desierto del Negev, Sde Boker, que será durante dos décadas el Colombey-les-deux-Églises del estadista judío; al año siguiente, una torpe operación del espionaje militar israelí para desestabilizar al novel régimen nasserista egipcio acaba en desastre, y la responsabilidad o inocencia en el caso del ministro de Defensa, Pinhas Lavon, deviene el objeto de un feroz enfrentamiento dentro del Mapai entre la «vieja guardia», por un lado, y Ben-Gurion con algunos jóvenes protegidos (Moshe Dayan, Shimon Peres, Yitzhak Navon…), por el otro. La dimisión de Lavon, en febrero de 1955, permite a Ben-Gurion reasumir la cartera de Defensa y, aquel noviembre, regresa a la función de primer ministro, pero los interminables avatares del caso Lavon siguen sembrando la discordia en la cúpula socialista y erosionando la aureola del Viejo que, en junio de 1963, emprende brusca y definitivamente el camino de Sde Boker.[42]

Le sustituye el anterior ministro de Finanzas, miembro también de la segunda *aliá*, el discreto y afable Levi Eshkol, flanqueado por Golda Meir, primero, en la cartera de Asuntos Exteriores; después, en la secretaría general del Mapai. Ben-Gurion, por su parte, intensifica sin

éxito los ataques internos y en 1965, con Peres, Dayan y un puñado más de fieles, se escinde para crear la Reshimat Poalei Israel (Lista de Obreros de Israel) o Rafi. Los resultados electorales son decepcionantes (7,9%), y, tres años después (enero de 1968), los ambiciosos cachorros bengurionistas no dudan en unificar el Rafi con el Mapai y Ahdut Haavodá en el nuevo Mifleguet Haavodá o Partido Laborista. Incombustible, el patriarca se autoexcluye y, en 1969, todavía prueba suerte electoral con una lista propia (3,5% de los votos) antes de abandonar para siempre la política (1970) e instalarse en el kibutz del desierto, donde morirá el 1 de diciembre de 1973.[43]

Naturalmente, tanto el larguísimo caso Lavon como todas las demás polémicas y crisis de la política israelí —entre marzo de 1949 y junio de 1963 se suceden diez gobiernos diferentes, con un promedio de vida de dieciséis meses— son objeto de seguimiento minucioso, a veces de intervención activa, por parte de una prensa numerosa y muy plural en la que destacan, por sus tiradas, los vespertinos populares *Yediot Aharonot* y *Maariv* [La Tarde]; por su influencia, *Haaretz* y *The Jerusalem Post*, en inglés, y, por su significación, el diario sindical *Davar*.

Otros tres actores juegan, al lado de los partidos, las instituciones políticas y la prensa, un protagonismo destacado en la caracterización y el funcionamiento de la democracia israelí: el poder judicial, las Fuerzas Armadas y los servicios secretos. En cuanto al primero, largamente tributario del legado británico, lo caracterizan la celosa independencia y la neutralidad política, pero sobre todo el papel del Tribunal Supremo. Este acumula las funciones de Tribunal de Apelación en última instancia con las de Tribunal Constitucional, y esto último, en un país carente de Constitución formal y donde muchas leyes rezuman ambigüedad a causa de las transacciones y los compromisos parlamentarios, le otorga un amplio margen de maniobra. Así pues, los catorce magistrados del Supremo israelí —prácticamente designados por cooptación, e inamovibles hasta los setenta años— han ido asumiendo, sobre todo desde la década de 1980, un papel no solo de interpretación de las leyes, sino normativo —de dictar normas a la sociedad— o supralegislativo, hasta el extremo de que, a juicio de algunos críticos, se ha producido «una transferencia de poder y de legitimidad desde la Knéset hacia el Tribunal Supremo».[44] En todo caso, a través de sus sentencias y resoluciones, ya sea en materia de derechos humanos y libertades públicas, contra determinados privilegios de los ortodoxos, o contra la negativa de algunos militares a servir en Cisjordania por razones de conciencia, o sobre la legalidad de ciertas candidaturas electorales árabes o de extrema derecha,[45] es innegable que el Tribunal Supremo se ha situado en el centro mismo de las más ásperas polémicas políticas y sociales que sacuden actualmente Israel, con las consecuencias que veremos.

Heredero de las milicias de autodefensa del *yishuv* durante la época preestatal, retoño de una tradición militar judía caída en el olvido durante dos mil años de exilio, factor decisivo para la supervivencia del Estado durante la guerra de 1948-1949 y después, el Ejército de Defensa de Israel (Tséva Haganá Le'Israel, en acrónimo Tsahal) posee unos rasgos, unos atributos y unas funciones que lo singularizan entre las fuerzas armadas de cuño occidental y democrático. Está, por un lado, su carácter de ejército de ciudadanos, de «nación en armas» no solo a través de un largo servicio militar obligatorio para ambos sexos, sino también de la importancia básica que tienen en él los reservistas, movilizables hasta la edad de cincuenta y cinco años los hombres, de treinta y cuatro las mujeres, imprescindibles en caso de conflicto. Llama la atención, igualmente, la mezcla entre el alto grado de preparación y profesionalismo de los mandos y su

despreocupación —legado, sin duda, de la Haganá y del Palmach— por los rituales, las apariencias externas, los galones y las medallas. Sobre ello, dos anécdotas: cuando, en junio de 1948, Moshe Dayan recibe la orden de acompañar hasta West Point los restos del coronel judío norteamericano David Marcus, son los dependientes de una tienda de confección de Tel Aviv quienes le diseñan un uniforme presentable para la ceremonia fúnebre…; veinte años más tarde, llegado a Washington como embajador, el general Yitzhak Rabin tendrá serias dificultades para que sus colegas entiendan que él, el vencedor de la guerra de los Seis Días, no luce ninguna condecoración en la solapa de su esmoquin por la sencilla razón de que el ejército israelí no concede condecoraciones.[46]

Si su creador y ministro de Defensa durante muchos años, Ben-Gurion, prevé en este ejército «una fuerza pionera y educativa, fundadora de la nación, redentora del desierto […], el molde del que saldrán los futuros líderes de la nación, el instrumento cultural de la reunión de los inmigrantes, de su unificación y de su elevación espiritual»,[47] hay que decir que, lejos de cualquier idealización, el Tsahal será efectivamente una pieza de primer orden en el proceso de integración de los jóvenes llegados en las sucesivas oleadas inmigratorias, centro de formación escolar o profesional para muchos de ellos, herramienta de expansión agrícola en zonas de riesgo durante los primeros tiempos y, siempre, un vivero de dirigentes para la política israelí. En parte gracias a la popularidad y a la imagen de eficacia ganadas bajo el uniforme, también a causa de la obligación de dejar el servicio activo alrededor de los cincuenta años, el hecho es que las cúpulas de los partidos laicos, la dirección del gobierno y hasta la presidencia del Estado han sido ocupadas a menudo por exgenerales (Dayan, Rabin, Herzog, Weizmann, Barak, Sharon, Eytan, Mitzna…), fenómeno insólito que refleja no una forma de pretorianismo o de militarización de la sociedad, sino más bien el civilismo de aquellas fuerzas armadas. En el terreno operativo, el Tsahal perfecciona y tecnifica las aptitudes que ya había mostrado durante la guerra de independencia —movilidad, audacia, imaginación, contundencia…—, aptitudes que eclosionarán con la espectacular victoria de junio de 1967. Paradójicamente, son las exigencias estratégicas y funcionales derivadas de tal victoria —fortificarse en el terreno, defender, ocupar…— las que, a partir de entonces, empiezan a embotar tanto los reflejos combativos como la moral interna e, incluso, la imagen externa de los militares israelíes.

De cualquier manera, el prestigio y la reputación de invencibilidad que el Tsahal se gana durante su primer cuarto de siglo descansan antes que nada sobre la capacidad de evaluar las amenazas y anticiparse al enemigo, es decir, sobre la mitificada superioridad de los servicios de inteligencia del Estado hebreo: de hecho, una curiosa positivación de algunos de los clichés antisemitas más clásicos (astucia, habilidad para engañar y corromper, disimulo…). En este terreno, la Haganá había creado desde 1940 un embrionario aparato de infiltración y recogida de datos entre los árabes, los británicos y los disidentes revisionistas; aparato que, ampliado en 1947 a tareas de intoxicación informativa, intercepción de comunicaciones, guerra sucia y espionaje estricto en alguna capital árabe, ofrece a los judíos prestaciones modestas, pero valiosas, sobre todo en la primera fase de la guerra de independencia.[48] Una vez ganada esta, Ben-Gurion resuelve estructurar los medios de inteligencia del nuevo Estado en cuatro servicios de información distintos que, como era de prever, protagonizan durante el bienio 1949-1951 numerosas duplicidades, tensiones y conflictos de competencias.

Así pues, no es hasta marzo-abril de 1951 cuando se decide unificar todo el espionaje exterior israelí en un nuevo organismo, cuya primera denominación es Mossad HaMerkazi LeTeum (Agencia Central de Coordinación), cambiada en 1963 por el más explícito HaMossad LeModi'in U'Letafkidim Meyohadim (Agencia para el Espionaje y las Operaciones Especiales). El Mossad no monopoliza las capacidades de Israel en la materia, puesto que existen también un servicio de seguridad interior y contraespionaje (el Shabak, conocido también como Shin Bet) y una Sección de Informaciones Militares (en acrónimo hebreo, Aman) dependiente de las fuerzas armadas; con todo, dirigido entre 1952 y 1963 por el legendario Isser Harel, el Mossad se convierte en la expresión reputada y por antonomasia de unos servicios secretos que han alternado los éxitos espectaculares (la detención del nazi Eichmann en 1960; el desenmascaramiento del coronel Yisrael Beer, agente soviético, en 1961; la infiltración de Eli Cohen en los círculos del poder en Damasco hasta 1965; la captura en agosto de 1966 de un flamante caza Mig-21 iraquí…) con fracasos clamorosos: en Iraq en 1951, en Egipto en 1954, en Múnich en 1972 y, sobre todo, frente al ataque árabe de octubre de 1973.[49]

Tal como hemos visto anteriormente, la enorme afluencia inmigratoria durante los primeros años del Israel independiente ha traído consigo gravísimas dificultades económicas y rigurosas restricciones del consumo. Por otra parte, los dirigentes cultivan una gran ambigüedad sobre el modelo de desarrollo que aplicar: «El Estado de Israel no es un Estado capitalista —declara Ben-Gurion ante la Knéset en 1949—; tampoco es un Estado socialista…».[50] Lo cierto es, sin embargo, que el país registrará una tasa media de crecimiento económico anual del 9,5% durante el período 1950-1980, tasa superada solo por Japón;[51] que, en la primera de esas tres décadas, la superficie cultivada aumenta en un 150%, la irrigada en un 400% y la población agrícola se triplica; que, ya en la década de 1960, el proceso industrializador resulta espectacular pese a la pobreza de recursos naturales, sobre todo en los sectores de tecnología avanzada, aquellos que exigen, más que otra cosa, materia gris y mano de obra cualificada: electrónica, productos farmacéuticos, instrumentos de precisión, aeronáutica, talla de diamantes; que, en consecuencia, y antes del recalentamiento y la inflación de 1965-1967, el nivel de vida de los israelíes se acerca bastante a los estándares europeos, y que tales realizaciones las logra una economía donde el peso del sector público sigue siendo enorme: en 1960, Estado, Histadrut y empresas colectivas o cooperativas emplean al 60% de los trabajadores y controlan el 40% de la estructura económica.[52]

¿Cuáles son los secretos del «milagro»? Desde luego, no el protagonismo de los mitificados *kibbutzim*: entre 1949 y 1963 solo 71 se añaden a los casi dos centenares preexistentes; y, aun cuando gozan de un peso político, social y económico muy superior a su importancia cuantitativa, esta no deja de disminuir desde la independencia, al contrario de lo que sucede con los *moshavim* cooperativos.[53] El primero de los secretos reside más bien en la propia inmigración que, tras haber suscitado grandes problemas, espolea brutalmente la construcción, acrecienta la demanda interna y el consumo, dinamiza la economía tal y como ya habían hecho las *aliot* de la primera mitad del siglo. Una ilustración: en 1950, con un censo de un millón y cuarto de personas, la tasa de paro llega al 11,5%; en 1960, con dos millones largos de israelíes, los parados solo representan el 4,6%. Tampoco puede ignorarse el factor humano: el alto nivel de cualificación de buena parte de la mano de obra, el espíritu de iniciativa, la notable capacidad para adaptarse, para innovar, para hallar mercados foráneos. Y, por descontado, las

contribuciones exteriores. Las cifras resultan difíciles de precisar, pero parece que sumando donaciones, préstamos a largo plazo, asistencia técnica y militar, la ayuda estatal norteamericana asciende a unos 40 o 60 millones de dólares anuales en los primeros tiempos; además, y por medio del United Jewish Appeal y otras estructuras de recaudación, el judaísmo mundial entrega a Israel entre 60 y 100 millones de dólares durante la primera década y suscribe su deuda pública por un importe igual o superior. Todo esto, al margen de las reparaciones alemanas que, por sus repercusiones tanto morales como políticas, es preciso explicar en el marco de las secuelas del Holocausto.[54]

Que el recuerdo y el trauma de la Shoah impregnen profundamente a la primera opinión pública israelí es un fenómeno que se explica casi en términos estadísticos: además del cerca de medio millón de supervivientes del genocidio que hallarán refugio en el país, casi todos los inmigrados antes de 1939, procedentes de Europa central y oriental, también han perdido a manos de los secuaces de Hitler a padres, tíos, hermanos, primos; en ocasiones, a la familia entera. Resulta fácil comprender, pues, que las instituciones y la ciudadanía del nuevo Estado parezcan unánimes en el rechazo de cualquier contacto con Alemania y los alemanes; que ya en agosto de 1950 la Knéset apruebe una ley contra los nazis y sus colaboradores contemplando la pena de muerte para los criminales de guerra; que en 1951 el mismo Parlamento establezca una fecha anual para conmemorar la Shoah —el 27 del mes de *nisan*, entre marzo y abril—, o que otra ley, esta de agosto de 1953, instituya el Memorial de los Mártires y los Héroes del Holocausto, el Yad Vashem,[55] y erija la perpetuación de su legado en una suerte de religión civil de la nación renacida.

Sin embargo, las exigencias de la *realpolitik* no tardarán en inflexionar el purismo inicial. Por una parte, desde septiembre de 1949 y bajo la forma de la nueva República de Bonn, Alemania ha empezado a ser readmitida en la sociedad internacional con el apoyo de las potencias occidentales, mientras arranca el proceso de su rápida recuperación económica; por otra, un Israel físicamente aislado en medio del mundo árabe hostil procura reforzar los vínculos con Europa y América al tiempo que intenta absorber la marea inmigratoria. Frío y pragmático como siempre, Ben-Gurion autoriza desde 1950 contactos exploratorios y secretos con un gobierno oeste-alemán deseoso de realizar gestos morales y materiales que acrediten su ruptura con el pasado; una vez que, el 27 de septiembre de 1951, el canciller Adenauer ha leído ante el Bundestag una solemne declaración de contrición y ofrecimiento de reparaciones por el «sufrimiento inconmensurable infligido a los judíos» bajo el nazismo, el ejecutivo hebreo hace público el propósito de abrir negociaciones con Alemania, previa aprobación de la Knéset.

Entre los israelíes, al terremoto emocional le sigue pronto la convulsión política más grave que su joven democracia haya conocido, un escenario en el que la derecha nacionalista y la izquierda filosoviética (Mapam y Maki) forman bloque en el rechazo común de las negociaciones con Bonn. El 7 de enero de 1952, en Jerusalén, mientras la Knéset debate el asunto, el líder del Herut, Menahem Begin, se presenta ante una multitud ya exaltada como el guardián del honor nacional, y le lanza una arenga tan estridente —«todo alemán es un nazi; todo alemán es un asesino. Adenauer es un asesino, todos sus colaboradores son unos asesinos…»—, que, acto seguido, los manifestantes marchan sobre el Parlamento e intentan asaltarlo, con el resultado de cientos de heridos y detenidos y la llamada al ejército a fin de que proteja la institución. Para Ben-Gurion, en cambio —«considero que nuestro honor nacional es el Estado

de Israel. Considero que nuestro honor nacional es haber arrancado a 50.000 judíos yemeníes de un exilio terrible y oscuro. Este es el honor nacional»—, de lo que se trata es solo de recuperar los bienes que el Tercer Reich expolió a los judíos y a las comunidades hebreas: «No dejéis que los asesinos de nuestra nación se conviertan en sus herederos». En último término, la deriva extremista y violenta de los adversarios de las reparaciones permite al primer ministro descalificar con mayor facilidad «el complot criminal y demencial de los bandidos del Herut y de sus aliados comunistas» y obtener, el 9 de enero, la aquiescencia parlamentaria.[56] Las subsiguientes negociaciones israelo-alemanas desembocan en un acuerdo firmado en Luxemburgo, el 10 de septiembre de 1952, por el canciller K. Adenauer y el ministro de Exteriores de Israel, M. Sharett: al margen de las indemnizaciones individuales que, durante las décadas siguientes, percibirán las víctimas judías del nazismo, israelíes o no, y sus herederos, la República Federal de Alemania se compromete a pagar a Israel el equivalente de unos 820 millones de dólares en un plazo de doce a catorce años, el 70% de tal importe en mercancías alemanas y el otro 30% en dinero destinado a la compra de petróleo.[57]

Entre 1953 y 1966, pues, el «dinero impuro», los «dólares malditos» de las reparaciones representan para las finanzas públicas israelíes un verdadero maná, y uno de los trampolines del despegue económico de aquel período. De Alemania llegan cuarenta y un buques de comercio y cuatro petroleros, que constituirán el grueso de la flota mercante de Israel; locomotoras, autobuses, tractores o cosechadoras; una acería entera; maquinaria de obras públicas; equipo industrial, y los medios para modernizar tanto los puertos como las redes ferroviaria, eléctrica y telefónica; según datos oficiales, un 15% del crecimiento económico del país durante los doce años de vigencia del acuerdo es imputable a este maná; ello, sin considerar los intercambios en materia de armamento, iniciados en 1958. Pero ni tan benéficos efectos, ni el aplazamiento del intercambio de embajadores con la República Federal de Alemania hasta 1965 conseguirán alejar de la vida pública del Estado hebreo la sombra dolorosa, la desazón moral y el sentimiento de culpa derivados del Holocausto.

Así, en 1953, un antiguo dirigente comunitario judío húngaro y ahora miembro destacado del *establishment* del Mapai, Israel Kastner, es acusado de colaboración con los nazis —con los cuales, en efecto, había mercadeado vidas hebreas a cambio de dinero, o de camiones…— y de complicidad en el genocidio; enseguida, sectores revisionistas procuran convertir el proceso resultante en un juicio histórico-político contra el partido de Ben-Gurion por «pasividad» y «traición» ante la Shoah, primero; por «connivencia» con los británicos, más tarde, y, al fin, por colusión con Adenauer. Después de que, en junio de 1955, un juez avale las acusaciones, y antes de que el Tribunal Supremo revoque la primera sentencia, I. Kastner ha sido asesinado, en marzo de 1957, por pistoleros ultraderechistas.[58]

En cierto modo, la réplica de Ben-Gurion a los ataques sufridos a raíz del caso Kastner, a las críticas contra su política alemana, no llega hasta el 23 de mayo de 1960, cuando el primer ministro puede anunciar al país atónito que el logista de la Solución Final hitleriana, el aplicado burócrata del Holocausto, Adolf Eichmann, está detenido y será juzgado en Israel. Si la noticia de la captura del *SS-Obersturmbannführer* (teniente coronel de las SS), efectuada por el Mossad en Buenos Aires, aglutina a los israelíes en un emocionado sentimiento de orgullo, el proceso del oficial nazi en Jerusalén, entre abril y agosto de 1961, se transforma en una suerte de catarsis colectiva, en un gran psicodrama nacional donde un centenar largo de testigos —y, a través de

ellos, cientos de miles de supervivientes— pueden, por fin, liberar ante sus compatriotas el depósito de horror que guardaban en sus memorias. Pero el juicio es también una operación política a través de la cual Ben-Gurion apunta a tres objetivos: fortalecer, a la luz del genocidio rememorado, el derecho de Israel a la existencia; aumentar la cohesión de la sociedad israelí incorporando al conocimiento y a las lecciones de la Shoah a los jóvenes o a los judíos afroasiáticos que no poseen experiencia alguna de aquel hecho, y afirmar a Israel como el heredero —por lo menos, el albacea— de los seis millones de judíos asesinados.

La responsabilidad de Eichmann, en cualquier caso, queda bien probada pese a sus esfuerzos por presentarse como un pequeño engranaje de la gran máquina, un simple ejecutante de órdenes superiores. Y la sentencia, en diciembre de 1961, le considera —en virtud de la ley de 1950— culpable de crímenes contra el pueblo judío, crímenes contra la humanidad y crímenes de guerra castigados con la pena capital que, abolida por Israel en 1954, es restablecida en este caso con carácter excepcional, no sin la oposición de un selecto grupo de intelectuales israelíes (Martin Buber, Gershom Scholem, Hugo Bergmann…). Hay tiempo todavía para una apelación del condenado ante el Tribunal Supremo, que este desestima el 29 de mayo de 1962; dos días más tarde, Eichmann es ejecutado en la horca en la prisión de Ramla y, previa incineración del cadáver, sus cenizas son esparcidas por el Mediterráneo, fuera de las aguas territoriales, con el fin de que no mancillen ni la tierra ni el mar de Israel.[59]

PAZ PERDIDA, GUERRA GANADA

A juicio de determinados estudiosos del tema, en la estela de los acuerdos de armisticio de 1949 «hubo dirigentes árabes que buscaron hacer la paz con el nuevo Estado judío, y algunas de sus ofertas fueron rechazadas por Israel»;[60] o, en términos más matizados, «una ventana de oportunidad para una paz entre Israel y algunos Estados vecinos existió ciertamente entre el final de 1948 y julio de 1952».[61] ¿Eran reales, tales oportunidades? ¿Por qué no fueron aprovechadas? Es público y notorio que la ONU prolonga sus esfuerzos de mediación y conciliación entre las partes hasta agosto de 1951, y hoy sabemos que, simultáneamente, Israel mantiene a lo largo de este período contactos secretos con el dictador sirio Hosni al-Zaim, con el rey Abdullah de Jordania y con emisarios de Faruk de Egipto. Pues bien, si los intentos de arreglo público encallan entre la exigencia árabe de repatriación previa de los refugiados y la exigencia israelí de tratados de paz o, cuando menos, de pactos de no agresión antes que nada, en las conversaciones secretas los distintos gobiernos árabes reclaman aquello que no han sabido ganar en el campo de batalla: los sirios la mitad del lago de Galilea y de las aguas del Jordán; los hachemíes Jaffa, Lydda y Ramla, o bien un pasillo entre Hebrón y la costa de Gaza; los egipcios todo o la mayor parte del Negev… Frente a la perspectiva de ver recortado y mutilado el pequeño país que tanto les ha costado obtener, ¿es extraño que los dirigentes israelíes rechacen cualquier concesión territorial y se instalen en la doctrina de «paz a cambio de paz»?

«No tenemos necesidad alguna de correr tras la paz —opina ya en enero de 1949 el diplomático Abba Eban—. Nos basta el armisticio. Si buscamos la paz, los árabes nos exigirán su precio (fronteras, refugiados, o ambas cosas). Esperemos algunos años»; en julio siguiente, es el propio Ben-Gurion quien declara: «No tenemos prisa, podemos esperar diez años. De

momento, no estamos bajo presión».[62] Fuerte tras la victoria y la superioridad militar que ha logrado, Israel considera que no es culpable de nada, que no debe pagar peajes ni rescates a cambio de ser aceptado entre los países de la región y que, si el Estado hebreo se consolida demográfica y económicamente, esos países tendrán que aceptar tarde o temprano el hecho consumado.

Pero, incluso en el caso de que el gobierno israelí se hubiese mostrado más flexible y concesivo, ¿estaban en estos años las élites nacionalistas y las opiniones públicas árabes dispuestas a aceptar el reconocimiento de Israel? ¿Cuánto habrían durado unos hipotéticos acuerdos de paz, si se hubiesen llegado a firmar? A falta de respuesta, dos constataciones: la primera, el 1 de abril de 1950, el consejo de la Liga Árabe amenaza con la expulsión a «cualquier Estado árabe que tome la iniciativa de negociar o de concluir con Israel una paz separada o un acuerdo de carácter político, militar o económico»; la segunda, dentro de la oleada de magnicidios que recorre el mundo árabe entre 1948 y 1958 son diversos los líderes que habían hecho —y perdido— la guerra contra el sionismo y que son asesinados: el primer ministro egipcio Mahmud Nuqrashi, en diciembre de 1948; el primer ministro libanés Riad al-Suhl, abatido en julio de 1951; el regente Abd al-Ilah y el rey Faysal II de Iraq, liquidados por el golpe republicano de julio de 1958…; ahora bien, de los tres dirigentes que habían ofrecido, negociado o sondeado la paz con Israel, ninguno de ellos conservará la vida o el poder por mucho tiempo: el mariscal sirio al-Zaim, derrocado y ejecutado en agosto de 1949; Abdullah de Jordania, asesinado en Jerusalén en julio de 1951 —por encargo del muftí y en venganza por la colusión entre el rey y los israelíes—; Faruk de Egipto, destronado por los «oficiales libres» en julio de 1952… Buscar el acuerdo con el Estado hebreo era para los líderes árabes una labor de alto riesgo desde mucho antes de Anwar al-Sadat.

En todo caso, la esterilidad de los contactos secretos, la configuración desde 1951 de «un frente árabe para rechazar todas las iniciativas de la ONU»,[63] el incumplimiento por parte jordana de algunos de los puntos más simbólicos del armisticio bilateral —el que garantizaba el libre acceso de los judíos al Muro Occidental y otros lugares santos, por ejemplo—[64] lleva a los israelíes a considerar que la prioridad de su política exterior debe ser el pleno reconocimiento del país por parte de la comunidad internacional, el establecimiento de relaciones amistosas con todos los Estados que lo deseen, y en especial con las grandes potencias; así, los árabes comprenderán que Israel no es una contingencia histórica, sino una realidad destinada a durar. La admisión como 59.° miembro de las Naciones Unidas, el 13 de mayo de 1949, y el intercambio de embajadores con Londres, en enero de 1950, son hitos significativos en dicho proceso, que tiene a su favor a una opinión pública mundial mayoritariamente simpatizante con la mezcla de tragedia y epopeya, de supervivientes y pioneros, asociada por entonces al nombre de Israel.

Para un Estado que, en plena aurora de la Guerra Fría, había nacido bajo el padrinazgo conjunto de la URSS y Estados Unidos, que cuenta en su electorado con un 18% de votantes filosoviéticos y que necesita el apoyo tanto financiero como político de los cinco millones de judíos norteamericanos, el no-alineamiento y la equidistancia entre Washington y Moscú parecen la receta ideal y es la que Ben-Gurion, sin ocultar su opción ideológica «democrática y anticomunista», trata de aplicar en 1949: «Israel quiere evitar comprometerse en la Guerra Fría, a causa de los intereses vitales del Estado y con la esperanza de que la paz pueda ser preservada».[65] Al estallar, un año después, la guerra de Corea el gobierno israelí se alinea

abiertamente con el bloque occidental y vota en consecuencia en la ONU; esto se explica, tanto por las maniobras de seducción de Estados Unidos —préstamo de 100 millones de dólares, estancias de formación de oficiales del Tsahal…— como por el espectacular enfriamiento de las relaciones con la URSS.

En efecto, una vez obtenidos los resultados estratégicos en busca de los cuales Stalin había apoyado la creación de Israel —salida de los británicos de Palestina, descrédito de los regímenes árabes conservadores, resentimiento de las masas en los países derrotados…—, la hostilidad doctrinal del Kremlin contra el sionismo reaparece enseguida, y la cálida acogida que los judíos moscovitas dispensan a la primera embajadora israelí, Golda Meir, no hace más que alimentar en la cúpula soviética las sospechas de doble lealtad y quintocolumnismo contra sus ciudadanos hebreos. Además, y si la URSS había esperado ver en Tel Aviv un gobierno bajo fuerte influencia del Mapam practicando un neutralismo a la finlandesa, la frustración de tal escenario explica que, ya en diciembre de 1949, los diplomáticos soviéticos destinados en Israel informen a la superioridad sobre «el oportunismo y la traición» del Mapai, «su política proamericana y reaccionaria».[66]

Así, aun cuando las ventas de armas checoslovacas a Israel continuarán hasta principios de 1951, y a pesar de que, en el tablero de Oriente Próximo, soviéticos e israelíes tienen todavía algunos intereses comunes —a Moscú tampoco le urge una paz definitiva, porque cree poder explotar la perpetuación del conflicto, y ambos países se oponen a una organización regional de defensa, a una OTAN del Creciente Fértil—, el hecho es que las relaciones bilaterales conocen una degradación progresiva a partir del mismo 1949: acusaciones de creciente virulencia en los medios soviéticos contra el gobierno «burgués clerical» de Ben-Gurion por haberse «uncido cada vez más estrechamente al carro del imperialismo americano», denegación del crédito comercial solicitado por los israelíes, rechazo total a la emigración de judíos soviéticos y restricciones muy severas en los países satélites… Pero las causas de la crisis y la ruptura no son de orden diplomático, sino ideológico —si es que las paranoias del último Stalin se pueden considerar ideología— y se originan en la política interna del bloque comunista y de la misma Unión.[67] Si, en las «democracias populares», los procesos de depuración y bolchevización puestos en marcha a partir de 1948 ya habían tenido, ocasionalmente, aristas antisemitas, el «proceso de Praga» o caso Slansky de noviembre de 1952 no solo reúne a once judíos entre los catorce acusados y condenados, sino que además vincula sus «crímenes» a su origen étnico, a su cosmopolitismo, a una propensión innata hacia el espionaje y la traición; involucra en ellos al Estado de Israel, acusa a sus diplomáticos de ser espías imperialistas y propicia que el órgano del régimen checoslovaco, Rude Pravo, proclame al sionismo «enemigo n.° 1 de la clase obrera».[68] Las autoridades israelíes apenas tienen tiempo de desmentir y rechazar «el tejido de calumnias e invenciones» desplegado en Praga cuando, en enero de 1953, estalla en Moscú el «complot de las batas blancas», la imaginaria conspiración de un grupo de médicos judíos del Kremlin —también sionistas y espías, por descontado— para eliminar a los jerarcas del estalinismo. Esta vez, a la reacción indignada del gobierno de Israel le sigue un atentado con heridos contra la legación soviética en Tel Aviv, que la URSS toma como pretexto para romper, el 12 de febrero, las relaciones diplomáticas.[69] Aunque la ruptura es breve —muerto Stalin, las embajadas se reabren el 20 de julio de 1953— en cambio, el desinterés estratégico de Moscú por Israel parece

definitivo; una vez consolidado en el poder, Kruschev apostará con decisión por los países árabes, sobre todo por Egipto, y los vínculos diplomáticos entre la URSS e Israel, formalmente mantenidos hasta 1967, se caracterizarán por el desapego y la hostilidad.[70]

En consecuencia, los países del bloque del Este no solo dejan de ser para Israel la fuente de suministro armamentístico que habían sido entre 1949 y 1951, sino que se convierten en el gran proveedor del adversario; sobre todo cuando, a partir de septiembre de 1955, las armas soviéticas bajo tapadera checoslovaca (aviones Mig-15 y Mig-17, tanques T-34, cohetes anticarro…) empiezan a afluir hacia Egipto y, en menor medida, hacia Siria. La esperanza israelí de reequilibrar la balanza con material norteamericano no tarda en disiparse: la administración Eisenhower mantiene contra Israel un embargo tácito en materia de armas —el embargo de la ONU a raíz de la guerra de Palestina fue levantado en agosto de 1949—, y la diplomacia dirigida por John Foster Dulles procura más bien cortejar a los Estados árabes con objeto de incorporarlos a la gran alianza regional anticomunista que quiere ser el Pacto de Bagdad (1955). Es entonces, ante la actitud evasiva e indiferente de Washington, cuando suena para la política exterior del Estado hebreo la hora francesa; la Cuarta República no solo comparte con la socialdemocracia israelí afinidades ideológicas y de funcionamiento sino, sobre todo, enemigos comunes: el nacionalismo árabe, que ha empuñado las armas en Argelia y que hostiliza las líneas de armisticio en Palestina, y Gamal Abdel Nasser, que desde El Cairo ampara, sostiene y equipa tanto a los combatientes argelinos como a los guerrilleros palestinos. Desde noviembre de 1955, pues, la llegada a Israel de tanques ligeros franceses AMX-13 y Sherman M-3, seguidos de aviones Ouragan, Vautour, Mystère IV y otros pertrechos, permite al Tsahal recuperar la superioridad estratégica y allana el camino a la expedición de Suez, que analizaremos más adelante.[71]

La colaboración franco-israelí no concluye con el frustrado intento de derribar a Nasser —la victoria de junio de 1967 es indisociable de los aparatos franceses, sobre todo los Mirage, que equipan a la fuerza aérea de Israel— ni se limita al ámbito militar; tiene, también, importantes facetas culturales, diplomáticas… o nucleares: el reactor de Dimona, construido a partir de 1958 en el Negev y origen de la presunta bomba atómica israelí, es su testimonio más perdurable. De todos modos, con el cambio de régimen en Francia, la entronización de De Gaulle y los esfuerzos de este por cauterizar la herida argelina y reconciliarse con los árabes, las relaciones entre París y Jerusalén resultan menos idílicas, y Ben-Gurion procura diversificar los suministradores; de ahí el acuerdo secreto con Adenauer que proporciona al Tsahal, desde 1959, excedentes del armamento norteamericano de la Bundeswehr antes de que Washington se decida, por fin, a las ventas directas (aviones Skyhawk, tanques A2C, Al y M 48 «Patton»). Todo esto no empieza a concretarse hasta 1963-1964, y es durante la segunda mitad de aquella década cuando se configura —ahora, sí— la alianza político-militar, el eje estratégico israelo-americano.[72]

De todos modos, ni los vínculos sucesivos de Israel con distintas grandes potencias, ni siquiera su asociación en la aventura neocolonialista franco-británica de 1956, le impiden desarrollar a lo largo de dos décadas una activa diplomacia afroasiática o tercermundista. El razonamiento que la inspira es bien simple: «Más allá del cordón sanitario que estrechan a su alrededor los Estados árabes, Israel debe buscar ya no solo grandes tutores, sino Estados iguales que él, naciones jóvenes, países pobres y pequeños, para convertirlos en socios, amigos, aliados».[73]

Si los vecinos árabes no quieren levantar el asedio, habrá que saltar por encima de ellos y hallar reconocimiento y colaboración más lejos, en el Asia no islámica y en el África negra, sin olvidar una América Latina con la cual las relaciones han sido siempre buenas. ¿Qué puede ofrecer el Estado hebreo a los países precipitadamente nacidos del proceso de la descolonización, sin una economía ni unos cuadros lo bastante preparados para la singladura de la independencia? Les puede ofrecer, en resumen, la ciencia y la tecnología del Primer Mundo, pero probadas en un territorio árido y pobre de Oriente Próximo, traídas por cooperantes libres de pasado colonial o de complejos de superioridad, y difundidas sin —o con muy poca— voluntad adoctrinadora.

Así, entre 1958 y 1972, 4.362 expertos israelíes sirven en el extranjero en proyectos agrícolas (de irrigación, de planificación rural, de desarrollo comunitario…), industriales, sanitarios, turísticos, escolares o universitarios, mientras 15.374 estudiantes del Tercer Mundo son acogidos en Israel, en la Universidad Hebrea, en el Instituto Afro-Asiático que la Histadrut ha creado en 1958 o en otros centros. Por países, el más antiguo beneficiario de la cooperación internacional de Israel es Birmania (desde 1956), seguido de cerca por la Ghana de Kwame Nkrumah, la primera colonia emancipada del África subsahariana. Después, se establecen programas con Estados tan diversos como Venezuela o Nepal, pero el grueso del esfuerzo es destinado al continente negro: a la Tanzania de Julius Nyerere, a la Etiopía del emperador Haile Selassie, al Congo-Brazzaville, a Costa de Marfil, al Alto Volta, a Kenya, a Liberia, a Togo, a Camerún… Más discretamente, consejeros militares israelíes organizan o reforman los ejércitos ghanés, tanzano, zaireño, ugandés, etíope…, forman a sus cuadros y entrenan a pilotos o a paracaidistas. Gracias a toda esta labor, en 1972, Jerusalén puede jactarse todavía de mantener relaciones diplomáticas con cien países del mundo, casi un tercio de los cuales son africanos. La resaca de la guerra del Kipur barrerá, en 1973, este tercermundismo israelí.[74]

Claro está que la diplomacia a larga distancia y a largo plazo no compensa el repudio y la hostilidad del mundo árabe circundante. Una hostilidad no solo propagandística y política —la negativa incluso a usar la palabra «Israel», el severo boicot económico…—, sino también física, traducida desde los armisticios en incidentes y choques fronterizos casi constantes: entre 10.000 y 15.000 para el período 1949-1954, de 6.000 a 7.000 durante el bienio siguiente. Al principio, predominan las infiltraciones de refugiados originarios de tierras ahora israelíes que quieren recuperar bienes propios, o robar a los judíos «intrusos», o simplemente vengarse; pero, desde 1953-1954, aparece un nuevo tipo de infiltrados: hombres armados y entrenados por agentes egipcios, o bien a las órdenes del muftí al-Husseini, que penetran desde Gaza o desde Jordania para realizar acciones de guerrilla y que empiezan a ser conocidos como fedayines (los que se sacrifican por una causa). Entre el alto el fuego de 1949 y la campaña de Suez, todas estas incursiones causan la muerte de un millar largo de civiles y militares israelíes (967 en el quinquenio 1951-1955).[75] Estos reaccionan con contundencia: expulsión de los clandestinos detenidos, fuego real contra cualquiera que trate de atravesar ilegalmente los confines del país, minado de las zonas de paso…, medidas que cuestan algunos miles de vidas entre los palestinos. Además, el Tsahal no tarda en practicar represalias: expediciones nocturnas de castigo al otro lado de la frontera, como medida disuasoria, también para presionar a Ammán y El Cairo con el fin de que impidan o dejen de instigar las incursiones y, además, para mostrar a los gobiernos árabes que Israel conserva su superioridad militar. Si la eficacia de tales medidas es siempre problemática, las torpezas y los excesos resultan inevitables, y la matanza de 60 civiles en el

pueblo cisjordano de Qibya en octubre de 1953, con la consiguiente condena internacional, propicia la militarización de los choques fronterizos, que en lo sucesivo enfrentan a fuerzas regulares de ambos bandos en una cuantía y con una agresividad crecientes. El sesgo prebélico de los incidentes también aumenta al calor de las circunstancias políticas regionales (la llegada de Nasser al vértice del poder egipcio en noviembre de 1954, el acuerdo El Cairo-Praga-Moscú sobre venta de armamento en septiembre de 1955, el pacto militar tripartito entre Egipto, Siria y Arabia Saudí en octubre siguiente…) y se ve alimentado por otros factores de tensión, como la disputa israelo-siria a propósito de las aguas del curso alto del Jordán, pero sobre todo por los intentos egipcios de estrangular las líneas de comunicación del Estado judío: además del canal de Suez —cerrado ilegalmente a los barcos y las mercancías israelíes desde 1948—, en septiembre de 1955, el régimen nasserista decreta también el bloqueo del golfo de Ákaba, es decir, de la ruta hacia África y Asia, a la navegación marítima y aérea de Israel.

Desde comienzos de 1956, la envergadura y el coste en vidas de los combates y de las acciones terroristas a ambos lados de los confines de Gaza y Cisjordania se disparan, sin que sirva de nada la mediación del secretario general de la ONU, Dag Hammarskjöld. Entre tanto, en junio de 1956, las últimas guarniciones británicas —eventual elemento de interposición entre egipcios e israelíes— abandonan el país del Nilo, y el 26 de julio siguiente Nasser, despechado por la negativa de Occidente a financiar la presa de Asuán, decreta la nacionalización del canal de Suez. A partir de aquel momento, empieza a dibujarse una convergencia de intereses entre Jerusalén, París y Londres: Israel contempla una guerra preventiva que elimine la amenaza del rearmado ejército egipcio, suprima las bases de fedayines en la Franja de Gaza y desbloquee la navegación por Suez y por el mar Rojo; Francia y Gran Bretaña desean recuperar el control del canal, derribar a Nasser y poner fin a la influencia nacionalista y «antiimperialista» que este irradia por todo el mundo árabe, desde la Argelia en rebelión hasta un Iraq cada vez más agitado.[76]

Tras diversos contactos a nivel militar y técnico a lo largo de septiembre, una cumbre secreta reúne del 22 al 24 de octubre, en Sèvres, a Ben-Gurion, Shimon Peres y Moshe Dayan con el presidente del consejo francés, Guy Mollet, sus ministros de Exteriores y de Defensa, y luego el secretario británico del Foreign Office, Selwyn Lloyd. Como resultado del encuentro se establece un plan de actuación algo alambicado en virtud del cual los israelíes deben atacar primero a través del Sinaí hasta llegar a las inmediaciones del canal; entonces, británicos y franceses exigirán el alto el fuego y que ambos contendientes se alejen de la estratégica vía de agua; ante el presumible rechazo egipcio, tropas de las dos potencias pasarán a la acción contra las fuerzas de Nasser y tomarán el control del territorio entre Puerto Said y Suez. El acuerdo incluye el compromiso hebreo de no atacar Jordania, aun cuando la decisión de Ammán —el mismo 24 de octubre— de dejarse llevar por la fiebre nasserista y federar su ejército con los de Egipto, Siria y Arabia proporciona a Jerusalén un excelente ejemplo acerca del peligro global que representa el rais de El Cairo.[77]

Calificada por el historiador militar británico sir Basil Liddell Hart como «una obra de arte», la mitad israelí de la campaña —la Operación Kadesh— funciona con precisión de cronómetro y al amparo del efecto sorpresa. El lunes 29 de octubre de 1956, a las cinco de la tarde hora local, mientras tres escuadrillas con 60 cazabombarderos franceses llegan a Israel para proteger su espacio aéreo, un batallón de paracaidistas israelíes es lanzado sobre la boca este del

paso de Mitla, más de 200 kilómetros por detrás de las líneas egipcias. Poco después, diversas columnas motorizadas o blindadas del Tsahal penetran por el norte y el centro de la península del Sinaí en dirección oeste, superan la esporádica resistencia y, al caer la tarde del día 30, establecen contacto con la avanzada de paracaidistas antes de conquistar —el 31, a las órdenes del coronel Ariel Sharon y al precio de un duro combate— el estratégico desfiladero de Mitla y llegar en pocas horas a 10 millas del canal de Suez, según preveía el pacto secreto suscrito por Ben-Gurion. En paralelo, y gracias a la trascendental batalla de Abu Ageila, los militares hebreos neutralizan la principal concentración de fuerzas egipcias al nordeste del Sinaí y, de hecho, en toda la península. Pueden hacerlo con la doble tranquilidad que les da la eficaz cobertura aérea de sus propios aparatos —y de los aviones franceses apostados en Israel—, y también la comprobación de que el ejército egipcio se defiende con mayor o menor energía, pero termina por replegarse sin contraatacar jamás y parece haber renunciado a llevar la iniciativa.

El 31 de octubre al anochecer, presentado, rechazado y vencido el ultimátum de París y Londres, las aviaciones de los dos países europeos empiezan a bombardear los aeródromos egipcios y, en dos días, reducen a la nada la fuerza aérea de Nasser. Liberadas de esta amenaza, y aprovechando también el colapso de la moral del adversario, las tropas de Moshe Dayan pueden cercar y tomar al asalto Rafa y las restantes guarniciones de la Franja de Gaza, así como la población costera de El-Arish (2 de noviembre) y también avanzar hasta el extremo sur del Sinaí, donde el 5 de noviembre conquistan Ras Nusrani y Sharm el-Sheikh, las llaves del estrecho de Tirán, del golfo de Ákaba y del acceso al puerto de Eilat. Aquella misma mañana, los primeros paracaidistas británicos y franceses saltan sobre Puerto Said precediendo al desembarco anfibio que, al día siguiente, debe ser el plato fuerte de la Operación Mosquetero.[78]

Resumiendo: en una semana de combates, a cambio de 190 muertos, 800 heridos y 20 prisioneros propios, el Tsahal había conquistado una península de más de 60.000 kilómetros cuadrados; había causado al enemigo quizá tres millares de muertos; hecho 6.000 prisioneros y capturado ingentes cantidades de material bélico, incluida la fragata *Ibrahim al-Awwal*, que será incorporada a la marina israelí bajo el nombre de *Haifa*. Y, durante los siete días de la campaña del Sinaí, ni Jordania ni Siria han movido un dedo para auxiliar al aliado egipcio.[79] Por el contrario, el capítulo franco-británico de la expedición resultará un fracaso; lastrada por las vacilaciones políticas —sobre todo, las del premier británico, Anthony Eden—, planificada sin osadía, ejecutada con una parsimonia que deja pasar seis días entre el ataque aéreo y la intervención terrestre, la reconquista del canal de Suez por parte de las viejas metrópolis en declive se estrella contra la hostilidad de las nuevas superpotencias nucleares, insólitamente de acuerdo por una vez. Bajo el peso de las amenazas soviéticas de intervención, y de las presiones energéticas y financieras norteamericanas, Londres acepta el alto el fuego fijado por la ONU a las dos de la madrugada del 7 de noviembre, y arrastra a París a hacer lo mismo. A pesar de que, cuando el 23 de noviembre de 1956, los últimos contingentes anglo-franceses evacuan Egipto, quienes los relevan sean «cascos azules» de una United Nations Emergency Force (UNEF) creada para la ocasión, aquel que aparece como el vencedor político y moral de la crisis es sin duda Nasser, idolatrado de puertas adentro y enaltecido a escala panárabe por haber desafiado y hecho frente a la agresión neocolonialista.[80]

Israel, en cambio, se resiste bastante más a abandonar por completo el botín de su victoria relámpago, a pesar de las resoluciones conminatorias de la ONU. Bajo presión internacional, el Tsahal se repliega entre diciembre de 1956 y enero de 1957 de casi todo el Sinaí, pero Ben-Gurion invoca razones de seguridad para conservar la Franja de Gaza y un pasadizo litoral, en el mar Rojo, entre Eilat y Sharm el-Sheikh. Sin embargo, la administración Eisenhower no quiere empujar todavía más a los países árabes a los brazos de Moscú, y su coacción sobre el gobierno hebreo resulta irresistible: el 6 de marzo de 1957, las tropas israelíes abandonan Gaza y, dos días más, tarde el extremo sur del Sinaí, regresando al *statu quo ante bellum*. ¿Con las manos vacías? No del todo. Sin olvidar el desmantelamiento de un ejército egipcio que necesitará años para reorganizarse y reequiparse, y la espectacular exhibición de fuerza del Tsahal —que, sin duda, infundirá prudencia a los vecinos—, Israel obtiene la presencia permanente en el lado egipcio de la frontera común, en especial en Gaza y en la desarmada fortaleza de Sharm el-Sheikh, de hasta 6.000 «cascos azules» de la UNEF, no simples observadores, sino una fuerza multinacional de interposición capaz de impedir los incidentes fronterizos, las infiltraciones guerrilleras o un nuevo bloqueo del golfo de Ákaba. Con siete días de guerra en el desierto del Sinaí, Israel ha comprado nueve años de tranquilidad en sus confines.

6

Goliat suplanta a David (1967-1982)

UNA VICTORIA DEMASIADO PERFECTA

La quietud física que, tras la campaña del Sinaí, se instala en las no-relaciones entre Israel y sus vecinos no coincide, antes al contrario, con una simultánea tranquilidad política a escala regional. La crisis de Suez de 1956 —que algunos autores han descrito como el episodio inaugural del «siglo XX árabe»—[1] y el fiasco de la intromisión europea catapultan a Egipto hasta el liderazgo indiscutible del mundo árabe, hasta la vanguardia reivindicativa del Tercer Mundo, y desatan una oleada de radicalismo, de nasserismo mimético, de revoluciones y proyectos unitarios que la ambición panárabe del rais egipcio contribuye a alimentar, y que las circunstancias de la Guerra Fría —el generoso mecenazgo soviético a cualquier régimen árabe que se pretenda progresista, y la disposición occidental a sostener a los gobiernos conservadores, conocida como «doctrina Eisenhower»— no hacen más que potenciar.

Así, en febrero de 1958, el gobierno sirio del presidente Chukri al-Kuatli —que siente el aliento amenazador del Pacto de Bagdad, pero ha hallado en Moscú a un padrino magnánimo— se deja seducir por la retórica de Nasser y fusiona su país con Egipto en un solo Estado, la República Árabe Unida (RAU). Inquietas, las dos monarquías hachemíes de Iraq y Jordania responden, con idéntica improvisación, constituyendo entre ellas una Unión Árabe poco antes de que, en marzo, el líder egipcio anuncie la federación entre la RAU y el reino absolutista del Yemen en unos Estados Árabes Unidos.

Si el bloque dinástico-moderado entre Bagdad y Ammán pretendía contrapesar la expansión de la influencia nasserista, su eficacia será efímera porque, en julio de 1958, el sangriento golpe de Estado de un grupo de «oficiales libres» iraquíes más o menos antiimperialistas acaba con Faysal II y con su régimen, y solo la inmediata llegada a Ammán de paracaidistas británicos permite a Hussein de Jordania conservar el trono y la cabeza frente a los complots republicanos inspirados desde El Cairo. Simultáneamente, aquel mismo julio, 5.000 marines norteamericanos desembarcan en Beirut para apoyar al presidente cristiano y anticomunista Camille Chamoun, amenazado también por una insurrección musulmano-izquierdista que quiere incorporar el país de los cedros a la República Árabe Unida.[2]

Es verdad que los designios de Nasser de dar forma política a la siempre invocada unidad de la nación árabe no tardan en sufrir importantes contratiempos. Después de tres años y medio de acumular agravios contra el centralismo y el trato arrogante de los egipcios, contra la gestión cesarista de Nasser, el 28 de septiembre de 1961 un golpe militar en Damasco provoca la secesión de Siria, que recupera la plena independencia y abandona en manos de Egipto el rótulo de «RAU», oficialmente en vigor hasta 1971. En septiembre de 1962, un coronel nasserista

destrona al imán del Yemen, al-Badr, y desata una larga guerra civil que enfrentará a monárquicos con republicanos locales, pero también a saudíes y egipcios: estos llegan a involucrarse en el conflicto con 70.000 soldados, con un coste económico, humano y diplomático —años de ruptura entre El Cairo y Riad— que se dejará sentir cuando llegue la próxima contienda con Israel.[3]

En todo caso, a pesar de los reveses, la popularidad del rais, del nuevo faraón, sigue siendo inmensa entre las masas árabes, desde el océano Atlántico hasta el golfo Pérsico; y, aunque rivales, los nuevos regímenes resultantes de este período convulso —la dictadura baazista instaurada en Siria a partir de 1963, las dictaduras militares de Abd al-Karim Kassem (1958-1963) y de los hermanos Aref (1963-1968) en Iraq…— tienen por lo menos un denominador común: el cultivo permanente de un nacionalismo que es su mejor fuente de legitimación política, y que tiene en la causa palestina el tema más popular y movilizador. Ello se traduce en una política invariable de gestos y amenazas —podríamos llamarlo «hostilidad no bélica»— contra Israel: boicot económico y en toda suerte de reuniones internacionales, prohibición del espacio aéreo árabe a los vuelos con origen o destino en el Estado hebreo igual que del canal de Suez a los buques, vehementes protestas ante la construcción del Acueducto Nacional israelí desde el lago de Tiberíades hasta el Negev, establecimiento de organismos de coordinación militar interárabe y sobre todo grandes dosis de retórica antisionista. «Creemos que el mal plantado en el corazón del mundo árabe debe ser erradicado», manifiesta Nasser al rey Hussein de Jordania en marzo de 1961. «La meta árabe es la eliminación de Israel», reitera el mismo rais en mayo de 1965 al presidente iraquí, Aref. «La realización de la esperanza árabe en cuanto al retorno de los refugiados palestinos implica la liquidación de Israel», declama en abril de 1966 el primer ministro libanés. «Nuestro ejército no se conformará sino con la desaparición de Israel», asegura en mayo de 1966 el entonces hombre fuerte en Damasco, Salah Chadid.[4]

En ocasiones, tales bravatas provocan incluso la incredulidad de los «hermanos»; cuando en septiembre de 1964, durante la segunda cumbre árabe de Alejandría, el general Amin al-Hafez —el dictador sirio de turno— declara que su ejército «está en condiciones de borrar a Israel del mapa en veinticuatro horas», el presidente argelino Ben Bella le responde, irónico: «No se precipite, estamos dispuestos a concederle hasta cuarenta y ocho horas».[5] Sin embargo, el lenguaje y el tono del discurso político árabe a propósito de Palestina permanecen uniformes, y si alguien se aparta del guion es tachado inmediatamente de derrotista y traidor. Tal le sucede en febrero-abril de 1965 al presidente tunecino Habib Burguiba cuando, en el curso de una gira por Oriente Próximo con visitas a Jericó y Jerusalén Este, luego en un discurso en la ciudad de Túnez, y por fin en numerosas declaraciones periodísticas, lanza afirmaciones como estas: «La política del “todo o nada” nos ha llevado a la derrota en Palestina y nos ha reducido a la triste situación en que hoy nos debatimos», «dejemos de lado las armas, y que los políticos miren a lo alto y a lo lejos… Arabes e israelíes podrán vivir en armonía cuando hayan eliminado el odio y se hayan desembarazado de sus complejos y sus actitudes extremistas», «es evidente que Israel existe», «los países árabes nunca conseguirán echar a los israelíes al mar. Por tanto, debemos buscar vías de coexistencia».[6]

Las invocaciones de Burguiba al realismo y a la racionalidad, sus sugerencias de negociar sobre la base del plan de reparto de 1947 y del retorno o indemnización de los refugiados solo provocan en el campo árabe una cascada de injurias, una crisis diplomática entre Túnez y Egipto

y la ratificación aún más enfática de las posiciones previas: «La idea de mediación es inadmisible puesto que la patria árabe está usurpada por el colonialismo sionista», subraya el 27 de abril el ministro egipcio de Exteriores; dos días después, una reunión de la Liga Árabe en El Cairo se apresura a condenar «cualquier llamada al reconocimiento de Israel, a la reconciliación o a la coexistencia». El Estado judío, por su parte, ofrece conversaciones directas sin condiciones previas, pero considera prescrita la partición territorial propuesta por la UNSCOP dieciocho años atrás.

En este contexto de belicosidad verbal y de propósitos aniquiladores contra «la entidad sionista», los líderes árabes han tomado una decisión que, concebida en términos puramente instrumentales y propagandísticos, tendrá una enorme trascendencia futura: «organizar al pueblo palestino para permitirle asumir su papel en la liberación del propio país y decidir su porvenir».[7] El acuerdo se adopta en El Cairo en enero de 1964, durante la primera cumbre de jefes de Estado árabes de la historia, y tiene como efecto secundario la definitiva marginación del espectral Alto Comité Árabe presidido aún por el exmuftí Haj Amin al-Husseini; este, en ruptura con Nasser, se ha trasladado en 1959 al Líbano, desde donde seguirá cultivando las intrigas y los cambios de chaqueta[8] hasta su muerte, en 1974. La entidad representativa que viene a reemplazarlo, la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), nace el 28 de mayo de 1964 en Jerusalén Oriental en el curso de un primer congreso nacional palestino que había inaugurado el rey Hussein y que, dócil a los designios de Nasser, entroniza como líder al abogado y diplomático Ahmed Chukeiry, un miembro de la élite tradicional palestina nacido en Acre en 1908. El congreso dota a la OLP del aparato institucional propio de un verdadero Estado en el exilio (un Comité Ejecutivo a modo de gobierno, un Consejo Nacional en funciones de Parlamento, un Ejército de Liberación de Palestina…) y aprueba los 26 puntos de una Carta Nacional que, además de proclamar la pertenencia de Palestina a «la gran nación árabe» y la existencia de una identidad palestina imprescriptible a pesar de la dispersión, declara «ilegales y artificiosas» tanto la partición de 1947 como la creación de Israel y niega a los judíos el carácter de nación con alguna clase de derecho sobre Palestina.[9] En cambio, la obligación de no incomodar ni al anfitrión hachemí ni al padrino de El Cairo prohíbe a la Carta evocar un Estado palestino, o reclamar la soberanía sobre Cisjordania y Gaza, o formular un programa político preciso: «El pueblo de Palestina decidirá su destino una vez haya completado la liberación de la patria…».

En resumen: a pesar de las apariencias pluralistas (388 delegados) del congreso fundacional, la OLP no deja de ser «una asamblea de notables sin representatividad popular ni capacidad soberana, que exime a Egipto de la obligación de intervenir directamente en el conflicto con Israel y, a la vez, le permite mantener el control del actor palestino. Nuevo instrumento del régimen nasserista en su combate por el dominio regional»,[10] la flamante organización despierta las reticencias de Damasco y Riad —dichas capitales no renuncian a promover y tutelar grupos armados palestinos al margen de la OLP— y no tardará en entrar en conflicto con la monarquía jordana, que rehúsa acoger en su territorio unidades del Ejército de Liberación de Palestina y, en enero de 1967, ya ha clausurado las sedes de la OLP en el reino. Sobre todo, la sumisión de Chukeiry a los intereses de El Cairo y su gusto por las intrigas políticas de palacio no responden a las aspiraciones de la nueva generación de activistas palestinos educados en la diáspora y persuadidos de que solo una lucha armada propia, independiente de las conveniencias y las fantasías cambiantes de los gobiernos árabes, puede liberar Palestina.

Estos jóvenes ya han comenzado a organizarse durante la década anterior: en 1952, en Beirut, el médico cristiano Georges Habache (1926-2008, nacido en Lydda) ha fundado un Movimiento Nacionalista Árabe (MNA) de aspiraciones globales, pero prácticamente circunscrito al combate antisionista; entre 1958 y 1961, el capitán palestino del ejército sirio Ahmed Jibril (1935-2021, nacido cerca de Ramla) estructura en Damasco un Frente de Liberación de Palestina; sobre todo, en diciembre de 1959 nace en Kuwait un grupo llamado Al Fatah o «La Conquista» (y también el acrónimo invertido de Harakat al-Tahrir al-Watani al-Filastin, o Movimiento de Liberación Nacional de Palestina). En torno al ingeniero Yassir Arafat (1929-2004, nacido en El Cairo, de padre palestino oriundo de Gaza y perteneciente, según algunas versiones, a una rama modesta del clan Husseini) y a un puñado de otros titulados superiores residentes en los países petroleros del Golfo, Al Fatah reúne en sus inicios a unos 300 miembros —500 al final de 1966—, se sitúa en la confluencia entre el arabismo laico y el islamismo político (con fuerte influencia de los Hermanos Musulmanes egipcios) y propugna «la violencia revolucionaria» hasta lograr «la recuperación total de la Palestina unificada y árabe» sobre las ruinas de «la entidad sionista», para lo cual no tarda en dotarse de una rama militar, Al Assifa (La Tempestad). Mientras la OLP hincha su aparato burocrático y cultiva una diplomacia de salón, Al Fatah adopta como símbolo el *kefieh*, el tradicional tocado del campesino palestino; mientras Chukeiry pronuncia discursos, los hombres de Arafat —beneficiarios del apoyo de Siria, de Arabia Saudí y de la apenas independiente Argelia— deciden, a fines de 1964, pasar a la acción.[11]

Si el primer atentado de Al Assifa dentro de Israel —una explosión incruenta, el 31 de diciembre de 1964— pasa inadvertido, las operaciones se multiplican a lo largo de los años siguientes (300 reivindicadas hasta junio de 1967) gracias a la ayuda y a los campos de entrenamiento ofrecidos por el poder baazista sirio. Este, que desde el otoño de 1964 ha sostenido duelos de artillería y choques fronterizos con el Tsahal por el control de las zonas desmilitarizadas que los separan o a causa de los proyectos árabes de desviar las fuentes del Jordán, encuentra en la disidencia armada palestina un medio indirecto de hostilizar al enemigo —las incursiones se efectúan casi siempre a través del Líbano o de Jordania—, de desestabilizar al rey Hussein bajo el impacto de las represalias israelíes y de poner en evidencia la pasividad y la tibieza de Nasser. El rais, en efecto, considera prematura y temeraria una escalada del conflicto: «Si quiero atacar a Israel —confiesa el 31 de mayo de 1965 ante el Consejo Nacional Palestino reunido en El Cairo— primero debo retirar del Yemen a los 50.000 soldados egipcios que luchan allí para defender los principios de la revolución árabe»; aquel septiembre, en la tercera cumbre árabe de Casablanca, el general egipcio y coordinador militar panárabe, Alí Alí Amer, advierte que una guerra contra Israel requiere todavía cuatro años de preparación, a pesar de que el gasto anual árabe en armas (cercano a los 1.000 millones de dólares) casi dobla al israelí.[12] El despliegue en el Sinaí y en Gaza de los «cascos azules» proporciona una buena coartada a esta prudencia.

El 23 de febrero de 1966, el decimoséptimo golpe de Estado que Siria ha conocido en veinte años de independencia instala en Damasco un gobierno formado por jóvenes oficiales del ala izquierda del partido Baaz —el nuevo ministro de Defensa será Hafiz al-Assad—, todavía más hostiles a la Jordania hachemí y favorables a desarrollar contra Israel una guerra popular de liberación por el estilo de la que se está librando en Vietnam. En consecuencia, el régimen sirio

potencia la actividad guerrillera de Al Fatah; espolea, además, a otros grupúsculos armados palestinos procedentes del MNA de G. Habache, y, envalentonado por el firme apoyo soviético, eleva el nivel de los enfrentamientos directos alrededor del mar de Galilea con la implicación, desde julio, de las fuerzas aéreas de ambos países. A corto plazo, la estrategia parece rentable: Nasser, inquieto por el empeño guerrero de los sirios, les propone un tratado de defensa mutua que se rubrica en El Cairo a principios de noviembre; de forma simultánea, la dura venganza israelí contra el territorio jordano que sirve como vía de paso de los fedayines —batalla de Samu, 13 de noviembre— hace tambalear la corona de Hussein y, además, le vale a Israel tanto la condena del Consejo de Seguridad como la reprobación de Washington.[13]

Sin embargo, aquellos que avivan la tensión no tardan en padecer sus efectos: desde enero de 1967, el confín israelo-sirio vuelve a inflamarse con sabotajes guerrilleros y bombardeos contra los kibutz fronterizos; tras un infructuoso intento pacificador auspiciado por el secretario general de la ONU, el birmano U Thant, el 7 de abril una nueva escaramuza deriva en gran enfrentamiento de artillería y blindados, y después en batalla aérea masiva durante la cual los Mirage de Israel derriban seis Mig sirios, cuatro de ellos sobre las cabezas de los consternados habitantes de Damasco. Puesto que, durante el mes siguiente, Al Fatah reivindica otras catorce operaciones y los cañones del Golán sirio continúan disparando —tal vez con el propósito de forzar al aliado egipcio a una intervención armada—, la volatilidad de la situación se acentúa y, desde Jerusalén, las advertencias contra el vecino del noreste suben de tono.

La crisis se produce —conviene recordarlo— en un momento complicado para el Estado judío. Desde 1966, la política antidéficit del gobierno ha desatado una seria recesión económica (en hebreo se la denomina *mitun*) que hace subir el paro hasta un 12,4%, reduce el crecimiento anual al 1%, castiga en especial a la mano de obra menos cualificada —los judíos orientales de las áreas llamadas «de desarrollo», que buscan amparo en el principal partido de la oposición, el Herut—, provoca violentas protestas sociales y, lo peor de todo, espolea la emigración: al final de 1966, el balance migratorio israelí de aquel año —el termómetro del sionismo— registra un saldo negativo, y el humor judío asegura que, en el aeropuerto de Lod, hay colgado un gran rótulo con el texto: «El último en marcharse, por favor, que apague la luz».

Además de este pesado lastre, el primer ministro Levi Eshkol tiene que soportar las críticas feroces de su predecesor Ben-Gurion; arrastra una fama de dubitativo o indeciso que da pie a toda clase de chistes —«¿café o té?», le pregunta una camarera; «mitad y mitad», contesta Eshkol después de meditarlo—, y, siendo como es también ministro de Defensa, parece condenado a una imagen de conciliador, de blando sin experiencia ni preparación militares. Esto último complica las relaciones entre el primer ministro y el jefe del Estado Mayor, el competente general Yitzhak Rabin, y todo ello influye sin duda en las decisiones gubernamentales israelíes de aquella primavera.[14]

Probablemente, la línea de no retorno hacia la guerra es cruzada el 14-15 de mayo de 1967. Ya sea por un error de evaluación, o con el propósito de elevar la tensión, estrechar la alianza sirio-egipcia y hacer patente a los árabes su dependencia de la ayuda soviética, o quizá con la intención de crear complicaciones a unos Estados Unidos empantanados en Vietnam, lo cierto es que desde el 11 de mayo el Kremlin informa tanto a Damasco como a El Cairo de la inminencia de un ataque general israelí contra Siria, un anuncio que no tiene base real alguna. Pero Nasser no quiere ser tildado otra vez de flojo o reticente en su apoyo a los combativos sirios y, además,

existe en la cúpula egipcia un sector —encabezado por el número 2 del régimen, el mariscal Amer— que sobrevalora sus propias fuerzas militares y no desdeña la guerra o, por lo menos, un conato de conflicto que permita anular las ganancias israelíes de la campaña de 1956. Así pues, el 14 de mayo, el rais ordena que diversas unidades del ejército egipcio crucen el canal de Suez y se desplieguen por el Sinaí, hasta entonces guarnecido por menos de una división. A lo largo de las tres semanas siguientes, las tropas concentradas en la península equivaldrán a siete divisiones (unos 100.000 hombres, 900 blindados y 700 piezas de artillería).[15]

Alertado desde el día 15, el gobierno de Israel reacciona a esta demostración de fuerza con cautela y escepticismo sobre la voluntad guerrera de los egipcios, si bien decide una gradual movilización de reservistas, consciente de que la falta de respuesta podría parecer vulnerabilidad y minar el poder disuasorio del Tsahal. Nasser, por su parte, empieza a ser prisionero de su propia política de gestos, obligado a seguir subiendo peldaños de la escalada y, el día 16, solicita que los «cascos azules» presentes a lo largo de la frontera Sinaí-Negev sean retirados de ella y concentrados en Gaza y Sharm el-Sheikh. El secretario general de la ONU, U Thant, reconoce sin previo debate en el Consejo de Seguridad ni en la Asamblea General el derecho soberano de Egipto a expulsar a la UNEF de su territorio —actitud esta que le será muy criticada en Occidente— pero rehúsa un repliegue parcial, y pone a El Cairo ante el dilema entre permanencia o retirada total. Puesto que el rais ya no puede echar marcha atrás sin perder la cara, el 19 de mayo los 3.400 soldados internacionales (indios, canadienses, yugoslavos, brasileños, suecos, noruegos y daneses) abandonan en manos de los egipcios todos sus puestos de observación fronteriza. El parachoques, el colchón entre Israel y la principal potencia árabe ha desaparecido.[16]

Resulta dudoso si, a estas alturas, Nasser ha apostado ya por la guerra abierta o bien sigue jugando de farol, en busca de una victoria política y de prestigio gratuita. Sin embargo, la lógica de los acontecimientos que ha desatado —o quizá un encadenamiento de errores de cálculo— lleva hacia las hostilidades. El 21 de mayo, Egipto ordena la movilización general, y dos días después decreta la clausura del golfo de Ákaba, medida que Israel considera desde siempre un *casus belli*. Al mismo tiempo, las dos superpotencias expresan un grado de compromiso muy desigual en la crisis —resuelto el de la URSS con los árabes, evasivo y reticente hasta última hora el de Estados Unidos con Israel—, mientras las tribunas públicas y los medios de comunicación árabes se inflaman de gritos de batalla y augurios de liquidación inminente contra el Estado judío: «Si estalla la guerra, esta será total, con el objetivo de destruir Israel…» (Nasser, 26 de mayo). «Colgaremos al último soldado imperialista con las tripas del último sionista» (Radio Damasco, 23 de mayo). «La barraca sionista en Palestina está a punto de hundirse y de ser barrida» (*La Voz de los Árabes*, de El Cairo). «Tenemos una cita en Tel Aviv con nuestros hermanos árabes» (Nachi Taleb, primer ministro iraquí). «Entre los judíos prácticamente no habrá supervivientes» (Ahmed Chukeiry, presidente de la OLP, 4 de junio). «Debemos ganar la verdadera libertad de la patria entera por la supresión del Estado de los sionistas» (Huari Bumedián, presidente de Argelia, 4 de junio). En esta atmósfera, el 30 de mayo se produce otro golpe de efecto: el rey Hussein —a quien, solo un mes antes, Nasser ha tachado en público de «lacayo del imperialismo» y «agente de la CIA»— vuela a El Cairo y firma con el rais —del que Ammán proclama hace tiempo que es «el único líder árabe que vive en paz con Israel»— un tratado de defensa mutua en virtud del cual el territorio jordano acoge acto seguido tropas

egipcias e iraquíes, la OLP vuelve a actuar libremente en el reino y el propio ejército real queda bajo el mando de un general egipcio. Intentando no quedar aislado ni pagar los platos rotos de la crisis, el soberano hachemí contribuye a agravarla con un segundo *casus belli*.

Todas estas noticias, los desbordamientos de la propaganda árabe, las movilizaciones militares en curso hasta en el Líbano, en Arabia Saudí, en Iraq, en Sudán o en Kuwait, alimentan en la opinión pública israelí una preocupación teñida de presagios apocalípticos, el miedo —sentido como real— a otro Holocausto. Los generales del Tsahal no lo comparten, pero sí creen en la necesidad de golpear rápido y con contundencia, de adelantarse al fortalecimiento del enemigo con un ataque preventivo; ni la economía ni la moral de los civiles, por otra parte, podrán soportar muchas semanas de movilización masiva sin guerra. No obstante, Eshkol duda, pide tiempo, intenta infructuosamente obtener garantías de Washington y, con el apoyo de la mitad del gabinete, sigue retrasando la acción y perseverando en una vía diplomática que parece cada vez más la vía de la debilidad.[17] A medida que el «período de espera» (*tkufat haHamtana*, en hebreo) se prolonga, un número creciente de responsables y de ciudadanos se pregunta si hay que dejar que los árabes ataquen primero solo para demostrarle al mundo que han empezado ellos, o si es prudente poner la protección de Israel en manos de Estados Unidos; en el Parlamento y en la calle, las denuncias o las protestas contra la parálisis del ejecutivo y la falta de liderazgo de Eshkol arrecian, mientras los caricaturistas de la prensa de Tel Aviv representan al primer ministro —tan inmóvil, que ha echado raíces— deshojando la margarita del «sí» o el «no» a la guerra, o sorprendido en la cama por el tanque de Nasser que se le sube encima. Por fin, es un Eshkol «angustiado», «aterrado», «profundamente deprimido» —los calificativos son de su jefe de Estado Mayor, Y. Rabin—[18] quien, el 1 de junio, consiente en formar un gobierno de unión nacional: el popularísimo Moshe Dayan, del partido bengurionista Rafi, es el titular de Defensa, y los dos líderes de la coalición opositora Gahal, Menahem Begin y el liberal Yosef Sapir, son ministros sin cartera. Vencidas las últimas prórrogas, el 4 de junio, el nuevo ejecutivo da luz verde a las fuerzas armadas para poner fin a la amenaza árabe.[19]

Conocida después como la guerra de los Seis Días para subrayar su brevedad, la conflagración que, en junio de 1967, enfrenta a Israel (unos 250.000 efectivos, 1.100 carros de combate, 400 cañones, unos 200 cazas y cazabombarderos Mirage, Super Mystère, Mystère Mark IV, Ouragan, Vautour…, todos de tecnología francesa) con los ejércitos de Egipto, Siria y Jordania reforzados por contingentes iraquíes, argelinos, sudaneses y saudíes (en conjunto, más de 300.000 hombres, 1.500 tanques, 1.260 piezas de artillería y unos 550 aviones) se decide, de hecho, en un lapso de tiempo mucho más corto: en tres horas. Son las que discurren entre las 7:35 y las 10:35 de la mañana del 5 de junio, cuando el 95% de la aviación israelí, dejando casi desguarnecido el espacio aéreo propio y haciendo un largo rodeo para burlar los radares egipcios, ataca por sorpresa, inutiliza las bases y destruye en tierra más de 300 aparatos de la RAU a cambio de la pérdida de 15 aeronaves propias (40 en toda la guerra). Aquel mismo mediodía, otro golpe masivo elimina a las fuerzas aéreas jordanas, iraquíes y sirias como factor militar (un centenar largo de aviones inutilizados) y otorga a Israel una ventaja decisiva en los enfrentamientos terrestres y en la moral combativa de las tropas. Mientras los árabes se ven desamparados y a merced del enemigo, los hebreos se sienten siempre cubiertos y apoyados desde el aire.

Poco después, siguiendo idéntico esquema y los mismos itinerarios que en 1956, las columnas blindadas del Tsahal penetran en el Sinaí, hunden las líneas enemigas sin hallar una resistencia general y, a medida que avanzan hacia el oeste, dejan a divisiones egipcias enteras aisladas en medio del desierto, desorientadas, castigadas por la aviación israelí y, pronto, en desbandada. Las carreteras del Sinaí en torno a los pasos de Mida y Giddi se convierten así en inmensos cementerios de chatarra militar fabricada en la URSS al tiempo que los soldados de Dayan y Rabin llegan, el 8 de junio, al canal de Suez; la víspera se ha efectuado sin grandes trabas la ocupación de la Franja de Gaza y también la de Sharm el-Sheikh, abandonado por su guarnición.

De entrada, y a pesar de la reciente alianza entre Nasser y Hussein, los planes de guerra israelíes no contemplan un ataque contra Jordania. Es la artillería de la Legión Árabe cumpliendo órdenes de un rey engañado o fatalista la que, el 5 de junio por la mañana, abre fuego contra Jerusalén Oeste y las afueras de Tel Aviv; tales obuses provocarán no solo la respuesta militar del Tsahal, sino también la decisión política —preñada de enormes consecuencias— de «liberar» Jerusalén Oriental y conquistar Cisjordania. En paralelo a la laboriosa ocupación de Yenín y Nablús, la capital bíblica es cercada entre los días 5 y 6 al precio de encarnizados combates urbanos y enfrentamientos cuerpo a cuerpo —sobre todo, en las llamadas Ammunition Hill y French Hill— que libra en especial la 55.ª brigada paracaidista del coronel Mordejai «Motta» Gur. El 7 de junio, tropas de esta unidad irrumpen en el interior de la Ciudad Vieja a través de la puerta de San Esteban o de los Leones y, a las diez de la mañana, alcanzan el Muro Occidental, el santuario inaccessible durante diecinueve años. El subsiguiente estallido de emoción y de fervor, mitad patriótico, mitad religioso —«los paracaidistas […] no se lo podían creer, y se atropellaban para tocar el Muro. Llorando, murmuraban palabras incoherentes», testifica un Yitzhak Rabin poco propenso a la lírica—[20] se extenderá bien pronto al conjunto de la ciudadanía israelí. Aunque la rendición del gobernador jordano de la ciudad se formaliza aquel mediodía, se precisan 36 horas más y algunos otros enfrentamientos con material pesado antes de que, caídas Ramallah, Belén, Hebrón o Jericó, las fuerzas hebreas vuelen los puentes sobre el Jordán, tomen el pleno control de la orilla occidental y empiecen a observar el alto el fuego que el rey Hussein ya ha aceptado a última hora del día 7.

Naturalmente, la magnitud del desastre que están sufriendo sus patrocinados hace que Moscú trate de abreviarlo presentando al Consejo de Seguridad, ya el día 6, una resolución de alto el fuego que es aprobada en aquella misma fecha con el apoyo de Washington, a pesar de las falsas acusaciones árabes de participación norteamericana en el ataque aéreo israelí.[21] Jordania, como hemos visto, acepta el cese de hostilidades al día siguiente, Egipto se inclina el día 8 al anochecer; pero el mando israelí, eufórico por los triunfos obtenidos al sur y al este, cree que es el momento de ajustar cuentas con Siria y, en consecuencia, da largas a las sucesivas conminaciones de la ONU y de las grandes potencias.

El régimen baazista sirio, el primer inductor de la guerra, se ha limitado hasta entonces a bombardear rutinariamente Galilea desde los Altos del Golán, pero ha reservado sus mejores tropas para la protección de la dictadura y las maniobras políticas internas —el ministro de Defensa, general Hafiz al-Assad, planea ya la toma del poder total— en vez de arriesgarlas contra «el enemigo sionista». La mañana del 9 de junio, tras muchas horas de preparación aérea y artillera, dicho enemigo emprende el asalto al fortificado macizo sirio, que blindados y

paracaidistas conquistan en dos jornadas —incluida la ciudad de Quneitra— frente a un adversario rápidamente desmoralizado que retrocede hasta menos de 60 kilómetros de su capital, Damasco. Por fin, ante los nuevos llamamientos del Consejo de Seguridad, bajo severas amenazas soviéticas de una intervención militar directa y en medio de maniobras de advertencia de la VI Flota norteamericana, los combates a gran escala cesan en el frente norte hacia las 18:30 horas del sábado 10 de junio.[22]

En sus aspectos más fácilmente cuantificables, el balance de la fulgurante victoria israelí es espectacular: más de 68.500 kilómetros cuadrados de conquistas territoriales hasta formar, el 11 de junio, un dominio de 89.359 kilómetros que incluye la totalidad de la Palestina mandataria; cantidades ingentes de material militar enemigo —hasta el 85% del arsenal egipcio…— destruido o capturado (469 aviones, más de 700 tanques, 500 piezas de artillería, 10.000 vehículos, un submarino y otros buques, baterías enteras de misiles SAM-2…), una parte del cual será reutilizado por el Tsahal; frente a las modestas pérdidas humanas de Israel (779 muertos, unos 2.500 heridos, 15 prisioneros), los ejércitos árabes tienen que lamentar tal vez 15.000 bajas, más de 6.000 prisioneros y, lo peor de todo, la humillación, el descrédito y el ridículo de los cuadros de mando, que salpica también a los líderes políticos. Con la intuición que le caracteriza, Gamal Abdel Nasser es el primero en comprenderlo y en reaccionar: ya al atardecer del 9 de junio, con la voz rota y el rostro demudado y lloroso, el rais —«un mago de la emoción colectiva»—[23] comparece en directo a través de todos los receptores de radio y de televisión del mundo árabe para admitir la amplitud de la derrota («el contratiempo», según él), asumir la plena responsabilidad por lo sucedido y anunciar la renuncia a todas sus funciones políticas. De inmediato, en las calles de El Cairo y Alejandría, pero también de Rabat, Argel, Beirut, Ammán, Damasco o Bagdad, inmensas muchedumbres conmocionadas ruegan al héroe que no las abandone, que permanezca firme en su puesto para vengar el honor y la dignidad árabes, a la vez que instituciones egipcias y gobiernos extranjeros rivalizan en expresiones de apoyo y adhesión. Aquella misma noche, la dimisión ha sido retirada, y Nasser emerge relegitimado del desastre, aunque sabe que este no puede quedar impune: once de los máximos jerarcas del ejército, la marina y la fuerza aérea de la RAU son cesados y cientos de oficiales serán sometidos a juicio por cobardía y deserción; el mariscal Abdel Hakim Amer, destituido y arrestado, se suicidará a principios de septiembre.

Una vez más, la clave del triunfo de Israel había residido en el factor humano. Sin duda, en la eficiencia y superioridad técnica del vértice del Tsahal frente a la pasividad y la descoordinación de las fuerzas árabes; también, en la alta cualificación profesional de los mandos hebreos, por contraste con los méritos exclusivamente políticos de la mayoría de los generales árabes. Pero, sobre todo, en el modo de funcionar de las tropas sobre el terreno; siendo jefe del Estado Mayor, Dayan ya había subrayado en 1955: «Los oficiales del ejército israelí no envían a sus hombres al combate; los conducen a él»; la consigna para entrar en acción es, en efecto, *Aharai!* («¡Detrás de mí!»), y ello explica que, en la guerra de los Seis Días, oficiales y suboficiales representasen el 23% de las bajas israelíes. *Last, but not least*, está la motivación de los soldados, el saberse en lucha por la supervivencia colectiva cuando la sombra del Holocausto resulta aún muy presente; un año después del conflicto, el diputado del Herut Arieh Ben Eliezer lo resume así: «No éramos tan pocos como se ha dicho. A nuestro lado luchaban otros seis millones, que nos murmuraban al oído el undécimo mandamiento: “No te dejarás matar”».[24]

Sin embargo, los miedos israelíes de la preguerra dejan paso, a partir del 11 de junio, a una euforia a veces vanidosa —aquel irónico anuncio en *The New York Times* recomendando «visitar Israel y ver las pirámides»…—,[25] a una atmósfera de redención nacional y espiritual, a un entusiasmo colectivo que se alimenta del reencuentro con el Muro Occidental; con el devastado barrio judío de la vieja Jerusalén; con los edificios universitarios del monte Scopus o el cementerio del monte de los Olivos vedados durante diecinueve años; con Hebrón y su gruta de Makpela, la supuesta Tumba de los Patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, inaccesible a los judíos desde hacía siglos; con las decenas de escenarios bíblicos esparcidos por Cisjordania, la Judea y la Samaria antiguas… Este clima fervoroso abarca también a buena parte de las comunidades judías diaspóricas, ampliamente movilizadas por Israel durante la crisis y que, después, expresan su orgullosa solidaridad con el país victorioso en forma de visitas turísticas, donaciones (600 millones de dólares en solo seis meses) e incluso inmigrantes desde los países occidentales (unos 40.000 en tres años), contribuyendo con todos estos factores a la reactivación y la dinamización de la economía israelí.

Desde un punto de vista estrictamente militar, la euforia parece justificada. Tras dos décadas de fragilidad estratégica, la guerra de 1967 ha proporcionado a Israel unos «colchones» territoriales (el desierto del Sinaí, Cisjordania, el Golán) que dan profundidad a su defensa y trastocan el equilibrio geopolítico de la región: ahora, ya no son las áreas urbanas del Estado judío las que están al alcance de la artillería árabe, sino Ammán, Damasco y El Cairo las que resultan vulnerables a una acometida del Tsahal. Claro que, para el ejército israelí, el nuevo mapa también da lugar a unas líneas de aprovisionamiento mucho más largas, a unos planteamientos defensivos mucho más conservadores y, en general, a un exceso de confianza que le hará sobrevalorar los méritos propios y desdeñar las capacidades del adversario. Es aquí, en la resaca de una victoria demasiado fácil y perfecta, donde germinan los errores que darán lugar a la dramática sorpresa de octubre de 1973.

Pero de momento, en junio de 1967, el gobierno israelí confía aún en transformar la victoria de sus armas en éxito político, y considera los territorios árabes imprevistamente adquiridos simples gajes o prendas a permutar lo más pronto posible por tratados de paz y reconocimiento mutuo con sus vecinos. Es así como, en las semanas posteriores a la guerra, el gabinete Eshkol ofrece a Egipto y Siria —por mediación de Washington— la devolución total del Sinaí y del Golán a cambio de la paz y la desmilitarización de dichos territorios, y propone al rey Hussein un compromiso que le restituya el grueso de Cisjordania, excepto una franja fronteriza de unos 10 kilómetros de ancho. La única excepción a esta filosofía devolucionista se refiere a Jerusalén; aquí, el amplio consenso político y social acerca de la reunificación definitiva de la ciudad propicia que, ya el 29 de junio, la Knéset anexione la mitad oriental de aquella y sus 70.000 habitantes árabes en el marco de una sola municipalidad ampliada, una medida que la ONU se apresura a declarar ilegal. No obstante, es significativo que la solemne proclamación de Jerusalén como «capital eterna e indivisible de Israel» no se produzca hasta el 30 de julio de 1980.

A la postre, la paradoja es que, lejos de favorecer la normalización diplomática de Israel en el seno de Oriente Próximo y en el mundo, las consecuencias políticas de la victoriosa guerra de los Seis Días envenenan aún más el conflicto árabe-israelí, le crean al Estado judío nuevos y peligrosos adversarios externos, así como gravosas obligaciones y amenazas internas, y alejan cualquier perspectiva de una solución negociada. El año 1967 marca el punto álgido en la

trayectoria ascendente del proyecto nacional sionista puesto en marcha nueve décadas atrás, pero 1967 supone también el inicio de cierto declive cualitativo de aquel proyecto, el comienzo de una crisis en la identidad colectiva de los israelíes, de una pérdida de prestigio internacional paralela a la idealización de la que se benefician sus enemigos… Veamos sumariamente, en los párrafos siguientes, cuáles son para el vencedor estas rentas negativas de aquella que los vencidos han denominado «la guerra de Junio».

Invocando «la agresión israelí», la Unión Soviética rompe sus relaciones diplomáticas con Tel Aviv desde el 10 de junio, imitada bien pronto por el resto de los países del bloque socialista —incluida Yugoslavia y excepto la Rumania de Ceausescu—, los cuales llegan a celebrar una cumbre monográfica sobre el tema en Budapest, el 11 y el 12 de julio.[26] Desprovista así de cualquier contrapeso, la política de Moscú bascula espectacularmente hacia el antiisraelismo por principio y el apoyo sistemático a las tesis árabes, tesis bienvenidas en la medida que señalan a Estados Unidos como el gran culpable de la derrota de los Seis Días. En cierto modo, es solo a partir de 1967 cuando el conflicto árabe-israelí queda plenamente encajado dentro de los esquemas maniqueos de la Guerra Fría: con un Israel cuya creciente dependencia del aliado norteamericano lo transmuta en «el peón del imperialismo yanqui en el Oriente Próximo», y unos países árabes a los que el aval soviético convierte de manera automática en valerosos paladines del progresismo y de la paz entre los pueblos. Pero, dimensión propagandística al margen, el renovado compromiso de la URSS con sus ahijados árabes se concreta en la rápida y pródiga reposición de los arsenales sirio y egipcio perdidos, en donativos alimentarios y préstamos financieros —a cambio, Moscú obtiene valiosas facilidades navales y aéreas tanto de El Cairo como de Damasco—, así como en la indefectible movilización de la diplomacia soviética cada vez que, en las Naciones Unidas, surge una oportunidad de condenar a Israel. De hecho, la suma entre los Estados de la comunidad socialista, el bloque araboislámico y un número creciente de países afroasiáticos sensibles a la influencia del Kremlin y/o a los petrodólares empieza a configurar, en la ONU, la mayoría automática que, después de 1973, intentará convertir el Estado judío en un paria entre las naciones.

De momento, el efecto más relevante del firme apoyo y del rápido rearme dispensados por Moscú es persuadir a los regímenes árabes de que la revancha, de que una nueva guerra, esta vez victoriosa, es posible a corto plazo y, por tanto, estimular su intransigencia, fortalecer de nuevo su belicosidad sin autocrítica ni reexamen alguno de su política ante el conflicto de Palestina. La concreción de esta actitud se formaliza en la cuarta cumbre panárabe de Jartum, del 29 de agosto al 2 de septiembre de 1967, con sus famosos «tres noes»: no al reconocimiento de Israel, no a la negociación con Israel, no a la paz con Israel. Como es lógico, el triple veto proclamado en la capital sudanesa contribuye mucho a enfriar, entre los israelíes, los propósitos devolucionistas respecto de los territorios conquistados, da argumentos a los sectores anexionistas y potencia la tesis según la cual, vista la persistencia del rechazo, es preciso dibujar nuevas fronteras que sean «defendibles».

Ante el maximalismo de unos, la creciente rigidez de los otros y la parcialidad manifiesta de la Unión Soviética en el pleito, son básicamente Estados Unidos y Gran Bretaña quienes, desde fines de octubre, maniobran en el Consejo de Seguridad de la ONU en busca de un compromiso; será la Resolución 242, adoptada por unanimidad el 22 de noviembre de 1967 y, desde entonces, referencia básica en todas las tentativas de paz para Oriente Próximo. ¿Qué dice este célebre

documento? De entrada, considera «inadmisible la adquisición de territorios mediante la guerra» y expresa «la necesidad de trabajar por una paz justa y duradera en la que todos los Estados de la zona puedan vivir con seguridad». Para conseguirlo, insta a «la retirada de las fuerzas armadas de Israel de territorios ocupados en el reciente conflicto» («*from territories occupied*…», según la versión original inglesa, aunque la traducción francesa dice «*des territoires occupés*…»), «el cese de todas las reclamaciones o estados de beligerancia y el respeto y el reconocimiento de la soberanía, la integridad territorial y la independencia política de todos los Estados de la zona y de su derecho a vivir en paz dentro de fronteras seguras y reconocidas, libres de amenazas o actos de fuerza». Además, el texto afirma la necesidad de «garantizar la libertad de navegación a través de las aguas internacionales» de la región, y de «alcanzar una solución justa del problema de los refugiados».[27] Conviene añadir que, aceptada de mala gana tanto por Israel como por Jordania, la Resolución 242 es acogida por Nasser con notoria displicencia («lo que fue arrebatado por la fuerza será recuperado por la fuerza»), mientras Iraq, Siria y la OLP la rechazan de plano, en la medida que avala el derecho de Israel a existir.

Otra consecuencia trascendental de la guerra de los Seis Días es la transformación del Estado judío en potencia ocupante sobre una nutrida población árabe refractaria, cuando no hostil. Es cierto que el desarrollo de los combates y el rápido avance del Tsahal habían empujado a entre 200.000 y 300.000 palestinos —muchos de ellos ya desplazados de 1948— a abandonar Cisjordania y Gaza hacia la otra orilla del Jordán o Egipto; también la mayor parte de los habitantes del Golán (unos 90.000) ha huido hacia el interior de Siria; aun así, en julio de 1967, alrededor de 1.100.000 árabes palestinos permanecen en los territorios recién conquistados. Si, para ellos, verse bajo el dominio del odiado enemigo constituye un trauma que estimulará su sentido de la identidad y sus aspiraciones nacionales, la sociedad israelí desarrolla hacia las tierras palestinas una relación semicolonial (mercado cautivo para las exportaciones hebreas, fuente de mano de obra a buen precio…) y sus militares aplican en ellas un régimen de ocupación que, pretendiéndose «ilustrado» o «benévolo», resulta inevitablemente opresivo y represor. Por mucho que, durante casi dos décadas, el nivel de resistencia interna en los territorios sea muy bajo, no se precisen grandes medidas de fuerza para combatirlo y que los ayuntamientos árabes gocen de una amplia autonomía local, el gobierno militar del Tsahal sobre una población cada vez más numerosa a la que no amparan ni las leyes ni la ciudadanía de Israel propicia abusos, excesos y arbitrariedades que, prolongadas en el tiempo, se convertirán en una especie de cáncer para el sistema político y de valores de los israelíes. Por ese motivo se ha considerado la victoria de 1967 como una victoria fatídica.[28]

Efecto también de la contienda es la eclosión definitiva de un verdadero movimiento de liberación nacional palestino. De un lado, el descalabro de los ejércitos regulares hace de la guerrilla la única alternativa —por lo menos, a corto plazo— frente a Israel, a la vez que el último reducto de la dignidad árabe en medio de la derrota. Del otro, la humillación de junio ha desacreditado entre los palestinos la retórica de los regímenes de la región y, con ella, la del núcleo dirigente de la OLP y su Ejército de Liberación de Palestina, tan aparatoso como inútil frente al enemigo. Mientras Al Fatah trata de llenar el vacío organizando —sin mucho éxito— la resistencia popular en los territorios ocupados, estableciendo por lo menos bases seguras en Jordania y «rechazando categóricamente» la Resolución 242 que «pisotea los derechos de dos millones de refugiados palestinos», en diciembre de 1967 Ahmed Chukeiry, abandonado incluso

por su padrino Nasser, tiene que renunciar a la presidencia de la OLP y dejar paso a una dirección interina. La retirada del viejo liderazgo ineficaz e infeudado a Egipto no significa la plena emancipación de la lucha nacionalista de los palestinos, pero sí diversifica tanto sus estrategias como sus patrocinios y, por tanto, disminuye las capacidades de instrumentalización de las diferentes capitales árabes. Si El Cairo otorga cierto apoyo a Al Fatah, aquel mismo diciembre la dictadura baazista siria crea su propia organización guerrillera palestina, Al Saika (El Rayo), y en una fecha muy próxima surge el Frente Popular de Liberación de Palestina (FPLP), dirigido por Georges Habache, Nayef Hawatmeh y Ahmed Jibril, de adscripción marxista-leninista. A lo largo de los quince meses siguientes, el FPLP origina, vía escisión, otros dos grupos: el FPLP-Mando General, con A. Jibril como líder (noviembre de 1968), y el Frente Democrático de Liberación de Palestina (FDLP), encabezado por N. Hawatmeh y de obediencia maoísta (febrero de 1969). Además, también en febrero de 1969, los baazistas que gobiernan en Bagdad deciden dar a luz a otro grupo armado palestino que les sea adicto: será el Frente de Liberación Árabe.[29]

Entre todos los grupos citados y otros menores, el episodio que consagra la primacía de Al Fatah y, al mismo tiempo, el mito fundador de la nueva resistencia palestina es la «batalla de Karameh»: el 21 de marzo de 1968, una represalia militar israelí contra los fedayines procedentes de la pequeña ciudad transjordana de Karameh topa con la firme oposición de los guerrilleros de Al Assifa que, apoyados por artillería y blindados hachemíes, hacen frente al enemigo y le causan importantes pérdidas, pero sobre todo demuestran después de veinte años que el Tsahal no es invencible y, en este sentido, erigen un símbolo y un reclamo poderosísimos. Yassir Arafat y los suyos pueden imponer, gracias al prestigio y la admiración lograda por el enfrentamiento armado, en el cuarto Consejo Nacional Palestino reunido en El Cairo en julio de 1968, la transformación de la OLP en un amplio frente unitario del que participan las diversas facciones resistentes y la reforma de su Carta Nacional en un sentido más independiente y mucho más radical, que permanecerá vigente hasta 1996: «la lucha armada es el único camino para la liberación de Palestina» (art. 9); «la acción de los comandos constituye el núcleo de la guerra popular palestina de liberación» (art. 10); «es un deber nacional hacer de cada palestino un revolucionario árabe» (art. 7); «la liberación de Palestina es una obligación nacional para los árabes. Su deber es rechazar la invasión sionista e imperialista de la gran patria árabe y liquidar la presencia sionista en Palestina» (art. 15); «el pueblo árabe palestino […] rechaza cualquier solución que no sea la liberación total de Palestina» (art. 21); «el sionismo es un movimiento político orgánicamente ligado al imperialismo mundial […]. El sionismo es, por su naturaleza, fanático y racista. Sus objetivos son agresivos, expansionistas y coloniales. Sus métodos son fascistas y nazis…» (art. 22).[30]

La consumación del relevo generacional, la victoria del activismo guerrillero sobre las viejas notabilidades tiene lugar en la capital egipcia en febrero de 1969, durante el quinto Consejo Nacional Palestino. Es entonces cuando la antigua OLP desaparece definitivamente y cuando, establecida la hegemonía orgánica de Al Fatah como el primero de los grupos resistentes, su líder, Yassir Arafat, es elegido presidente del Comité Ejecutivo, jefe del Departamento Militar y máximo icono de la nueva Organización para la Liberación de Palestina. La central palestina no es más que una coalición heterogénea de grupos autónomos en equilibrio conflictivo, pero detrás de sus siglas pronto conocidas a escala mundial emerge toda una hornada

de voluntarios que cambiarán profundamente la fisonomía del conflicto árabe-israelí; a principios de 1970, sostenidas o ayudadas por Argelia, la China Popular, Siria, la RAU, Iraq o Vietnam del Norte, las diversas organizaciones palestinas suman ya unos 25.000 reclutas, 15.000 de ellos combatientes activos.[31]

Última consecuencia, y no la menos importante, de la fulgurante guerra de 1967 es el cambio, el vuelco de la imagen internacional de Israel. Tal como ha escrito el filósofo francés Alain Finkielkraut, «entre la izquierda europea e Israel, el idilio duró veinte años. Los socialistas tenían dos razones profundas para amar al Estado judío: el genocidio y el kibutz. […] En toda Europa, el pequeño Estado fue, a título de experimento social y de expiación moral, la mascota de la izquierda no comunista».[32] Pero aquel idilio empieza a entrar en crisis a partir de junio de 1967: por una parte, el reducto de supervivientes de Auschwitz y pioneros colectivistas asediados en medio de unas masas árabes fanáticas y atrasadas se transforma, de repente, en la superpotencia militar de la región, en una máquina bélica conquistadora que ocupa territorios y somete a poblaciones ajenas; por otra, la «nueva izquierda» occidental que eclosiona justamente entre 1965 y 1968, el nuevo progresismo intelectual y estudiantil que se forja entre las manifestaciones por Vietnam y las barricadas de mayo en el Barrio Latino, descubre en el Tercer Mundo el último motor de la historia y canoniza a las masas afroasiáticas como las portadoras de la antorcha de la utopía, la vanguardia de la lucha antiimperialista. Así, Israel deja de ser el David admirable en su fragilidad para transmutarse en Goliat arrogante y agresivo; y el Goliat árabe, con su enorme superioridad territorial, demográfica, numérica, se eclipsa en favor del nuevo David palestino, el refugiado-combatiente a la vez valeroso, desvalido y dispuesto al sacrificio. Desde entonces, y de la confluencia entre el tercermundismo y el comunismo clásico, nacen en Occidente una mitología, una simbología y una iconografía nuevas: al lado de los heroicos combatientes del Vietcong que, sabiamente dirigidos por el tío Ho Chi Minh y el general Giap, desafían al imperialismo americano en las junglas indochinas, emergen los fedayines palestinos y Arafat, su líder, en lucha desigual contra Israel, la garita de Washington en Oriente Próximo; al lado del inevitable póster del Che Guevara, el *kefieh* —el pañuelo de cabeza palestino— pasa a ser una pieza básica de la panoplia sentimental de los jóvenes europeos de izquierdas.

LA SOMBRA DEL DESASTRE

A diferencia de lo sucedido en 1956, la situación que sigue a la guerra de los Seis Días no puede ser descrita en modo alguno como paz, ni siquiera como calma. Desde el 1 de julio de 1967, los incidentes se multiplican —duelos de artillería o de blindados, bombardeos aéreos, incursiones de infantería— a lo largo de la línea de alto el fuego egipcio-israelí, que coincide casi del todo con el canal de Suez; en octubre, misiles egipcios hunden el destructor israelí *Eilat* y, en respuesta, el Tsahal arrasa las instalaciones industriales de Suez e Ismailía. A pesar de la magnitud de la derrota de junio, la celeridad y la esplendidez con que Moscú reconstruye el arsenal de la RAU con armas de última generación acompañadas por 1.500 consejeros soviéticos hacen que la convalecencia militar del régimen nasserista sea muy breve y que, vista la

esterilidad de las gestiones del mediador de la ONU, el diplomático sueco Gunnar Jarring, el rais llegue a la conclusión de que solo una presión bélica prolongada y cara en vidas israelíes puede inducir al gobierno de Jerusalén a la retirada.[33]

Tales son el análisis y el cálculo —un conflicto de baja intensidad capaz de dar una alta rentabilidad estratégica— en virtud de los cuales, y a partir de septiembre-octubre de 1968, la artillería egipcia emprende bombardeos masivos y generales, pero intermitentes y combinados con golpes de mano de la infantería, contra las posiciones del Tsahal en la orilla este del canal. La réplica israelí discurre por tres vías diferentes; una es el rápido reforzamiento de las posiciones propias a lo largo del canal de Suez hasta constituir la llamada «línea BarLev» (en honor del jefe del Estado Mayor, general Haim Bar-Lev): un gran talud de arena y tierra de hasta 20 metros de altura en la orilla misma de la vía de agua y tras él, protegida por alambradas y campos de minas, una cadena no muy densa de fortines —de promedio, uno cada 10 kilómetros — resistentes a la artillería enemiga y guarnecidos por pequeñas unidades de infantería (una quincena de soldados), mientras los cañones y los medios blindados permanecen algunos kilómetros más atrás, hacia el interior del Sinaí. La segunda respuesta de Israel consiste en una serie de atrevidas incursiones a cientos de kilómetros del frente, en el valle del Nilo, el Alto Egipto o la costa africana del golfo de Suez, por parte de comandos helitransportados o llegados por mar que golpean por sorpresa infraestructuras civiles o militares egipcias; destaca, en este capítulo, la razia de una columna disfrazada con material soviético capturado y distintivos de la RAU, que «limpia» 80 kilómetros de costa egipcia del mar Rojo el 9 de septiembre de 1969; o también, el 26 de diciembre siguiente, la captura y el traslado hasta Israel del modernísimo radar soviético (de siete toneladas de peso) instalado en Ras Garib, sobre la costa sur del golfo de Suez.

En tercer lugar, y desde junio-julio de 1969, el Tsahal intenta poner fin a la sucesión de cañoneos e infiltraciones a través del canal con un recurso masivo al arma aérea, potenciada por estas fechas con la entrada en servicio de los primeros cazabombarderos Phantom F-4 de fabricación norteamericana. Durante el segundo semestre del año, los aviones con la estrella de David en el fuselaje desmantelan por completo la defensa antiaérea egipcia (radares, artillería, misiles SAM-2…), y en enero de 1970 empiezan a atacar cuarteles, bases y centros de mando de retaguardia, con el objetivo de forzar a Nasser a un alto el fuego. Es el rais acorralado, sin embargo, quien arranca del Kremlin un auxilio sin precedentes: desde febrero, Leonidas Breznev despacha hacia Egipto no solo numerosas baterías de los nuevos y sofisticados misiles SAM-3, sino también el personal para hacerlos funcionar y las escuadrillas y las tripulaciones de los aviones Mig-21 capaces de proteger su instalación algunos kilómetros al oeste del canal. En junio de 1970, más de 10.000 militares soviéticos bajo uniforme de la RAU (8.000 servidores de los cohetes tierra-aire, 150 pilotos…) defienden el valle y el delta del Nilo y ponen en dificultades cada vez mayores el dominio aéreo israelí sobre los cielos egipcios.

Entre tanto, la creciente implicación de la URSS en el conflicto acentúa la inquietud de Washington; ya en diciembre de 1969, el secretario de Estado de Nixon, William Rogers, sugiere una fórmula en sintonía con la Resolución 242 —retirada israelí a los límites de 1967, compromiso egipcio de paz— pronto desestimada por el rechazo de Jerusalén y porque Nasser, con el apoyo de Moscú, declina cualquier entendimiento con Israel. En julio de 1970, mientras aviadores y artilleros soviéticos e israelíes empiezan a enfrentarse directamente, Estados Unidos

retoma la iniciativa y arranca de las dos partes un acuerdo de alto el fuego que entra en vigor la medianoche del 7 al 8 de agosto, aderezado con la conformidad de unos y otros de no introducir nuevas armas en 50 kilómetros a ambos lados del canal de Suez. Desde el punto de vista cuantitativo, la que será llamada «guerra de desgaste» entre 1967-1970 ha costado a Israel 367 vidas y 14 aviones, frente a los 10.000 muertos —tanto civiles como militares— y los 98 aviones derribados que ha sufrido Egipto. En un análisis cualitativo, en cambio, el balance es más ambiguo: habiendo mantenido incólume su dominio sobre todo el Sinaí, los israelíes salen de esta etapa con una equívoca sensación de victoria y de seguridad, convencidos de que han vuelto a mostrar la supremacía del Tsahal y la imbatibilidad de su fuerza aérea; persuadidos de que la línea BarLev, en lugar de un sistema de alerta avanzada, es una barrera defensiva sólida y fiable, una línea Maginot de verdad; hechos a la idea de que los egipcios han quedado escarmentados por una buena temporada. Sin embargo, la realidad es muy otra: las fuerzas armadas de la RAU —gracias, claro está, al contingente soviético— han recuperado confianza en sí mismas; los cohetes SAM-3, masivamente desplegados por la orilla oeste del canal en violación flagrante de los términos del alto el fuego, dan a los egipcios una valiosa ventaja estratégica; y Nasser está decidido a aprovecharla reemprendiendo las hostilidades tan pronto transcurran los tres meses de tregua iniciados el 8 de agosto.[34] Solo que aquel 28 de septiembre un ataque cardíaco fulminante se lo impedirá; y la determinación de su sucesor, el aparentemente gris e interino Muhammad Anwar al-Sadat, de preparar el desbloqueo militar del conflicto con más rigor, más realismo y menos retórica proporcionará a la línea de armisticio israelo-egipcia tres años adicionales de engañosa quietud.

Añadamos que, desde 1967 en adelante, el canal de Suez y Egipto no son el único foco de preocupación para los responsables de la seguridad de Israel. Contemporáneamente a la «guerra de desgaste» y también después, el Estado judío debe hacer frente a la presión de las guerrillas palestinas que actúan desde los países limítrofes por el norte y por el este, y al nuevo fenómeno del terrorismo antiisraelí y antijudío que intenta golpear en cualquier rincón del planeta. Según ya hemos apuntado anteriormente, el propósito de Al Fatah de impulsar, a partir de agosto de 1967, una revuelta popular interna en la Cisjordania ocupada se revela pronto como irrealizable, de modo que los milicianos de Al-Assifa optan, desde principios de 1968, por infiltraciones y golpes de mano desde bases situadas al otro lado del río, en territorio hachemí donde hallan a menudo, contra las represalias israelíes, la cobertura y el apoyo del ejército regular jordano; tal es el contexto donde se sitúa, en marzo de 1968, la mitificada batalla de Karameh, trampolín de la hegemonía numérica y política del grupo de Arafat en el seno de la OLP renovada.

Sin embargo, el fortalecimiento y la emancipación de la resistencia palestina y la metamorfosis de ciertos campos de refugiados en verdaderas bases guerrilleras tendrán serias consecuencias para los países de acogida. No es el caso, naturalmente, de la Franja de Gaza, territorio bajo completo control israelí, donde la oleada de atentados desde 1968 —a cargo sobre todo del FPLP, con el asesinato de 138 árabes «colaboracionistas»— es cortada entre 1971 y 1972 por una represión implacable. En Siria, en cambio, una represalia aérea israelí contra campos de Al Fatah y de As Saika cerca de Damasco, el 24 de febrero de 1969, sirve de excusa al ministro de Defensa, general Hafiz al-Assad, para ejecutar el primero de los dos golpes de fuerza que le ascenderán hasta el poder absoluto.[35] No obstante, el régimen sirio dosifica con

gran prudencia las provocaciones contra el enemigo sionista, y empuja a los fedayines bajo su patrocinio a instalarse y a atacar desde el Líbano vecino, lo que tendrá efectos desastrosos para el frágil equilibrio del mosaico comunitario libanés.

Establecidos al sur del país de los cedros a fines de 1968, los guerrilleros de la OLP disparan desde allí los primeros cohetes —que se convertirán en rutinarios— contra Qiryat Shmona y otras localidades del extremo norte galileo; atraen sobre el Líbano la respuesta del Tsahal, y, en octubre de 1969, ya libran enfrentamientos generalizados con el ejército libanés, de predominio cristiano. El subsiguiente compromiso entre Beirut y la OLP, promovido por Nasser y bautizado como «acuerdo de El Cairo» (3 de noviembre), no solo consagra el derecho de la resistencia armada palestina a estar presente en territorio libanés, sino que además le entrega el control de la quincena de campos de refugiados dispersos por el país y convierte la zona montañosa meridional de Arkub en una especie de región autónoma palestina bajo protección siria, en un santuario guerrillero que los israelíes no tardarán en denominar Fatahland.[36] Si, de forma inmediata, el efecto de tal arreglo es convertir los 77 kilómetros de la frontera israelo-libanesa en un frente de guerra castigado por las represalias artilleras, aéreas o terrestres del Tsahal, a medio plazo las injerencias sirias, la completa emancipación de los fedayines respecto de la autoridad estatal libanesa y la división que ello suscita en el país anfitrión (nacionalistas árabes, drusos e izquierdas a favor de los palestinos, cristianos y derechas más bien en contra) están en el origen de la guerra civil que va a desgarrar el Líbano a partir de 1975.[37]

Los efectos desestabilizadores de la presencia de los palestinos en armas son aún más rápidos en el reino de Jordania. Allí, los campos y las milicias de la OLP se han erigido en un Estado dentro del Estado, cada vez más desafiante y agresivo hacia la autoridad del rey Hussein, lo cual, desde mayo de 1970, multiplica los choques con el ejército regular (con 400 muertos y 750 heridos en junio, solo en cuatro días de enfrentamientos). Tras una secuencia de atentados palestinos contra el propio monarca, tomas de rehenes occidentales en Ammán, cortas treguas y nuevas escaramuzas, el desafío de los fedayines al régimen jordano culmina entre el 6 y el 9 de septiembre cuando, tras secuestrar tres aviones comerciales (de las compañías TWA, Swissair y BOAC) con cientos de pasajeros a bordo, el FPLP los obliga a aterrizar y luego los destruye en la antigua base aérea de Mafraq, cerca de Zarka, en el desierto al norte de Ammán. Al mismo tiempo, Al Fatah toma el control de poblaciones como Irbid, As Salt o Jerash y parece decidida a transformar Jordania en el laboratorio de la revolución árabe, en el Vietnam del Norte de Oriente Próximo; el Frente Democrático de Hawatmeh, por su parte, reclama «todo el poder para la resistencia».[38]

Las contradicciones políticas —Hussein, prooccidental, está a favor de la Resolución 242 y ve con buenos ojos el plan Rogers, mientras una OLP radicalizada, que estrecha vínculos con Pequín, Hanoi y Pyongyang, abomina de la primera y tilda el segundo de «conspiración americana»—, pero sobre todo la pugna por el ejercicio de la soberanía y por el control efectivo del territorio en Jordania desembocan por fin en una guerra abierta. El 17 de septiembre, tras haber nombrado un gobierno provisional de composición exclusivamente militar, el rey ordena a los 55.000 hombres y a los 300 blindados del ejército hachemí una ofensiva general contra los enclaves palestinos de la periferia de Ammán y del norte del país, defendidos por más de 40.000 milicianos. Siguen diez días de combates feroces al término de los cuales la superior potencia de fuego y la lealtad de sus tropas beduinas permiten a Hussein alzarse con la victoria. Para este, el

mayor peligro residía en una intervención militar de Damasco y, en efecto, desde el 19 de septiembre tres brigadas blindadas sirias han atravesado la frontera rumbo a Ammán. Sin embargo, ni Estados Unidos puede consentir la caída de uno de sus pocos aliados en la región, ni Israel correr el riesgo de que Jordania se convierta en una república palestina controlada por los guerrilleros, de modo que el consejero presidencial Henry Kissinger y el embajador israelí en Washington, Yitzhak Rabin, coordinan una serie de gestos y amenazas de intervención —sobre todo, de la aviación hebrea contra los tanques sirios— gracias a los cuales, y a la enérgica reacción del ejército real, la fuerza expedicionaria enviada por Damasco abandona Jordania el 23 de septiembre con el rabo entre las piernas y 270 vehículos menos. Por cierto, que esta estéril cabalgada y los reproches que suscita —por demasiado tímida— en la facción civil del régimen baazista dan al criticado responsable de las fuerzas armadas, el general Assad, el pretexto para ejecutar el «Movimiento de Rectificación», que le convierte en dictador omnímodo; sucede el 13 de noviembre de 1970, y es el decimonoveno golpe de Estado que conoce la Siria independiente, pero será el último episodio de seria inestabilidad hasta el estallido de la guerra civil en 2011.[39]

Aquello que ha pasado a la historia como el «Septiembre Negro» de la resistencia palestina finaliza formalmente el 27 de septiembre con el acuerdo suscrito en El Cairo entre Hussein y Arafat bajo la garantía de la Liga Árabe y la mediación de un Nasser que consagra al pacto sus últimas horas de vida.[40] Aunque el balance de bajas del enfrentamiento ha sido oneroso para la OLP —se habla de 900 guerrilleros y 3.500 civiles palestinos muertos, además de 600 soldados jordanos—, esta parece haber preservado sus privilegios semisoberanos en Jordania; pero la apariencia de un desenlace sin vencedores ni vencidos resulta un espejismo que no tarda en desvanecerse. Bajo la dirección del nuevo primer ministro, Wasfi Tall, y aprovechando hábilmente los errores y las desavenencias de los grupos palestinos, el régimen hachemí no aguarda más allá de abril de 1971 para echar a los fedayines de todas las ciudades del reino, empujarlos hacia el norte y recuperar el control de los campos de refugiados. A mediados de julio, después de que gran número de milicianos hayan huido hacia el Líbano a través de Siria, el ejército jordano rodea y captura o elimina a los 3.000 últimos irreductibles, atrincherados en las colinas entre Irbid, Jerash y Achlun y abandonados a su suerte por el resto de los gobiernos árabes. Desde este momento, los guerrilleros palestinos dejan de ser un factor político o militar significativo al este del río Jordán, y tienen que contentarse con el sur del Líbano como único santuario y plataforma operativa.[41]

La pérdida de la base jordana y de las facilidades geográficas que esta ofrecía para atacar Israel no hacen más que acentuar la apuesta de diversas organizaciones armadas palestinas por la práctica del terrorismo internacional contra cualquier persona, medio de transporte o instalación tanto pública como privada que sea vinculable al Estado judío, contra los intereses «imperialistas» —lo que en la práctica significa occidentales— y más raramente contra los regímenes árabes moderados; se trata no solo de causar daños y bajas, o de mostrar la vulnerabilidad del «enemigo sionista», de sus aliados y cómplices norteamericanos y europeos, sino también de transmitir a los gobiernos y las opiniones públicas de Occidente un mensaje con acentos de chantaje: no tendrán tranquilidad ni seguridad mientras no se haga justicia al pueblo palestino.

La nueva forma de lucha ha sido estrenada en julio de 1968 por un comando del Frente Popular de Liberación de Palestina secuestrando un avión de la compañía israelí El Al en vuelo de Roma a Tel Aviv, desviándolo a Argel e intercambiando a los pasajeros por una quincena de palestinos presos en Israel. A partir de aquel momento, prevalidos de la sencillez de tales operaciones —basta con dos o tres activistas, otras tantas pistolas y algunas bombas de mano—; de la complicidad abierta o tácita de muchos países árabes (Libia, Argelia, Sudán, Yemen, Siria…) que acogen los aparatos secuestrados, ayudan a retener a los rehenes y facilitan la huida de los terroristas, y del gran impacto mediático y el desasosiego político que causan en Occidente, los hombres y las mujeres del FPLP de Habache, del FPLP-Mando General y de otras facciones radicales se convierten en verdaderos especialistas de la piratería aérea (29 episodios durante la década 1968-1977); del ataque o el sabotaje contra aviones comerciales, con un número creciente de víctimas. El tiroteo contra un aparato de El Al en Atenas, en diciembre de 1968, causa un muerto; en febrero de 1970, la explosión en pleno vuelo de un reactor de Swissair en ruta entre Zúrich y Tel Aviv cuesta la vida de 47 personas; en diciembre de 1973, la agresión contra un avión de Pan Am en las pistas del aeropuerto romano de Fiumicino mata a 32 pasajeros.

En paralelo al terrorismo aéreo, las acciones armadas palestinas en el exterior toman también como objetivos las embajadas y los consulados de Israel en todo el mundo y el personal diplomático que sirve en ellos (más de 40 atentados entre 1969 y 1980), las oficinas de El Al, instituciones comunitarias judías de la diáspora (siete muertos en el incendio provocado de un geriátrico judío en Múnich, en febrero de 1970), negocios de propiedad hebrea en Europa y hasta petroleros con destino al puerto israelí de Eilat (como el *Coral Sea*, atacado en el estrecho de Bab el-Mandeb en junio de 1971). Para llevar a cabo sus golpes, diferentes grupos de la OLP establecen vínculos de colaboración con organizaciones terroristas de extrema izquierda del Primer Mundo, las cuales brindan apoyo logístico a cambio de estancias de adiestramiento en las bases guerrilleras del Líbano, participan en operaciones conjuntas y, a veces, realizan atentados por encargo. Así, militantes de la Rotes Armee Fraktion alemana, más conocida como la «banda Baader-Meinhof», participarán durante los años setenta y ochenta del siglo XX en algunos de los más notorios secuestros aéreos palestinos y otros actos de terror; el grupo francés Action Directe llevará a cabo en 1982 una serie de atentados antiisraelíes en París; y, además de esporádicas confluencias con las Brigate Rosse italianas, el FPLP apadrina desde 1971 al Nihon Sekigun o Ejército Rojo Japonés, tres miembros del cual perpetran el 30 de mayo de 1972, en el aeropuerto de Lod, una matanza de viajeros con 27 víctimas, la mayoría peregrinos portorriqueños. Al mismo tiempo, centenares de activistas palestinos se benefician de cursos de formación militar o guerrillera en la URSS, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, China o Vietnam, mientras los servicios secretos soviéticos, alemanes del este y de otros regímenes del bloque comunista proporcionan a los comandos terroristas armas, escondrijos y documentación falsa.[42]

Después de la derrota militar encajada en Jordania en 1970-1971, Al Fatah, quien hasta entonces se ha mostrado reticente o crítica ante la práctica del terrorismo fuera de Palestina, decide recurrir a él para seguir dando fe de vida y ofrecer una válvula de escape a sus bases más humilladas y radicalizadas. «La elección del terrorismo obedece en realidad a la voluntad de asegurar la supervivencia de un movimiento debilitado», opina una especialista del tema.[43] En todo caso, y con el fin de preservar su respetabilidad internacional, el grupo de Arafat resuelve

crear, para las operaciones exteriores, una «segunda marca» u «organización pantalla». El nombre escogido es Septiembre Negro, y la meta inicial no tanto la lucha contra Israel como la venganza contra el régimen jordano. Wasfi Tall, el primer ministro del rey Hussein, cae abatido en El Cairo el 28 de noviembre de 1971, y su embajador en Londres resulta gravemente herido el diciembre siguiente. Vienen, a continuación, entre febrero y agosto de 1972, una serie de atentados contra instalaciones de gas o petroleras en Ravenstein (Holanda), Hamburgo y Trieste, y, en septiembre, el impactante secuestro de los atletas israelíes que participaban en los Juegos Olímpicos de Múnich, con el dramático desenlace de once deportistas muertos. Todavía en marzo de 1973, un año antes de que la cúpula de Al Fatah decida disolverlo y reconvertirlo en Fuerza 17 (la guardia pretoriana de Arafat), Septiembre Negro protagoniza otro golpe ruidoso: la toma de la embajada Saudita en Jartum, donde son asesinados dos diplomáticos norteamericanos y otro belga. Aquel año, las acciones en el exterior representan el 30% de la actividad armada de la OLP, una cifra récord.

Tras los primeros episodios de la epidemia terrorista, a mediados de 1968, Israel determina, como línea de conducta oficial, rehusar negociaciones bajo chantaje y negarse siempre a intercambiar presos por rehenes. En consecuencia, el Estado judío debe hacer un gran esfuerzo humano y material para proteger la seguridad de sus aviones y representaciones en el exterior, cosa que aborta numerosos atentados y desvía los ataques palestinos hacia objetivos no israelíes, más vulnerables. Pero las autoridades de Jerusalén no se limitan a la táctica defensiva, sino que pasan sin tardanza al contraataque contra los países —el Líbano, en esencia— que sirven de base al FPLP y a los demás grupos terroristas: el 28 de diciembre de 1968, comandos a bordo de helicópteros atacan el aeropuerto internacional de Beirut y destruyen 14 aviones de línea, la práctica totalidad de la flota comercial del país. Debido a la furibunda reacción internacional de condena, las represalias del trienio siguiente toman la forma menos notoria de bombardeos artilleros o aéreos sobre objetivos palestinos concretos en territorio libanés o sirio. Es ante la eclosión de Septiembre Negro cuando el contraterrorismo israelí empieza a intentar la eliminación de responsables guerrilleros en las capitales árabes donde residen, y es tras la matanza de los atletas olímpicos en Múnich cuando la primera ministra Golda Meir da al Mossad la orden de perseguir y liquidar a los dirigentes de Septiembre Negro y del FPLP dondequiera que se encuentren. Comienzan entonces diez meses de guerra espectral, de cacería secreta desde Argel hasta Estocolmo, de París a Chipre, de atentados cometidos con los métodos más variados, que nadie reivindica y que tienen su capítulo más audaz el 9 de abril de 1973, en Beirut. Aquella noche, diversos grupos de fuerzas especiales israelíes —uno de ellos, a las órdenes del teniente coronel Ehud Barak— penetran en la capital libanesa, matan en sus domicilios a tres altos dirigentes de la OLP, dinamitan el cuartel general del Frente Democrático de N. Hawatmeh y destruyen otras dependencias de Al Fatah.[44]

Ciertamente, la eliminación física de presuntos responsables del atentado de Múnich conocerá nuevos episodios en 1979, en 1981 e incluso más allá; el terrorismo derivado del conflicto de Palestina, por su parte, continuará a lo largo de toda la década de 1970 y parte de la siguiente. Pero, a mediados de 1973, «la resistencia palestina tenía solo un papel de perturbación marginal en la vida de los israelíes», los cuales representaban un porcentaje cada vez menor en el conjunto de víctimas del fenómeno. Si, entre 1968 y 1986, el terrorismo originario de Oriente Próximo lleva a cabo fuera de Israel un total de 565 acciones que causan 498 muertos y 1.783

heridos, solo 54 de los primeros y 79 de los segundos son ciudadanos del Estado hebreo.[45] Para este, la verdadera amenaza reside otra vez en los planes de guerra convencional de los Estados árabes, aunque al gobierno de Jerusalén y a su opinión pública les costará muchísimo darse cuenta de ello.

Joven oficial simpatizante del Tercer Reich en el ejército del rey Faruk, más tarde pieza discreta pero activa y leal del régimen nasserista, Muhammad Anwar as-Sadat asume, a los cincuenta y dos años, en septiembre-octubre de 1970, la presidencia de la RAU —que, un año después, adoptará el nombre más realista de República Árabe de Egipto— y, con el cargo, la pesada y contradictoria herencia de su llorado predecesor, una mezcla de severas derrotas y ambiciones grandiosas para cuya gestión el nuevo rais no posee el ascendente carismático del gran Nasser.[46] Consciente del lastre de 1967, Sadat consagra los primeros meses de su mandato a sondear las posibilidades de que los israelíes se retiren pacíficamente de la orilla oriental del canal de Suez y de que este pueda ser reabierto, a cambio de la consolidación del alto el fuego vigente, de un acuerdo interino, de conversaciones…; las palabras «tratado de paz» siguen siendo tabú para los líderes árabes. Por el lado israelí —donde, tras la muerte de Levi Eshkol en febrero de 1969, Golda Meir ejerce como primera ministra y líder del Partido Laborista—, la actitud es reticente, desconfiada, nada flexible: la mayoría del gobierno condiciona la retirada del Sinaí a un explícito y formal acuerdo de paz, rehúsa el regreso estricto a las fronteras de 1967, reclama conservar Sharm el-Sheikh, el Golán y Jerusalén Oriental y exige la desmilitarización de las zonas eventualmente retrocedidas a Egipto. Si el propio Henry Kissinger considera que las exigencias de Israel «no son razonables», Sadat concluye que solo una guerra puede desbloquear la situación.[47]

Convencido, pues, de que Egipto no puede soportar indefinidamente el *statu quo* resultante de la guerra de los Seis Días, el gobernante cairota comienza, a mediados 1971, la sistemática preparación —retórica, militar y política— de un nuevo asalto bélico. En el terreno del discurso, necesita emular la contundencia de Nasser y corregir la imagen de debilidad que muchos compatriotas tienen de él: «No pondremos fin a la conquista sionista que se abatió sobre nosotros solo con la liberación de los territorios conquistados. Se trata de una nueva guerra contra los Cruzados que durará generaciones…» (2 de junio de 1971). «En la próxima batalla no bastará con liberar la tierra. Debemos acabar con la arrogancia israelí, que ha durado veintitrés años. Estoy dispuesto a sacrificar un millón de hombres en esta batalla, pero ellos tendrán que pagar otro tanto o más» (1 de mayo de 1972).

En el ámbito militar, el objetivo de Sadat es arrancar de la URSS nuevas armas en cantidad suficiente y de tecnología lo bastante moderna para desafiar al ejército israelí. Aun permaneciendo escéptico sobre la utilidad de otra guerra, el Kremlin cede y —no con tanta diligencia como quisiera El Cairo— surte a Egipto de aviones Mig-23 y Sukhoi-20, misiles de diversos tipos, tanques T-62 y armas anticarro; de modo que, en 1973, el arsenal egipcio casi completamente renovado incluye 2.000 tanques, 2.200 piezas de artillería, 9 misiles tierra-tierra SCUD de medio alcance, 653 aviones de combate, 160 helicópteros y 146 baterías de coheres tierraaire SAM de diferentes generaciones; por su parte, el otro gran cliente de los soviéticos en la región, Siria, cuenta en la misma fecha con 2.000 tanques, 1.200 cañones, 338 aviones, 58 helicópteros y 34 baterías de misiles SAM. De puertas adentro del mundo árabe, se destina un esfuerzo considerable a mejorar tanto la calidad de los planes y de los mandos egipcios y la

preparación de las tropas como la coordinación —secreta— con Siria de cara a un ataque conjunto, la generosidad financiera de las monarquías petroleras y los contingentes militares ofrecidos por los países de la segunda y la tercera línea. En octubre de 1973, el ejército sirio alinea 600.000 hombres, y más de un millón el egipcio, algunas de cuyas unidades de ingenieros llevan meses ensayando el cruce del canal de Suez.

Pero, a diferencia de Nasser, su sucesor considera imprescindible diversificar el juego hacia las superpotencias, mejorar las relaciones con Estados Unidos —cuyo ascendiente sobre Israel es fundamental— y decide empezar a hacerlo con un gesto teatral, inopinado: el 18 de julio de 1972 decreta la expulsión inmediata de Egipto de entre 15.000 y 20.000 asesores militares, pilotos y especialistas antiaéreos soviéticos. Si Moscú —cuya apuesta en la casilla egipcia es demasiado grande para arriesgarse ahora a una ruptura total— no tiene más remedio que disimular su contrariedad y seguir equipando a las fuerzas armadas de Sadat, tanto Jerusalén como Washington malinterpretan en el episodio una señal de que este descarta el enfrentamiento bélico a corto o medio plazo. Bien al contrario, el rais prepara a conciencia la guerra, aunque una guerra distinta a las de 1948, 1956 y 1967; esta vez, el objetivo de Sadat no es destruir Israel —una meta que sabe fuera de su alcance—, sino atravesar el canal y avanzar algunos kilómetros hacia el interior del Sinaí con el fin de romper la inercia militar del conflicto, forzar la intervención diplomática de las grandes potencias y obligar a un Israel más o menos debilitado a la negociación que el Estado judío desdeña desde la comodidad de las posiciones adquiridas en 1967; el mandatario egipcio lo había manifestado de manera bastante clara a *Newsweek*, en abril de 1973: «Ha llegado el momento de la decisión… Ha sonado la hora para una sacudida. La diplomacia continuará antes, durante y después de las batallas…». El sirio Al-Assad, por su parte, aspira a recuperar todo el Golán, a restablecer cierto equilibrio estratégico con el enemigo sionista, y ambos líderes confían en lavar el deshonor de los Seis Días y ganar prestigio y legitimidad para sus respectivos regímenes.[48]

De cualquier manera, el minucioso esfuerzo de El Cairo y Damasco por enmascarar sus preparativos bélicos tras una muralla de estricto secreto bien guarnecida con maniobras de distracción, falsas alarmas e intoxicaciones diversas, el esfuerzo por engañar a Israel; halla una cooperación imprevista en la prolongada y espectacular ceguera de los servicios de inteligencia israelíes. Autosatisfechos hasta la arrogancia después del éxito de 1967, y más ocupados en combatir el terrorismo que en vigilar a los ejércitos árabes, tales servicios infravaloran la capacidad del adversario para atacar y, más aún, para hacerlo al amparo de la sorpresa; en este sentido, el combate aéreo israelo-sirio del 13 de septiembre de 1973, sobre la vertical de Latakia, con el resultado de 13 Mig derribados contra solo un Mirage, no hace más que reforzar el complejo de superioridad y la sensación de seguridad que imperan en Jerusalén. Una serie de ideas preconcebidas, hijas de la guerra anterior, llevan a las cúpulas del Aman (el espionaje militar) y del Mossad (el espionaje exterior) a conceptuar como «muy improbable» el riesgo de guerra durante todo el trienio 1970-1973, a desdeñar o considerar simple propaganda las amenazas de Sadat y a no saber leer correctamente los abundantes indicios que, sin embargo, se filtran sobre las verdaderas intenciones de los vecinos árabes, incluida una advertencia secreta del rey Hussein. Es solo 36 horas antes del ataque cuando el Mossad se entera, pero la incredulidad lleva a su director, Zvi Zamir, a emplear todo un día en verificaciones antes de transmitir la alarma al gobierno y al Tsahal, los cuales la reciben —según testifica Y. Rabin—

con «estupefacción». Sin una movilización previa de reservistas, el ejército israelí tendrá que afrontar las primeras horas o días de hostilidades en situación de flagrante inferioridad numérica: al norte, dispone de dos brigadas acorazadas con 177 tanques, dos batallones de infantería y 50 cañones frente a cinco divisiones sirias equipadas con 1.400 blindados y 1.000 piezas de artillería; en el Sinaí, una sola división acorazada israelí, con 300 tanques y una treintena de cañones, deberá hacer frente a nueve divisiones egipcias, fuertes, con 1.700 tanques y 2.000 cañones.[49]

En busca de la sorpresa estratégica, los dos países atacantes han escogido como fecha para desencadenar la guerra el sábado 6 de octubre de 1973; es, aquel año, el décimo día del Ramadán musulmán, pero sobre todo el día de Yom Kippur o «Día del Perdón», la festividad más sagrada del calendario hebreo, una jornada de recogimiento y oración que hace enmudecer a los medios de comunicación y paraliza el país…, aunque también recluye en sus casas o en las sinagogas a casi toda la población, incluidos los reservistas movilizables. Las fuerzas árabes entran en acción hacia las 13:55 hora local, de modo simultáneo en dos escenarios de características muy distintas: en el frente egipcio donde, una vez vencido el obstáculo del canal de Suez, todavía las separa de Israel una barrera desértica de 240 kilómetros de ancho; y en el frente sirio, donde la distancia entre las líneas de alto el fuego que ahora vuelven a inflamarse y las primeras poblaciones israelíes de Galilea no supera los 25 kilómetros. Tales datos geográficos darán a las operaciones en uno y otro frente un desarrollo y un dramatismo muy diferentes, y aconsejan también relatarlas por separado.

En el Golán, la guerra empieza con un masivo bombardeo de la artillería y la aviación sirias contra las posiciones enemigas, seguido al cabo de una hora por el ataque de la infantería —que incluye una brigada marroquí— y los blindados (T-55 y T-62 soviéticos), ataque que desata una batalla de cuatro días de duración comparable, por el número de tanques involucrados, a las más importantes de la Segunda Guerra Mundial. Los israelíes, sin espacio atrás para replegarse en espera de refuerzos, se defienden con tenacidad y eficacia en el sector septentrional, al norte de Quneitra, pero descubren al poco tiempo que no cabe esperar de su fuerza aérea la cobertura y el apoyo contundentes de las dos guerras anteriores; por culpa de la muralla de misiles antiaéreos SAM-2, SAM-3, SAM-6 y los portátiles SAM-7 de que disponen los sirios, Israel ha perdido el dominio del aire. Con todo, el centenar de tanques M-60 de fabricación norteamericana y Centurión de origen británico que forman la 7.ª brigada acorazada del Tsahal —a los miembros de la cual el ministro Dayan ha ordenado «luchar como los Macabeos»— consiguen a mediodía del 9 de octubre, al límite ya del hundimiento, coronar con éxito su esfuerzo de contención, repeler el asalto y poner en retirada a tropas sirias cinco o seis veces más numerosas, a las que han infligido graves pérdidas.

En el sector meridional de aquel mismo frente, en cambio, los atacantes llegan a romper las líneas israelíes y se adentran en la planicie del Golán hasta llegar, a mediodía del 7 de octubre, a una decena de kilómetros en línea recta del curso del Jordán y de la orilla este del mar de Galilea. Esta penetración siria, junto con el curso desfavorable de las operaciones en el Sinaí, provoca en el vértice político-militar del Estado hebreo horas de profundo desánimo, presagios de catástrofe e incluso preparativos —es difícil discernir si serios o más bien disuasorios— para utilizar el último recurso, el arma nuclear.

Sin embargo, a partir de la tarde del día 7, la situación en el campo de batalla del Golán empieza a dar la vuelta: «La ofensiva siria, en teoría imparable, se empantanó ante la valentía y la determinación de los tanquistas israelíes, ocasionalmente asistidos por un apoyo aéreo casi suicida».[50] El 8 por la mañana, el Tsahal pasa al contraataque en la mitad sur del altiplano y, en dos días, hace retroceder a la fuerza de invasión siria hasta más allá de las líneas de armisticio de 1967, dejando atrás gran cantidad de material pesado; el día 10, en todo el Golán, ambos ejércitos vuelven a hallarse en las posiciones iniciales del 6 de octubre. Simultáneamente, y en respuesta al impacto de algunos cohetes sirios sobre territorio israelí, una aviación hebrea que empieza a saber burlar los misiles SAM emprende, desde el 8 y 9 de octubre, ataques en profundidad contra objetivos estratégicos tanto en el centro de Damasco (el Estado Mayor Central, el mando de la fuerza aérea…) como en el resto del país (refinerías, centrales eléctricas, aeropuertos, depósitos de carburante…), mientras la marina se encarga de castigar instalaciones civiles y militares en los tres puertos principales del país, Latakia, Tartus y Banias. Uno de los propósitos de tales incursiones es obstaculizar el puente aéreo y naval con el que los soviéticos procuran reponer las enormes pérdidas del arsenal sirio.

Habiendo recuperado la iniciativa, las fuerzas armadas de Israel desatan el jueves 11 de octubre, a partir del Golán septentrional, una ofensiva sobre la comarca del Bashan, la antesala de la ciudad de Damasco, con la esperanza de infligir a los sirios la derrota decisiva. Por si todavía quedaba alguna duda, la nueva fase de los combates evidencia que aquella guerra nada tiene que ver con la de los Seis Días: lejos de desbandarse, las tropas del general Al-Assad resisten enérgicamente y hacen pagar muy caro cada kilómetro de terreno cedido en la ruta hacia su capital. Es durante esta etapa cuando las filas sirias se ven reforzadas por un cuerpo expedicionario iraquí de dos divisiones con 500 tanques, así como por pequeños contingentes saudíes y kuwaitíes, y por dos brigadas blindadas (170 tanques) del ejército jordano. Tras una semana de expectativa, Hussein ha preferido mantener a salvo su ya mermado reino y expresar la solidaridad de armas que los hermanos árabes le reclaman transfiriendo tropas a territorio sirio.

El 14 de octubre, en medio de tácitas amenazas de intervención procedentes de Moscú, el Tsahal ha conquistado trabajosamente 500 kilómetros cuadrados más allá del Golán y se encuentra a unos 30 kilómetros de Damasco, distancia que ya no podrá acortar, pero de la que tampoco conseguirán alejarlo los sucesivos contraataques árabes, el último el 19 de octubre. Con las fuerzas de ambos bandos muy desgastadas y el grueso de la potencia militar israelí concentrado en el Sinaí y el canal, el frente norte se convierte en secundario, y las posiciones se estabilizan. Solo la reconquista de las cumbres del monte Hermon —los «ojos de Israel», que los sirios habían tomado el primer día de la guerra— da lugar aún a combates sangrientos en la madrugada del 21 al 22 de octubre, pocas horas antes de que el gobierno de Damasco acepte el alto el fuego.

También, el ataque egipcio a través del canal de Suez, cuidadosamente planeado, arranca poco antes de las 14 horas del 6 de octubre con la ofensiva aérea de 240 aparatos árabes contra objetivos militares dispersos por todo el Sinaí, y con un bombardeo artillero masivo—10.500 proyectiles en el primer minuto— sobre las posiciones israelíes. Media hora escasa después, sucesivas oleadas de miles de soldados de infantería cada una de ellas empiezan a atravesar el canal en botes neumáticos, cubiertos por una cortina de humo. Además de la sorpresa estratégica que es el propio ataque, las tropas de Sadat dan también la sorpresa táctica gracias a un material

muy sofisticado y abundante: los 25.000 hombres que, en dos horas, establecen en la orilla oriental del canal cinco cabezas de puente de 2 o 3 kilómetros de profundidad van equipados con nuevos lanzacohetes rusos RPG-7; con los temibles misiles antitanque soviéticos de última generación, conocidos en Occidente como Sagger; con los misiles antiaéreos de mochila SAM-7. Los efectivos del arma de ingenieros que, acto seguido, abren en un tiempo récord más de 60 grandes brechas en el talud de arena israelí de la orilla del canal con el fin de facilitar el paso a los blindados, lo consiguen gracias a 450 cañones de agua a presión, y después instalan modernos pontones *made in USSR* de montaje rapidísimo, sobre los cuales a la mañana siguiente ya habrán circulado hacia el Sinaí 500 tanques y otros 3.000 transportes o piezas de artillería; en 24 horas, las fuerzas traspasadas suman cinco divisiones.

Para hacer frente al impacto de tan potente acometida, el despliegue avanzado israelí a lo largo de los 170 kilómetros del canal de Suez no puede ser más frágil. La famosa línea Bar-Lev está formada en aquellos momentos por 16 fortines —otros 15 han sido clausurados durante el trienio anterior—, distanciados más de una decena de kilómetros uno de otro, con unas dotaciones de entre 18 y 42 hombres cada uno que totalizan exactamente 436 soldados —la mayoría reservistas— y tienen tras ellos el apoyo de 80 tanques y un puñado de cañones. Si consideramos la península del Sinaí en su conjunto, la proporción inicial de fuerzas es de cinco a uno en carros de combate, de once a uno en soldados y de veinte a uno en artillería, siempre a favor de los egipcios. En tales condiciones, no es de extrañar que el Tsahal haya sido incapaz de impedir el cruce masivo del canal, que las pequeñas guarniciones de primera línea se vean desbordadas, forzadas a la retirada o a la rendición —excepto la del fuerte Budapest, junto al Mediterráneo—, ni que el 60% de los blindados disponibles en este escenario queden inutilizados durante las primeras 24 horas. Dado que tampoco la aviación, frenada por los misiles, se muestra demasiado eficaz en detener al enemigo, todo ello siembra el desconcierto en los mandos militares israelíes; habituados a atacar y a poseer la iniciativa, formados durante un cuarto de siglo de victorias, les cuesta mucho asimilar los retrocesos y las derrotas actuales. Las vacilaciones del Estado Mayor sobre cuál de los dos frentes debe ser prioritario, y el acuerdo final de dar preferencia defensiva al Golán, complican aún más la situación en el Sinaí.

No es hasta la mañana del 8 de octubre que Israel lanza, con dos divisiones acorazadas de refresco, una primera contraofensiva en el sector central del frente con la intención de reducir o eliminar las cabezas de puente egipcias y, eventualmente, de llevar tropas hebreas a la orilla oeste del canal. Sin embargo, la combatividad sin precedentes de los soldados de Sadat, la eficacia de su armamento antitanque y la falta de apoyo aéreo propio causan a los israelíes pérdidas prohibitivas y les obligan a retirarse el día 9 sin haber alcanzado ninguno de los objetivos. Del fracaso, empero, se desprenden algunas lecciones: una, que no es posible sostener grandes ofensivas simultáneamente en el Golán y en el Sinaí, y la otra, que derrotar a los egipcios en el desierto exigirá no solo una concentración de fuerzas muy seria, sino alguna táctica más sofisticada que el simple contraataque frontal. No disponiendo por el momento ni de los medios ni de las ideas, el Tsahal prefiere estabilizar las posiciones, reorganizarse a la defensiva, mentalizarse para una guerra ardua que no durará seis días, y dejar la iniciativa a los árabes durante algunas jornadas más.

Al alba del domingo 14 de octubre, estos —en concreto, las divisiones mecanizadas egipcias de reserva que acaban de atravesar el canal— desatan la segunda fase de su ofensiva, un intento de profundizar en el Sinaí hacia los pasos de Mida y Giddi; esto las aleja del paraguas protector de los misiles SAM justo en el momento en que, conjurada la amenaza siria, Israel empieza a trasvasar recursos militares desde el norte hacia el sur. De cualquier modo, el choque en pleno desierto, a lo largo de 150 kilómetros de frente, da lugar a la mayor batalla de tanques desde Kursk, en julio de 1943: un millar de carros egipcios contra 750 israelíes, técnicamente superiores y con mejor cobertura tanto aérea como artillera. Al término de la jornada, el balance es rotundo, aunque variable según las fuentes: el ejército egipcio ha perdido entre 200 y 267 tanques, y el israelí, entre 10 y 25; de golpe, el curso de la guerra ha dado un vuelco, la iniciativa ha cambiado de bando, la moral de los egipcios se resquebraja y el Tsahal dispone de las condiciones para desplegar sus mejores habilidades: osadía, imaginación, improvisación, velocidad.

Tales habilidades se aplican, a partir del 15 de octubre, a un objetivo preciso y arriesgado: poner pie en la orilla occidental, africana, del canal de Suez y desplegar allí una fuerza que pueda sorprender de revés al ejército egipcio apostado en el Sinaí, desbaratar su dispositivo y provocar su derrota. La idea, promovida y ejecutada principalmente por el general Ariel Sharon, cristaliza desde la noche del 15 al 16 cuando, cubiertos por distintos ataques de distracción, 750 paracaidistas reforzados por tres docenas de blindados consiguen deslizarse por la costura entre las líneas del Segundo —al norte— y del Tercer —al sur— Ejércitos egipcios y atravesar, sin ser detectados, el canal justo en el extremo septentrional del Gran Lago Amargo, unos 20 kilómetros al sur de Ismailía. Aunque en El Cairo, donde la noticia es conocida la tarde del día 16, empieza a cundir la alarma, la cabeza de puente israelí sigue siendo pequeña, frágil y aislada, de modo que solo los intensos combates del 16 y el 17 de octubre logran ensanchar el pasadizo entre las posiciones egipcias del Sinaí y hacen posible montar un primer puente de pontones, a través del cual se precipitan en los días 18 y 19 casi dos divisiones blindadas, 350 tanques del ejército hebreo.

Mientras la fuerza aérea egipcia intenta sin éxito pero con grandes pérdidas destruir el puente israelí y los pilotos de Jerusalén consiguen hacer blanco en un número creciente de baterías SAM, el contingente del Tsahal en la orilla occidental se despliega a partir del 18 de octubre en un abanico ofensivo hacia el noroeste, el oeste y el sur con el triple objetivo de eliminar la sombrilla de misiles antiaéreos que cubre a las tropas egipcias del Sinaí; de cercar a estas tropas por detrás, aislándolas de su retaguardia, y de conseguir así la victoria estratégica antes de que Washington, Moscú y la ONU impongan un alto el fuego. El vértice militar cairota, que al principio ha acogido con desdén la audaz operación enemiga —«siete tanques ocultos entre la vegetación»—, reacciona ahora con pánico y graves discrepancias entre el presidente Sadat y el jefe del Estado Mayor, el general Shazli, y lanza contraataques lentos, insuficientes y descoordinados que no impiden a las columnas blindadas de Israel, bien cubiertas por la aviación, llegar hasta los suburbios de Ismailía por el norte, y avanzar hacia el sur ocupando una franja de entre 30 y 40 kilómetros de anchura en la orilla oeste de los Lagos Amargos, lo cual corta las líneas de suministro del Tercer Ejército egipcio y sitúa a los soldados israelíes a menos de 100 kilómetros de El Cairo. Es en esta etapa final cuando entra en acción sin consecuencias

relevantes un destacamento de aviones Mirage libios; por el contrario, ni la brigada acorazada que el coronel Gaddafi también ha enviado a Egipto, ni las dos brigadas argelinas, ni la brigada marroquí ni la sudanesa llegarán a intervenir en los combates.

Estos se interrumpen en el frente egipcio a las siete de la tarde del 22 de octubre, doce horas después de que el Consejo de Seguridad lo haya ordenado de forma unánime a través de la Resolución 338. Pero la situación militar sobre el terreno es tan confusa e intrincada que las hostilidades se reanudan en la noche siguiente, y el Tsahal lo aprovecha para cubrir la treintena de kilómetros que le faltan hasta el puerto de Ras Adabiya, en la costa del golfo de Suez; aunque el intento, el 24 de octubre, de conquistar la ciudad homónima fracasa, los israelíes pueden completar el cerco total del Tercer Ejército enemigo (formado por unos 45.000 hombres) y el control sobre 1.600 kilómetros cuadrados de territorio egipcio antes de que nuevas resoluciones del Consejo de Seguridad, nuevas presiones de Washington y nuevas amenazas desde el Kremlin impongan la tregua de manera efectiva a primera hora del día 25, y con la garantía de observadores de la ONU desde el 27. En síntesis, «tanto en el frente norte como en el frente sur, la situación ha sido salvada por bien poco gracias a la tenacidad, el coraje y el espíritu de sacrificio de los soldados israelíes y, hay que decirlo, a las ideas geniales de algunos jefes como Sharon».[51]

El balance de pérdidas humanas de las 19 jornadas de guerra es de 2.365 muertos (la mitad, tanquistas), 5.500 heridos y 294 prisioneros por parte israelí; de unos 15.000 muertos, 40.600 heridos y 8.811 prisioneros entre egipcios, sirios y contingentes aliados. El coste en material bélico resulta todavía más espectacular y desequilibrado: mientras Israel cuenta con 102 aviones, 5 helicópteros y unos 400 tanques menos, los árabes han perdido 370 aviones, 55 helicópteros, 15 barcos y más de 2.000 tanques, muchos de estos últimos reparados y reutilizados después por los israelíes. El desgaste de los arsenales de los beligerantes ha sido tan grande que solo la doble riada aérea y naval de pertrechos soviéticos hacia Siria y Egipto desde el 10 de octubre (1.200 tanques, 300 Mig-21…, hasta 78.000 toneladas de equipo durante e inmediatamente después de la guerra) y norteamericanos hacia Israel desde el 13 de octubre (66.400 toneladas de provisiones militares, incluyendo desde 40 Phantom F-4 hasta fusiles automáticos M-16 y armas antitanque) impide la parálisis o el colapso de uno y otro bando. «No me atrevo siquiera a pensar —escribe el ministro de Defensa, Dayan— en cuál habría sido nuestra situación si el gobierno americano nos hubiese retirado esta ayuda.»[52]

Pero las implicaciones y las derivaciones internacionales de la que será denominada guerra de Yom Kippur, o del Ramadán o de Octubre, no terminan en el generoso apoyo logístico de las dos superpotencias a sus patrocinados respectivos, ni con la puesta en alerta de las fuerzas nucleares estratégicas norteamericanas para responder, entre el 24 y el 25 de octubre, a los preparativos de una intervención unilateral de tropas soviéticas. Ya durante el conflicto, los Estados árabes exportadores han proclamado un embargo petrolero contra Estados Unidos y Holanda en castigo por sus simpatías filoisraelíes, un aumento general de los precios del crudo y una rebaja de la producción con el fin de presionar a Israel. Concebido como una herramienta de chantaje político, el encarecimiento del petróleo —3 dólares por barril en septiembre, 5,11 dólares desde el 16 de octubre, 11,65 dólares a partir del 23 de diciembre de 1973— se transforma pronto en un filón (de efectos a menudo equívocos o perversos) que multiplica los ingresos de los grandes productores, árabes o no, y precipita las economías de los países

industrializados hacia la recesión tras décadas de crecimiento ininterrumpido. Paradójicamente, Israel no sufrirá los efectos de este primer choque petrolero gracias a los yacimientos de Ras Sudar, Abu Rudeis y otros campos a lo largo de la costa sinaítica del golfo de Suez aún ocupada.

¿Es la de 1973 la primera victoria de los árabes frente a los israelíes o su última derrota? Comoquiera que sea, el hecho de que, en los campos de batalla, la guerra de Octubre no haya concluido con una desbandada catastrófica de Egipto y Siria, el que sus gobiernos puedan considerar lavada la vergüenza, superado el trauma de las humillaciones anteriores mientras la bandera egipcia vuelve a ondear sobre una franja siquiera mínima del Sinaí, la circunstancia de que ambos bandos puedan vanagloriarse de éxitos militares, ya sean iniciales o finales, todo esto dibuja una especie de equilibrio simbólico entre las partes que —tal y como había querido Sadat — desbloquea el conflicto y facilita la activa mediación de Estados Unidos en la persona de Henry Kissinger. El primer paso se da el 11 de noviembre de 1973, bajo una tienda de campaña instalada en el kilómetro 101 de la carretera El Cairo-Suez, cuando militares egipcios e israelíes firman, tras dos semanas de conversaciones salpicadas de incidentes armados, un acuerdo de ratificación del alto el fuego, suministro de las divisiones árabes cercadas e intercambio de prisioneros. La segunda etapa, la separación de fuerzas, requiere ya de Kissinger una frenética «diplomacia de la lanzadera» entre El Cairo y Jerusalén antes de alcanzar, el 18 de enero de 1974, el acuerdo denominado «Sinaí I». El Tsahal se retirará de la orilla oeste del canal en un plazo de seis semanas; a cambio de que los egipcios reduzcan mucho sus tropas en la orilla este, de que reabran el canal a la navegación, y de que se cree, entre ellos y los israelíes, una franja-tampón guardada por fuerzas de la ONU, en concreto por la UNEF a la que Nasser había expulsado en 1967.

Mucho más difíciles, indirectas por exigencia de Damasco y alternadas con graves escaramuzas que causan sesenta muertos israelíes, son las negociaciones con Siria, pero también en este caso las idas y venidas de Kissinger desembocan en un acuerdo, rubricado en Ginebra el 31 de mayo; Israel renuncia a las conquistas de octubre, y se establece, a ambos lados de las líneas de 1967, una zona desmilitarizada a cargo de un contingente especial de la ONU, la United Nations Disengagement Observer Force, o UNDOF. Quince meses después, el tenaz secretario de Estado norteamericano arranca de los israelíes y del principal país árabe otro compromiso, la plasmación parcial de la permuta entre paz y territorios. Este acuerdo «Sinaí II» del 1 de septiembre de 1975 compromete a los firmantes a «no recurrir a la amenaza o al uso de la fuerza o a los bloqueos militares uno contra el otro», proclama que «el conflicto entre ellos y en Oriente Próximo no se resolverá por la fuerza militar sino por medios pacíficos», obliga a Israel a evacuar el Sinaí hasta más al este de los pasos de Giddi y Mitla y esboza la perspectiva —que entonces parece remota— de un «acuerdo de paz definitivo y justo». Arropado con una serie de compromisos y garantías bilaterales Israel-Estados Unidos y Egipto-Estados Unidos, «Sinaí II» se aplicará meticulosamente según el calendario previsto, hasta febrero de 1976.[53]

LA PAZ EQUÍVOCA

Si, como parece, el gobierno israelí no había querido desencadenar, el 5-6 de octubre de 1973, un ataque preventivo que se anticipase en algunas horas a la inminente acometida árabe para no alienarse a la opinión internacional, hay que decir que se trató de una cautela inútil. A pesar de que, esta vez, el Estado judío fue con toda evidencia el agredido y conoció días de verdadera angustia sobre su porvenir; al día siguiente de la guerra de Yom Kippur el aislamiento diplomático de Jerusalén no hace más que acentuarse, mientras el predicamento universal de la causa palestina llega a la apoteosis. Es entonces cuando aquellos lazos preferentes que Israel había cultivado durante dos décadas con el África negra saltan en pedazos, y casi todos los países del subcontinente rompen relaciones. Solo las mantienen la Sudáfrica del *apartheid* —una alianza ciertamente incómoda, pero cimentada sobre la común condición de parias— y algunos pequeños Estados (Malawi, Botswana, Swazilandia, Lesotho…) sobre los que la generosidad israelí todavía puede más que la de los árabes. Porque —conviene no engañarse— tras la retórica panafricana, tercermundista y antiimperialista que justifica este espectacular vuelco de una treintena de naciones, los petrodólares saudíes o libios desempeñan un gran papel. Por Tel Aviv circula un chiste cínico y amargo: «Hasta no hace mucho, los árabes vendían negros (en alusión al comercio esclavista); ahora, los compran».[54]

En Europa occidental, ya no solo se execra al Estado judío en los campus universitarios, entre los intelectuales o en la prensa de izquierdas, sino que muchos gobiernos —capitaneados por los de la Quinta República francesa y espoleados por la amenaza petrolera— empiezan a virar hacia las tesis árabes, a considerar a Israel más un estorbo que un aliado; Holanda es la solitaria excepción y, por tal motivo, objeto de especiales represalias energéticas que no suscitan solidaridad alguna entre los ocho socios de la Comunidad Europea.

Cuando, en diciembre de 1973, muere David Ben-Gurion, algunos de los compatriotas que le tributan el último homenaje tienen la sensación de pertenecer «a una tribu de leprosos», y otros sospechan que los veinticinco años transcurridos desde la independencia solo han servido para convertir a Israel en «el judío de las naciones».[55]

En la ONU, la aritmética de los bloques —países islámicos más países comunistas más países no alineados más países africanos…— configura desde la guerra de Octubre una mayoría automática entregada a la causa árabe y a la retórica propalestina, siempre dispuesta para votar contra Israel. Resultan de ello una serie de gestos y una veintena de resoluciones de la Asamblea General (la 3089, 3210, la 3236, la 3240…, sin contar las que adoptan la Unesco, la Organización Internacional del Trabajo, la Organización Mundial de la Salud y otras agencias especializadas), resoluciones de carácter testimonial, pero destinadas no solo a exigir la retirada hebrea de los territorios ocupados o la constitución de un Estado palestino, sino a satanizar Israel, a hacer de él un proscrito de la legalidad internacional, a socavar sus fundamentos ideológicos y morales. Entre los gestos, la invitación formalizada por más de cien miembros de Naciones Unidas para que Yassir Arafat se dirija, el 13 de noviembre de 1974, a la Asamblea General. Fortalecido por el reconocimiento que la séptima cumbre árabe de Rabat acaba de hacer (29 de octubre) de la OLP como «el único y legítimo representante del pueblo palestino» en detrimento del rey Hussein, Arafat es objeto de una acogida triunfal y aprovecha a fondo la formidable tribuna diplomática y mediática que se le brinda; hace una exposición brillante de las tesis arabopalestinas enmarcándolas en la cosmovisión pacifista-antiimperialista que por entonces fluye desde el Kremlin sobre el Tercer Mundo, vuelve contra los israelíes la acusación

de «terroristas», ofrece una perspectiva mirífica de la futura convivencia entre cristianos, musulmanes y judíos «en nuestra Palestina democrática» y laica, y concluye, teatral: «He venido trayendo una rama de olivo y un fusil de combatiente de la libertad. No dejéis que la rama de olivo caiga de mi mano».[56]

A este éxito propagandístico le sigue, al cabo de un año, otra gran victoria moral de los postulados de la OLP. El 10 de noviembre de 1975, la Asamblea General de la ONU aprueba, con 72 votos a favor (árabes, islámicos, comunistas, africanos… e incluso Portugal en pleno sarampión izquierdista), 35 en contra (las democracias occidentales, algunos latinoamericanos, unos pocos africanos) y 32 abstenciones (entre ellas, España), la Resolución 3376, que condena la ideología sionista como «una forma de racismo y de discriminación racial» y pretende, de este modo, deslegitimar de raíz las mismas bases doctrinales de la existencia de Israel.[57]

Es preciso añadir que mientras Arafat agita en Nueva York la metafórica rama de olivo; mientras el líder del FDLP, Nayef Hawatmeh, sugiere sustituir la política del «todo o nada» por objetivos más posibilistas, verbigracia erigir una entidad nacional palestina sobre cualquier porción del territorio, sin embargo, en junio de 1974 el decimosegundo Consejo Nacional Palestino ha reiterado la apuesta por la lucha armada, el rechazo frontal de compromisos con el enemigo sionista y «la liberación de todo el territorio palestino» como meta final.[58] Más significativo aún que las palabras es, desde el punto de vista israelí, el recrudecimiento del terrorismo tanto dentro como fuera de las fronteras. Un recrudecimiento atribuible sobre todo a las facciones más radicales y críticas con Arafat (el FPLP de Habache, el FPLP-Mando General de Jibril, el Frente de Liberación Árabe sostenido por Bagdad…), pero también al mismo Al Fatah; un terrorismo que traerá al Estado judío días de duelo —y algún momento de gloria— durante el bienio de 1974-1976.

La escalada comienza el 11 de abril de 1974, cuando un comando del FPLP-MG infiltrado desde el Líbano mata a 18 israelíes (casi todos civiles, ocho de ellos niños) en la localidad septentrional de Qiryat Shmona. Poco después, el 15 de mayo, otro comando —esta vez, del FDLP— se apodera de la escuela de Maalot, también en la Alta Galilea, y toma como rehenes a un centenar de niños; la negociación fracasa, el asalto del ejército no es lo bastante eficaz, y resultan del episodio 26 israelíes muertos, entre ellos 21 escolares, una circunstancia que acrecentará el traumatismo y la rabia de la ciudadanía. Siguen, durante los meses posteriores, nuevas incursiones guerrilleras, abortadas unas, sangrientas otras (hasta sumar 59 víctimas mortales a lo largo del año), duros bombardeos de represalia sobre el sur del Líbano, así como la ruidosa detención del arzobispo melquita o grecocatólico de Jerusalén, Hilarion Capucci, condenado aquel diciembre a doce años de cárcel por transporte de armas y explosivos al servicio de los fedayines.[59] En 1975, las acciones terroristas más graves son el ataque contra el hotel Savoy de Tel Aviv en marzo (21 muertos, 18 de los cuales civiles) y una bomba que, en julio, mata a 15 peatones en Jerusalén.

En el ámbito internacional, el activismo armado palestino ha vuelto a ocupar los titulares con el espectacular secuestro en Viena, en diciembre de 1975, de un grupo de dirigentes de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP). Y medio año más tarde, a finales de junio de 1976, terroristas palestinos y alemanes adscritos a una facción disidente del FPLP secuestran un avión de Air France en vuelo entre Tel Aviv y París, lo desvían hasta el aeropuerto centroafricano de Entebbe, en Uganda, y exigen la liberación de 53 compañeros presos en

diferentes países a cambio de la vida de los cien pasajeros israelíes. Tras siete días de angustia, en la noche del 3 al 4 de julio una fuerza expedicionaria del Tsahal actuando a 4.000 kilómetros de casa rescata a los rehenes —excepto cuatro muertos—, liquida a los secuestradores y deja al mundo boquiabierto ante la audacia y la precisión del operativo militar hebreo, que ha sufrido una sola baja: la de su oficial en jefe, el teniente coronel Ionatan Netanyahu, hijo del ilustre historiador Ben Zion Netanyahu y hermano mayor del futuro primer ministro. El «raid de Entebbe», que ni siquiera la ONU se atreverá a condenar, constituye uno de los pocos motivos de orgullo y de alegría que la sociedad israelí puede saborear durante los difíciles tres años y medio que siguen a la guerra de Yom Kippur[60].

En efecto, si el sexenio 1967-1973 había sido para la gran mayoría de los israelíes como un larguísimo fin de semana festivo, un período de eufórica embriaguez, de adhesión confiada al *statu quo* y a la fuerza que lo sostenía, de crecimiento inmigratorio y económico, de certezas políticas y seguridades militares que el popularísimo ministro de Defensa, Moshe Dayan, simbolizaba como nadie, será preciso convenir que, desde octubre de 1973, la resaca colectiva es muy dura. Al antiguo complejo de invulnerabilidad lo reemplazan de súbito agudas sensaciones de indefensión y de desamparo —«el pueblo de Israel se había abandonado por completo a la pena y a la inquietud por sus hombres muertos, prisioneros o heridos. No pensaba en otra cosa»—,[61] exigencias de responsabilidades por el *mehdal* —el error, la negligencia, la imprevisión…— que, al comienzo de la guerra, había puesto a Israel en el umbral de la catástrofe, y también dramáticos interrogantes sobre el futuro del país y el porvenir de los territorios conquistados en 1967. De momento, mientras las conductas políticas y las militares en relación con el estallido de la guerra de Octubre son objeto de encuesta por parte de una comisión encabezada por el presidente del Tribunal Supremo, Shimon Agranat, el 31 de diciembre de 1973, el país celebra las elecciones a la octava Knéset que la guerra obligó a aplazar dos meses.

La réplica sísmica del terremoto de octubre se manifiesta aún con timidez: el laborismo retrocede 6,6 puntos porcentuales (hasta el 39,6%) y pierde 5 escaños (consigue 51), mientras la nueva marca de la derecha revisionista, el Likud («Coalición» o «Reagrupamiento»), obtiene los mejores resultados de su historia, el 30,2% de los votos con 39 diputados, uno de los cuales es el general Ariel Sharon, y despunta una nueva izquierda crítica, laicista y pacifista, el Ratz o Movimiento de los Derechos Cívicos, que gana tres escaños y gira en torno a la abogada Shulamit Aloni. Sin embargo, las apariencias continuistas, el intento de prolongar el juego político de siempre como si no hubiese pasado nada, se desmoronan durante la primera mitad de 1974. El laborismo, profundamente dividido entre «halcones» y «palomas», entre anexionistas y devolucionistas de los territorios, no consigue estabilizar su habitual alianza a la vez con el centro laico y con el Partido Nacional Religioso, de modo que Golda Meir gobierna durante meses como primer ministro en funciones, sin mayoría parlamentaria; al mismo tiempo, una intensa campaña ciudadana, impulsada por militares desmovilizados pero con connivencias dentro del Partido Laborista, exige la dimisión de Moshe Dayan, el símbolo de las victorias de 1956 y 1967, convertido ahora en chivo expiatorio de los errores del Yom Kippur y de todas las taras del sistema.[62] Por otra parte, cuando las conclusiones provisionales de la comisión Agranat, publicadas a principios de abril, instan a la destitución tanto del jefe del Estado Mayor y del Comando Sur, generales David Elazar y Shmuel Gonen,[63] como de la cúpula del espionaje

militar o Aman, y en cambio se inhiben sobre las responsabilidades políticas del ministro de Defensa y del Gobierno, tal veredicto no disipa en absoluto la atmósfera de fin de reinado; no calma —bien al contrario— ni el malestar de la opinión pública, ni las hostilidades encarnizadas en el seno del laborismo, ni la demanda cada vez más amplia de un relevo generacional, de caras y maneras nuevas al frente del país.[64] Es sintomático que, por estas fechas, surja en Israel un nuevo grupo político de centro-izquierda, pacifista y ultralaico, con el nombre de Shinui o «Cambio».

Bajo la presión y el desgaste de este clima, sabiendo que «había perdido la confianza del pueblo y, peor todavía, la fe en sí misma»,[65] Golda Meir anuncia el 11 de abril de 1974 la dimisión definitiva de su gobierno, aunque permanecerá al frente del ejecutivo en funciones hasta el 4 de junio. Cuando, en esta última fecha, toma posesión el nuevo primer ministro propuesto por el Mifleguet Haavodá o Partido Laborista, el exgeneral Yitzhak Rabin, es toda la «vieja guardia», la hornada fundacional del Estado (además de Golda; el exministro de Finanzas y poderoso *apparatchnik*; Pinhas Sapir, el veterano diplomático Abba Eban; etc.) la que se retira. Novel en política, libre de culpas en el susto de Octubre y catalogado como «paloma» en relación a los territorios y a los árabes, Rabin —que, con cincuenta y dos años, es el jefe de Gobierno más joven que Israel ha conocido, y el primero nativo del país— representa la segunda generación del *establishment* sionista-socialista, la continuidad rejuvenecida. Del último gabinete Meir hereda, en todo caso, la fragilidad parlamentaria: una mayoría de solo 61 diputados sobre 120 gracias a la precaria suma del laborismo más sus satélites árabes con los Liberales Independientes y el Ratz. En octubre de 1974, la vuelta al gobierno del Partido Nacional Religioso y la subsiguiente salida del Ratz ampliarán ligeramente tal apoyo, dándole un cariz más conservador.[66]

Aun cuando el laborismo ha creído encontrar en Rabin al hombre providencial, y el 57% de los israelíes acogen con satisfacción al nuevo gabinete, este nace sujeto a serias servidumbres internas y deberá afrontar una coyuntura decididamente desfavorable. Por un lado —subraya el flamante jefe del Gobierno en sus memorias—,[67] «en Israel el primer ministro no es libre de designar a los ministros que él escoja. […] Así pues, me hallé en la obligación de aceptar el nombramiento de Shimon Peres como ministro de Defensa, aunque sin el menor entusiasmo». La frase es un pálido reflejo de la profunda rivalidad, de la implacable animadversión entre los dos hombres que acaban de disputarse el liderazgo del partido y del ejecutivo, entre dos correligionarios —el oficial áspero y directo frente al intelectual sutil y estirado, el poseedor de laureles militares y diplomáticos contra el político de maniobra y aparato…— el antagonismo de los cuales no solo lastra la gestión de aquel gobierno, sino que mantendrá al laborismo hebreo desgarrado en dos facciones fraternalmente enemigas durante casi veinte años.

En el ámbito de las relaciones exteriores y las negociaciones con los árabes, la estrecha y dividida base del gobierno —Peres ejerce de «halcón», y el Partido Nacional Religioso rechaza cualquier compromiso territorial— deja bien poco margen de maniobra, de manera que Y. Rabin se limita a consentir, como un tributo inexcusable a la alianza norteamericana, que Kissinger reanude la «diplomacia de la lanzadera» entre El Cairo y Tel Aviv hasta obtener el ya citado y trabajoso acuerdo «Sinaí II» de septiembre de 1975.[68] Por lo demás, en un clima enrarecido por las condenas internacionales y los atentados terroristas, prevalecen el inmovilismo y la rígida defensa de un *statu quo* cada vez más problemático. Problemático, porque si desde 1967 el

establecimiento de población judía en Cisjordania y en Gaza se había limitado a restaurar presencias liquidadas por la fuerza en 1929 —en Hebrón— o en 1948 —el Bloque Etzion, al sur de Belén; Kfar Darom en la banda de Gaza…—, o bien a ocupar algunas posiciones de valor estratégico, pero en una escala muy modesta (así, en 1973 viven en los territorios citados poco más de 2.000 colonos repartidos en dos docenas de asentamientos), en cambio los acuerdos interinos con Egipto y Siria hacen verosímil una dinámica de devoluciones territoriales y alarman, en Israel, a unos sectores mesiánico-anexionistas que, en 1974, se organizan en el movimiento extraparlamentario Gush Emunim (Bloque de los Fieles).

CUADRO 6.1. Primeros ministros de Israel

Nombre	Partido	Mandato
David Ben-Gurion	M	mayo 1948 — enero 1954
Moshe Sharett	M	enero 1954 — noviembre 1955
David Ben-Gurion	M	noviembre 1955 — junio 1963
Levi Eshkol	M	junio 1963 — febrero 1969
Golda Meïr	M	marzo 1969 — junio 1974
Yitzhak Rabin	M	junio 1974 — junio 1977
Menahem Begin	L	junio 1977 — octubre 1983
Yitzhak Shamir	L	octubre 1983 — septiembre 1984
Shimon Peres	M	septiembre 1984 — octubre 1986
Yitzhak Shamir	L	octubre 1986 — julio 1992
Yitzhak Rabin	M	julio 1992 — noviembre 1995
Shimon Peres	M	noviembre 1995 — junio 1996
Benjamin Netanyahu	L	junio 1996 — julio 1999
Ehud Barak	M	julio 1999 — marzo 2001
Ariel Sharon	L	febrero 2001 — abril 2006
Ehud Olmert	K	abril 2006 — marzo 2009
Benjamin Netanyahu	L	marzo 2009 — junio 2021
Naftali Bennett	Y	junio 2021 — junio 2022
Yair Lapid	A	julio 2022 — diciembre 2022
Benjamin Netanyahu	L	diciembre 2022 —

A. Yesh Atid. **K.** Kadima. **L.** Likud. **M.** Mapai (a partir de 1968, Partido Laborista). **Y.** Yamina.

Durante los tres años siguientes, los jóvenes activistas de dicho bloque, provistos de una épica pionera que quiere imitar la del sionismo socialista preestatal y bendecidos por el magisterio espiritual del influyente rabino Zvi Yehudá Kook, se dedican a crear, sin permiso del gobierno, implantaciones «salvajes» en la Judea y en la Samaria bíblicas con el propósito de rejudaizarlas e imposibilitar así su restitución a los árabes. El ejecutivo los hace evacuar por el ejército numerosas veces pero, presionado por sus ministros religiosos y por S. Peres, Y. Rabin acaba por aceptar compromisos y concesiones que alientan a los extremistas tanto como dañan la autoridad del gobierno y su prestigio ante el electorado laborista; sobre todo, cuando, muy lejos

de la indulgencia mostrada hacia el Gush Emunim, la jornada de protesta contra las expropiaciones rústicas que los árabes israelíes organizan el 30 de marzo de 1976, bajo el nombre de Día de la Tierra, es objeto de una severa represión policial que causa seis muertos al norte de Galilea… En mayo de 1977, al término de la legislatura, los asentamientos hebreos suman 36 en Cisjordania, 16 en Gaza, 7 en el Sinaí oriental y 27 en el Golán, con una población total de 11.000 personas.[69]

Si, desde el punto de vista del liderazgo político, Rabin aparece durante este trienio como «una versión sabra, masculina, militar y no carismática de Golda Meir», como el decepcionante paladín de «una continuidad marchita, carente de flexibilidad y de imaginación»,[70] el mayor desengaño de los israelíes proviene de la difícil situación económica que la guerra de Octubre ha dejado en herencia. Con un coste directo de 18.000 millones de dólares, seguido de la onerosa movilización de los reservistas durante meses y de un incremento de los gastos militares que, en 1974, devoran el 32,8% del Producto Nacional Bruto, el lastre bélico —en un contexto de recesión mundial— frena en seco el crecimiento económico, dispara el déficit comercial y el desequilibrio presupuestario, agota las reservas de divisas, da alas a la inflación (26,4% en 1973, 55% en 1974…) y fuerza al gobierno Rabin a adoptar medidas universalmente impopulares: supresión de las subvenciones a los productos de primera necesidad, drástico recorte de los servicios públicos y los programas sociales, sucesivas devaluaciones de la libra israelí, aumentos de la presión fiscal, etc. Los efectos son también los previsibles: incremento del paro y de la pobreza —que castigan sobre todo a los sectores menos cualificados, los judíos orientales—, multiplicación de las huelgas y malestar social generalizado que algunos expresan a través de la emigración y otros con un gasto compulsivo, consumiendo frenéticamente antes de que la devaluación de la moneda y el control de las importaciones lo hagan imposible.[71]

En plena y no demasiado victoriosa lucha contra la crisis económica, el estallido de una serie de escándalos financieros que involucran a miembros del *establishment* laborista, que llevan a la cárcel al gobernador del Banco de Israel e incluso motivan el suicidio del ministro de la Vivienda, inflige un golpe devastador a la reputación del partido de Rabin y Peres, extiende entre la opinión pública la idea de que toda la clase política instalada en el poder desde hace tres décadas rezuma corrupción, y da fuerzas a la necesidad del cambio. Además, en diciembre de 1976, la deslealtad parlamentaria de los diputados del Partido Nacional Religioso provoca la ruptura de la coalición de gobierno y el adelanto de las elecciones generales que, previstas para el otoño siguiente, se convocan para el 17 de mayo de 1977. Si el laborismo todavía conservaba alguna posibilidad de ganarlas, el agravamiento de las intrigas en el seno del partido, un par de gestos proárabes de la nueva administración Carter y, sobre todo, el descubrimiento periodístico de que, contra las disposiciones de la ley israelí, el matrimonio Rabin mantiene en Estados Unidos una cuenta bancaria (con un saldo de dos mil dólares…) precipitan el curso de los acontecimientos. El 7 de abril, Yitzhak Rabin se ve obligado a retirar su candidatura a la reelección como primer ministro —aunque permanece al frente del gobierno en funciones— y, poco después, sus correligionarios designan como nuevo cabeza de lista al detestado rival, Shimon Peres, cuya mediocre y desalentada campaña no podrá evitar la consumación del descalabro.[72]

De todos modos, el *Ma'apakh* ('vuelco', 'tumbo') de mayo de 1977 no es atribuible solo, ni quizá principalmente, a los errores, a los escándalos y a las discordias del laborismo, sino que responde a causas mucho más profundas y antiguas; la primera de las cuales es la deficiente integración económica, laboral y sociocultural de los cientos de miles de judíos orientales llegados a Israel desde la independencia. Cuando tales recién llegados aún eran pocos, en 1949, el secretario general del Mapai, Zalman Aran, ya había advertido que «los marroquíes votarán por el Herut. Las comunidades orientales son el pilar del Herut. […] En los barrios más pobres de Tel Aviv, la gente ha votado al Herut para vengarse de nuestro partido»; por las mismas fechas, un alto funcionario informaba a Ben-Gurion: «La población de los campos (de acogida) se está convirtiendo en una segunda nación, una nación rebelde que ve en nosotros a una plutocracia. Este material es inflamable, constituye un caldo de cultivo para el Herut y los comunistas».[73] A lo largo de las décadas siguientes, el rencor de los sefardíes llegados del mundo araboislámico contra el complejo de superioridad de la élite burocrática asquenazí —y socialista— que ha modelado el Estado, que lo dirige y que les discrimina, aquel rencor y aquella humillación se incuban sin exteriorizarse demasiado: alborotos en Haifa en julio de 1959, movimiento de los «Panteras Negras», hijos de la inmigración norteafricana que hacen oír sus reivindicaciones en 1970-1972…

Tanto la toma de conciencia como el decantamiento de los judíos orientales hacia la derecha son procesos graduales. Pero, de 1973 a 1977, el populismo democrático del Likud sabe hacer la síntesis entre la frustración política de los herederos de Jabotinsky y las frustraciones sociales y económicas de los sefardíes israelíes, entre el mesianismo político de los primeros y el mesianismo religioso de los segundos, entre Varsovia y Casablanca. Es la confluencia, o la alianza, de dos clases de excluidos contra el culpable común de su exclusión: el *establishment* institucional (el Mapai, después Partido Laborista), ideológico (el sionismo socialista dominante) y social (la clase media de origen centroeuropeo) que ha marginado a unos y a otros, que desdeña y ridiculiza al líder del Likud hasta el último momento; Menahem Begin es —asegura Y. Rabin — «el postrer vestigio arqueológico de la escena política israelí». «¿Confiaría el volante de su coche a un hombre que hubiese suspendido ocho veces seguidas el examen de conducción?», pregunta la propaganda electoral laborista.[74]

El voto del 17 de mayo de 1977 es, pues, en diversos sentidos, la revancha de los perdedores habituales. Con una campaña construida sobre las ideas de honestidad y moderación y un apoyo masivo entre el electorado sefardí, el Likud obtiene unos 590.000 votos (el 33,4%) y 43 escaños, a los que se pueden sumar otros dos (1,9%) conquistados por Shlomzion, la lista capitaneada por un A. Sharon en momentánea disidencia. Por el contrario, el Maarakh («Frente» o «Alineamiento» laborista)[75] cae hasta los 435.000 sufragios (24,6%) y 32 escaños, gravísimamente perjudicado por la competencia del Dash o Movimiento Democrático por el Cambio, un nuevo y meteórico partido de centro, liberal en la política interna y moderado en la exterior, que encabeza el exgeneral y arqueólogo Yigal Yadin y que conquista más de 200.000 votos (11,6%), equivalentes a 15 diputados.[76] El escrutinio, en cualquier caso, puede ser calificado de histórico, pues señala el fin de una larga situación de partido-régimen hegemonizada por la izquierda, un vuelco generacional, demográfico y cultural espectacular, y el estreno de un nuevo escenario de alternancia y variabilidad política, sí, pero bajo el predominio tendencial de la derecha aliada con los partidos religiosos.

Vencedor al noveno intento poco antes de cumplir los sesenta y cuatro años, Menahem Begin ha quedado lejos de la mayoría absoluta, y necesita semanas de arduas negociaciones antes de que, el 21 de junio de 1977, la Knéset pueda investirlo primer ministro gracias a una estrecha mayoría de 63 diputados formada por el Likud —al que se ha reincorporado Ariel Sharon—, el Partido Nacional Religioso, los ultraortodoxos de Agudat Israel… y el laborista Moshe Dayan, que acepta ser ministro de Asuntos Exteriores del nuevo gobierno. Si tal nombramiento ya es un síntoma de continuidad y de pragmatismo que sorprende en alguien de antecedentes tan dogmáticos y extremistas como Begin, el del titular de Defensa —Ezer Weizmann, exjefe de la fuerza aérea y sobrino del químico y prócer sionista— apunta en la misma dirección y, aquel octubre, la entrada en la coalición de los centristas del Dash refuerza el contrapeso moderado al presumible extremismo territorial y estratégico del antiguo líder del Irgún. Más aún, es el mismo jefe del Gobierno quien, en sus primeros contactos con la administración Carter, se muestra más conciliador y dúctil que Rabin en cuanto a eventuales negociaciones con los países árabes; y también, quien en agostoseptiembre de 1977 recurre a los buenos oficios del dictador rumano Nicolae Ceauşescu y del rey marroquí Hassan II con objeto de mantener unos contactos secretos israelo-egipcios de alto nivel que preparan el terreno para la gran sorpresa del otoño siguiente.[77]

Sobre los motivos y los cálculos de Anwar al-Sadat para tomar su tan sensacional como solitaria iniciativa de paz, existen interpretaciones diversas pero compatibles: el deseo de completar la tarea iniciada en octubre de 1973, en el sentido de restaurar el honor y la integridad territorial de Egipto y, al mismo tiempo, liberar al país de la insufrible carga económica de un estado de guerra que ya dura tres décadas; la convicción de que cualquier propuesta norteamericana sobre Oriente Próximo estará siempre sesgada y, por consiguiente, que resulta preferible tratar de modo directo con los israelíes; la esperanza de que el peso y la primogenitura de Egipto en el mundo árabe acabarán por arrastrar a la dinámica pacificadora a los demás países, y de que será posible hallar una solución aceptable para la cuestión palestina; el gusto por el protagonismo y la teatralidad, tal vez el secreto anhelo de triunfar allí donde Nasser había fracasado, en todo caso una afición compartida con Begin por los «gestos que cambian la historia…». Comoquiera que sea, el hecho es que, el 9 de noviembre de 1977, sin previa consulta a Washington ni a Jerusalén, el rais improvisa ante la Asamblea Nacional egipcia: «Estoy dispuesto a ir hasta el fin del mundo, si ello evita que un soldado o un oficial egipcio resulten muertos o heridos; y en Israel muchos se sorprenderán de lo que os digo: estoy dispuesto a trasladarme a su casa, a la misma Knéset, y a discutir con ellos. El tiempo apremia».[78]

Aplaudido incluso por Yassir Arafat —presente en el hemiciclo— como un simple ejercicio retórico; acogido con incredulidad en Estados Unidos y con desconfianza en la cúpula militar israelí —que ignora los contactos secretos de aquel verano, y teme un segundo engaño egipcio tras el de Yom Kippur—; rechazado por su ministro de Exteriores, que dimite sin poderlo disuadir, el propósito del presidente Sadat recibe en pocos días el visto bueno de Begin, el cual le hace una invitación formal, y los vituperios de Damasco y Bagdad, que ven agrietarse algunos de los máximos tabús de la política árabe. En efecto, cuando al atardecer del sábado 19 de noviembre el avión del rais, procedente de Ismailía, aterriza en el aeropuerto internacional Ben-Gurion, en Lod, el nuevo responsable de la diplomacia egipcia, Butros Butros-Gali, observa: «¡Nunca se me había ocurrido que la distancia pudiera ser tan corta!»; y añade: «Israel me

resultaba tan extraño como el planeta Marte. Era nuestro enemigo desde hacía décadas, un cáncer en el cuerpo del mundo árabe, y lo habíamos hecho todo por destruirlo».[79] Pero, ahora, la clase dirigente del Estado judío en pleno, confundidos gobierno y oposición, se alinea a pie de pista para dar la bienvenida a Sadat, y los soldados del Tsahal le rinden honores, y las trompetas lo saludan, y todos los israelíes que no están, entre atónitos y maravillados, ante los televisores es porque flanquean la carretera de Jerusalén o llenan las calles de la ciudad santa agitando banderas de los dos países y aclamando al adversario de la víspera. «Yo no había visto nunca —escribe Butros-Gali— una manifestación semejante de emoción popular!».[80]

Al día siguiente, el 20 de noviembre, después de tres visitas matinales cargadas de simbolismo —a la mezquita de al-Aqsa, al Santo Sepulcro con el arzobispo copto y a Yad Vashem, el memorial del Holocausto—, el líder egipcio comparece ante la Knéset por la tarde para pronunciar, en lengua árabe, su esperado discurso. Comienza por justificar el viaje «a la tierra del adversario», aun subrayando los riesgos que conlleva, y por reconocer que, entre los árabes e Israel, siguen reinando la sospecha y la desconfianza; evoca los muertos y las víctimas indirectas del conflicto —las viudas, los huérfanos, las familias rotas…—, así como los males que podría causar «otra guerra trágica y destructora», motivos por los cuales —declara— «he decidido venir hacia vosotros abierto de espíritu, abierto de corazón, con determinación, a fin de que podamos establecer una paz permanente basada en la justicia».

> Hablemos francamente. No he venido para concluir un acuerdo separado entre Egipto e Israel. Tal cosa no entra en la política de Egipto. […] No he venido en busca de una paz parcial, de un tercer acuerdo de separación de fuerzas en el Sinaí, o en el Sinaí y en los altos del Golán… He venido para que, juntos, podamos construir una paz permanente y justa… ¿Cómo? Queréis vivir con nosotros en esta parte del mundo y —os lo digo con toda sinceridad— os acogeremos de buen grado, sanos y salvos. […] Israel se ha convertido en un hecho que el mundo ha reconocido, la seguridad y la existencia del cual tienen la garantía de las dos superpotencias.

Sin embargo,

> La paz solo será real si está basada en la justicia, y no en la ocupación de las tierras ajenas. No es admisible que reclaméis para vosotros lo que negáis a los demás. […] Debéis abandonar de una vez por todas los sueños de conquista. Debéis abandonar también la creencia de que la fuerza es la mejor manera de tratar con los árabes. La expansión no os traerá ningún beneficio.

Anwar Al-Sadat completa su dura requisitoria:

> Hay territorios árabes que Israel ha ocupado y que continúa ocupando por la fuerza de las armas. Insistimos en una retirada completa de dichos territorios, incluida la Jerusalén árabe. […] La retirada total de la tierra ocupada desde 1967 es elemental, no negociable. […] La paz no puede tener validez y no puede ser construida mientras exista una ocupación de la tierra de otro pueblo.

Además, «la paz no puede ser obtenida sin los palestinos. […] Sería ilusorio no reconocer al pueblo palestino su derecho a establecer un Estado propio y su derecho al retorno. […] No puede haber felicidad para nadie a costa de la miseria ajena». A cambio de todo esto, el estado de beligerancia cesará en la región, e Israel podrá «vivir dentro de sus fronteras, al lado de sus vecinos árabes, en paz y seguridad, dentro del marco de garantías aceptables que la otra parte

también obtendrá». Para concluir, Sadat se dirige directamente a la ciudadanía israelí: «Alentad a vuestros dirigentes a luchar por la paz. Sed unos héroes para vuestros hijos»; y termina: «He querido presentaros, en vuestra propia casa, la realidad desnuda».[81]

Efectivamente, la cruda franqueza del presidente egipcio y el tono conminatorio del discurso desagradan y decepcionan al auditorio, de modo que Begin, en la réplica, no disimula las grandes diferencias ni se priva de rechazar cualquier discusión sobre Jerusalén. «Ambos parecían más preocupados por causar impresión en su propio campo que por comunicar con el otro», apunta un testigo.[82] No obstante, en aquel caso las palabras resultan menos importantes que el gesto y la situación: el todopoderoso jefe del principal país árabe había hablado de paz ante el Parlamento nacional de Israel y, con ello, había reconocido su existencia y su legitimidad. Además, durante los dos días de la visita, los contactos informales entre la delegación egipcia y los ministros israelíes rompen el hielo de la desconfianza y el desconocimiento recíprocos, y Sadat y Ezer Weizmann establecen una fuerte sintonía personal («los dos se entendieron inmediatamente, y una especie de afecto se desarrolló entre ellos»);[83] en resumen:

> Un acuerdo —tácito, impreciso, provisional, pero sin embargo un acuerdo— había sido alcanzado entre Begin y Sadat sobre la necesidad de que Egipto e Israel concluyesen la paz, eventualmente incluso solos; de que Israel se retirase del Sinaí; y de que la península fuese en gran parte desmilitarizada.[84]

Tras el viaje a Jerusalén, el deshielo psicológico entre los dos países no deja de progresar, hecho de admiración israelí por el coraje del rais, de curiosidad egipcia ante el descubrimiento de un vecino tan demonizado como ignoto. Pero traducir este nuevo clima en acuerdos diplomáticos formales exigirá agotadoras negociaciones; poderosas mediaciones y traumáticas renuncias.

En el resto del mundo árabe, la iniciativa de Sadat —tachada enseguida de traición— suscita airadas recusaciones, en especial desde los regímenes más izquierdistas, desde el integrismo islámico y desde la resistencia palestina. El 2 de diciembre, en Trípoli, el coronel Gadaffi es el anfitrión de una cumbre en la que los representantes de Libia, Siria, Iraq, Argelia, Yemen del Sur y la OLP acuerdan el boicot económico y político contra Egipto —el cual replica con la ruptura de relaciones— y configuran lo que será llamado el Frente de la Firmeza ante el proceso de paz. Poco después, palestinos radicales —al parecer, adscritos Al Fatah-Consejo Revolucionario que encabeza Abu Nidal— llevan a cabo diversos atentados terroristas contra objetivos egipcios, entre ellos el asesinato en Chipre del director del importantísimo diario cairota *Al-Ahram*. Por reacción, todos estos gestos hostiles facilitan que el rais se empiece a desentender del problema palestino y de la causa árabe, y dé cada vez más un enfoque bilateral a los contactos con Israel:

> Su único objetivo, con toda evidencia, era recuperar los territorios egipcios, es decir, obtener el retorno del Sinaí al seno de la madre patria. Cualquier otra cuestión le resultaba secundaria y podía esperar. […] Y desde que el resto del mundo árabe había condenado su iniciativa, [Sadat] lo trataba de subdesarrollado.[85]

Sin embargo, el inicio de las negociaciones israelo-egipcias no da pie a ninguna euforia. La conferencia preliminar convocada en Mena House (El Cairo) del 14 al 17 de diciembre de 1977 solo reúne a Egipto, Israel, Estados Unidos y la ONU ante la reprobatoria ausencia de Jordania, el Líbano, Siria, la OLP y una Unión Soviética cuyas relaciones con el régimen egipcio se

deterioran rápidamente, y además no registra ningún progreso relevante. Lo mismo cabe decir de la cumbre Begin-Sadat que tiene lugar en Ismailía el 25 de diciembre, y es esta situación de *impasse*, este diálogo de sordos lo que hace inevitable la implicación norteamericana, deseada principalmente por Egipto y bien visible desde enero de 1978. Si la causa principal del atasco es el intento del primer ministro israelí de conservar asentamientos civiles e instalaciones militares en el ángulo noreste y a lo largo de la costa oriental del Sinaí, Carter y Sadat hacen converger discretamente sus presiones al objeto de ablandar la rigidez de Begin. También contribuye mucho a ello la movilización de un segmento de la opinión pública israelí, que no quiere echar a perder la oportunidad de dar al país «una existencia pacífica y relaciones amistosas con nuestros vecinos»,[86] una movilización que cristaliza acto seguido en la potente plataforma antianexionista Shalom Ahshav (La paz, ahora).

Los buenos oficios de Washington se emplean en limar diferencias entre ambas partes desde marzo hasta agosto de 1978, pero la falta de resultados decide al mandatario norteamericano a intentar un último esfuerzo: será la cumbre Sadat-Carter-Begin reunida (quizá sería más exacto decir «recluida») en la residencia presidencial de Camp David, en los bosques de Maryland, a partir del 5 de septiembre de 1978. Después de trece maratonianas jornadas de discusiones tensas, regateos minuciosos, crisis momentáneas, graves divergencias en el seno de cada delegación y un infatigable esfuerzo mediador por parte del presidente Jimmy Carter y su equipo (el secretario de Estado Cyrus Vance, el consejero Zbigniew Brzezinski…), un Sadat consciente de que el fracaso dejaría en ridículo el viaje a Jerusalén, la ruptura con el mundo árabe y quizá incluso su propia autoridad interna, termina por aceptar que, en cuanto a Gaza, Cisjordania y la cuestión palestina, los problemas sustanciales sean aplazados o dejados en una deliberada inconcreción; Begin, por su parte, accede a la mención de los «derechos legítimos del pueblo palestino» y a una congelación temporal de los asentamientos judíos en las tierras conquistadas en 1967.[87]

Así es como, en la noche del 17 de septiembre de 1978, los tres líderes pueden firmar en la Casa Blanca dos documentos, dos breves esquemas de acuerdo. El primero, denominado simplemente «Marco» (*Framework*), define las bases de un acuerdo israelo-egipcio: Israel se retirará, por etapas, de la totalidad de la península del Sinaí a cambio de la inmediata negociación de un tratado de paz y de la normalización diplomática entre El Cairo y Jerusalén en un plazo de dos a tres años, en paralelo a la retirada; la libertad de navegación será absoluta para los barcos israelíes tanto en el canal y el golfo de Suez como en los estrechos de Tirán y el golfo de Ákaba; además, Egipto solo podrá mantener tropas a lo largo de los 50 kilómetros más occidentales del Sinaí, y la franja limítrofe con Israel, al igual que Sharm el-Sheikh, serán controladas por fuerzas de las Naciones Unidas.

Mucho más impreciso y voluntariamente ambiguo en bastantes aspectos, el segundo documento, el «Marco para la paz en Oriente Medio», pretende encarrilar un arreglo global del conflicto árabe-israelí sobre la base de las Resoluciones 242 y 338 y del derecho de todos los países del área a vivir en paz y seguridad, aunque se ocupa sobre todo de los palestinos de Cisjordania y Gaza. Una vez que representantes de Israel, de Egipto, de Jordania y del «pueblo palestino» hayan diseñado para los habitantes árabes de dichos territorios una «autoridad de autogobierno» o un «consejo administrativo» elegidos, estos gozarán de «plena autonomía» durante un período transitorio de cinco años, y, antes de que hayan transcurrido tres las partes

antes citadas abrirán negociaciones con objeto de fijar el estatus final de aquellas regiones, sus fronteras definitivas y sus vínculos con los países circundantes. Al concluir la ceremonia de la firma, «los americanos estaban alegres y los israelíes también. Los delegados egipcios permanecían abatidos, y sus caras dejaban leer sus sentimientos», recuerda uno de ellos.[88]

En Occidente, los Acuerdos de Camp David son calurosamente saludados, y valen a Sadat y a Begin la atribución conjunta, aquel octubre, del premio Nobel de la Paz. En cambio, la hostilidad es manifiesta por parte de una Unión Soviética que se siente marginada, y todavía más virulenta en los Estados árabes del Frente de la Firmeza y en la OLP, desde donde se acusa al rais de haber vendido los intereses palestinos y sacrificado Jerusalén, y se recaudan 3.500 millones de dólares para continuar la «resistencia» antiisraelí. En el propio Egipto, el entusiasmo de la calle y del Parlamento —«sin duda orquestado»—[89] encubre apenas la frialdad de la alta burocracia estatal, el malestar en las universidades y en las mezquitas, el rechazo de los nasseristas, de los comunistas o de los Hermanos Musulmanes. Al otro lado de la trinchera, en Israel, la amplia mayoría social favorable a Camp David halla su reflejo en la Knéset, donde los partidos dan libertad de voto a los parlamentarios, y el 27 de septiembre estos ratifican los acuerdos por 84 votos a favor, 19 en contra y 17 abstenciones.

Con todo, Camp David solo ha establecido una base, un acuerdo de principio, y las subsiguientes negociaciones detalladas con vistas al tratado de paz —que arrancan en Washington el 12 de octubre— no tardan en bloquearse entre el intento egipcio de vincular dicho tratado a progresos sustanciales en materia de autonomía palestina, y la política de Begin de incrementar los asentamientos hebreos en Cisjordania y Gaza, obstaculizando, así, el debate sobre el futuro de los citados territorios. Al mismo tiempo, la rápida descomposición del régimen imperial iraní —el sah huye de Teherán el 16 de enero de 1979, el ayatollah Jomeini llega triunfalmente a la capital el 1 de febrero— amenaza la influencia norteamericana en Oriente Próximo e introduce en la zona un poderoso factor de radicalización y de fundamentalismo muy poco propicio al acuerdo entre Jerusalén y El Cairo patrocinado por Estados Unidos: cabe recordar que, establecida la República Islámica el 10 de febrero, el primer dignatario extranjero que la visita oficialmente, el 18 de febrero, es… Yassir Arafat.[90]

Urgido tanto por los acontecimientos iraníes como por su propio calendario político interno, y después de que un encuentro de nivel ministerial entre las partes haya fracasado en Camp David entre el 21 y el 25 de febrero, Jimmy Carter asume otra vez el papel de motor del diálogo: convoca a Begin a Washington a principios de marzo, y acto seguido emprende una gira regional con escalas en Egipto, en Israel —donde aún debe doblegar las últimas reservas y objeciones del gobierno de centro-derecha— y de nuevo en Egipto antes de llegar al compromiso final. Este es aprobado por la Knéset el 21 de marzo con una mayoría de 95 votos contra 18, 2 abstenciones y 5 ausencias, y rubricado solemnemente por los líderes de los dos países el 26 de marzo en los jardines de la Casa Blanca, con Carter como anfitrión y testigo. Según el consejero norteamericano Brzezinski, durante la ceremonia «no había solo alegría, sino una atmósfera de reconciliación»; en cambio, para el jefe de la diplomacia egipcia aquel éxito «había sido obtenido al precio de una marginación de los palestinos, y Egipto ya no podría intervenir con el mismo vigor en favor de Cisjordania y Gaza. Egipto tendría la paz, pero los palestinos no habrían recobrado sus derechos».[91]

El «Tratado de paz entre la República Árabe de Egipto y el Estado de Israel» prevé la completa y total restitución de la península del Sinaí a la soberanía egipcia según los términos y con las medidas de desmilitarización y control internacional esbozados en Camp David; el pleno reconocimiento recíproco; la normalización de relaciones diplomáticas, económicas y comerciales, así como la libertad de tránsito aéreo y naval. En documentos anexos se convienen ulteriores negociaciones sobre el alcance y la forma de elección de una autoridad autónoma palestina para Gaza y Cisjordania, y de modo paralelo Washington promete a los dos países signatarios importantes ayudas para gastos militares, además de otorgar a Israel garantías de suministro petrolero durante quince años y de apoyo en el caso de que Egipto violase el tratado. Al día siguiente de la firma de este, 18 Estados árabes —todos, excepto Omán, Sudán y Somalia — empiezan a retirar a sus embajadores de El Cairo, suspenden por diez años la pertenencia de Egipto a la Liga Árabe y deciden trasladar la sede del organismo a Túnez, además de cortar al régimen egipcio el aprovisionamiento petrolero y cualquier otro auxilio económico. Durante los meses sucesivos, el Egipto de Sadat será también suspendido como miembro de la Organización de la Conferencia Islámica y objeto del reproche y el ostracismo dentro del Movimiento de los No Alineados.

A pesar de la intensa hostilidad exterior, y a pesar del poco entusiasmo de la clase gobernante cairota,[92] el tratado de paz es ratificado por la Asamblea egipcia el 10 de abril, y por un referéndum popular nueve días más tarde. Sobre todo, su aplicación se desarrolla sin grandes crisis ni sobresaltos; después de que un verdadero carrusel de visitas oficiales (de Begin, de Weizmann y de Dayan al Cairo, de Sadat a Haifa, de Begin a Asuán…) y encuentros simbólicos (entre Sadat y Begin, con mutilados de guerra de ambos países, en la ciudad de El Arish apenas restituida a Egipto) haya mejorado el clima de confianza, el Tsahal se retira de toda la mitad occidental del Sinaí el 25 de enero de 1980, y al cabo de un mes los dos gobiernos formalizan el intercambio de embajadores.

En cambio, las previstas conversaciones sobre la autonomía palestina, que han empezado en Bersheva a finales de mayo de 1979 y prosiguen después en escenarios alternos (Alejandría, Herzliya, de nuevo Alejandría, Haifa, otra vez Alejandría…) a lo largo de doce sesiones, embarrancan pronto en diversos escollos insalvables: la negativa de Begin a otorgar a los árabes de Cisjordania y Gaza una autonomía política digna de tal nombre, la completa hostilidad de los palestinos de los Territorios a considerar cuanto no sea un autogobierno de transición hacia la independencia, el rechazo frontal de la OLP a cualquier plan derivado de Camp David, la escasa implicación de una administración Carter cada vez más absorbida por los acontecimientos de Teherán y la nula disposición de Sadat a arriesgar la plena recuperación del Sinaí en beneficio de la causa palestina.[93] Así, los encuentros se convierten en una sucesión de monólogos cuyo objetivo «era ganar tiempo y enmascarar una verdad dolorosa, a saber, que no existía intención de resolver el problema palestino. […] Las negociaciones tenían más que ver con las relaciones públicas que con la diplomacia».[94] Además, la creciente derechización del gabinete israelí —del que en pocos meses dimiten tanto Dayan como Weizmann—, su política de hechos consumados en materia de asentamientos y el voto en la Knéset, el 30 de julio de 1980, de la «ley de Jerusalén» que proclama a esta ciudad, «entera y unificada, capital eterna e indivisible de Israel» llevan al presidente Sadat a suspender las conversaciones, que se reanudarán agónicamente entre el otoño de 1980 y el de 1981 sin resultado alguno.

Intratable en relación con lo que denomina oficialmente «Judea y Samaria», el gobierno Begin se muestra escrupuloso en cuanto a la ejecución de la paz con Egipto, aun cuando esta conlleve todavía arduos conflictos internos, problemas internacionales y litigios bilaterales. Los primeros derivan de la necesidad de desmantelar la quincena de asentamientos civiles judíos que, con unos 4.500 habitantes en total, se concentran sobre todo en el extremo nororiental del Sinaí, alrededor de la pequeña ciudad de Yamit (fundada en 1972) y cerca de la frontera de Gaza; la mayoría de los colonos se deja persuadir para marcharse a cambio de una indemnización, pero contra los irreductibles del Gush Emunim y del ultranacionalismo laico —indignados, antes que nada, por el precedente que se crea— es preciso enviar al ejército, que los evacua por la fuerza antes de destruir los poblados.[95] Un serio problema diplomático surge de la oposición soviética al permitir el despliegue en el Sinaí de una fuerza de paz de la ONU, según las previsiones de Camp David; para sustituirla resulta necesario crear, en agosto de 1981, la MFO (Multinational Force and Observers), un cuerpo de unos 3.000 miembros entre militares y civiles, la mitad norteamericanos y el resto aportados por Australia, Colombia, Italia, Uruguay, las islas Fiyi y algunos otros países, que empieza a ejercer sus funciones de control y seguridad sobre el terreno en marzo de 1982. Justo entonces estalla la controversia sobre Taba, un litigio fronterizo israelo-egipcio que afecta a 2,5 kilómetros cuadrados en la costa del golfo de Ákaba al oeste de Eilat y que, sometido a arbitraje jurídico internacional, no será resuelto hasta septiembre de 1988, a favor de Egipto.

Por fin, habiendo acordado congelar la cuestión de Taba, las últimas tropas israelíes abandonan el Sinaí para replegarse tras la frontera internacional el 25 de abril de 1982. Pero algunos de los principales impulsores de aquel proceso no han podido ver su conclusión: medio año antes, el 6 de octubre de 1981, fundamentalistas islámicos han asesinado a Anwar Al-Sadat mientras presidía el desfile militar conmemorativo del victorioso inicio de la guerra de 1973, el trampolín de sus ulteriores iniciativas diplomáticas; el día 16 de aquel mismo mes de octubre, Moshe Dayan —el guerrero transformado en paloma— ha muerto en Tel Aviv, víctima de un cáncer. Sin embargo, y a pesar del momentáneo susto que el magnicidio de El Cairo provoca en Israel, la coexistencia pacífica con el Egipto del nuevo rais, Hosni Mubarak, resultará irreversible.

Irreversible, pero también engañosa o equívoca. Una vez neutralizado Egipto como enemigo, los demás países árabes no pueden plantearse seriamente una guerra general contra el Estado hebreo, lo cual instala a este en una sensación de seguridad que le lleva a desdeñar o a minimizar la problemática y el potencial explosivo de los palestinos bajo ocupación del Tsahal. Begin se resistía a abandonar todo el Sinaí por consideraciones tácticas y estratégicas, pero la península egipcia no formaba parte del *Eretz Israel* histórico y, tras obtener las debidas garantías, el gobierno de la derecha nacionalista ha renunciado a ella sin mayores problemas. Ha renunciado al Sinaí, y ha hecho la paz con El Cairo, considerando que era un precio razonable a cambio de no verse forzado a una paz mucho más costosa con los palestinos, y de no tener que renunciar a Cisjordania —la Judea y la Samaria bíblicas— y a Gaza, territorios estos que sí pertenecen al espacio nacional judío según lo ha concebido siempre el sionismo revisionista; territorios con los que una buena parte de la sociedad israelí mantiene vínculos de naturaleza ideológica o religiosa mucho, mucho más difíciles de permutar por zonas desmilitarizadas y por observadores internacionales.[96]

7

Entre Beirut y Kuwait (1982-1990)

El Líbano, de la tentación al trauma

Desde el punto de vista económico y social, el primer gobierno dominado por la derecha en la historia del Estado de Israel constituye un verdadero desastre. La nueva política económica inspirada desde 1977 por el ala liberal del Likud, en línea con las ideas de Milton Friedman, se propuso liberalizar de modo rápido y brutal una economía muy regulada, burocratizada y con un enorme sector público. Pero el final de las medidas de control de cambios, la liquidación de empresas estatales deficitarias y el recorte de las subvenciones a los productos y los servicios básicos han disparado los precios, y la inflación, que era del 42% en 1977, se encarama hasta el 140% en 1980, con un incremento acumulado del 492% en tres años y el natural corolario de huelgas, caída de la inmigración y malestar entre la ciudadanía. El aumento de las importaciones energéticas una vez restituidos los campos petrolíferos del Sinaí, los gastos crecientes en armamento y los costes de la retirada, tanto militar como civil, de territorio egipcio castigan todavía más la ya deficitaria balanza comercial. Se decide entonces un súbito golpe de timón hacia el rigor presupuestario, la austeridad y el estrangulamiento del consumo, seguido de cerca por una drástica reforma monetaria: la libra israelí desaparece, sustituida en octubre de 1980 por el shekel, con un valor diez veces superior; el principal efecto es la «dolarización» de la economía, sin que ni la inflación, ni la recesión, ni la impopularidad del gabinete Begin dejen de acentuarse.[1]

En este punto, con las elecciones cada día más cerca y la salud del primer ministro cada vez más precaria, en enero de 1981, el Likud acuerda el tercer cambio de política económica, esta vez en una dirección abiertamente electoralista y demagógica: se ordena a la televisión estatal —en funcionamiento solo desde 1968—[2] que pase a emitir en color; se rebajan los impuestos en general, y en particular las tasas sobre los bienes de consumo más codiciados (automóviles, frigoríficos, lavadoras, televisores…); se frena la devaluación de la moneda; se restablecen las subvenciones a los productos básicos; se congela el precio de la gasolina; se facilita el crédito a las familias, y se incita a la especulación bursátil. A medio plazo, la receta no hará más que relanzar la inflación y descontrolar el déficit, y de forma inmediata sumerge bajo una marea de consumismo lo que quedaba del espíritu pionero fundacional, pero también seduce a los sectores sociales más modestos y da la vuelta a las expectativas de voto.

A la recuperación del Likud durante el primer semestre de 1981 contribuyen también, aunque parezca contradictorio, tanto las rentas de la paz con Egipto como la «línea dura» adoptada luego en relación a los palestinos y a los demás países árabes: asfixia de las negociaciones sobre la autonomía, sustitución del «paloma» Dayan por el «halcón» Yitzhak

Shamir en el Ministerio de Asuntos Exteriores, estímulo a la creación de nuevas localidades judías en Cisjordania —en 1981, ya son 70, con unos 16.000 habitantes—, tolerancia ante los extremistas del Gush Emunim… y, tres semanas antes de las elecciones, la espectacular incursión aérea del 7 de junio de 1981, en la que ocho cazabombarderos F-16 escoltados por seis cazas F-15 destruyen la central nuclear iraquí de Osirak, levantada con tecnología francesa al norte de Bagdad y a punto de entrar en servicio como base del programa de armamento no convencional del dictador Sadam Hussein. Largamente planificado, y ejecutado con precisión quirúrgica contra un país que permanece formalmente en estado de guerra con Israel, dicho ataque le reportará a Begin valiosos dividendos electorales a corto plazo, pero supondrá también un hándicap importantísimo para la futura acción militar del régimen iraquí, tanto en la guerra de Kuwait (1990-1991) como ante la invasión anglo-americana de 2003.[3]

Así, las elecciones del 30 de junio de 1981 a la décima Knéset, precedidas por una campaña muy crispada en la que los laboristas de Shimon Peres terminan por identificar el Likud con el fascismo, corroboran la lealtad de los electores judeoorientales, o sefardíes, a la derecha, y otorgan a Menahem Begin los mejores resultados de su vida política (37,1% de los votos, equivalentes a 48 escaños). Todo esto a pesar de una escisión por la derecha, el Tehiya o «Renacimiento Nacional», que le arrebata el 2,3% de los sufragios y tres diputados.[4] El Partido Laborista, habiendo recuperado los votos centristas del desaparecido Dash, queda solo ligeramente por debajo de su rival (36,6% y 47 escaños), pero los 13 diputados obtenidos por tres partidos religiosos diferentes dan una inequívoca ventaja al Likud de cara a formar la inevitable coalición.[5] Es, pues, con una ajustadísima mayoría de 61 diputados sobre 120 (48 del Likud, 6 del Partido Nacional Religioso, los 4 ultraortodoxos de Agudat Israel y los 3 del ultranacionalista Tehiya) como Begin inicia su segunda legislatura en el poder, en la que —fascinado desde siempre por los militares y los héroes— confía al general Ariel Sharon la cartera de Defensa[6] y se dispone a administrar la «paz fría» con Egipto. Es también bajo este gobierno de acusada inclinación derechista cuando Israel se dejará atrapar en el avispero libanés.

La idea de una alianza —e incluso de una continuidad geográfica— con los cristianos maronitas libaneses, la única otra comunidad no musulmana políticamente organizada de la región, también minoritaria y amenazada, era casi tan antigua como la configuración del *yishuv* sionista en Palestina, había encontrado un eco favorable entre los dirigentes religiosos y comunitarios maronitas por lo menos desde la década de 1930 (por ejemplo, en el patriarca Antoine Pierre Aride; en el arzobispo de Beirut, Ignace Mubarak, o en el presidente de la República, Émile Edde) y se concretó antes de 1948 en contactos y acuerdos secretos en virtud de los cuales —por ejemplo— los tres personajes citados testificaron ante la UNSCOP a favor de un Estado judío en Palestina. Después, una vez nacido Israel y transformado el Líbano en la ficticia «Suiza de Oriente Próximo», los vínculos se enfrían, aunque la tentación de propiciar un Líbano cristiano y amigo con el que se pudiera hacer la paz reaparece entre los gobernantes de Jerusalén (desde Ben-Gurion a Dayan) cada vez que las circunstancias internas del país de los cedros parecen ofrecer alguna posibilidad.[7]

La percepción israelí sobre el vecino del norte empieza a cambiar cuando, a partir del «Septiembre Negro» de 1970 en Jordania, el Líbano se convierte en la tierra de refugio de miles de guerrilleros palestinos, en el asilo para la cúpula de la OLP —que halla la simpatía tanto de los viejos refugiados de 1948 como de la izquierda musulmana libanesa—, en la base para

incursiones cada vez más frecuentes y sangrientas dentro de Israel (61 víctimas mortales solo en 1974) y, gradualmente, en el santuario de grupos terroristas de la más diversa procedencia, desde alemanes o japoneses de extrema izquierda hasta nacionalistas armenios radicales. Naturalmente, esta situación solo es posible a causa de la debilidad del aparato estatal libanés. Al mismo tiempo, el impacto del nuevo actor palestino, fuertemente armado, desestabiliza y rompe el delicado equilibrio institucional de la pequeña república, desata los miedos recíprocos de las diferentes comunidades —maronitas, drusos, sunníes, chiíes…, hasta 17 grupos diferentes— y precipita a todas, desde abril de 1975, por el abismo de una guerra civil a la vez ideológica y confesional en la que unos (la derecha cristiana) quieren preservar el propio estatus[8] y liquidar la «subversión» palestina con sus apoyos locales, mientras que los otros (la alianza llamada «palestinoprogresista») pretenden ser la punta de lanza de una oleada revolucionaria panárabe y tercermundista.[9]

Si, durante años, la política libanesa de Israel se ha ceñido a responder a las incursiones terroristas a través de represalias bélicas contra los santuarios palestinos del Líbano meridional —la llamada Fatahland—, con el estallido de la guerra civil el gobierno, de Y. Rabin empieza a brindar a las milicias cristianas material y asesoramiento militares. Pero todavía no se trata de una intervención: de hecho, a quien los maronitas en dificultades piden socorro es al régimen de Damasco, el cual encuentra así una coartada perfecta para sus inveteradas ambiciones de tutela sobre aquel país que Siria ha considerado siempre una provincia irredenta. El 31 de mayo de 1976, pues, el ejército sirio atraviesa la frontera libanesa; en pocos meses, bajo pretexto de interposición y con el aval de la Liga Árabe, las tropas de Hafiz al-Assad ocupan gran parte del norte, el este y el centro del Líbano, incluidos algunos barrios de Beirut, Sidón y Trípoli; frenan el avance palestino-musulmán; salvan a los cristianos de la derrota, e imponen a todos una precaria *pax Syrica*.[10]

Sin embargo, esta intervención no ha debilitado la implantación casi-estatal de la OLP en el sur del país ni impide que, desde 1977, se reanuden las infiltraciones guerrilleras contra Israel. El 15 de marzo de 1978, después de que un comando palestino haya causado la muerte de 35 civiles israelíes a bordo de un autobús, cerca de Haifa, el gobierno de Jerusalén —presidido ya por M. Begin— ordena a tres brigadas del Tsahal invadir más de 1.000 kilómetros cuadrados del extremo sur libanés, hasta el río Litani, con el propósito de liquidar las bases de los fedayines. La mayoría de estos consigue huir, pero la Operación Litani no resulta del todo estéril; por una parte, y antes de replegarse a mediados de junio, el ejército israelí establece una «Zona de seguridad» de unos 10 kilómetros de anchura y población maronita, al norte de la frontera, y la pone en manos de una milicia cristiana aliada —el Ejército del Líbano Libre, después Ejército del Sur del Líbano, que dirige el comandante Saad Haddad—; además, las Resoluciones 425 y 426 del Consejo de Seguridad de la ONU han creado una United Nations Interim Force in Lebanon (UNIFIL o FINUL) cuyos 6.000 hombres se despliegan inmediatamente entre la «Zona de seguridad» y el río Litani con la misión de velar por la desmilitarización del área. Aunque la eficacia de UNIFIL será muy relativa, su presencia no deja de constituir un segundo filtro protector de Israel frente a las incursiones palestinas.

Sobre el laberíntico ajedrez libanés, entre tanto, el entendimiento de 1976 entre los cristianos y Siria se disuelve en 1977-1978 y deja paso a una escalada de hostilidades que empuja a la comunidad maronita —sobre todo a su partido más combativo, las Falanges

Libanesas dirigidas por Pierre Gemayel con sus hijos Bechir y Amin— a buscar en el Estado de Israel un apoyo que se transformará gradualmente, de 1979 a 1981, en alianza político-estratégica. «La seguridad y la supervivencia» de los cristianos del Líbano es «un interés vital» de Israel, declara Begin en la Knéset el 3 de junio de 1981.[11] Cuando, un mes más tarde, el primer ministro es revalidado en las urnas y, poco después, confía la cartera de Defensa a Ariel Sharon, la dinámica de implicación israelí en la guerra libanesa se acentúa; incluso, si ello conlleva riesgos de colisión directa con Siria.

Primera expresión de la nueva pauta de conducta, el 10 de julio de 1981 empieza un intenso duelo de dos semanas entre la aviación israelí, que golpea bases y sedes de la OLP hasta en el centro de Beirut, y los cañones y los cohetes de la resistencia palestina, que castigan Qiryat Shmona, Nahariya y otras localidades hebreas del norte. La mediación norteamericana obtiene entonces un alto el fuego, que el gobierno Begin acepta a disgusto, como una humillación o un signo de debilidad. Es a partir de aquel momento cuando comienza a tomar forma en el seno del gabinete de Jerusalén la idea de una invasión del Líbano a gran escala. ¿Con qué objetivos? El más primario, liberar el norte de Israel de la coacción permanente de los proyectiles palestinos, y destruir la cada vez más sólida infraestructura militar de la OLP en el sur libanés; si fuese posible, también, expulsar a la central palestina de todo el Líbano —el último país donde puede moverse con libertad—, lo cual reduciría a Arafat y a los suyos a la marginalidad; en tercer lugar, poner en pie un Líbano bajo hegemonía cristiana susceptible de firmar con Israel una paz formal, y, por último, echar fuera del país de los cedros tanto a las tropas como la influencia política de Siria. Que, adentrado en esta dinámica, el tándem Begin-Sharon no teme el choque con Damasco lo confirma el voto de la Knéset, el 14 de diciembre de 1981, anexionando a Israel el altiplano del Golán.[12]

Diversos incidentes armados en la frontera o dentro de Israel, en abril-mayo de 1982, y sobre todo el atentado de terroristas a las órdenes de Abu Nidal,[13] el 3 de junio, contra el embajador israelí en Londres, proporcionan el pretexto para la que será bautizada, publicitariamente, como Operación Paz para Galilea. A las once de la mañana del 6 de junio, tras dos jornadas de ataques aéreos israelíes sobre el Líbano y de cañoneos palestinos sobre Israel, una imponente fuerza terrestre israelí compuesta por el equivalente a ocho divisiones (entre 80.000 y 100.000 soldados) con 1.500 tanques, cubierta por la aviación y la marina, atraviesa la «Zona de seguridad» del comandante Haddad, supera las posiciones de UNIFIL y se adentra en territorio libanés a lo largo de tres ejes de penetración hacia el norte; mientras tanto, en Jerusalén, el primer ministro —mintiendo a sabiendas o bien engañado por Sharon: esto ha sido objeto de una interminable polémica incluso en los tribunales—[14] explica que el límite de la invasión será de unos 40 kilómetros, para dejar Galilea fuera del alcance de los artilleros palestinos. La oposición laborista asiente con escaso entusiasmo.

A lo largo de los cinco días siguientes, con la ayuda de un desembarco tras las líneas enemigas, al norte de Sidón, los efectivos del Tsahal avanzan no 40, sino más de 80 kilómetros, hasta la periferia de Beirut y las proximidades de la autovía Beirut-Damasco. Las fuerzas semirregulares de la OLP en la zona, unos 15.000 combatientes, ofrecen una resistencia muy desigual, nula en unos sitios, tenaz y numantina en los campos de refugiados y las áreas urbanas de Tiro y Sidón, donde la población civil sirve con frecuencia de escudo, voluntario o no, de los fedayines. Los cada vez más dudosos aliados locales de la OLP —las milicias sunníes, drusas y

chiíes— se mantienen al margen, y el cuerpo expedicionario sirio (30.000 hombres, 300 tanques e igual número de piezas de artillería) también intenta esquivar el choque, hasta que el 8-9 de junio la profunda progresión israelí ya amenaza los intereses estratégicos del régimen de al-Assad y obliga a este a enviar 30.000 soldados y 400 tanques de refuerzo y a presentar batalla frontal. Esta empieza el mismo día 9 con la fulminante destrucción, a cargo de la aviación israelí, del sistema de misiles antiaéreos SAM desplegado por los sirios en el extenso valle de la Bekáa (el tercio oriental del Líbano) y de 29 del centenar de aparatos Mig-21 y Mig-23 que Damasco envía para protegerlo;[15] y continúa al día siguiente con la conquista de la mitad sur de la Bekáa por parte del Tsahal antes de que, a mediodía del 11 de junio, entre en vigor un alto el fuego impuesto por Estados Unidos, exigido también por la URSS y suscrito por Siria sin consultar siquiera a Yassir Arafat.

Más al oeste, en la región costera, las hostilidades continúan todavía, y, el día 13, las unidades israelíes llegadas a las puertas de Beirut toman contacto con la milicia cristianofalangista, de nombre oficial Fuerzas Libanesas. Durante la quincena siguiente, nuevos movimientos militares y combates esporádicos permiten al ejército invasor completar el cerco del Beirut occidental, musulmán, donde se habían hecho fuertes la cúpula de la OLP, miles de combatientes palestinos y una brigada siria entre medio millón de residentes civiles. Lo que sigue, desde finales de junio, son nueve semanas de asedio con bombardeos aéreos, navales y artilleros casi diarios, intermitentes ataques terrestres y una asfixia creciente de los suministros básicos (agua, comida, electricidad…); todo ello con el propósito de obligar a los guerrilleros y a los soldados de Damasco a alejarse de la capital libanesa. Durante este período, un Arafat épico como nunca intenta a la vez ganar tiempo, ejercer el mando de primera línea y salvar la piel hasta que, disipada toda posibilidad de una intervención de la ONU o del mundo árabe, presionado por los líderes musulmanes libaneses y por muchos de sus propios lugartenientes, Abu Ammar («el Constructor», seudónimo de Arafat)[16] acepta la intermediación del enviado norteamericano, Philip Habib, para negociar los detalles de la evacuación. Los combates han cesado el 13 de agosto, la vanguardia de legionarios franceses de una fuerza internacional de interposición compuesta también por marines americanos y *bersaglieri* italianos llega a Beirut el día 21, y en la misma fecha comienza la salida de la ciudad de casi 15.000 combatientes y burócratas de la OLP —los jerarcas, con sus familias— y también de los soldados sirios. Marchan portando su armamento ligero como símbolo de una capitulación honrosa, la mayoría a bordo de diversos barcos que los trasladan hasta la isla de Chipre para distribuirse, desde allí, entre Argelia, los dos Yemen, Iraq, Jordania o Sudán, y algunos miles por vía terrestre hacia la Bekáa septentrional o Siria. Arafat y el resto del vértice palestino, que dejan Beirut el 30 de agosto, establecerán el nuevo cuartel general de la OLP en el lejano Túnez.[17]

Apenas dos días después de iniciarse la marcha de los fedayines, el Parlamento libanés, bien sensible a la nueva correlación de fuerzas, elige a Bechir Gemayel presidente de la República en sustitución de Elias Sarkis, que ha agotado su mandato sexenal. Sin embargo, antes de que el líder maronita y mandatario electo haya podido tomar posesión, el 14 de septiembre, él una cuarentena de sus correligionarios son asesinados en la brutal voladura —plausiblemente inspirada por Damasco— de la sede central de las Falanges Libanesas en Beirut este, un golpe que hace tambalear toda la estrategia de la intervención israelí en el país de los cedros. Para preservarla, Sharon ordena a dos divisiones del Tsahal ocupar Beirut oeste, orden que se cumple

el día 15 sin hallar resistencia. Es, pues, en una ciudad bajo control militar israelí y con la venia de los ocupantes que, el 16 de septiembre al anochecer, dos centenares de milicianos falangistas dirigidos por Elie Hobeika penetran en los campos de refugiados palestinos de Sabra y Chatila. Su misión teórica era «limpiar» esos recintos de los guerrilleros que la OLP en retirada hubiese podido dejar atrás e incautarse de las armas, pero lo que en realidad hacen es entregarse a una venganza salvaje y asesinar a sangre fría, durante más de 30 horas de matanza, a un gran número de residentes, la inmensa mayoría civiles indefensos; la cifra precisa de muertos no ha escapado de la polémica, y oscila entre «diversos centenares» (460, 800) según las fuentes cristianolibanesas, israelíes y occidentales, y algún millar (1.000, 1.500, más de 2.000, 4.000) según las fuentes palestinas y árabes.[18] Las tropas del Tsahal desplegadas alrededor de Sabra y Chatila, por su parte, tenían numerosos indicios de lo que ocurría dentro de los campos, pero sus mandos no supieron o no quisieron ponerle fin hasta la mañana del 18 de septiembre, cuando la noticia ya había empezado a difundirse.

En plena batalla, en junio de 1982, Yassir Arafat había acabado una de sus arengas radiofónicas asegurando que «Beirut será el Hanoi y el Stalingrado del ejército israelí».[19] No lo fue desde el punto de vista militar, pero la ocupación de la capital libanesa sí inflige al Tsahal y al país del que este es emanación un durísimo golpe moral. Si las imágenes del asedio de Beirut oeste, de la ciudad martilleada por la artillería y la aviación hebreas ya habían arruinado la cotización de Israel en los medios de comunicación y ante las opiniones públicas occidentales, creado disensiones entre los responsables militares y provocado un profundo malestar en la sociedad israelí, ahora el impacto de la atrocidad de Sabra y Chatila levanta un escándalo internacional pero sobre todo desata, de puertas adentro, una conmoción social y una crisis política sin precedentes. La sensación, acumulada desde el inicio de la aventura libanesa, de que el ministro de Defensa, Sharon, y el jefe del Estado Mayor, Rafael Eytan, desbordaban por sistema los acuerdos del gabinete, mentían a la opinión y ponían al país ante una política de hechos consumados, se convierte ahora en una sacudida ética y emocional que empuja a gran número de ciudadanos a exigir explicaciones y responsabilidades. El 25 de septiembre, el movimiento pacifista Shalom Ahshav y la oposición de izquierdas reúnen a 400.000 personas —la manifestación más grande en la historia del país— en la plaza de los Reyes de Israel de Tel Aviv, en demanda de dimisiones y de una investigación independiente. Desbordado, Begin cede y, tres días después, encarga al presidente del Tribunal Supremo, Yitzhak Kahan, encabezar una comisión de encuesta sobre la matanza de civiles palestinos en Beirut. El informe final de la comisión Kahan, que se hará público en febrero de 1983, señala a los falangistas libaneses como los autores materiales de las muertes, pero imputa a Israel una responsabilidad indirecta (como la de las autoridades rusas en los pogromos, dice), censura severamente la indiferencia y la imprudencia de diversos ministros y mandos militares, tacha de «negligencia grave» la conducta del general Eytan y, sobre todo, considera que Ariel Sharon «faltó a sus obligaciones», por lo cual recomienda su dimisión o su cese.[20]

Aplaudido por las izquierdas, criticado por unas derechas que comienzan a autodefinirse como Hamahanei HaLeumí (el «Campo nacional», o «patriota»), tal veredicto obliga al primer ministro Begin a apartar a Sharon de la responsabilidad de la defensa, aunque lo mantiene en el gabinete como ministro sin cartera. Contra los pronósticos o los deseos de muchos, la tragedia de Sabra y Chatila no pondrá fin a la carrera política del belicoso general, pero sí le perseguirá para

siempre como un estigma —amenazas de procesamiento incluidas—, en especial después de que Sharon regrese, a partir de 1998, a la primera fila de la vida pública israelí, y cuando en 2001 llegue a la presidencia del gobierno. Sin embargo, no deja de resultar paradójico que, de los más de 100.000 muertos de la guerra civil libanesa entre 1975 y 1990 —50.000 durante los primeros 19 meses, sin intervención directa de Israel—[21] únicamente los de Sabra y Chatila parezcan merecedores de recuerdo, y solo de aquel crimen se puedan derivar consecuencias políticas o penales. Pero todavía resulta más insólito que el responsable mayor de la matanza, el cabecilla falangista Elie Hobeika, continúe siendo, desde 1982 en adelante, un respetado e impune líder maronita, ministro de gobiernos libaneses bajo tutela siria y diputado, hasta que el oscuro atentado que le cuesta la vida, en enero de 2002, lo erige —según la versión dominante en los medios de comunicación mundiales— en «víctima» de una conjura israelí contra «testigo» tan incómodo. Más espontáneos y sinceros, los palestinos de los campos de Beirut celebraron con disparos al aire la muerte de su verdugo.[22]

La gran coalición y el futuro de los Territorios

Ajena al eco traumático que los hechos de Sabra y Chatila tienen dentro de Israel, la política libanesa prosigue su trayectoria sinuosa y sangrienta. El 21 de septiembre de 1982, el Parlamento de Beirut ha elegido a Amin Gemayel para sustituir a su difunto hermano Bechir en la presidencia de la República, y el nuevo jefe de Estado no tarda en marcar distancias respecto de los israelíes e intentar aperturas hacia los musulmanes, los palestinos y Damasco. Bajo la presión de Washington, el Tsahal abandona Beirut oeste el 26 de septiembre, relevado por una fuerza multinacional similar a la que había actuado en la ciudad pocas semanas antes, y el gobierno de Jerusalén fuerza al libanés a negociar un tratado de «no beligerancia» y «normalización» que vincula la retirada israelí a la del cuerpo expedicionario sirio; es un tratado que se formaliza el 17 de mayo de 1983 en la localidad meridional libanesa de Naqura y que algún optimista describe como un «mini-Camp David». Con esta débil coartada, las tropas de Israel se repliegan aquel septiembre una treintena de kilómetros hacia el sur, hasta el río Awali, mientras en el territorio evacuado las luchas faccionales se reactivan: drusos contra maronitas en las montañas del Chuf, chiíes, drusos y palestinos —todos ellos sostenidos por Siria— contra Gemayel y su ejército regular, de predominio cristiano, y también contra la fuerza multinacional, considerada un sostén del imperialismo al régimen derechista de Beirut este.

En menos de un año, las maniobras de Damasco conseguirán imprimir a la situación libanesa un rumbo resueltamente contrario a los intereses del Estado judío. Por un lado, una serie de brutales atentados suicidas de autoría chií e inspiración siria —el peor, el 23 de octubre de 1983, provoca 300 muertos entre los marines norteamericanos y los legionarios franceses— impulsan a la fuerza multinacional a abandonar Beirut en febrero de 1984. Por otra parte, el acuerdo israelo-falangista declina rápidamente, y las tropas cristianas de Gemayel retroceden en todos los frentes ante las milicias chiíes y drusas, obligando al presidente a plegarse a las exigencias de Siria; el 5 de marzo de 1984, Amin Gemayel anula el tratado suscrito con Israel el año anterior, y acto seguido debe aceptar la formación de un «gobierno de unidad nacional» que gira en la órbita siria y que reduce el poder del jefe del Estado libanés a un residuo.

Paralelamente, y en plena guerra entre Irán e Iraq (1980-1988), la alianza del régimen sirio con el de Teherán facilita el acceso al Líbano de miles de Guardianes de la Revolución jomeinista, cuya tarea asistencial y proselitista no tarda en causar impacto entre la desheredada comunidad chií libanesa (más de un 25% de la población total). Si hasta 1982 la principal expresión política y armada de dicha comunidad era el movimiento Amal (Esperanza), dirigido por el abogado y «señor de la guerra» Nabih Berri, a partir de entonces empieza a cristalizar una corriente islamista radical sostenida por el régimen iraní y guiada por clérigos fundamentalistas, corriente que en febrero de 1985 adoptará el nombre de Hizbulah o «Partido de Dios». Ya desde el otoño de 1982, no obstante, esta versión extrema del chiísmo militante, que aspira a convertir el Líbano en una república islámica y que ha declarado la yihad o guerra santa contra israelíes y occidentales presentes en el país, encabeza una creciente actividad guerrillera que toma como objetivos a las unidades del Tsahal desplegadas en el sur, y como arma más temible el terrorismo suicida impregnado de la mística martirial propia del islam chií.[23]

Para Israel, la única buena noticia procedente del avispero libanés es, durante este período, la revuelta que encabezan una serie de cuadros de Al Fatah adscritos a la línea dura —el principal, Said Mustafá Muraga, llamado Abu Mussa— contra el autoritarismo de Arafat y su reaproximación a los regímenes moderados de Jordania y Egipto; una rebelión que escinde a los contingentes de la OLP aún acantonados al norte del Líbano, a la que Siria y Libia se apresuran a ofrecer su apoyo entusiasta y que desemboca desde julio de 1983 en duros combates entre palestinos; primero, en la Bekáa septentrional (sobre todo en Balbek), luego —en noviembre—, alrededor de la ciudad de Trípoli, de donde los rebeldes y las tropas sirias terminan por expulsar a Arafat y a 4.000 de sus leales, el 20 de diciembre de 1983, a bordo de barcos griegos con escolta naval francesa. He aquí de qué modo —sorpresas de la política árabe— el general Hafiz al-Assad completa el trabajo iniciado por el general Ariel Sharon, y cómo, al margen de los disidentes controlados por Siria, los fedayines desaparecen absolutamente de los cuatro Estados limítrofes con Israel. El epílogo de esta neutralización de la resistencia palestina en el país de los cedros tendrá lugar a partir de mayo de 1985, cuando milicianos chiíes de Amal y soldados libaneses —siempre a las órdenes de Damasco— asedien y empiecen a bombardear los campos beirutíes de refugiados de Sabra, Chatila y Burj al-Barajneh, todavía fieles a Yassir Arafat; es la denominada «guerra de los campos», que durará más de dos años y causará miles de víctimas… sobre las cuales ha caído un piadoso velo de silencio y olvido.[24]

Pero el impacto de los acontecimientos libaneses sobre la política israelí no se ha circunscrito a las conclusiones de la comisión Kahan. Por primera vez en la historia del país, una guerra exterior no obtiene el consenso interno y, al contrario, suscita virulentas críticas y controversias feroces, que llegan hasta el asesinato político;[25] peor aún: «Paz para Galilea» ha resquebrajado la sagrada cohesión de las fuerzas armadas, con oficiales superiores que rehúsan cumplir ciertas órdenes y un número creciente de militares —agrupados en el movimiento Yech Gvul (Hay una frontera)— que se niegan a servir en el Líbano; entre tanto, la economía ha tomado un rumbo catastrófico: la inflación anual sube en 1982 al 132%; el crecimiento se detiene y el Producto Nacional Bruto, incluso, empieza a caer; la bolsa se tambalea a principios de 1983; el shekel sufre sucesivas devaluaciones; las huelgas se multiplican…

Profundamente afectado por este panorama, y también por el deceso, en noviembre de 1982, de su esposa Aliza, Menahem Begin dimite inopinadamente en septiembre de 1983, abandona la vida política y se recluye en un estado de depresión crónica del que solo lo liberará la muerte, sobrevenida en Tel Aviv a principios de marzo de 1992.[26] Para sustituirlo en el liderazgo partidario y al frente del gobierno, el Likud escoge el continuismo del hermético y suspicaz Yitzhak Shamir, hasta ahora ministro de Asuntos Exteriores y antiguo jefe militar del Lehi o grupo Stern en los tiempos del terrorismo antibritánico, cuya gestión se ve inmediatamente desbordada por el desastre económico: crac bursátil de septiembre de 1983, dimisión del ministro de Finanzas, inflación fuera de control (del 191% en 1983), hundimiento del valor del shekel (la paridad con el dólar ha pasado de 15,6 a 145 en tres años), aumento de la deuda externa hasta los 23.000 millones de dólares…;[27] en marzo de 1984, el Parlamento concluye que la única salida pasa por celebrar, el 23 de julio siguiente, elecciones anticipadas.

Dadas las circunstancias —desde el fiasco libanés hasta la hiperinflación— se podía esperar del electorado un castigo severo contra la gestión de la derecha, pero el escrutinio de los comicios de 1984 a la undécima Knéset ofrece un resultado ajustadísimo. Es cierto que los laboristas, con el 34,9% de los sufragios y 44 escaños, aparecen como la fuerza más votada (dos puntos por debajo de 1981, sin embargo), y que otras tres listas de izquierda o de centro (el Ratz de Shulamit Aloni; los laicistas del Shinui, y el Yahad, acrónimo de Israel independiente y democrático, grupo centrista capitaneado por Ezer Weizmann tras escindirse del Likud) suman 9 escaños más. No obstante, y a pesar de la falta de carisma de Shamir, su concentración derechista, sólidamente anclada en las capas populares urbanas de origen oriental, obtiene el 31,9% y 41 escaños (la pérdida es de 5 puntos y 7 actas); dos formaciones de extrema derecha (el Tehiya y el Kach del rabino ultra Meir Kahane) suman 6 escaños, y el campo religioso —dividido, esta vez, en cinco opciones diferentes, entre las que despunta un nuevo partido religioso sefardí, el Shas— totaliza 13 diputados.[28]

En resumen: los dos posibles bloques de gobierno se hallan virtualmente empatados (los laboristas con sus aliados potenciales suman 53 escaños, Likud más religiosos totalizan 54), pero ambos quedan lejos de la mayoría absoluta, y no pueden alcanzarla pactando ni con las listas árabes o comunistas los primeros, ni con una ultraderecha de inspiración racista los segundos. La solución que se impone para salir del atolladero es un gobierno de gran coalición —mal llamado «de unión nacional»— que se constituye el 13 de septiembre de 1984 sobre la base de una peculiar fórmula rotatoria: el laborista Shimon Peres será primer ministro durante dos años, con Shamir como viceprimer ministro y titular de Exteriores; después, a la mitad de la legislatura, los dos líderes se permutarán los cargos hasta 1988.

Con Yitzhak Rabin en el ministerio de Defensa y Ezer Weizmann como ministro sin cartera, Peres se propone dos objetivos fundamentales: sacar a Israel de la trampa libanesa y enderezar la economía. En cuanto a lo primero, la suciedad creciente de la lucha contra los atentados chiíes —un promedio de cien al mes, en 1984— y el goteo constante de bajas israelíes precipitan, en enero de 1985, la decisión de iniciar la retirada unilateral y progresiva al término de la cual, el mes de junio, las tropas del Tsahal solo mantienen una presencia menor dentro de la «Zona de seguridad» de 850 kilómetros cuadrados confiada al Ejército del Sur del Líbano que, muerto S. Haddad, manda ahora el general cristianolibanés Antoine Lahad. Aquella expedición militar que debía durar pocos días y dar una tranquilidad definitiva a la frontera norte ha sido, en

los hechos, una pesadilla de tres años, ha costado al ejército israelí 650 muertos y casi 3.000 heridos —apenas menos bajas que la guerra de los Seis Días—, sin contar los daños morales, y finaliza dejando atrás un Líbano mucho más infeudado a Siria y más hostil a Israel que el de 1982. En realidad, ni siquiera finaliza del todo, porque los suicidas de Hizbulah, patrocinados tanto por Teherán como por Damasco, seguirán atacando, causando víctimas en las filas del Tsahal y empujando a este fuera del extremo sur libanés hasta el año 2000.[29]

Con una inflación que llega al 400% en 1984, el objetivo del saneamiento económico no resulta nada fácil de alcanzar. A mediados de 1985, a despecho de la huelga general de 24 horas que convoca la Histadrut, el gobierno Peres anuncia una «nueva política económica» basada en la devaluación de la divisa nacional; la congelación de precios, salarios y tasas de cambio, y una verdadera cruzada popular contra los aumentos abusivos; aquel septiembre, una reforma monetaria sustituye el shekel por el «nuevo shekel» a un cambio de mil por uno.

Los resultados no se hacen esperar: al final de 1985, la inflación anual es aún del 185%, pero en 1986 ya será solo del 24%, y en 1987, del 16%. La terapia, claro está, provoca efectos secundarios: alza de los tipos de interés, frenazo del crecimiento, quiebra de pequeñas y medianas empresas y, sobre todo, un serio aumento del paro, que alcanza el 8% en 1986.[30]

Es posible que, además de restañar la sangría libanesa y de atenazar la inflación, el primer ministro Peres —un «halcón» reconvertido en «paloma» moderada y pragmática— tuviese también como objetivo hacer avanzar el proceso de paz paralizado desde 1982, sobre todo por la vía de un compromiso con el rey Hussein a propósito de Cisjordania. De ser así, es preciso constatar que no lo consiguió en absoluto. Frente a la preocupación de los laboristas por los efectos políticos y morales internos, por los perjuicios diplomáticos y por la amenaza demográfica que la persistencia de la ocupación sobre los Territorios conlleva, el Likud no quiere ni oír hablar de retirada, y la lógica de la gran coalición hace que las dos posturas se neutralicen mutuamente en un completo inmovilismo. Ninguno de los dos partidos, en todo caso, contempla por estos años a la Organización para la Liberación de Palestina como un interlocutor aceptable y válido, sino como una estructura terrorista en guerra contra Israel. Desde tal perspectiva, el 9 de septiembre de 1985, la Knéset aprueba una ley prohibiendo y penalizando hasta con tres años de prisión cualquier forma de contacto entre ciudadanos israelíes y miembros de la central palestina; pocas semanas después, y en represalia por el asesinato de tres turistas en Larnaca (Chipre), aviones F-15 israelíes actuando a 2.500 kilómetros de sus bases bombardean, en la madrugada del 1 de octubre, los cuarteles generales de la OLP a las afueras de Túnez, con un balance de 75 muertos. La contrarréplica palestina será, al cabo de seis días, el célebre secuestro del trasatlántico italiano *Achille Lauro*.[31]

El 10 de octubre de 1986, de acuerdo con la alternancia convenida, Y. Shamir se convierte en primer ministro, y S. Peres se encarga de los Asuntos Exteriores; pero la iniciativa de este último de convenir con el rey Hussein —en un encuentro secreto en Londres, el 11 de abril de 1987—[32] una delegación jordano-palestina que pueda negociar con Israel bajo los auspicios norteamericanos se estrella contra la desconfianza y la intransigencia del líder del Likud, y la situación permanece en el sempiterno estado de bloqueo que propiciará, aquel diciembre, el inicio de la Intifada. A juicio de la derecha cogobernante, la prioridad no pasa por hacer la paz, sino por fortalecer la presencia civil judía en los territorios conquistados en 1967 y, así, dificultar su eventual devolución; tras haber impulsado o permitido un centenar de nuevos asentamientos

en el período 1977-1984, ahora la táctica consiste más bien en agrandar los ya existentes. En Cisjordania, la población hebrea, repartida en unos 125 núcleos, pasa de 35.000 personas en 1984 a 64.000 en 1988, mientras que en Gaza, en 1987, hay 2.500 colonos establecidos sobre el 28% del exiguo territorio.

Es cierto que —como el discurso oficial de Jerusalén se encarga de enfatizar durante las dos décadas de ocupación israelí— la economía y las infraestructuras de los territorios palestinos han experimentado un crecimiento muy significativo: en Gaza, la renta anual per cápita ha pasado de 80 a 1.880 dólares, y en Cisjordania el Producto Interior Bruto se ha triplicado; en ambas áreas, el parque automovilístico se ha multiplicado por diez; el de tractores, por nueve, y por seis el número de teléfonos, sin olvidar la electrificación de las viviendas, el agua corriente, la expansión del aparato educativo o unas mejoras sanitarias con fuerte impacto sobre la demografía galopante (un promedio de nueve hijos por mujer y una tasa anual de crecimiento natural del 4,6%). Sin embargo, nada de esto puede disimular que las políticas del poder ocupante en todos los ámbitos están guiadas por las necesidades o las conveniencias israelíes, ni puede atenuar la sensación de dependencia (en 1987, 120.000 árabes de los territorios, un 40% de la fuerza laboral, va a trabajar dentro de Israel), ni puede compensar los arrestos, los registros domiciliarios, los interrogatorios, el miedo a ser expulsados en beneficio de los asentamientos judíos, los sentimientos de humillación acumulados año tras año: «La prolongada condición de subalternidad política y dependencia económica y la realidad cotidiana de la ocupación militar hacían que los derechos fundamentales y la dignidad de los habitantes de los territorios resultasen continuamente violados».[33]

A pesar del carácter cada vez más explosivo de tal situación, de la señal de alarma que suponen los primeros meses de la Intifada y del intenso debate sobre el futuro de los territorios (¿hay que tomar el camino de la retirada o el de la anexión?) que precede a las elecciones parlamentarias israelíes del 1 de noviembre de 1988, estas no conseguirán clarificar ni desbloquear la política de Jerusalén con relación a Cisjordania y a Gaza. En efecto, la composición de la duodécima Knéset se caracteriza por el mantenimiento del equilibrio de fuerzas entre los dos grandes polos partidarios: el laborismo retrocede cinco puntos porcentuales y el mismo número de diputados (hasta el 30% de los votos y 39 escaños), descenso compensado y explicable en parte porque el Mapam —el histórico partido socialista de izquierda coaligado con los laboristas desde 1969— ha presentado ahora candidatura propia (2,5% y 3 escaños); y en parte por la ligera alza del voto progresista y pacifista al Ratz y a Shinui, que totalizan el 6% de los sufragios y 7 diputados. Esta vez, el Likud encabeza el escrutinio con el 31,8% y 40 escaños, a los que se pueden añadir los obtenidos (2% y 2 diputados) por el nuevo partido de derecha anexionista Tsomet (Encrucijada) fundado por el exgeneral Rafael Eytan, el jefe de Estado Mayor durante la invasión del Líbano. El 14,6% de los votos y 18 escaños son para unos partidos religiosos en alza y entre los cuales empieza a afirmar su preeminencia el Shas; la ultraderecha laica —Tehiya y un nuevo partido, Moledet (Madre Patria)— suman 5 diputados, y las listas árabes obtienen seis.[34]

A la vista de los resultados, laboristas y Likud deciden renovar, ampliándola a los principales partidos religiosos, su gran coalición: Yitzhak Shamir será primer ministro, Shimon Peres viceprimer ministro y titular de Finanzas, y Yitzhak Rabin seguirá con la cartera de Defensa; esta vez sin rotaciones ni alternancias, en un escenario que permanece cautivo de la

creciente divergencia entre derecha e izquierda a la hora de abordar la cuestión palestina. En efecto, mientras un Shamir convencido de que el tiempo juega a favor de Israel pretende ganarlo resucitando las ideas de Camp David sobre autonomía palestina, pero las envuelve en condiciones ilusorias —«el requisito imprescindible es que no queremos hablar con la OLP», «nadie nos puede forzar a establecer el diálogo con Yassir Arafat», «los territorios nos pertenecen, forman parte de nuestro país. Nadie en mi gobierno piensa en una retirada», declara en octubre de 1989—; por las mismas fechas su ministro de Ciencia y Desarrollo, el ahora laborista Ezer Weizmann, se manifiesta dispuesto a abandonar tanto Gaza como, con «ciertos cambios de frontera», Cisjordania, y proclama sin ambages que «hay que hablar con la OLP, con Yassir Arafat. «Y cuanto antes, mejor.»[35]

Más prudentes en sus expresiones públicas, Peres y Rabin evolucionan hacia las tesis de Weizmann, se dan cuenta de que la simple represión sin perspectivas políticas no lleva a ninguna parte y empiezan a discernir, en el campo palestino, evoluciones y matices que el inmovilismo de la derecha impide explorar. En buena parte por ello, el 15 de marzo de 1990, los laboristas impulsan una moción de censura contra el mismo gobierno del que son socios, y dejan a Shamir en minoría. Sin embargo, tras semanas de intrigas y mercadeos, lo que la prensa y la opinión bautizan como «la maniobra apestosa» no le permite a Peres formar un gobierno de la izquierda con los partidos religiosos, sino que desemboca, en junio, en un nuevo gabinete Shamir sostenido por la alianza entre el Likud, las formaciones ortodoxas y los partidos de extrema derecha.[36] Tal es el ejecutivo —«el gobierno más derechista de la historia de Israel»,[37] rehén de los sectores más ultras y cerrado a cualquier concesión— que regirá los destinos del país hasta junio de 1992, que se verá enfrentado a las repercusiones locales y regionales de acontecimientos históricos tan relevantes como el colapso final de la Unión Soviética, la invasión iraquí de Kuwait o la primera guerra del Golfo.

NUEVOS RETOS PALESTINOS

A juicio de algunos estudiosos, los primeros indicios de pragmatismo y de moderación en el seno de la OLP se registran en marzo de 1977, cuando la decimotercera sesión del Consejo Nacional Palestino, reunida en El Cairo, aprueba un programa político que reivindica «la creación de un Estado nacional independiente sobre el suelo de la patria», pero no alude al objetivo estratégico siempre enarbolado hasta entonces, «la liberación del conjunto del territorio palestino». Sin embargo, el ala dura de la resistencia (el FPLP de Habache, por ejemplo) rehúsa aprobar este nuevo programa, y el conjunto del movimiento sigue apostando por la lucha armada en todos los ámbitos; se propone recuperar los derechos nacionales palestinos «sin paz ni reconocimiento de Israel» y solo contempla contactos con ciudadanos del Estado judío si se trata «de israelíes antisionistas».[38] De hecho, durante los años siguientes, la central palestina sigue rechazando la Resolución 242, abomina de cualquier mediación norteamericana y en particular de Camp David y sus consecuencias, desdeña el proyecto de autonomía para los territorios ocupados, estrecha la alianza con el bloque soviético, padece los efectos de sus propias querellas internas sumadas a las del mundo árabe, no acepta la propuesta de paz saudí —el plan Fahd— del verano de 1981… y mantiene con Israel una relación esencialmente bélica, que culminará en el Líbano en 1982.

Aun cuando la doble expulsión de las milicias de la OLP del Líbano —de Beirut en agosto de 1982 frente al Tsahal, de Trípoli en diciembre de 1983 frente al ejército sirio— reduce drásticamente las posibilidades palestinas de combatir al enemigo sionista con las armas, los progresos del realismo en este bando son todavía muy lentos. En septiembre de 1982, la cumbre árabe de Fez (Marruecos) ha aprobado un plan de paz donde solo de forma muy tácita y voluntariosa se puede leer un reconocimiento de Israel («el Consejo de Seguridad garantizará la paz entre todos los Estados de la región, incluido el Estado palestino independiente»).[39] En febrero de 1983, durante el decimosexto Consejo Nacional Palestino reunido cerca de Argel, diversos grupos radicales se empecinan en describir el asedio de Beirut como una «victoria» palestina, lo que provoca la réplica de un moderado de Al Fatah, Issam Sartaui: «Otras dos o tres victorias como esta, y el próximo Consejo Nacional se reunirá en las islas Fiyi, eso si nos aceptan allí». Sartaui, partidario del reconocimiento explícito de Israel y pionero —desde 1976— del diálogo con la izquierda pacifista israelí, es tachado de traidor, y será abatido el 10 de abril siguiente por pistoleros del Al Fatah-Consejo Revolucionario, el grupo de Abu Nidal, durante una reunión de la Internacional Socialista en Portugal. Pocos días antes del crimen, los órganos dirigentes tanto de Al Fatah como de la OLP han invalidado un acuerdo negociado personalmente por Arafat con el rey Hussein, acuerdo que preveía crear «un Estado federal entre Jordania y el Estado palestino», exigía «la retirada israelí de todos los territorios ocupados durante la guerra de 1967» y ofrecía negociaciones sobre la base de las Resoluciones 242 y 338.[40] Durante el resto del año 1983 y todo 1984, el alineamiento de los radicales palestinos con el régimen de Damasco, y la guerra abierta entre estos y Arafat, hacen imposible cualquier reexamen serio de las tesis tradicionales de la OLP para adaptarlas a la realidad.

De cualquier modo, la virulenta ruptura con Siria, Libia y los demás países de la línea dura empuja de nuevo al líder palestino hacia la órbita moderada de los gobiernos de El Cairo y Ammán, lo que significa hacia una solución negociada, no militar, del conflicto. No sin fuertes resistencias internas: si, para esquivar el veto israelí a tratar con la OLP, Arafat y el monarca hachemí convienen (febrero de 1985) una delegación común jordano-palestina que pueda participar en la deseada conferencia internacional de paz en armonía con las pautas definidas por el Consejo de Seguridad, el ejecutivo de la Organización se opone categóricamente a tales transigencias y hace naufragar el acuerdo (febrero de 1986); si, a raíz del secuestro del buque *Achille Lauro*, Arafat realiza el 7 de noviembre de 1985 la «declaración de El Cairo», por la cual condena solemnemente «cualquier operación fuera de Palestina y cualquier forma de terrorismo», el 27 de diciembre siguiente Abu Nidal hace ametrallar los mostradores de facturación de la compañía israelí El Al en los aeropuertos de Roma y Viena, con un balance de diecinueve muertos, mientras para muchos compatriotas la lucha armada sigue siendo el símbolo vivo de la identidad palestina, la bandera del honor nacional.

A la altura de 1986-1987, pues, el balance de la lenta y sinuosa marcha de Arafat hacia una *realpolitik* libre de espejismos revolucionarios y sueños maximalistas es francamente mediocre: el acuerdo negociador palestino-jordano no ha cuajado, y las relaciones con Ammán se resienten de ello; la OLP sigue sin aceptar la Resolución 242 —condición *sine qua non* para el diálogo con Washington— y vuelve a buscar amparo en el Iraq de Sadam Hussein mientras, con la llegada al poder de Gorbachov, la URSS va enfriando su patrocinio de la causa palestina; el pro-occidental presidente Burguiba pide a la OLP que empiece a pensar en mudarse fuera de Túnez, y la cumbre

árabe extraordinaria que tiene lugar en Ammán en noviembre de 1987 se consagra a examinar la amenaza iraní sobre los Estados petroleros del Golfo y a bendecir el retorno del hijo pródigo egipcio al seno de la familia, evidenciando de este modo que para los países «hermanos» la cuestión palestina ha dejado de ser una prioridad.[41] Además del opresivo inmovilismo israelí, son también la impotencia de la OLP y la indiferencia del mundo árabe los factores que infunden en la población de los territorios una sensación de asedio, de asfixia, de hallarse en una ratonera sin otra salida aparente que el «todo o nada»: según un amplio sondeo que el diario árabe de Jerusalén *Al Fajr* realiza en el verano de 1986 entre los habitantes de Cisjordania y Gaza, el 60% cree que la lucha armada es la mejor solución para su problema nacional, el 77,9% reclama un Estado palestino sobre toda Palestina y un 56,1% lo desea de carácter islámico, frente al 21,2% que apuesta por la «Palestina laica y democrática» que es consigna oficial de la OLP.[42] Tales son las percepciones y los anhelos que, un año después, impulsarán a los palestinos del interior hacia la Intifada.

Todas las fuentes coinciden en situar el origen de la sublevación popular palestina, el martes 8 de diciembre de 1987, en un simple accidente de tráfico; la colisión en Erez, en el límite norte de la Franja de Gaza, de un camión israelí contra un microbús ocupado por palestinos, cuatro de los cuales resultan muertos. El rumor de que no se ha tratado de un hecho fortuito, sino de un acto criminal, enciende las primeras protestas, impulsa las primeras piedras contra los soldados del Tsahal, levanta las primeras barricadas en el campo de refugiados de Chabaliya; al día siguiente, el clima de huelga se extiende por la Franja y salta a la ciudad cisjordana de Nablús, los cortes de carreteras con neumáticos en llamas y los lanzamientos de piedras se multiplican, los soldados abren fuego y causan el primer muerto, el primer «mártir». El engranaje acción-represión, el ciclo de manifestaciones-muertos-funerales-más manifestaciones… está en marcha, y tardará años en detenerse.

Naturalmente, para que un episodio como el descrito pudiese desencadenar la Intifada (la palabra árabe significa «sacudirse la espalda», en el sentido de intentar quitarse de encima un peso o un estorbo) eran precisas unas condiciones ambientales muy determinadas entre los 650.000 habitantes árabes del distrito de Gaza, los 900.000 de Cisjordania y, en menor medida, los 130.000 de Jerusalén Este.

¿Cuáles eran, esas condiciones? Un sentimiento general de desigualdad, de injusticia, de discriminación, nutrido por la continua política hebrea de apropiación de tierras y por la presencia de núcleos judíos dentro o a las puertas de las grandes poblaciones árabes (Hebrón, Nablús…), agravado en los últimos años por la recesión económica contagiada de Israel, muy intensa en Gaza que, con 1.600 habitantes por kilómetro cuadrado, constituye una verdadera bomba de relojería demográfica; en noviembre de 1986, el exministro israelí Abba Eban escribe en el *International Herald Tribune*: «Los palestinos viven sin el derecho a votar o a ser elegidos. No tienen ninguna capacidad de control sobre el gobierno que determina sus condiciones de vida cotidianas. Están sometidos a restricciones y castigos que no sufrirían si fuesen judíos. Se les permite entrar en Israel para trabajar, pero no tienen derecho a pernoctar allí. Es una existencia estrecha, angustiosa, marcada por la frustración y la represión, con llamaradas de violencia siempre a punto de desatarse. Ningún precedente permite pensar que una situación semejante pueda perpetuarse sin estallar».[43]

Hay, por otra parte, unas aspiraciones nacionales que la larga ocupación ha potenciado, pero que ni la OLP —con sus dirigentes instalados en un confortable exilio— ni la fraterna solidaridad árabe han sido capaces de satisfacer, aspiraciones que se ven mortalmente amenazadas por el anexionismo tácito de Israel. Hay —sobre todo, en la nueva generación palestina nacida después de 1967— una atmósfera de exasperación, de desesperanza, de falta de perspectivas lo mismo personales que colectivas, de no tener nada que perder; un clima que, a lo largo de 1986-1987, ya ha alimentado —en Gaza, en Jerusalén, en Hebrón, en Nablús…— desórdenes de una intensidad y una frecuencia inusuales. Pero hay, también, un régimen de ocupación que ha permitido o tolerado el desarrollo de diversas estructuras —políticas, sociales, culturales— susceptibles de vertebrar, de adoctrinar y, llegado el caso, de movilizar a la población palestina: siete universidades (antes de 1967 no había ninguna), asociaciones profesionales, sindicatos, periódicos, comités juveniles o femeninos…, y un movimiento islamista en veloz expansión, volcado en la asistencia social y económica gracias al dinero saudí y presidido por la carismática figura del jeque Ahmed Yassin. Un islamismo al que la autoridad militar israelí ha dejado crecer, con la esperanza de contrarrestar así la influencia de Arafat, pero con el resultado de dar aliento a un temible nacional-fundamentalismo palestino.

La revuelta, en todo caso, tiene una ignición espontánea y mantendrá siempre un perfil propio, bastante diferente de las modalidades anteriores o posteriores de lucha palestina: el perfil de una masiva y tenaz campaña de resistencia civil protagonizada por las mujeres, los niños y los jóvenes —desde escolares de Primaria hasta universitarios— con jornadas de huelga y cierres de comercios, manifestaciones constantes y una violencia deliberadamente limitada, que deja en desventaja a las fuerzas de ocupación. Las armas básicas de la Intifada son la piedra, el cóctel molotov, como máximo el cuchillo, solo de forma excepcional el kaláshnikov o la bomba que habrían podido provocar una represión devastadora y marchitar la estampa heroica y simpática de la sublevación. En el terreno de la imagen, en la fundamental batalla mediática que los dos bandos libran cada mañana en las portadas de los diarios y cada noche en las pantallas de televisión de Occidente, el adolescente enmascarado con el *kefieh* que emplea una honda para lanzar piedras a los imponentes soldados del Tsahal es el seguro vencedor, la prueba viviente, irrefutable, de que Goliat y David han intercambiado sus papeles. Claro que, para preservar este cliché, es preciso ocultar la dimensión interna, fratricida del levantamiento, la *intrafada*, que solo en los tres primeros años cuesta la vida de 359 palestinos, atrozmente asesinados por sus compatriotas bajo acusaciones más o menos fundadas de colaboracionismo con Israel. En total, y hasta 1993, tales venganzas y las hostilidades entre facciones —laicos contra islamistas— dejarán un balance de 800 a 1.000 muertos, no demasiado inferior a las bajas causadas por la represión israelí.[44]

¿Qué objetivos pretende alcanzar la sublevación? Al menos inicialmente, estos son imprecisos y diversos: romper el *statu quo*, deshacerse del dominio israelí y mejorar las propias condiciones de vida; poner la cuestión palestina en cabeza de las preocupaciones internacionales y conseguir un Estado; quizá, recuperar lo que se había perdido en 1948, tanto desde el punto de vista individual (casas, tierras…) como nacional (toda Palestina para los árabes…). Dichas aspiraciones, en cualquier caso, surgen del interior de los territorios ocupados porque, tan sorprendida como el gobierno israelí por el estallido de los desórdenes, la cúpula de la OLP en Túnez tarda un mes en comprender su alcance y en intentar controlarlos y capitalizarlos. De

hecho, el ritmo inicial de los acontecimientos lo marcan los palestinos del interior a través de una constelación de «comités populares» locales más o menos coordinados desde finales de diciembre de 1987 por una Dirección Nacional Unificada del Levantamiento que dicta pautas de actuación, lanza consignas épicas y canaliza en grado creciente las órdenes y la ayuda logística de la jerarquía tunecina. Esta —Khalil al-Wazir, llamado Abu Jihad, jefe militar de la OLP y brazo derecho de Arafat, es ahora quien se hace cargo de la coordinación externa de la Intifada— ve en la revuelta, sobre todo, una larga operación de desgaste político de Israel, capaz de forzar tanto a este como a Estados Unidos a una conferencia internacional de paz. La continuidad de las protestas, pues, resulta fundamental, y, durante los primeros dieciocho meses, la Intifada acumula 41.000 incidentes violentos. Pero, desde el otoño de 1988, aparecen los primeros síntomas de fatiga, o de reflujo, y las manifestaciones de masas empiezan a ceder su puesto a un activismo de minorías más violentas, dedicadas —por ejemplo— a la caza de colaboracionistas. En octubre de 1990, lo que los palestinos denominarán «la matanza de Al-Aqsa» (18 árabes muertos en choques con la policía en la Explanada de las Mezquitas de Jerusalén) encrespa todavía más la Intifada, y la «guerra de los cuchillos» amenaza con sustituir a la «guerra de las piedras».[45]

Las autoridades israelíes, a las que la deflagración de finales de 1987 ha cogido desprevenidas, ha puesto en evidencia y ha sumido en el desconcierto, también necesitan varias semanas antes de comprender que no se enfrentan a la obra de una minoría de agitadores, ni a una operación orquestada por los vecinos hostiles, sino a una verdadera sublevación popular endógena. Para sofocarla, los métodos puramente militares resultan poco eficaces, mortíferos —los caídos palestinos son 26 durante el primer mes, 178 hasta julio de 1988, 260 hasta junio de 1989…— y evidencian la impreparación de un sofisticado ejército convencional cuando debe combatir una revuelta civil en buena medida desarmada y cuando está sujeto, además, a las normas de un sistema democrático y al escrutinio de la opinión pública tanto nacional como internacional. Así pues, el gobierno de gran coalición se fija como objetivo no tanto erradicar la rebelión, sino contenerla, y además de desplegar por los territorios hasta tres divisiones de reservistas, se apresura a equiparlas con material antidisturbios (escudos, porras, gases lacrimógenos, pelotas de goma, balas de plástico…) y a restringir el uso de armas de fuego. Sin embargo, la confusión táctica y los debates político-morales continúan; cuando, en una entrevista, el ministro de Defensa, Rabin, afirma que las porras deben servir para «romper los huesos» de los revoltosos,[46] cierto número de militares lo toman al pie de la letra, la televisión muestra imágenes impactantes de tales excesos y la izquierda acusa al Tsahal de brutalidad; por su parte, los «halcones» tachan de blando e incompetente al comandante militar de Cisjordania, el general y futuro líder laborista Amram Mitzna.[47] De cualquier manera, la dificultad para fijar los límites de la represión persiste, el goteo de muertos palestinos no cesa, las detenciones más o menos largas suman decenas de miles, el malestar de las tropas se traduce en casos de desobediencia y de rechazo a hacer de policías en los territorios, mientras la enorme publicidad negativa que la Intifada genera inspira numerosas condenas internacionales y hunde la imagen mediática de Israel, en Europa y Estados Unidos, hasta el nivel más bajo de toda su historia.

Además de las medidas represivas convencionales —que incluyen decretos de emergencia de la época del Mandato británico—, el ejército israelí recurre tambien a formas de «guerra sucia» con el propósito de decapitar la sublevación. Desde 1988, en Gaza y Cisjordania,

unidades encubiertas formadas por militares disfrazados de árabes detienen y, a menudo, ejecutan sin proceso a los considerados cabecillas de los desórdenes; según el grupo hebreo de defensa de los derechos humanos Be'tselem, tales prácticas causarán 112 muertos palestinos hasta diciembre de 1992.[48] Paralelamente, el Mossad intensifica la guerra secreta contra el vértice de la OLP en el exterior: el 14 de febrero de 1988, en el puerto chipriota de Limassol, una bomba mata a tres altos oficiales de la resistencia palestina muy vinculados a la Intifada; el 16 de abril siguiente, en Túnez, el lugarteniente de Arafat para la revuelta de los territorios, Abu Jihad, es asesinado en el curso de una compleja operación de comando que ha implicado a la marina, a la aviación y al ejército bajo la dirección del general Ehud Barak. Cabe señalar que, dentro del propio gobierno de Jerusalén, esta acción provoca la reticencia de Shimon Peres y la crítica abierta del ministro sin cartera, el «paloma» Ezer Weizmann: «No veo cómo la eliminación de personas individuales puede hacer progresar el proceso de paz». En realidad, la muerte de Abu Jihad no frena en absoluto las protestas palestinas, sino que las espolea, e, incluso, un duro como Yitzhak Rabin no tarda en darse cuenta de que la calma solo regresará a través de una solución política.[49]

Más allá de los disturbios estrictos, la revuelta hace cristalizar algunos fenómenos inéditos que constituirán, a medio plazo, importantísimos retos para Israel, y el primero de ellos es la aparición del islamismo armado. Los precursores en la materia fueron un grupo de fundamentalistas de la Franja de Gaza —el médico Fathi Shkaki, el jeque Abdelaziz Odeh…— fascinados por la dictadura clerical iraní, decididos a fusionar los combates por la liberación nacional y por la reislamización social y convencidos de que «eliminar Israel, la causa de la corrupción», es uno de los deberes básicos de cualquier buen musulmán; a principios de la década de 1980, tales elementos crean una red de activistas clandestinos que adopta el nombre de Yihad Islámico Palestino, y desde 1985-1986 ejecutan —a menudo, en colaboración con Al Fatah— una serie de atentados cada vez más audaces que contribuirán bastante a preparar el clima inicial de la Intifada.[50]

Es precisamente en las primeras horas o los primeros días de esta, entre el 9 y el 14 de diciembre de 1987, cuando, también en Gaza, el jeque Ahmed Yassin, con el pediatra Abdelaziz Rantisi y otros cinco fieles deciden transformar sus actividades proselitistas y caritativas en una estructura político-militar llamada Hamás («Fervor» o «Coraje» en árabe, pero también el acrónimo de Harakat al-Muqawama al-Islamiya o «Movimiento de la Resistencia Islámica»), que se convierte acto seguido en uno de los componentes principales de la Intifada y tardará pocos meses en estrenar su propio brazo armado, bautizado Brigadas Ezzedin al-Qassam en honor del guerrillero abatido por los ingleses en 1935.[51] A diferencia, incluso de los sectores más radicales de la OLP laica, Hamás hace de la lucha contra el sionismo una empresa religiosa, una guerra santa y, en la «carta» o «pacto» programático que da a conocer en agosto de 1988, no solo propugna de modo explícito la destrucción de Israel, le niega cualquier derecho a la existencia y rechaza «las pretendidas soluciones pacíficas y las conferencias internacionales», sino que se muestra abiertamente antisemita: los judíos son un «instrumento del mal», ansiosos —como demuestran los Protocolos de los Sabios de Sión— por dominar el mundo, artífices tanto de la Revolución francesa como de la rusa, responsables de la Primera Guerra Mundial y también de la Segunda… «Los judíos, hermanos de los simios y asesinos de los Profetas…», «la más sucia y nociva de las razas…», repiten los panfletos islamistas difundidos por Cisjordania y Gaza. Si a

todo ello le añadimos la exaltación del martirio como pasaporte hacia el paraíso que tanto Hamás como el Yihad Islámico cultivan, y la incipiente propaganda de unos y otros en favor de los atentados suicidas, resulta fácil concluir que Israel ha encontrado en el nacional-fundamentalismo palestino un nuevo y temible enemigo, más peligroso que la resistencia clásica de la OLP.[52]

En efecto, y por otra de esas trágicas paradojas que marcan este conflicto, la irrupción en escena del islamismo predicando la violencia y el sacrificio hasta la destrucción de Israel coincide con el momento preciso en que la OLP emprende el trayecto contrario: el que parte de admitir la esterilidad de veinticinco años de lucha armada, y concibe la Intifada solo como una palanca capaz de forzar arreglos diplomáticos y negociaciones políticas que no podrán basarse más que en el reconocimiento mutuo y la coexistencia entre palestinos e israelíes. De todos modos, el primer golpe formal contra la situación bloqueada de Tierra Santa no procede del campo palestino; llega de Ammán, donde el 31 de julio de 1988 el rey Hussein anuncia solemnemente su renuncia a la soberanía sobre Cisjordania y la ruptura de todos los vínculos jurídicos y administrativos que el reino de Jordania ha mantenido con la región perdida en 1967. A través de tal gesto, el monarca hachemí deja en las manos de Arafat y los suyos la responsabilidad única por el futuro de Cisjordania, se autoexcluye como interlocutor de Israel o de Estados Unidos respecto de los territorios y elimina aquella pretendida «solución jordana» con la que tantos políticos israelíes —sobre todo, laboristas— habían querido contrarrestar la hipótesis de un Estado palestino evitando, al mismo tiempo, la anexión.

A partir de aquí, es a la OLP —si quiere rentabilizar la Intifada y traducir en éxito político la oleada de simpatía internacional hacia los palestinos— a quien corresponde hacer el próximo movimiento, tomar la iniciativa de un cambio radical de estrategia. Contribuyen a ello las gestiones de una nueva élite nacionalista del interior acreditada en la revuelta, pero pragmática y partidaria de reconocer a un Israel con el que estos hombres y estas mujeres (Faysal al-Husseini, Sari Nusseibeh, Hanna Siniora, Hanan Ashrawi…) están bastante familiarizados. También ayuda la presión del antiguo mecenas soviético ahora en fase de repliegue: «Pusimos todo en juego para mover a los palestinos a adoptar posturas más realistas, con lo cual no nos referíamos tan solo al reconocimiento del Estado de Israel» —recuerda Mijaíl Gorbachov—. «No recurra en ningún caso a las armas —exhorté, por tanto, a Yassir Arafat en nuestro encuentro del 9 de abril de 1988—; la Unión Soviética insiste en un arreglo justo y global en el que se tengan en cuenta los intereses de todos, árabes, palestinos y también israelíes.»[53]

La ofensiva de pragmatismo de la OLP, la nueva estrategia de adelantarse en moderación y poner así de relieve que la intransigencia y el inmovilismo son cosa de Israel arrancan a mediados de noviembre de 1988 cuando el decimonoveno Consejo Nacional Palestino, reunido cerca de Argel, aprueba por amplia mayoría, y tras un vivo debate, aceptar la Resolución 242 como base de las negociaciones de paz, reitera «el rechazo de cualquier forma de terrorismo, incluido el terrorismo de Estado» y proclama la independencia de un virtual «Estado de Palestina sobre nuestra tierra palestina, con Jerusalén por capital», independencia que se fundamenta en la hasta ahora aborrecida partición votada por la ONU en noviembre de 1947.[54] Aunque la OLP no reconoce todavía explícitamente a Israel y deja zonas de ambigüedad en sus nuevas posiciones, la renuncia al dogma de la indivisibilidad de la Palestina mandataria y la asunción de las

Resoluciones 181 y 242 equivalen a aceptar la realidad del Estado judío, dejan caduca la Carta programática de 1968 y significan un giro copernicano, una revolución política sin precedentes en el movimiento nacional palestino.

El hecho de que los antiguos fedayines se acomoden por fin a las reglas del juego diplomático internacional les reporta dividendos inmediatos; en pocas semanas, 55 países, incluidos Unión Soviética, China e India, reconocen al teórico Estado palestino, si bien todavía es preciso que Yassir Arafat confirme dos veces —en Ginebra, el 13 y el 14 de diciembre— la renuncia al terrorismo, el acatamiento de la Resolución 242 y la aceptación del derecho de Israel a existir antes de que Estados Unidos se declare satisfecho y abra con la OLP un diálogo formal. Diálogo que tendrá diversos capítulos, en Túnez, entre diciembre de 1988 y junio de 1990, sin alcanzar resultados concretos ni conllevar el reconocimiento, por parte de Washington, de la autodeterminación o la independencia palestinas.[55]

De todos modos, la decisión del gran aliado norteamericano de levantar a Arafat y los suyos el anatema de terroristas provoca en la clase dirigente israelí un verdadero *shock*, un trauma sobrevenido poco después de que las elecciones de noviembre de 1988 hayan reconfirmado la gran coalición y acentuado, por tanto, el bloqueo de la política exterior de Jerusalén. En posición defensiva, el gobierno Shamir replica a los gestos de Arafat buscando y divulgando declaraciones de otras figuras palestinas —no es difícil encontrarlas, sobre todo en medios árabes — que, como Georges Habache, Nayef Hawatmeh, el número 2 de Al Fatah, Abu Iyad, el líder del Frente de Liberación de Palestina, Abu al-Abbas, los pro-sirios de As Saika, etc., llaman a la continuidad de la lucha armada, invocan el «derecho al retorno» y la liberación de «Jaffa, Acre y toda Palestina». La doctrina oficial del gabinete israelí afirma que la moderación de la OLP responde solo a una maniobra táctica, que la aceptación de un Estado circunscrito a Cisjordania y Gaza se limita a aplicar un «programa por fases» cuya meta estratégica es poseer el conjunto de Palestina, que tal Estado sería un foco de irredentismo contra Israel y que este no puede negociar con aquellos que persisten en quererlo destruir.[56]

Aun así, bajo la presión de Estados Unidos —donde acaba de entrar en funciones el presidente George H. Bush, con James Baker en el Departamento de Estado— y también de una Intifada que no cesa, el ejecutivo de Jerusalén se ve obligado, en mayo de 1989, a presentar su propia iniciativa política. Es el plan Shamir que, dentro del marco dibujado en Camp David una década atrás, ofrece organizar en los territorios unas elecciones democráticas de las que puedan salir los negociadores —ajenos a la OLP— dispuestos a pactar con Israel los términos de una autonomía quinquenal transitoria, banco de pruebas del arreglo definitivo; este, en cualquier caso, no contemplará la hipótesis de un Estado palestino ni incluirá de ningún modo Jerusalén Oriental. Tanto si Shamir solo pretendía ganar tiempo como si de veras buscaba el diálogo, su plan resulta inaceptable para la OLP, merece también el rechazo de los gobiernos egipcio y jordano, es acogido por James Baker con duras reconvenciones —«es hora de abandonar de una vez la visión irreal de un Gran Israel. Detengan la colonización»—[57] y muere definitivamente cuando, en junio, los «halcones» más radicales del Likud (Ariel Sharon, David Levy…) obligan al primer ministro a endurecerlo con nuevas condiciones; entre ellas, el cese previo de la Intifada.

En la medida que Estados Unidos adopta ahora una postura más equidistante en el litigio israelo-palestino, ello facilita a la Liga Árabe el avance por el camino de la moderación: levantamiento de los «tres noes» de Jartum, aceptación de las Resoluciones 242 y 338,

readmisión de Egipto como miembro de pleno derecho, apuesta explícita por una solución pacífica del conflicto… Pero eso mismo envenena las relaciones de Washington con Israel, donde el gobierno se muestra cada vez más dividido entre los laboristas —proclives a atender, si no las contraproposiciones palestinas, por lo menos las propuestas de mediación norteamericanas y egipcias— y el Likud, hostil a cualquier retroceso territorial y decidido a intensificar la política de asentamientos en Cisjordania. Cuando, a mediados de 1990, una vez disuelta la gran coalición y fracasado el intento de Shimon Peres de construir una mayoría alternativa, Shamir forma con los partidos religiosos y dos grupos ultranacionalistas (Tsomet y Tehiya) el gobierno más derechista en la historia de Israel, entonces la rigidez y el expansionismo de la política de Jerusalén se agudizan.

En dicho contexto, el 13 de junio de 1990, un James Baker decepcionado y furioso se dirige en conferencia de prensa a los gobernantes israelíes, les recita el número de teléfono de la Casa Blanca (202-456-1414) y añade: «Cuando estén seriamente dispuestos a hacer la paz, llámennos». Puesto que, por las mismas fechas, las conversaciones entre Estados Unidos y la OLP también se suspenden sin haber dado ningún fruto, puede afirmarse que los esfuerzos diplomáticos alrededor del pleito árabe-israelí permanecen bloqueados por completo desde cinco o seis semanas antes de que el dictador iraquí Sadam Hussein decida invadir el emirato de Kuwait.[58]

8

El espejismo del compromiso (1990-1996)

UN NUEVO CONTEXTO MUNDIAL Y REGIONAL

Durante más de dos décadas, el nacionalismo palestino articulado por la OLP había tenido la convicción de que —para decirlo en palabras de Yassir Arafat—[1] «nos movemos con la corriente de la historia»; es decir, ha creído formar parte de aquel bloque mundial de fuerzas «progresistas» y «antiimperialistas» levantado al abrigo de la Unión Soviética y de los demás Estados socialistas, de aquel conjunto de regímenes y movimientos políticos más o menos teñidos de marxismo que no cesaban de expandirse por Asia, África e, incluso, América Latina en detrimento de la «reacción internacional» y a los cuales las leyes inexorables del materialismo histórico garantizaban la victoria, tenían prometido el futuro. Sin embargo, hacia la segunda mitad de la década de 1980, la corriente de la historia parece cambiar de dirección, y los efectos de este giro no tardan en proyectarse sobre el tablero de Oriente Próximo. Desde 1986, el nuevo hombre fuerte del Kremlin, Mijaíl Gorbachov, ha empezado a advertir a sus aliados árabes —sirios y palestinos, principalmente— sobre el cambio estratégico y los imperativos económicos que empujan a Moscú a replegarse de la región, «reduciendo paso a paso nuestros envíos de armas». «Les di a entender sin equívocos que la URSS no era ya partidaria de considerar Oriente Próximo como un terreno donde dirimir sus divergencias con Estados Unidos. Ya no eran aceptables —subrayé— las aventuras o las provocaciones militares.»[2]

El primer efecto local concreto del ocaso de la Guerra Fría se da en el terreno de la demografía, y tiene como episodio precursor la liberación de las cárceles soviéticas y la triunfal llegada a Israel, en febrero de 1986, del disidente y activista por la libertad de emigración de los hebreos de la URSS, Anatoly Charansky. Durante los años siguientes, los impulsores de la *perestroika* comprenden que la credibilidad exterior de sus reformas internas exige dejar salir a aquellos judíos soviéticos que lo deseen. De este modo, y desde septiembre de 1989, las dificultades económicas y políticas dentro del imperio socialista en desintegración, el antisemitismo que reaparece y las restricciones de acceso a Estados Unidos conducen hacia Israel a cientos de miles de ciudadanos judíos —a menudo, con cónyuges y otros familiares no judíos — de Rusia, Ucrania, Bielorrusia, las repúblicas del Cáucaso, etc.; solo en 32 meses, hasta junio de 1992, suman más de 400.000 inmigrantes, y al final de 1996 bordearán los 650.000. Se trata, en general, de una población emprendedora, con altas cualificaciones profesionales (un 34% de universitarios y científicos), más motivada por la búsqueda del bienestar que por el ideal sionista y que, tras superar serias dificultades de integración laboral, lingüística y cultural, transformarán la fisonomía de la sociedad israelí tanto como potenciarán el desarrollo tecnológico del país durante la última década del siglo XX.[3]

Si, después de una década de saldos migratorios próximos a cero o negativos, el alud de recién llegados desde el espacio soviético o postsoviético tiene importantes consecuencias tanto sociales o políticas como económicas, y refuerza la demografía judía frente a la altísima natalidad arabopalestina, en los terrenos simbólico y emotivo probablemente resulta superior el impacto de otros inmigrantes menos numerosos pero más exóticos, los *falashas* o judíos negros de Etiopía. Esta milenaria comunidad rural —que se autodesigna con el nombre de Beta Israel o «Familia de Israel»— había sido identificada en las provincias septentrionales de la antigua Abisinia (Gondar, Tigré…) desde el siglo XIX, pero chocó con los prejuicios del *establishment* religioso y político israelí, de modo que no consiguió verse reconocida como judía y, por tanto, como beneficiaria de la Ley del Retorno hasta los años 1973-1975. Desde entonces, y en paralelo con las convulsiones de una revolución etíope que hacía causa común con el tercermundismo antiisraelí, el rescate cada vez más imperioso de los *falashas* dio lugar a por lo menos dos ciclos de emigración secreta a través de Sudán (las operaciones Hermanos, en 1982-1984, y Moisés, de noviembre de 1984 a enero de 1985), con un balance total de unos 12.500 evacuados, fuertes connotaciones mesiánicas y un valor de respuesta ética indirecta a las condenas internacionales, a las equiparaciones entre sionismo y racismo, etc.[4]

Cada vez más desamparada por la URSS de Gorbachov, y asediada por la coalición guerrillera entre el separatismo eritreo y los grupos opositores etíopes, la dictadura marxista del coronel Mengistu Haile Mariam restablece las relaciones diplomáticas con el Estado judío en octubre de 1989, y permite que miles de Beta Israel fugitivos de la guerra civil que devora el país se concentren en Addis Abeba a la espera del éxodo. Este culminará entre el 24 y el 25 de mayo de 1991, cuando un frenético puente aéreo bautizado como Operación Salomón transporta desde la capital etíope hasta Tierra Santa a aquellos que pasan por ser los últimos 14.000 *falashas*, mientras el régimen del «negus rojo» se hunde sin remisión. De hecho, todavía en abril-junio de 1999 llegan algunos miles más, procedentes de la remota región de Quara; pero, desde 1991 en adelante, los 70.000 judíos de origen etíope establecidos en Israel ya han dejado de ser los entrañables protagonistas de la última epopeya sionista para convertirse en los actores —negros, africanos y pobres— de un proceso complicadísimo, a veces traumático y conflictivo, de socialización en el mundo moderno, de integración por encima de diferencias físicas y religiosas, culturales y educativas, en formas de vida y valores, como no ha tenido que superarlas ningún contingente inmigratorio anterior.[5]

Consecuencia igualmente de la extinción de la Guerra Fría, de la caída del Muro de Berlín y de la posterior implosión del Imperio soviético es una espectacular ruptura del aislamiento diplomático que Israel ha sufrido durante los lustros anteriores. El deshielo en las relaciones entre Jerusalén y el bloque comunista había empezado en 1986 con la apertura de una oficina de intereses en Varsovia y en 1988 con la autorización de un consulado de Israel en Moscú; pero es a partir de 1990 cuando los nuevos gobiernos democráticos de la Europa del Este (el búlgaro, el húngaro, el polaco, el checo…) restablecen los vínculos formales con el Estado judío. En octubre de 1991, lo hace, casi a título póstumo, la Unión Soviética, si bien los que normalizan las relaciones ya son los países sucesores: Armenia, Azerbaiyán, Estonia, Georgia, Letonia, Lituania, Ucrania, Bielorrusia, Moldavia, por descontado la Federación Rusa y también, pese a su carácter musulmán, las repúblicas de Asia central. Entre 1991 y 1993, Israel intercambia embajadores con las grandes potencias asiáticas (China, India), con Vietnam, Camboya o

Mongolia, y recupera los antiguos lazos con buena parte del África negra (Angola, Benin, Botswana, Gabón, Ghana, Mozambique, Namibia, Nigeria, Senegal, Uganda, Zaire, Zimbabwe…), de modo que a finales de 1994 puede vanagloriarse de mantener relaciones plenas con 146 países. Esta desideologización de la diplomacia disminuye entre los israelíes el complejo de fortaleza asediada —el «síndrome de Masada»— y hace posible que, el 16 de diciembre de 1991, la Asamblea General de la ONU revoque con solo 25 votos en contra su Resolución 3376, aquella que, en 1975, había asimilado sionismo con racismo; cuando menos en términos ambientales, las perspectivas de paz resultan favorecidas por todo ello.

De cualquier manera, es a través de la crisis y la guerra del golfo Pérsico como el nuevo paradigma de la política mundial hace su irrupción en Oriente Próximo. Cuando, el 2 de agosto de 1990, Sadam Hussein ordena a su ejército la conquista de Kuwait, el dictador iraquí basa sus cálculos sobre la idea, axiomática en la lógica de la Guerra Fría, «de que Estados Unidos y la URSS se situarían forzosamente en lados opuestos de la barricada»[6] —es decir, de la crisis diplomática subsiguiente—, de que tal antagonismo bloquearía la eventualidad de una respuesta armada internacional y de que, a la postre, la agresión sería aceptada como un hecho consumado, o bien habría una evacuación indemnizada con importantes concesiones a favor de Bagdad. La realidad es, en cambio, que una Unión Soviética sin aliento adopta —según el reproche que le hará a Gorbachov el ministro de Exteriores iraquí, Tariq Aziz— «el mismo lenguaje que los norteamericanos»,[7] que unas Naciones Unidas liberadas de vetos paralizadores encadenan hasta doce resoluciones condenando la invasión y legitimando el uso de la fuerza si Iraq no se retira de Kuwait,[8] y que la decisión de Washington de desplegar en la zona a cientos de miles de soldados propios reúne amplísimo consenso internacional, traducido en una vasta coalición político-militar de la que forman parte no solo las potencias occidentales (Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia…) y los nuevos regímenes liberales de la Europa del Este, sino también numerosos países árabes (Egipto, Siria, Arabia Saudí, Omán, Emiratos Árabes Unidos, Marruecos…) y musulmanes, como Pakistán o Bangladesh.[9]

Es justamente con el fin de fracturar dicha coalición por la línea divisoria entre occidentales y árabes que, desde el mismo agosto de 1990, Sadam Hussein procura vincular la crisis kuwaití con el pleito árabe-israelí, condicionar su retirada del emirato a que también Israel se retire de los territorios conquistados en 1967 y presentarse, en definitiva, como el gran paladín de la causa palestina, el futuro libertador de Jerusalén. Si en Damasco, El Cairo o Riad este discurso no produce ningún efecto, si algunos intelectuales palestinos del interior y del exilio (Faysal Husseini, Hanan Ashrawi, Edward Said…) rechazan la iniciativa militar de Bagdad o califican a Sadam de «dictador espantoso»,[10] por el contrario en las calles de Cisjordania y Gaza aquella población que sostiene la Intifada desde tres años atrás no tarda en quedar deslumbrada por el «nuevo Saladino» capaz de desafiar a Occidente, de amenazar a Israel con armas químicas o biológicas y, al mismo tiempo, de ajustar cuentas con los ricos, arrogantes y egoístas emires petroleros del Golfo; las masas palestinas creen haber hallado un nuevo héroe panárabe, un potencial salvador. En consecuencia, desde el sagrado recinto del Haram al-Xarif o desde la más modesta de las mezquitas cisjordanas, numerosos imanes pronuncian sermones en apoyo del dictador iraquí, y en las ciudades y los campos de refugiados de los territorios (también en los de Jordania) se multiplican las manifestaciones que enarbolan los retratos de Sadam Hussein aparejados con los de Arafat.

Si la reacción popular puede imputarse a factores emocionales y a una hostilidad primaria contra Israel, la conducta del vértice de la OLP ante la crisis solo es atribuible a un desastroso error de cálculo político. Convencido tal vez de la formidable capacidad militar de que Bagdad alardea, necesitado del apoyo iraquí para su posición y desdeñando la determinación de Occidente a liberar Kuwait, Yassir Arafat juega durante los primeros días a mediador, pero en la cumbre árabe de El Cairo —el 10 de agosto— la central palestina ya configura, con Libia y el propio Iraq, el trío de delegaciones que se niegan a condenar la conquista y anexión del emirato. Durante las semanas y los meses sucesivos, la OLP hace suyo el supuesto paralelismo Kuwait-Gaza y Cisjordania, invoca una ilusoria «solución árabe» del conflicto cuando los principales países árabes ya han confiado la solución a la potencia militar norteamericana y amenaza con atentados suicidas palestinos contra las tropas aliadas presentes en Arabia Saudí si estas osan atacar a los iraquíes. Arafat, por su parte, «se puso incondicionalmente al lado de Sadam»; «olvidando cualquier prudencia, se expresaba cada vez más como la voz del "sadamismo"».[11] «Nosotros solo podemos estar en el bando hostil al sionismo y a sus aliados imperialistas», argumenta el 3 de septiembre. «Los palestinos lucharán al lado de sus hermanos iraquíes», promete el 7 de enero de 1991; Iraq es «el defensor de la nación árabe, de los musulmanes y de los hombres libres de todo el mundo», asegura todavía el 26 de febrero, dos días antes de la capitulación del ejército de Sadam Hussein.[12]

Si las ambiciones regionales y el programa armamentista de Iraq inquietaban a Jerusalén desde tiempo atrás —recuérdese la incursión aérea de 1981 contra el reactor nuclear de Osirak—, si el discurso de Sadam del 2 de abril de 1990 —«Juro ante Dios que nuestro fuego destruirá la mitad de Israel si este intenta algo contra Iraq»— había aumentado la inquietud, la ocupación de Kuwait y la maniobra del dictador de Bagdad vinculando este hecho con la cuestión palestina agudizan la alarma del flamante gobierno derechista de Yitzhak Shamir, y lo sitúan en una situación paradójica y contradictoria como nunca. Por un lado, la crisis del Golfo reaviva la Intifada, que en octubre de 1990 conoce en el corazón de Jerusalén uno de sus episodios más sangrientos, la «matanza de Al-Aqsa». Por otro, el ejecutivo de Shamir ve confirmada la peligrosidad del régimen iraquí, y cultiva la esperanza de que Estados Unidos no solo lo expulse de Kuwait, sino que además aplaste su poder militar. Pero, al mismo tiempo, el nuevo escenario de Oriente Próximo sitúa a Israel en el mismo bando que la gran mayoría de los países árabes, incluida la archienemiga Siria, lo cual tiene para el Estado hebreo dos consecuencias muy importantes: de forma inmediata, le obliga a seguir el desarrollo de la crisis con un perfil muy bajo, y a abstenerse de cualquier iniciativa militar que pudiera empujar a los socios árabes fuera de la gran coalición construida por Washington; a medio plazo, una vez liberado Kuwait, es de temer que una administración Bush obligada con sus viejos y nuevos aliados saudíes, egipcios, sirios, etc., quiera arrastrar a Israel hacia la famosa y siempre aplazada conferencia internacional de paz sobre el litigio israelo-palestino.

Navegando, pues, entre expectativas y temores, el gobierno Shamir ocupa el período agosto de 1990-enero de 1991 en preparar la defensa civil ante el riesgo de ataques químicos o bacteriológicos (distribución de máscaras antigás desde octubre, establecimiento de una «habitación hermética» en cada vivienda…), en replicar a las amenazas iraquíes con advertencias de una respuesta «terrible» (eufemismo que muchos traducen por «nuclear»), en aprovechar la apuesta pro-iraquí de la OLP como justificación adicional para no querer tratos con esta, en

estrechar la coordinación diplomática y militar con Estados Unidos (país que promete la máxima ayuda en armamento e inteligencia a cambio de que Israel no actúe en ningún caso por su cuenta)[13] y en asegurarse la no hostilidad de Jordania, lo que se obtiene durante una entrevista secreta de Shamir con el rey Hussein, en Londres, los días 4 y 5 de enero de 1991.[14]

Diez días más tarde, el 15 de enero, el ultimátum de la ONU para la retirada iraquí de Kuwait vence sin haber surtido efecto; treinta y seis horas después, la madrugada del 16 al 17, el despliegue militar aliado que había recibido hasta entonces el nombre de Desert Shield (Escudo del Desierto) se convierte en Desert Storm (Tormenta del Desierto), y adopta la forma de una ofensiva aérea masiva que durará cinco semanas. Antes del alba del 18 de enero, ocho misiles tierra-tierra SCUD procedentes de Iraq y con carga convencional impactan sobre barrios residenciales de Tel Aviv y Haifa causando 68 heridos y destrucciones menores; se trata de la primera oleada del total de 39 cohetes que Sadam Hussein ordenará disparar contra objetivos israelíes a lo largo de toda la guerra del Golfo, con la esperanza de provocar una respuesta del Tsahal que fracture la coalición antiiraquí y ponga a Washington en dificultades. Si bien los daños humanos y materiales son escasos (ninguna muerte directa, unos cientos de inmuebles afectados) y la precisión de los SCUD es nula, las repercusiones políticas de tales bombardeos serán considerables.

Ante todo en el seno del gobierno Shamir, donde el primer ministro —con el apoyo de una cúpula militar que valora en mucho la reencontrada intimidad con Estados Unidos— mantiene a raya a aquellos que, como el ministro de la Vivienda, Ariel Sharon, exigen represalias inmediatas y contundentes. «Para nosotros lo más importante es no hacer nada que pueda impedir la victoria de la coalición —declara el primer ministro en plena guerra aérea, y aprovecha para subrayar—: «No creemos que la conferencia internacional de la que tanto se habla sea un medio eficaz para obtener la paz.» «Si Sadam Hussein no eleva el nivel de sus ataques hasta emplear armas químicas, por ejemplo, se mantendrá la política de contención», precisa simultáneamente el embajador israelí en Madrid.[15] La llegada urgente a Israel de diversas baterías de misiles antimisiles Patriot servidas por personal norteamericano proporciona una compensación —más simbólica que efectiva— a la pasividad de las fuerzas armadas nacionales, una pasividad aprobada por el 80% de los ciudadanos.

Sin embargo, la incertidumbre sobre qué clase de carga llevan los sucesivos cohetes iraquíes se mantendrá hasta el final, de modo que la exasperación y la angustia hacen estragos entre la población judía amenazada, con crisis cardíacas, casos de asfixia por mal uso de las máscaras, cientos de miles de fugitivos lejos de la franja litoral golpeada y una costosa parálisis de la actividad económica durante varias semanas. En el otro plato de la balanza, las crónicas de las televisiones internacionales mostrando a los civiles israelíes en el papel de víctimas, vulnerables y recluidos mientras, en las azoteas de Cisjordania, los palestinos aplauden el paso de los SCUD en vuelo hacia Tel Aviv, ese contraste restaura, por lo menos en parte, el capital de simpatía que Israel había perdido en Occidente a causa de la Intifada. La conducta de un Estado judío que sacrifica su derecho de legítima defensa para no perjudicar la gran alianza bendecida por la ONU, obliga no solo a las opiniones públicas y a los medios de comunicación que las crean, sino también a las cancillerías, a contemplar el conflicto israelo-palestino de una manera más matizada.[16]

Después de 38 días de devastadores bombardeos aéreos, la campaña terrestre iniciada el 24 de febrero de 1991 por las fuerzas norteamericanas, británicas y francesas de la coalición se reduce a un breve trámite que, en cinco jornadas, libera el territorio kuwaití, derrota y pone en desbandada a las tropas de Sadam Hussein y obliga a este a pedir un alto el fuego, firmado el 28 de febrero. «El ejército iraquí ha perdido, y Arafat con él.»[17] En efecto, para el nacionalismo palestino y para su líder, la guerra del Golfo se ha convertido en una trampa de la que tanto uno como otro salen gravemente debilitados. En el terreno de la imagen y del crédito internacional, muchos de los dividendos obtenidos gracias a la Intifada y al giro moderado de los últimos años se dilapidan por culpa del alineamiento con Iraq, de las manifestaciones pro-Sadam en los territorios, de los abrazos entre Arafat y el déspota de Bagdad. En el seno del mundo árabe, las relaciones políticas de la OLP con Egipto, Siria o Arabia Saudí se hallan después del conflicto bajo mínimos, y este último país, igual que los emiratos y los sultanatos del Golfo, consideran a Arafat un traidor que ha apoyado a quien amenazaba con engullirlos. En el ámbito económico y financiero, el gobierno kuwaití apenas restaurado tacha de quintocolumnistas y expulsa a entre 300.000 y 400.000 residentes palestinos cuyas remesas de dinero —unos 400 millones de dólares al año— eran esenciales para la supervivencia de sus familias en Cisjordania y Gaza; al mismo tiempo, las monarquías petroleras interrumpen en seco las subvenciones a la central palestina —lo que obliga a esta a drásticos recortes de gasto— mientras incrementan los donativos a las organizaciones islamistas como Hamás.

¿Cuáles son en marzo de 1991, después de la batalla por Kuwait, las nuevas condiciones y circunstancias del paisaje político de Oriente Próximo? El radicalismo árabe aparece derrotado por el desastre iraquí y por el giro táctico de Damasco, que ahora busca la benevolencia de Estados Unidos. La posición diplomática de Arafat vuelve a ser muy frágil, mientras la llegada masiva a Israel de judíos soviéticos (175.000 a lo largo de 1991) y el aumento de la demografía hebrea en los territorios (112.000 residentes al final del mismo año, sin contar Jerusalén Oriental) muestran a la OLP que el tiempo no corre a favor de sus intereses. En cuanto al Estado judío, aunque sale de la guerra con una imagen exterior mejorada, pierde valor como gran aliado estratégico de Washington en la región, hasta el punto de que su máxima contribución a la victoria sobre Sadam ha consistido en… no hacer nada; por otra parte, el gobierno de Jerusalén necesita imperiosamente el apoyo financiero norteamericano para la absorción de los inmigrantes de la URSS, lo que da a la Casa Blanca una gran capacidad para presionarlo. En último término, la consolidación del nuevo orden mundial de la post Guerra Fría, hegemonizado por Estados Unidos, urge a estos a resolver de una vez el enquistado conflicto israelo-árabe, y la fórmula de una conferencia internacional de paz que el presidente Bush y el secretario de Estado Baker proponen a las partes puede ser aplicada ahora sin aquellos temores de antaño ante las «injerencias» soviéticas en Oriente Próximo. De hecho, el fracasado *putsch* de la reacción comunista en Moscú, en agosto de 1991, precipita al Imperio soviético hacia una desintegración irreversible, de modo que el papel atribuido a la URSS como «copatrocinadora» de la proyectada conferencia es puramente decorativo.

Una vez obtenido el asentimiento de los gobiernos egipcio, sirio y libanés, así como de una monarquía jordana que debe hacerse perdonar sus coqueteos con Sadam Hussein, Washington consigue vencer las tácticas evasivas y dilatorias del primer ministro Shamir y comprometerlo a participar en la conferencia, siempre que no asista a ella una representación formal de la OLP.

Esta, muy castigada por su ruinosa apuesta durante la crisis del Golfo, no puede más que resignarse a su propia exclusión y aceptar que se configure una delegación mixta jordano-palestina con personalidades de los territorios a las que Arafat otorga un mandato oficioso; las presidirá el médico de Gaza Haidar Abdel Shafi, y habrá un comité consultivo dirigido por Faysal Husseini, con Hanan Ashrawi en el papel de portavoz.[18]

Laboriosamente preparada por James Baker a lo largo de ocho giras diplomáticas por Oriente Próximo desde el fin de la guerra por Kuwait, vista por las opiniones públicas árabes e israelí con gran escepticismo y por sus élites con cauta esperanza, la conferencia internacional se inaugura el 30 de octubre de 1991 en el Salón de Columnas del Palacio Real de Madrid, bajo la copresidencia de George H. Bush y de Mijaíl Gorbachov y con el objetivo de «alcanzar un acuerdo de paz justo, duradero y completo, a través de negociaciones de doble vía —entre Israel y los Estados árabes, por un lado; entre Israel y los palestinos, por el otro— sobre la base de las Resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad de la ONU». Han acudido a la capital española, encabezadas por los respectivos ministros de Asuntos Exteriores, delegaciones de Siria, Líbano, Egipto, Jordania con los palestinos, la Unión del Magreb Árabe y el Consejo de Cooperación del Golfo; Israel, en cambio, está representado por el propio Yitzhak Shamir, que había preferido no delegar sus enormes recelos en el titular de Exteriores, David Levy, tenido por demasiado transigente.[19]

Si la ocasión es histórica —la primera vez en ocho décadas que todas las partes, y los palestinos como una de las principales, se sientan alrededor de la misma mesa—, la atmósfera del encuentro es glacial, y no contribuye a templarla el ministro sirio cuando exhibe la copia de un antiguo pasquín británico que ofrecía recompensa por la captura de Yzernitzky/ Shamir, el entonces cabecilla del Lehi, y le acusa de ser, igual que en 1946, un terrorista. Pero, vituperios y descalificaciones al margen, Shamir interviene a la defensiva, desde una visión rígida y arcaica del conflicto, para ofrecer a los árabes «paz a cambio de paz», y a los palestinos algunos acuerdos transitorios de autonomía personal, sin una brizna de soberanía. El jefe de la delegación palestina, por su parte, plantea en un tono extremadamente moderado y conciliador la permuta de «paz por territorios»: reivindica un Estado palestino sobre las regiones ocupadas en 1967, un Estado que ulteriormente se confederaría con Jordania y que conviviría con Israel en paz y seguridad; más que a doblegar el inmovilismo de Shamir, el discurso del doctor Abdel Shafi se encamina a persuadir a la opinión pública israelí e internacional de la seriedad del compromiso palestino con la coexistencia pacífica entre ambos pueblos.[20]

La fase plenaria de la conferencia de Madrid finaliza el 1 de noviembre de 1991 y acto seguido, los días 3 y 4, se pone en marcha en la misma ciudad la segunda pieza del complejo mecanismo concebido por James Baker con el fin de instaurar la paz en Oriente Próximo: empiezan las negociaciones bilaterales entre Israel y los palestinos, entre Israel y Jordania, entre Israel y el Líbano, entre Israel y Siria; negociaciones que continuarán, ya con sede en Washington, desde diciembre de 1991 y a lo largo de cinco encuentros hasta la primavera de 1992; el balance es muy decepcionante, porque el gobierno del Likud cultiva sistemáticamente el obstruccionismo y la dilación, porque su idea sobre la autonomía de los palestinos resulta incompatible con las aspiraciones mínimas de estos, porque la voluntad de Shamir de perpetuar el *statu quo* territorial bloquea las conversaciones con los vecinos jordano, sirio y libanés.[21] Al mismo tiempo, también comienza a moverse la tercera pieza del «proceso de Madrid»: se trata de

las negociaciones multilaterales que, ideadas para abordar a escala regional y con espíritu cooperativo los problemas de futuro de Oriente Próximo, se inauguran en Moscú en febrero de 1992. Desde esa fecha, y organizados en cinco grupos de trabajo temáticos (Cooperación Económica y Desarrollo, Medio Ambiente, Agua, Refugiados, Control de Armamentos y Seguridad Regional), representantes de Israel, de 14 países árabes (Siria y Líbano se han autoexcluido) y de una treintena de otros Estados y organizaciones internacionales celebran hasta 1995 decenas de encuentros específicos por todo el planeta —de Lisboa a Tokio, de El Cairo a Ottawa, de Bahrein a Copenhague—; encuentros que realzan los intereses comunes, crean confianza recíproca y favorecen el nacimiento de vínculos personales entre dos mundos hostiles durante tantas décadas.[22]

Pero la clave de todo el proceso reside en la negociación israelo-palestina, y esta, como ya hemos dicho, se atasca en la inflexibilidad del gobierno Shamir, que acude a las conversaciones de Washington solo para salvar las apariencias, sin voluntad alguna de ceder en nada. No obstante, la dinámica iniciada en Madrid sí abre en Israel un intenso debate nacional sobre el futuro de los territorios y los costes de la paz con los árabes, e inclina progresivamente a amplios sectores de la opinión hacia la vía del compromiso y de la retrocesión territorial, a aceptar el mutuo reconocimiento que los palestinos acaban de ofrecer. Ya en agosto de 1989, un informe de la prestigiosa y semioficial Rand Corporation norteamericana había advertido al gobierno de Jerusalén de que la creación de un Estado palestino en Cisjordania resultaba inevitable, y que la búsqueda de interlocutores al margen de la OLP era inútil. Por las fechas de la conferencia de Madrid, el escritor Amos Oz expresa —y espolea— el viraje incipiente de muchos compatriotas:

> Se ha acabado el bloqueo cognoscitivo. Los árabes han creído durante mucho tiempo que si se frotaban los ojos con fuerza, Israel se marcharía. Los israelíes no creían que el tema palestino fuera real, sino una malvada invención de la propaganda panárabe. Ahora, ambos se enfrentan a la realidad. […] Israel debería hablar con la OLP y llegar a un compromiso con los palestinos simplemente porque no se puede elegir al enemigo. Tenemos que hacer la paz con ellos no porque sean simpáticos o porque les hayan hecho más daño que a nosotros. Tenemos que llegar a un compromiso con ellos porque están ahí.[23]

Después de noviembre de 1991, la moderación mostrada por los palestinos hace que la administración Bush se decante hacia ellos en detrimento de Israel, y que muchos ciudadanos de este país vean en la tozudez y la incompetencia diplomática de Shamir una grave amenaza para la especial relación existente entre el Estado judío y la superpotencia única.[24]

Atrapado en la contradicción entre no desairar a los norteamericanos y no ceder ni una pulgada de tierra, el gobierno de Yitzhak Shamir empieza a hundirse en enero de 1992, cuando lo abandonan los tres partidos de extrema derecha, Tehiya, Tsomet y Moledet, dejándolo con una base parlamentaria de solo 58 diputados sobre 120. Aunque la subsiguiente moción de censura laborista no consigue derribarlo, el veterano líder del Likud decide que las elecciones previstas para el otoño siguiente se adelanten a junio, seguro como está de ganarlas. La convocatoria electoral para la decimotercera Knéset viene precedida por algunos cambios normativos; uno de vigencia inmediata es la elevación de la barrera mínima para obtener representación parlamentaria desde el 1 al 1,5% de los votos válidos, medida que empuja a los partidos pequeños a buscar alianzas y coaliciones; mucho más importante es, en marzo de 1992, la reforma de la ley fundamental sobre el gobierno, que intenta fortalecer el poder ejecutivo, frenar

el mercadeo político y favorecer la gobernabilidad estableciendo la elección del primer ministro por el voto directo de los ciudadanos, de forma paralela y simultánea a la elección de los diputados. Pero esta crucial modificación del régimen israelí no debe entrar en vigor hasta una legislatura más tarde, cuando se elija la decimocuarta Knéset.[25]

De momento, el debate previo a los comicios del 23 de junio de 1992 está presidido por las cuestiones de la paz y el futuro de los territorios. El veterano Shamir —que, con setenta y siete años, vuelve a ser el cartel del Likud en detrimento de David Levy o Ariel Sharon— persiste en reivindicar la soberanía israelí sobre «Judea, Samaria y el distrito de Gaza» y en pretender una paz gratuita, sin ningún coste para Israel. Al frente del laborismo, Yitzhak Rabin —que, con setenta años, ha ganado las primarias internas contra su sempiterno rival, Shimon Peres— ofrece un compromiso, aunque de límites imprecisos y tímidos: conversaciones inmediatas y acuerdo antes de un año sobre la autonomía palestina, devolución de territorios en Cisjordania, Gaza y el Golán a cambio de paz, pero nada de regresar a las fronteras de 1967, ni de redividir Jerusalén, ni de aceptar un Estado palestino, sino «una entidad política palestino-jordana».

Novedad de estos momentos es la creación del Meretz (Energía), un bloque estable entre los tres partidos sionistas del centro-izquierda laico y pacifista (el viejo Mapam, Ratz y Shinui) que reconoce sin reservas el derecho de los palestinos de los territorios a autodeterminarse y a constituir, si lo quieren, un Estado independiente, pero rechaza la partición de Jerusalén.

En definitiva, el protagonismo preelectoral que el proceso de paz adquiere y la polarización de las posturas partidarias convierte aquellos comicios en una suerte de referéndum entre el anexionismo tácito o explícito de la derecha y la disponibilidad de la izquierda a un arreglo. Washington, exasperado con la obcecación de Shamir, procura persuadir a los israelíes de que deben escoger entre la política expansionista del Likud y la apreciada amistad de Estados Unidos. La última palabra, en todo caso, la tienen los 3.409.000 electores censados, 576.000 de los cuales lo son por vez primera; entre estos, 230.000 jóvenes de dieciocho a veintidós años, y casi 350.000 inmigrantes recientes de la antigua URSS, muchos de ellos ajenos todavía al debate territorial y a los dilemas de la paz o la guerra, pero descontentos con el gobierno saliente a causa de sus dificultades de integración social y económica que atribuyen al fuerte gasto público en las implantaciones de Cisjordania o Gaza.[26]

AÑOS DE DIÁLOGO Y ESPERANZA

El martes 23 de junio de 1992, el veredicto de las urnas es, además de inesperado, de una contundencia insólita para las costumbres israelíes. Con el 34,7% de los votos emitidos, el Partido Laborista mejora en casi 5 puntos su registro anterior y gana 5 escaños, hasta 44. También el estreno de Meretz se puede considerar un éxito, puesto que, con el 9,6% y 12 diputados, supera en dos la suma previa de los grupos federados en él. En cambio, el Likud, sacudido por las discordias internas, erosionado por la mala gestión económica (11% de parados), el inmovilismo diplomático y la persistencia de la Intifada, abandonado por muchos electores orientales y rechazado por los nuevos electores «rusos», cae hasta el nivel de voto y de representación de dos décadas atrás (24,9%, 32 escaños), en beneficio de las dos formaciones de extrema derecha, que suman casi el 9% (Tsomet, 8 escaños, y Moledet, 3). El voto religioso,

dividido en tres candidaturas de fuerza bastante equiparable, totaliza el 23,2% de los sufragios, traducidos en 16 escaños, y las dos listas árabes obtienen 5 diputados. Como titula con indisimulada sorpresa un periódico local: «La ventaja laborista de 12 escaños sobre el Likud provoca el segundo vuelco político en los cuarenta y cuatro años de historia del Estado».[27]

Yitzhak Rabin, pues, regresa a la función de primer ministro que había abandonado de manera poco airosa en 1977, y lo hace con la triple promesa de reactivar de inmediato el proceso de paz, de congelar el desarrollo de los asentamientos en los territorios y de recomponer las deterioradas relaciones entre Israel y Estados Unidos. Sin embargo, para cumplir tales compromisos, para satisfacer las grandes expectativas internacionales que su triunfo ha despertado,[28] dispone de una base parlamentaria estrecha y frágil: su gobierno, constituido en julio con el propio Rabin a cargo también de la Defensa, con el hermano-rival Shimon Peres en Asuntos Exteriores, con la carismática Shulamit Aloni en Educación, se sostiene sobre los 44 escaños laboristas más los 12 de Meretz, y debe sumar los 6 del Shas —partido ultraortodoxo sefardí, pero moderado en política exterior— para alcanzar una mayoría de 62 diputados sobre 120; en la investidura y otras votaciones cruciales, dicha mayoría se ensancha con el apoyo externo de los 5 diputados del frente comunista Hadash y del Partido Democrático Árabe.

Con esta aritmética, con el historial de Rabin, y teniendo en cuenta que su campaña electoral no ha sido la de una «paloma», sino la de un líder enérgico, «intransigente con la defensa del país, un centrista portador de un mensaje de patriotismo y de seguridad»,[29] cabe pensar que su elección ha suscitado esperanzas infundadas. Y, en efecto, el segundo semestre de 1992 es un período aparentemente perdido para el proceso de paz; pese a algunas medidas o gestos iniciales de distensión y mejora del ambiente por parte de Jerusalén (liberación de detenidos, declaraciones conciliadoras, fin de las ayudas públicas a las implantaciones…), la continuación de los contactos bilaterales (tres nuevas rondas entre agosto y diciembre) y multilaterales dentro del marco establecido en Madrid no da ningún resultado tangible, excepto el de clarificar las posturas respectivas. Durante estos meses, la cúpula palestina manifiesta más bien cierto endurecimiento de posiciones que —entre otras cosas— pasa por subrayar la reivindicación del derecho al retorno de todos los refugiados,[30] mientras la diplomacia norteamericana permanece paralizada por las elecciones presidenciales de noviembre de 1992 y luego, por el relevo entre la administración republicana de George H. Bush y la demócrata de Bill Clinton. Entre tanto la Intifada prosigue, y su componente islamista parece cada vez más decidida a sabotear por la violencia las posibilidades de un compromiso. Es en respuesta a un asesinato cometido por este sector que, en diciembre de 1992, el gabinete Rabin decide expulsar hacia el Líbano a 415 miembros o simpatizantes de Hamás y del Yihad Islámico; el grupo, al que el gobierno de Beirut rehúsa acoger para «no hacer el juego a Israel», permanecerá acampado durante meses en la inhóspita tierra de nadie que bordea la «Zona de seguridad» sur-libanesa, alimentando condenas internacionales, haciendo las delicias de las cadenas de televisión y provocando una larga suspensión de las estériles negociaciones israelo-árabes de Washington.[31]

No obstante todo esto, y a pesar de la tenaz suspicacia de Rabin hacia Arafat y la OLP, el primer ministro israelí es consciente de que ha llegado la hora de negociar la conclusión del conflicto, de que el fin de la Guerra Fría y del padrinazgo soviético sobre los árabes, así como la oleada fundamentalista que amenaza Oriente Próximo, ofrecen al Estado judío una coyuntura ventajosa pero pasajera para hacerlo; Shimon Peres, el antiguo rival con quien ahora empieza a

formar un tándem fecundo, comparte tales tesis quizá desde una visión más global e intelectualmente elaborada.[32] Una vez que ambos han comprobado la ineficacia negociadora de la «fórmula de Madrid», precisan hallar otra, y esta solo puede ser la discusión directa y secreta con la OLP. Significativamente, el 19 de enero de 1993, la Knéset revoca la ley que prohibía los contactos entre ciudadanos israelíes y miembros de la central palestina, pero en aquel momento hace ya más de seis semanas que ha tenido lugar, en Londres, un primer encuentro entre el medievalista de la Universidad de Haifa, Yair Hirschfeld, y el tesorero de la OLP y futuro primer ministro palestino, Suleiman Ahmed Qurei, más conocido como Abu Ala. A partir del 20 de enero, con la aprobación del viceministro de Exteriores e íntimo de Peres, Yossi Beilin, el profesor Hirschfeld y su colega Ron Pundak, también historiador, inician en Oslo y alrededores una serie de conversaciones extraoficiales —habrá catorce sesiones a lo largo de ocho meses— con Qurei y algunos colaboradores, los cuales por su parte mantienen al corriente a Arafat y a la dirección tunecina mientras el gobierno noruego asegura la logística y la discreción de las reuniones. «Alejados de los medios de comunicación y de las presiones políticas, estos tres hombres trabajaron imaginativamente y sin descanso para establecer el marco conceptual del acuerdo entre la OLP e Israel.»[33]

Informados por Beilin desde febrero, Rabin y Peres permanecen escépticos y reticentes, y en todo caso los contactos de Oslo no impiden al gobierno hebreo responder con la clausura de los territorios a los asesinatos a cuchilladas, en marzo de 1993, de 13 israelíes, o con fuertes represalias aéreas y artilleras, en julio, a los ataques de Hizbulah cerca de la frontera libanesa. Pero, a medida que las negociaciones secretas en Noruega avanzan, su carácter y su nivel se tornan más oficiales, y se abren vías de comunicación entre Jerusalén y Túnez a través de El Cairo mientras Abu Ala y el director general israelí de Exteriores, Uri Savir, ayudados ahora por la mediación activa de los anfitriones escandinavos, discuten no solo sobre autonomía y seguridad, sobre competencias y retirada de tropas, sino también sobre algo mucho más trascendental y simbólico: el reconocimiento recíproco. En último término, Yitzhak Rabin valora la necesidad imperiosa que Arafat tiene de algún éxito y la debilidad de una OLP al borde de la quiebra, considera el inquietante crecimiento del fundamentalismo islámico entre los palestinos de los territorios al calor de la Intifada, sopesa la fragilidad de su propia coalición de gobierno, y concluye que las circunstancias son propicias a un acuerdo en términos nada desfavorables a Israel. Ya con la luz verde del primer ministro, y una vez resueltas las últimas discrepancias, el 20 de agosto de 1993, el hotel Plaza, en Oslo, es el escenario donde Abu Ala y Uri Savir firman todavía en secreto una Declaración de Principios que constituye el primer compromiso político formal entre el Estado judío y la OLP; Shimon Peres y su homólogo noruego, Johan Jorgen Holst, actúan como testigos.[34]

Precedida de un preámbulo en el que ambas partes «acuerdan que ha llegado el momento de poner fin a décadas de enfrentamiento y conflicto, reconocen sus derechos mutuos legítimos y políticos y se proponen vivir en coexistencia pacífica y dignidad y seguridad mutuas y alcanzar un acuerdo de paz justo, duradero y completo…», la Declaración de Principios[35] prevé que, en un período de entre dos y cuatro meses a partir de su ratificación pública, el Tsahal se retire de la Franja de Gaza y del área de Jericó, donde deberá desplegarse «un fuerte cuerpo de policía» nutrido por exguerrilleros del exilio y que será el primer laboratorio del autogobierno palestino. Con respecto a la etapa de transición de cinco años que se abre en los territorios, antes de nueve

meses tendrán lugar en ellos elecciones libres a un Consejo Palestino con competencias económicas, culturales, educativas, sanitarias, fiscales, etc., sobre el conjunto de Cisjordania y Gaza, mientras el ejército israelí evacúa las zonas urbanas o densamente pobladas. Las negociaciones sobre el estatus final de los territorios empezarán en un plazo máximo de dos años, y será solo entonces cuando se pondrán sobre la mesa las «cuestiones pendientes», aquellas que, planteadas ahora, habrían imposibilitado cualquier acuerdo: Jerusalén, refugiados, asentamientos judíos, fronteras definitivas…

Una vez asegurado el apoyo de la sorprendida diplomacia norteamericana, y mientras la noticia empieza a trascender a la prensa, el 30 de agosto el gabinete israelí aprueba los términos de la Declaración con solo dos abstenciones. «El camino es difícil, pero es el bueno —explica Rabin—; ha llegado la hora de correr riesgos por la paz».[36] Según los sondeos de opinión, un 65% de sus compatriotas participan de este punto de vista y, cuando el acuerdo de Oslo sea sometido a la ratificación de la Knéset el 23 de septiembre, obtendrá 61 votos a favor, 50 en contra y 9 abstenciones. En el lado palestino las cosas son bastante más complicadas, y es preciso que el rais Arafat emplee no solo toda su capacidad persuasiva, sino también la destreza maniobrera en la que es maestro antes de arrancar de los órganos dirigentes de la OLP una aceptación lastrada por reservas y votos en contra. Pero el clima de división y rechazo se extiende a todos los niveles: en el seno de Al Fatah —donde el «ministro de Exteriores» de la OLP, Faruq Kaddumi, y otros históricos se muestran muy críticos—, entre el resto de las organizaciones palestinas —el FPLP de Habache y el FDLP de Hawatmeh llaman al boicot y hablan de un acuerdo «faccional», Hamás y el Yihad Islámico consideran el compromiso una abominación…— y también entre la élite intelectual: el poeta nacional, Mahmud Darwish, dimite de sus cargos políticos; el ensayista palestino-americano Edward W. Said, por su parte, imputa el acuerdo «al agotamiento y al aislamiento de los líderes de la OLP y a la astucia de Israel», añade que «muchos palestinos se preguntan por qué, tras todos estos años de concesiones, tienen que ceder una vez más ante Israel y Estados Unidos a cambio de promesas y mejoras poco claras», y concluye: «Está claro que la OLP ha dejado de ser un movimiento de liberación nacional y se ha transformado en una especie de pequeño gobierno local».[37]

Lejos de haberse interrumpido en la capital noruega el 20 de agosto, la actividad negociadora israelo-palestina ha continuado frenéticamente, en París, con objeto de poner a punto los documentos de reconocimiento recíproco. Por fin, estos consisten en dos cartas sin membrete, fechadas el 9 de septiembre de 1993. La que Yassir Arafat dirige a «Yitzhak Rabin, primer ministro de Israel» reconoce, en nombre de la OLP, «el derecho del Estado de Israel a existir en paz y seguridad», acepta las Resoluciones 242 y 338, «se compromete con una resolución pacífica del conflicto», «renuncia al empleo del terrorismo y otros actos de violencia», y declara que «dejan de ser ahora operativos y válidos», antes incluso de su derogación formal, los contenidos de la Carta Nacional Palestina contradictorios con los acuerdos actuales. La lacónica y fría respuesta de Rabin al «presidente Arafat» se limita a «confirmarle que, a la luz de los compromisos» contenidos en la misiva de este, «el gobierno de Israel ha decidido reconocer a la OLP como representante del pueblo palestino e iniciar negociaciones con la OLP dentro del proceso de paz para Oriente Medio». En una tercera carta, dirigida al ministro noruego Holst, Arafat precisa que, una vez rubricada la Declaración de Principios, llamará a los palestinos de

Cisjordania y Gaza a poner fin a la Intifada, lo que, en efecto, sucede el 24 de septiembre; el fin oficial de la revuelta, empero, no llega hasta el 9 de junio de 1994, con un balance de muertos que algunas fuentes cifran en 1.258 palestinos y 188 israelíes.[38]

Durante muchas décadas, dos movimientos de liberación nacional —el judío y el arabopalestino— se habían negado mutuamente cualquier legitimidad y cualquier derecho sobre la tierra que ambos consideraban exclusivamente suya; unos, a caballo del «todo o nada», se han quedado sin nada, pero no se han dado por vencidos; los otros, practicando el «lo que se pueda», han acabado por tenerlo todo, pero han descubierto que las victorias militares no pueden borrar la voluntad de un pueblo. Por fin, en el verano de 1993, se impone la vieja idea del compromiso, de la partición territorial; en vez de seguir confrontando los títulos de propiedad respectivos y excluyentes, de seguir intercambiándose descalificaciones —«terroristas» contra «colonialistas»—, ahora se trata de resolver los problemas prácticos de convivencia entre dos pueblos en un espacio geográfico reducido. En palabras de Faysal Husseini, Oslo «no era la paz, era solo una declaración destinada a llegar a ella»,[39] pero el acuerdo interino marca un punto de inflexión histórico, y es tanto para solemnizarlo como para comprometer en él a Estados Unidos que ambas partes piden a Washington que acoja su firma pública.

La ceremonia, solemne y emotiva hasta provocar las lágrimas de personajes tan curtidos como Henry Kissinger o Jimmy Carter, tiene lugar el lunes 13 de septiembre de 1993 al mediodía, en los jardines de la Casa Blanca, ante 3.000 invitados. Con el presidente Bill Clinton en el papel de anfitrión y de padrino —«la paz de los valientes está a nuestro alcance. En todo Oriente Próximo hay un gran anhelo por el milagro silencioso de una vida normal»— Shimon Peres y Mahmud Abbas (llamado Abu Mazen, número 2 de la OLP y futuro presidente palestino) ratifican la Declaración de Principios aprobada en Oslo antes de que Rabin y Arafat unan sus manos en un apretón tan incómodo para el israelí como lleno de simbolismo para el mundo entero. En todo caso, la apuesta del viejo «soldado de las guerras de Israel» es firme: «Estamos destinados a vivir juntos en la misma tierra. […] Nosotros, que hemos luchado contra vosotros, los palestinos, os decimos hoy con voz clara y fuerte: ¡Basta de sangre y de lágrimas! ¡Basta! No tenemos deseos de venganza, no albergamos ningún odio hacia vosotros. Nosotros, como vosotros, somos un pueblo que quiere construir un hogar, plantar un árbol, amar, vivir junto a vosotros como vecinos, con dignidad, como seres humanos, como hombres libres». «La difícil decisión que alcanzamos juntos exigió un coraje inmenso y excepcional —responde Yassir Arafat—. Pero necesitaremos aún más valor y determinación para seguir construyendo la coexistencia y la paz entre nosotros. […] La batalla por la paz es la más difícil de la vida.»[40] Como para darle la razón, aquel mismo día tienen lugar en Beirut y en Damasco manifestaciones de repulsa, mientras desde Irán e Iraq se lanzan denuncias de traición; en los territorios, la situación es confusa: según un sondeo, dos tercios de los palestinos están a favor del acuerdo, y así lo muestran por las calles de Jericó o de Jerusalén Oriental, pero en Gaza islamistas y radicales laicos imponen una «jornada de duelo».[41]

Saludados con entusiasmo tanto por la izquierda política e intelectual israelí como por la opinión pública internacional,[42] generadores de grandes expectativas en materia de desarrollo económico regional, los acuerdos de Oslo-Washington adquieren, en la percepción de muchos, el falso carácter de un «tratado de paz» entre Israel y los palestinos. Alimentan tal equívoco —bienintencionado, pero peligroso— muy diversos factores: la Resolución 48/58 por la cual, el 14

de diciembre de 1993, la Asamblea General de la ONU «expresa su pleno apoyo» al proceso de paz y llama a todos los Estados miembro a arroparlo; o el discurso de Rabin ante el Congreso de los Estados Unidos, en julio de 1994 —«hoy nos estamos embarcando en una batalla que no deja muertos ni heridos, sangre ni angustias. Esta es la única batalla en la que da gusto combatir: la batalla por la paz»—;[43] o, sobre todo, la concesión del premio Nobel de la Paz de 1994, *ex aequo*, a Yassir Arafat, Shimon Peres y Yitzhak Rabin, quien aprovecha el acto de entrega para reiterar su mensaje: «Seguiremos en el camino de la paz con determinación y fortaleza. No nos detendremos. No nos daremos por vencidos. La paz triunfará sobre todos sus enemigos, porque la alternativa es peor para todos nosotros. Y hemos de prevalecer».[44] Frente a todo este optimismo de la voluntad, la aplicación de los primeros compromisos contenidos en la Declaración de Principios exigirá no dos meses, sino siete de arduas negociaciones, de modo que la firma, en El Cairo, del «Acuerdo sobre la Franja de Gaza y el Área de Jericó» se hace esperar hasta el 4 de mayo de 1994.[45] En las dos semanas siguientes, el Tsahal se retira de casi todo el distrito de Gaza y de 65 kilómetros cuadrados alrededor de Jericó, cediendo el paso a 9.000 policías palestinos a las órdenes de una naciente Autoridad Nacional Palestina (ANP) que empieza a tomar cuerpo ante su pueblo aquel 1 de julio, cuando el rais Arafat regresa triunfalmente a Gaza tras veintisiete años de exilio. La ciudad costera se convierte así en capital provisional de una ANP dirigida, sobre todo, por jerarcas y burócratas venidos de Túnez y precariamente financiada por los donativos internacionales.

Bajo los embates sangrientos de los dos extremismos —que analizaremos más adelante—, los pasos ulteriores en el acuerdo entre Israel y la OLP resultan cada vez más dificultosos, y no es hasta el 28 de septiembre de 1995 cuando Arafat y Rabin pueden firmar en Washington el Acuerdo Interino israelo-palestino sobre Cisjordania y Gaza, conocido periodísticamente como Oslo II. Mucho más ambicioso y global que los compromisos previos, este concreta la celebración de elecciones al Consejo Legislativo Palestino y, en materia de seguridad interna, dibuja en Cisjordania tres tipos de situaciones: las principales ciudades (Yenin, Nablús, Kalkilia, Tulkarem, Ramallah, Belén, Jericó y, con reservas, Hebrón), totalizando el 3% del territorio y el 20% de la población, constituyen la zona A, donde la autonomía palestina tiene competencias policiales exclusivas; otro 24% de la superficie, que engloba ciudades pequeñas y pueblos donde vive el 68% de la población árabe, forma la zona B, con los palestinos a cargo del orden público, pero bajo la superior autoridad israelí; por último, sigue en manos de Israel el 73% despoblado de la región —la zona C—, que deberá ir pasando a la jurisdicción de la ANP a medida que el Tsahal se repliegue, con excepción de los asentamientos judíos, bases militares y otras posiciones estratégicas cuyo futuro depende de las negociaciones finales.[46]

El mero inicio del proceso de paz con los palestinos, pese a sus incertidumbres, hace posible el desarrollo de negociaciones bilaterales directas entre Israel y unos vecinos árabes que ahora ya no han de temer —como le sucedió a Egipto— ser acusados de deserción. Con Jordania —que ha sido siempre «el mejor enemigo» del Estado judío—, y con su rey Hussein —interlocutor secreto y personal de los dirigentes israelíes desde hace décadas—, el borrador de un acuerdo queda establecido a partir de septiembre de 1993, se consolida gracias a la empatia creciente entre el monarca y el primer ministro hebreo a lo largo de numerosos encuentros directos, y desemboca en la Declaración de Washington del 25 de julio de 1994, que pone fin al estado de beligerancia entre los dos países, acuerda una serie de medidas de confianza mutua y reconoce a

la monarquía hachemí un papel especial en la custodia de los santuarios musulmanes de Jerusalén.[47] Aplaudida con entusiasmo por la opinión pública israelí entre bromas sobre la conveniencia de proclamar a Hussein rey de Israel, la Declaración de Washington solo antecede en tres meses al tratado formal de paz israelo-jordana, rubricado el 26 de octubre en un punto fronterizo del desierto meridional de Arava, ante el presidente Clinton y otros dignatarios internacionales. El documento incluye la devolución a Jordania de unos 300 kilómetros cuadrados de territorio y otros ajustes fronterizos, así como el reparto de los recursos hídricos y compromisos de seguridad recíproca; y, una vez ratificado por ambos parlamentos (en la Knéset con 105 votos contra 3, en la Cámara jordana con 55 votos contra 23) abre paso al intercambio de embajadores y la apertura de fronteras en un clima cargado de perspectivas de cooperación económica (por ejemplo, el aeropuerto de la Paz Ákaba-Eilat, o los 125.000 turistas israelíes que visitan Jordania anualmente durante el bienio 1996-1997…). Un clima que la hostilidad de los grupos jordanos de oposición y el naufragio del acuerdo israelo-palestino congelarán a lo largo de la década siguiente.[48]

Con relación a Siria las cosas son, claro está, mucho más complicadas, a pesar de los buenos oficios de la administración Clinton y en especial del entonces secretario de Estado, Warren Christopher. ¿Los motivos? Por una parte, «Hafiz al-Assad, como muchos de sus compatriotas, ha experimentado siempre una especie de revulsión instintiva ante todo lo que representa Israel»;[49] por la otra, la política de Damasco pivota sobre la recuperación íntegra del Golán perdido en 1967 —su lema es «retirada total a cambio de paz total»—, una comarca de 1.200 kilómetros cuadrados a la que Israel da enorme valor como prenda de seguridad estratégica y donde viven, además, 14.000 colonos adscritos al movimiento laborista. Con todo, el gobierno Rabin ha aceptado desde agosto de 1992 dialogar con Siria sobre el intercambio de territorio por paz y, un año después, el primer ministro plantea a través de los norteamericanos la hipótesis de una retirada completa en cinco años a cambio de la normalización diplomática escalonada, según el modelo del acuerdo israelo-egipcio. Sin embargo, Assad exige recuperar todo el Golán antes de cualquier gesto conciliador, y las conversaciones a nivel de jefes de Estado Mayor celebradas en Washington en diciembre de 1994 y en junio de 1995 chocan contra la negativa de Damasco a aceptar las garantías que Israel reclama frente al riesgo de un ataque futuro (una estación de alerta avanzada del Tsahal en el Golán restituido, desmilitarización de la zona fronteriza siria, eventual despliegue de tropas norteamericanas…). Durante el segundo semestre de 1995, la alergia entre los dos países, la distancia cultural que separa a ambas sociedades, la hostilidad y la desconfianza mutuas permanecen casi intactas, lo cual, de rebote, bloquea cualquier proceso negociador con el Líbano; por otra parte, ¿qué interés puede tener la casta militar alauita siria en perder la coartada —el estado de guerra— que justifica sus privilegios políticos y presupuestarios, que legitima en último término la dictadura?[50]

EL PROCESO DE PAZ DESCARRILA

El 4 de mayo de 1994, en El Cairo, durante la firma del Acuerdo Gaza-Jericó, Yitzhak Rabin había advertido: «Superar cien años de animosidad, de suspicacia y de derramamiento de sangre no es tan simple. Existe una oposición en ambas partes por lo que estamos haciendo ahora, y se

requerirá de mucho, mucho por ambos lados para asegurar el éxito»; después, insistió: «A menos que a los israelíes se les garantice plena seguridad, y los palestinos abriguen nuevas esperanzas, las metas del acuerdo no serán logradas». En efecto, el núcleo del proceso de paz —el pacto Rabin-Arafat— era muy frágil, se basaba en la incipiente confianza mutua entre dos comunidades antagónicas durante generaciones, e intentar hacerlo pedazos resultaba de lo más tentador para todos los enemigos —ideológicos, religiosos o estratégicos— de una Palestina repartida en un nuevo Oriente Próximo estabilizado y equilibrado bajo la égida de Estados Unidos.

Los primeros adversarios políticos del proceso de Oslo son los partidos de la extrema derecha y la derecha nacionalista israelíes (Tsomet, Moledet, el Likud a cuyo frente el derrotado Shamir ha sido reemplazado por su joven delfín, Benjamin Netanyahu) que, en el curso de los debates parlamentarios sobre la Declaración de Principios, sobre el Acuerdo Gaza-Jericó y sobre Oslo II, comparan al primer ministro Rabin con el Chamberlain de la capitulación de Múnich, acusan a su gobierno de firmar acuerdos «con el mayor asesino de judíos desde Hitler» (en referencia a Arafat) y anuncian que, cuando vuelvan al poder, los derogarán. Pero, en el campo israelí, la hostilidad más feroz proviene de la derecha religiosa, de aquellos que ven en la puesta en marcha de la autonomía palestina la pignoración de la herencia bíblica, una catástrofe espiritual: los elementos del Gush Emunim y otros grupos fundamentalistas, el Partido Nacional Religioso, el Consejo de los Colonos de Judea-Samaria… Desde finales de 1993, y entre incitaciones a la desobediencia civil, tales sectores llenan las ciudades israelíes de carteles donde Rabin aparece tocado con un *kefieh* palestino y apodado «el embustero».

Es de ahí de donde surge Baruch Goldstein, el médico ultrarreligioso inmigrado desde Nueva York hasta el asentamiento cisjordano de Kyriat Arba que, el 25 de febrero de 1994, penetra en la cueva de Makpela, el santuario conocido como la Tumba de los Patriarcas, en Hebrón, y abre fuego de fusil ametrallador contra los fieles musulmanes en plena oración matinal, causando 29 muertos y decenas de heridos antes de ser linchado por los supervivientes. Concebida probablemente para dinamitar el proceso de paz, la matanza alimenta el último espasmo de la Intifada (con decenas de muertos adicionales), provoca la suspensión temporal de las conversaciones israelo-palestinas sobre Gaza y Jericó, lleva al gobierno Rabin a obtener la ilegalización de los grupos extremistas Kach y Kahane Hai,[51] de los que el asesino de Hebrón estaba cerca («Sois una vergüenza para el sionismo y una vergüenza para el judaísmo»)…, pero también convierte a Goldstein en una especie de héroe-mártir, objeto de culto entre los colonos más fanáticos y la extrema derecha más agresiva.[52]

En el campo arabopalestino el rechazo del compromiso con Israel reúne —en una Alianza de las Fuerzas Palestinas constituida en octubre de 1993— tanto a los grupos de la izquierda laica amparados por Siria, Iraq, Libia y otros países como a las organizaciones fundamentalistas crecidas al calor de la Intifada, amamantadas por Irán y que consideran sacrílego reconocer a los judíos la posesión de la menor parcela de Palestina, una tierra sagrada del islam. Son estas últimas, no obstante, las que pasan a la acción con más celeridad y contundencia, y con una táctica más clara: debilitar, a golpe de atentados, el apoyo social y político israelí al proceso de paz, dejar al gobierno Rabin sin margen de maniobra, empujarlo hacia la represión y la intransigencia y, de este modo, disipar entre los palestinos cualquier ilusión de arreglo pacífico. Desde el mismo septiembre de 1993 hasta finales de año, las Brigadas Ezzedin al-Qassam —la

sección militar de Hamás— provocan la muerte de quince israelíes, entre militares y colonos. Acto seguido, en 1994, Hamás y el Yihad Islámico se lanzan a cometer atentados suicidas contra objetivos dentro del Israel estricto, generalmente al comienzo o al final del fin de semana judío: ocho muertos en un autobús en Afula el 6 de abril; cinco muertos en la estación de autobuses de Hadera una semana después; veintiún muertos por la inmolación de otro kamikaze dentro de un autobús en el centro de Tel Aviv el 19 de octubre; veintidós soldados fuera de servicio muertos en el cruce de Bet Lid, cerca de Netanya, el 22 de enero de 1995; cinco muertos en el centro de Ramat Gan el 24 de julio siguiente; cuatro muertos en el barrio de Ramat Eshkol, en Jerusalén, el 21 de agosto de 1995… En los veintiséis meses posteriores a la firma de los acuerdos de Oslo-Washington, más de 130 israelíes pierden la vida a causa de atentados terroristas ejecutados tanto en Israel como en los Territorios.[53]

Ante la espiral de violencia y represión —a cada atentado le siguen detenciones en masa, toques de queda y clausuras temporales de las áreas palestinas—, la actitud de Arafat y de su ANP resulta displicente, evasiva, contraria a asumir, ni siquiera en Gaza y Jericó, responsabilidad antiterrorista alguna. A diferencia, por ejemplo, del irlandés Michael Collins, Yasir Arafat no creerá nunca que la independencia nacional y la conciliación con el enemigo puedan costar el precio de una guerra civil interpalestina; en consecuencia, se abstiene de combatir seriamente un terrorismo fundamentalista cuya popularidad —sobre todo, en Gaza— conoce, procura establecer con él acuerdos de tregua o no agresión —con Hamás, el 22 de abril de 1994—[54] que convierten las zonas autónomas en santuarios para los activistas y, en conjunto, contempla a estos como peones útiles de cara a acelerar la retirada israelí. «Desde el punto de vista de Arafat, la continuación del terrorismo anima a Israel a hacer concesiones y convierte la ocupación en insoportable.»[55]

Los efectos de esta situación sobre una opinión israelí que siempre se ha mostrado dividida, escéptica y recelosa ante Oslo son demoledores. Frente a la ofensiva de los suicidas islamistas, la promesa inicial de Rabin y Peres de que las negociaciones con la OLP pondrían fin al terrorismo resulta una burla trágica que erosiona el apoyo ciudadano al proceso de paz —en noviembre de 1994, solo un 42% aprueba continuarlo—[56] y empuja a los sectores populares menos ideologizados a los brazos de la derecha laica o religiosa, la gran beneficiaria política del clima de inseguridad e indignación que se extiende por el país. Se dibuja entonces una típica alianza de los extremos: «Con su crueldad asesina, los movimientos de Hamás y el Yihad Islámico les hacen el mejor servicio posible a los extremistas de Israel, [les] permiten presionar indignamente al gobierno del país y pedir que se posponga, aplace, congele o frene el proceso de paz».[57]

Claro que dicho proceso también ha tenido y está teniendo efectos beneficiosos, sobre todo en cuanto a la proyección y la imagen internacionales y a la economía. Inmediatamente después de Oslo, otra docena de Estados —entre ellos, el Vaticano— intercambian embajadores con Israel, y los vínculos con la Europa comunitaria mejoran, y empieza un acercamiento silencioso, sobre la base de intercambios tecnológicos y comerciales, entre el Estado israelí y un buen número de países árabes, sobre todo del Consejo de Cooperación del Golfo (Omán, Bahréin, Qatar…) y del Magreb (Marruecos, Túnez, Mauritania…) con los que se establecen relaciones oficiosas o semioficiales, mientras se preparan planes de desarrollo y cooperación regional por un valor —mediado 1995— de 25.000 millones de dólares. Si, a pesar de la fuerte inmigración, la tasa de paro —que era del 11,8% en 1992— cae al 7,8% en 1994, y la inflación permanece

controlada (11,2% en 1993, 14,5% en 1994…); si, pese al elevado gasto militar, el crecimiento del Producto Interior Bruto llega al 6,8%, uno de los más altos del mundo, es comprensible que las perspectivas de un mañana pacífico, con fronteras abiertas y sin boicot árabe, atraigan las inversiones y alimenten toda suerte de proyectos para hacer de Israel el catalizador económico de Oriente Próximo.[58]

Sin embargo, tales dividendos resultan abstractos, remotos, intangibles para la inmensa mayoría de los israelíes, y quedan eclipsados por la lacra del terrorismo, mucho más mortífero e indiscriminado que antes de los primeros acuerdos con la OLP. «Cuanto más avanzábamos hacia la paz, más terreno perdíamos ante la opinión pública», ha reconocido Shimon Peres.[59] Así pues, la ciudadanía bascula hacia el rechazo del proceso negociador, la intención de voto a las izquierdas se hunde, el clima político se enrarece como nunca y la derecha intensifica la campaña deslegitimadora contra un gobierno cada vez más débil: «¡Esto no es la paz, es terrorismo!», «¡Una paz de pesadilla!» «¡Rabin, eres un traidor!» «Rabin está provocando una humillación nacional al aceptar los dictados del terrorista Arafat»… Cuando, el 5 de octubre de 1995, mientras la Knéset debate tempestuosamente el acuerdo Oslo II, manifestantes opositores enarbolan un fotomontaje que representa al primer ministro en uniforme de oficial de las SS nazis —esto en Jerusalén, en Israel—, la criminalización del adversario político cruza todas las líneas rojas.[60]

Precisamente, para contrarrestar esta encarnizada campaña, para apoyar a un gobierno sometido al fuego cruzado de los fundamentalistas palestinos y de la extrema derecha israelí, los partidos de izquierda y el movimiento Shalom Ahshav convocan, el sábado 4 de noviembre por la noche, una gran manifestación bajo el lema «Por la paz, contra la violencia» en Tel Aviv, en la plaza de los Reyes de Israel. Se reúnen en dicho lugar más de 100.000 personas, sobre todo jóvenes, ante las cuales el habitualmente adusto primer ministro reitera su apuesta política —«he sido un soldado durante veintisiete años. He hecho la guerra mientras no había una oportunidad para la paz. Ahora creo que existe una oportunidad para la paz, una gran oportunidad, y debemos aprovecharla»— e incluso entona, con su característica voz ronca, la popular «Canción de la Paz» (*Shir HaShalom*); «Yitzhak era el más feliz de los hombres —recuerda S. Peres, quien le acompañaba—. Era el día más hermoso de su vida». Poco después, mientras la concentración se disuelve y cuando Rabin está a punto de abandonar el lugar, tres balas disparadas por un joven fanático religioso de nombre Yigal Amir le causan heridas de las que fallece minutos más tarde en un hospital cercano; el asesino, activista de la colonización ilegal en Cisjordania que será condenado a cadena perpetua, asegura haber obrado por mandato divino con el propósito de eliminar a «un traidor al pueblo judío».[61]

Si en los campos de refugiados palestinos del Líbano, entre los dirigentes de Hizbulah, Yihad Islámico, Hamás y otros grupos extremistas, o bien en los círculos gubernamentales de Teherán la muerte de Rabin provoca una indisimulada alegría,[62] la reacción casi universal es de desolación y de inquietud por el proceso de paz, y los funerales del 6 de noviembre reúnen en Jerusalén a jefes de Estado (los presidentes Clinton, Mubarak, Chirac…, el rey Hussein), jefes de Gobierno (John Major, Felipe González…) y ministros de decenas de naciones, incluidos diversos países árabes y la Autoridad Nacional Palestina, los cuales suman su homenaje al de un millón de israelíes antes de que los restos de aquel a quien Clinton ha calificado de «mártir por la paz» sean sepultados entre los padres de la patria, en el cementerio del monte Herzl. En Israel, y

al margen de las preguntas sobre la flagrante negligencia de unos servicios de seguridad incapaces de evaluar la amenaza de la ultraderecha judía, el magnicidio provoca una conmoción sin precedentes. «El Estado de Israel no volverá a ser el mismo», pronostica el ministro laborista Yossi Sarid, mientras la viuda de Rabin, Leah, acusa abiertamente al Likud de haber propiciado el clima de odio y demonización que incubó el crimen. Es, en definitiva, el fin de la inocencia de una sociedad que se creía cohesionada en torno a unos valores básicos, la dramática eclosión del antagonismo entre religiosos-nacionalistas y liberales-laicos, entre las ciudades de Tel Aviv y Jerusalén, según la metáfora de algunos intelectuales; es, también, la pérdida del líder que, gracias a su pasado, ofrecía a los electores una garantía personal de seguridad entre las incógnitas y los riesgos de la negociación con la OLP.[63]

Pero, de momento, el drama parece fortalecer la política por la que Rabin ha dado la vida; Shimon Peres, investido nuevo primer ministro y ministro de Defensa el 22 de noviembre —con el exgeneral Ehud Barak como titular de Exteriores—, se compromete a continuar la obra de su «hermano mayor», al tiempo que, bajo el impacto emocional del asesinato, las simpatías y las intenciones de voto basculan de repente hacia los laboristas, en detrimento de un Benjamin Netanyahu momentáneamente estigmatizado por las feroces descalificaciones que había proferido contra Rabin. Unas elecciones celebradas en aquella atmósfera habrían dado a Peres la más cómoda de las victorias, pero el jefe del Gobierno se resiste a ir a las urnas por temor a ser tachado de oportunista y anuncia el propósito de completar la legislatura; cuando, forzado por las circunstancias, decide convocar los comicios a finales de mayo de 1996, ya es demasiado tarde.

En efecto, el semestre comprendido entre noviembre de 1995 y mayo del año siguiente representa para los israelíes una etapa penosa e infausta que confirma los prejuicios de muchos de ellos sobre la mala estrella, sobre el carácter «perdedor» de su primer ministro por defunción. Y, sin embargo, el período se había abierto bajo augurios esperanzadores: caliente aún el cadáver de Rabin, el 13 de noviembre el Tsahal evacúa Yenin y a finales de año ya ha dejado en manos palestinas las siete principales ciudades de Cisjordania, de acuerdo con los compromisos de Oslo II. Arranca acto seguido la campaña que debe desembocar, el 20 de enero, en la elección del presidente y del Parlamento o Consejo legislativo de la Autoridad Nacional Palestina; con una participación muy alta pese al boicot de islamistas y facciones izquierdistas, los previsibles vencedores son Yassir Arafat —elegido presidente con el 81,7% de los votos emitidos— y su partido, Al Fatah, que conquista 63 sobre los 88 escaños del Consejo y deja muy poco espacio a críticos o disidentes.

Incluso se empieza a trabajar sobre el estatus definitivo de los territorios. Ya antes de la muerte de Rabin, el ministro y «paloma» laborista Yossi Beilin ha impulsado, reproduciendo la receta de Oslo pero ahora en Estocolmo, una serie de reuniones secretas entre cuatro académicos —los mismos profesores Hirschfeld y Pundak y dos colegas palestinos avalados por el brazo derecho de Arafat, Mahmud Abbas, alias *Abu Mazen*—, reuniones que fructifican en un borrador de acuerdo, llamado «de Estocolmo»: el 6% de Cisjordania, donde vive el 75% de los colonos judíos, sería anexionado a Israel y compensado a los palestinos con territorio desértico al sur de Gaza; estos levantarían, sobre el 94% de Cisjordania y la Franja de Gaza ampliada, un Estado desmilitarizado con capital justo al este del municipio de Jerusalén, el cual permanecería indiviso en manos israelíes. Desaparecido Rabin, su sucesor Peres rehúsa comprometerse con este plan, y tampoco se decide a ordenar la retirada de Hebrón, prevista para marzo de 1996; así pues,

cuando el 5 de mayo de 1996 tiene lugar en el centro turístico egipcio de Taba el encuentro de apertura de lo que deben ser las negociaciones para el acuerdo final entre Israel y la Autoridad Palestina, estas carecen completamente de un consenso previo que facilite su progreso, y quedan de inmediato en suspenso ante la inminencia de los comicios israelíes. Eso sí: la nueva plataforma electoral del Partido Laborista acepta por primera vez la creación de un Estado palestino, aunque sin Jerusalén.

Último argumento para el optimismo, Peres había retomado también, animado por los norteamericanos pero con genuina voluntad de llegar a un acuerdo, las conversaciones israelo-sirias, y entre diciembre de 1995 y enero de 1996 tienen lugar en Wye Plantation (Maryland) dos tandas de negociaciones a nivel de funcionarios sobre cuestiones de seguridad, fronteras, recursos hídricos, etc. Hafiz al-Assad, en todo caso, rechaza celebrar una cumbre con el primer ministro israelí y, ante la falta de progresos, este resuelve interrumpir los contactos directos hasta después de las elecciones a la Knéset.

Ahora bien, si aplicar Oslo II, negociar con la ANP sobre el arreglo final y discutir con Siria sobre un tratado de paz ya es bastante difícil y sensible —porque conlleva inexorables renuncias territoriales que buena parte de la opinión no acepta—, lo que arruina la credibilidad del gobierno Peres es la paralela y brutal escalada de violencia en la zona. El 5 de enero de 1996, en Gaza, la explosión de un teléfono móvil manipulado por el Shin Bet mata a Yahya Ayash, llamado «el Ingeniero», uno de los más hábiles artificieros de Hamás, cerebro de atentados que habían costado la vida a medio centenar de israelíes y heridas a cuatrocientos. Agotado ya el pretexto de la venganza por la matanza en la Cueva de los Patriarcas, el grupo fundamentalista y sus padrinos de Teherán hallan en el «martirio» de Ayash la coartada perfecta para desencadenar una ofensiva terrorista de intensidad inédita en el corazón mismo de Israel, una campaña que dinamite el proceso de paz en beneficio de la estrategia apocalíptica tan grata a todos los integrismos. Shimon Peres explica:

> Nunca olvidaré aquella terrible mañana del 25 de febrero de 1996. Hacia las seis y media, salía de mi domicilio de Jerusalén para ir a mi despacho. Los agentes de la Seguridad me anunciaron que un autobús lleno de gente había explotado en pleno centro y que el atentado parecía obra de kamikazes. Inmediatamente quise ir al lugar de los hechos. […] La plaza estaba llena de soldados, de policías, de ambulancias. El suelo aún estaba rojo de sangre, y se recogían los cuerpos despedazados para introducirlos en bolsas de plástico. Había familiares y amigos de las víctimas llorando. Y la multitud me abucheaba: «Asesino», «traidor». No pude reaccionar.

El balance de esta primera bomba es de veinticinco muertos y medio centenar de heridos, pocos minutos antes de que un segundo suicida cause otro muerto en Ashkelon. Al día siguiente, un automovilista cisjordano embiste a diversas personas que aguardan el autobús y mata a una. El 3 de marzo, otro terrorista de Hamás se hace volar en un autobús urbano de Jerusalén, causando dieciocho muertos y diez heridos. El día 4 es un militante del Yihad Islámico quien estalla en pleno centro comercial de Tel Aviv, provocando catorce muertos y 157 heridos. «En Israel —prosigue Peres—, día y noche, todo el mundo veía en la televisión las mismas imágenes. Y siempre los mismos puños alzados y los mismos gritos, y aquellos insultos, cada día más

fuertes y violentos. […] Antes de los atentados, los sondeos me daban una ventaja del 16% sobre el candidato del Likud. Después, este último me superaba en un 4%. Habíamos perdido, pues, un 20% de los votos.»[64]

Al margen de la exactitud de los porcentajes, en efecto, el ciclo de bombas de febrero-marzo de 1996 no solo lanza a las calles de Israel a excitados simpatizantes de la derecha que gritan «¡Muerte a los árabes!» y «¡Muerte a Peres!», sino que también convence a muchos ciudadanos moderados de la debilidad, de la incapacidad del gobierno para garantizarles la seguridad. Consciente por fin de la gravedad de la situación, o presionado desde el exterior, el mismo Arafat que ha rendido homenaje al Ingeniero acaba por ordenar a su policía una represión limitada contra Hamás y el Yihad, y luego prepara un gesto de apoyo a Peres. El 24 de abril, reunido en Gaza después de tres décadas de exilio, el Consejo Nacional Palestino suprime de la Carta Nacional todos los artículos que todavía invocaban la destrucción del Estado judío. También la comunidad internacional se moviliza en auxilio del acorralado gabinete israelí, y organiza a toda prisa en Sharm el-Sheik, el 13 de marzo, una cumbre antiterrorista con presencia de 26 países, protagonismo de Bill Clinton y solemne escenificación del compromiso —verbal— de todos en favor del proceso de paz y contra la violencia islamista.

Pero las buenas palabras de la diplomacia sirven de poco ante la decisión fanática de los extremistas. El 30 de marzo y el 9 de abril, los chiíes surlibaneses de Hezbolá —instrumento de la estrategia iraní y peones tácticos de Siria— riegan de cohetes katyusha el norte de Galilea. Para un Shimon Peres contra las cuerdas, con imagen de indeciso y siempre bajo la sospecha de ser más débil, más blando, menos contundente que Rabin, la ocasión de desmentirlo un mes antes de las elecciones parece perfecta. Así pues, el Tsahal emprende el 11 de abril una operación aérea, naval y terrestre de represalia masiva —bautizada «Uvas de la ira»— que pretende forzar a Damasco a controlar a los chiíes…, y que el 18 de abril derrapa en una tragedia: proyectiles de artillería israelíes caen por error dentro de un campamento de Naciones Unidas en Cana, cerca de Tiro, y causan un centenar largo de muertos entre los civiles libaneses refugiados en el recinto. Aunque la mediación de Estados Unidos permite llegar el 27 de abril a una tregua que restaura más o menos el *statu quo* ante, la Operación Uvas de la ira resulta un fiasco militar, un desastre diplomático —que indigna al mundo árabe y atrae sobre Israel la reprobación internacional— y también un fracaso político interno. Mientras para los votantes judíos la torpe exhibición de fuerza contra Hezbolá ya no llega a tiempo de lograr que la cotización de Peres remonte el vuelo, muchos árabes israelíes deducen de ella que entre el laborista y Netanyahu no hay ninguna diferencia y que, por tanto, es preferible abstenerse antes que escoger entre dos males.

En resumen, de cara a los comicios de mayo de 1996 —los primeros donde se aplica la reforma legal de 1992 y que incluyen la elección directa de primer ministro, además del usual voto a los partidos— el laborismo despliega una campaña pobre, poco movilizadora, tibia en su apuesta por la paz, lastrada por errores e infortunios, mientras el Likud tiene en Benjamin Netanyahu un candidato joven y vigoroso, que no reniega de Oslo, pero desconfía de él, y ofrece un mensaje tan simple como reconfortante: «Paz con seguridad». El factor más determinante del voto, en todo caso, es el terrorismo: «Los atentados desvanecieron el recuerdo de la camisa ensangrentada de Rabin y de la indignación que había suscitado. El 29 de mayo, al abrirse las

urnas, la mayoría de los israelíes recordaba mejor las docenas de camisas ensangrentadas de las víctimas de las bombas, y tendía a asociarlas con los acuerdos de Oslo […] y con las sonrisas y los apretones de manos entre Peres y Arafat».[65]

9

La dialéctica infernal (1996-2003)

NETANYAHU Y LA PAZ OBSTRUIDA

Pocas semanas antes de las elecciones israelíes de mayo de 1996, se dieron a conocer en Oriente Próximo las conclusiones de un estudio auspiciado desde la Universidad Americana de Beirut sobre la opinión pública de tres países árabes (Líbano, Siria y Jordania) respecto de Israel.[1] Se reflejaba el predominio de una visión resignada del proceso de paz, no como una apuesta positiva y beneficiosa, sino como un reconocimiento forzado de la debilidad árabe; forzado y coyuntural, pues dos tercios de la muestra dudaban de que la paz fuese a resultar duradera. De hecho, solo un 12% de los encuestados creía en las intenciones pacíficas de Israel, y un 70% de los jordanos rechazaba las relaciones económicas con el Estado hebreo; interrogados sobre qué sentían al enterarse de un ataque contra Israel, el 100% de quienes se identificaron como musulmanes creyentes decían sentir «orgullo y exaltación», y solamente un 2% de los encuestados laicos expresaba solidaridad con las víctimas. Muy pronto, el escrutinio electoral israelí iba a poner en evidencia que la inquina, el rencor y la hostilidad hacia el enemigo de tantas décadas no se hallaban únicamente en uno de los bandos del viejo litigio.

El 29 de mayo, la inédita elección de primer ministro tiene un resultado muy disputado: habiendo captado el voto útil incluso de los *charedim* («temerosos de Dios», ultraortodoxos) más antisionistas, Benjamin «Bibi» Netanyahu se impone con el 50,4% y unos 29.500 sufragios de ventaja sobre Shimon Peres (49,6%), que no ha llegado a movilizar en un grado equivalente al electorado árabe-israelí. Quizá para compensar esta votación bipolarizada y pragmática, la composición de la decimocuarta Knéset registra un remarcable ascenso de los partidos pequeños, en perjuicio de los grandes. Así, pese a que es la fuerza más votada, el Partido Laborista pierde casi ocho puntos porcentuales y 10 escaños (hasta el 26,9% y 34 diputados), mientras que la coalición derechista Likud-Tzomet-Gesher[2] retrocede —si sumamos sus resultados por separado de 1992— más de seis puntos y 8 escaños, y se queda con el 25,1% de los votos y 32 actas; los ultras laicos de Moledet obtienen 2 diputados, el progresista Meretz también retrocede (hasta los 9 escaños) y, en cambio, tanto los comunistas de Chadash como el Partido Democrático Árabe mejoran sus posiciones (con 5 y 4 diputados, respectivamente). Sin embargo, los principales beneficiarios de la debacle de los dos grandes son los partidos religiosos (que suben, en conjunto, hasta el 19,5% de los votos emitidos y los 23 escaños bajo el impulso hegemónico del partido sefardí Shas) y dos formaciones nuevas: Tercera Vía —disidentes del laborismo por la derecha, encabezados por Avigdor Kahalani y contrarios a la devolución del Golán—, que obtiene 4 escaños, e Israel ba-Aliyá (Israel hacia arriba),[3] un partido surgido en 1995, bajo el impulso del exprisionero soviético Natan (Anatoly) Sharansky, al que la defensa de los derechos sociales de

los nuevos israelíes de procedencia rusa lo hace merecedor de 7 diputados.[4] Hay que hacer notar que apenas dos de cada cinco votantes judíos han confiado en los partidos de la «coalición de Oslo».

Aunque, en rigor, el Likud solo ha conseguido 23 escaños —los otros fueron a parar a los socios menores de la coalición, 4 a Tzomet y 5 a Gesher—, es a Netanyahu a quien corresponde la tarea de formar gobierno de acuerdo con la nueva legislación, cosa que este consigue sin especiales dificultades el 18 de junio; figuran en él, además de su bloque derechista y de las tres listas religiosas, la Tercera Vía y el partido «ruso» Israel ba-Aliyá, conformando así una cómoda mayoría de 66 diputados. Al presentarla ante el Parlamento, Bibi Netanyahu —con cuarenta y siete años, el jefe de gobierno más joven de la historia del Estado y el primero nacido después de la independencia, pese a que ha residido casi tantos años en Estados Unidos como en Israel— subraya las líneas maestras de la nueva política que desea pilotar: sí al diálogo con los palestinos, pero condicionado a la «máxima seguridad para Israel frente al terrorismo y a las amenazas de guerra», así como a la plena cooperación de la ANP en estos objetivos, excluyendo un Estado palestino independiente y sin dejar de espolear «el asentamiento pionero en Judea y Samaria»; paz con Siria también, pero sin condiciones previas y sin renuncia al Golán; compromiso de «proteger Jerusalén, indivisa bajo soberanía del Estado de Israel»; y, en materia económica, reducción del gasto público, privatizaciones, desmantelamiento de monopolios, «mercado libre y franca competencia»: una «revolución thatcheriana».[5]

Tanto si, al llegar al poder, Netanyahu era un doctrinario, la reencarnación rejuvenecida de los viejos dogmas belicosos y expansionistas de Jabotinsky,[6] como si respondía al modelo del político mediático, muy ambicioso de éxito, buen comunicador pero superficial, preocupado sobre todo por captar y seguir —gracias a sondeos y asesores— las fluctuaciones de la opinión pública, el nuevo primer ministro sabe, a mediados de 1996, que no puede romper con el proceso de paz: porque no es este el mandato de los electores, porque ni Washington lo toleraría ni Israel puede permitirse el aislamiento internacional subsiguiente, porque una ruptura con Oslo llevaría el país a la recesión económica y a los palestinos a incrementar la violencia, de modo que la gestión de Bibi acabaría en un desastre… «Incluso si el mismo Netanyahu quisiese parar el proceso […] no podría hacerlo como lo hizo en el pasado su maestro y mentor Yitzhak Shamir», constata un crítico de izquierdas.[7] Así pues, el líder del Likud se propone interpretar los acuerdos firmados de la manera más restrictiva posible, ralentizar su desarrollo, priorizar la seguridad muy por encima de la normalización, llenar el diálogo con la ANP de dudas, precauciones y recelos… y, de esta manera, transmitir a sus votantes la tranquilizadora sensación de que mantiene siempre la guardia alta, que no cederá nunca en los asuntos esenciales.

La nueva filosofía gubernamental se traduce en una versión modificada de la clásica «ducha escocesa»: muchos chorros fríos… y alguno caliente; y eso tanto en el terreno verbal como en el fáctico. En cuanto a las palabras, el discurso de Netanyahu pasa por reafirmar «nuestro derecho básico a cualquier zona del país» («Hebrón es el asentamiento más antiguo de la historia judía, donde hay enterrados nuestras matriarcas y nuestros patriarcas»), por recordar que «aún existe una gran hostilidad contra israel» y por asegurar que «nuestra capacidad de hacer las paces con los vecinos depende por encima de todo de nuestra capacidad disuasiva. El poder militar es una condición para la paz». El primer ministro no duda en acusar al gobierno Rabin-Peres —«condescendiente en vez de negociador»— de haber «entregado el patrimonio nacional sin

nada a cambio», ni se abstiene de decir que «Oslo es un marco muy mal planificado, […] un acuerdo negligente y poco cuidadoso lleno de lagunas», ni vacila en ofrecer a los palestinos, muy por debajo de las expectativas de 1993, tan solo «un grado de independencia considerable pero que mantenga la autoridad de conjunto, especialmente en lo que se refiere a la seguridad, en nuestras manos». Al mismo tiempo, empero, tanto él como su ministro de Exteriores y rival interno, David Levy, proclaman el compromiso de la nueva mayoría derechista con el proceso diplomático, la esperanza de establecer «una paz contractual con nuestros vecinos quizá incluso durante el mandato de este gobierno».[8]

¿Cómo se trasladan en la práctica estos mensajes contradictorios? Por un lado, Netanyahu y Arafat se reúnen el 4 de septiembre para una aparente reanudación de las negociaciones; por el otro, la clausura de los Territorios decretada a raíz de las bombas de febrero-marzo persiste, el Tsahal paraliza su repliegue y la retirada israelí de Hebrón queda en suspenso. Entonces, el 24 de septiembre de 1996, el primer ministro autoriza la apertura al público del túnel de los Asmoneos, un acueducto subterráneo construido en el siglo II a. C. que discurre paralelamente al Muro Occidental y al pie de la Explanada de las Mezquitas, en el área más sagrada y volátil de la Ciudad Vieja de Jerusalén. Habida cuenta de esta volatilidad y conocida la vieja obsesión de los árabes sobre un plan judío para derribar el Haram al-Sharif y levantar su templo sobre las ruinas, la decisión del gobierno israelí no puede considerarse inocente, y al atractivo turístico del túnel sin duda se añade la voluntad de enfatizar la soberanía y el carácter judíos de la ciudad. En todo caso —y este hecho sí que es nuevo, por lo menos desde Oslo— un Arafat decepcionado y debilitado por el bloqueo negociador, seguro de contar, frente a Netanyahu, con la simpatía de la opinión internacional, resuelve hacer uso de la protesta popular violenta como herramienta de presión política sobre Israel. Alentados por él, miles de manifestantes se lanzan desde el 25 de septiembre a las calles de Cisjordania y Gaza en una atmósfera que recuerda a la de la Intifada… pero ahora con armas de fuego, las de muchos policías palestinos que se suman a la lucha contra el Tsahal. En tres días, los desórdenes causan la muerte de 71 palestinos y 16 soldados hebreos, y producen un fuerte impacto en la ciudadanía israelí: muchos ven confirmados sus temores sobre los riesgos de una ANP armada y hostil; otros, sus sospechas sobre la rigidez del ejecutivo de derechas: «El gobierno de Benjamin Netanyahu, durante sus primeros cien días en el poder, no ha dado mucho a los palestinos, más allá de frustración y humillación».[9]

Alarmada por la «guerra del túnel», la administración Clinton convoca para el 1 y el 2 de octubre, en Washington, una cumbre de urgencia entre Netanyahu, Arafat y el rey Hussein, a la que el primer ministro acude sin ganas y de la que el rais palestino sale claramente vencedor: Bibi se ve obligado a retomar el camino del diálogo, un camino que, después de tres meses y medio de negociaciones y una intensa mediación estadounidense, conducirá el 15 de enero de 1997 a la firma del «Protocolo sobre el repliegue en Hebrón». El acuerdo[10] prevé el paso inmediato a la jurisdicción palestina del 80% de la histórica ciudad, y la permanencia del Tsahal en el otro 20% para proteger a los cuatrocientos judíos establecidos en el casco antiguo, así como la Tumba de los Patriarcas. Además, en documentos anejos, la parte israelí se compromete a negociar la apertura del puerto y del aeropuerto de Gaza y de un enlace terrestre entre esta y Cisjordania, y también acuerda completar antes de medidados de 1998, en tres fases, la retirada de zonas rurales prevista en Oslo II. Arafat se obliga, en reciprocidad, a combatir «sistemática y eficazmente» a los grupos terroristas; y Estados Unidos figura como garante del cumplimiento de

todos estos compromisos. A partir de ahí, solamente un 2% de la población palestina de los Territorios (unas 50.000 personas de 2.300.000) siguen bajo autoridad israelí, y aunque esta todavía controla un 71% de la superficie de Judea y Samaria, deberá ceder una parte sustancial de ella en un plazo máximo de año y medio. Si, dentro del mismo gabinete de Jerusalén, el pacto encuentra fuertes resistencias —hasta provocar la dimisión del ministro de Ciencia e hijo del fundador del Likud, Benny Begin—, la Knéset, en cambio, lo ratifica el 16 de enero por una amplia y paradójica mayoría de 87 votos, entre los cuales se cuenta casi toda la oposición de izquierdas, mientras que muchos diputados de la coalición del gobierno prefieren engrosar los votos en contra (17) o las abstenciones (16). A pesar de esa falta de entusiasmo, aun con los esfuerzos de Netanyahu para rebajar las expectativas —«no queremos irnos de Hebrón, queremos quedarnos en Hebrón. […] Estábamos en medio de un avance casi incontrolable hacia las líneas de 1967 y hemos cambiado totalmente el rumbo»—,[11] el acuerdo sobre la Ciudad de los Patriarcas supone un hito histórico y rompe con un gran tabú ideológico, puesto que es la primera vez que un gobierno de la derecha nacionalista se retira de una porción del *Eretz Israel* bíblico, y de una porción con tanta carga simbólica como Hebrón; y lo hace sobre la base de los pactos de 1993-1995 que esta misma derecha tanto ha criticado, y en beneficio de la execrada OLP… La idea de la partición del espacio geográfico entre el Jordán y el Mediterráneo comienza, pues, a imponerse sobre el irredentismo territorial hasta entre los presuntos herederos de Jabotinsky, quizá porque, a pesar de su ruidosa retórica, dichos herederos no tienen tampoco un proyecto alternativo que sea viable.[12]

Ello no obstante, en Oriente Próximo el optimismo resulta casi siempre prematuro. Una vez realizada la evacuación parcial de Hebrón —la ANP se ha apresurado a declararla insuficiente y a reclamar su «liberación total»—,[13] la lógica compensatoria de Netanyahu exige un conjunto de medidas de firmeza. Así, en febrero, su gobierno anuncia la construcción de 6.500 viviendas para 30.000 vecinos sobre la colina de Har Homá (en árabe, *Abu Ghneim*), en la periferia sur de la anexionada Jerusalén oriental. Aunque el proyecto del nuevo barrio solo conlleva la expropiación de 0,45 hectáreas de propiedad árabe y no representa violación formal ninguna de los acuerdos con la OLP, es evidente que esta operación urbanística pretende reforzar el blindaje geográfico y demográfico de la Ciudad Santa contra las reivindicaciones palestinas y, por lo tanto, quiere hipotecar bajo el peso de los hechos consumados la futura negociación final, de manera que los palestinos reaccionan con una huelga general y violentas manifestaciones de protesta ante el inicio de los trabajos. Por otro lado, la comunidad internacional multiplica las condenas, Arafat corta los vínculos con los israelíes, y estos movilizan sus tanques, suspenden el primero de los tres repliegues militares previstos en la Cisjordania rural, y todos los demás compromisos vinculados al acuerdo sobre Hebrón (apertura del puerto y del aeropuerto de Gaza, liberación de prisioneros…) quedan congelados.

Por supuesto, la intransigencia y el dogmatismo no son patrimonio de un solo bando. Desde su alta atalaya intelectual, el profesor Edward W. Said no pierde ocasión de vituperar «la paz corrupta de Arafat con Israel», de cargar contra «el tirano arrogante de Palestina, […] un hombre incompetente que actúa como ejecutor de la ocupación y el desahucio de israelíes y que no hace para su pueblo nada más que oprimirlo y engañarlo», y no se cansa de asegurar que, a los palestinos, las cosas les van «mucho peor que antes de comenzar el proceso de Oslo».[14] Los portavoces de los grupos islamistas son más contundentes todavía —«Oslo de ninguna manera

sirve a los intereses y a las motivaciones del pueblo palestino», «la guerra santa es la alternativa al proceso de paz…, las armas son la única opción»—[15] y, en este caso, sus palabras se traducen en hechos, mientras los servicios de seguridad de la ANP, poco motivados a cooperar con Israel, cierran los ojos. El 30 de julio de 1997, dos terroristas suicidas de Hamás causan dieciséis muertos en el mercado Mahane Yehuda de Jerusalén, y el 4 de septiembre el mismo grupo provocan cinco muertos más en el centro comercial de la ciudad; para Netanyahu, es la ocasión de cerrar de nuevo los Territorios y posponer toda negociación. Aun así, el bloqueo del proceso de paz, las periódicas acometidas del terrorismo y el estímulo gubernamental a la expansión de los asentamientos (a finales de 1997, estos ya acogen 161.157 habitantes judíos, un 9% más que en el año anterior) están lejos de fortalecer la imagen o la posición política del primer ministro. Todo lo contrario, su estilo —presidencialista a la estadounidense y obsesionado por la mercadotecnia en perjuicio del análisis— resulta completamente extraño a la cultura política israelí, le vale poderosos enemigos dentro del propio Likud (por ejemplo, Ariel Sharon) y multiplica las voces que reclaman un gabinete de unidad nacional para evitar males mayores. En septiembre de 1997, el desastroso intento del Mossad de asesinar en Ammán a un dirigente de rango medio de Hamás obliga a Jerusalén, para salvar la cara, a liberar al guía espiritual de los islamistas, el carismático jeque Yassin, pero sobre todo causa un daño irreparable a la credibilidad de Netanyahu, que ha dado luz verde a una operación tan desmañada y tan peligrosa para las vitales relaciones israelojordanas. La coalición de gobierno, por su parte, sufre importantes tensiones: entre religiosos y laicos, cuando los primeros quieren imponer una ley ortodoxa de conversión al judaísmo que pone en pie de guerra a la influyentísima comunidad judía de Estados Unidos;[16] entre «halcones» y «palomas» cuando, en enero de 1998, el moderado David Levy —vice primer ministro y titular de Exteriores… a título decorativo— dimite y, con los otros 4 diputados de Gesher, se va a la oposición, dejando a Bibi con una precaria mayoría de 61 escaños, que el primer ministro ampliará poco después hasta los 63 al precio de incorporar en el ejecutivo al ultraderechista Moledet, el partido más fanáticamente contrario a la paz. Si estos son los difíciles equilibrios dentro del gobierno, tampoco es que Netanyahu tenga buenas noticias fuera: las primarias laboristas que, en junio de 1997, sustituyen el liderazgo de Peres por el de Ehud Barak le crean un rival temible tanto por edad como por perfil biográfico; y el voto de la Knéset —en marzo de 1998— que reelige al pacifista Ezer Weizman como presidente del Estado para un segundo quinquenio, constituye una derrota clara de la derecha y del primer ministro que sobre el papel debería haber tenido mayoría para imponer a su candidato.[17] Solamente la economía, empujada aún por el *boom* tecnológico de la década anterior y espoleada por la intensa liberalización en curso, mantiene resultados satisfactorios: un producto interior bruto per cápita cercano a los diecisiete mil dólares, una tasa de paro del 8,3%, un crecimiento anual del 3%.[18]

En definitiva, durante el primer trimestre de 1998 la confianza entre Israel y sus interlocutores árabes está en ruinas, la pretensión de Netanyahu de obtener una paz gratuita, sin nada a cambio, mantiene el proceso negociador inmovilizado tanto con la ANP como con Siria, los asentamientos siguen creciendo y, en las trincheras palestinas, la frustración política y económica (paro del 30% en los Territorios, salarios y niveles de consumo a la baja…), la desesperanza y la cólera se extienden. Al mismo tiempo, en el campo de la izquierda israelí, el desprecio y el odio contra el primer ministro conocen niveles nunca vistos antes,[19] e incluso en

derredor de la sacrosanta institución militar se empiezan a exteriorizar actitudes sin precedentes: en marzo de 1998, más de 1.500 oficiales en la reserva del ejército y la policía, incluidos doce generales de división, dirigen a Netanyahu una carta abierta pidiéndole que abandone la política colonizadora en los Territorios —peligrosa, afirman, para el carácter democrático y judío del Estado de Israel— y que apueste por la paz. De forma simultánea, un movimiento llamado Las Cuatro Madres moviliza a centenares de familias de soldados en demanda del abandono unilateral de la zona de seguridad del sur del Líbano, un territorio que algunos ya comienzan a denominar «el Vietnam israelí» y donde han perdido la vida más de cien miembros del Tsahal en el transcurso del último año.[20]

Cuando, de acuerdo con el calendario hebreo, Israel conmemora en aquel 30 de abril el quincuagésimo aniversario de su independencia nacional, el balance del medio siglo recorrido es espectacular en muchos aspectos: una demografía que casi decuplica la de 1948 (5.940.000 habitantes, que serán 6.037.000 al terminar el año) y reúne más de un tercio del judaísmo mundial, una renda per cápita cercana a las de los Países Bajos o Gran Bretaña, una democracia pluripartidista a prueba de todas las crisis, una vitalidad cultural extraordinaria, una potencia militar sin igual entre el mar Caspio y el estrecho de Gibraltar… Y, sin embargo, son muchos los israelíes que celebran el jubileo con el corazón encogido y preocupado ante una división social más aguda que nunca, ante el clima de *Kulturkampf*, de combate cultural, entre laicos y religiosos, ante las crecientes dificultades socioeconómicas internas, ante la persistencia del conflicto con los árabes y la ausencia —todavía— de unas fronteras claras, definitivas, reconocidas por todo el mundo, que aseguren tanto la autodeterminación palestina como la identidad y la salud civil del Estado judío.[21]

Es en este momento —mientras solo queda un año del plazo convenido en Oslo para concluir un acuerdo final, y Arafat amenaza con proclamar unilateralmente, a su término, la independencia palestina— en que un Bill Clinton libre ya de servidumbres electorales resuelve involucrarse de manera más decidida en Oriente Próximo, reactiva la tarea mediadora de la secretaria de Estado, Madeleine Albright, y propone la retirada israelí de otro 13% de Cisjordania. Bibi se resiste a las presiones durante cinco meses (de mayo a septiembre), pero al fin acepta acudir, a partir del 15 de octubre de 1998, a una cumbre negociadora intensiva —un *remake* de Camp David— con Arafat y con los huéspedes norteamericanos, a los cuales se añadirá por sorpresa el rey Hussein de Jordania, que está luchando contra un cáncer en la clínica Mayo de Rochester.

El escenario elegido para la cumbre es la aislada plantación Wye River, en Maryland, y solo la fortísima implicación de Clinton y de su equipo a lo largo de negociaciones maratonianas siempre al borde del colapso va a permitir dar forma, contra casi todos los pronósticos, a un acuerdo que el primer ministro y el rais firman en la Casa Blanca el 23 de octubre, con el presidente de Estados Unidos como testigo-garante y en presencia de un demacrado rey Hussein, a quien le quedan tres meses y medio de vida.[22] El Memorándum de Wye River reemplaza, en cierta manera, el principio de «territorios a cambio de paz» por el de «territorios a cambio de seguridad»: las partes establecen un complejo y minucioso contrato en virtud del cual la Autoridad Palestina asume «una política de tolerancia cero para con el terrorismo y la violencia» —que la CIA estadounidense debe asesorar y verificar— e Israel se compromete a evacuar de forma escalonada, en reciprocidad al despliegue antiterrorista de la ANP, un 13% de Cisjordania,

a permitir la apertura de un aeropuerto en Gaza y a retomar y acelerar las conversaciones sobre el acuerdo final; para favorecer dichas conversaciones, además, unos y otros se abstendrán de acciones unilaterales que puedan modificar el estatus de los Territorios.[23] En conclusión, los acuerdos de Hebrón y de Wye han de poner en manos palestinas el control total o parcial del 40% de Cisjordania, y ello da pie a que algunas personalidades del laborismo reprochen al jefe del Gobierno su actitud de tres años antes:

> Rabin fue asesinado en medio de una atmósfera de violencia creada por la propaganda irresponsable, de hecho, propaganda criminal, orquestada por el mismo Netanyahu. Y después, este —el demagogo de calle convertido en primer ministro— llevaba a cabo exactamente la misma política de paz de su predecesor asesinado por «traidor» […] Netanyahu debería ir a Canossa, a la tumba del primer ministro asesinado, para pedir disculpas y perdón.[24]

De hecho, no es verdad que Netanyahu desarrolle la misma política que Rabin —por lo menos, no con los mismos objetivos a medio y largo plazo— y, ciertamente, el líder del Likud no tiene ninguna intención de pedir perdón. De vuelta a Israel —donde un 74% de los ciudadanos aprueba el resultado de Wye River, y la Knéset ratifica el compromiso con una mayoría de 75 votos, muchos de ellos de la izquierda— la gran preocupación de Bibi es cómo desactivar el rechazo que el acuerdo ha desatado dentro del mismo gabinete, entre los colonos y otros sectores extremistas,[25] y que pone en peligro la continuidad de la coalición derechista. Para salvar su gobierno, pues, Netanyahu no duda en vaciar de contenido y sabotear los pactos que él mismo ha firmado pocas semanas antes. Lo hace desde principios de diciembre de 1998, a fuerza de invocar incumplimientos palestinos para suspender las sucesivas retiradas previstas en Wye (la única efectiva, el 20 de noviembre, ha liberado 110 kilómetros cuadrados en derredor de Yenín), promoviendo o tolerando una veintena de nuevos asentamientos, restringiendo la convenida liberación de presos palestinos… Es un esfuerzo inútil, ya que, habiendo perdido a base de maniobras y engaños la confianza tanto de la extrema derecha como del centroizquierda, el primer ministro no puede impedir que, el 21 de diciembre de 1998, el Parlamento acuerde liquidar la legislatura y convocar elecciones anticipadas para el 17 de mayo del año siguiente. Huelga decir que, durante los seis meses que le quedan como jefe del Gobierno en funciones, el mecanismo de «territorios por seguridad» establecido en Wye queda en el más absoluto bloqueo.[26] Arafat, sin embargo, ha aprendido la lección de 1996, y no solamente se abstiene de proclamar el Estado palestino, sino que mantiene bajo control a los activistas de Hamás, sabedor de que un rebrote terrorista en estos momentos sería para la derecha israelí la mejor propaganda electoral.[27]

BARAK Y LA PAZ REHUSADA

Los comicios a la decimoquinta Knéset —que integran 35 listas, entre ellas la que defiende los derechos de los hombres divorciados, la de los partidarios de legalizar la marihuana o la que encabeza una ex *miss* y empresaria del ramo de la cosmética— y la simultánea elección de primer ministro —a la que concurren en principio cinco candidatos— vienen precedidos por una de las campañas más largas, despiadadas, agresivas, demagógicas y llenas de descalificaciones

personales en cinco décadas de práctica electoral israelí, solo comparable a la polarizadora elección de 1981. Por otro lado, el abanico de las principales opciones en presencia ofrece bastantes novedades respecto de la convocatoria anterior. El tradicional Mifleget HaAvodah o Partido Laborista se presenta bajo una nueva piel, asociado con los centristas de David Levy (el Gesher) y el Memad (Dimensión), un pequeño movimiento religioso moderado surgido en 1988,[28] en el bloque llamado Un Israel (Israel Achat). Explotando a fondo la biografía de su líder, el exgeneral Ehud Barak («treinta y cinco años al servicio del país», «el héroe más condecorado de la historia de Israel»), esta plataforma trata de hacer un discurso pragmático, reflexivo, de centro, que enfatiza la seguridad, pero también se presenta como «el partido de la paz», promete sacar al Tsahal del avispero del sur del Líbano en un año y, sobre todo, hace un balance desastroso de la gestión de Netanyahu, a quien imputa tanto las tensas relaciones con Estados Unidos y la Unión Europea como el deterioro de la economía; y le acusa, también, de incompetencia, de descrédito y de haber destrozado el proceso de paz.

Al otro lado de la palestra, el estilo de gobierno de Bibi ha sembrado la discordia en el campo de la derecha, que aparece profundamente dividida. El Likud se presenta en solitario, encabezado por un Netanyahu que cultiva la estrategia del miedo y atiza los antagonismos comunitarios (asquenazíes-sefardíes, religiosos-laicos, inmigrantes-nativos…) mientras se esfuerza por describir a Barak como un «blando», un «capitulador» o un «agente de Arafat», pero también ha de hacer frente a un conjunto de competidores surgidos de sus mismas filas. Así, por la extrema derecha, Benny Begin lidera una lista de Unión Nacional en la que se han reunido su propio partido ultranacionalista, Tekuma (Renacimiento), y el ya veterano Moledet con el común objetivo de liquidar el proceso de Oslo; por el flanco moderado, varios antiguos «barones» del Likud (el exministro de Defensa, Yitzhak Mordechai, y el de Finanzas, Dan Meridor, entre otros) reforzados por la hija de Yitzhak Rabin, Dalia Rabin-Pelossof, constituyen el Partido del Centro, favorable a la negociación y resolutamente hostil a Netanyahu. El voto del millón de israelíes de procedencia «soviética» es objeto de grandes afanes, y todas las opciones hacen —o subtitulan— buena parte de su propaganda en lengua rusa, pero además aparece un segundo «partido ruso», rival por la derecha del de Natan Sharansky: se llama Israel Beitenu (Israel, nuestro hogar) y lo dirige Avigdor Lieberman. Hay que decir que también se registran otras novedades de filiación izquierdista: Am Echad (Un Solo Pueblo), lista de perfil sindicalista impulsada por el secretario general de la Histadrut; el partido laicista Shinui, que recupera su independencia y se presenta al margen del bloque Meretz; y Balad («el País», en árabe) o Alianza Nacional Democrática, un nuevo partido árabe-israelí que se define como neonasserista e incluso presenta a su propio candidato a primer ministro, el profesor excomunista Azmi Bishara.[29]

En general, el grueso de la prensa local, el mundo de la cultura y las élites muestran contra el primer ministro saliente una beligerancia feroz: «Netanyahu —sentencia el novelista Amos Oz — debe ser derrotado. […] Israel necesita un liderazgo que modere y ponga remedio a los conflictos. Necesitamos un médico, no un boxeador; un bombero, no un pirómano. Netanyahu no puede sacar a Israel de sus conflictos, exteriores o interiores, porque es él mismo un conflicto ambulante».[30] Las cancillerías extranjeras y la gran prensa occidental se decantan masivamente en el mismo sentido y, aunque su influencia sobre los votantes es muy limitada, ponen de relieve

un fenómeno bien remarcable: a pesar de su insignificancia cuantitativa, Israel es casi el único país del mundo —el otro es Estados Unidos— sobre cuyos procesos electorales prácticamente todo el planeta parece tener opinión formada, preferencias definidas y le gustaría poder votar…

Por esta vez, los deseos de la comunidad internacional y las inclinaciones del cuerpo electoral israelí van, el 17 de mayo de 1999, a la par. Después que, en los días previos a la jornada de votación, los tres candidatos «menores» a primer ministro (el ultra Begin, el centrista Mordechai y el árabe Bishara) se hayan retirado de la carrera, el duelo entre Netanyahu y Barak se resuelve claramente a favor del segundo, que obtiene el 56,1% de los sufragios frente al 43,9% de su adversario. Habiendo pagado de esta manera su tributo a la bipolarización y al voto útil, los electores eligen la nueva Knéset desde un voto ideológico o identitario muy fraccionado —tanto como la misma sociedad israelí—, lo cual perjudica gravemente a los dos grandes partidos. Así, aunque es la opción más votada, la plataforma laborista Un Israel recoge tan solo un apoyo del 20,2% que le merece 26 escaños, el peor resultado de su historia, y el Likud cae hasta el 14,1% y 19 diputados, más o menos el nivel de representación que tenía la derecha revisionista en 1961…, sin que puedan justificarlo los 4 escaños (3%) conquistados por la Unión Nacional de Begin hijo.

La creciente virulencia del debate interno entre ortodoxia y laicismo ha favorecido mucho a los partidos que abanderan estas dos posiciones enfrentadas. Las tres candidaturas religiosas acumulan el 20,9% de los votos y 27 escaños, repartidos entre el Partido Nacional Religioso (5), el Judaísmo Unificado de la Torá (5) y el sefardí Shas, que bajo el liderazgo secular del polémico Aryeh Deri,[31] con la inspiración espiritual del rabino Ovadia Yossef y gracias a su densa red asistencial, obtiene 17 diputados y se erige en la tercera fuerza parlamentaria. En el polo laico, incluso anticlerical, se agrupan el 19,5% de los votantes, con 24 diputados: el renacido Shinui del periodista Tommy Lapid consigue 6, Meretz sube hasta 10, el nuevo Partido del Centro obtiene 6 y la lista Un Solo Pueblo se estrena con 2 parlamentarios. También las formaciones que podríamos denominar comunitarias, o «étnicas», se benefician de la debacle de los grandes: Israel ba-Aliyá, de N. Sharansky, retrocede ligeramente hasta los 6 escaños (5,1%), pero su competidor entre la inmigración rusa, Israel Beitenu, debuta con 4 diputados (2,6%); y los tres partidos árabes suman 10 diputados, uno más que en la legislatura anterior: 5 de la Lista Árabe Unificada (de carácter islamista), 3 para los poscomunistas de Chadash y 2 para los nacionalistas laicos de Balad.[32]

En medio de un paisaje político tan agudamente atomizado, y mientras el vencido Netanyahu dimite como presidente del Likud en beneficio de Ariel Sharon, el laborismo emprende la complicada tarea de vertebrar una mayoría de gobierno. No solamente por razones aritméticas, sino también por motivos teóricos —la necesidad, defendida sobre todo por el exembajador en España y estrella ascendiente del partido, Shlomo Ben-Ami, de abrirlo a las preocupaciones de las minorías y de dar legitimidad religiosa al proceso de paz—,[33] la negociación abarca un amplio abanico de fuerzas y culmina el 6 de julio, cuando la Knéset conoce y aprueba el nuevo ejecutivo de coalición encabezado por Ehud Barak. Lo integran, claro está, el bloque Un Israel —con David Levy en el Ministerio de Asuntos Exteriores y Shlomo Ben-Ami (Seguridad Interior), Shimon Peres (Cooperación Regional) y Yossi Beilin (Justicia) como pesos pesados laboristas—, Meretz, el Partido del Centro, Israel ba-Aliyá —Natan Sharansky es el titular de Interior—, pero también el emergente Shas y las otras dos listas

ortodoxas, el Partido Nacional Religioso y el Judaísmo Unificado de la Torá; en total, siete formaciones políticas, veintitrés ministros, una mayoría de 75 diputados sobre 120… y una línea de tensión muy clara entre el laicismo militante de Meretz y el tradicionalismo religioso de Shas y compañía…[34]

Presunto heredero del difunto Rabin, Barak se apresura a restablecer los puentes de diálogo con Yaser Arafat —ambos líderes se entrevistan en Erez, en la frontera de la Franja de Gaza, el 11 y el 27 de julio— y, después de algunos titubeos superados por la diplomacia estadounidense, acude a la costa egipcia del Sinaí, donde el 4 de septiembre de 1999, en presencia del presidente Mubarak, del rey Abdullah II y de Madeleine Albright, él y el rais palestino firman el Memorándum de Sharm el-Sheik. Se trata de una versión actualizada y mejorada del acuerdo de Wye River —periodistas y estudiosos hablarán de «Wye II»— que estipula los próximos repliegues israelíes en Cisjordania, la liberación de 350 presos condenados y, además de otros gestos de cooperación, la reanudación inmediata de las negociaciones para una paz definitiva, que deberían finalizar en el plazo de un año.[35] La aplicación de estos compromisos conlleva, entre septiembre de 1999 y marzo de 2000, la retrocesión plena o parcial a la Autoridad Palestina de un 11% más de Cisjordania, unos seiscientos kilómetros cuadrados gracias a los cuales «los enclaves autónomos se parecen un poco menos a confeti y más a regiones entrecortadas por colonias y grandes ejes viarios. El territorio palestino resulta así más compacto».[36] Por otro lado, en octubre se produce la apertura del largamente reclamado «paso seguro» para ir de Gaza a Cisjordania, una carretera de 47 kilómetros de largo a través de Israel que pone fin al aislamiento de la Franja de Gaza y favorece los vínculos entre ambas zonas.[37] También desde aquel septiembre se han puesto en marcha de nuevo las conversaciones sobre el estatus final, si bien los cuatro principios que Israel plantea en ellas —no al retorno a las fronteras de 1967, no a la partición de Jerusalén, no a un ejército árabe al oeste del Jordán y mantenimiento de los grandes bloques de colonias bajo soberanía hebrea— facilitan poco un progreso rápido; en diciembre, y arguyendo la incesante expansión de los asentamientos judíos en Cisjordania, la parte palestina interrumpe las negociaciones.[38]

Desde su llegada al poder, Barak ha manifestado el propósito de reactivar las conversaciones de paz entre Israel y Siria —paralizadas en 1996—, a poder ser mediante un encuentro directo con el presidente sirio, Hafiz al-Assad.[39] Aunque este no aceptará, después del Memorándum de Sharm el-Sheik y de una intensa tarea de ablandamiento a cargo de la diplomacia estadounidense, el ministro de Exteriores de Damasco, Faruq al-Shara, y el jefe del Gobierno israelí sí que mantienen dos rondas de negociaciones: la primera en Washington los días 15 y 16 de diciembre de 1999, y la segunda en Shepherdstown (Virginia Occidental) entre el 3 y el 11 de enero de 2000. Mas el diálogo encalla por la exigencia siria de recuperar todo el territorio perdido en junio de 1967 —a lo que Barak parece estar dispuesto—, incluyendo un pedazo de la orilla nororiental del lago de Tiberíades —hipótesis que Barak rechaza—; después que ni tan siquiera un encuentro entre Clinton y Assad, en Ginebra, el 26 de marzo, consiga desbloquear las negociaciones, estas se interrumpen.[40]

La rigidez de Damasco se explicaba en parte por la convicción de que, sin haber firmado la paz con Siria, Israel no se atrevería a retirarse de la zona de seguridad del sur del Líbano, de manera que la promesa electoral de Barak de hacerlo en el estío de 2000 lo dejaba cautivo de la buena voluntad siria. Fue justamente para deshacer este chantaje y disipar cualquier indicio de

debilidad que el primer ministro decidió emprender inmediatamente y sin más contactos la retirada unilateral, a pesar de la opinión contraria del Estado Mayor y de no haber podido obtener ninguna clase de garantía internacional, a pesar incluso de las escaramuzas bélicas que desde el 4 de mayo afectaron intermitentemente los dos lados de la frontera y dieron a la operación el aspecto de una rendición israelí. Entre el 22 y el 25 de mayo, mientras columnas de civiles libaneses instigados por Hezbolá penetraban en la zona de seguridad y provocaban el descalabro del proisraelí Ejército del Sur del Líbano (SLA), el Tsahal consiguió replegar sin bajas su contingente de los 850 kilómetros cuadrados que había ocupado durante veintidós años y donde había perdido centenares de hombres. Entre la opinión pública israelí, el sentimiento era agridulce: dulce por haber conseguido «sacar a nuestros hijos de aquella tierra maldita»,[41] agrio por la inevitable imagen de salida precipitada y de humillación, por el triunfo que se les había servido en bandeja a los guerrilleros integristas chiíes y por el ejemplo de lucha victoriosa que estos podían dar a otros enemigos de Israel. En cuanto al desbandado SLA, el general Antoine Lahad se instaló en París, pero la mitad de sus subordinados con sus familias —unas 6.500 personas en total— encontraron asilo en el Estado judío, donde se convirtieron en el penúltimo vestigio de la larga e infortunada aventura libanesa.[42] El último, todavía bien vivo, es el pleito sobre las granjas de Shebaa: un territorio de unos veinte kilómetros cuadrados en la falda del monte Hermón que el Tsahal arrebató a los sirios en 1967, y que ahora Beirut reclama como propio y que Hezbolá utiliza como excusa para mantener la retórica de la liberación nacional y provocar incidentes armados esporádicos.

De todas maneras, antes que el 23 de junio el Consejo de Seguridad de la ONU certificase la retirada israelí tras la frontera internacional, antes que se pudiesen medir los efectos de este movimiento sobre la postura negociadora de Siria, el 10 de junio de 2000 se anunció en Damasco la muerte del general Assad Hafiz al-Assad, presidente omnímodo durante tres décadas. Lo reemplazó su hijo, de treinta y cuatro años y oftalmólogo de profesión,[43] Bashar Assad, que se apresuró a confirmar las tesis paternas sobre el Golán (retirada total a cambio de una paz permanente), pero cuyas nuevas prioridades —la consolidación de la sucesión dinástica, el pleno control de los aparatos militar y policial del régimen baasista, la adquisición de experiencia internacional…— comportaron el aplazamiento *sine die* de los contactos con Israel.[44]

Los planes de paz de Barak estaban en grave peligro incluso antes que Assad muriese inesperadamente. Aunque el primer ministro decía estar cumpliendo con las promesas del programa con que se había presentado a los comicios de 1999 —culminar el proceso de Oslo y normalizar la situación de Israel en la región—, el orden que seguía no era para nada el que tenía en mente durante la campaña. En los mítines y en las entrevistas de antes de las elecciones, la primera prioridad de Barak era llegar a un entendimiento con Arafat para convertir el marco de Oslo en una verdadera solución de dos Estados que vivirían en paz y seguridad uno al lado del otro, un hito que terminaría con la herida abierta que había hecho del rechazo a Israel un asunto de honor en todo el mundo árabe y aun islámico. Habiéndose cerrado dicha herida sería mucho más sencillo llegar a un acuerdo con Siria que siguiese la estela de lo que se había hecho con Egipto veinte años atrás: devolución del Golán a cambio de paz. Y cuando se llegase ahí, la *Era of Good Feelings* que habría brotado y la colaboración con Damasco habían de hacer posible una retirada coordinada y honorable del pantano libanés.

Este orden de prioridades, Palestina-Siria-Líbano tenía todo el sentido desde una óptica diplomática. Sin embargo, después de los comicios y en el marco de las negociaciones para formar gobierno, el planteamiento de Barak cambió. Como explicaba el ministro Ben Ami en medio de las celebraciones inaugurales, «nos espera un año crítico, hasta la campaña electoral estadounidense, en el que nos retiraremos del Líbano, negociaremos la paz con Siria y está previsto que se acaben las negociaciones con los palestinos para el estatus definitivo».[45] El orden con que describía los pasos no era nada inocente. De un modelo Palestina-Siria-Líbano se había pasado exactamente a la propuesta inversa, Líbano-Siria-Palestina, que es la que se implementó.

Que las nuevas prioridades negociadoras del primer ministro eran poco menos que un disparate lo veía todo su entorno. Empezar por el Líbano transmitía la impresión de que la violencia gana, ya que todo el debate de retirada se había producido en primer término por las bajas que causaba Hezbolá. Previsiblemente el grupo libanés sacaría pecho y se atribuiría el mérito de haber expulsado a los israelíes, e Israel no podría esperar ninguna colaboración de una Siria hostil. Más aún, Damasco, habiendo barruntado la debilidad judía, podría verse tentada de poner más condiciones y de desestabilizar la frontera norte, y todo ello hacía presagiar más violencia e incrementaba las posibilidades de que el diálogo con los palestinos también descarrilase, ya porque Arafat perdiese el control ante los extremistas de Hamás que querrían imitar la «vía libanesa» o bien porque él mismo decidiese asumir este último camino y ponerse a la cabeza de una alternativa violenta.

Ello no obstante, la apuesta Líbano-Siria-Palestina no fue el fruto de una miopía incomprensible de Barak, sino una elección consciente y ponderada, hecha después de mucha reflexión, desde la convicción de que, por las limitaciones con que operaba a raíz de los resultados electorales, no tenía alternativa. La izquierda no contaba con una mayoría absoluta de la Knéset para conducir el proceso de paz como le pluguiese. Necesitaba a los partidos moderados de centro y ello imponía ciertas limitaciones que el primer ministro había incrementado al insistir, por mor de contar con un consenso más amplio dentro del país, en la entrada de nacionalreligiosos y ultraortodoxos en el ejecutivo. En estas condiciones no podía afrontar las concesiones que previsiblemente le pedirían los palestinos para cerrar la paz. La creación de un Estado árabe en el *Eretz Israel* y la concreción de un arreglo que de alguna manera limitase la soberanía israelí sobre partes de Jerusalén eran píldoras imposibles de tragar por la coalición que había edificado; como le había pasado antes a Rabin, era previsible que en un escenario tal el gobierno se le desmontaría y acabaría dependiendo de los partidos árabes, con un margen de maniobra muy estrecho y con el riesgo de que cualquier atentado acabase de desestabilizarlo e hiciese fracasar el proceso de paz. En cambio, Barak sí que tenía un amplio consenso para retirarse del Líbano, una propuesta que también el revisionismo había comprado y que la opinión pública deseaba cada día más. Las negociaciones con Siria tenían más detractores, pero en última instancia el Golán no era parte del *Eretz Israel* y si la retirada libanesa salía bien, no sería difícil que el gobierno pudiese aprobar la paz con Siria en esos términos. Y entonces, y solo entonces, con su imagen de pacificador casi providencial bien asentada dentro y fuera de Israel, Barak sentía que sí tendría suficiente capital político para imponer un plan de paz con los palestinos aunque requiriese concesiones dolorosas, y que podría hacerlo aprobar en la Knéset sin demasiadas complicaciones. Pero, como en el cuento de la lechera, para llegar a ese escenario

final era necesario que las dos etapas intermedias (retirada del Líbano y negociaciones con Siria) funcionaran, puesto que en caso contrario el prestigio de Barak y la cohesión de su gobierno se debilitarían a cada paso. Como se ha visto, ninguna de las dos salió bien.

Así es como, con los problemas con Beirut y Damasco mal resueltos, Barak centró sus esfuerzos a resolver la cuestión palestina. Las negociaciones sobre un acuerdo final se habían retomado a finales de marzo de 2000 —de manera pública en Estados Unidos y más tarde en Eilat, secretamente en Estocolmo— y, de modo simultáneo, el Tsahal evacuó 341 kilómetros más, hasta dejar el 47,6% de Cisjordania bajo el control de la ANP.[46] Sin embargo, esta dinámica de retiradas sucesivas, así como la tensión estructural entre laicos y ortodoxos, con varias turbulencias incidentales, comenzaron a minar la estabilidad del gobierno Barak y a enrarecer el clima político israelí: insultos del mentor espiritual de Shas, el rabino Ovadia Yossef, contra el ministro de Educación, Yossi Sarid, del Meretz; amagos del Partido Nacional Religioso de romper la coalición si los palestinos tomaban posesión de algunas zonas colindantes con Jerusalén; la dimisión del presidente del Estado, Ezer Weizman, bajo antiguas acusaciones de corrupción económica; la renuncia del ministro de Transportes y líder del Partido del Centro, Yitzhak Mordechai, imputado por acoso sexual…[47] En esta delicada coyuntura, y aprovechando el quincuagésimo segundo aniversario de la Nakba («el Desastre», o sea, la declaración de independencia de Israel), Arafat decidió promover en el 15 de mayo «una “mini-Intifada” para mejorar su posición negociadora y enseñar a los integristas de Hamás que Al-Fatah también sabe luchar»;[48] de ello se derivaron dos o tres días de choques armados entre el ejército israelí y la policía palestina, con lanzamiento de piedras y cócteles molotov y un puñado de muertos. Más allá de todo esto, el episodio manifestaba en el liderazgo palestino una lógica —el uso de la revuelta en los Territorios como herramienta de presión sobre la mesa de negociaciones— que presagiaba y estuvo en el origen de la gran explosión de violencia que tuvo lugar a partir del septiembre siguiente.

Conviene detenerse un momento en este punto para analizar los planteamientos de Arafat y de la cúpula palestina. El líder de la OLP siempre había sido un superviviente, un hombre con una gran intuición táctica pero con un juicio mucho más dudoso en los asuntos estratégicos. Sabía cómo articular un movimiento de resistencia, cómo movilizar a la calle y cómo utilizar en beneficio propio las diferentes facciones de la sociedad palestina y de la opinión pública árabe, cosas todas ellas que le habían permitido desempeñar un papel de primera línea desde finales de los años sesenta. Ello no quita que se había equivocado muchas veces al leer el escenario geopolítico y había apostado por el caballo perdedor: así fue con el intento de derrocar a Hussein de Jordania en 1970, con la doble derrota que experimentó en el Líbano en 1982 (primero por desatar con acciones precipitadas una invasión israelí antes de controlar bien los resortes de poder libaneses, después por rendirse y enajenarse así a la poderosa maquinaria siroiraní) y otra vez con la apuesta por Saddam en 1991. Pero había podido encajar cada uno de estos golpes y volverse a alzar gracias a la épica que sabía crear a su alrededor, a su aureola de héroe, de resistente a ultranza, de David que derrota a Goliat, de guerrillero escurridizo que puede afrontar mil batallas con enemigos más fuertes y apañárselas para salir indemne.

La épica siempre había sido más importante que la estabilidad en la escala de valores de Arafat, y hacía que se resistiese a firmar un acuerdo con Israel que implicaba legitimarlo y que le haría perder parte de la imagen de revolucionario prístino, de defensor del bien absoluto en un

mundo de blancos y negros. Arafat temía más que a ninguna otra cosa terminar visto como un traidor, un Anwar el-Sadat a pequeña escala, un nuevo sah de Persia sumiso a los designios estadounidenses en la región. Sin embargo, el proceso de Oslo había beneficiado al movimiento nacional palestino y había reforzado la estatura de su líder. Arafat había sido percibido durante muchos años como un terrorista, o en el mejor de los casos como el subalterno que encabezaba una organización a la merced de los intereses cambiantes de los países árabes, un paria que planificaba atentados desde un escondrijo en Ammán, en Beirut o en Túnez. Ahora, en cambio, se había convertido en un dirigente reconocido en todas partes, había ganado un Nobel de la Paz, controlaba las zonas urbanas de Gaza y Cisjordania y gestionaba un engranaje cuasi estatal de servicios, salarios y prebendas con que podía hacer y deshacer sin dar muchas explicaciones. Si firmaba un compromiso definitivo adquiriría aún más competencias y podría conducir a su pueblo —ayudado por las generosas subvenciones prometidas desde Occidente— por un camino de paz y de prosperidad.

Hay una parte de la historiografía que piensa que Arafat siempre tuvo claro que llegaría el momento de volverse contra Israel. De acuerdo con esta narrativa, que ha hecho hueco entre la derecha revisionista en Israel, el proceso de Oslo fue una mentira desde el principio, una estrategia para ganar poder, recursos y armas para continuar la batalla desde una posición mejor. Es más probable, empero, que la personalidad aventurera e impulsiva de Arafat no hubiese tomado una decisión sobre este asunto. Al fin y al cabo, el marco general del proceso que empezó con aquel apretón de manos entre él y Rabin en la Casa Blanca en septiembre de 1993 le ofrecía la oportunidad —por la sencilla razón de que en aquel momento Israel lo controlaba todo y la OLP nada— de conseguir concesiones una detrás de otra sin tener que definir todavía un compromiso final que lo obligaría también a él a hacer renuncias. El proceso se había diseñado así porque Rabin sabía que la perspectiva de un Estado palestino era demasiado polarizadora y quería que con los años se forjase una confianza mutua que persuadiese a la opinión pública hacia aquella dirección (los atentados y la inestabilidad hicieron que pasase todo lo contrario). En los años de Netanyahu se había continuado tal dinámica: el primer ministro no quería un Estado palestino y, cuando se veía presionado, ofrecía con desgana nuevas competencias y territorios mientras alargaba las negociaciones, de modo que la OLP ganaba cosas tangibles sin tener que poner un límite a las aspiraciones propias. Solamente con Barak el proceso entró en una dinámica de negociaciones definitivas que obligaban a Arafat a elegir entre el ideal y la realidad, entre la épica y el pragmatismo. Por primera vez la percepción en Washington era que los obstáculos a la paz provenían de Ramala y no de Jerusalén.

Es imposible determinar cuándo Arafat se decidió a provocar la ola de violencia que recibiría el nombre de Segunda Intifada. Mas sí que podemos apuntar que la retirada desordenada del Líbano y la esterilidad de las conversaciones con Siria transmitieron una imagen de indecisión y de debilidad que no pasó desapercibida en la cúpula palestina.[49] La miniintifada de mayo de 2000 en la conmemoración de la independencia de Israel hizo que Arafat recuperase la lealtad de las calles palestinas y contrarrestó la propaganda integrista que lo presentaba como un vendido a los judíos. Más todavía, Israel siguió negociando como si no hubiese pasado nada. La experiencia libanesa demostraba que un alzamiento podía conseguir retiradas sin tener que firmar un acuerdo lleno de sacrificios, y además reforzaba al rais en la calle y no excluía una continuación de las negociaciones desde una posición de mayor fuerza. Visto desde este prisma,

parecía una apuesta demasiado tentadora para que alguien con la cosmovisión y el carácter de Arafat no se agarrase a ella. Probablemente calculaba que, mientras un acuerdo de paz lo constreñiría, una Intifada le abriría nuevas oportunidades que podría modular en función de la reacción de los otros actores. También sabía por experiencia que el débil despierta simpatías en todo conflicto y que, ante la comunidad internacional, la imagen de oprimido es mucho más atractiva que la de intransigente.

La heterogénea fórmula de gobierno trenzada por Ehud Barak empezó a resquebrajarse en junio, cuando la batalla por las subvenciones públicas a la red educativa ultraortodoxa empujó al Meretz fuera del ejecutivo. Consciente de que sin un éxito inmediato y tangible su continuidad estaba seriamente amenazada, el primer ministro se inclinó por un pacto perentorio con la ANP y trascendió que estaba dispuesto a ceder un 90% de Cisjordania. Este anuncio llevó al Partido Nacional Religioso, al Shas y al Israel ba-Aliyá a abandonar el gabinete y a dejarlo en flagrante minoría,[50] temerosos de que Barak hubiera quemado las naves y estuviese dispuesto a firmar cualquier cosa y a venderlo como un éxito. Sin embargo, el jefe del Gobierno israelí tenía a su lado al presidente Bill Clinton, que también se daba cuenta de que la predisposición de Barak a un pacto difícilmente iba a repetirse si Israel tenía que convocar nuevas elecciones. El 5 de julio la diplomacia estadounidense anunció la convocatoria en Camp David de una cumbre decisiva, al todo o nada. Seis días después Barak, debilitado pero todavía legitimado por la votación directa de primer ministro, y resuelto a apostar todo su futuro político en la casilla del acuerdo de paz, llegó a la boscosa residencia presidencial que dio nombre al compromiso israeloegipcio de 1978 para reunirse con Arafat y Clinton y explorar todos los caminos para cerrar un trato.

Esta vez, la reclusión negociadora en Camp David duró catorce días, durante los cuales las dos partes y los mediadores norteamericanos abordaron, sobre la base del trabajo previo hecho en secreto en Estocolmo, los enquistados problemas que los habían enfrentado desde hacía tantas décadas: refugiados, Jerusalén, fronteras definitivas entre Israel y el Estado palestino y atributos de este último, asentamientos, recursos hídricos… A falta de sintonía personal entre el primer ministro y el rais —«Barak se demostró incapaz de tomar en consideración la sensibilidad palestina», ha escrito Shimon Peres—, son los respectivos colaboradores (Shlomo Ben Ami, por un lado, y Saeb Erekat y Abu Ala, por el otro) los que llevan, con Clinton, Albright, el director de la CIA, George Tenet, y otros funcionarios, el peso de las largas sesiones de trabajo, en cuyo curso la delegación israelí ofreció restituir toda Cisjordania, incluyendo el valle del Jordán, excepto tres núcleos de asentamientos judíos sobre menos de un 10% del territorio, previó la admisión en Israel de decenas de miles de refugiados palestinos y, rompiendo el tabú más sagrado de la política hebrea, aceptó una propuesta estadounidense para repartir la soberanía de Jerusalén, otorgar a los palestinos los barrios árabes del este del municipio así como la posesión de la Explanada de las Mezquitas, y congelar durante dos años el estatus definitivo de la Ciudad Vieja.[51] Como lo describió un connotado intelectual pacifista, «Ehud Barak ha ido más lejos de lo que cualquiera de sus predecesores había soñado jamás; más allá de lo que es previsible que ofrezca cualquier otro dirigente israelí en un futuro próximo».[52]

Mas desde el punto de vista de Arafat todo eso estaba lejos de ser suficiente. Sin presentar contrapropuesta ninguna ni entrar en regateos, el presidente de la ANP exigió la totalidad de la Jerusalén árabe tal como era el 4 de junio de 1967 —excepto quizá el Muro Occidental y el barrio judío intramuros—, se refugió detrás del carácter sagrado de la ciudad para todos los

musulmanes y rehuyó la firma de un compromiso —forzosamente doloroso y controvertido para ambas partes— que habría mancillado su aureola ante los palestinos y muchos otros árabes. Este fue el principal escollo —el otro fue la negativa israelí a admitir el genérico «derecho al retorno» de todos los refugiados palestinos— que hizo que la cumbre de Camp David II concluyese sin ningún acuerdo el 25 de julio.[53]

El resultado de Camp David fue una decepción para todo el mundo, claro está, pero Israel no lo consideró la antesala de un estallido de violencia. Tanto israelíes como palestinos celebraron como un éxito que las posiciones estaban más cerca que nunca, y Clinton anunció —con la adhesión entusiasta de Barak— que habría una nueva cumbre, probablemente a finales de agosto, para acabar de cerrar la paz. Aunque primero se pospuso hasta mediados de septiembre y después *sine die*, no había una situación de parálisis como había pasado tantas veces en los años de Netanyahu, sino que los contactos febriles continuaban tanto en Israel como en Estados Unidos, con la intermediación de Dennis Ross. Las posiciones israelíes se hicieron incluso más flexibles: Barak admitió que la Explanada de las Mezquitas quedase en manos del Consejo de Seguridad de la ONU y que la Ciudad Santa se dividiese en Jerusalén y Al-Quds, ambas dos capitales de sendos Estados, hasta que las circunstancias permitiesen una reunificación.

Cuando el 26 de septiembre Barak invitó a la cúpula palestina —Arafat, Erekat, Dahlan, Abbas y Qureia— a cenar en su domicilio particular pensaba que las posiciones todavía podían acercarse más y que el margen para llegar a un acuerdo se extendía, si es que su gobierno aguantaba, hasta el final previsto de la administración Clinton cuatro meses más tarde. Claramente, no calculaba que tres días después habría decenas de muertos en las calles y que la ANP estaría llamando a la yihad por radio y televisión, y aún menos que el episodio de violencia, a diferencia de los levantamientos puntuales que Arafat había estimulado para ganar concesiones en determinados momentos, se prolongaría durante cerca de cinco años, causaría más de cuatro mil víctimas y enterraría el sueño de dos Estados, Israel y Palestina, viviendo el uno al lado del otro en paz y seguridad.

Esta idea de los dos Estados, ya entrevista en el informe Peel de 1937 y en el Plan de Partición de las Naciones Unidas de diez años después, había tardado mucho en hacerse general, porque Egipto y Jordania se apropiaron durante muchas décadas de la causa palestina. Solamente en una fecha tan tardía como 1987, el rey Hussein había renunciado definitivamente a cualquier soberanía sobre Cisjordania, y apenas fue en el marco del proceso de Oslo que la idea de un Estado para Palestina (en lugar de una mera autonomía) había comenzado a parecer inevitable para las élites israelíes; hay que recordar que Rabin, el iniciador del proceso, no había llegado a dar jamás su apoyo explícito a la independencia palestina. Sin embargo, llegados a 2000 era una noción que se había hecho universal y había la percepción, alimentada por el optimismo liberal del «fin de la historia» fukuyamesco, de que los vientos del progreso soplaban en esta dirección y de que, a pesar de los obstruccionismos y de las maniobras dilatorias de uno u otro bando, en última instancia se llegaría a ella. Los dieciséis años que cubren las presidencias de dos tipos tan distintos como George W. Bush y Barack Obama presenciaron innumerables intentos de sentar a los protagonistas frente a la mesa de negociaciones para firmar una culminación del proceso de Oslo que debía estabilizar Oriente Medio, la gran prioridad geoestratégica de Estados Unidos en las dos primeras décadas de este siglo.

No deja de ser sorprendente la tenacidad con que esta idea se mantuvo encima de la mesa pese a estar cada vez más divorciada de la realidad. Que los dos caminos que Barak se propuso (Palestina-Siria-Líbano y Líbano-Siria-Palestina) resultasen intransitables desde el comienzo ya apuntaba a que el fracaso de Camp David —por la desconfianza mutua, la polarización dentro de Israel y la falta de interlocutor— no era coyuntural ni susceptible de resolverse fácilmente. La violencia prolongada y viciosa de la Intifada endureció todavía más, como era de esperar, las posiciones de ambos bandos. La secesión *de facto* de Gaza, en manos de Hamás desde 2007, garantizaba que el acuerdo que saliese de unas hipotéticas conversaciones entre Israel y la ANP no pasaría de ser papel mojado. La expansión de los asentamientos —hoy ya son 400.000 los colonos israelíes que viven en Cisjordania, sin contar los de Jerusalén Este— hace imposible pensar en una evacuación, y los cambios sociológicos que ha habido en Israel —en parte por la amarga experiencia de la Intifada y en parte por la evolución demográfica favorable a sefardíes, nacionalreligiosos y ultraortodoxos— han alejado al *mainstream* del país del marco mental de Oslo. Más aún: si Estados Unidos y sus aliados no pudieron imponer una *pax Americana* cuando eran la única superpotencia y llevarles la contraria era arriesgado para cualquiera de los regímenes de la región, es todavía más difícil pensar que vayan a conseguirlo hoy cuando hay otros actores —en particular Irán, inmerso en una alianza crecientemente íntima con Moscú y Pekín— que buscan precisamente la situación opuesta.

Aunque es apenas hoy cuando comienza a reconocerse en la historiografía y en los círculos diplomáticos internacionales, lo cierto es que la Segunda Intifada marcó una ruptura profunda en la evolución política, social y económica de Israel y de la región. Las fuerzas que habían apoyado el proceso de Oslo —por un lado el nacionalismo árabe laico que había virado progresivamente desde la URSS hacia Estados Unidos, por el otro las izquierdas israelíes que buscaban la integración en el entorno liberal euroamericano— entraron en un largo y lento declinar que llevó a otros —islamistas, tradicionalistas, revisionistas— a tomar el relevo. Es verdad que nadie ha sido capaz de poner encima de la mesa una alternativa funcional que solucione todos los problemas a los que Oslo pretendía dar respuesta, pero eso no quita que también hayan aparecido rayos de esperanza, como los Acuerdos de Abraham, en medio de las desventuras de las guerras frecuentes —solo en Gaza, seis conflagraciones militares significativas en los últimos quince años— que en esta región del mundo parecen no tener fin. El análisis del nacimiento de este nuevo orden, con sus luces y sombras, desde el estallido de la Intifada hasta la más rabiosa actualidad es el objetivo de las páginas que siguen.

LA INTIFADA, O LA ESPIRAL DE LOS EXTREMISMOS

El 28 de septiembre de 2000, el jefe de la oposición Ariel Sharon visitó el Monte del Templo, la zona exterior del recinto de la Cúpula de la Roca y la mezquita de Al-Aqsa. La acción era indiscutiblemente provocadora, pretendía posicionarlo como defensor de Jerusalén ante su electorado en un momento en que no todo el Likud lo quería de candidato y se producía en pleno debate sobre una posible partición de la Ciudad Santa. Sin embargo, era una acción legalmente inobjetable por parte del gobierno de Barak y que había sido aceptada también por el jefe de la Seguridad palestina en Cisjordania, Jibril Rajub. (Irónicamente, en cierto sentido reflejaba

también la progresiva moderación de Sharon, que había pasado de denunciar con grandes aspavientos cualquier cesión a la ANP a centrarse solo en la judaidad de Jerusalén, aceptando de manera tácita la posibilidad de un Estado palestino en zonas de Gaza y Cisjordania.) Sharon se estuvo en el Monte del Templo veinticuatro minutos, en medio de enfrentamientos y protestas que terminaron con veinticinco policías israelíes y diez manifestantes palestinos heridos, ninguno de ellos de gravedad.

La calma regresó, mas solamente por unas horas. El día siguiente, 29, era viernes, y al terminar del rezo cientos de jóvenes musulmanes apedrearon desde la Explanada de las Mezquitas a los fieles judíos reunidos ante el adyacente Muro Occidental —todo ello acontecía dentro del kilómetro cuadrado más sagrado del mundo— y la subsiguiente intervención policial israelí, con fuego real, causó siete muertos y la extensión de los desórdenes a toda la Jerusalén árabe. El 30 de septiembre, los enfrentamientos, diseminados por todo lo largo y ancho de los Territorios, costaron la vida a otros dieciséis palestinos —entre ellos, el pequeño Muhammad al-Durrah, el niño de doce años muerto en Gaza mientras estaba agazapado detrás de su padre, cuyas imágenes conmocionarían al mundo árabe y a la opinión internacional—,[54] al mismo tiempo que la radio, la televisión y los dirigentes de la ANP clamaban abiertamente por la insurrección y la yihad. Después de cinco días de choques ininterrumpidos, el balance subía ya a más de cincuenta víctimas mortales con 1.500 heridos, y Arafat conseguía consagrar el nombre de Intifada de Al-Aqsa que, con su connotación religiosa, aseguraba para la causa palestina todas las simpatías árabes e islámicas.[55]

Dicho esto, hay que reiterar que las amenazas y los preparativos oficiales de la Autoridad Palestina para recurrir a la violencia generalizada como herramienta de presión política fueron muy anteriores a la visita de Sharon a la Explanada de las Mezquitas, anteriores incluso al fracaso de Camp David II. Desde mediados de julio aparecieron en la prensa occidental noticias sobre campamentos juveniles de verano ubicados en Gaza y en Nablus, donde decenas de miles de niños y adolescentes recibían «preparación militar para la guerra de independencia de Palestina» por parte de instructores pertenecientes a los cuerpos de seguridad de la ANP o Al-Tanzim, una milicia vinculada a Fatah. «Que Clinton y Barak sepan lo que les espera a los israelíes si impiden la creación de un Estado palestino independiente el próximo 13 de septiembre», advertían los monitores.[56] Asimismo, pese a que al colocarle la etiqueta de «Intifada», sus promotores pretendían identificarla con la ya mítica «revuelta de las piedras» de 1987-1993, el nuevo levantamiento presentaba características muy diferentes: lejos de la espontaneidad inicial del episodio anterior, esta vez estaba detrás, desde el primer día, todo el aparato político, burocrático y militar de la ANP —«la revuelta no está dirigida por los adversarios de los acuerdos de Oslo, ya sean la izquierda o los islamistas»—,[57] con participación masiva de policías y milicianos (los hombres del Al-Tanzim) provistos de armamento ligero, que actuaban en los límites de las zonas autónomas o bien atacando las colonias judías, lo que empujó a Israel a utilizar tanques y helicópteros en la réplica e imprimió a los enfrentamientos una dinámica bélica, de guerra asimétrica, sí, pero de guerra al fin y al cabo. Otra novedad fue la temprana y dramática entrada en escena de los árabe-israelíes: desde el 1 de octubre y durante nueve días, miles de habitantes de las principales ciudades y aldeas árabes dentro de Israel se manifestaron en solidaridad con sus hermanos de Gaza y Cisjordania, cortando carreteras, apedreando vehículos civiles, incendiando dependencias públicas y enfrentándose con la policía.

Las consecuencias fueron trece miembros de la minoría árabe muertos, una investigación judicial contra Barak y Ben Ami —que también era el titular de la cartera de Seguridad Interior—, una grave fractura en la pretendida integración de aquella minoría y, sobre todo, el surgimiento entre la mayoría judía de un profundo temor a la deslealtad y al irredentismo de sus conciudadanos árabes, entre los cuales el fundamentalismo islámico encontraba cada vez más audiencia.

En medio de un baño de sangre casi diario que iba acumulando las víctimas mortales (a finales de noviembre ya eran 250 palestinos y 34 israelíes) y los episodios de brutalidad —el linchamiento en Ramala de dos soldados del Tsahal extraviados constituyó un nuevo culmen —,[58] mientras la Unión Europea y el Consejo de Seguridad condenaban a Israel por «uso excesivo de la fuerza», y la liberación masiva de militantes islamistas de las cárceles palestinas favorecía los primeros atentados con bomba contra objetivos civiles desde noviembre y, por las mismas fechas, el Tsahal iniciaba la eliminación selectiva de líderes locales de Hamás, del Tanzim o del Yihad Islámico, en este clima de guerra, el gobierno de Ehud Barak optó por no interrumpir las negociaciones, por un lado a causa de la presión de Washington, por el otro para no perder el apoyo del partido pacifista Meretz. «Intentamos utilizar nuestra influencia para que cesase la violencia sin romper el diálogo», ha explicado Shlomo Ben Ami.[59] Detener la escalada había sido el propósito —frustrado— de la cumbre de urgencia celebrada en París entre Arafat, Barak y la secretaria de Estado Albright el 4-5 de octubre, y fue también la consigna que juntó a los líderes israelí y palestino con Clinton, Mubarak, el rey Abdullah II y el secretario general de la ONU, Kofi Annan, en Sharm el-Sheij, el 16 y el 17 de octubre. De dicho encuentro salieron un reticente acuerdo verbal de alto el fuego y un doble encargo a Estados Unidos: formar una comisión de encuesta sobre el origen de la crisis (la presidió el exsenador y antiguo mediador en el conflicto de Irlanda del Norte, George Mitchell) e impulsar la reanudación de las conversaciones de paz, preferentemente en un plazo de dos semanas. Rechazada como una traición por buena parte de las masas y de los grupos militantes palestinos,[60] e incumplida por la falta de voluntad o de autoridad de Arafat, la tregua naufragó en medio de acusaciones cruzadas de haberla violado y bajo el incesante goteo de heridos y muertos.

Fue en ese momento de emergencia que Barak y Sharon anunciaron, el 23 de octubre, la apertura de negociaciones para establecer un gobierno de unidad nacional y, cuatro días después, la llegada a un acuerdo con tres puntos programáticos: 1) acabar militarmente con la Intifada, 2) ofrecer a los palestinos Gaza y el 60% de Cisjordania sin Jerusalén, y 3) en caso de que rechazasen la oferta, como era seguro que pasaría, proceder a una separación unilateral siguiendo esas fronteras. El acuerdo no duró ni veinticuatro horas: la comunidad internacional lo censuró unánimemente, 10 de los 19 diputados del Likud firmaron un manifiesto en contra y los ministros Ben Ami y Beilin advirtieron a Barak de que dimitirían si se empeñaba en echarlo adelante. Cada vez más errático, el jefe del Gobierno descartó el acuerdo y volvió a la mesa de negociaciones. Sharon tampoco habló mucho de ello en los meses convulsos que siguieron, y la propuesta quedó enterrada como un globo sonda que no había ido a parte alguna.[61]

Sin embargo, el acuerdo del 27 de octubre proporciona mucha información sobre las consideraciones de la pequeña política israelí, sobre las estrategias de Barak y Sharon y sobre la línea unilateral que este último terminaría asumiendo tres años después. El primer ministro era en aquel momento un hombre totalmente desprestigiado que se encontraba en un callejón sin salida y falto de mayoría parlamentaria: la izquierda lo acusaba de no haber sabido negociar la paz, los

árabe-israelíes de la masacre de principios de octubre, la derecha de haber cedido demasiado y de haberse dejado embaucar por las promesas de Arafat, los nacionalreligiosos de poner en peligro la judaidad de Jerusalén. Era previsible que unas elecciones fuesen devastadoras para el laborismo y la única esperanza de Barak era que un gobierno de unidad estabilizase la situación, le diese aire y le permitiese diseñar un nuevo rumbo político que cambiaría su fortuna. En cuanto al jefe de la oposición, la visita a la Explanada de las Mezquitas había confirmado el estigma que pesaba sobre él desde Sabra y Shatila; era visto como un patán agresivo y provocador incapaz de navegar entre las sutilezas de las relaciones diplomáticas —mucho menos todavía en un campo de minas como el proceso de Oslo— ni de unir al país en un momento de crisis. En caso de que hubiese elecciones, la mayoría de los diputados de la derecha querían que Netanyahu volviese a encabezar el Likud. Para Sharon el acuerdo era, pues, una oportunidad de postergar este escenario y de demostrar que podía moderarse y entenderse con el laborismo. La avenencia táctica entre el impopular Barak y el impopular Sharon iba aún más allá: en el caso de que finalmente hubiese elecciones, preferían enfrentarse el uno contra el otro porque así tendrían más opciones de victoria. Y dejando de lado todos estos cálculos de vuelo gallináceo, el hecho de que ambos viesen en la unilateralidad una solución al problema ponía de manifiesto el dilema en el que se encontraba Israel; cada vez eran más los cuadros dirigentes de los dos lados del espectro político que veían en la ocupación un mal moral insostenible pero que preferían ponerle un punto y final controlado desde Jerusalén como alternativa a unas negociaciones para las que no tenían claro que hubiese un interlocutor y que, si lo había, en todo caso requerirían concesiones demasiado dolorosas.

El 9 de diciembre de 2000, mientras la Knéset estaba debatiendo disolverse para forzar nuevas elecciones y acabar con el *impasse* político, Barak anunció que dimitía. Era una maniobra que, de acuerdo con la legislación vigente entonces, convocaba elecciones a primer ministro sin renovación simultánea de la Knéset, a las que no podría presentarse cualquiera como en unos comicios ordinarios, sino solamente los diputados (Netanyahu no lo era) que reunieran el aval de diez colegas, un escenario que abría la puerta al duelo Barak-Sharon que ambos protagonistas querían. La indignación por lo que se percibía como una bribonada fue tan grande que la Knéset enmendó la ley deprisa y corriendo para permitir que cualquier ciudadano con diez avales parlamentarios pudiese concurrir a las elecciones, pero lo que no aceptó —ni el Shas ni la izquierda querían arriesgarse a la pérdida de diputados que les auguraban las encuestas— fue la renovación en la misma fecha (6 de febrero de 2001) en que se elegiría el nuevo primer ministro. Netanyahu, que las había pasado moradas para mantener cohesionada su coalición en 1996 cuando el Likud había conseguido 32 diputados, decidió que no quería el desgaste de ser primer ministro con solo diecinueve y que se presentaría tan solo cuando se renovase la Knéset.[62] Sharon encontraba así el terreno inesperadamente libre para imponer su candidatura como representante de la derecha. Shimon Peres pidió el apoyo del Meretz para presentarse contra Barak al frente de una candidatura más pacifista, pero en el último momento el partido más paloma de la Knéset lo rechazó (enésima humillación para el eterno perdedor de la política israelí) después que Ben Ami argumentase que si había en las urnas una alternativa más pacifista que Barak estaba claro que Arafat no cerraría ningún acuerdo, a la espera de si podía conseguir

algo mejor si el ganador era Peres. Y es que buena parte de la izquierda aún esperaba que, a pesar de toda la violencia desatada, el miedo a la derecha empujaría al liderazgo palestino a hacer *in extremis* el paso que no había querido dar en Camp David.

Las encuestas pronosticaban todavía en aquel momento que, en un cara a cara entre Netanyahu y Barak, Bibi conseguiría una victoria rotunda, pero que si la confrontación era entre Barak y Sharon la cosa estaría muy reñida. Sin embargo, la percepción que se tenía de este último a pie de calle empezó a cambiar. En caliente se había aceptado la narrativa de que Sharon y su visita eran culpables de la ola de violencia. A medida que fueron pasando las semanas, sin embargo, y viendo que los disturbios no cesaban y que las evidencias de una implicación plena de la ANP —y de una preparación subrepticia muy anterior a los hechos del 28 de septiembre— se hacían imposibles de negar, emergió una narrativa contraria que veía en Sharon poco menos que un héroe y un visionario. Barak había estado a punto de ceder la mitad de Jerusalén —y todos los instrumentos de un Estado— a una organización que, en respuesta a una simple visita al área más sagrada del judaísmo, había impulsado una sublevación mortífera que carecía de precedentes en la historia de Israel. Sharon, con su oportuna visita, habría puesto de manifiesto la imprudencia que Barak estaba a punto de cometer y abierto los ojos de sus conciudadanos a la verdadera naturaleza de Arafat y de la ANP.[63]

Había dos elementos que ayudaban a que se impusiese dicha narrativa, a saber, la persistencia de la violencia a pesar de que las negociaciones continuaban (un fenómeno que ya había dado la victoria a la derecha *in extremis* en 1996) y la súbita moderación que exhibía el candidato Sharon.

Sobre el primer asunto, el 23 de diciembre el presidente Clinton presentó sus parámetros, vistos durante mucho tiempo después como la «fórmula mágica» para llegar a una solución de dos Estados. ¿Cuál era el contenido de ese borrador? En cuanto al territorio, otorgaba a los palestinos el 100% de Gaza y el 94-96% de Cisjordania, y preveía que el 4-6% restante de esta región pasase a soberanía israelí, englobando el grueso de los asentamientos y más de dos tercios de los colonos; el resto serían evacuados, y los palestinos recibirían en contrapartida una extensión equivalente de territorio israelí, probablemente en el Negev limítrofe con Gaza, así como una vía terrestre libre de controles entre las dos porciones de su Estado, que se preveía «no militarizado», con una fuerza internacional para garantizar sus fronteras y estaciones temporales de prealarma israelíes a lo largo del Jordán. En lo que se refiere a Jerusalén, Clinton planteaba la división de la ciudad según criterios demográficos —los barrios judíos para Israel, los barrios árabes para Palestina—, con soberanía palestina en la Explanada de las Mezquitas e israelí sobre el Muro Occidental. Con relación a los refugiados, Israel habría de reconocer los sufrimientos físicos y morales y podría admitir algunos «según sus leyes soberanas», pero su derecho al retorno solo sería efectivo dentro del Estado palestino, o alternativamente se subvencionaría, con ayuda internacional, su integración en los países de acogida.[64]

Los sondeos mostraban que una mayoría de hasta el 56% de los israelíes se oponía a los Parámetros, duramente criticados también por la derecha y por la cúpula militar. A pesar de todo ello, el gobierno de Barak los aceptó oficialmente en las postrimerías de diciembre como base para un acuerdo. Los palestinos, por su parte, «se quejan de que la propuesta no es lo bastante buena para ellos»,[65] y Arafat respondió con una sarta de objeciones, preguntas y tácticas dilatorias que, bajo la presión creciente de los sectores más radicales comprometidos con la

Intifada, apenas buscaban decir «no» sin aparecer como intransigente. La obstinación de Clinton por encontrar la salida del laberinto hasta el último minuto de su mandato presidencial y la certeza del primer ministro israelí de que sin acuerdo firmado la debacle electoral sería segura mantuvieron viva la negociación durante las primeras semanas de enero de 2001, aunque ello contradecía los reiterados ultimátums de Barak de que no negociaría bajo fuego. Todavía al día siguiente de que George Bush fuese investido presidente empezaron en Taba, en la costa egipcia del Sinaí, unas conversaciones agónicas, lastradas por la violencia sobre el terreno, por la carrera contrarreloj, por la debilidad de Barak y por las demandas palestinas en materia de derecho al retorno de los refugiados y sobre Jerusalén oriental. «Taba no culminó en un acuerdo —explicó Shlomo Ben Ami— porque nuestra delegación llegó para negociar un arreglo que implicase la aplicación de los "parámetros", y los palestinos llegaron para cambiarlos y modificarlos». «Era demasiado tarde», resumía en el año siguiente el mediador europeo, Miguel Ángel Moratinos.[66]

El segundo asunto, la moderación de Sharon, no era muy percibido, y es normal que así fuese. El hombre que medio mundo asociaba a Sabra y Shatila y a la visita a la Explanada de las Mezquitas no era fácilmente describible como un moderado. Por otro lado, los postulados que defendía —Jerusalén íntegramente judía y un Estado palestino independiente circunscrito a Gaza y a un 60% de Cisjordania (en el principio de acuerdo de unidad frustrado con Barak)— estaban muy por debajo de los Parámetros Clinton y de lo que Barak había ofrecido en Camp David. Sin embargo, representaban una ruptura con la tradición revisionista. Sharon proponía que el Estado palestino se circunscribiera a las zonas A y B de Cisjordania, sí, pero aunque lo planteaba como una rebaja y como una crítica a las cesiones excesivas de Barak, al hacerlo estaba admitiendo implícitamente la idea de un Estado palestino, posición que había sido rechazada rotundamente hasta entonces por su espacio político. Y había más, porque a pesar de toda la violencia desatada Sharon no proponía un gobierno alternativo de la derecha que tuviese como agenda prioritaria el desmantelamiento del marco de Oslo, sino que prometía un acuerdo de unidad —es decir, la integración en el gobierno de los laboristas que habían llevado al país hasta aquella situación— y la firma de acuerdos provisionales a largo plazo que trajeran una «paz con seguridad».[67] Esta última expresión en hebreo, *shalom im bitachon*, era de hecho su lema de campaña.

Es verdad que estos movimientos podían verse como una maniobra táctica, un simple ejercicio de realismo político. Al fin y al cabo, las elecciones de febrero de 2001 eran meramente para elegir primer ministro y los únicos concurrentes eran Ariel Sharon y Ehud Barak; no había partidos de extrema derecha que participasen en la carrera y por lo tanto los votos extremistas de su bando podía darlos por descontados y lo que le hacía falta era apelar al centro. Asimismo, como su interés era que la Knéset no se disolviese de manera inmediata —si eso pasaba, previsiblemente Netanyahu presentaría su candidatura— le interesaba algo de estabilidad, y no había mejor manera de obtenerla que con los 26 diputados laboristas dándole su confianza en el marco de un «gobierno de unidad». Ello no obstante, algunas personalidades veteranas se daban cuenta de que los planes de Sharon iban más allá del tacticismo. «Es un pragmático y yo lo nombraría ministro de mi gobierno, en última instancia tenemos ideas similares aunque nuestro calendario difiera», decía Shimon Peres.[68] El expresidente Ezer Weizman, el único político del *mainstream* israelí que podía superar al Nobel de la Paz en reputación pacifista, también dio su apoyo a Sharon.[69]

La suma de todos estos factores fue haciendo a Sharon cada vez más popular a medida que avanzaba la campaña. Llegados a la noche del 6 de febrero de 2001, su victoria se hizo evidente en cuanto cerraron los colegios electorales. El veredicto final ofrecía un balance de 1.698.077 votos (62%) para el líder del Likud frente a los 1.023.944 (38%) que retenía Ehud Barak. La participación bajaba del 79% al 62% como consecuencia del abstencionismo masivo árabe-israelí, pero de todas maneras Sharon se las apañaba para ganar trescientos mil votos respecto del resultado de Netanyahu en 1999, a expensas de un Barak que se dejaba por el camino casi ochocientas mil papeletas. Cuáles de estos sufragios venían por el rostro moderado que Arik había exhibido como jefe de la oposición y cuáles por la figura de patán irredentista y belicoso que se había ganado en las décadas anteriores estaba por ver, como lo estaba también el rumbo que imprimiría a su liderazgo y el tipo de gobierno que conseguiría bregar con la precaria situación que el Likud tenía en la Knéset elegida dos años antes, cuando las esperanzas de paz volaban alto y a nadie se le pasaba por las mientes una nueva Intifada.

Sharon tenía clara la respuesta, pero explotó la ambigüedad tanto como pudo. El ejecutivo que conformó el 7 de marzo de 2001 se definía como «gobierno de unidad» porque comprendía a representantes tanto de la izquierda (el Partido Laborista y el Am Echad) como de la derecha radical (Unión Nacional, Israel Beitenu), así como a los ultraortodoxos sefardíes del Shas y al partido ruso de Natan Sharansky. La heterogeneidad de la combinación generó recelos en ambos lados del espectro: los nacionalreligiosos del Mafdal se negaron a entrar al saber que Dalia Rabin (hija del exprimer ministro asesinado) formaría parte del gobierno, y Shlomo Ben Ami y Yossi Beilin lideraron un sector crítico laborista que se quedó en la oposición porque no quería compartir un gobierno con la Unión Nacional.[70] Esta última riña estuvo a punto de frustrar la investidura, pero en última instancia los laboristas decidieron por mayoría que se sumarían a la coalición, en la que Sharon les garantizó dos de las tres carteras principales, Exteriores para Shimon Peres y Defensa para Binyamin Ben-Eliezer.

El primer ministro prometía controlar la situación de violencia, idea en cuyo derredor podía cohesionar la coalición. ¿Y después qué? Durante las negociaciones, Sharon había dejado claro a los laboristas que la propuesta de repliegue unilateral que había pactado con Barak el 27 de octubre seguía en pie. Esto era inaceptable para los sectores de la derecha radical que había en el gobierno —y también para muchos diputados del Likud—, pero en la medida en que no se planteaba de manera inmediata sino después de haber restablecido la seguridad, no era una preocupación urgente. Y mucha gente dentro de la derecha lo veía como una mera estrategia retórica: necesitado de apoyos internacionales y de los parlamentarios laboristas, Sharon tenía que modular el discurso público, mucho menos importante que los hechos sobre el terreno.

La dinámica de los meses siguientes tranquilizó aún más las reservas que revisionistas y nacionalreligiosos podían tener sobre algunos de los postulados de Sharon. La violencia continuaba descontrolada y las conversaciones entre Israel y la ANP quedaron suspendidas. La lógica despiadada del ciclo de atentados suicidas parecía imparable: cinco muertos el 18 de mayo en un cruce transitado de Netanya en hora punta, veintitrés muertos el 1 de junio en la discoteca Dolphinarium cuando se celebraba una fiesta de fin de curso, dieciséis muertos el 9 de agosto en la pizzería Sbarro de Jerusalén, treinta muertos en Jerusalén y Jaffa en dos atentados simultáneos en el primer fin de semana de diciembre… Las medidas de seguridad parecían ineficientes ante

este fenómeno; en Dolphinarium ya había habido un control riguroso en la entrada, pero el miliciano, dándose cuenta de que no podría atravesarlo, se inmoló directamente en medio de la cola, que estaba de bote en bote.

También podía observarse una creciente sofisticación en los ataques. Desde el comienzo de la Intifada los civiles israelíes habían sido los principales objetivos, pero el asesinato del ministro de Turismo Rehavam Zeevi el 17 de octubre demostró que los grupos palestinos (en este caso el Frente Popular) también podían apuntar al escalafón político. Estas tendencias continuaron a lo largo de la primera mitad de 2002: el 27 de enero se produjo la primera inmolación perpetrada por una mujer, el 14 de febrero los milicianos consiguieron destruir un tanque israelí. En total, entre enero y agosto de 2002 los atentados suicidas causaron la muerte de 135 israelíes. Si en julio de 2001 la cifra de bajas desde el comienzo de la *Intifada* ya era de 538 palestinos y 128 israelíes, en septiembre de 2002 había ascendido hasta los 1.900 palestinos y los 623 israelíes.[71]

Eso significa, naturalmente, que el recrudecimiento de la violencia no se hacía sentir solamente en Israel, sino también en los territorios palestinos. Que los atentados recibían el impulso y el apoyo logístico de la Autoridad Nacional Palestina no estaba en duda —todavía menos después que el 3 de enero de 2002 comandos de la marina israelí interceptasen el *Karine A*, un barco con bandera de Tonga y capitaneado por el activista de Fatah Omar Akawi, con misiles, munición, minas, explosivos y rifles por un valor conjunto de 15 millones de dólares (unos 13,7 millones de euros)—,[72] pero de todas maneras Arafat adoptaba una posición ambivalente y dejaba que las grandes acciones ofensivas las hiciesen (o las reivindicasen) otras organizaciones, entre las que se destacaban particularmente los islamistas de Hamás y, en menor medida, también del Yihad Islámico.

En cierto modo esta estrategia se había seguido desde el comienzo, porque Arafat encabezaba una organización cuasiestatal que recibía el reconocimiento de muchos países y que veía en las acciones violentas una vía complementaria a la diplomacia para forzar a Israel a rebajar las líneas rojas. Le era mucho más cómodo, pues, ponerse de perfil y justificar la violencia como una consecuencia de la intransigencia israelí, en vez de patrocinarla directamente como en sus años de clandestinidad. Eso se hizo especialmente cierto después del 11S, cuando de repente el terrorismo islamista pasó a ser la preocupación número uno de las cancillerías occidentales. Aquel día hubo celebraciones espontáneas en Gaza y en Cisjordania, rápidamente reprimidas por las fuerzas de seguridad de Al-Fatah, que se daban cuenta de que los acontecimientos podían ser utilizados por Israel para cambiar las reglas del juego.[73]

Arafat se comportaba como un equilibrista, buscando recoger los frutos de la violencia sin ser visto como su instigador. La cuerda nunca había sido muy gruesa, pero después de la caída de las Torres Gemelas se hizo aún más delgada. Y ello tenía una consecuencia colateral: en la calle palestina la gente veía cada vez más en Hamás y en el Yihad Islámico a los héroes y mártires que estaban demostrando el honor y la resistencia de su pueblo, frente a la pasividad de otros actores. Tal situación arrinconó pronto a las voces partidarias de una alternativa pacífica (Hanan Ashrawi, Haidar Abdel-Shafi, Yasser Abed Rabbo, Sari Nusseibeh…),[74] pero tampoco tardó mucho en perjudicar el estatus de Fatah y del mismo Arafat. Es por esta razón que el oficialismo palestino se dotó también de unas brigadas clandestinas (los Mártires de Al-Aqsa, nombre que ya de por sí evidencia cómo el discurso laico y socialista de los primeros tiempos de la organización había perdido fuelle) e incrementó los libelos antisemitas en declaraciones públicas y libros de

texto hasta un nivel caricaturesco y medievalizante: el envenenamiento del agua y aire de los palestinos para provocarles cáncer, la inoculación del sida, el lanzamiento de proyectiles de uranio empobrecido, el uso de gas mostaza (y de un inventado gas negro) y el reparto de chucherías emponzoñadas para los niños de Gaza constituyeron los temas estrella del repertorio.[75]

No todo el mundo en Israel veía esta evolución de los acontecimientos como una mala noticia. Para una parte del revisionismo y del movimiento nacionalreligioso, impotentes durante los años de Oslo mientras la idea de paz a cambio de territorios abría la puerta a un Estado palestino en Gaza y en Cisjordania, que los movimientos en auge en estas regiones negasen el derecho de Israel a existir y rechazasen cualquier negociación o compromiso significaba que por fin la opinión pública israelí abandonaría los ensueños fantasiosos y se comprometería con la indivisibilidad del *Eretz Israel*.[76] Sin embargo estos mismos sectores de la derecha radical, tranquilos durante los primeros meses de 2001 al constatar que Sharon no hacía ningún paso para concretar los designios unilateralistas, experimentaron una creciente frustración a partir del otoño. Los dos sentimientos tenían un mismo origen: la pasividad del primer ministro. Si algunos dirigentes —Netanyahu entre ellos— veían en el 11S una oportunidad para incrementar el nivel militar de la confrontación, reocupar territorios y desmantelar la ANP, Sharon era partidario de resistir hasta el final estas presiones, determinación que convirtió en un lema para transmitirlo a la opinión pública, «la contención es fuerza».[77]

Indiscutiblemente, la idea de trazar una equivalencia entre Al Qaeda y la ANP, de manera que las acciones israelíes quedasen bajo el amparo de la «guerra contra el terror» con que Bush había invadido Afganistán y apuntaba al «eje del mal» de Bagdad, Teherán y Pionyang, era atrevida en el mejor de los casos. Al margen de las similitudes que pudieran encontrarse en objetivos y procedimientos, la campaña estadounidense en Oriente Medio había estado presidida por una idea que ya se había puesto en práctica en 1991: evitar tanto como fuese posible la percepción de guerra religiosa, de cruzada moderna, y levantar una coalición con el apoyo de otros Estados árabes (notablemente de Arabia Saudí) para disminuir su rechazo y la insurgencia.[78] Israel había sido un socio incómodo en aquella primera experiencia y se le había pedido precisamente que no hiciese nada ni tan siquiera cuando se vio bajo fuego, y difícilmente se esperaría otra cosa en esta nueva confrontación. Si Estados Unidos buscaba limitar el rechazo arabomusulmán a sus acciones ofensivas, la equivalencia con Israel —una herida abierta capaz de generar reacciones viscerales y apasionadas desde Rabat hasta Yakarta— sería a buen seguro la última idea que se les ocurriría promover.

De todas maneras, una cosa eran los objetivos estratégicos de la administración Bush y otra muy distinta la batalla por la opinión pública en Estados Unidos. Sus ciudadanos, y en particular la gente con afinidades republicanas, sí que percibía un paralelismo entre la guerra de Israel y la propia, y un discurso en esta línea podía condicionar al Congreso y a la misma presidencia a darle un poco más de cuerda a Israel. Sharon no mostró ninguna disposición a recorrer ese camino. Después que el 27 de marzo de 2002 un suicida provocase treinta muertos al inmolarse en el restaurante del Hotel Park de Netanya en medio de las celebraciones de la Pascua judía, es cierto que emprendió una operación militar por tierra y aire en Cisjordania, Escudo Defensivo, pero era más un reajuste del principio de «la contención es fuerza» —un poco menos de contención, un poco más de fuerza— que un cambio radical de planteamiento. El ejército entró

en muchas ciudades palestinas y los combates dejaron 30 israelíes y 497 palestinos muertos a lo largo de cinco semanas,[79] pero en última instancia Sharon esquivó los cascos antiguos de Hebrón y Jericó y se abstuvo de desmantelar la ANP y de deportar a Arafat, como muchas voces dentro y fuera de Israel habían temido que hiciese.

En el mismo día en que la explosión de Netanya hacía inminente una operación militar terrestre de gran alcance en Cisjordania, la Liga Árabe se reunía en Beirut para aprobar, a propuesta del regente de Arabia Saudí, Abdullah bin Abdulaziz, la Iniciativa de Paz Árabe, que proponía normalizar las relaciones con Israel y cerrar el conflicto a cambio de tres contrapartidas: la retirada a las fronteras anteriores a la guerra de los Seis Días, la constitución de un Estado palestino con Jerusalén Este como capital y una «solución justa» para el problema de los refugiados.[80]

Como suele ocurrir en Oriente Medio, el diablo se escondía en los detalles. Mientras que las dos primeras condiciones eran bien claras, la tercera podía significar cualquier cosa, y permitía que el plan consiguiese unanimidad y que Yaser Arafat manifestase su adhesión entusiasta. Ahora bien, la iniciativa no era un movimiento propagandístico para ayudar a los palestinos a pasar el sambenito de intransigente al otro bando. Abdullah estaba seriamente preocupado por la ola de inestabilidad y de violencia que amenazaba con desestabilizarle el reino y los emiratos del Golfo que se le alineaban. Con tal medida se alejaba de la posición que la misma Liga Árabe había adoptado con los tres noes de Jartum de 1967 y transmitía sutilmente que el derecho a veto de los palestinos tenía límites. Si Israel aceptaba la propuesta como base para negociar, eso permitiría explorar dichos límites y situaría a Arafat en un dilema: o bien aceptarlos o bien arriesgarse a un estropicio dentro del mundo árabe como el que se había producido con la paz separada de Egipto de 1978.

Arabia Saudí tenía razones para pensar que Israel podía decir que sí a explorar aquel camino. Al fin y al cabo, el discurso público de Sharon no se oponía frontalmente a la idea de un Estado palestino, y el 23 de septiembre de 2001 había dado un paso más al decir que estaba a favor de ese desenlace porque Israel no debería gobernar a millones de árabes contra su voluntad.[81] (Las declaraciones de Sharon proporcionaron a Bush la legitimidad para hacer suya la idea dos semanas después, ante la consternación de la derecha dura.)[82] Sharon, sin embargo, se negó en redondo. Las fronteras de 1967 eran imposibles, el plan era inaplicable y no abría sendero alguno que pudiera ser recorrido. Ahora bien, cuando Netanyahu, envalentonado, propuso en el mes siguiente una resolución en el Comité Central del Likud que rechazaba el establecimiento de un Estado palestino —propuesta ampliamente aprobada— Sharon se negó a acatarla y dijo que la única consideración que regiría su política serían los intereses generales del país.

Sería un error creer de todo ello que Sharon era un inmovilista o un indeciso, incapaz de adoptar un rumbo u otro. En realidad, el primer ministro siempre había encarnado todo lo contrario, una personalidad aventurera y sin aversión al riesgo, proclive a la heterodoxia y al eclecticismo ideológico.[83] Y justamente desde estas coordenadas había decidido que establecería un Estado palestino, sí, pero desde la unilateralidad.

Sharon veía en la Intifada la prueba de que el liderazgo palestino seguía comprometido con la destrucción de Israel y no era un socio fiable para la paz. Por otro lado, percibía también la amenaza demográfica, el hecho de que la población judía en el conjunto de los territorios

controlados por Israel apenas pasaba del 50% del total con tendencia a la baja, de modo que a la larga la lucha palestina podía pasar a reivindicar la igualdad de derechos de todos los habitantes del territorio, con una presión internacional creciente y la eventualidad de que unas elecciones libres acabasen con el gobierno judío como lo habían hecho con el gobierno blanco de Sudáfrica en 1994. Pero si no se quieren mantener las fronteras actuales ni tampoco negociar otras, ¿qué camino queda? Fácil, el de fijarlas *motu proprio*, con retiradas de las zonas incómodas de mayoría demográfica árabe, pero manteniendo aquellas plazas que por razones estratégicas, simbólicas o prácticas conviniera retener dentro de Israel. La ventaja de una fijación unilateral de las fronteras es que uno puede ahorrarse las concesiones dolorosas, los sacrificios inevitables en cualquier transacción.

Hacer realidad este designio tropezaba con un gran obstáculo: tenía muy pocos apoyos fuera de la cabeza del primer ministro. La derecha dura no quería negociaciones, pero tampoco retiradas unilaterales; lo que quería era una acción decidida para deshacer el proceso de Oslo y construir asentamientos en todo el *Eretz Israel*. La izquierda (y, a estos efectos, la comunidad internacional) veía con buenos ojos una retirada, pero solo la consideraba factible en el marco de un acuerdo de paz, puesto que de otro modo el conflicto seguiría vivo, y con él, la violencia que lo acompañaba. Mas Sharon supo entender dos cosas. La primera, que la unilateralidad era el segundo plato de todo el mundo: el elector conservador defendía el Gran Israel, pero si debía elegir prefería una retirada limitada que una total; y de igual manera el votante progresista se inclinaba por terminar con la ocupación (o hacerla más pequeña) unilateralmente antes que mantener el *statu quo*. La segunda, que había una corriente central de israelíes que se sentían asqueados por la ocupación pero que rechazaban la ANP y el terrorismo que llevaba consigo, de manera que estaban abiertos a una propuesta que les ofrecería lo mejor de los dos mundos.[84] A lo largo de los tres años siguientes, los postulados de Sharon fueron minoritarios, pero el primer ministro se mantuvo al frente por la gran adhesión carismática que despertaba y porque supo venderlos a todo el espectro como un mal menor, frente a la aceptación de los términos de paz árabes a ojos de la derecha y al *statu quo* para la izquierda. Al empezar el año 2006, las diversas facetas del primer ministro —seductor persuasivo, maniobrero parlamentario, adulto responsable por encima de la politiquería— habían conseguido implementar una parte de este plan (en Gaza y en el norte de Cisjordania) y crear de la nada una mayoría social que lo sostuviese, la cual provenía mucho más de la izquierda que de la derecha, desde la convicción de que la unilateralidad no era una triquiñuela para esquivar las negociaciones, sino una manera de superar la situación creada por el rechazo persistente del otro.

Pero no anticipemos acontecimientos. A la altura de la primavera de 2002, Sharon era todavía claramente el líder del Likud y de la derecha, reafirmado por su negativa a negociar con Arafat y los saudíes, mientras en la izquierda proliferaban los grupos y movimientos que se le oponían y que recorrían cada vez más al activismo contra sus métodos: el Gush Shalom (Bloque de la Paz) de Uri Avnery, el Comité Israelí contra las Demoliciones de Casas, las Mujeres de Negro, el observatorio de derechos humanos B'Tselem, la agrupación de feministas de ambos bandos Jerusalem Link, coordinada por Shulamit Aloni (exdiputada del Meretz)… En enero de 2002, esta oposición hizo un paso más al constituirse Ometz Lesarev (Valor para decir que no), un movimiento de quinientos oficiales y soldados que rechazaban servir en los Territorios y que ganó progresivamente la adhesión de altos cargos de los servicios secretos, coroneles y generales

retirados, pilotos reservistas e incluso miembros de la unidad de élite Sayeret Matkal.[85] Cuatro meses después, el 11 de mayo, cien mil manifestantes llenaron las calles de Tel Aviv tras una pancarta que pedía la retirada israelí hasta las fronteras anteriores a la guerra de los Seis Días.

Toda esta contestación se veía ayudada por la presión internacional. Que la izquierda occidental daba la espalda a Israel era algo conocido desde principios de los años setenta, y las críticas habían tenido un componente abiertamente antisionista por lo menos desde la invasión del Líbano de 1982. Sin embargo, nunca se había llegado a los niveles de la Intifada. En las manifestaciones de las grandes ciudades europeas y americanas, así como en una porción de los medios de comunicación que rebasaba con creces los confines ideológicos socialistas, Sharon era calificado de carnicero, asesino y terrorista, se le atribuía la autoría de las matanzas de Sabra y Shatila y hasta se lo comparaba con Hitler en caricaturas y viñetas.

Hasta cierto punto, esta parcialidad informativa era consciente: los medios occidentales contrataban equipos de filmación palestinos conocedores de los réditos de la batalla propagandística, y la simpatía por el débil —el mito de David contra Goliat vuelto al revés frente a Israel— contribuía a que la gente se solidarizase con el sufrimiento de los habitantes de Gaza y Cisjordania. También había, empero, un componente inconsciente, consecuencia de la guerra asimétrica. Y es que los helicópteros y los tanques israelíes eran mucho más espectaculares que los francotiradores o los hombres bomba, y los aparatosos funerales-manifestación palestinos tenían mucho más interés comunicativo que los sobrios entierros israelíes.

La voluntad de conseguir una primicia y de transmitir la última actualidad sobre el terreno también hacía vulnerable al periodismo frente a las acusaciones interesadas. Un buen ejemplo de ello lo encontramos en la penetración israelí en el casco antiguo de Yenín en abril de 2002, en el marco de la Operación Escudo Defensivo. El día 10, aún en medio de las operaciones, la BBC había informado de que había 150 palestinos muertos, cifra que al día siguiente las agencias humanitarias habían elevado a 200 y la ANP a 500. El 13 de abril, el ministro de Información palestino hablaba de 900 muertos, de fosas comunes y de genocidio. Solamente después de verificaciones independientes se constató a finales de mes que el balance de víctimas había sido de 23 israelíes y 52 palestinos,[86] pero naturalmente las rectificaciones no ocupaban el mismo espacio que las acusaciones iniciales en los titulares de prensa y la apertura de los telediarios. Human Rights Watch y Amnistía Internacional necesitaron dos años y más de trescientas víctimas mortales israelíes antes de condenar los atentados suicidas como crímenes contra la humanidad,[87] y aunque hubiera muchos judíos (Noam Chomsky, Nadine Gordimer…) entre la intelectualidad crítica con el gobierno israelí, ello no quita la presencia de un componente antisemita en los ataques contra Israel, como quedó patente en la Conferencia de Durban, en la que se clasificó al sionismo como una forma de imperialismo colonialista y racista.[88]

Fue en este contexto de presión dentro y fuera del país que el gobierno israelí aprobó en junio de 2002 la construcción del muro de seguridad, una barrera que separaría Israel y los principales asentamientos del resto de Cisjordania y que tenía como objetivo declarado evitar la infiltración de suicidas de los Territorios. Rápidamente el nacionalismo palestino se propuso frustrarlo —al fin y al cabo, el muro expoliaba terrenos cisjordanos, separaba propiedades y bienes palestinos, y en caso de ser eficaz dejaría a la Intifada sin el gran instrumento de presión que eran los atentados— y consiguió una condena política y periodística casi universal: los vilipendios abarcaron desde Estados Unidos hasta la Unión Europea, pasando por la ONU, el

Banco Mundial y el Tribunal de la Haya.[89] En cambio, en Israel Sharon se encontró con un amplio consenso a derecha e izquierda para esta iniciativa. Ayudaba, claro está, que el fenómeno de los suicidas fuese visto como una emergencia que había que detener de cualquier manera. También que la idea del muro no era nueva: Yitzhak Rabin había sido el primero en proponerlo al recuperar el cargo de primer ministro en 1992; algunas zonas particularmente conflictivas ya se habían dotado de barreras en 1994 y el jefe del Gobierno había nombrado el año siguiente la Comisión Shagal para estudiar la implementación de un muro general, propuesta que no acabó de concretarse pero que también había recibido el visto bueno de Ehud Barak en 1999. Y por encima de todo, la propuesta de Sharon, aunque disfrazada de medida excepcional y con un sentido exclusivamente defensivo, abría de par en par la puerta de la unilateralidad, ya que establecía una conexión física muy difícil de revertir entre Israel y determinadas porciones de Cisjordania pobladas por judíos, en contraposición al resto de los territorios palestinos. Aunque minoritarios, algunos colonos lo rechazaron al verlo como el paso previo a una evacuación forzosa de asentamientos aislados. También en la izquierda, algunos de los principales protagonistas de las negociaciones de Oslo se temían ese escenario. «Comprendo la aspiración de algunos que, por cansancio, quieren que se construya una muralla china entre nosotros y los palestinos, y quizá este sea el futuro que nos espera —afirmaba el exministro de Exteriores y eminente historiador Shlomo Ben Ami—. No obstante, si eso llegase a ocurrir, ya no quedaría ninguna esperanza de paz.»[90]

Una importante derivada del conflicto con los palestinos que Israel había de afrontar simultáneamente era el deterioro de la situación económica. Si en 2000 aún había habido un crecimiento del 6,4% (a pesar del frenazo en seco de los tres últimos meses), en 2001 la tasa fue del -0,5% y en 2002 ascendió muy levemente hasta el 1,2%. Esa realidad, a la que había que añadir una inflación del 6,5% y el paro disparado hasta el 10,7%, obligaba a Sharon a adoptar políticas de austeridad y recortes de servicios que eran impopulares entre las clases bajas sefardíes y los ultraortodoxos que constituían el núcleo duro de apoyo que lo había elegido en 2001.[91]

A todo ello se sumaba que Sharon había sido elegido en una votación nominal a primer ministro que no renovaba la Knéset, de manera que era menester celebrar nuevos comicios como muy tarde en el otoño de 2003. Y eso añadía presión a un Partido Laborista dividido entre los partidarios de coligarse con Sharon y los que querían ir a la oposición para construir una alternativa. El líder del partido y ministro de Defensa Ben-Eliezer, que pertenecía a los primeros pero se temía que los segundos serían más populares entre la militancia de base, ideó una estratagema para romper con el Likud en condiciones ventajosas: puso como condición para aprobar los presupuestos de 2003 que se desviasen 145 millones de séqueles dedicados a los asentamientos (de un total de 57.000 millones de presupuesto) para subsidios sociales. Era una manera de guiñar el ojo a las clases bajas y de obligar a Sharon a elegir entre los colonos y los trabajadores de cuello azul de la periferia.[92]

El movimiento de Ben-Eliezer le proporcionaba un titular populista, pero no mucho más que eso, porque el ministro de Defensa no tenía claro qué hacer con los colonos más allá de negarles ese dinero. El alcalde de Haifa, Amram Mitzna (como Ben-Eliezer, un general en la reserva), tenía ideas mejor definidas, e hizo campaña para que el laborismo adoptase la unilateralidad —retirada de Gaza y del grueso de Cisjordania— y la evacuación de los

asentamientos como programa electoral. La propuesta tenía la ventaja de ser coherente con la pelea de los presupuestos y Mitzna pronto se convirtió en el líder laborista. En cuanto a Sharon, que el principal partido de la oposición hiciese bandera de la unilateralidad era una victoria estratégica importante, pero sabía que el electorado continuaba escarmentado con el último desgobierno laborista y que era desde la vanguardia del Likud que podían ganarse los comicios. Echó a los laboristas, invitó al sector duro del partido al gobierno —Netanyahu en Exteriores, Mofaz en Defensa— y llamó a las urnas el 28 de enero de 2003.[93] El Likud lo reeligió cómodamente como líder a pesar de la incomodidad con algunas declaraciones y medidas de los meses anteriores, aunque su victoria se veía matizada porque eran los hombres de Netanyahu, partidarios de un gobierno estrecho de la derecha y contrarios al Estado palestino, los que ganaban las primeras posiciones en la lista electoral, elegida también por la militancia.

Sharon permaneció fiel a la reputación de verso libre que se había ido ganando. Volvió a insistir en que quería repetir la experiencia de gobierno de unidad con el Partido Laborista —la emergencia de la Intifada que la había justificado en primer término seguía bien viva, al fin y al cabo— y en que una vez el terrorismo hubiese sido derrotado aceptaría un Estado palestino desmilitarizado. Tales posiciones le daban una reputación de moderado y, en la medida en que condicionaban cualquier acción al abandono palestino de la lucha armada, no suponían ninguna afrenta inmediata para los sectores irredentistas. Más todavía, Sharon dejó que fuesen otros representantes de su partido los que transmitiesen que las propuestas unilaterales de Mitzna en medio de una ola de atentados irradiaban debilidad y alentaban las milicias palestinas. El aumento de los ataques —doce muertos en Hebrón el 15 de noviembre, once en Jerusalén y ocho en Beit She'an en atentados simultáneos el 28 de noviembre, veintitrés en Tel Aviv el 5 de enero — reforzó este mensaje, y Sharon ganó claramente las elecciones con 38 diputados para el Likud (literalmente duplicaba los diecinueve conseguidos por Netanyahu en 1999) y 69 escaños para la suma de revisionistas, nacionalreligiosos y ultraortodoxos.[94]

Los afiliados al Likud tenían motivos para celebrar una victoria histórica —los resultados de Sharon no han vuelto a ser igualados hasta hoy— pero la habían conseguido al precio de crear una contradicción que definiría toda la legislatura: el programa que pretendían implementar no encajaba con el cabeza de lista, y al quedarse con lo mejor de los dos mundos (un primer ministro carismático y una alineación de diputados que compartía las tesis del Gran Israel) hacían inevitable que un choque siguiera al otro, hasta terminar con la escisión del partido en dos mitades irreconciliables.

El primer síntoma de este problema llegó con la conformación del gobierno. Aunque la derecha tenía una mayoría amplia para gobernar en solitario, Sharon insistió en invitar a los laboristas. Cuando Mitzna, que había perdido la mitad de los votos y lo atribuía a la falta de perfil propio y al seguidismo a Sharon en la legislatura anterior, dijo que no, el primer ministro recurrió al espantajo de una posible confrontación con Iraq, a punto de ser invadido por Estados Unidos, para intentar convencerlo. Al ver que era imposible de todas las maneras, pactó con los laicistas del Shinui y, teniendo este partido moderado en el gobierno, invitó también al Mafdal y a la Unión Nacional para constituir una mayoría.[95]

En contra de lo que se había temido, la guerra de Iraq no causó estragos en Israel; Saddam no se había sobrepuesto jamás del golpe de 1991 y el colapso de su régimen fue relativamente rápido, aunque la victoria estrictamente militar que los estadounidenses declararon en mayo

fuese seguida por una insurgencia persistente que en última instancia arruinó los designios de Bush. El *mainstream* político israelí —incluyendo a gente como Ehud Barak o Amram Mitzna, pero no a intelectuales como Amos Oz[96] o Shlomo Ben Ami[97]— apoyaba la guerra, con cierta expectación ante la eventualidad de que Estados Unidos quisiera pacificar Oriente Medio con una propuesta de paz más amplia que aspirase también a satisfacer algunos de los anhelos palestinos.

Era una previsión exacta. Aún no habían finalizado los grandes combates en Iraq que George W. Bush, interesado en desvanecer el relato que atribuía las acciones estadounidenses a planteamientos neocoloniales o antiislámicos, formuló la hoja de ruta (*Road Map*) con la ambición de cerrar el conflicto árabe-israelí y estabilizar así toda la región. La idea de base era la solución de dos Estados, a partir de medidas recíprocas que tanto el gobierno israelí como la Autoridad Nacional Palestina debían implementar en tres fases sucesivas. Primero, en el mes y medio que quedaba hasta junio de 2003, era imperativo que Arafat detuviese la violencia y desmantelase los grupos terroristas a través de una cooperación de seguridad con Israel, mientras Sharon había de suspender las medidas represivas, desmantelar los asentamientos construidos en los dos años anteriores (y congelar la construcción de viviendas en los otros) y retirar al ejército hasta las posiciones del 28 de septiembre de 2000. Después, entre junio y diciembre de 2003, convendría celebrar elecciones palestinas libres y una conferencia internacional que culminaría en un Estado palestino provisional con asiento en la ONU; por último, a lo largo de los años 2004 y 2005 se negociarían de manera definitiva los grandes asuntos que habían quedado inconclusos en Camp David —las fronteras permanentes de los dos Estados, el estatus de Jerusalén, la cuestión de los refugiados y el destino de los asentamientos— y se establecería una normalización de relaciones entre el Estado judío y el grueso de los Estados árabes.[98]

Sharon no quería la hoja de ruta. Por una parte, estaba implícito que las fronteras que dibujaba eran las de 1967, un modelo que el primer ministro veía inaceptable y que no quería adoptar de ninguna manera —de hecho, en buena parte había concebido la apuesta unilateral para evitarlo—. Por la otra, percibía en ella una repetición del modelo de Oslo de hacer a los palestinos una concesión oficial detrás de otra sin tener atado un acuerdo de paz. En los años noventa, Arafat había conseguido reconocimiento de la nada y lo había utilizado para erigir una maquinaria militar, política y diplomática que con la Intifada había puesto a Israel contra las cuerdas. Con la hoja de ruta podría conseguir más territorio y un puesto en las Naciones Unidas, para volverse contra Israel en el último momento e ir a buscar unas condiciones mejores todavía.

Estas preocupaciones del primer ministro, reflejo de su profunda desconfianza para con Arafat y la cúpula palestina, no eran compartidas por la oposición laborista, que en general estaba entusiasmada con la posibilidad de que los estadounidenses pilotasen esta nueva iniciativa de paz y quería colaborar con ella tanto como fuese posible. Sharon sabía que un no a la hoja de ruta implicaría un choque frontal con Estados Unidos y lo haría esclavo de la derecha dura, hasta el punto de perder la credibilidad con los sectores centrales israelíes que, eventualmente, podían seguirlo por el camino de la unilateralidad. Después de sopesarlo, decidió que la apoyaría, pero con la determinación privada de hacerla fracasar. Un buen augurio en esta línea era que Hamás y el Yihad Islámico la habían rechazado rotundamente como una claudicación ante Israel.[99] Y es

que las propuestas de paz en Oriente Medio suelen descarrilar aunque se concentren en ellas todas las energías, de manera que si lo que uno quiere es que se desvanezcan como el humo, no se precisan grandes esfuerzos.

El 26 de mayo de 2003, Sharon aprobó la hoja de ruta en el gabinete, con doce ministros a favor, siete en contra y cuatro abstenciones (el Likud se partió por la mitad). Lo hizo con catorce objeciones y con la esperanza de que los palestinos lo mandasen todo a tomar viento, pero lo hizo.[100] Y durante un par de meses dio la sensación de que la propuesta estaba tomando impulso. Yaser Arafat había cedido a la presión internacional y había aceptado nombrar a un primer ministro (Mahmud Abbas) con quien los israelíes pudieran sentirse más cómodos para negociar. El 3 de junio, Bush llegó a Egipto para reunirse con los líderes de Riad, Ammán, Manama y El Cairo, los cuales se adhirieron a la hoja de ruta ante Abbas. Al día siguiente, Bush, Sharon y Abbas encajaron las manos en Ákaba y el primer ministro palestino se comprometió a luchar contra la violencia y el terrorismo. Y el 29 de junio, Hamás y el Yihad Islámico aceptaron la tregua de tres meses que les exigía la ANP, gesto ante el que Israel reciprocó con repliegues militares en Gaza y en Belén.[101]

Hamás rompió abruptamente la tregua el 19 de agosto con un atentado suicida en Jerusalén que causó veintitrés muertos. Sharon adujo esta flagrante violación de los pactos para paralizar toda la implementación israelí de la hoja de ruta y, a partir de ahí, la dinámica de la Intifada retomó su lógica mortífera. Mahmud Abbas, sintiéndose traicionado por los grupos islamistas que le habían prometido observar la tregua, intentó utilizar las fuerzas de la ANP para desarmarlos, pero Arafat prefirió mantenerse en la ambigüedad que lo caracterizaba desde el principio de la violencia. Falto de autoridad y de legitimidad, Abbas dimitió el 6 de septiembre y fue reemplazado por Ahmed Qurei, un perfil mucho más dócil con Arafat. La hoja de ruta se derritió como la cera y Sharon pudo respirar un poco más tranquilo.

Pero tampoco mucho más. Es verdad que la decisión de paralizar la implementación de la hoja de ruta, tomada al calor de un atentado particularmente mortífero, fue compartida por una mayoría de los israelíes, en una prueba más de cómo la violencia había alejado la opinión pública de la solución de dos Estados. (En una encuesta hecha en aquellos días, solo el 31% veía con buenos ojos el proceso de Oslo y un 54% lo consideraba un error.)[102] Sin embargo, la izquierda estaba activa y vigorizada al percibir que Abbas podía ser un interlocutor para la paz. En septiembre de 2003, 27 reservistas de la Fuerza Aérea se declararon objetores de cualquier operación en los territorios palestinos.[103] Un mes y medio después, cuatro exjefes del servicio de seguridad interior Shin Bet (Avraham Shalom, Yaakov Peri, Carmi Gillon y Ami Ayalon) ofrecieron una entrevista conjunta en *Yediot Ahronot* en la que pedían a Sharon que se retirase de los Territorios y que plantase cara a los colonos.[104] Y el 1 de diciembre de 2003, dos pacifistas con responsabilidades políticas en uno y otro bando —el ministro de Cultura de la ANP, Yasser Abed Rabbo, y el exministro de Justicia del Meretz, Yossi Beilin— hicieron públicos los Acuerdos de Ginebra que dibujaban un Estado palestino en Gaza y el 97,3% de Cisjordania (con compensaciones territoriales dentro de Israel) al mismo tiempo que planteaban la evacuación —pero no destrucción— del resto de los asentamientos (cien mil colonos afectados en total), una división de Jerusalén y de la Ciudad Vieja con compromiso de reunificación cuando lo permitiesen las circunstancias y la acogida de refugiados solo en Palestina. La ANP se apresuró a rechazar el plan, acogido también fríamente en Israel, pero era un síntoma más de la frustración

con el inmovilismo del gobierno. A eso hay que sumar la persistente crisis económica, la inseguridad, los recortes y un escándalo de corrupción que manchaba personalmente al primer ministro para entender los malos resultados del Likud en las municipales de octubre de 2003, en que perdió incluso la alcaldía de Jerusalén.

Los esfuerzos negociadores habían descarrilado, la sensación de parálisis sublevaba a los sectores más movilizados de la sociedad y las malas perspectivas económicas comenzaban a erosionar el capital político de Ariel Sharon. Si realmente el primer ministro tenía la audacia de ensayar una solución unilateral al conflicto, se encontraba ante una oportunidad única, ya remachada por la campaña laborista del invierno anterior. A medida que se consumiese la legislatura, la proximidad de los nuevos comicios disuadiría a la oposición de colaborar con él, y entre tanto quizá la frustración ante el estancamiento económico y la mala situación de seguridad debilitarían la popularidad del gobierno, además de que los grandes resultados electorales de enero de 2003 quedarían más lejos y no tendrían tanta autoridad ante una militancia que estaba claro que iba a presentar mucha resistencia ideológica a cualquier retirada territorial. A sus setenta y cinco años y con una salud que comenzaba a debilitarse, Sharon sabía que era ahora o nunca.

10

La tentación unilateral (2003-2009)

SHARON Y LA FIJACIÓN DE LAS FRONTERAS

El 9 de diciembre de 2003, el ministro de Industria Ehud Olmert, recién incorporado al gobierno pero conocido por todos en Israel por sus dos mandatos como alcalde de Jerusalén, planteó en una entrevista con el decano del periodismo israelí Nahum Barnea que había que implementar en el corto plazo una retirada territorial unilateral en Cisjordania y en Gaza. Nueve días después de este globo sonda, el propio Sharon defendió ese mismo programa en la Conferencia de Herzliya, la cumbre anual más importante para tratar asuntos de defensa y seguridad en Israel.[1]

El jefe del Gobierno avanzaba, cauto pero decidido, por el camino de rechazar a la vez el *statu quo* y las negociaciones —cuando en enero de 2004 Bashar Assad planteó conversaciones de paz a cambio del retorno del Golán, Sharon le indicó sutilmente que no estaba interesado— para hacer confluir a los partidarios de ambas alternativas en su apuesta unilateral. Ello requería, por un lado, que el Likud le aceptase el plan de partición, y por otro, que Estados Unidos accediera, aunque fuese tácitamente, a que la apuesta unilateral sustituyese la hoja de ruta.

Lo segundo era relativamente fácil de conseguir, porque los norteamericanos ansiaban algún éxito diplomático en la región ante un Iraq cada vez más empantanado, y la constatación de que la hoja de ruta había nacido muerta era general. El 10 de febrero, Bush alabó públicamente los planes de Sharon e incluso se mostró dispuesto a aceptar el muro de seguridad, a cambio de que las retiradas se llevaran a cabo deprisa.[2] Por el contrario, el propósito de convencer al ala dura del Likud —tras la cual se alineaban la mayoría de los diputados del partido— era una tarea mucho más complicada. Consciente de ello, un Sharon que había sido muy ambiguo sobre las implicaciones territoriales concretas de su propuesta explicó que se circunscribía a Gaza y a tres asentamientos de Cisjordania. La idea unilateral también tomó un nombre, «plan de desconexión», que pretendía presentarla como una iniciativa espontánea de Israel a la vez que evitaba las connotaciones derrotistas de vocablos como *retirada* o *abandono*.

Evidentemente había una diferencia entre lo que Olmert había dibujado como una retirada sustancial de territorios palestinos en diciembre y lo que Sharon había concretado en febrero, donde la afectación de Cisjordania era a lo sumo simbólica. La ANP denunció enseguida este plan como una trampa y también China y la UE pidieron que se negociase con Arafat. Aunque el primer ministro presentó estos hechos como evidencia de la bondad de su propuesta ante el público más radical, la capacidad de persuadirlo resultó limitada. Ni siquiera el asesinato del líder de Hamás Ahmed Yasín el 22 de marzo[3] —a espaldas de Estados Unidos y merecedor de

condenas de la ONU y la UE—[4] frenó los debates internos de qué hacer si Hamás se hacía con el control de Gaza después de una retirada, pese a que los argumentos de Sharon de que sus ataques militares prevendrían tal escenario ganaron fuerza.

Ante esas dificultades que amenazaban con romper el partido y complicarle mucho la gobernabilidad, Sharon aceptó un compromiso el 30 de marzo por el que se celebraría un referéndum dentro del Likud, pero con la condición de que Netanyahu y los demás ministros críticos no hicieran campaña contra el plan. Dos semanas después, Bush prometió que defendería la permanencia en Israel de los grandes bloques de asentamientos en cualquier acuerdo de paz definitivo, y el 19 de abril, el nuevo líder de Hamás Al-Rantisi, cayó víctima de un asesinato selectivo israelí. Sharon presentó ambos hechos como prueba de que el terrorismo podría continuar controlándose con ataques militares preventivos y esfuerzos diplomáticos, y las encuestas reflejaron un amplio apoyo al plan ante el referéndum del 2 de mayo.

En verdad, el apoyo era sólido entre el conjunto de la población, aunque no tanto entre la militancia del Likud. Sharon era consciente de ello y había considerado la posibilidad de convocar una votación nacional, pero no había ninguna ley que lo regulase y sabía que el sector crítico —que contaba entre sus filas con el presidente de la Knéset, Reuvén Rivlin, con un gran poder sobre el calendario de debates y votaciones parlamentarias— tenía modo de postergar significativamente los procedimientos, y solo por esta razón había preferido hacer una votación interna mucho más fácil de organizar… pero también más arriesgada. La idea era que el apoyo de Bush, los éxitos militares frente a Hamás y el favor de la opinión pública bastaran, sobre todo porque los críticos del gobierno habían quedado neutralizados al comprometerse a no mostrar oposición.

Sharon menospreciaba la tenacidad de los colonos y de los críticos de la derecha. Estos últimos (Netanyahu, Livnat, Shalom) cumplieron su palabra en el sentido más restrictivo del término: no dijeron nada en contra del plan pero tampoco nada a favor.[5] Y, entre tanto, el Consejo Yesha de colonos sorprendió con una extraordinaria campaña para ganar la consulta que nadie en el entorno del primer ministro había imaginado posible. La estrategia consistió en vaciar los datos de toda la militancia del Likud para dividirla entre las familias colonas de Gaza, de modo que cada una tenía que adoptar cinco *likudniks*, esto es, saber cómo se llamaban, sus profesiones, la edad, el lugar en el que vivían, los nombres de cónyuge e hijos, las aficiones y cualquier otra cosa que les permitiese establecer vínculos de empatía. El reparto no se hizo al azar, sino buscando conscientemente afinidades —por oficio, por grado de religiosidad, por tener críos de edad parecida— que lo pusieran más fácil. Y una vez hecho esto, vino la toma de contacto por medio de cartas, llamadas telefónicas y, siempre que era posible, la creación de un vínculo personal y de invitaciones al afiliado y a su familia para que visitasen el hogar del colono en cuestión y pusieran cara a los afectados por el resultado de la votación a la que estaba llamado. Era una campaña profundamente emocional ante la que los compromisos de George Bush y los liderazgos carismáticos tenían poco que hacer.

Si la campaña del Consejo Yesha no había acabado de inclinar las cosas, el atentado conjunto del Yihad Islámico y de las Brigadas de los Mártires en que perdieron la vida Tali Hatuel y sus cuatro hijas cuando salían del asentamiento de Gush Katif para hacer campaña a las puertas de un colegio electoral de Ashkelon en el día de la votación terminó de sentenciar la apuesta de Sharon.[6] Con más de veinte puntos de diferencia, el Likud dijo que no al plan de

desconexión. «Vuestro presidente quería saber qué pensábais los militantes de base —dijo lacónicamente el asesor legal del partido cuando los resultados se hicieron públicos—. Ahora ya lo sabe.» Sharon no tuvo ánimo de comparecer aquella noche.

Pero el primer ministro no se daba por vencido. Después de unos días de silencio, el 10 de mayo anunció que presentaría un nuevo plan diplomático en tres semanas. Todos los mecanismos propagandísticos del gobierno, con el apoyo de la izquierda y de Estados Unidos, se pusieron en marcha, y cinco días después 150.000 personas llenaban las calles de Tel Aviv para manifestarse a favor del plan de desconexión.[7] Los atentados palestinos, que habían sido determinantes en la victoria del no en el referéndum, reforzaron ahora el relato de Sharon, ya que las explosiones de dos minas en Gaza en aquella misma semana con el resultado de once soldados muertos ponían de manifiesto que la presencia judía conllevaba un lento y doloroso goteo de víctimas. El 23 de mayo, Sharon reveló su «nuevo plan diplomático» que resultó ser… el plan de desconexión, con cuatro modificaciones menores para salvar las formas. No contento con eso, el primer ministro insistió en llevarlo inmediatamente a votación en el gabinete. El debate fue agrio, con recriminaciones de Netanyahu por la falta de respeto democrático de Sharon, y terminó con once ministros a favor y doce en contra.[8]

La respuesta de Sharon fue fulminante: cesó a los dos ministros de la Unión Nacional Benny Elon y Avigdor Lieberman y anunció que en cuarenta y ocho horas se repetiría la votación. Todo el mundo podía ver que el resultado esta vez sería de once a favor y diez en contra, salvo que los ministros contrarios optasen por abandonar al gobierno y dejarlo en minoría. En otras palabras, Sharon planteaba un trágala a sus rivales: o se sometían a su autoridad como jefe del Likud y del gobierno, o iría a elecciones anticipadas o a un pacto con la izquierda. Para el bloque de ministros díscolos que encabezaba Netanyahu era una elección difícil, Sharon no podía estar seguro de la decisión que tomarían. Tampoco le hacía falta, porque en las cuarenta y ocho horas de ínterin que había dado hizo una oferta de compromiso con la típica sutileza judía, de acuerdo con la cual no se votaría el plan de desconexión anterior (retirada de Gaza y de tres aldeas de Cisjordania) sino otro «en abstracto», que no incluiría retirada territorial alguna; cuando hubiera que hacer una, ya habría otra votación a este efecto. Aliviado, Netanyahu lo aceptó, y el plan de desconexión «en abstracto» se aprobó catorce a siete.[9]

Los estadounidenses no habían dicho nada porque entendían que la situación de Sharon era complicada, pero claramente no estaban dispuestos a conformarse con un plan «en abstracto» indefinidamente. En agosto, de hecho, criticaron a Israel por primera vez en muchos meses y denunciaron el cierre del paso fronterizo de Rafah. Sharon aprovechó tal tensión para denunciar que el *impasse* perjudicaba a Israel en el mundo, pero era consciente de que para avanzar necesitaba una coalición más amplia que incluyese al Partido Laborista. Sus rivales de la derecha también lo sabían e hicieron aprobar una resolución en el Comité Central del Likud que prohibía la entrada de laboristas en el gobierno.[10] Por si acaso Sharon decidía desafiar dicha prohibición, Netanyahu trató de seducirlo con una oferta de convocatoria de un referéndum nacional y el compromiso de acatar su resultado.

Sharon estaba escarmentado de los referendos y veía en esta propuesta la misma trampa que había percibido la primera vez que se había planteado. Lo que quería era crear un gobierno de amplio espectro e implementar el plan de desconexión. Después que en octubre el impacto de un cohete Qassam procedente de Gaza matase a dos niños israelíes, Sharon emprendió una dura

operación de represalia en la Franja que duró dos semanas y dejó una cincuentena de palestinos muertos. El 17 de octubre, acabados los combates, la puso como ejemplo de que la lucha contra el terrorismo podía hacerse igualmente desde fuera y que la presencia de asentamientos en Gaza no evitaba las bajas civiles y sí que provocaba pérdidas militares. Estaba determinado a poner en marcha el plan inmediatamente.

La derecha dura se había preparado para tal eventualidad. Ya en julio había habido amenazas histéricas de que una evacuación llevaría a una guerra civil, y los grupúsculos extremistas fantaseaban con un Estado de Judea que los colonos proclamarían en las zonas de las que se retirase Israel.[11] El 26 de julio, una cadena humana de 130.000 personas había enlazado el bloque de asentamientos de Gush Katif en Gaza con Jerusalén,[12] y el 12 de septiembre, la derecha había llenado las calles de Jerusalén con pancartas que tildaban a Sharon de «dictador»… pero no de «traidor», puesto que esta palabra, en hebreo *mosser*, se había tornado tabú después del asesinato de Rabin.

El 26 de octubre, Sharon hizo aprobar las retiradas de Gaza y del norte de Cisjordania aprovechando la mayoría que tenía en el Consejo de Ministros, y el sector de Netanyahu respondió con un ultimátum: dimitirían en bloque en dos semanas si no se convocaba un referéndum. Al día siguiente, había pintadas en Jerusalén en que se leía «Matamos a Rabin y también mataremos a Sharon» y la polarización política llegó a niveles peligrosamente semejantes a los de mediados de los años noventa.

Este drama político se vio súbitamente empequeñecido por un acontecimiento inesperado. Desde mediados de octubre, Arafat había estado enfermo de lo que primero pareció que era una gripe y después una afección intestinal. Los equipos médicos jordanos, tunecinos y egipcios que acudieron a atenderlo no sacaban un diagnóstico en claro y, ante el agravamiento de la situación, Israel accedió a dejarlo viajar hasta Jordania, desde donde fue evacuado por un avión militar francés rumbo al Hospital de Percy. Tampoco allí pudieron determinar la naturaleza de su mal y su estado siguió empeorando: el 3 de noviembre entró en coma y el 11 murió.[13]

Con el fallecimiento de Arafat desaparecía lo que Sharon había considerado «el mayor obstáculo para la paz». Como es lógico, la comunidad internacional buscó que las negociaciones se reactivasen, en especial después que Mahmud Abbas emergiese como el candidato favorito en las elecciones presidenciales subsiguientes. Habiendo recibido el apoyo de Egipto, Siria, Jordania, Arabia Saudí y Kuwait (el jeque Sabah Al-Áhmad As-Sabah, primer ministro, le dijo que no hacía falta que se disculpase por haber dado apoyo a Saddam en 1991),[14] Abbas ganó claramente las elecciones presidenciales del 9 de enero de 2005 con un 67%; hay que decir que no tenía ningún rival de envergadura porque Hamás las boicoteó, aunque sin dificultar su transcurso.

La posibilidad de que Abbas buscase reabrir el proceso negociador, más con un Bush recientemente reelegido, hacía que Sharon tuviera más prisa para llevar a cabo en la práctica lo que el gabinete ya le había aprobado sobre el papel. Las dimisiones de la derecha dura no se habían producido —la muerte de Arafat fue una distracción perfecta para dejar morir el tema—, pero aun así el primer ministro sabía que necesitaba otro gobierno si quería implementar el plan de desconexión. Los presupuestos le sirvieron de excusa. Como los laicistas del Shinui no querían aprobar las subvenciones a escuelas religiosas, Sharon los expulsó del gobierno el 1 de diciembre y abrió conversaciones con los ultraortodoxos de la Yahadut HaTorah. Y como el

intercambio no daba mayoría —el Shinui tenía 15 diputados y la Yahadut solamente 5—, el primer ministro consiguió que el Comité Central del Likud revocase el veto a las negociaciones con los laboristas para evitar las elecciones anticipadas. El 11 de noviembre, los 19 escaños del Partido Laborista, encabezados otra vez por el incombustible Shimon Peres, formaron un nuevo gobierno de unidad nacional… «unidad» que en la Knéset solamente fue de 58 a favor y 56 en contra, porque 13 diputados del ala derecha del Likud se opusieron al cambio, previendo que los asentamientos corrían peligro.

La desconfianza que había existido en los tiempos de Arafat pareció desvanecerse con Abbas, con quien la colaboración había sido provechosa en el breve período de 2003 en el que había sido primer ministro. En febrero hubo una cumbre entre él y Sharon en Sharm el-Sheij y el líder israelí aceptó liberar a quinientos presos palestinos para impulsar el nuevo ambiente de paz. La ANP se comprometió, ahora sí, con la reducción de la violencia, y Abbas optó por no insistir en la hoja de ruta y dejar que Sharon implementase la retirada de Gaza con la idea de que la unilateralidad podría transformarse en negociaciones si se creaban condiciones de confianza suficientes. El nuevo ambiente se manifestaba también en las relaciones internacionales de Israel; Recep Erdoğan y Vladímir Putin, poco sospechosos de ser amigos del sionismo, fueron recibidos calurosamente en Jerusalén, y en julio de 2005, Sharon se entrevistó con Jacques Chirac en el Elíseo en un viaje que culminó con la creación de la Fondation France-Israël (inaugurada en mayo de 2006) para cooperar en inversión, investigación, industria, cine e intercambios de jóvenes.

Sin embargo, no todo era de color de rosa. Las amenazas para los planes de Sharon provenían esencialmente de dos flancos. El primero eran los islamistas de Hamás, que el 1 de febrero habían conseguido una gran victoria en las elecciones municipales de la Franja de Gaza y que partían como favoritos para las legislativas del 17 de julio pese a que ni reconocían a Israel ni renunciaban a la violencia. (Abbas echó un remiendo a este último problema posponiéndolas seis meses para que no interfiriesen con la retirada.) El segundo, naturalmente, era la oposición derechista dentro de Israel, que se veía reforzada en sus argumentos por el auge islamista. Natan Sharansky abandonó el gobierno por esta razón el 2 de mayo, y nueve días después la explosión de una mina en Gaza terminaba con la vida de seis soldados más. Netanyahu seguía en el ejecutivo, pero se perfilaba cada vez más como alternativa a Sharon y, llegada la hora de la verdad, también dimitió el 8 de agosto.[15]

Una semana más tarde la retirada de los ocho mil colonos de Gaza y de cuatro aldeas del norte de Cisjordania se consumó. En la Franja se interpretó como una victoria miliciana (y muchos lo atribuyeron a las acciones suicidas de Hamás) y las sinagogas fueron destruidas, pero no hubo incidentes ni atentados y Sharon demostró que era posible una evacuación de colonos sin grandes traumas. El asunto era importante porque, más allá del apoyo diplomático que le proporcionaba —el 1 de septiembre Pakistán normalizó relaciones con Israel, y en la inauguración de la sesión anual de la ONU, unas semanas más tarde, Sharon fue aplaudido y vitoreado como dirigente de moda—,[16] hacía evidente que a pesar del creciente número de colonos de Cisjordania, una retirada que llevase a la solución de dos Estados no era del todo descartable, más allá de si ello se hacía por vía negociada o unilateral.

Y es que la retirada de Gaza no debía entenderse como un programa político *per se*, sino como la primera parte de la fijación de las fronteras de Israel siguiendo el trazado del muro de separación, aquella retirada más profunda de territorios a que Olmert había hecho alusión en diciembre de 2003. Por esta razón, la ANP se había mostrado tan dócil en aquellos meses; aunque Abbas no estaba dispuesto a aceptar las fronteras de los dos Estados tal y como las concebía Sharon, creía que la mejor estrategia era mostrar contención y facilitar la cesión israelí de todo el territorio que el gobierno hebreo considerase conveniente, con la idea de que en el escenario posterior podrían retomarse las negociaciones y quizá por aquella vía Israel acabaría aceptando incluso más de lo que había ofrecido en Camp David en el verano de 2000. En caso contrario, siempre se estaba a tiempo de volver a recurrir a la violencia.

La pregunta de hasta qué punto esta vía negociada podía llevar a una paz consensuada tiene mala respuesta. Por un lado, Sharon había optado por la unilateralidad porque no estaba dispuesto a pagar el precio que exigía la ANP por un acuerdo de paz, y la retirada que planteaba —con Jerusalén Este, el Golán y los principales bloques de asentamientos en manos israelíes— estaba muy lejos de los Parámetros Clinton y todavía lo estaba más de lo que Abbas podía aceptar. Por el otro, el primer ministro israelí sabía que la comunidad internacional quería negociaciones en vez de unilateralidad, y que los territorios palestinos podían convertirse fácilmente en una madriguera insurgente que lanzaría cohetes contra Israel un día sí y otro también si no había una solución satisfactoria. Como todo su razonamiento venía de la convicción de que Arafat era un terrorista con intenciones de destruir Israel y de que el diálogo con él era en vano, la llegada al poder de Abbas alteraba la ecuación. Sobre todo si, como todo parecía indicar, la determinación de Sharon de trasladar el plan de desconexión a Cisjordania lo echaba definitivamente a los brazos de la izquierda.

El primer ministro había conseguido llevar a cabo la retirada de Gaza desde la jefatura del Likud, pero había tenido que sudar la gota gorda para conseguirlo. Era muy improbable que pudiera repetir tal gesta en Cisjordania ahora que Netanyahu había dimitido y que se comportaba a todos los efectos como jefe de la oposición.[17] Y también era bien dudoso que derrotara a Bibi en las primarias para encabezar la lista en las siguientes elecciones. Esos cálculos abrían la puerta, formulada cada vez con más insistencia entre los círculos políticos y periodísticos de Jerusalén, de una escisión centrista que pudiera atraer votantes moderados de la derecha y pragmáticos de la izquierda bajo la égida de la gran popularidad de Ariel Sharon.[18]

Las primarias laboristas del 10 de noviembre aceleraron la toma de decisiones. Shimon Peres, el hombre que como líder laborista había sido derrotado en las elecciones de 1977 (la primera vez que la izquierda perdía unos comicios generales en Israel) y también en 1996 para sorpresa de todo el mundo, que había sido humillado en 1990 cuando los ultraortodoxos renegaron del pacto que lo había de investir y otra vez en el 2000 cuando la presidencia, en votación secreta, se le escapó de las manos a pesar de que sobre el papel tenía comprometidos los votos suficientes, se confrontaba con el líder sindicalista Amir Peretz. Las encuestas ponían a Peres claramente por delante y eran pocos los que consideraban la posibilidad de una derrota, lo cual hizo que el anuncio causase toda la sorpresa que podía causar un nuevo fiasco del eterno perdedor de la política israelí. A fin de cuentas, lo que había pasado era fácil de explicar. Amir Peretz era un sefardí enérgico y apasionado con un discurso de izquierda populista, de gobierno grande y subvenciones, que prometía acabar con la anomalía —anomalía entonces, después el

fenómeno se ha generalizado más en todos los entornos occidentales— de un laborismo que recogía el voto de las élites y no el de los obreros. Shimon Peres, por el contrario, era un viejo de ochenta y dos años que hacía cuarenta y siete que se sentaba en su escaño de la Knéset, y no tenía más programa que el seguidismo de Sharon para «ayudarlo a hacer la paz».

Pero la victoria de Peretz tenía una derivada inmediata importante: el nuevo líder laborista se oponía a las políticas liberales del gobierno Sharon —las que hasta hacía cuatro días Netanyahu había conducido desde el ministerio de Finanzas— y, más en general, estaba decidido a salir del gobierno para recuperar perfil propio. Si una retirada de Cisjordania se veía muy difícil con la composición del gobierno y de la Knéset a la sazón, sin el Partido Laborista era claramente imposible. El 17 de noviembre de 2005, Sharon anunció elecciones anticipadas, abandonó el Likud y fundó un partido centrista con el objetivo de culminar el plan de desconexión.[19] Shimon Peres, sintiéndose desplazado y maltratado por el nuevo líder laborista, rompió el carné y se unió a Sharon.[20] Otros dirigentes de la izquierda —Haim Ramon, Dalia Itzik— y de la derecha —Ehud Olmert, Shaul Mofaz, Tzipi Livni— lo siguieron, y pronto las encuestas lo situaban como primera fuerza a mucha distancia de laboristas y Likud, y en los pronósticos más optimistas por encima de los 40 diputados que nadie había conseguido en Israel desde 1988.

Dos episodios inesperados en enero de 2006, todavía con dos meses de margen antes del día de las elecciones, hicieron que aquellas grandes expectativas se desmoronasen tan deprisa como se habían erigido. El 4 de enero, Sharon sufrió una gravísima apoplejía que lo dejó en estado vegetativo permanente, sin un sucesor claro con la autoridad para mantener unido el espacio político heterogéneo que se había reagrupado en derredor de su persona y del programa de la unilateralidad. Veintiún días después, dicho programa también tuvo que ponerse en cuestión después que Hamás se impusiera claramente en las elecciones legislativas palestinas, aquellas que Abbas había pospuesto en julio anterior, a pesar de que ni renunciaba a la violencia ni reconocía el derecho de Israel a existir independientemente de cuáles fueras sus fronteras. Como tantas otras veces en la historia del conflicto de Oriente Medio, el do de pecho de la ópera de la paz se convertía súbitamente en un gallo estridente y cacofónico.

LA PESADILLA LIBANESA, DE NUEVO

Sharon desapareció de la escena política inesperadamente, de un día para otro, con un partido que apenas tenía un mes y medio de vida y la inminencia de unas elecciones enfrente. Shimon Peres era su número dos y había otra gente de la familia laborista que se había sumado al proyecto, pero de aquí a convertirlo en el líder, con la edad y los precedentes de derrotas que acumulaba, había un buen trecho. Tzipi Livni era una ministra joven, enérgica y popular, pero llevaba solamente seis años en la Knéset y había demasiada gente que la consideraba una principiante. En última instancia, la responsabilidad recayó en el delfín de Sharon, el mismo Ehud Olmert, que había anunciado primero el plan de desconexión escasamente dos años antes.

La experiencia política de Olmert estaba fuera de duda. Parlamentario desde 1973, era hijo de un histórico del Cherut que también había sido diputado en los años cincuenta, y era conocido por todos no solo por su etapa de ministro, sino también por haber sido durante diez años el

alcalde de Jerusalén. Y pese a que no tenía una personalidad carismática, contaba con una familia de izquierdas (tanto la mujer como los hijos votaban al Meretz)[21] que apelaba a esos sectores, mientras que su historial de discípulo de Shamir que había pactado con los ultraortodoxos para hacerse con la alcaldía de la capital tranquilizaba a los elementos más conservadores. El 16 de enero fue confirmado oficialmente como líder, y aquel mismo día la encuesta de *Maagar Mochot* daba a su partido, el Kadima (Adelante), la desorbitada cifra de 52 diputados, frente a los 21 del Likud y los 12 laboristas.[22] Solo en los años dorados del laborismo posterior a la guerra de los Seis Días había existido un partido israelí en condiciones de aspirar a tal nivel de hegemonía.

Desde que se había creado el Kadima se había fundamentado en dos cosas: Sharon y la unilateralidad. Habiendo desaparecido la primera, los votantes estaban dispuestos a confiar en Olmert (reforzado por la solidaridad de la opinión pública ante la enfermedad del primer ministro) para implementar la segunda. Sin embargo, una parte del atractivo de la retirada de Gaza venía de la sensible disminución de la violencia que la había acompañado y de la confianza que generaba el perfil conciliador de Abbas al frente de la ANP. Cuando el 25 de enero Hamás se hizo con una clara mayoría del Parlamento palestino —74 diputados frente a los 45 de Fatah —[23] todo ese planteamiento se puso en tela de juicio. ¿Realmente había sido sensata la retirada de Gaza, ahora que se constataba que los palestinos habían elegido a una milicia que defendía la destrucción de Israel? Si el mérito del plan de desconexión en las calles palestinas se atribuía a Hamás y a sus ataques suicidas, ¿no sería una temeridad repetir este proceso en Cisjordania?

Olmert trató de cerrar ese debate interrumpiendo los contactos con la ANP y haciendo presión diplomática para que sus aliados la boicoteasen mientras incluyera a Hamás en el gobierno. Estados Unidos lo aceptó, aunque Bush había sido el primero en exigir la convocatoria de aquellas elecciones, en su empeño de democratizar Oriente Medio que también había aplicado a Afganistán e Iraq con resultados harto descriptibles. También la UE accedió al boicot mientras Hamás no reconociera Israel ni aceptara la vía negociada para resolver el conflicto. Pero las fracturas en dicha posición emergieron pronto. El 12 de febrero, Putin convidó a Moscú a la cúpula de Hamás y la reconoció como interlocutora. Francia también planteó que había que aceptar los resultados de los comicios aunque no gustasen.[24]

La opinión pública israelí percibía la actitud internacional como una respuesta ingrata a la generosidad y buena voluntad que se había mostrado con la retirada, y la idea de que la repetición de tal política en Cisjordania recompensaría la ingratitud y transmitiría debilidad alejaba a algunos votantes de tal horizonte. Además, pronto surgió una nueva razón para cuestionar no ya la idea de retirada, sino la competencia de Ehud Olmert para coordinarla. Y es que el 1 de febrero la policía desalojó el asentamiento ilegal de Amona que unas cuantas familias de colonos radicales habían erigido en tierras privadas palestinas. La acción se llevó a cabo en cumplimiento de una orden judicial, y desató una batalla campal que terminó con 45 policías y 174 manifestantes heridos.[25] En Amona vivían apenas doscientas personas. Que el desalojo de 8.000 habitantes de los asentamientos de Gaza transcurriese sin incidentes violentos mientras en Amona había tenido que desplazarse decenas de ambulancias planteaba una diferencia clara entre la habilidad de Sharon y la de Olmert. Teniendo en cuenta que la intención declarada del candidato era evacuar a decenas de miles de colonos de Cisjordania, el asunto no era moco de pavo.

A partir de ahí, el Kadima fue cuesta abajo en las encuestas, y llegadas las elecciones del 21 de marzo los 52 diputados que había pronosticado *Maagar Mochot* se redujeron a 29. Aun así era la fuerza más votada, por delante de los laboristas de Peretz (19 diputados, 15,1% del voto) y de la derecha dividida entre el Likud de Netanyahu (12 diputados, 9% del voto) y el Israel Beitenu de Lieberman (11 diputados, idéntico porcentaje de voto). Olmert tenía, pues, un mandato para formar gobierno, aunque tanto los fundamentos de su línea política como su prestigio personal habían quedado en entredicho.[26]

Como la idea de Olmert seguía siendo la retirada unilateral de Cisjordania a pesar de todos los obstáculos, su gobierno tenía que hacerse con la izquierda, y así fue que el 4 de mayo consiguió la investidura con Amir Peretz como número dos y ministro de Defensa y con la participación también de los ultraortodoxos del Shas y de un partido sectorial en defensa de los intereses de los pensionistas que había sido la sorpresa de las elecciones. Ahora bien, por más que el baile de nombres y de sillas hubiera sido relativamente fácil de cerrar, la concreción práctica del programa de gobierno planteaba dificultades mucho más grandes.

Desde que Abbas había sido elegido presidente de la ANP en enero de 2005 hasta la victoria de Hamás en las legislativas exactamente un año después, había habido una relación bastante fluida entre el gobierno israelí y la Autoridad Palestina, lo cual había contribuido a una mejora de la situación de seguridad y a una retirada de Gaza poco traumática y sin incidentes significativos. En los meses anteriores, empero, dicha situación había cambiado radicalmente. Israel boicoteaba las instituciones palestinas y presionaba a la comunidad internacional para que hiciese lo mismo, y el presidente palestino, debilitado por la derrota de Fatah en las legislativas, optó por defender la legitimidad de las instituciones y enfrió también la colaboración con Israel, siempre impopular en las calles de los Territorios. Ya en marzo, Olmert había mandado una unidad militar de élite a asaltar la cárcel de Jericó ante la sospecha de que la ANP estaba a punto de liberar presos con delitos de sangre cometidos dentro de Israel,[27] y en abril dejó claro que la política de boicot continuaría hasta que Hamás reconociera el Estado judío o fuese derrocada.[28] Una posición inflexible como aquella era imposible de combinar con el abandono de territorios, especialmente por la conciencia de que estos serían interpretados como un «regalo» a Hamás, la prueba de que los palestinos podían conseguir concesiones sin renunciar a la violencia ni a la destrucción de la entidad sionista.

Mahmud Abbas se daba cuenta de los peligros de aquel escenario. El presidente palestino habría preferido avanzar hacia un marco de negociaciones ya en 2003, cuando Arafat lo había frustrado, y aunque no estaba dispuesto a aceptar la unilateralidad como base para una paz definitiva, entendía que era un primer paso que daba a la ANP el control de más territorio, que disminuía la violencia y facilitaba la cooperación, y que en última instancia podía desembocar en una mesa de diálogo porque Israel, habiendo hecho sacrificios y constatado que merecían la pena, quizá se abriría a ello. De repente toda la estrategia amenazaba con irse al guano por el vacío dejado por Sharon, la incompetencia de Olmert y la victoria inesperada de Hamás. El riesgo de una nueva confrontación armada era muy real, y las posibilidades de que la retirada de Cisjordania se postergara o se abandonase no eran pequeñas. Deseoso de alterar aquel rumbo, el 30 de mayo de 2006 Abbas lanzó un ultimátum a Hamás: si no aceptaba un plan de paz convocaría un referéndum en seis semanas para que el pueblo palestino decidiese directamente sobre el asunto.[29]

El presidente palestino no era ingenuo y sabía que era improbable que Hamás modificase su ideario por temor a un referéndum. En primer lugar, su cargo no incluía competencias explícitas para convocarlo; tampoco estaba nada claro que la ciudadanía palestina fuese a apoyar a Abbas en vez de a Hamás, y si los integristas llegaban a olerse una derrota siempre podían recurrir al boicot de las urnas como habían hecho en las presidenciales. El cálculo era probablemente que la acción lo reforzaría internacionalmente como hombre de paz y debilitaría el boicot, y tal vez que Olmert encontraría en aquel gesto los argumentos que le faltaban para aprobar un calendario de retirada. Al ver que nada se movía, Abbas anunció que posponía el referéndum y después dejó morir lentamente la iniciativa, una práctica que iría haciéndose habitual en lo que refería a consultas a la ciudadanía palestina. En las dos décadas que han transcurrido desde entonces los habitantes de Gaza y Cisjordania no han vuelto a ser llamados a las urnas.

Sobre el papel, la agenda del gobierno israelí no había cambiado, y de hecho el 16 de mayo Olmert fue recibido en la Casa Blanca y presentó a Bush un plan de desmantelamiento de setenta asentamientos de Cisjordania que habría implicado el desalojo de sesenta mil colonos, condicionado —por lo menos esta era la intención israelí— al reconocimiento del resto de los asentamientos por Estados Unidos.[30] Pero era una propuesta sin plazos y sin capital político para ser implementada. El aumento en la frecuencia de lanzamiento de cohetes desde Gaza en los días siguientes dividió el gobierno —el ministro de Seguridad Interior, Avi Dichter (Kadima), criticaba la pasividad del ministro de Defensa, Peretz—[31] y acentuó las dudas sobre la idoneidad de estrategias unilaterales como las que se habían seguido en el Líbano y en Gaza.

El clima que había en Israel era de parálisis, y la reacción habitual palestina ante la parálisis —como se había visto tantas veces en el gobierno de Netanyahu de los años noventa— era un estallido de violencia que empujase a los judíos a replegarse. Abbas había previsto que esa dinámica iba a repetirse, con perjuicios no solamente para Israel, y había tratado de detenerla con la propuesta de referéndum. Habiendo fracasado dicho recurso y con Hamás en el gobierno, no le quedaban más ases en la manga. Olmert, impotente ante el deterioro de la situación de seguridad y la renovada energía del ciclo acción-reacción de ataques y represalias, tampoco tenía medios para evitar que la situación degenerase una vez más en una guerra abierta.

El *casus belli* fue la emboscada de Hamás a una patrulla israelí que recorría la carretera paralela a la Franja el 25 de junio, con un resultado de dos israelíes muertos y uno secuestrado, el soldado Gilad Shalit.[32] Habiendo constatado que Mahmud Abbas no podía o no quería interceder para que Shalit fuese liberado, tres días después Olmert lanzaba la Operación Lluvia de Verano, una incursión por tierra, mar y aire en la Franja que incluyó la detención de ministros y legisladores de Hamás y el bombardeo de las oficinas del primer ministro palestino, Ismail Haniya, y que tenía como objetivos principales la liberación de Shalit y el fin de los ataques con cohetes desde Gaza.[33]

El 12 de julio, Hezbolá, decidida a solidarizarse con sus hermanos de Gaza bajo fuego israelí, asaltó a una patrulla de soldados en la frontera libanesa, mató a doce de ellos y se llevó dos de los cadáveres hacia el Líbano.[34] Olmert, que en dos semanas de guerra en el sur no había conseguido los objetivos militares que se había marcado, emprendió una campaña de bombardeos aéreos también en el norte, la cual recibió como respuesta una lluvia de misiles desde el Líbano que causaron daños materiales cuantiosos en todo el norte de Israel. Solo cuando a principios de agosto la paciencia del Consejo de Seguridad de la ONU empezó a agotarse,

Olmert decidió una invasión por tierra, precipitada y costosa en términos de vidas, que fue seguida por un alto el fuego anticlimático en el 14 de agosto.[35] En Gaza, la campaña continuó aún hasta el 26 de noviembre, cuando finalmente Israel suscribió un armisticio a cambio del compromiso de la ANP de evitar el lanzamiento de cohetes.

Las guerras del estío de 2006 dejaron una huella profunda en la opinión pública israelí. Las cinco semanas de guerra en el Líbano acabaron con 165 víctimas mortales israelíes y más de 2.500 heridos, y la constatación de que los bombardeos del Tsahal no habían sido capaces de detener el lanzamiento de cohetes generaba una sensación de derrota que revivía el trauma de 1982. (En el lado libanés las bajas eran bastante superiores, alrededor de 1.200 muertos y 4.400 heridos, y también hubo un trauma duradero que explica la relativa tranquilidad de la frontera durante la década siguiente.) En Gaza, la campaña había sido aún más larga y tampoco acababa con una victoria militar clara: Hamás seguía en pie y Guilad Shalit continuaba cautivo.

Es verdad que Olmert podía alegar algunos éxitos diplomáticos. El alto el fuego en el Líbano había sido consecuencia de la Resolución 1701 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que también exigía el desarme de Hezbolá e incrementaba hasta los diez mil hombres la fuerza de separación de las Naciones Unidas (UNIFIL) que se había establecido en 1978. Asimismo, los meses siguientes se caracterizaron por una cierta calma tanto en el norte como en el sur.

Sin embargo, mirándolo bien, esos éxitos no llegaban a montar un alfiler. La Resolución 1701 hablaba de desarme, pero no decía quién debía ponerle el cascabel al gato, y la UNIFIL dejó claro que la suya era una misión de paz y que no se enfrentaría con un grupo armado del tamaño y de la determinación de Hezbolá. Con el fin del bloqueo de la costa libanesa, la milicia chií empezó a rearmarse y en los años siguientes acumuló un *stock* de misiles cada vez mayor y más destructivo que exhibía sin pudor en desfiles y manifestaciones.[36] En Gaza sí que había un bloqueo naval israelí, pero los túneles y el contrabando en la frontera sur lo hacían ineficiente desde el punto de vista militar, mientras que sí contribuía a agravar la crisis humanitaria y, de rebote, la mala imagen internacional de Israel.

Había también, claro está, el problema de la competencia de Olmert y de su gobierno. Las guerras se habían iniciado en ambos frentes como respuesta a los ataques de las milicias islamistas, sin una planificación ni unos objetivos bien determinados. En el norte en particular, la decisión había sido circunscribirse a una guerra aérea para evitar bajas de soldados, pero en las últimas cuarenta y ocho horas y al darse cuenta de que el Consejo de Seguridad iba a imponer un alto el fuego antes que Israel consiguiera una victoria decisiva, el primer ministro sí que había ordenado una incursión terrestre masiva. Como resultado, Israel se había quedado con lo peor de los dos mundos: tenía decenas de bajas militares (consecuencia de las emboscadas de la operación terrestre) y a la vez debía encajar la devastación causada por el lanzamiento continuo de cohetes y la mala prensa que le daban los bombardeos (defectos de una operación preponderantemente aérea). Las críticas se trasladaban, de una manera incluso más dura, contra el ministro de Defensa. Que Amir Peretz hubiese optado por hacerse cargo del ejército en vez de elegir una cartera más social, a pesar de que no tenía experiencia militar y de que había hecho campaña prometiendo mejoras socioeconómicas, ya había despertado algunos recelos entre los sectores sindicalistas que habían promocionado su candidatura al frente del laborismo. Viendo el resultado del conflicto y la actitud errática del ministro, dichos recelos se veían justificados.

Unos meses más tarde, la polémica se haría mayor después que Peretz fuese fotografiado observando con prismáticos unas maniobras militares con el jefe del Estado Mayor y asintiendo a las explicaciones que este le daba… sin caer en la cuenta de que tenía las tapas de los binóculos puestas y que, por lo tanto, no estaba viendo nada.[37]

La percepción de incompetencia que transmitían Ehud Olmert y Amir Peretz explica buena parte del giro a la derecha que el electorado israelí experimentó después de las guerras de 2006. Pero el cambio de mayorías que permitió la hegemonía del Likud a lo largo de la década siguiente era más profundo que un mero rechazo personal a dos dirigentes que abandonarían pronto la primera línea política. Hay que entenderlo como un colapso de todo el razonamiento estratégico que había llevado a la unilateralidad. Después que la salida del sur del Líbano y de la Franja de Gaza diese lugar a la aparición de milicias con pleno control del territorio que no podían ser desalojadas por Israel ni tan siquiera en una situación de guerra abierta sostenida durante meses, la perspectiva de trasladar dicho escenario a Cisjordania parecía desaforada. Era de esperar, pues, que más allá de dimisiones en el liderazgo político y en la cúpula militar, las experiencias de aquel verano desprestigiarían definitivamente la vía que se había ensayado en el Líbano en el año 2000 y que Sharon había convertido en piedra de toque de la estrategia militar y diplomática del país desde diciembre de 2003. Como el principal partido de gobierno tenía en la consecución de esa estrategia su única razón de ser, los acontecimientos representaban un torpedo inesquivable contra su línea de flotación.

UN NAUFRAGIO INEVITABLE

El 17 de enero de 2007 dimitió el jefe del Estado Mayor, Dan Chalutz.[38] El anuncio se anticipaba al dictamen de la comisión de investigación sobre la guerra del Líbano del verano anterior y fue acogido con satisfacción en la calle y entre los medios de comunicación, que veían en el episodio una sana asunción de responsabilidades por lo que todo el mundo entendía que había sido un fiasco.

En verdad, lo que resultaba extraño era la resistencia del ejecutivo. Ni Olmert ni Peretz habían dimitido y, a pesar de la presión social y mediática, el gobierno aguantaba incólume y hasta se había reforzado con la entrada del Israel Beitenu de Avigdor Lieberman el 25 de octubre, para hacerse cargo de la amenaza iraní y de la reforma del sistema electoral. Como representante de la derecha dura hostil a la retirada de Gaza, Lieberman se había visto reforzado por los acontecimientos. En vista de la gran impopularidad de Olmert y Peretz y de los malos augurios que todas las encuestas le daban al Kadima, no parecía difícil que el partido se desintegrara y que algunos de sus diputados más oportunistas contribuyeran a hacer caer el gobierno a cambio de un sitio en las listas de la derecha en las siguientes elecciones. ¿Cómo es, pues, que Olmert pudo aguantar dos años y medio más al frente y que Lieberman se prestó a auxiliarlo?

Hay que decir en primer lugar que la derecha había salido muy debilitada de las elecciones de 2006. El Likud de Netanyahu era la cuarta fuerza política por detrás del Kadima, de los laboristas y del Shas; con un 9% de los votos había sacado el peor resultado de toda su historia. Había una lucha feroz entre Netanyahu y Lieberman para hacerse con la hegemonía de dicho

espacio político,[39] y este último creyó que influenciando al gobierno desde dentro tenía más números de hacerse valer y de acumular a ojos de los votantes la experiencia y el ademán de hombre de Estado que Bibi se había ganado en sus años de primer ministro y también al frente de los ministerios de Exteriores y de Finanzas en tiempos de Ariel Sharon.

Pero el hecho de que Lieberman pudiera plantearse tal pacto en un momento de desprestigio del gobierno y de los postulados ideológicos que lo legitimaban se debía también a otra causa más profunda. Ciertamente, la unilateralidad había quedado desacreditada, pero no tenía un recambio claro. Hay que hacer notar, a fin de cuentas, que si Sharon había conseguido imponer esta salida era porque la opinión pública había desesperado de las dos alternativas «clásicas» —las negociaciones y el *statu quo*— y había visto en el plan de desconexión una manera de huir de los problemas de las otras dos soluciones. Que ahora hubiesen emergido con toda su crudeza los defectos del plan no quitaba que las alternativas continuaran siendo malas. Y esa desorientación, ese sentimiento de fatalidad y de falta de alternativa, restaba fuerza a los rivales de Olmert e impedía que pudiese cristalizar un consenso para cambiar de rumbo inmediatamente.

En parte porque los estadounidenses lo empujaban a ello, y en parte porque al aceptar el principio de retirada había quemado las naves con los sectores conservadores donde había hecho el grueso de su carrera política, Olmert optó tímidamente por abrir la puerta a las negociaciones. En febrero de 2007, se reunió con Abbas bajo los auspicios de la secretaria de Estado norteamericana, Condoleezza Rice, en una reunión que inauguró un conjunto de encuentros mensuales que ya en abril el frustrado primer ministro calificaba de «improductivos».[40] Naturalmente, la falta de frutos se explicaba por el clima de fin de régimen que se respiraba en Israel. Lieberman había advertido ya en enero de que saldría del gobierno si se hacían concesiones a los palestinos y Olmert, que sabía que sin sus 11 diputados no sobreviviría, no quiso tentar la suerte. La institución de la presidencia, neutral y con poder solo simbólico, se vio también manchada cuando Moshe Katzav aceptó suspenderse en aquel mismo mes ante las graves acusaciones de violación que pesaban contra él (en marzo de 2011 sería condenado en sentencia firme a siete años de prisión).[41] El único que parecía no ver problemas en el funcionamiento del gobierno era Shimon Peres, que en marzo dijo que Olmert era «uno de los mejores primeros ministros que hemos tenido», pero las intenciones reales de ese apoyo público se pusieron en duda al saberse que Peres volvía a ser candidato a la presidencia —el mandato del presunto criminal Katzav acababa en julio— y buscaba el favor de Olmert. Lo consiguió, pero al filtrarse que Peres había declarado a la comisión de investigación que no compartía la decisión de lanzar una invasión por tierra en los últimos días de la guerra, Olmert se retractó… para volver a darle apoyo al cabo de unas horas después que sus gestiones para encontrar un candidato alternativo se quedasen en nada.[42]

El momento culminante de estos actos de politiqueo barato llegó el 29 de abril, cuando la comisión Winograd emitió su informe preliminar en el que imputaba «responsabilidad primaria» por los errores de la guerra a tres individuos: el primer ministro, Ehud Olmert; el ministro de Defensa, Amir Peretz, y el jefe del Estado Mayor, Dan Chalutz.[43] De estos, Chalutz ya había dimitido en enero y Peretz fue reemplazado por Ehud Barak en unas primarias internas unas semanas después. Solo Olmert continuaba agarrado a la silla, pese a que el 73% de los israelíes decían querer que dimitiera (la ministra de Exteriores, Livni, de su mismo partido, se contaba en esa mayoría) y que 150.000 personas llenaron las calles de Tel Aviv el 3 de mayo con esa misma

demanda.[44] El primer ministro respondió que agotaría la legislatura. Su cálculo era que, en la medida en que las encuestas daban la victoria a Netanyahu, ninguno de los partidos del gobierno ni a derecha (Israel Beitenu) ni a izquierda (laboristas) querría forzar unos comicios. Y no se equivocaba: a pesar de que el nuevo-viejo líder laborista Barak le había pedido la dimisión, al ver su negativa bajó el tono y admitió que permanecería en la coalición para evitar una victoria conservadora.

La frustración y la parálisis no eran exclusivas de Israel, sino que también tenían su contrapartida exacta en los territorios palestinos. Mahmud Abbas, viendo el colapso definitivo de sus ilusiones de retirada israelí de Cisjordania, intentó reavivar las expectativas de un proceso de paz al apostar en diciembre de 2006 por una anticipación de los comicios legislativos de dudosa legalidad.[45] Hamás enseñó los dientes y se produjeron enfrentamientos en la calle en los que las fuerzas de la ANP, a pesar de todo el entrenamiento occidental que habían recibido en los años anteriores, más bien tendieron a replegarse. Las cosas se calmaron con una tregua mediada por Arabia Saudí en febrero,[46] pero solo temporalmente. El 10 de junio, Hamás asaltó por sorpresa el edificio de la Guardia Presidencial en Gaza ante las sospechas de que Abbas preparaba un golpe inminente para hacerse con todo el poder, acción que fue seguida por cinco días de conflicto armado que dejaron 159 muertos y acabaron con Gaza bajo el control absoluto de Hamás y Cisjordania en manos de Fatah. Ambas facciones establecieron gobiernos paralelos y negaron la legitimidad del otro, iniciando una división política en los territorios palestinos que se ha mantenido hasta nuestros días.[47]

Aunque pueda parecer paradójico, Olmert vio en esta situación una oportunidad para terminar de inclinarse, ahora sí de manera seria y comprometida, hacia un escenario de negociaciones. Por un lado, influía en ello la situación interior. Ciertamente que la previsión de una victoria opositora en caso de elecciones disuadía a los partidos de la coalición de tumbar el gobierno, pero eso solo funcionaba en la medida en la que estos partidos (en particular los laboristas y el Israel Beitenu) confiaban en poder darle la vuelta a la tortilla y tener opciones de encabezar el ejecutivo. Si en un momento dado veían que permanecer como ministros de Olmert era un lastre que les provocaba más problemas que beneficios, no dudarían en saltar del barco. Y, en cualquier caso, si Olmert quería seguir al frente del gobierno más allá de la legislatura en curso había de ofrecer algo que generase adhesión e ilusión, algo bien distinto al politiqueo y a la parálisis depresiva de los meses anteriores.

El primer ministro había sido de los primeros en ver que el proceso de Oslo, aunque se hubiera ejecutado mal, tenía unos fundamentos justificados en el peligro demográfico que amenazaba a Israel. Pensaba que la ocupación era perniciosa, que ponía en contraposición los caracteres judío y democrático del Estado hasta el punto en que en unos pocos años habría que elegir entre uno y otro, un escenario endiablado que estaba decidido a impedir. Si la unilateralidad no ofrecía soluciones viables, entonces se tendría que volver a la vía negociada. Era cierto que la posición de Abbas era más débil que nunca, pero esta situación tenía algunas ventajas. Igual que él, Abbas necesitaba algo que ilusionase y que le incrementase los apoyos, un objetivo por el que mereciera la pena luchar, un proyecto más allá de la supervivencia del mañana será otro día. Y ahora que el entramado institucional palestino había saltado por los

aires, al rais ya no lo constreñía la necesidad de mantener el diálogo con Hamás y una apariencia de unidad. Quién sabe si en tal situación no iría a tirarse a la piscina y decidiría aceptar un compromiso con Olmert que pudiera vender como un éxito a su parroquia.

En una muestra indirecta pero significativa de que su apertura de paz era en serio, Olmert recuperó las propuestas sirias de normalización a cambio del retorno del Golán —las mismas que Sharon había ignorado con condescendencia— y dio a entender que estaba dispuesto a firmar un acuerdo que recogiera esos principios. Sin embargo, Bashar Assad, que había reforzado la alianza con Irán, Hezbolá y Hamás por miedo a una invasión estadounidense, entendía que sus amigos no verían con buenos ojos una iniciativa diplomática de tales características y, por lo tanto, aguó la fiesta.[48] El primer ministro israelí descartó entonces la paz con Siria y se centró en la carpeta palestina.

El gran aliado que tenía para estos propósitos era, naturalmente, la administración Bush. Estados Unidos habían intervenido enseguida para proporcionar un apoyo económico generoso a la debilitada ANP de Abbas, de modo que también tenían más influencia en las decisiones del rais palestino. A finales de junio, empezaron discretamente negociaciones de estatus final entre Olmert y Abbas, con la activa participación de los mediadores de la Casa Blanca. Los planteamientos con los que se trabajaba no se alejaban mucho de los Parámetros Clinton, pero había un problema que nadie quería abordar: en el caso de que se llegase a un acuerdo, ¿qué se haría con la Franja de Gaza gobernada por Hamás?

Quizá fuera una pregunta optimista, porque el acuerdo siempre estuvo lejos. De todas maneras, no era la única alternativa de Olmert. Su delfín, Haim Ramon, viceprimer ministro, planteó en paralelo, en julio de 2007, la idea de una retirada unilateral en Cisjordania a cambio del compromiso de la OTAN de patrullar aquellas áreas.[49] La experiencia de la UNIFIL en el Líbano y el poco entusiasmo de la Alianza Atlántica por una misión que debería confrontar insurgencia islámica, en un momento en el que las páginas de actualidad internacional de los periódicos iban llenas de las malas experiencias análogas en Afganistán e Iraq, hicieron que la propuesta no tuviese más recorrido. En cualquier caso, lo cierto es que había agitación en las altas esferas israelíes y las filtraciones a la prensa contribuían a estimular los sueños de los sectores más progresistas del país. Del primer ministro Levi Eshkol se había dicho que era un hombre indeciso y pusilánime, pero a la hora de la verdad había presidido durante la victoria más rotunda de la historia de Israel, los seis días de junio de 1967. Tal vez Olmert, a pesar de todas sus limitaciones, era el hombre que podía traer la paz.

George W. Bush incrementó las expectativas al convocar una conferencia de paz entre israelíes y palestinos en Annapolis para el 27 de noviembre. A lo largo de los meses de septiembre y octubre, el primer ministro se reunió varias veces con Abbas para preparar la cumbre y para restaurar la clase de confianza mutua necesaria para que ese tipo de iniciativas fructifiquen. Interrogado sobre la posibilidad de una partición de Jerusalén, Olmert no quiso descartarla y dijo que los temas concretos se hablarían privadamente en las negociaciones, declaraciones que se entendieron como una muestra de su disposición a repetir la oferta que Ehud Barak había hecho en Camp David.[50]

El creciente impulso que estaban ganando dichas conversaciones empezó a desestabilizar los fundamentos del gobierno. Lieberman había dicho que lo abandonaría si se hacían concesiones a los palestinos,[51] y aunque Olmert aún no había hecho ninguna, su continuidad

como ministro en un gobierno que dialogaba sobre estos temas minaba su reputación entre la derecha. En septiembre advirtió de que si las cosas iban por ese camino saldría del ejecutivo, y los ultraortodoxos del Shas suscribieron su amenaza. Unos días después, provocador como siempre y ansioso por llenar titulares, el jefe del Israel Beitenu insistía en que la verdadera culpable de los problemas del país era la izquierda israelí, incluso más que los árabes. Hasta Barak, líder de un partido teóricamente a la izquierda del primer ministro, se sentía incómodo con la situación —no tanto por las negociaciones en sí como porque lo habían marginado de ellas — y declaraba que no veía condiciones objetivas para avanzar ni por la senda de la unilateralidad ni por la de las conversaciones de paz con la ANP.

De modo paralelo a estos esfuerzos de paz, la reputación de Olmert en la gestión de asuntos de seguridad mejoró gracias a dos grandes éxitos. El 6 de septiembre de 2007, Israel atacó por sorpresa un reactor nuclear en construcción que los norcoreanos estaban instalando en Siria.[52] Cinco meses después, un coche bomba aparcado al lado del Mitsubishi Montero del número dos de Hezbolá, Imad Mughniyeh, y detonado en el momento preciso lo liquidó en pleno centro de Damasco.[53] Ambas operaciones habían sido precisas y efectivas. Ambas habían cumplido sus objetivos sin bajas ni daños colaterales y sin respuesta del enemigo.

Esos éxitos eran particularmente importantes porque daban credibilidad a la amenaza del primer ministro de atacar las instalaciones nucleares iraníes. En los primeros años después del 11S, Estados Unidos había invadido Afganistán e Iraq y amenazado a otros países de la región, entre los que se contaban Irán y Siria. Israel podía tener cierta confianza en que había unas líneas rojas y en que si los iraníes las cruzaban, Washington intervendría para imponerlas. Pero las tornas se estaban volviendo. Las rápidas invasiones de Kabul y Bagdad se habían convertido en una lenta sangría de atentados e insurgencias que malograban vidas estadounidenses y que amenazaban con desestabilizar el presupuesto de la superpotencia. Irán, además, había tejido alianzas sólidas con grupos milicianos de la región y también se aproximaba a Rusia; el 16 de octubre, Putin había dejado claro que no aceptaría bajo ninguna circunstancia el uso de la fuerza contra Teherán.[54] Era improbable que en esta tesitura una administración estadounidense consciente de la impopularidad doméstica de las guerras en Oriente Medio iniciase nuevas aventuras militares. La disuasión del bloque chií quedaba en manos exclusivas de Israel, y la eficacia de estas dos misiones en Siria ayudaba a difuminar un poco el fiasco militar libanés y no pasaba desapercibida a nadie. De hecho, se podía decir lo que se quisiera sobre la gestión de aquella guerra, pero desde el alto el fuego la situación en el frente del norte había sido de calma absoluta, a diferencia de la tónica general de ataques puntuales de baja intensidad que había caracterizado a los años anteriores.

Sin embargo, la guerra del Líbano seguía persiguiendo a Olmert. El informe preliminar de la comisión Winograd había aparecido en abril de 2007, pero el definitivo no vio la luz hasta el 30 de enero de 2008.[55] Como era previsible, su publicación fue acompañada del ruido periodístico habitual y de los llamamientos de los políticos rivales (y de algunos de los propios, como Shaul Mofaz) para que Olmert dimitiese. Netanyahu también insistió en la idea de elecciones anticipadas que reclamaba desde el fin de la guerra, y Lieberman aprovechó la situación para salir de un gobierno que había adoptado una política crecientemente pacifista.[56] Cuando Barak exigió la dimisión del primer ministro en términos de ultimátum pareció que el gobierno estaba a punto de desmoronarse, pero hizo marcha atrás en el último momento, como

ya había hecho la otra vez, al constatar que las encuestas no le sonreían. La opinión pública continuaba siendo severa con Olmert, pero no tanto como un año antes: el 52% de los israelíes pensaba que Barak tenía que hacerlo dimitir y el 41% quería que se mantuviese la estabilidad del gobierno, cifras bastante más ajustadas que el 73% que lo había querido echar en el momento de la publicación del informe preliminar.[57]

Dos fueron los elementos que en última instancia desbarataron los tímidos indicios de rehabilitación política del primer ministro. El primero fue el deterioro creciente de la situación en el sur del país como consecuencia de los ataques con cohetes desde Gaza. En el alto el fuego de noviembre de 2006 se había definido que la ANP velaría por que no hubiese agresiones contra territorio israelí, y ciertamente las cosas se habían estabilizado bastante, por más que no se había conseguido una calma completa. Pero desde la toma del poder por Hamás en junio de 2007 las cosas habían vuelto a calentarse, y la dinámica de acción-reacción generaba una hartura creciente en Israel. Escarmentado de las experiencias bélicas que había conocido en el comienzo de su mandato, Olmert evitaba llevar las represalias hasta el nivel de una guerra abierta, mas el mantenimiento de un conflicto de baja intensidad (377 cohetes lanzados en enero, 485 en febrero, 299 en marzo, 518 en abril, 355 en mayo…)[58] era suficiente para recordar a la opinión pública los problemas a que había llevado la dinámica unilateral, así como la impotencia del gobierno para resolverlos. La calma llegó, temporalmente, con la tregua informal de seis meses que Israel y Hamás suscribieron el 19 de junio de 2008 con intermediación egipcia, pero este mismo hecho denotaba la flexibilización de los criterios israelíes, que en menos de dos años habían pasado de pedir a la comunidad internacional un boicot a la ANP porque Hamás controlaba su legislativo a negociar abiertamente con la organización integrista sobre asuntos de guerra y paz, sin que hubiese habido, sobra decirlo, ningún cambio en las posiciones de Hamás en cuanto a objetivos (la destrucción de Israel) y procedimientos (la lucha armada).

El segundo elemento, que fue el determinante, eran las investigaciones por corrupción que perseguían al primer ministro cada vez más de cerca. Las acusaciones de fraude fiscal y aceptación de sobornos contra Olmert remontaban a sus años en la alcaldía de Jerusalén, pero solo durante la primavera de 2008 pasaron de los rumores a los titulares de prensa. El 2 de mayo, el jefe de la Unidad de Investigación de la Policía y dos de sus oficiales interrogaron a Olmert en su residencia de Jerusalén durante noventa minutos. Dos semanas después, volvieron allí para tomarle declaración por espacio de una hora más. Las pruebas contra él se acumulaban, y el 11 de junio el primer ministro arrojó la toalla y cedió a la presión de sus críticos al anunciar primarias en el Kadima para el 17 de septiembre. Unas semanas después, confirmó que no concurriría a ellas, ante las encuestas que lo situaban en tercera posición, por detrás de Livni y Mofaz.[59]

Precisamente estos dos, la ministra de Exteriores, Tzipi Livni, y el ministro de Transportes (y exministro de Defensa de Sharon), Shaul Mofaz, eran los candidatos con posibilidades que se enfrentaban para liderar el Kadima.[60] Como todavía quedaban dos años de legislatura, el ganador de las primarias tendría opciones de formar gobierno. Livni le había pedido a Olmert que dimitiese por la mala gestión de la guerra del Líbano. Mofaz suscribía tal petición, pero pedía también la dimisión de Livni por haber negociado un alto el fuego en Gaza que no traía calma a los habitantes del sur. Ambos eran críticos con el primer ministro y provenían del Likud, pero ante las primarias Livni adoptó un perfil más a la izquierda, de optimismo de cara a una

salida negociada y a una normalización definitiva de la posición israelí en Oriente Medio, mientras Mofaz asumía un perfil más duro y se presentaba como un experto en cuestiones de seguridad —entre 1998 y 2002 había sido jefe del Estado Mayor— que sabría cómo hacerse cargo de la amenaza iraní.

Tzipi Livni ganó por la mínima, 16.936 votos (43,1%) frente a los 16.505 (42%) de Mofaz. La victoria de la ministra de Exteriores reforzaba el progresivo desplazamiento del Kadima hacia la izquierda, ejemplificado con la sustitución de la apuesta unilateral por una dinámica de negociaciones en la línea del proceso de Oslo. Es significativo, en este sentido, que uno de los argumentos de Mofaz en contra de ella era que estaba dispuesta a dividir Jerusalén, y que la respuesta a estos ataques no fuera un mentís, sino la advertencia de que votar a Mofaz era «lo mismo que votar al Likud».[61] Había una verdad profunda en ello, porque la triple tría que había habido en 2006 —la derecha en defensa del *statu quo*, el centro unilateralista y la izquierda partidaria de las negociaciones— se había transformado en una opción binaria desde el momento en que la extensión del plan de desconexión a Cisjordania se había vuelto políticamente imposible. Ya en 2006 el centro de Kadima estaba más cerca de la izquierda laborista que de la derecha del Likud, desde el punto de vista de que era con Peretz y no con Netanyahu que podía contar para formar gobierno, pero el cambio acontecido en aquellos dos años hacía que ahora el Kadima se disputase con el Partido Laborista el mismo perfil de votantes, en una guerra por liderar el centroizquierda, el bloque de la paz y la negociación.

Precisamente este hecho sentenció las posibilidades de Livni de formar gobierno. Si Mofaz hubiera ganado, quizá Ehud Barak —que continuaba en tercera posición en las encuestas, detrás del Likud y el Kadima— habría podido plantearse investirlo y formar parte de la coalición de gobierno (como lo había hecho con Olmert) durante los dos años de legislatura que quedaban, desde la tranquilidad de representar a la izquierda frente a un primer ministro crecientemente desdibujado. Livni, en cambio, amenazaba con hacerle el abrazo del oso; si se convertía en primera ministra y se consolidaba, con un programa negociador que generaba simpatías en Estados Unidos y en la Unión Europea, las siguientes elecciones confrontarían dicha apuesta estratégica con el inmovilismo de Netanyahu, y el laborismo se quedaría marginado como un socio menor sin casi nada que aportar. Decidido a evitar tal escenario, Barak dijo que después de la guerra, de las comisiones de investigación, de las pesquisas policiales y de los cambios de líder que había habido tanto en el Kadima como en el Partido Laborista, lo que correspondía era celebrar unas elecciones generales. Con el paso de los días, matizó esa posición y se abrió a formar una coalición que impidiese la vuelta de la derecha al gobierno, consciente de que los ultraortodoxos estaban mostrándose receptivos a los cantos de sirena de Netanyahu de recuperar la «alianza histórica» y se encargarían por él de echar abajo la investidura. Finalmente, los comicios quedaron convocados para el 10 de febrero de 2009.[62]

En el ínterin, la situación de seguridad en Gaza volvió a deteriorarse. La tregua vigente desde el 19 de junio había funcionado relativamente bien —solo doce cohetes lanzados en julio, once en agosto, cuatro en septiembre, dos en octubre— hasta que el 4 de noviembre Israel destruyó un túnel que se estaba excavando en la frontera y que, según alegaba el Tsahal, pretendía capturar a soldados en un ataque sorpresa contra una posición israelí situada 250 metros más allá. Seis milicianos de Hamás murieron, y la organización dio la tregua por rota: 192 cohetes impactaron en territorio israelí durante noviembre, 602 lo hicieron en diciembre.[63]

Egipto se movilizó para arreglar una nueva tregua, movimiento que Israel vio con buenos ojos. No obstante, las condiciones planteadas por Hamás el 14 de diciembre incluían un levantamiento total del bloqueo de la Franja, e Israel no quiso acceder a ello. Después de algunas tentativas diplomáticas fallidas y en medio de un lanzamiento de cohetes continuo que en el día 17 hirió a tres israelíes, el 27 de diciembre Olmert sorprendió con la Operación Plomo Fundido, una campaña de bombardeos que escaló a partir del 3 de enero para convertirse en una incursión terrestre general.[64]

La guerra de Gaza de 2008-2009 fue muy distinta a las campañas militares de 2006. Para empezar, Israel había elegido el momento y el lugar para iniciarla —el bombardeo de una ceremonia de graduación de oficiales de Hamás que hizo más de cien muertos— y retuvo en todo momento la iniciativa. También tenía unos objetivos más claros y modestos (el fin del lanzamiento de cohetes) y un calendario para asumirlos que preveía desde el principio la combinación de fuerzas aéreas y terrestres que operarían en la Franja durante un período muy limitado, ya que la pretensión era disuadir a Hamás de nuevos ataques pero manteniendo la organización en el poder, con la esperanza de que el frente del sur devendría tan tranquilo como el del norte. Desde este punto de vista, el éxito fue rotundo. La guerra duró tres semanas y terminó con un alto el fuego unilateral del Tsahal después que las milicias palestinas se hubiesen visto impotentes para continuar disparando cohetes. Por el lado israelí, solamente murieron diez soldados (cuatro por fuego amigo) y tres civiles, situación que contrastaba claramente con la gran devastación material y el millar largo de víctimas dentro de Gaza.

Acabada la guerra, tanto Netanyahu como Lieberman criticaron que la operación hubiese quedado «a medias». Cuando decían eso se referían a que Hamás continuaba controlando la Franja, y denunciaban que el gobierno hubiese cedido a las presiones diplomáticas para acabar con el conflicto deprisa y corriendo.[65] Más allá de las consideraciones electoralistas de tales proclamas, al hacerlas la derecha entraba en un terreno que no le era necesariamente beneficioso.

Es verdad que el dominio de Hamás en la Franja hubiese sido imposible si Israel no se hubiera retirado de ella en el verano de 2005. También es cierto que la operación se calculó para acabar antes que el nuevo presidente estadounidense Barack Obama —visto como una figura menos comprensiva para con Israel de lo que lo había sido Bush— tomara posesión del cargo el 20 de enero. Pero no es menos exacto que en el día del alto el fuego, 18 de enero, ya había poco que hacer en Gaza si el objetivo era mantener el *statu quo*. Hamás estaba globalmente desarmada y este hecho se había conseguido con pocas bajas israelíes. Quedarse más tiempo habría implicado más presiones internacionales, más bajas y emboscadas, y en definitiva el comienzo de una sangría que no tenía sentido si la presencia en la Franja tenía que ser provisional.

Permanecer en Gaza solo tenía lógica si se quería reconstruir la presencia civil allí y volver al escenario anterior a 2005. Pero la vuelta a un modelo de conflicto de baja intensidad en el que el Tsahal asumía el rol de policía de una población hostil y en el que se desviaban una cantidad ingente de recursos presupuestarios para proteger a unos pocos miles de colonos no era un escenario deseado por el grueso de la población, aún menos cuando todo el mundo sabía que el precio diplomático que pagar por semejante involución sería muy alto. Una cosa era que la vía unilateral hubiese quedado desprestigiada como fórmula para exportar a Cisjordania y otra muy distinta que hubiese ánimo para revertirla en donde ya era un hecho consumado.

Netanyahu era muy consciente de ello y por eso no criticaba la falta de un plan de reconstrucción de Gush Katif, sino solo el abandono de Gaza con Hamás en el poder. Esta era una posición que en abstracto podía compartir todo el mundo, claro está, porque había un consenso amplio de que el control integrista de la Franja era una mala noticia para Israel. Los colectivos que sí que ansiaban un retorno de los colonos —básicamente los nacionalreligiosos— podían ver en tales declaraciones un mensaje implícito en esa línea, mientras que para el resto la crítica simplemente insinuaba que Olmert no había explorado otras alternativas diplomáticas. Pero ¿qué alternativas había? La ANP no estaba dispuesta a entrar en Gaza como protegida de Israel, temía que aquello sería su final definitivo. La idea de una fuerza internacional ya había mostrado sus limitaciones muchas veces a lo largo de la historia del conflicto, empezando por la UNEF en la guerra de los Seis Días y acabando por la UNIFIL en el Líbano. La cruda realidad era que Israel no tenía muchas opciones para elegir, y eso acababa reduciendo las posiciones a la dicotomía que se confrontaba en las urnas: o volver a la mesa de negociaciones como quería Livni, pese a todas las decepciones que Oslo había traído, o preservar el *statu quo* a cualquier precio con los problemas que también se le asociaban, que a fin de cuentas era la receta de Netanyahu.

Llegada la hora de las urnas, los resultados eran claros. El Kadima de Tzipi Livni resistía como primera fuerza política con un 22,5% de los votos y 28 escaños, en buena parte porque absorbía en nombre del voto útil una cantidad nada desdeñable de laboristas (con un 10% de los votos y 13 escaños, Ehud Barak perdía seis sobre los resultados de Peretz de tres años antes) e incluso del Meretz, que se situaba todavía más a la izquierda y que, con solo 3 escaños y menos del 3% de los votos, quedaba peligrosamente cerca del umbral electoral. Pero la suma de revisionistas, nacionalreligiosos y ultraortodoxos, la «mayoría natural» de la derecha que Begin había llevado al poder en 1977, reunía 65 de los 120 escaños de la cámara, con el Likud de Netanyahu (21,6% y 27 escaños) y el Israel Beitenu de Lieberman (11,7% y 15 escaños) como partidos más destacados.[66] Livni intentó atraer a Lieberman hacia un gobierno transversal que priorizara una agenda laica, pero a pesar de la aversión de los inmigrantes rusos por el Gran Rabinato ultraortoxo, semejante pacto hubiera sentenciado el sueño de Lieberman —visto aún como algo realista a la sazón— de convertirse un día en el líder de la derecha. El 20 de febrero, el presidente Peres encargó a Netanyahu la formación del ejecutivo después que Lieberman lo hubiese recomendado,[67] y el líder del Likud presentó un gobierno de «mayoría natural» que también incluía —después de una ajustada y tormentosa votación del Comité Central que terminó 680-570 en medio de reproches y broncas—[68] al Partido Laborista de un Ehud Barak que iba a retener así la cartera de Defensa por una legislatura más.

11

Un oasis en medio de la tormenta (2009-2018)

PAZ MEDIANTE LA FUERZA

Benjamin Netanyahu había ganado notoriedad dentro y fuera de Israel por primera vez cuando Yitzhak Shamir lo había nombrado embajador del país en la ONU en septiembre de 1984. Habían pasado veinticinco años desde aquel momento, y entre tanto había ejercido de jefe de la oposición frente a Rabin y Peres (1993-1996) y de primer ministro (1996-1999). Después de una breve retirada de la política a raíz de una derrota electoral, Netanyahu había emergido como altavoz de los sectores más intransigentes del Likud, y Ariel Sharon, en un intento infructuoso de neutralizarlo, le había encomendado los ministerios de Exteriores (2002-2003) y Finanzas (2003-2005). Líder de la revuelta interna que llevó a Arik a escindir el partido, Bibi había vuelto a liderar la oposición durante el período de gobierno de Olmert hasta que la victoria de la derecha en los comicios de 2009 le abrió una vez más las puertas de la Casa Aghion de Jerusalén, donde iba a batir récords al permanecer durante más de una década. A sus cincuenta y nueve años y con tales precedentes, era una figura conocida y polarizadora, no siempre fácil de entender o de interpretar.

Había quien menospreciaba el fenómeno de Netanyahu como un producto insustancial de mercadotecnia que además importaba de Estados Unidos —donde había pasado buena parte de sus años de formación— características ajenas a la cultura política israelí: los debates a pie con retórica y gesticulación ensayadas, el acento americano perfecto, los escándalos de faldas, la hiperexposición a los medios de comunicación y la obsesión por las encuestas y la buena publicidad. Sin embargo, en Netanyahu había también un perfil intelectual, hijo de un académico ilustre que lo había imbuido de un sentido profundo del destino del pueblo judío, lector compulsivo de libros de historia y de geopolítica, personalidad que buscaba el poder no solo por tenerlo, sino también para ejercerlo en beneficio de una causa superior.

Netanyahu estaba convencido de que Israel afrontaba desafíos existenciales, que sesenta años después de su creación no estaba plenamente consolidado como una realidad inmutable, y se veía a sí mismo como figura providencial que podía cambiar tal estado de cosas. Sus referentes históricos tanto dentro del mundo judío —Theodor Herzl, Max Nordau— como fuera de él —Winston Churchill— eran gente que había sido capaz de prever un gran mal y de actuar a tiempo para combatirlo.[1] Desde los años noventa, Netanyahu veía en Irán la encarnación de esa clase de amenaza, y en la ANP y el proceso de Oslo un caballo de Troya que colaboraba en la empresa, sin que las élites políticas ni en Israel ni en Estados Unidos percibieran la gravedad de la situación y tuviesen ánimo para remediarla. A su parecer, la experiencia de los gobiernos de izquierdas de los años noventa evidenciaba que la élite laborista, cautivada por la idea de paz y

de integración en el marco liberal euroamericano, había perdido de vista los peligros regionales que continuaban amenazando a Israel, y el período de Ariel Sharon al frente del país confirmaba que también la derecha era vulnerable a dirigentes oportunistas que compartieran esa misma ceguera.

Habiendo hecho tal diagnóstico, el primer paso en la solución era llegar al poder y retenerlo, lo cual pasaba por dotarse de una base de partidarios que no podía ser otra que los agraviados por las élites tradicionales israelíes: la combinación de Beguín de revisionistas, nacionalreligiosos y ultraortodoxos. Sin embargo, Bibi no encajaba fácilmente en ninguna de las tres categorías. Para empezar, aunque rechazaba el modelo de Oslo porque nunca creyó que la ANP fuese sincera en el reconocimiento de Israel y estuviese realmente dispuesta a convivir con él en paz y seguridad,[2] no tenía un problema de principios con una solución de dos Estados, algo que lo separaba del grueso de los activistas radicales que lo apoyaba.[3] Netanyahu había confiado en ese círculo de partidarios que lo habían seguido a las duras y a las maduras y que finalmente volvía a verlo al frente del país porque le daban fuerzas para plantar cara a las concesiones, tanto a las negociadas de los años noventa como a las unilaterales de la década siguiente. No siempre era fácil, sin embargo, armonizar su línea política ideal con la voluntad de la base social que lo sostenía. Los partidarios de Bibi eran más bien gente de clase baja defensores de las subvenciones, él en cambio era un firme partidario de reducir el sector público. Muchos correligionarios veían la solución de dos Estados como una herejía y defendían unos valores familiares tradicionales por respeto a la ley judía; por el contrario, él no asignaba ningún papel a la religión en las consideraciones sobre estos temas. Esa clase de situaciones lo llevaban a equilibrios complicados que sus críticos atribuían a la duplicidad, al oportunismo o a la insustancialidad. Netanyahu, por su parte, lo veía como pragmatismo y simple instinto de supervivencia: para llevar a Israel por el buen camino le era necesario retener el poder, y para retenerlo no podía decepcionar a la base de electores que le era fiel.

Su paso por la primera línea política en los años noventa se había visto marcado por dos experiencias traumáticas. La primera había sido la incapacidad de frenar el proceso de Oslo. Su intención había sido desde el principio paralizar unas negociaciones en las que no creía y dejar de hacer cesiones al aparato de la ANP, pero cada vez que lo había intentado se había encontrado con presiones fortísimas —de Estados Unidos, del ala moderada del mismo Likud, de la prensa, de los estallidos de violencia orquestados por Arafat— que lo habían forzado a rectificar el rumbo, y a hacerlo además como consecuencia de dichas presiones y, por lo tanto, desde una situación de mayor debilidad que si hubiese hecho las concesiones *motu proprio*. La segunda era la derrota electoral de 1999 ante el abandono tanto de los sectores moderados como de los radicales de su partido, hartos de esa dinámica errática y llena de cambios de ritmo. Eso lo había llevado a perder el poder y había abierto la puerta a las claudicaciones subsiguientes de Barak y de Sharon. La decisión de crear un núcleo duro de partidarios con los sectores más irredentistas del Likud y con los entornos nacionalreligiosos y ultraortodoxos se explicaba también por la voluntad de evitar, en el futuro, una repetición de aquellos hechos.

Netanyahu estaba convencido de que ambas experiencias se resumían en un mismo problema, la falta de una prensa amiga que estuviese a su servicio, que le permitiese comunicarse con la base de partidarios para reagruparla y vender su programa de gobierno al grueso del electorado israelí. Por esta razón el 30 de junio de 2007, tras haber llegado a un pacto con el

magnate americano Sheldon Adelson, apareció en los kioscos el primer número del *Israel Hayom* [Israel hoy], un diario con el propósito de difundir este mensaje que rápidamente se convirtió —por mor de su gratuidad— en el más leído de Israel. Los esfuerzos para reproducir un altavoz similar en la televisión no tardaron en llegar, y en los años siguientes el primer ministro buscó tener un control personal del Ministerio de Comunicaciones para asegurarse esa línea directa que tanto le había faltado en su primera experiencia al frente del gobierno.[4]

Pero ¿cuáles eran esos objetivos tan importantes que lo hacían imprescindible y que justificaban todos estos esfuerzos? Como muchos conservadores, Netanyahu veía más claramente lo que no quería que lo que sí deseaba. Tenía más claras las amenazas y las líneas rojas que el modo de contrarrestarlas. Ello lo llevaba de cabeza a la «gestión del conflicto», a un Israel que no cedería nada más y que utilizaría la superioridad militar para mantener los Territorios —y los desafíos iraníes que pudieran venir del Líbano y de otros lares— a raya. Mientras tanto, el crecimiento económico animaría a más judíos a hacer *aliá*, los nacionalreligiosos construirían nuevos asentamientos para hacer irreversible el control israelí de Cisjordania y los ultraortodoxos tendrían más y más hijos para cimentar la mayoría demográfica de la derecha. Esta era indudablemente la estrategia de muchos dirigentes de su espacio político, pero Bibi nunca se sintió del todo cómodo con ella. Siempre prudente al recurrir a la fuerza y consciente de que el poder militar no bastaba para normalizar la situación de Israel en la región y garantizar su supervivencia a largo plazo, Netanyahu ambicionaba un éxito diplomático que pudiera cerrar para siempre estos dos temas, que se anticipase a sus enemigos, y que lo convertiría, además de defensor de Israel, en el pacificador por antonomasia. Había en esta aspiración un componente de ambición personal —como buen apasionado de la historia, Netanyahu piensa a menudo en su legado—[5] y también la conciencia de que las aspiraciones últimas de nacionalreligiosos y ultraortodoxos no eran necesariamente las más convenientes para el futuro de Israel tal como él lo entendía, pero, sobre todo, había la idea de anticiparse, de conjurar el peligro, de hacer que después de tres milenios de historia judía el atormentado barco pudiera descansar finalmente a salvo en un puerto seguro.

El problema era que para normalizar relaciones con el mundo árabe e islámico se debía reparar, en cierto modo, la herida abierta que representaba la creación de Israel. Sin un Estado palestino eso no parecía posible, y la idea de un Estado palestino que no estuviese controlado por la ANP —o por grupos integristas aún más radicales— no se veía por ningún lado desde que Jordania había renunciado a ejercer este papel ya en 1987. Tal constatación también empujaba hacia la mera gestión del conflicto, que fue en la práctica la estrategia del primer ministro durante la legislatura. Ello no obstante, introdujo en su discurso público el concepto de «paz mediante la fuerza» —planteado como contraposición a la «paz por territorios» de Oslo—, el cálculo de que si Israel era lo bastante fuerte y actuaba con suficiente determinación frente a sus rivales, la máxima de «el enemigo de mi enemigo es mi amigo» acabaría ofreciendo una oportunidad. Aunque al principio optó por el inmovilismo, ante la presión de Obama primero, y de la Primavera Árabe después, en todos sus años de gobierno Netanyahu no perdió jamás de vista este horizonte, que a menudo los diplomáticos extranjeros y los mismos analistas israelíes veían imposible y desdeñaban como un mero artificio retórico para sacarse presión de encima sin renunciar a posiciones intransigentes.

No obstante, en el corto plazo el principal objetivo del primer ministro israelí era evitar verse inmerso en una nueva iniciativa diplomática en la línea de Oslo, que era el rumbo que Olmert —y aún más claramente Livni— había buscado en el año anterior. Barack Obama, que llegaba a la presidencia desde la convicción de que Estados Unidos había de seguir una política exterior más conciliadora y humilde, lo cual pasaba por distanciarse de un aliado tan polémico como Israel, estaba interesado en revivir el proceso de paz, que de tener éxito podía reducir las tensiones —las cuales a menudo redundaban en antiamericanismo— en una región del mundo en la que el nuevo presidente sentía que se habían comprometido demasiados hombres y recursos. Ya en marzo, la Casa Blanca dijo que estos objetivos se extendían también a Siria,[6] y en junio, Abbas se declaraba dispuesto a «moverse por la paz» cuando los estadounidenses presentasen una propuesta.[7]

Netanyahu tenía ahora un gobierno más capaz de resistir presiones en esa línea. A diferencia de los años noventa, el ala izquierda del Likud se había ido al Kadima, y había en la Knéset una mayoría de 65 diputados sin ningún entusiasmo por retomar el dosier palestino. Paralelamente a esa mayoría, y con el fin de transmitir al mundo una imagen más conciliadora, el primer ministro había incorporado también al gobierno al Partido Laborista, desde el cálculo de que Ehud Barak, consciente de que no era matemáticamente necesario para la subsistencia del ejecutivo, no arriesgaría la preciada cartera de Defensa enfrentándose a Bibi por esa razón.

Esta composición permitía que el primer ministro ejerciera un rol de figura central en el gobierno. Cuando algún ministro laborista planteaba la posibilidad de devolver el Golán o de abrir negociaciones sobre Cisjordania, eran diputados del Likud o del Israel Beitenu los que salían a confrontarlo públicamente. Netanyahu podía guardar silencio, manteniéndose por encima de estas discusiones, e incluso corrigiendo a sus intérpretes más inflamados, como cuando el presidente de la Knéset, Reuvén Rivlin, dijo que Bibi no creía en la solución de dos Estados y este le respondió que sí que creía en ella, pero poniendo unas condiciones —desmilitarización y aceptación de competencias de seguridad para Israel— que hacían imposible que la ANP se sentara a negociar.[8] Hasta el ex primer ministro Olmert, de quien lo separaba un odio antiguo que remontaba al período en el que ambos aspiraban a hacerse un sitio en la cúpula del Likud, lo ayudó a enfriar toda expectativa al explicar en julio que había ofrecido a los palestinos lo que le habían pedido en cuanto a compromisos territoriales, garantías de seguridad y partición de Jerusalén, pero que de todas maneras Abbas no había querido firmar.[9]

La siguiente fórmula que el gobierno israelí encontró para rehuir la presión estadounidense fue la idea del acuerdo interino. La lógica era que después de la Intifada y del auge de Hezbolá y Hamás que había seguido a las retiradas territoriales, Israel no podía confiar en las intenciones pacíficas de los palestinos, pero que eso podía cambiar si se intentaba un arreglo provisional que trajese paz y prosperidad económica, lo que podía hacer que en cinco o diez años las cosas se viesen de otro modo. Abbas rechazaba estas posturas desde el argumento de que la provisionalidad era un pretexto israelí para continuar alterando la situación sobre el terreno, de modo que rápidamente se llegaba a un callejón sin salida. De todas maneras, en caso de que la insistencia estadounidense aumentase o de que los palestinos presentaran contrapropuestas, Netanyahu siempre podía exigir que lo que estaba negociándose se implantase simultáneamente

tanto en Gaza como en Cisjordania. Y es que, a fin de cuentas, la división palestina desde el conflicto civil de junio de 2007 generaba un obstáculo para el que los equipos negociadores de Washington y de Ramala no tenían ninguna buena solución.

Todas estas estrategias y dilaciones no borraban el miedo de que Netanyahu estuviera poniendo a Israel camino de un choque frontal con la Casa Blanca y con los aliados europeos. El presidente francés, Nicolas Sarkozy, en particular, había sido muy crítico con la composición del gobierno israelí, hasta el punto de sugerir públicamente a Netanyahu que destituyese a Lieberman y nombrase a Livni como ministra de Exteriores en su lugar,[10] y las relaciones aún empeoraron más cuando el primer ministro hebreo denegó la petición del Elíseo de liberar a Salah Hassan Hamori, un francopalestino condenado por haber planificado en 2005 el asesinato del gran rabino Ovadia Yosef, líder espiritual del Shas.[11] Deseoso de evitar que el conflicto se extendiera y consciente de que el ministro de Exteriores español, Miguel Ángel Moratinos, trabajaba con la idea de que la UE reconociera en bloque el Estado palestino de manera inminente, Bibi anunció el 25 de noviembre de 2009 una congelación de toda construcción en los asentamientos durante los diez primeros meses del año siguiente, con el propósito de dar una oportunidad a las conversaciones de paz con la ANP.[12] El anuncio provocó condenas de colonos y especulaciones periodísticas de que quizá habría un cambio de coalición y un corrimiento de Netanyahu hacia la izquierda, como había pasado con Sharon, lo cual naturalmente no se materializó.

Preocupaba en especial la posibilidad de que hubiese una ruptura con la Casa Blanca. Aunque en aquel momento no se había dado aún una confrontación explícita con implicaciones formales en las relaciones bilaterales, era evidente para todo el mundo que Obama estaba frustrado con el inmovilismo del primer ministro israelí, y tanto la prensa como los principales dirigentes de la oposición destacaban el peligro de que las discrepancias en la agenda palestina acabaran haciendo que la cooperación entre Washington y Jerusalén sobre el dosier nuclear iraní se viera perjudicada. Se abría así un debate que fue haciéndose más explícito y polarizador en los años siguientes, a medida que Netanyahu profundizaba en una estrategia contraria a los designios estadounidenses en Oriente Medio y emergían dos grandes sectores: los que veían en la confrontación con Obama una muestra soberana de independencia de criterio y de valentía en la defensa de los intereses de Israel, y los que advertían de que el primer ministro estaba distanciándose irresponsablemente de su gran aliado internacional, en una dinámica que ponía en peligro los suministros militares y la cobertura diplomática en caso de que estallase una emergencia bélica.

En cualquier caso, el consenso bipartidista a favor de Israel en el Congreso estadounidense era todavía muy sólido y empujaba a la Casa Blanca a andar con pies de plomo, lo cual indudablemente contribuía a limar asperezas. No era este el caso de Turquía, protagonista de la gran debacle diplomática del nuevo gobierno del Likud. Tradicionalmente una aliada tácita del Estado judío, eso había empezado a cambiar después que los islamistas del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP, por sus siglas en turco) ganasen las elecciones de 2002 y asumieran el poder de la mano de Abdullah Gül y Recep Tayyip Erdoğan. El laicismo tradicional kemalista había alejado a Turquía de la órbita árabe y la había aproximado al bloque occidental, hasta tal punto que fue fundadora de la OTAN y candidata recurrente a entrar en la UE aún en los años noventa. Erdoğan discrepaba de este cambio de alineación, que veía como un abandono frívolo

de las esferas de influencia naturales del país y un rechazo inexplicable del esplendor otomano que impregnaba los capítulos más gloriosos de la historia turca. Sin abandonar las interacciones con el bloque occidental, a lo largo de sus primeros años de gobierno el nuevo hombre fuerte de Turquía manifestó interés en visitar, invertir e implicarse en la realidad de los países árabes.[13]

La cuestión palestina, como es harto sabido, es la más sensible de todas para el nacionalismo árabe tanto religioso como laico, y para que la estrategia de los turcos tuviera posibilidades de éxito era menester tocar esa tecla que, por otro lado, también cundía entre la propia base de votantes islamistas. Justo después del fin de la guerra de Gaza, el 29 de enero de 2009, Erdoğan se había enfrentado con el presidente israelí, Shimon Peres, en una conferencia del Foro de Davos y se había marchado de malos modos después de acusarlo de haber matado a muchos niños en las playas de Gaza y de incumplir el sexto mandamiento; al día siguiente había sido recibido por una multitud entusiasmada al aterrizar en Estambul.[14] Cuando en los meses siguientes la televisión pública del país emitió una serie de televisión que insistía en equiparar a los soldados del Tsahal con asesinos de niños, el gobierno israelí se quejó formalmente de ello al embajador, y Erdoğan respondió con la amenaza de romper las relaciones diplomáticas.[15]

Fue en ese clima enrarecido que en mayo de 2010 el Movimiento por la Libertad de Gaza —una organización de activistas propalestinos con el propósito de acabar con el bloqueo israelí en la Franja— y la Fundación por los Derechos Humanos y la Ayuda Humanitaria de Turquía organizaron una flotilla de seis barcos con diez mil toneladas de bienes diversos, entre los que destacaban materiales de construcción, estrictamente limitados por el ejército israelí. En la madrugada del día 31, la marina israelí interceptó la flotilla en aguas internacionales y la forzó a desembarcar en Asdod, y en la batalla que se desarrolló en los barcos —los integrantes de la flotilla estaban armados con cuchillos y barras metálicas— diez activistas resultaron muertos. Turquía exigió una disculpa formal[16] y, al no llegar esta, rompió las relaciones con Israel.

En paralelo, la dinámica negociadora entre la ANP e Israel, que nunca había llegado a despuntar a pesar de que el enviado estadounidense George Mitchell había conseguido convencer a Netanyahu y a Abbas de reunirse quincenalmente a partir de octubre, acabó de colapsar por la negativa del gobierno israelí a prolongar la moratoria de los asentamientos. Barak doró la píldora al transmitir un mensaje optimista que auguraba conversaciones en los meses siguientes para cerrar un acuerdo definitivo, pero nadie se lo creía ni dentro ni fuera de Israel.[17] Cada vez más, en los foros internacionales, Israel buscaba tratar otros asuntos —las inversiones en el sector tecnológico, los avances en la lucha contra la sequía y la desertización, el *boom* del mercado inmobiliario, las innovaciones médicas y agrícolas que salían de sus universidades y que tenían una infinidad de aplicaciones posibles en todo el mundo— que arrinconaran la tradicional conversación sobre Palestina. El desinterés del gobierno israelí se veía magnificado por la división interna a todos los efectos en los territorios palestinos y por la creciente debilidad de Mahmud Abbas, que aprovechaba las circunstancias para no convocar elecciones y mantenerse así indefinidamente en el poder, como líder de una ANP que iba tornándose un armazón crecientemente impopular y dependiente de las subvenciones internacionales y de la colaboración de seguridad israelí, lo cual le quitaba alicientes para fomentar una revuelta contra Israel que podía fácilmente desbordarlo y costarle el cargo.

La comunidad internacional se hizo eco de dicha desidia. Las páginas internacionales de los periódicos europeos y americanos, que a lo largo de las tres décadas anteriores habían ido llenas de noticias sobre el conflicto israelo-palestino y tenían allí a numerosos corresponsales y analistas, fueron disminuyendo la cobertura de una manera gradual pero muy acusada. A mediados de diciembre, Obama arrojó la toalla y renunció a seguir forzando a las partes a sostener unas conversaciones que ni unos ni otros tenían interés en hacer prosperar.[18]

Netanyahu había conseguido así un primer éxito importante en su agenda. A diferencia de lo que había pasado en su primer mandato, era señor y dueño de la coalición de gobierno y tenía fuerza para resistirse a las presiones internacionales y para conducir la línea diplomática que le parecía conveniente. Por primera vez en más de veinte años, las conversaciones con los palestinos estaban paralizadas sin que ello conllevase un estallido de violencia. El primer ministro siempre había alardeado de que sus tres años al frente del gobierno (1996-1999) habían sido más tranquilos que los anteriores (con la Primera Intifada y los grandes atentados suicidas de Hamás para boicotear Oslo) y también que los posteriores (con la violencia desatada por la Segunda Intifada), pero ahora podía presumir de un balance todavía más pacífico y estable, el cual estaba dando lugar a una importante dinamización económica desde postulados liberales, ejemplificada con los rascacielos cada día más altos que se elevaban desde Park Tzameret hasta la costa de Tel Aviv. Una calma, de hecho, más grande de lo que podía imaginar, puesto que Israel estaba a punto de convertirse en un oasis en medio de la tormenta, la única isla de estabilidad y paz en la gran convulsión que a partir de enero de 2011 zarandeó a todo el mundo árabe, desde Argelia hasta Siria, poniendo en entredicho la continuidad de los regímenes autoritarios de matriz socialista que habían llegado al poder en otra época, cuando las lógicas de la Guerra Fría dominaban la geopolítica mundial, el islamismo era minoritario y las calles de toda la región se enardecían con proclamas panarabistas y anticoloniales.

NAVEGANDO LA PRIMAVERA ÁRABE

Mohamed Bouazizi era un vendedor ambulante de veintiséis años que no tenía licencia ni dinero para pagarla, y que se exponía a menudo a que por esta razón le decomisaran la mercancía, aunque con un pequeño soborno era habitual que la policía hiciese la vista gorda. Sin embargo, la economía tunecina dependía mucho de los mercados europeos, y con la crisis económica global de 2008 la desaceleración se manifestó también ahí. No de un modo particularmente acusado —incluso en el año 2009, que fue el peor, el país creció un 3%—[19] pero sí lo suficiente para que gente como Bouazizi, que vivía al límite y había visto cerradas las puertas a una educación superior, a un empleo en el ejército y a las varias ofertas de trabajo a que se había presentado, se viese ahogado por las deudas.

Cuando el 17 de diciembre de 2010 la policía le dio el alto y le requisó la mercancía, Bouazizi no tenía dinero para pagar un soborno. Se fue a la oficina del gobernador de Sidi Bouzid, su ciudad, para suplicarle que le devolviese la fruta. Cuando este se negó a recibirlo, le dijo que si no lo hacía se prendería fuego. Pocos minutos después se rociaba con gasolina y se encendía a lo bonzo en medio de la calle, delante mismo de la oficina. «¿Cómo pretendéis que

me gane la vida?», fueron sus últimas palabras. Trasladado al hospital con un 90% del cuerpo quemado, agonizó aún un par de semanas, antes de sucumbir a la gravedad de sus lesiones el 4 de enero de 2011.[20]

El episodio generó una convulsión que de Sidi Bouzid se extendió a toda Túnez, y de Túnez, a todo el mundo árabe. El presidente, Zine Ben Ali, amenazó con la mano dura para tratar de disuadir a los manifestantes,[21] y al ver que no funcionaba dio marcha atrás, visitó a Bouazizi en el hospital y se reunió con la familia del convaleciente, mientras prometía mejoras en las oportunidades y en el trato dispensado por las fuerzas del orden. Cuando eso tampoco sirvió, cerró las escuelas y las universidades y declaró un estado de emergencia.[22] En vano. El 14 de enero, Ben Ali huía del país y era acogido por Arabia Saudí a cambio de renunciar a toda actividad política.[23]

Apenas habían pasado diez días desde este episodio cuando la llama revolucionaria prendía en Egipto, con protestas multitudinarias contra el rais Hosni Mubarak. Como en Túnez, primero vino la mano dura, con detenciones masivas de activistas y movilización policial. Pero cuando los manifestantes desbordaron el operativo y Mubarak ordenó al ejército que hiciese cumplir un toque de queda, los militares se negaron. Entonces llegó el momento de las cesiones —nombramiento de un vicepresidente, promesa de mejoras económicas, compromiso de celebrar elecciones libres y de no ser candidato otra vez—, que también resultaron baldías para detener las protestas; finalmente Mubarak dimitió y quedó arrestado, al mismo tiempo que las Fuerzas Armadas se hacían cargo de una transición incierta.[24]

Mientras Mubarak deshojaba la margarita y buscaba desesperadamente una fórmula para aferrarse al poder, las protestas se habían extendido también a la vecina Libia, el país que se sitúa entre Túnez y Egipto. Las manifestaciones masivas fueron reprimidas con brutalidad por las fuerzas policiales, pero también allí acabaron por desbordarlas. El coronel Gaddafi fue perdiendo de uno en uno el control de los pueblos y ciudades del este del país, y a finales de febrero se conformó un Consejo de Transición Nacional para agrupar a la oposición. Cuando se vio acorralado, el viejo líder recurrió al ejército, y aunque este sí que le respondió, el baño de sangre indignó lo bastante a la comunidad internacional para que se aprobase el 17 de marzo la Resolución 1973 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que autorizaba la implementación de una zona de exclusión aérea sobre el país, rápidamente establecida por la OTAN a partir de la semana siguiente.[25] Desprovisto del aire, y con unos rebeldes también armados, el conflicto adquirió caracteres de guerra civil, y Gadafi comenzó a perder terreno de modo lento pero continuo. En agosto, los rebeldes entraron en Trípoli.[26] En octubre, se hicieron con Sirte, la ciudad natal del dictador, y lo capturaron y lincharon cuando intentaba esconderse en una cañería de drenaje.[27]

Estas revueltas del norte de África también ganaron impulso en los países árabes del Asia occidental. Las manifestaciones en Yemen habían comenzado en las postrimerías de enero, y la caída de Mubarak fue celebrada allí como anticipación de lo que le pasaría también al líder autóctono, Ali Abdullah Saleh.[28] Siguiendo el mismo *modus operandi* de los demás caudillos, Salé recurrió a la represión —52 muertos en Saná en la masacre del 18 de marzo, cuando la policía tiroteó a los manifestantes—,[29] después a la negociación, y por último abandonó el país camino de Arabia Saudí, gravemente herido por un atentado contra el complejo presidencial de la capital.[30]

En el mismo día, 18 de marzo, en que las imágenes en directo de la masacre de Saná circulaban por todo el mundo árabe en una evidencia de las limitaciones de los esfuerzos de censura gubernamentales, las protestas masivas de la salida de la oración del viernes ponían contra las cuerdas el régimen de Bashar Assad en Siria. También ahí la represión escaló y, como había pasado en Libia, el conflicto tomó pronto carices de guerra civil, primer estadio de una conflagración viciosa y despiadada que a lo largo de la década causaría más de medio millón de muertos. Aunque con una afectación menor, las protestas también condicionaron la vida política en Sudán y en Argelia y empujaron a otros regímenes árabes a tímidas reformas preventivas desde una súbita conciencia de la propia vulnerabilidad.

¿Qué es lo que había detrás de estas protestas, revueltas y revoluciones? En parte, claro está, se explicaban por el descontento social ante la falta de oportunidades, el paro juvenil y la represión, una combinación explosiva que solo necesitaba una chispa para encenderse. Hay que poner también el acento, empero, en la gran desconexión entre las élites gobernantes y el grueso de la población. En el momento de estallar la Primavera Árabe, Zine Ben Ali tenía setenta y cuatro años y llevaba un cuarto de siglo al frente de Túnez. Hosni Mubarak había cumplido los ochenta y dos y estaba a punto de celebrar el trigésimo aniversario de su toma de posesión. Ali Abdullah Saleh tenía «solo» sesenta y cuatro, pero sumaba treinta y dos años al mando del país. Muamar el Gadafi, a sus sesenta y ocho, los superaba a todos con el récord de cuarenta y un años encabezando Libia. Bashar Assad era más joven, pero entre él y su padre también sumaban cuatro décadas como dictadores de Siria. El crecimiento demográfico desbocado —los diez millones de habitantes de Egipto al empezar el siglo XX eran ya cuarenta cuando Mubarak llegó al poder, ochenta en la hora de su derrocamiento, y se enfilan hasta los 104 hoy—[31] creaba una distancia aún mayor entre la vieja élite y los jóvenes que no habían conocido nada más y que tenían que sobrellevar el envejecimiento, los escándalos y la decadencia del poder oficial.

También había un cambio cultural. El modelo caudillista de la mayoría de los regímenes árabes provenía de las convulsiones de los años cincuenta y sesenta del siglo XX, cuando habían llegado al poder cabalgando una ola de anticolonialismo y de orgullo nacionalista que, por lo general, tenía simpatías por los modelos socialistas defendidos por la URSS. Mas con el tiempo la élite se había ido aburguesando y había olvidado las soflamas revolucionarias, hasta el punto de buscar en muchos casos la protección de Estados Unidos tras el final de la Guerra Fría.[32] Los partidos únicos se habían convertido en armazones vacíos para colocar a aduladores serviles en la administración del Estado, y no eran eficaces para movilizar la opinión pública como sus antecesores, también autoritarios, sí habían sido capaces de hacer. Y este vacío, análogo al declive de la ANP de Fatah en Palestina en los años anteriores, se llenaba con nuevas ideologías y movimientos nacidos de abajo arriba, entre los que se destacaban en particular los sectores islamistas.

El islamismo político, alimentado por las redes de solidaridad y de asistencia social que se formaban en derredor de las mezquitas de los barrios pobres, por doquier los más negligidos por el Estado y hasta por la vigilancia de los poderosos servicios de seguridad, tenía muchas formas distintas y también había competencia para ser su padrino. Irán, país que aspiraba a una presencia más hegemónica en Oriente Medio y que compensaba sus obvios inconvenientes (no es ni árabe ni suní) erigiéndose en paladín de la causa palestina, tenía una larga experiencia tendiendo puentes con las comunidades chiíes y quería dar el salto también a las regiones suníes,

después que la colaboración con Hamás y el Yihad Islámico le hubiese dado buenos resultados. Turquía, país donde el islamismo había llegado al poder en 2002 después de décadas de represión militar y se había demostrado imbatible en elecciones libres, calculaba que la democratización del mundo árabe podía tener en todas partes un resultado parejo, y que en tal caso el AKP[33] ejercería un rol de *primus inter pares* capaz de hacer realidad los propósitos neootomanistas de influencia en la región.

Todo ello dibujaba un escenario incierto, de lucha entre facciones y grupos rivales, con influencias foráneas, y también con los esfuerzos de unas élites descolocadas pero aún poderosas y con el control de importantes resortes (judicatura, policía, ejército, funcionariado) para recuperar su posición. Son estos los ingredientes que explican las convulsiones posteriores de la Primavera Árabe y el hecho de que en la mayoría de los países los años siguientes no viesen una apertura política, sino más bien un aumento de la violencia y una disminución de la calidad de vida.

Esta constatación ha llevado a un cambio en la interpretación del fenómeno. El término «Primavera Árabe» fue acuñado por el politicólogo Marc Lynch,[34] en una alusión consciente a la Primavera de Praga de 1968 —también allí hubo una famosa autoinmolación, la de Jan Palach— y, sobre todo, a la Primavera de los Pueblos europea de 1848. Para la administración Obama era una oportunidad de comenzar verdaderamente de cero después del legado intervencionista de su predecesor, que le había dejado dos grandes rémoras militares en la zona, mientras que neoconservadores como Francis Fukuyama fantaseaban con la posibilidad de que se extendiese a China y de que confirmase así, después de un cierto rodeo, la teoría del fin de la historia cada vez más desconectada de la realidad.[35] En cambio, a medida que los acontecimientos evolucionaban hacia una guerra civil despiadada (Siria, Yemen), un colapso total del Estado (Iraq, Libia) o una involución autoritaria (Egipto, Túnez), se ha hablado cada vez más de un Invierno Árabe de islamismo y de autoritarismo que sitúa la región todavía más lejos de la democracia liberal. Al hacerlo se omite a menudo que también la Primavera de los Pueblos europea desembocó en un «invierno» autoritario y que los pasos claros hacia sistemas más representativos en el continente se demoraron unas cuantas décadas.

Pesimista desde el primer momento sobre las perspectivas que abría la Primavera Árabe, Netanyahu se vio reforzado en sus postulados inmovilistas con los acontecimientos de los meses siguientes. Tenía una coalición de gobierno que le permitía resistir bastante bien las presiones, especialmente después que, en enero de 2011, Ehud Barak se escindiera del laborismo con 4 diputados más ante las pobres perspectivas que las encuestas le daban de retener el liderazgo en las siguientes primarias. El objetivo de la maniobra era continuar en el gobierno y retener las carteras ministeriales para él y sus allegados, y por más que reducía la mayoría en la Knéset de 74 a 66 diputados, también la hacía más sólida al descartar tentaciones rebeldes en la pata izquierda, puesto que el desprestigiado Barak, al que las encuestas situaban fuera de la Knéset, no tenía ningún tipo de aliciente para forzar unas elecciones anticipadas.[36]

Obama hubiera querido que la situación en el mundo árabe sirviese para impulsar negociaciones y cesiones israelíes que lo ayudasen a consolidar los regímenes nacientes y transmitiesen confianza a la población sobre el potencial de una experiencia democrática. La obstinación israelí contra cualquier iniciativa de esa clase lo frustró enormemente y puso a los dos países a las puertas de una confrontación diplomática abierta. Netanyahu no tenía ningún

plan alternativo que presentar y no quería ser visto como el responsable de un deterioro de la entente Washington-Jerusalén, muy apreciada por la opinión ilustrada y los círculos de seguridad, de modo que optó por rebajar la intransigencia y abrir conversaciones con los palestinos.

El gobierno israelí no tenía interés ni expectativas de cerrar un acuerdo en firme, pero entendía que los gestos simbólicos y las palabras amables ejercerían de válvula de seguridad ante la olla a presión en la que se encontraba. Es así como, en febrero de 2011, Netanyahu criticó abiertamente la hostilidad de los colonos y afirmó que Israel estaba en una posición diplomática difícil en la que harían falta conversaciones y flexibilidad.[37] A lo largo de las semanas siguientes hubo rumores de que el primer ministro preparaba una propuesta de Estado palestino con fronteras provisionales e incluso que estaba planteándose una vuelta a la vía unilateral con retirada de tropas y fijación de fronteras en Cisjordania. Hasta había filtraciones sobre las posiciones de los principales ministros, con el exlaborista Barak (Defensa) y el *likudnik* moderado Dan Meridor (Inteligencia) a favor y los halcones Benny Begin, Silvan Shalom y Moshe Yaalon en contra.[38]

Tales especulaciones proporcionaron dos meses de calma a Israel mientras las reverberaciones de la Primavera Árabe se dejaban sentir en todo Oriente Medio. Llegados a abril, naturalmente sin que ninguna de las propuestas se hubiese sustanciado o hubiera recibido algún tipo de sanción oficial, Netanyahu encontró el modo de escabullirse gracias al acuerdo de unidad nacional que los líderes de Fatah y Hamás anunciaron el 27 de abril de 2011.[39] Al suscribirlo Abbas sabía que dinamitaría cualquier tentativa negociadora, pero no creía en la buena fe del primer ministro israelí para recorrer esa vía y, en cualquier caso, tenía una preocupación mucho más inmediata: el miedo a que su organización política, muy debilitada desde que había perdido el control de Gaza en 2007, corriera la misma suerte que los regímenes de Mubarak o Ben Ali.

Es obvio que Hamás, como principal organización rival en Palestina, capaz de vehicular la indignación popular por la falta de expectativas y la subordinación de Abbas a Israel y al mundo occidental, era la gran amenaza de Fatah en un contexto como el de la Primavera Árabe y que la formación de un gobierno de unidad nacional estabilizaba las cosas y protegía a Abbas de una revolución. Si el precio que el presidente palestino tenía que pagar era el descarrilamiento de las negociaciones con Israel y una crisis diplomática con Estados Unidos y la Unión Europea, entonces merecía la pena pagarlo. Ahora bien, ¿qué ganaba Hamás con ello? Por un lado, empujaba todo el movimiento palestino hacia posiciones antioccidentales, lo cual contribuía a arrastrar la Primavera Árabe en la misma dirección, habida cuenta de la gran popularidad de la causa palestina en la opinión pública arabomusulmana. Por el otro, el desbloqueo de la situación abría la puerta a la convocatoria de elecciones presidenciales y legislativas a la ANP para el año siguiente, comicios que Hamás estaba segura de poder vencer. Mahmud Abbas también se lo temía y por esta razón en los meses siguientes empezó a renegar del pacto —ni tan siquiera llegó a sustituir al primer ministro Salam Fayyad para hacer espacio a Hamás en el gobierno— y llevó las cosas calladamente de vuelta a la casilla de salida, aprovechando que la euforia revolucionaria se había disipado.

Netanyahu también aprovechó todo el episodio para enterrar la posibilidad de negociaciones. A principios de mayo, dio un ultimátum a Abbas para que rompiese el acuerdo de unidad al que acababa de llegar, y al no obtener respuesta satisfactoria, interrumpió las

conversaciones y rebajó también las relaciones con Egipto, país que había mediado para alcanzar la entente intrapalestina. Cuando Estados Unidos reclamó contención a Israel y le reprochó la rapidez en levantarse de la mesa, Netanyahu pidió a Obama que honrase los compromisos de Bush y reconociese que los grandes bloques de asentamientos quedarían dentro del espacio soberano de Israel en cualquier acuerdo de paz, petición que tampoco fue satisfecha y que conllevó un choque público con Washington. La oposición se lanzó enseguida a la yugular de Bibi —«un primer ministro que pone en peligro la relación con Estados Unidos debería dimitir», afirmó Livni—[40] pero el jefe del Gobierno israelí había planificado bien la crisis para plantearla no como una discrepancia entre los dos países, sino como la defensa de Israel ante un presidente que le era hostil. El 24 de mayo, se dirigió al Congreso en sesión conjunta y consiguió numerosas rondas de aplausos y una imagen de apoyo bipartidista.[41] Obama, desconcertado por esa prueba de fuerza y consciente de que mientras el gobierno de unidad palestino estuviese en vigor había poco que hacer, no llevó las cosas más lejos.

La experiencia de esta primera confrontación diplomática entre Obama y Netanyahu reforzó al líder israelí, que había demostrado que era capaz de plantar cara a Washington y de salirse con la suya. Sin embargo, para hacerlo había tenido que utilizar la política interior de Estados Unidos, en forma de alocución en el Congreso, en contra del presidente norteamericano. Le había salido bien porque el consenso bipartidista en favor de Israel era muy sólido, pero creaba un precedente peligroso; habida cuenta de la gran polarización de la superpotencia, la utilización repetida de dicha herramienta podía empujar al Partido Demócrata hacia posiciones menos filosionistas en relación con el conflicto y abría la puerta a que Israel se convirtiese en un tema disputado entre los dos partidos. Si Bibi se transformaba en un icono republicano —en sus años de formación en Estados Unidos, y también en su estancia como embajador, se había sentido atraído por dicho partido y tenía en él muchos amigos— sería el principal responsable de la debacle diplomática y, en particular, de la gran consecuencia que podía tener: el reconocimiento internacional de un Estado palestino con la aquiescencia estadounidense, panorama en el que la Unión Europea podía tener un papel preeminente. El primer ministro no perdía de vista la posibilidad de este escenario y comenzó a trazar también una estrategia para hacerse con un núcleo duro de partidarios en Bruselas.

Los servicios de inteligencia, el Tsahal y la diplomacia israelí habían estado monitorizando desde enero de 2011 las protestas por la carestía de la vida que crecían por doquier en el mundo árabe y que desestabilizaban la región, pero no se les había ocurrido pensar que algo semejante pudiera ocurrir en Israel. Y es verdad que sería una exageración plantearlo en estos términos, pero lo cierto es que en verano emergieron protestas espontáneas en las principales ciudades del país, con acampadas en parques y plazas que se compararon con el movimiento de los indignados que había echado raíces también en España.[42] La razón era sencilla: las reformas liberalizadoras habían estimulado la economía y la creación de riqueza iba a todo trapo, pero la redistribución no llegaba al mismo ritmo, y esa descompensación se traducía en un mercado inmobiliario imposible en los centros urbanos y en una cesta de la compra que representaba una carga cada vez mayor para los israelíes de a pie que no trabajaban en el *hi-tech* ni en las *start-ups* que establecían sus sedes sociales en los rascacielos de Tel Aviv.

Para Netanyahu se trataba de una situación incómoda: el líder israelí se había ganado una reputación de valor seguro en asuntos de defensa —el «Sr. Seguridad», como lo llamaba elogiosamente la prensa amiga— y de gestor eficiente de la economía, pero tanto la propensión al lujo de él y su mujer, tan mencionada por la prensa rosa, como su rol de arquitecto de los recortes sociales de los años de Sharon le daban una imagen de hombre poco empático para con el sufrimiento de los israelíes de clase baja y desconectado de las preocupaciones de este sector. Eso era particularmente grave, porque buena parte de sus electores eran trabajadores de cuello azul, y era evidente para cualquiera que había muchos *likudniks* entre los manifestantes acampados. De todas maneras, la oposición tampoco estaba en condiciones de rentabilizar la contestación. El Kadima era el partido de Ariel Sharon, tenía un programa económico plenamente liberal y personificaba esta política tanto o más que Netanyahu. El Partido Laborista había estado en el gobierno tanto con Sharon como con Olmert y Netanyahu, y hasta cuando lo lideraba un sindicalista había preferido asumir la cartera de Defensa y dejar de lado las cuestiones sociales. Había entre los manifestantes un clima de rechazo a la clase política y al mercado persa voluble e interesado con que tendían a formarse y a mantenerse las coaliciones de gobierno en Israel.

Cuando hay un segmento importante de la sociedad que ve en la clase política una casta y que rechaza a todos los partidos con representación, suele haber movimientos para crear una fuerza alternativa que pueda representarlo. En una tradición tan multipartidista y atomizada como la israelí —en las elecciones anteriores doce listas habían conseguido representación parlamentaria— dicha eventualidad era segura. En los meses siguientes emergieron y ganaron fuerza como la pólvora la nueva propuesta electoral de Yair Lapid, una celebridad catacaldos muy conocida desde muy joven en Israel por la gran visibilidad pública de sus padres[43] y que había tenido éxito como periodista político, presentador de televisión, actor y escritor de libros infantiles y de novelas de misterio. Con el nombre de Yesh Atid (Hay Futuro), Lapid articuló un programa atractivo para el ciudadano de a pie laico: puso el acento en la necesidad de que los ultraortodoxos compartiesen la carga, reivindicó el Israel que paga impuestos y merece servicios, y relegó a un segundo plano los asuntos de seguridad, en los cuales no profundizaba más allá de los grandes tópicos compartidos, si bien se presuponía que se situaría a medio camino entre las tesis del Likud y las del laborismo. De hecho, Lapid se identificaba conscientemente como un hombre de centro, integrador y abierto al grueso de la ciudadanía, por contraposición a la dinámica ideológica que polarizaba a Israel y que ponía las ideas por encima de las personas, ya fuesen estas un Gran Israel que obligaba a desviar recursos preciosos para garantizar la seguridad de aldeas aisladas en medio de Cisjordania, la subvención de escuelas religiosas donde se enseñaban entelequias místicas en lugar de inglés y matemáticas, o la consecución de un acuerdo de paz con interlocutores que negociaban con una mano mientras colocaban bombas con la otra.

Netanyahu había edificado una mayoría con la suma de cuatro sectores: los sefardíes que se sentían agraviados por la élite asquenazí que había gobernado el Israel de las primeras décadas y que continuaba dominando los puestos elitistas (universidades, judicatura, funcionariado, ejército…), los religiosos que sentían que no bastaba con que en Israel vivieran muchos judíos, sino que era menester que el Estado fuese judío, los ultraortodoxos que se sentían inclinados a pactar con la derecha porque había en ella más proximidad a la religión y porque buena parte de la comunidad se había instalado en viviendas baratas de los asentamientos,[44] y los viejos

revisionistas que desconfiaban de los árabes y que veían en la fuerza y el irredentismo la manera de preservar la seguridad. Lapid amenazaba con desmontar esta coalición al apelar al ciudadano israelí medio, no necesariamente laico (su número dos, Shai Piron, era un rabino ortodoxo), harto de hacer sacrificios por el Estado y de mirar por todo el mundo mientras otros solo pensaban en su ombligo y conseguían así unas condiciones cada vez mejores.

Los ultraortodoxos eran el principal objetivo de estas críticas. No reconocían el Estado, mas se beneficiaban de él con subvenciones generosas que permitían que la mayoría de los hombres se abstuviese de trabajar. Y aunque muchos de ellos vivían en zonas peligrosas de Cisjordania, se negaban a hacer el servicio militar. Justo cuando este estado de cosas estaba poniéndose en entredicho, el 21 de febrero de 2012 la Corte Suprema dictaminó que la Ley Tal, en la que se fundamentaba la exención *charedim* del servicio militar, era inconstitucional porque eximía desproporcionadamente a un colectivo de la carga común, motivo por el que era preciso enmendarla.[45] El gobierno acató la sentencia, pero argumentó —y la Corte se manifestó conforme— que no podía modificarse el sistema de un día para otro y que había que buscar una alternativa con tiempo. «Una alternativa —añadía el ministro del Interior ultraortodoxo Eli Yishai— que consiga los mismos resultados.»[46]

La intervención de los tribunales sacudió el tablero político israelí. Ehud Barak vio una posibilidad de seguir siendo relevante y planteó que los ultraortodoxos habían de ser reclutados como el resto de los israelíes; también figuras seculares de la derecha como el ministro de Exteriores Lieberman defendían tal posición. Los principales partidos anticiparon las primarias previendo que habría comicios, pero Netanyahu, que no quería una campaña electoral centrada en un tema que se le hacía incómodo, mostró su habilidad como jugador experto en el póker de la política israelí. Y es que las primarias del Kadima fueron una repetición de lo que habían sido cuatro años antes, Tzipi Livni contra Shaul Mofaz, esta vez sin candidatos menores. Lastrada por el período de oposición y por unas encuestas que dibujaban una tendencia a la baja, Livni salió claramente derrotada. Mofaz recibió la oferta de Netanyahu de unirse a la coalición para arreglar el problema ultraortodoxo y, ansioso por aparecer como un hombre de Estado capaz de tejer consensos, lo aceptó.[47]

Mofaz se pensaba que Bibi aprovecharía la nueva composición del gobierno —una extraordinaria mayoría de 94 escaños en la que los partidos religiosos no tenían ninguna posibilidad de desestabilizarlo— para reclutar al colectivo *charedim*, con algunas cuotas de exención para estudiantes brillantes y compensaciones por el estilo, cerrando así un tema que había sido polémico desde la creación del Estado. Al hacerlo demostraba una ingenuidad que en última instancia acabó con su carrera política. Netanyahu sabía que después de las elecciones habría otro gobierno y quería crear un vínculo de lealtad —ya no solamente con el Likud, sino con él personalmente— que pusiera a los 15 diputados ultraortodoxos en su cesta. Dejó que Mofaz plantease propuestas y negociase con los partidos de los *charedim* dentro del ejecutivo, y cuando este, exasperado, pidió al primer ministro que se mojase, Bibi lo hizo en favor de la exención. El 17 de julio, apenas dos meses después de habérsele unido, Mofaz dimitía y volvía a la oposición, habiéndose convertido en el hazmerreír de la prensa y de los votantes a pie de calle.[48] Unos cuantos diputados desertaron hacia el Likud, otros se fueron con Tzipi Livni en una escisión denominada Tnuah (Movimiento). No era un mal nombre para alguien que en doce años de trayectoria parlamentaria ya había estado en tres partidos distintos.

Netanyahu salía de la crisis relativamente bien parado, en el sentido de que aunque no podía evitar que la Ley Tal fuese el asunto dominante en los titulares y él personalmente había tomado partido por una posición que no era popular, en el ínterin había conseguido desmontar el Kadima, que era su principal rival. De todas maneras, ello no quitaba que interpretase la sentencia de la Corte Suprema como una injerencia desestabilizadora para su gobierno, percepción que también cuajó entre la derecha y entre los ultraortodoxos. La idea de que la Corte se había convertido en un reducto de la izquierda que intentaría boicotear los equilibrios parlamentarios del Likud no era totalmente nueva, pero tampoco había sido general antes. Durante las primeras décadas del Estado, los revisionistas habían procurado reforzar los tribunales porque los veían como un contrapoder frente a la hegemonía laborista, y aún en los años noventa había sido el Likud quien promocionaba reformas legales para blindar la independencia de los jueces y distanciarlos de posibles presiones políticas. Es verdad que las críticas de la judicatura a determinados asentamientos y al trazado del muro de seguridad habían generado malestar, pero no se habían entendido como parte de un patrón, y de hecho la investigación por corrupción contra Ehud Olmert había sido clave en su caída y había reforzado la percepción de imparcialidad. Solo a raíz de la sentencia del reclutamiento comenzó a emerger una corriente entre sectores significativos de la derecha que veía en la politización de la justicia una estrategia de la izquierda para retener parte del poder que había desesperado, ante la demografía y las circunstancias, de conseguir en las urnas.

El foco de la discusión política fue desplazándose en el estío de 2012 desde los asuntos socioeconómicos y los privilegios ultraortodoxos hacia el desafío iraní. El primer paso en este camino habían sido unas declaraciones del ministro de Defensa Barak en abril en las que había advertido que Israel no descartaba atacar Irán si su programa nuclear continuaba.[49] A finales de junio, Vladímir Putin visitó el país y la prensa informó de que la situación en Irán y en Siria había ocupado el grueso de las conversaciones, arrinconando la tradicional cuestión palestina, cada vez más eclipsada. En agosto, el presidente Shimon Peres intervino en contra de un hipotético ataque que no estuviese coordinado con Estados Unidos, palabras que generaron críticas inmediatas del Likud.[50] Entre tanto, había rumores e informaciones de prensa extranjera que apuntaban a que la Fuerza Aérea estaba haciendo recorridos de la misma distancia y ensayaba varias rutas y eventualidades por si acaso recibía la orden definitiva. Según las informaciones oficiosas, el primer ministro Netanyahu y el ministro de Defensa Barak estaban a favor de un ataque, mientras que la cúpula militar y el Mossad estaban en contra. En la Asamblea General de la ONU, Bibi utilizó toda la elocuencia y la teatralidad de que era capaz para plantear esta amenaza, sacando una pancarta con el dibujo de una bomba y marcando con un rotulador la «línea roja» de uranio enriquecido al 90%, en la que dijo que Israel habría de actuar.[51]

Como en última instancia no pasó nada, conviene preguntarse qué había de cierto y qué de farol en toda esta historia. Desde el punto de vista del politiqueo de cortos vuelos, no hay duda de que las perspectivas de un ataque a Irán eran más beneficiosas para Netanyahu que los debates socioeconómicos o sobre el reclutamiento de los ultraortodoxos. Bibi era la personificación de la seguridad, el hombre que había garantizado unos niveles de violencia más bajos en Israel y que había sido el primero en alertar sobre el peligro iraní en los años noventa, antes que el presidente Mahmud Ahmadineyad amenazase con «borrar a Israel del mapa» e hiciese inscribir esta misma

frase en los misiles que acumulaba. Una encuesta de principios de octubre confirmaba que, en lo que se refiere a gestionar esta situación, Netanyahu era el líder favorito de los israelíes, a mucha distancia de cualquier otro.[52]

Pero había más que eso. Genuinamente preocupado por la determinación de los iraníes de expandirse por Oriente Medio con el odio a Israel como bandera, Netanyahu se daba cuenta de que si los ayatolás adquirían la bomba conseguirían una enorme impunidad. Obama apenas acababa de salir de Iraq y seguía bien empantanado, a su pesar, en Afganistán. No tenía interés alguno en iniciar un nuevo conflicto y, de hecho, estaba explorando tímidos contactos para ver si las posiciones estadounidenses y las iraníes podían acercarse, desde la convicción de que toda la inestabilidad del Golfo —desde la guerra Irán-Iraq de los años ochenta hasta la insurgencia posterior al derrocamiento de Sadam Hussein, pasando por la crisis de Kuwait— derivaba en buena medida de la confrontación entre Washington y Teherán que había existido desde la caída del sah y que convendría cerrar de alguna manera.

Netanyahu pensaba que solo Israel podía romper con la inercia que empujaba a los estadounidenses a la pasividad y que estimulaba que Irán aprovechase aquella ventana de oportunidad para buscar la bomba. Si trazaba una línea roja, si transmitía que se trataba de un tema de vida o muerte para Jerusalén, que estaba dispuesto a provocar una guerra regional cualquiera que fuera el precio, entonces quizá los estadounidenses cambiarían de posición, porque entenderían que no estaban eligiendo entre una guerra y una cesión, sino entre el riesgo de una guerra si Irán no aceptaba un ultimátum de los norteamericanos y la certidumbre de una guerra si la desidia de estos empujaba a Israel hacia un ataque unilateral.

Pero una cosa era que Obama apretase los dientes y aceptase las contrariedades de Netanyahu porque veía que hacerle frente le acarrearía más problemas y otra muy distinta que estuviese dispuesto a dejarse arrastrar hacia una guerra —una guerra que no quería de ninguna manera y que se contraponía a toda su estrategia política regional— por un actor al que detestaba. Bibi tenía que saber que no era nada seguro, quizá ni siquiera probable, que Estados Unidos diera un ultimátum por la presión israelí. En caso de que eso no pasase, ¿estaría dispuesto a cumplir sus amenazas? Una parte de la élite militar israelí temía que así fuese y que el ataque desencadenara un conflicto regional demasiado grande para Israel, en el que además no podría contar con la crucial ayuda de un Estados Unidos que se sentiría traicionado porque tamaña acción se hubiese emprendido sin autorización ni consulta previas. Es por ello que comenzaron los movimientos —declaraciones en la prensa, amenazas de insubordinación, notas oficiosas— de altos funcionarios que hacían llegar su oposición y que incluían a los jefes del Estado Mayor y del Mossad y otros generales y exministros del ramo, el presidente Peres y hasta el gran rabino sefardí Ovadia Yosef.[53] Hasta el día de hoy ha habido debate historiográfico sobre si Netanyahu iba de farol con Obama y no tenía intenciones reales de atacar o si la cúpula militar y el alto funcionariado hicieron una campaña lo bastante fuerte como para disuadirlo de sus intenciones originales en esta línea.[54] Sea como fuere, en lo que sí que hay consenso es que en la cuestión iraní, a pesar de la hostilidad previa y posterior entre los dos hombres, el primer ministro Netanyahu y el ministro de Defensa Barak iban de la mano.

Cuando a principios de octubre de 2012 el Shas mostró objeciones a unos presupuestos que le parecían demasiado restrictivos, Netanyahu decidió ir a elecciones.[55] Habrían de celebrarse igualmente a lo largo de 2013, y prefería convocarlas ahora con las especulaciones sobre Irán

flotando en el ambiente y el principal partido de la oposición descabezado que hacerlo después de una nueva cesión a los ultraortodoxos para que le aprobasen el presupuesto, con la consiguiente desviación del debate público hacia este asunto más incómodo. Dos semanas después informó de que concurriría en una misma plataforma con su principal socio de gobierno, el Israel Beitenu de Avigdor Lieberman, con una lista que respetaría la ratio 27-15 que habían conseguido por separado en las urnas en 2009.[56] En la Knéset saliente los dos partidos reunían 43 diputados y las encuestas reflejaban que un resultado en esta línea era posible, lo cual haría que el nuevo Likud Beitenu fuese claramente la primera fuerza —había que remontarse a la victoria de Rabin en 1992 para encontrar un partido con este nivel de apoyo— y pudiera formar fácilmente gobierno.

Estas expectativas se torcieron durante la campaña electoral por dos razones. La primera es que Lieberman fue imputado por corrupción y hubo de dejar la cartera de Exteriores,[57] de modo que en los días previos a las elecciones la prensa iba llena de especulaciones y revelaciones sobre dicho escándalo. (El juicio se celebró entre febrero y diciembre de 2013 y Lieberman fue absuelto y volvió a asumir Exteriores, lo cual incrementó las suspicacias de la derecha sobre la politización del sistema judicial y el calendario de ese proceso.) La segunda fue la reapertura del frente de guerra en Gaza y, de rebote, del problema palestino, del que casi no se había hablado en la segunda mitad de la legislatura, con la sola excepción de la semana de octubre de 2011, en la que el gobierno israelí y Hamás habían llegado a un acuerdo por el que el soldado Guilad Shalit fue liberado a cambio de 1.027 presos que cumplían sentencias en establecimientos penitenciarios israelíes.[58]

La preocupación israelí por la posibilidad de que las barcas de pescadores de Gaza estuviesen utilizándose para el contrabando de bienes prohibidos llevó a una aplicación más severa del bloqueo marítimo que generaba encontronazos: a lo largo de la primera mitad de 2012, un total de 43 pescadores fueron arrestados y dieciocho barcas quedaron decomisadas por el Tsahal.[59] Cuando el 28 de septiembre un nuevo altercado entre soldados y pescadores acabó con uno de estos últimos muerto y otro gravemente herido, el lanzamiento de cohetes que nunca se había interrumpido del todo se intensificó otra vez. Entre el 14 y el 21 de noviembre de 2012, la situación evolucionó hacia un enfrentamiento a escala general, con disparos masivos de cohetes y bombardeos de represalia contra la Franja,[60] que dio un balance de 4 israelíes y 105 palestinos muertos. Esta vez no hubo incursión terrestre, sino que el gobierno hebreo aceptó un alto el fuego que incluía una extensión del perímetro de pesca autorizado en Gaza —de tres a seis millas náuticas (5,6 a 11 kilómetros)— a cambio de una detención absoluta del lanzamiento de cohetes.[61]

Este era el primer conflicto con Hamás en Gaza que acontecía con Netanyahu al frente del gobierno, y el desenlace es revelador de su manera de afrontarlo. El primer ministro tenía unas preocupaciones mucho más amplias —Irán, una iniciativa diplomática que continuaba posponiendo, las relaciones con la Casa Blanca— y veía en Hamás un gran estorbo, un problema de orden público, un grupo terrorista atrincherado en una zona densamente poblada, pero no una amenaza existencial para Israel. Conquistar el territorio y administrarlo generaba problemas logísticos y diplomáticos importantes, y tanto una operación de estas características como una incursión más modesta al estilo de la de 2009 implicaba el riesgo de bajas militares importantes, sin garantías de que el grupo pudiese ser realmente desmantelado. La idea de gestionarlo con el

aire y la marina era más segura y efectiva que la incertidumbre de una guerra, y aún más cuando había unas elecciones de por medio que estaban ganadas. Como sabía que le lloverían críticas por su flanco derecho, el Likud insinuó que el alto el fuego era una imposición de Obama… a pesar de que esta versión, aunque demostraba que Bibi cuidaba las relaciones con Estados Unidos, también debilitaba su porte de defensor de Israel que hacía lo que tenía que hacer y que resistía todas las presiones viniesen de donde viniesen.[62]

Es verdad que la izquierda difícilmente podía mostrar más dureza que Netanyahu con Gaza de forma creíble, aunque lo intentó, y que el primer ministro no tenía que preocuparse por Lieberman porque este concurría en su misma lista, aunque las acusaciones de corrupción lo habían convertido en un lastre. Pero el conflicto catapultó a la escena a otro personaje que también reivindicaba, como Lapid, formar parte de una nueva política que ofrecía soluciones para la clase de conflictos que la casta en el poder dejaba de lado, por más que en su caso las recetas provenían claramente del lado derecho del espectro político.

La biografía de Naftali Bennett guardaba ciertos paralelismos con la de Benjamin Netanyahu, aunque veintitrés años más joven. Ambos habían vivido parte de sus años de formación en Estados Unidos y hablaban un inglés nativo. También habían servido en la unidad de élite del ejército, las Sayeret Matkal, y se habían hecho ricos en la empresa privada antes de decidirse a entrar en política. Las credenciales de Bennett no pasaron desapercibidas —Bibi buscaba rodearse de esta clase de jóvenes con talento e ideología similar a la suya, entre los que se contaba también Ron Dermer— y el entonces jefe de la oposición lo fichó en 2006 para que colaborase con su equipo como asesor, junto con Ayelet Shaked, con quien Bennett compartía generación, cosmovisión y un pasado en el mundo del *hi-tech*. Sin embargo, en 2008 Bennett y Shaked abandonaron el equipo de malos modos e interrumpieron su comunicación con Netanyahu. Ninguna de las partes ha dado una explicación detallada de las razones de la ruptura, pero la mayoría de las fuentes señalan una discusión con Sara Netanyahu, la esposa del primer ministro, como detonante del rompimiento.[63]

Bennett y Shaked fundaron entonces un movimiento social, Israel Sheli (Mi Israel), dedicado a la *hasbara* o propaganda positiva del Estado en Internet, con activistas que procuraban retocar artículos en Wikipedia y desmentir las posiciones antisionistas en los debates en redes sociales. Consiguieron decenas de miles de suscripciones y en 2011 comenzaron a abrir sedes sociales en las principales ciudades de Israel, lo cual evidenciaba un interés más allá del entorno digital. Cuando estallaron las protestas sociales de aquel verano les dieron apoyo, pero pronto alertaron de que la organización de las manifestaciones estaba en manos de las izquierdas que intentaban aprovechar las justas reivindicaciones del pueblo para colar en ellas la agenda diplomática de Oslo, en lo que constituía un esfuerzo por pescar en las aguas del descontento sin confrontarse directamente al gobierno derechista.

En mayo de 2012, Bennett y Shaked anunciaron su intención de desembarcar en el Partido Nacional Religioso, la vieja plataforma del sionismo confesional que después de varias escisiones había quedado reducida a 3 diputados y huérfana de un liderazgo claro. La combinación de activismo digital y de una campaña moderna les dio la victoria en las primarias, y después de la guerra de Gaza emergieron como los referentes de los sectores duros que querían

revertir el plan de desconexión y que estaban decepcionados con Netanyahu porque no había ocupado Gaza ni siquiera en un escenario de conflicto, y porque para mayor inri había claudicado ante Hamás al hacer concesiones para los pescadores de la Franja.

Llegada la hora del cierre de las urnas el 22 de enero de 2013, el Likud Beitenu de Netanyahu y Lieberman era claramente la primera fuerza, pero con un 23,3% de los votos y 31 diputados quedaba muy por debajo de las expectativas. La segunda posición era para el Yesh Atid de Yair Lapid (14,3% y 19 diputados) que relegaba al laborismo (11,4%, 15 escaños) hasta el tercer lugar. Naftali Bennett conseguía también un resultado notable con el 9,1% y 12 diputados, mientras los partidos ultraortodoxos subían un poco y las listas árabes se mantenían en el mismo lugar que cuatro años antes. Asimismo era destacable la gran debacle del Kadima: Shaul Mofaz apenas cruzaba el umbral electoral y retenía solamente dos de los 28 diputados con que había contado hasta entonces; la escisión de Tzipi Livni (5%, 6 diputados) se desempeñaba solo marginalmente mejor.[64]

La «mayoría natural» de revisionistas, nacionalreligiosos y ultraortodoxos reunía una ajustadísima suma de 61 diputados, poco práctica en una cultura política volátil, donde las escisiones y los chantajes estaban siempre en el orden del día. Previsiblemente, Netanyahu no se habría sentido cómodo con una coalición así —y Lieberman, que tenía un perfil de votante más secular, todavía menos—, pero el caso es que no tuvo siquiera la oportunidad de explorar tal opción porque Lapid y Bennett, exponentes de la nueva política frente a los partidos tradicionales a pesar de las muchas diferencias que mantenían en asuntos concretos, hicieron un pacto táctico por el que negociarían conjuntamente y se negarían a entrar en el gobierno el uno sin el otro. La idea era empujar a Bibi a una sola combinación posible: un tripartito Netanyahu-Lapid-Bennett que también sumaba mayoría absoluta (62), y en última instancia acabaron consiguiéndolo, con la añadidura de última hora de Tzipi Livni para estabilizar la coalición y darle una orientación más izquierdista. El primer ministro conseguía así la investidura, pero tenía que renunciar a la alianza con los *charedim* y se comprometía en el programa de gobierno a reclutarlos en el ejército.

Netanyahu había salido más bien debilitado de las elecciones, pero seguía al frente del país y era visto como un pragmático que podía colaborar, aunque fuese por falta de alternativas, con casi todos los sectores políticos. En la ronda de consultas posterior a los comicios, 82 diputados habían recomendado su nombre a Shimon Peres para formar gobierno, y entre estos había los 19 escaños de Yair Lapid y los dos de Shaul Mofaz pese a la humillación a la que había estado sometido en los meses anteriores. Después de la investidura, Tzipi Livni fue nombrada ministra de Justicia y asumió también las negociaciones con los palestinos. El ministro de Defensa saliente, Ehud Barak, que no se había atrevido a presentarse a las elecciones ante las malas perspectivas de las encuestas, hizo una última rueda de prensa con Bibi y ambos se deshicieron en elogios: «No sé qué vamos a hacer sin ti», le dijo el primer ministro, y Barak le respondió que dejaba el país «en manos fuertes, seguras y confiables».[65] Este clima de cooperación y de buenas intenciones se había ido forjando en la década anterior después de la gran polarización del proceso de Oslo, pero no tardaría en comenzar a resquebrajarse.

El problema palestino prácticamente había desaparecido del léxico israelí durante los últimos años, con la excepción de la semana de guerra en Gaza de noviembre de 2012. La razón, claro está, es que Netanyahu había conseguido formar un gobierno donde el único partido que

defendía una solución de dos Estados estaba encabezado por un Ehud Barak poco interesado en el asunto, el cual además había perdido todo margen de maniobra después de escindirse en enero de 2011 para seguir al frente del Ministerio de Defensa. Pero ahora las cosas eran diferentes. Quien en aquellos tiempos había sido jefa de la oposición y muy crítica con el deterioro de las relaciones con Estados Unidos, Tzipi Livni, era una pieza clave del gobierno —tenía el apoyo de Lapid en los asuntos diplomáticos y juntos podían tumbar el ejecutivo si así lo querían— con autoridad para conducir negociaciones en ese ámbito. Obama también acababa de ser reelegido y este hecho le daba más control del Partido Demócrata y más margen de maniobra ahora que ya no habría de revalidarse nunca más en las urnas, lo cual lo llevaba a incrementar la presión sobre el proceso de paz de Oriente Medio.

Bibi percibía el cambio en la dirección del viento y actuó en consecuencia. A finales de marzo, se disculpó con Turquía por el episodio del *Mavi Marmara*, la flotilla abordada que había acabado con diez activistas muertos en 2010, en un primer paso para reconstruir las relaciones.[66] El 9 de abril, se reunió con el secretario de Estado norteamericano, John Kerry, para retomar formalmente las negociaciones con los palestinos.[67] Más tarde, aquel mismo mes, prohibió a los diputados que subieran al Monte del Templo, una manera de disciplinar al ala derecha de su propio partido que encabezaba Moshe Feiglin. En los meses siguientes las conversaciones entre Livni y Kerry dieron razones para el optimismo en los círculos diplomáticos estadounidenses, y a pesar de que Bennett alertaba de que las conversaciones con la ANP siempre acarreaban violencia, Netanyahu lo desmentía e insistía en que estaba preparado para negociaciones serias. En julio, Estados Unidos propuso un calendario de nueve meses para llegar a un acuerdo definitivo; dos meses después, el diputado *likudnik* Tzachi Hanegbi apuntaba que aunque el derecho al retorno de los refugiados dentro de Israel era imposible, una división de Jerusalén sí que estaba encima de la mesa.[68]

Esta gran flexibilidad se explicaba no solamente por las necesidades políticas domésticas del primer ministro, sino también por la voluntad de ganarse a Estados Unidos y de evitar que las conversaciones con Irán fructificasen. La retórica norteamericana no había cambiado —«Obama no permitirá jamás un Irán nuclear», afirmaba en marzo el vicepresidente Biden, normalmente el portavoz de la administración cuando el objetivo era complacer a Israel—,[69] pero Netanyahu sabía que el presidente no quería una guerra y que veía en aquella entente el modo de pacificar la región y de poder recolocar finalmente las fuerzas estadounidenses que estaban desplazadas allí. Si Irán firmaba un entendimiento *ad hoc* con las grandes potencias que le diese condiciones ventajosas en comparación con las del Tratado de No Proliferación, a cambio de congelar —pero no desmantelar— las instalaciones nucleares, eso podía traducirse en la apertura de una etapa de colaboración en que las actividades desestabilizadoras de Teherán se reducirían, lo cual quizá podría encarrilar las convulsiones de la Primavera Árabe hacia modelos democráticos más proclives a entenderse con Estados Unidos. Es desde esta perspectiva que la diplomacia norteamericana había estado negociando calladamente con los iraníes desde hacía meses. Para Netanyahu era un error histórico, una pesadilla que dejaría a Irán a un solo paso de la bomba nuclear, un desafío estratégico intolerable para Israel. Con tal de frustrarlo quería ofrecer a Estados Unidos una propuesta alternativa, la de un entendimiento con los palestinos que también

pacificaría la región y daría fuerza a los moderados, además de darle a Obama un triunfo propagandístico enorme para añadir a su reputación y prestigio; el de haber resuelto un conflicto endiablado que se había resistido a estadistas de toda clase y condición durante un siglo.

El problema era que Netanyahu no confiaba en la ANP ni en las negociaciones, y por lo tanto no se creía todo eso que decía. Obama, que había sido sorprendido por un micrófono abierto hablando con el presidente francés Nicolas Sarkozy de lo hartos que estaban de las mentiras de Bibi,[70] le tenía bien tomada la medida, aunque también tenía otros aliados —las potencias suníes encabezadas por Arabia Saudí, la Turquía de Erdoğan, que apoyaba a la oposición siria— que le pedían mano dura con Irán. En el verano de 2013, estuvo deshojando la margarita sobre la decisión que debía tomar ante este dilema, y probablemente le habría dado vueltas durante más tiempo de no ser porque un agravamiento de la guerra civil siria lo obligó a adoptar una decisión perentoria.

El 21 de agosto de 2013, las zonas controladas por la oposición del suburbio damasquino de Ghouta se vieron afectadas por una lluvia de misiles que contenían gas sarín. Médicos Sin Fronteras informó de que había 3.600 pacientes ingresados en los tres hospitales de los alrededores en los que participaban con síntomas neurotóxicos derivados del incidente; en cuanto a las víctimas mortales, las cifras oscilaban entre las 355 que Médicos Sin Fronteras pudo cuantificar y las 1.729 comunicadas por la oposición siria.[71] Tanto Estados Unidos como la Liga Árabe y la Unión Europea condenaron el ataque perpetrado por el gobierno de Bashar Assad, y como Obama había advertido previamente de que el uso de armas químicas contra la población civil sería una «línea roja» que empujaría a Estados Unidos a entrar en el conflicto, se esperaba una acción inminente de Washington contra Assad y comenzaron negociaciones de urgencia para implicar también a Londres y París en una coalición.[72]

Fue entonces cuando Rusia, aliada del gobierno sirio que se temía que el ataque que se preparaba pudiera comportar la caída de Assad, propuso cancelarlo a cambio de que el régimen destruyese las armas químicas que tenía almacenadas y se uniese a la Convención de Armas Químicas, con un sistema de verificación internacional para hacer cumplir las medidas.[73] Assad rápidamente se mostró favorable a ello, y Obama, aliviado al poder evitar una nueva intervención en Oriente Medio que además lo ponía camino de un choque frontal con Irán, dijo que sí.[74] Netanyahu concluyó del episodio que Estados Unidos habían tomado la decisión estratégica de aproximarse a Irán y que no había nada que pudiese hacer para evitarlo.

Sin embargo, no todo eran malas noticias en Jerusalén. Cuando aún creía que Obama podía adoptar una política de mano dura con Teherán y hablaba de Estado palestino y se disculpaba con Erdoğan para empujarlo hacia esta dirección, Netanyahu había conseguido que los saudíes, igualmente preocupados por la dinámica regional, se mostrasen dispuestos a flexibilizar las condiciones de la Iniciativa de Paz Árabe en contrapartida.[75] Aunque se presentó como una simple declaración de aliento al proceso de paz y que, sobre todo, pretendía convencer al primer ministro para que se lo tomara en serio y no lo emplease meramente como estrategia retórica, abría la puerta a una normalización con Riad —incluso si la ANP no aceptaba estas condiciones flexibilizadas— y, por lo tanto, desde el punto de vista diplomático era un cambio muy trascendente. Más significativo aún en el corto plazo fue el golpe de Estado que el ejército egipcio dio contra el presidente islamista Mohamed Morsi en julio de 2013, paso previo al establecimiento de una dictadura militar bajo el liderazgo del jefe del Estado Mayor Abdel Fattah

al-Sissi… el cual se legitimó posteriormente en las urnas y articuló un sistema autoritario de características muy similares a las tres décadas de gobierno de Mubarak.[76] Estados Unidos condenó tímidamente la involución democrática, pero se apresuró a colaborar con Al-Sissi en cuento este se legitimó mediante unas elecciones que, claramente, no cumplían con los estándares democráticos; Israel respiró aliviado y celebró —de manera comedida, eso sí— que el gobierno islamista que financiaba a Hamás y amenazaba con romper el acuerdo de paz de 1978 hubiese cedido su lugar a un régimen pragmático que se alineaba con los saudíes y que quería mantener la colaboración discreta con Jerusalén en asuntos de seguridad.

La dinámica geopolítica, pues, estaba clara. Estados Unidos no quería enfrentarse a Irán y las dos estrategias que Netanyahu había usado para tratar de cambiar esta realidad —la amenaza de un ataque israelí en solitario y la oferta de negociaciones «serias» con los palestinos— no habían funcionado. Pero Israel no estaba solo contra Irán, en la medida en que había un conjunto de actores en el mundo suní que veían en el militarismo persa, en el programa nuclear y en la financiación de milicias leales por todo el mundo árabe una amenaza de primer orden para la estabilidad y hasta para la supervivencia de los regímenes que representaban. ¿Sería posible una colaboración efectiva, abierta, entre estos Estados e Israel habida cuenta de las circunstancias? Tras años de inmovilismo ante las presiones norteamericanas y las convulsiones de la Primavera Árabe, Netanyahu veía llegada la hora de moverse por la paz. Una paz, eso sí, muy alejada de los designios de las diplomacias occidentales que afirmaban que la clave de la resolución del conflicto pasaba por la firma de un arreglo definitivo entre el Estado de Israel y la Autoridad Nacional Palestina.

UN ENEMIGO COMÚN

Las elecciones presidenciales iraníes de junio de 2013 dieron una clara victoria al candidato del Partido de la Moderación y el Desarrollo, Hassan Rouhani. La posición israelí era que el sistema de votaciones y de partidos políticos de Irán constituían una farsa porque los candidatos estaban preseleccionados por el Guía Supremo y solo servían como comparsas para legitimar el régimen; en cambio la administración estadounidense, más proclive a pensar que donde hay una urna hay una oportunidad, vio en la victoria del sector moderado una bocanada de aire fresco después de los ocho años de Ahmadineyad. Ahora que el hombre que había ganado notoriedad en Occidente por el negacionismo del Holocausto y de la homosexualidad estaba fuera del poder, la dinámica negociadora que se había iniciado unos meses antes devenía más respetable.

Obama hizo públicas las negociaciones y las presentó como un gesto ante la victoria de Rouhani.[77] Netanyahu criticó inmediatamente los contactos con un «régimen terrorista» como el iraní y se preparó para un choque frontal. (El presidente Peres representaba a los sectores de la élite incómodos con la estrategia de confrontación al recalcar que él confiaba en la palabra de Obama.)[78] Naftali Bennett se desplazó hasta Washington para hacer *lobbying* en el Congreso contra las aperturas diplomáticas, pero el pescado ya estaba vendido: el 24 de noviembre de 2013, el sexteto formado por los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU y Alemania anunciaron que habían llegado a una entente provisional con Irán para que este congelase algunos aspectos de su programa nuclear a cambio de una reducción de las

sanciones.[79] El pacto entró en vigor el 20 de enero de 2014 y abría la puerta a negociaciones para un acuerdo definitivo que debía implicar una renuncia iraní a hacerse con el arma nuclear, pero a cambio de mantener una infraestructura y una cantidad y calidad de material radioactivo muy superior a la necesaria para uso civil y a la que autoriza el Tratado de No Proliferación.

Mientras tanto, las negociaciones con la ANP continuaban acaparando titulares y creando expectativas. Netanyahu no las desautorizó, consciente de que ayudaban a los Estados suníes a aproximarse a Israel, pero tampoco hizo declaraciones alentadoras, como sí que había sido el caso antes de la masacre de Ghouta. Lo que había era una discusión abierta en el gabinete entre la ministra de Justicia Livni, que apostaba por las conversaciones, y el ministro de Industria Bennett, que se mostraba radicalmente contrario y que las veía como una repetición de la dinámica de Oslo. Netanyahu, como solía hacer en estos casos, guardaba silencio, y el ministro de Exteriores Lieberman —recuperó el cargo al ser absuelto en noviembre de 2013, lo cual hacía presagiar tensiones entre él y Livni por las competencias diplomáticas—[80] le echaba agua al vino sin desautorizar abiertamente el proceso, al decir que el acuerdo estaba muy lejos y que las conversaciones deberían centrarse en la gestión del día a día. Mahmoud Abbas veía cómo la ventana de diálogo —y por ende la posibilidad de seguir siendo relevante y de exhibir a su electorado algún provecho de la colaboración que mantenía con Israel— se cerraba y ofreció la permanencia de la presencia israelí en Cisjordania hasta tres años después de un acuerdo de paz para reforzar los sectores partidarios de explorarlo dentro del gobierno israelí.[81]

El rais palestino conocía perfectamente los recelos de Netanyahu ante una negociación con la entidad que presidía, pero también sabía que las convicciones del primer ministro no eran dogmáticas porque no bebían de una convicción religiosa, sino de cálculos estratégicos. La frágil esperanza que le podía dar este conocimiento se traducía en inquietud entre los colonos y la derecha radical. El 4 de enero, el portavoz del asentamiento de Hebrón, David Wilder, advirtió a Bibi de que Begin, Rabin y Sharon habían tenido una mala muerte como castigo por haber cedido tierra y que el Altísimo le reservaría el mismo destino si caía en semejante tentación.[82] Catorce diputados del Likud firmaron un manifiesto en el que se comprometían a oponerse a una nueva moratoria en la construcción de los asentamientos como la que se había acordado en 2009, una muestra de disensión interna que guardaba reminiscencias con episodios vividos en los años de Sharon, antes de la gran escisión. También como entonces, la izquierda radical intentaba empujar las cosas hacia esta dirección organizando protestas contra la ocupación y llamamientos a la objeción de conciencia entre los soldados del Tsahal enviados a los Territorios.

Pero Netanyahu, que veía en la ANP a una organización corrupta y carcomida por dentro y en el movimiento de liberación palestino a una avanzadilla de Irán comprometida con la destrucción de Israel, no estaba dispuesto a avanzar por aquel camino. El acercamiento con los saudíes pretendía reemplazar, no complementar, un diálogo con Abbas. En cuanto a las consideraciones de triangulación parlamentaria, el primer ministro no estaba satisfecho con el gobierno que tenía. Su estrategia ideal pasaba por un Likud grande que combinado con los ultraortodoxos le diese una mayoría de bloqueo, es decir, que impidiese que pudiera formarse una coalición alternativa lo bastante homogénea para ser realista. Una vez conseguido tal objetivo, la idea era reunir partidos a su izquierda y a su derecha que completasen la coalición,

con una holgada mayoría absoluta que hiciese que ninguno de ellos fuera imprescindible, con el fin de aprovechar las desavenencias para dar la razón a unos o a otros caso por caso y así imponer su propia línea política en los asuntos más importantes.

El gobierno que había formado en 2013 también le daba un cierto margen de maniobra en la toma de decisiones, como lo evidenciaban las riñas entre Livni y Bennett, que utilizaba para dar esperanzas a sectores con intereses encontrados. Pero mientras en el asunto más importante (Irán) el anterior gobierno había hablado con una sola voz, la cual había entonado también —más que nadie, de hecho— el representante de su pata izquierda y ministro de Defensa, Ehud Barak, en este Livni y Lapid obedecían las consignas de buena parte del *establishment* de alinearse con Estados Unidos. Era este un asunto delicadísimo en el que Netanyahu no estaba dispuesto a transigir: si un acercamiento a los saudíes era difícil porque implicaba un salto muy grande para Riad habida cuenta de la magnitud de la disputa histórica y religiosa, la conciencia de que había varias opiniones dentro del gobierno israelí y de que la determinación de confrontar a Irán no era totalmente seria lo harían imposible. Además de eso, había una consideración práctica que también tenía un peso en los cálculos del primer ministro, siempre consciente de que para ejercer el poder, antes es preciso conservarlo. Y es que Netanyahu sabía que la entente con los ultraortodoxos —una alianza de intereses mutuos basada en la confianza y con un componente destacado de adhesión personal— le aportaba un plus de 15 diputados en cualquier circunstancia, una ventaja decisiva frente a cualquier competidor, de la izquierda o de su propio espacio político, que en un momento dado pudiese hacerle sombra. Dejarlos fuera del gobierno había sido la única alternativa para no repetir elecciones después del pacto Lapid-Bennett y los ultraortodoxos podían entenderlo… siempre que los privilegios y las subvenciones que tenían no se viesen recortados. Pero justamente uno de los puntales del pacto de gobierno —buscado por el viejo secularista Lieberman, por Lapid y Bennett que habían ganado altura con unas protestas sociales que ponían el dedo en esa llaga, y también por la izquierda representada por Livni en la coalición— era la integración de los *jaredim* en el ejército y en la fuerza de trabajo, y Netanyahu difícilmente podía remar en contra de esta posición que era tan popular también dentro de su partido ahora que no podía justificarlo en nombre de la estabilidad del gobierno. El 12 de marzo de 2014, se aprobó con el beneplácito del primer ministro la ley que establecía el reclutamiento de los ultraortodoxos.[83] Bibi había impuesto una limitación importante: una medida de aquella trascendencia requería de un período de transición y por lo tanto no sería aplicable hasta 2017. Claramente, estaba decidido a desembarazarse de aquel gobierno mucho antes.

Ir a unas elecciones, apenas un año después de empezada la legislatura, hacía necesarios equilibrios muy sutiles para no aparecer como el responsable de la crisis política ante el electorado. Teniendo en cuenta que Livni había suscrito el pacto de gobierno a cambio de responsabilizarse de las negociaciones con los palestinos, terminar con aquellas conversaciones, además de tener sentido para escenificar el nuevo escenario de confrontación con Estados Unidos, que las promovía, serviría también para que el Tnuah abandonase el ejecutivo y añadiría presión a Lapid para hacer lo mismo. Es así como, después de haber preparado el terreno con el apoyo a la Ley de Referéndum que obligaba a convocar un plebiscito (o a reunir 80 diputados favorables) antes de hacer concesiones territoriales, el 18 de mayo Netanyahu desautorizó la reunión con Mahmud Abbas y dijo que su ministra de Justicia solo se representaba a ella misma en el diálogo que mantenía con él.[84] El enviado especial de Estados Unidos para la paz en

Oriente Medio, Martin Indyk, admitió que las conversaciones habían entrado en barrena —«ambas partes obran de mala fe»— y dejó su cargo.[85] Mahmud Abbas reaccionó buscando un nuevo acuerdo de unidad con Hamás que resultaría tan efímero como el anterior.

Que el gobierno no se viniese abajo inmediatamente se explica en parte por el deterioro de la situación de seguridad en los territorios palestinos. El 12 de junio de 2014, tres adolescentes israelíes que hacían autoestop en la salida del asentamiento cisjordano de Alon Shvut subieron al coche de dos milicianos de Hamás de Hebrón que se habían puesto una matrícula israelí con el objetivo de capturar a un judío. Los secuestraron y asesinaron aquella misma noche. Al día siguiente se organizaba un operativo de rescate —Operación Volved Hermanos— con detenciones e interrogatorios en diferentes aldeas cisjordanas que rápidamente escalaron la violencia. El encuentro de los cuerpos de los jóvenes el 30 de junio todavía encendió más los ánimos; el 2 de julio, dos ultranacionalistas judíos secuestraron en Jerusalén Este a un adolescente árabe de dieciséis años, lo llevaron hasta un bosque cercano y lo quemaron vivo. Después de este crimen, el lanzamiento de cohetes desde Gaza se multiplicó y el 8 de julio Israel inició una guerra general contra la Franja que incluyó una prolongada incursión terrestre para destruir túneles, y que solo acabó el 26 de agosto, después de cincuenta días, con un resultado de 73 israelíes y 2.251 palestinos muertos.[86] Ambos bandos cantaron victoria: el Tsahal veía a Hamás debilitada y disuadida de lanzar nuevos ataques, los milicianos islamistas habían conseguido lanzar cohetes hasta el último día y se jactaban de haber conseguido echar al ejército hebreo de Gaza.

Igual que había pasado en 2012, que la guerra acabase con un *statu quo ante* le acarreaba problemas a Netanyahu en su flanco derecho, particularmente si se tiene en cuenta la cifra relativamente elevada de bajas israelíes. Avigdor Lieberman insistió en las reuniones de gabinete y ante la prensa en que era partidario de reocupar la Franja, y como Bibi no le hacía caso, anunció que revocaba la unificación de su partido con el Likud y que concurriría separadamente a las elecciones siguientes.[87] En paralelo, el ala izquierda del Consejo de Ministros hubiera preferido evitar la incursión terrestre, que es la que ocasionó el grueso de las bajas, y los sectores más progresistas de la oposición veían en el episodio una muestra más de la futilidad de las soluciones militares y de la necesidad de diálogo. Meretz, Chadash y Paz Ahora organizaron una manifestación en esa línea en Tel Aviv el 17 de agosto, pero pinchó con solo dos mil asistentes, en parte porque se hacía antes del final de la guerra y vulneraba así el principio de *union sacrée* que era ampliamente compartido por la ciudadanía.[88]

La conciencia de que su gestión de la guerra no era percibida como un éxito disuadía a Netanyahu de provocar las elecciones, pero el gobierno estaba falto de una hoja de ruta compartida y el divorcio era solo cuestión de tiempo. Dos iniciativas legislativas de la Knéset presentadas en otoño acabaron de dinamitarlo.

La primera fue la Ley del Estado Judío. Israel había sido definido en su declaración de independencia como un «Estado judío y democrático» y las dos leyes básicas aprobadas en los años noventa —Dignidad y Libertad Humanas (derecho a entrar y salir del país, privacidad, intimidad y limitación del alcance de los poderes de emergencia) y Libertad de Ocupación— habían acentuado este último adjetivo. Algunas de las sentencias de la Corte Suprema que limitaban la violencia en los interrogatorios o declaraban ilegales asentamientos o barreras arquitectónicas en Cisjordania se fundamentaban en dichas leyes. Ello generaba incomodidad

entre la derecha, especialmente después que el episodio del reclutamiento ultraortodoxo y el escándalo de corrupción de Lieberman transmitiesen la sensación de que la justicia estaba politizada. Como el Sharon de sus años de conservador había dicho una vez, «nuestros padres y abuelos no vinieron hasta aquí para crear la democracia. Es una buena cosa que hayamos podido establecer una democracia próspera. Pero, recordadlo bien, vinieron hasta aquí para crear un Estado judío».[89] Había, pues, que volver a equilibrar la balanza con una ley que realzara la judaidad de Israel.[90]

La izquierda había compuesto el proceso de Oslo en buena parte porque se daba cuenta de que la ocupación, el controlar a una población árabe con un volumen equivalente al de la judía y con tendencia a crecer, hacía incompatibles a la larga la democracia y la judeidad si no se hacía algo deprisa, por la sencilla razón de que, cuando los árabes fuesen mayoría, habría que elegir entre unas elecciones libres que pondrían en juego el carácter judío del Estado o un sistema supremacista judío que sería necesariamente autoritario. Que la derecha no viese este problema, o no quisiese resolverlo, alimentaba la sospecha de que no estaba comprometida con la democracia y que estaba dispuesta a coger el camino de la dictadura para retener la tierra. Las élites tradicionales que eran mayoría en la judicatura, en las universidades y en la cúpula del ejército siempre habían visto a Israel como un miembro natural de la sociedad occidental y se temían una deriva antiliberal. Cuando escuchaban decir que Israel era demasiado democrático y que había que «equilibrar la balanza» esta gente se ponía, comprensiblemente, en pie de guerra. Y entre esta gente se contaban Lapid y Livni, a pesar de que esta última, todavía en calidad de líder del Kadima apenas tres años antes, se había declarado a favor de una ley de esas características.[91]

Ya en agosto de 2013, los diputados Yariv Levin (Likud) y Ayelet Shaked (Bayit Yehudi) habían anunciado el propósito de aprobar una Ley Básica del Estado Judío. Pero la ministra de Justicia era Tzipi Livni, quien primero encargó una propuesta alternativa a la académica Ruth Gavison y después, viendo la controversia que el asunto generaba en su espacio político, optó por dar largas, a pesar de que en los meses siguientes algunos dirigentes de la derecha —incluido el primer ministro Netanyahu— declaraban que lo consideraban una prioridad de la legislatura. Llegados a noviembre y desde el cálculo de que la estabilidad del gobierno ya no le interesaba, Bibi fue a por todas y trajo el redactado de Levin y Shaked a votación en el consejo de ministros, sin hacer caso al parecer contrario del Tnuah y del Yesh Atid que se opusieron.

En el ínterin, Lapid y Livni, también dándose cuenta de que el gobierno no daba más de sí, presionaron con una iniciativa para prohibir los periódicos gratuitos que tenía también el apoyo de los laboristas. Aunque se disfrazaba de medida para evitar la competencia desleal, todo el mundo veía claramente que tenía un solo objetivo en mente: destruir el *Israel Hayom*, que desde 2007 había acaparado el mercado de diarios de papel del país y que era la piedra angular de la estrategia de Netanyahu de contar con una prensa amiga sólida en la que apoyarse para retener el favor de su amplia base de partidarios. El primer ministro, que atribuía la derrota electoral de 1999 a la ausencia de ese instrumento, estaba decidido a impedir que la medida prosperase.

La caída del gobierno y convocatoria de elecciones anticipadas vino formalmente por el primer asunto, ya que Bibi exigió a Lapid y Livni que votasen a favor de la Ley del Estado Judío y, cuando estos se negaron, los echó del gobierno y finiquitó la legislatura.[92] Sin embargo, con el tiempo terminó admitiendo que la decisión final de ir a nuevos comicios la había tomado después

que la Knéset aprobase 43-23 la lectura preliminar de la prohibición de la prensa gratuita.[93] De los esfuerzos de Netanyahu para desactivar dicha amenaza se derivaría posteriormente el inicio de las investigaciones por corrupción contra el primer ministro que han condicionado la política israelí desde 2016 hasta nuestros días.

La campaña para las elecciones del 17 de marzo de 2015 marcó un cambio de tendencia en Israel. Si dos años antes la gente había ido a las urnas con la conciencia de que no había una alternativa real a Netanyahu y de que lo que estaba discutiéndose era con qué socios formaría gobierno y conduciría la legislatura, ahora sí que había una alternativa potente: los laboristas y el Tnuah de Livni conformaron una lista conjunta encabezada por Isaac Herzog que estaba casi rozando el Likud en las encuestas. Aún más importante que eso, todo el centroizquierda se comprometió a no pactar con Netanyahu, visto ahora como un peligro para el mantenimiento del orden liberal en Israel, a la vez que el primer ministro prometía dejar atrás el experimento fallido de 2013 y conformar un gobierno de «mayoría natural» de revisionistas, nacionalreligiosos y ultraortodoxos.

Esta realidad abría la puerta a una campaña mucho más polarizada y centrada en la personalidad controvertida de Benjamin Netanyahu, característica coincidente con las cinco elecciones posteriores que se han celebrado en Israel. Estaba abriéndose una fractura duradera y grave entre el grueso del *establishment* —académico, judicial, político, militar…— y el nuevo rumbo que el primer ministro quería adoptar, y en ninguna parte se manifestaba más claramente esta dicotomía que en la política exterior. Mientras los primeros veían en el pacto nuclear iraní un *fait accompli* que había que aceptar e intentar condicionar para que reuniese las mejores condiciones posibles para Israel, el segundo creía que el Estado judío era lo bastante fuerte para confrontar la amenaza al margen de Estados Unidos y que podía encontrar aliados y recursos para tal objetivo.

Así es como el 21 de enero el presidente de la Cámara de Representantes estadounidense John Boehner invitó a Netanyahu por sorpresa a hablar ante el legislativo norteamericano sobre el acuerdo nuclear que estaba negociándose. Boehner, republicano hostil a la política exterior de Obama, quería abrir una fisura entre los sectores proisraelíes del Partido Demócrata y su presidente, y sabía que si conseguía sabotear el pacto estaría echando por tierra toda la estrategia de la administración para Oriente Medio. Netanyahu, por su parte, ganaba notoriedad, una poderosa tribuna y un discurso publicitado en todo el mundo que sería emitido en Israel en horario de máxima audiencia el 3 de marzo, dos semanas antes de los comicios. Un líder fuerte que hablaba claro, que era escuchado y aplaudido por el Congreso de la superpotencia y que no tenía reparos a la hora de defender Israel y el mundo libre de la equivocación histórica que estaba a punto de producirse. En el círculo del primer ministro se hacían comparaciones con el discurso de Churchill contra el pacto de Múnich que en 1938 sentenció el destino de Checoslovaquia.

Lo que estaba pasando tenía un precedente: en junio de 2011, el primer ministro también se había dirigido al Congreso en un contexto de tensión con la administración para censurar el acuerdo de unidad entre Fatah y Hamás y argumentar que las circunstancias no permitían abrir un diálogo con los palestinos. Había sido un éxito, en el sentido de que Obama había dejado de insistir temporalmente y de que en la calle israelí la talla de Netanyahu como estadista había cotizado al alza. Mas el episodio no había sido bien recibido ni por la oposición ni por el *establishment,* que se temía que Bibi estaba convirtiendo Israel en un arma retórica de los

republicanos en las luchas políticas interiores de Estados Unidos y que eso, en un país donde los demócratas gobiernan aproximadamente la mitad del tiempo, tenía números de acabar mal. Esta vez las cosas iban bastante más allá, porque además de acontecer en plena campaña electoral y en un clima de polarización que hacía años que no se veía, el discurso iba derecho a la yugular de la principal iniciativa de política exterior del presidente Obama. Cierto es que el día del discurso Netanyahu tuvo un recibimiento extraordinario y que los diputados republicanos —y algunos demócratas descontentos con la alineación filochií de la administración— aplaudieron puestos en pie en casi cada pausa.[94] Pero las críticas demócratas fueron también notorias: Nancy Pelosi calificó el discurso de «insulto a la inteligencia y al compromiso de Estados Unidos contra la proliferación nuclear».[95] También en Israel la fractura se hacía notar; Netanyahu no pudo impedir que doce días después de su alocución el Mossad de Tamir Pardo transmitiese un argumentario de los puntos a favor del acuerdo nuclear a una delegación de senadores estadounidenses que visitaban Israel.[96]

Las encuestas habían previsto que el escrutinio sería muy ajustado y que la derecha moderada del exministro del Likud Moshe Kahlon tendría la llave de la gobernabilidad. Llegada la hora de la verdad, se vio que efectivamente Kahlon era necesario, pero que su llave solo encajaba en la cerradura de Netanyahu. Con un 23,4% de los votos y 30 escaños, el Likud conseguía en solitario el mismo resultado que había obtenido en lista conjunta con el Israel Beitenu dos años antes, muy por encima del 18,7% y 24 escaños de la Unión Sionista de Herzog y Livni. La atracción gravitacional de la estrella Bibi perjudicaba sobre todo a los partidos de su espacio político —el Israel Beitenu se dejaba 5 escaños; el Bayit Yehudi de Bennett y el Shas de Deri, 4 cada uno; los ultraortodoxos de la Yahadut HaTorah perdían uno— pero en última instancia la suma de revisionistas, nacionalreligiosos y ultraortodoxos tenía una holgada mayoría de 67 diputados. Avigdor Lieberman sorprendió a todo el mundo al afirmar que se quedaría en la oposición —no veía al primer ministro lo bastante predispuesto a construir en las colonias—, pero aun así Netanyahu tenía 61 diputados a su favor, una suma incómoda pero suficiente para una investidura. El Kulanu de Kahlon, con un 7,5% de los votos y 10 diputados, era parte de la coalición porque la única alternativa hubiese sido una repetición de los comicios y porque la victoria de Bibi era clara y sabía que era lo que sus votantes querían que hiciera. Asimismo, Bennett, líder nacionalreligioso en un ambiente de mucha más polarización, no se planteó un entendimiento táctico con Lapid como la otra vez; unos y otros sabían a qué bloque pertenecían y que no podían hacerse concesiones al adversario.[97]

Después de la victoria la confrontación con Estados Unidos escaló aún más; el 7 de abril, Netanyahu dijo que el acuerdo que estaba negociándose dejaba vía libre para que Irán se hiciera con la bomba y era intolerable. La figura de referencia del Kulanu para asuntos de política exterior, el historiador y exembajador en Estados Unidos Michael Oren, advirtió de que el primer ministro estaba alejándose de los dos pilares de la relación israeloamericana —no a los desacuerdos públicos y no a las sorpresas— en un artículo en *The Wall Street Journal*,[98] pero Kahlon se distanció de él enseguida y, en cualquier caso, había miembros del gobierno mucho más locuaces en la otra dirección. (La mujer del ministro del Interior Silvan Shalom tuvo que disculparse por un tuit en que explicaba que un «café Obama» era «negro y flojo».)[99] Cuando, en julio de 2015, se cerró el acuerdo definitivo con Irán (el JCPOA). Netanyahu concentró todos sus esfuerzos en intentar reunir dos tercios del Senado para impedir su ratificación.

Fue en vano. El Senado estadounidense estaba formado por 54 republicanos y 46 demócratas, y pese a que toda la oposición estaba unida contra los objetivos de Obama y cuatro demócratas se le sumaron también, los 42 restantes apoyaron al presidente, cifra que rebasaba con creces los 34 que se necesitaban para que la decisión de la administración deviniese vinculante. Lo que consiguieron los dos meses de debate fue que la medida se convirtiera en terreno de lucha partidista y que en cierto modo Netanyahu se erigiese en una especie de jefe de la oposición al presidente de Estados Unidos. El portavoz republicano John Boehner dijo que utilizaría «toda herramienta de presión a nuestra disposición para detener, demorar y torpedear la plena implementación de este acuerdo», y entre los precandidatos republicanos fue también un argumento de campaña poderoso. Cuando el exgobernador de Arkansas y aspirante a la presidencia Mike Huckabee afirmó que Obama estaba «acompañando a los judíos al horno» con el JCPOA, algunos de los precandidatos —Jeb Bush, Chris Christie, Lindsey Graham— dijeron que había ido demasiado lejos, pero en cambio Ted Cruz y Donald Trump manifestaron su total coincidencia.[100]

Paralelamente, la situación en los territorios palestinos volvía a ser tensa, con un repunte de la violencia que entre septiembre de 2015 y junio de 2016 dejó 38 israelíes y 235 palestinos muertos y que, por presentar numerosos apuñalamientos con arma blanca de individuos que actuaban por su cuenta, recibió el nombre de Intifada de los Cuchillos. La quema de dos casas árabes en la aldea cisjordana de Duma a manos de ultranacionalistas judíos en la noche del 31 de julio, con el resultado de un matrimonio y su hijo de dieciocho meses fallecidos,[101] estimuló un estado de ánimo revoltoso también alentado por Hamás, el cual rápidamente se trasladó al Monte del Templo. Los rumores sobre conspiraciones secretas para judaizar la Explanada de las Mezquitas tenían una fuerza enorme para radicalizar a la juventud árabe y originar lobos solitarios dispuestos a arriesgar su vida para matar indiscriminadamente a algún judío, elemento que demostraba la fuerza del factor religioso —del islamismo preconizado por Hamás— así como el odio latente contra Israel, sus instituciones y su gente, amplificado por los crímenes cometidos por activistas judíos de extrema derecha y que iban desde actos vandálicos hasta acciones con víctimas mortales como la de Duma.

La Intifada de los Cuchillos ponía de relieve el aislamiento internacional de Israel, condenado debido al uso excesivo de la fuerza y a negarse a negociar una solución de dos Estados por Estados Unidos y la Unión Europea, así como por el rey jordano Abdullah II, que en algún momento de especial tensión en el Monte del Templo había amenazado con una ruptura diplomática.[102] Es por esta razón que Netanyahu hizo algún gesto para desescalar —en una visita oficial de la Alta Representante para la Política Exterior europea, Federica Mogherini, aseguró estar «comprometido con la solución de dos Estados para dos pueblos»,[103] en noviembre incluso afirmó que estudiaba ceder el control civil de más zonas de Cisjordania a la ANP para demostrar que esta solución seguía viva—.[104] Sin embargo, no resultaba consecuente ni con las declaraciones de otros ministros —Tzipi Hotovely decía que su sueño era ver una bandera israelí ondeando en el Monte del Templo, Bennett proponía la anexión de toda la zona C de Cisjordania—[105] ni con el discurso público de Bibi, que en diciembre había afirmado que la Cueva de los Patriarcas de Hebrón sería israelí para siempre. En lo que se refiere a la vitalidad de la solución de dos Estados, basta con un dato: al terminar el año 2014 había 355.993 colonos en Cisjordania, sin contar Jerusalén Este.

Netanyahu era perfectamente consciente de que el rumbo que había adoptado se contraponía a los designios regionales de la administración Obama —aunque no necesariamente a los de una presidencia republicana— y de la Unión Europea, pero no compartía la alarma de amplios sectores del *establishment* por esta situación. El primer ministro seguía siendo un liberal en lo económico y un admirador de la democracia estadounidense, pero creía que la alineación con Irán y todas las derivadas que conllevaba en la región eran un error gravísimo, comparable con el apaciguamiento a Hitler de los años treinta. Israel no era una superpotencia con la fuerza suficiente para hacer cambiar la opinión del mundo libre, pero sí que tenía la capacidad de buscar nuevas alianzas, algunas circunstanciales e interesadas, otras con coincidencias de fondo más grandes con la realidad israelí. Explorar tal camino no solo le parecía imperativo después del JCPOA sino que, ante la dinámica crepuscular de Estados Unidos en la región y en un mundo de creciente multipolaridad, habría funcionado como una garantía de supervivencia incluso si la actitud de Obama en esta cuestión concreta hubiese sido diferente.

El primer movimiento de Netanyahu en esta línea lo hizo con Rusia. No parecía una elección obvia, pues los rusos estaban dando apoyo a Bashar Assad en la guerra civil siria y el régimen de Damasco era uno de los aliados más antiguos y fieles de Irán en la región. De hecho, en abril se había producido un choque diplomático cuando Putin había anunciado que vendería S-300 a Teherán y Bibi había amenazado con exportar armas a Ucrania.[106] Pero aunque aliados, rusos e iraníes tenían intereses distintos, Moscú quería estabilizar el régimen sirio para tener una base segura en el Mediterráneo desde la que confrontar la penetración de la OTAN en lo que consideraba su zona de influencia. Teherán quería un espacio de dominio chií con continuidad territorial desde su frontera hasta la hebrea, pasando por el Líbano, Siria e Iraq, con el fin de poder articular una resistencia capaz de erosionar la moral israelí y de ir minando progresivamente la estabilidad del país, una estrategia de «mil cortes con una hoja de papel».[107] Tanto Putin como Khamenei veían en Bashar Assad al hombre que podía hacer realidad sus designios, pero mientras la confrontación con el segundo era inevitable para Israel, el primero deseaba estabilidad y tranquilidad para sus tropas y eso era algo que Bibi estaba dispuesto a concederle. En septiembre, el presidente ruso visitó Israel y pactó una política de coordinación, por la cual Rusia no se opondría a los ataques aéreos hebreos en Siria, e Israel se comprometía a avisar con algunos minutos de antelación antes de realizarlos para asegurarse de que no hubiera ningún ruso en las zonas que iban a ser bombardeadas. Rusos e iraníes mantendrían una estrecha colaboración para que Assad ganase la guerra, pero en el conflicto paralelo entre Israel e Irán Moscú actuaría con una estricta neutralidad. Cuando el 24 de noviembre los turcos, frustrados por las sucesivas derrotas del bando suní en la guerra, abatieron un avión ruso, Netanyahu apoyó a Putin y acabó así de consolidar una entente que continuaría en los años siguientes.[108]

Habiendo estabilizado de ese modo el frente del norte, Israel emprendió en el verano de 2016 una campaña de seducción en África. Netanyahu viajó hasta Entebbe (Uganda) para un acto conmemorativo de la famosa operación donde cuarenta años antes había fallecido su hermano y fue calurosamente recibido por el presidente Yoweri Museveni. Asimismo, visitó Kenia, Ruanda y Etiopía, y se reunió también con los líderes de Zambia, Tanzania y Sudán del Sur. Era la primera gira de un primer ministro israelí en el continente desde 1987 y más allá de

los objetivos —la apertura de mercados y la fragua de vínculos diplomáticos— demostraba que la hostilidad a Israel que había ido de la mano del anticolonialismo en la segunda mitad del siglo XX estaba disipándose a marchas forzadas.

Y todavía había más, porque el 17 de agosto Turquía e Israel anunciaron una normalización de relaciones diplomáticas, a cambio del abono hebreo de veinte millones de dólares (unos 18,4 millones de euros) para un fondo humanitario que compensaría a las víctimas del *Mavi Marmara*.[109] Erdoğan se había resistido a hacer ese movimiento cuando Ankara y Jerusalén defendían al mismo bando en Siria, en buena parte porque calculaba que erigirse en valedor de la causa palestina le aportaba beneficios superiores. ¿Qué lo hacía cambiar de opinión ahora, después que Israel hubiese dejado de oponerse a la recuperación del control del país por Bashar Assad y hubiese dado apoyo público a Rusia en un choque armado con Turquía?

La respuesta ha de encontrarse en el hecho de que la estrategia turca de penetración en el mundo árabe a través del islamismo democrático patrocinado por Al Jazeera había sido un fracaso rotundo. El presidente Essebsi y las fuerzas seculares impedían a los islamistas controlar el poder en Túnez. El gobierno libio se había desintegrado en una guerra civil sectaria y viciosa que parecía no tener fin. Los Hermanos Musulmanes habían sido derrocados por un golpe militar en Egipto tras solo un año en el poder. En Siria la victoria había parecido al alcance de la mano, pero la contraofensiva rusoiraní lo había desbaratado definitivamente. Y en Yemen la confrontación civil, aún al rojo vivo, había evolucionado hacia una lucha entre las facciones prosaudíes y las proiraníes en la que Turquía ni pinchaba ni cortaba. En ese contexto, Erdoğan reorientó sus designios expansivos. En vez de buscar complicidades en el mundo árabe en una recreación de la estrategia otomana, las buscaría en el mundo túrquico, en las repúblicas exsoviéticas —Azerbaiyán, Kazajistán, Turkmenistán, Uzbekistán, Kirguistán—, que hablaban lenguas similares (en algunos casos mutuamente inteligibles con el turco) y que también eran de confesión musulmana.

La mayoría de esas repúblicas estaban gobernadas por la vieja élite comunista reconvertida y firmemente bajo la protección de Rusia. Atraerlas hacia el paraguas turco era quizá posible a través de la diplomacia y de la movilización de la opinión pública —la reconversión del Consejo Túrquico en la Organización de Estados Túrquicos en 2021 fue un paso en esa dirección—,[110] aunque previsiblemente acabaría acarreando un choque con Moscú, pero en el corto plazo la única vía de penetración eficaz era Azerbaiyán, que sostenía un conflicto atávico con Armenia por la posesión del Karabaj. Como los rusos apoyaban a Armenia y los azerbaiyanos tenían aspiraciones expansionistas en el norte de Irán, poblado por azeríes étnicos, desde los años noventa se había articulado una alianza Rusia-Armenia-Irán frente a la entente Azerbaiyán-Israel. La ambición de Erdoğan de ejercer de hermano mayor de los países túrquicos podía demostrarse con hechos si Ankara intervenía en dicho conflicto, y eso la ponía de lleno en el mismo bando que Jerusalén. Netanyahu, que veía la jugada y sabía también del interés turco por participar en los acuerdos gasísticos que Israel había suscrito con Chipre y Grecia en el Mediterráneo, se dejó querer y lo facilitó todo con la indemnización a los familiares de los integrantes de la flotilla.

Los éxitos sorprendentes que Bibi estaba consiguiendo en la diplomacia internacional generaban vértigo entre el *establishment* israelí que veía con preocupación el rumbo al que apuntaban y que se temía que las relaciones con personalidades autoritarias en el exterior irían

acompañadas de una involución democrática en el interior. Es verdad que había elementos que lo desmentían: el *likudnik* abiertamente homosexual Amir Ohana se convirtió en diputado pese a la oposición nada disimulada de los partidos ultraortodoxos que en los años siguientes tendrían que verlo también de ministro y de presidente de la Knéset, y en enero de 2016 se llegó a un acuerdo histórico por el que se creaba una sección de rezo en el Muro de las Lamentaciones para judíos conservadores y reformistas, con una extensión de un tercio del espacio total.[111] Sin embargo, este acuerdo terminó siendo descartado un año y medio después por la presión de los partidos ultraortodoxos,[112] y la crisis de gobierno de mayo de 2016 incrementó drásticamente los temores de involución.

Conviene explicar esta crisis con detenimiento. Moshe Yaalon había sido jefe del Estado Mayor entre 2002 y 2005, cuando Ariel Sharon decidió prescindir de sus servicios porque sabía que era hostil a la retirada de Gaza. Después de eso se había afiliado al Likud y había dado el salto a la política, sirviendo primero como ministro de Asuntos Estratégicos y desde 2013 como ministro de Defensa y mano derecha de Netanyahu en asuntos de seguridad. El 24 de marzo de 2016, hubo un atentado en el que el palestino Abdel Fattah al-Sharif apuñaló a un soldado israelí en Hebrón y lo hirió moderadamente antes de ser abatido. Cuando yacía herido en el suelo, otro soldado, Elor Azaria, se le acercó y lo remató de un tiro en la cabeza. B'Tselem, una asociación humanitaria dedicada a documentar violaciones de los derechos humanos en los Territorios, grabó toda la escena y Azaria fue detenido y acusado de asesinato. Rápidamente, Yaalon y Netanyahu condenaron el incidente, calificado por el ministro de Defensa de «muy grave» y «totalmente contrario a los valores del Tsahal y a nuestra moral de combate».[113]

Muy pronto, sin embargo, el incidente comenzó a ser interpretado de manera distinta entre los círculos de la derecha. Israel se encontraba en medio de la Intifada de los Cuchillos y Al-Sharif era un terrorista que había apuñalado a un soldado. Elor Azaria era un sargento de veinte años cuyo valor había sido reconocido en otras ocasiones. En su defensa argumentaba que había el riesgo de que el terrorista llevase un cinturón de explosivos y de que lo detonase mientras atendían al soldado herido. B'Tselem, la organización que había grabado el vídeo, era una ONG de izquierdas hostil. Lo que correspondía era cerrar filas y defender a un héroe como Azaria, que ponía en peligro su vida para salvar a israelíes, no encarcelarlo y comprar el relato de los terroristas y de las agrupaciones antiisraelíes. Se organizaron concentraciones de apoyo a la familia de Azaria e incluso conciertos y actos culturales con personalidades reconocidas de la derecha dura.[114]

Yaalon no cambió de posición ante esta campaña, pero Netanyahu sí. Una semana después, llamó por teléfono al padre de Azaria para darle ánimos ante la difícil situación que estaba viviendo, le dijo que él también tenía hijos en edad de hacer el servicio militar y que se encontraban con situaciones muy difíciles, y que haría por que el sistema fuese justo con Elor. Eso generó una crisis de confianza entre ambos que se agravó unas semanas después cuando el general Yair Golan, vicejefe del Estado Mayor, dijo en una ceremonia en conmemoración del Holocausto que veía paralelismos inquietantes entre la situación presente en Israel y lo que había pasado «en Europa, y particularmente en Alemania, hace setenta, ochenta y noventa años». El comentario armó una cantera enseguida, y Yaalon dijo que tenía «plena confianza» en Golan, lo cual conllevó una bronca con Netanyahu, que consideraba «inaceptables» las declaraciones.[115] De resultas de todo ello, Bibi anunció el 18 de mayo una reestructuración del gobierno por la que

Lieberman se sumaba a él como ministro de Defensa y Yaalon, destituido, dimitía de la Knéset y declaraba que Netanyahu y el Likud se habían radicalizado y eran un peligro para la democracia. Este mismo sentimiento lo compartía Ehud Barak, que tres años antes había abandonado la política con la tranquilidad de dejar el país en manos «fuertes, seguras y confiables», pero que ahora denunciaba que el Likud era un partido fascista porque una minoría se había aprovechado del sistema de primarias y lo había corroído por dentro, mientras Netanyahu lo aprobaba «quizá por debilidad o tal vez como una manifestación tardía de sus verdaderas convicciones».[116]

Fue en este contexto que, el 10 de julio de 2016, se filtró que el primer ministro estaba bajo investigación policial.[117] No sería hasta el año siguiente cuando se concretaron —también a base de filtraciones— las acusaciones que enfrentaba Bibi, las cuales tardaron aún dos años más en traducirse en una imputación formal. Sin embargo, que sus problemas legales comenzasen entonces generó rápidamente dos narrativas. Para la derecha, era un caso claro de *lawfare* de unas élites que no había podido parar a Netanyahu en las urnas ni frustrar sus éxitos internacionales, y que caían en la cuenta de que si no hacían algo para pararlo la clase de Estado que estaban acostumbradas a dominar se les derretiría como la cera antes que acabase la legislatura. Para la izquierda, era una prueba más de que Netanyahu se había vuelto demasiado poderoso y de que esta preponderancia se le había subido a la cabeza y estaba haciendo que perdiese la prudencia, el sentido de la responsabilidad e incluso la ética personal, en una evolución peligrosa que tenía un claro precedente en el segundo mandato de Menahem Begin y en la infausta guerra del Líbano que había dejado como herencia.

Los que se miraban con aprensión los cambios instituidos por Netanyahu y se temían que aquello podía comportar una ruptura entre Israel y Estados Unidos quedaron sorprendidos al comprobar, a lo largo de la campaña electoral norteamericana de 2016, que lejos de tal escenario lo que se producía era la traslación de las tesis de Bibi a la arena política estadounidense, donde resultaron finalmente ganadoras en lo que fue una grandísima sorpresa.

El catalizador de este movimiento inesperado y trascendente fue Donald Trump, un magnate inmobiliario neoyorquino que había tenido tratos con Bibi desde los años ochenta y que lo había apoyado en 2013 con un vídeo donde, con un estilo inequívocamente suyo, lo calificaba de «ganador, altamente respetado y querido por todos» y decía que no había «nadie como él», antes de animar a votar «por Benjamin, un tío formidable, un líder formidable, bueno para Israel».[118] Trump no había ocupado nunca antes un cargo electo y al principio nadie se lo tomó en serio, hasta el punto de que Netanyahu lo censuró después que, en la primera polémica importante que protagonizó, el magnate defendiese un cierre de Estados Unidos a la migración musulmana «hasta que los representantes de nuestro país puedan dilucidar qué leches está pasando».[119] Pero fue ganando impulso y ni las declaraciones heterodoxas en cuanto a política exterior —en marzo dijo que Japón y Corea del Sur deberían hacerse con armas nucleares y que a la larga Arabia Saudí también las tendría—[120] ni los comentarios despectivos sobre miembros respetados de la clase política o los escándalos de faldas parecían afectarlo. Ayudado por la impopularidad de la candidata rival y en unas elecciones, eso sí, muy reñidas, Donald Trump devino presidente electo el 8 de noviembre de 2016. En las semanas finales de mandato, Obama quiso expresar su rechazo a las políticas de Netanyahu con la Resolución 2334 del Consejo de

Seguridad de la ONU, que condenaba los asentamientos de Cisjordania, pero el primer ministro —y el mundo— estaba más pendiente de la orientación política que iba a tomar la nueva administración.

Había un ambiente de euforia en determinados círculos israelíes que pensaban que por primera vez en la historia el inquilino de la Casa Blanca los entendía y estaba dispuesto a defender las posiciones hebreas sin rodeos ni medias tintas. Muy pronto hubo indicios de que las cosas no irían por ese camino y de que la administración, pese a ser mucho más cercana a Israel que la anterior, buscaría mantener los consensos bipartidistas y actuaría dentro de los márgenes de lo que era la política habitual del Partido Republicano. El nominado de Trump para la secretaría de Defensa, Jim Mattis, dijo en su comparecencia de confirmación en el Senado que la capital de Israel para él era Tel Aviv.[121] Trump no invitó a Netanyahu a su inauguración a pesar de los rumores de que lo haría, y en febrero dijo que los asentamientos no ayudaban a la paz y que antes de tomar una decisión sobre el tema iraní quería hablar con todos los actores implicados.[122] (Eso último era un gran cambio respecto del discurso de campaña, cuando había prometido abandonar el JCPOA unilateralmente.) De hecho, Bibi anunció en marzo que limitaría provisionalmente la construcción en los asentamientos como gesto de deferencia hacia el presidente estadounidense, y el halcón Lieberman exigía en las mismas fechas que se callaran las voces que pedían una anexión de Cisjordania, pues esta conllevaría una crisis diplomática gravísima con Estados Unidos.

Netanyahu se esforzó por fraguar una buena relación personal con el inquilino de la Casa Blanca, hasta el punto de provocar una crisis diplomática con México al publicar un tuit el 28 de enero en que comparaba la propuesta del presidente de construir un muro en la frontera sur con la experiencia israelí y además lo hacía con un lenguaje típicamente trumpista: «El presidente Trump tiene razón. He construido un muro a lo largo de la frontera sur de Israel. Ha detenido toda la inmigración ilegal. Gran éxito. Gran idea».[123] Mas en paralelo buscaba construir lazos en otros lugares, incluyendo los movimientos euroescépticos del Viejo Continente —después del Brexit todo el mundo se los tomaba más en serio— y Rusia y China, países a los que se desplazó en sendas visitas oficiales en marzo de 2017.

En los meses siguientes, dicha dinámica se aceleró. En mayo, Trump visitó Israel y dijo que había una rara oportunidad de paz y de estabilidad. Cuando, unos días después, planteó ventas de armamento masivas a los saudíes en una clara indicación de un cambio de política, Netanyahu no se opuso a ello, y Lieberman fue más allá al decir que Israel estaba más cerca que nunca de un acuerdo con los palestinos «impulsado por Estados Unidos» y que incluiría «países árabes moderados».[124] En verano, el primer ministro indio, Narendra Modi, un dirigente nacionalista con un pasado hostil a la comunidad musulmana que había llegado al poder en 2014 desplazando al Partido del Congreso que había sido hegemónico en las décadas previas, también voló hasta Israel para una visita histórica de tres días que terminó con un paseo de Netanyahu y él por la playa Olga, al sur de Cesarea. «No hay nada como ir a la playa con amigos», tuiteaba Bibi con una foto de él y Modi mojándose los pies en el agua cálida de julio.[125] El líder indio fue igualmente efusivo en sus elogios al anfitrión, y quedó la sensación de que los nuevos vínculos podían alterar significativamente la tradicional política propalestina de Nueva Delhi.

Mientras Modi se paseaba por Israel y cerraba acuerdos comerciales en un clima de entendimiento y de química personal con Netanyahu, el hombre fuerte húngaro Viktor Orbán hizo un discurso en que honró a Miklós Horthy, el dictador colaboracionista que había apoyado a Hitler en la Segunda Guerra Mundial, como un estadista «que ha conseguido que el peso de la historia no nos haya enterrado». Su gobierno clarificó posteriormente que, como personaje histórico, Horthy tenía «grandes luces y grandes sombras», pero de todas maneras el incidente desencadenó condenas contra Orbán en toda Europa, y muy en particular entre la comunidad judía. Sin embargo, dos semanas después Netanyahu voló hasta Budapest para reunirse con él, consciente de que Hungría era un país crítico con las instituciones de la Unión Europea y de que Israel podía conseguir que usase su veto para evitar la adopción de declaraciones hostiles y de medidas de boicot económico contra la producción israelí de los territorios cisjordanos.[126]

Yair Netanyahu, el hijo del primer ministro conocido por sus exabruptos e incontinencia verbal,[127] lo resumía muy bien aquel agosto, al afirmar que los neonazis estaban desapareciendo y que el problema se situaba en la izquierda.[128] Aunque lo expresase con unos términos menos escandalosos, Bibi compartía que el gran obstáculo para Israel eran las Naciones Unidas, la burocracia de Bruselas y los grupos y organizaciones de izquierdas que allí y en Estados Unidos se emperraban en financiar la ANP y en cerrar los ojos ante las actividades desestabilizadoras de Irán y sus *proxies*. Sus iniciativas diplomáticas habían ido destinadas a confrontar esto con una apertura exitosa a países emergentes —China, y sobre todo India— y con un alineamiento con Rusia que evitaba choques y garantizaba que esta potencia tradicionalmente hostil a Israel no sería un estorbo en el futuro inmediato. Ahora que además de todo esto tenía una administración amiga en Washington, se abría la oportunidad de cuadrar el círculo con una alianza con Arabia Saudí (y, por extensión, con el grueso del mundo suní) para confrontar a Irán y neutralizar la amenaza existencial de una vez por todas. Más todavía, tras la normalización de las relaciones con Riad podía llegarse al encaje definitivo de Israel en la región y en el mundo, la piedra de toque que haría que nunca más hubiese Estados que se propusieran borrar Israel del mapa.

Un aspecto clave de toda esta operación era que los saudíes quedaran convencidos de que los Estados Unidos de Trump abandonaban toda veleidad de entenderse con Teherán y que, aunque no intervendrían directamente en una guerra en Oriente Medio porque las prioridades de la administración eran mucho más aislacionistas de lo que lo habían sido con Bush hijo, sí que proporcionarían toda la cobertura diplomática necesaria para que Israel ejerciese este papel. Para que tal cosa fuera creíble, hacía falta que Washington abandonase el JCPOA. Trump había prometido que lo haría, pero mucha gente dentro de su propia administración la juzgaba una decisión demasiado extrema, ya que implicaba la ruptura de un compromiso solemne del tipo que el mundo suele interpretar como una política a largo plazo de Estados Unidos, y al hacerlo abría la puerta a una pérdida de credibilidad y a la erosión de lo que quedaba del consenso bipartidista en política exterior. La presión para evitarlo se extendía también a las cancillerías europeas, que intentaban asimismo disuadir al presidente de hacer realidad otra promesa polémica de campaña: el traslado de la embajada a Jerusalén.

Ambas medidas estaban relacionadas, en la medida en que reflejaban el grado de determinación de Trump de cumplir su palabra y de cargarse los consensos del *establishment* en beneficio de su propio programa político. En octubre de 2017, el presidente pidió que el JCPOA se enmendara y advirtió de que en caso contrario Estados Unidos se retiraría de él.[129] Tres

semanas después, el primer ministro libanés, Saad Hariri, un protegido de Arabia Saudí, dimitía por órdenes de Riad, en una muestra de que el príncipe heredero Mohammad bin Salman estaba decidido a romper con la apariencia de unidad en Beirut y a enfrentarse a Hezbolá —ergo, a Irán —, jugándose el todo por el todo.[130] En diciembre —pese a las advertencias sobre un estallido de violencia y las súplicas para evitarlo de Abdullah II, Macron y Erdoğan—, Donald Trump anunciaba el traslado de la embajada estadounidense a Jerusalén y la situación sobre el terreno desmentía a todos los Jeremías al mantenerse conspicuamente calma; en los meses siguientes, Honduras, Paraguay y Guatemala siguieron los pasos de Estados Unidos. (Los saudíes, deseosos de comprobar si el *crescendo* de la opereta llegaba hasta el do de pecho, hicieron todo y más para que la sangre no llegase al río.) A la postre, después de que en marzo de 2018 una remodelación del gobierno norteamericano sustituyese a los perfiles moderados de Exteriores y Seguridad Nacional en beneficio de halcones intervencionistas, el 8 de mayo Trump anunció que Estados Unidos se retiraba inmediatamente del acuerdo nuclear con Irán.[131] Él mismo indicó que lo había ayudado a decidirse la conferencia que Netanyahu había hecho una semana antes, en la que exponía a partir de centenares de documentos confidenciales robados a Irán en una operación secreta del Mossad las finalidades inequívocamente militares del programa nuclear que desarrollaba el país.[132]

Finalmente, Netanyahu tenía todos los ingredientes encima de la mesa para preparar el postre con el que soñaba desde hacía años. Era consciente, sin embargo, de que además de a las izquierdas y a las burocracias occidentales de fuera del país se enfrentaba a un enemigo adicional. En su cosmovisión tenía claro que debía neutralizar también a la élite secular y asquenazí que ocupaba los lugares clave del sistema institucional israelí como reminiscencia de las décadas de hegemonía socialista que habían levantado Israel. Dicha élite era partidaria de un gobierno grande que controlase la economía y proporcionase servicios sociales a la europea, de una plena integración de los patrones culturales israelíes al modelo occidental, de una solución de dos Estados y de un código ético para la policía y el ejército que pusiera el país al frente de las reinvindicaciones humanitarias. Las liberalizaciones, el auge de nacionalreligiosos y ultraortodoxos, el conservadurismo cultural y la mano dura frente a los desafíos árabes eran tendencias oscurantistas que en el pasado se habían tratado de limitar mediante la prensa, los asesores legales, los diputados moderados de la Knéset y las sentencias judiciales, en espera de que las elecciones siguientes proporcionasen un resultado más favorable. Pero las cosas eran distintas esta vez. Netanyahu era demasiado fuerte, había ido demasiado lejos y tenía una coalición demasiado sólida dentro de casa y aliados demasiado poderosos en el extranjero. Lo que se avecinaba era una lucha a muerte, de resultado bien incierto, por el control de la situación.

12

Crisis política y fractura social (2018-2023)

MUCHAS ELECCIONES, POCA DEMOCRACIA

La tensión interna en Israel se había manifestado ya con una intensidad desconocida en la campaña electoral de 2015, la cual había girado bastante en torno a la personalidad de Benjamin Netanyahu. A lo largo de la legislatura tal crispación fue a más, estimulada porque el gobierno tenía la percepción de que afrontaba una resistencia desleal de los sectores opositores parapetados en determinadas instituciones del Estado, y estos sectores veían en la voluntad ejecutiva de limitarlos una deriva autoritaria que comparaban con los acontecimientos contemporáneos de Polonia, Hungría o Turquía. Los campos de batalla abarcaban terrenos tan variopintos como la enseñanza —el ministro de Educación Bennett propuso en junio de 2017 limitar las opiniones políticas en las escuelas, los institutos y las universidades para proteger a los estudiantes de la élite de izquierdas—,[1] la religión —la presión ultraortodoxa llevó a la rescisión del compromiso sobre el Muro de las Lamentaciones en medio de filtraciones, negadas por él, de que Bibi había dicho que el judaísmo reformista se extinguiría en dos generaciones— o las actitudes para con las minorías sexuales —el gobierno rechazó en julio las adopciones homosexuales porque «en el estado actual de la sociedad israelí representan una carga adicional para los críos», aunque el primer ministro se mostraba favorable a ellas en abstracto—.[2] Ante este malestar, algunos comenzaron a alentar actitudes de boicot, como la decisión de la actriz Natalie Portman de no desplazarse a Israel a recoger el prestigioso Premio Genesis (el «Nobel judío») como protesta explícita contra el rumbo del gobierno.[3]

Una derivada importante de esa tensión era el creciente conflicto entre el ejecutivo y la judicatura. En aquel momento aún no se centraba en los incipientes casos de corrupción contra Netanyahu, por más que una parte de la derecha ya los atruyera abiertamente al *lawfare*, sino a las sentencias que la Corte Suprema emitía sobre asuntos que generaban división dentro de la coalición de gobierno. Así, los tribunales tumbaron la nueva ley que eximía a los ultraortodoxos del servicio militar por la misma razón de discriminación que los había llevado a hacer lo mismo con la Ley Tal original, y el ministro de Defensa Lieberman les dio la razón y dijo que había que reclutarlos.[4] La crisis de gobierno se salvó porque la misma judicatura ofrecía un año para que el ejecutivo presentara una alternativa y Netanyahu decidió agotar este plazo con el fin de que el asunto pudiese discutirse con calma, pero claramente el primer ministro veía en el episodio una injerencia maliciosa con el objetivo de complicarle la gobernabilidad.

La disputa sobre el reclutamiento ultraortodoxo del año 2017 puede parecer anecdótica, pero refleja un fenómeno más importante que acontecía lejos de las cámaras: la distancia insalvable que estaba abriéndose entre Netanyahu y muchos de los hombres fuertes de la

derecha. Bibi había sido elegido líder del Likud en 1993 y había hegemonizado este espacio político desde entonces, con el único paréntesis de los años de Sharon. Era la figura más relevante y popular de ese movimiento (también la más controvertida) y contaba con una adhesión personal de los ultraortodoxos que hacía que el resto de los aspirantes de dentro (Gideon Saar, Yuli Edelstein, Gilad Erdan, Yisrael Katz) y fuera (Avigdor Lieberman, Naftalí Bennett, Moshe Kahlon) del Likud no tuvieran opciones. Había un resentimiento latente por la percepción de que Netanyahu, como el dios Saturno, se comía a sus hijos, en el sentido de que no dejaba que nadie en el Likud destacase y de que conspiraba para relegar a cualquier figura que ganaba popularidad y podía hacerle sombra. También había una incomodidad entre algunos sectores de la derecha, de tradición más liberal, que pensaban que los cambios que estaba haciendo Netanyahu eran precipitados y podían tener consecuencias negativas a largo plazo. Y la subordinación a los ultraortodoxos también molestaba, ya fuese porque el incremento demográfico de la comunidad sin integración al ejército ni al mercado laboral se veía como una amenaza a la larga para la economía israelí o por la razón más práctica e inmediata de que ofrecían una protección ilimitada al primer ministro: al disponer de la quincena de diputados *jaredim* a su lado, siempre estaría mejor posicionado para formar gobierno que cualquier posible rival de la derecha.

Lieberman, Bennett y Kahlon habían sido *likudniks* con una relación muy estrecha con Bibi que habían acabado fundando partidos sectoriales después de una ruptura personal con el primer ministro. Moshe Yaalon había sido destituido de malos modos y había prometido enfrentarse a Netanyahu porque se había convertido en una amenaza para la democracia. El Israel Beitenu estaba asumiendo posiciones cada vez más hostiles a la «dominación ultraortodoxa» del gobierno. Y algunas de las vacas sagradas del Likud, como Gideon Saar o el mismo presidente de Israel, Reuven Rivlin, no disimulaban el rechazo personal que les generaba Netanyahu. Todos estos problemas giraban en torno a los tres ejes que indicábamos arriba; en algunos casos por una sola de las razones y en otros por una combinación, había cada vez más actores políticos que pensaban que si el primer ministro abandonaba la política las cosas irían mucho mejor. La militancia de base adoraba a Bibi y era generalmente inmune a este estado de ánimo que muy pronto comenzaría a comprometer seriamente la gobernabilidad del país.

En paralelo, la «gestión del conflicto» en los territorios palestinos seguía dando quebraderos de cabeza a las autoridades israelíes. El 14 de julio de 2017, tres milicianos del Movimiento Islámico asesinaron a tiros a dos policías hebreos en el Monte del Templo. Para evitar la repetición de semejante episodio, el gobierno israelí puso detectores metálicos, pero la medida se entendió como una humillación y una alteración del *statu quo* que desencadenó disturbios masivos. Después de dos semanas de protestas que dejaron once muertos y 113 heridos, Israel claudicó y aceptó retirar los detectores y las cámaras de vigilancia que había instalado en la zona.[5] Más allá de demostrar una vez más cómo las consignas religiosas —Al-Aqsa— tenían mucho más impacto que las nacionales entre el público palestino, el episodio ilustraba que el problema no estaba resuelto y generaba mala imagen internacional. La Unión Europea pedía una solución de dos Estados, el flanco derecho de la coalición apostaba por la anexión de Cisjordania y la mano dura, y la izquierda israelí denunciaba que Netanyahu estaba imponiendo calladamente una solución de un Estado y que se trataba de una emergencia ante la cual había que actuar inmediatamente. Una situación similar se vivió en abril de 2018 cuando Hamás organizó

«Marchas del Retorno» en las que los habitantes de Gaza intentaban asaltar la valla fronteriza desarmados y entrar en Israel; Jerusalén respondió con antidisturbios y, en última instancia, con fuego real, y contuvo la infiltración al precio de 15 víctimas mortales.[6] Después de este episodio desapareció el margen de seguridad de algunos centenares de metros y los palestinos de Gaza tuvieron libre acceso hasta la misma valla fronteriza, lo cual conduciría a infaustas consecuencias cinco años después.

Netanyahu tenía una hoja de ruta que pasaba por normalizar las relaciones con el mundo árabe y que este «mundo árabe» se hiciese cargo del problema palestino y neutralizase a Hamás y a la ANP, si hacía falta con ayuda israelí disimulada. ¿Cómo? El primer ministro sabía perfectamente que los islamistas dominaban Gaza de cabo a cabo y que tenían túneles e infraestructuras de combate completamente mezcladas con la población civil, de modo que cualquier intento de desarmarlos generaría una cantidad de bajas desorbitada. Sin embargo, se daba cuenta también de que el conflicto civil sirio había dejado más de medio millón de muertos que incluían horribles masacres de civiles indefensos, de la misma manera que la crisis yemení acumulaba más de trescientos mil fallecidos sin que nadie se llevase las manos a la cabeza. Asimismo, en la Meca había detectores metálicos para prevenir atentados y no generaban aspaviento ninguno. Desde la perspectiva del primer ministro, ello demostraba que el problema no eran ni los métodos israelíes ni el número de bajas, sino el antisemitismo que resurgía e inflamaba el mundo arabomusulmán con cada ronda de conflicto y que se desactivaría si sus esperanzas de acuerdo daban fruto. Ahora bien, la potencia del rechazo a Israel en las calles era justamente lo que disuadía a los Estados suníes de consumar tal acercamiento, razón por la cual convenía que Israel mantuviese un perfil relativamente bajo e intentase evitar una escalada del conflicto. Negociar con Mahmud Abbas, que en mayo de 2018 había vuelto a afirmar que el antisemitismo europeo no venía por la religión sino por las profesiones de los judíos y que nazis y sionistas habían sido aliados,[7] era darle legitimidad y reforzarlo. Anexionar Cisjordania o conceder derechos de rezo a los judíos en el Monte del Templo era inflamar el conflicto y ponerle las cosas difíciles a Arabia Saudí. Lo que convenía era apretar los dientes, evitar que los incidentes desencadenasen grandes espirales de violencia, y esperar hasta el día después del acuerdo.

Pero el acuerdo, es decir, la normalización de relaciones, no llegaba. Los escépticos se temían que no llegaría nunca y que Netanyahu, al distanciarse del grueso del pensamiento occidental, había terminado con el apoyo a Israel en Bruselas y lo había convertido en partidista en Washington sin conseguir ganancias tangibles en otros ámbitos. Quizá Trump había trasladado la embajada y había abandonado el JCPOA, pero después de anunciar que quería irse de Siria en abril de 2018 parecía claro que sus instintos aislacionistas pasaban por encima de la defensa de Israel en la región, y era previsible que Irán tomase buena nota de ello. Turquía había retomado las relaciones diplomáticas, pero era un arreglo frágil y sometido a chantajes: cuando en septiembre de 2017 los kurdos iraquíes organizaron un referéndum de independencia, Erdoğan advirtió a Israel de que rompería relaciones si este reconocía su resultado favorable.[8] La proximidad con Polonia y Hungría no había cambiado significativamente las posiciones de la Unión Europea, pero en cambio escandalizaba a las juderías internacionales que veían en la reinterpretación del Holocausto del gobierno de Mateusz Morawiecki una prueba de la naturaleza ultraderechista de las autoridades de Varsovia. Narendra Modi se había abrazado y fotografiado

con Bibi en las playas de Cesarea, pero el patrón de voto indio en las Naciones Unidas en cuestiones que afectaban al Estado judío era poco más o menos el mismo. En cambio, otros países se alejaban de Jerusalén por esta razón —el presidente colombiano, Juan Manuel Santos, reconoció Palestina en agosto de 2018, justo antes de dejar el cargo—[9] y mientras la joya de la corona, Arabia Saudí, continuaba sin mover ficha, Israel sí que pagaba un precio en prestigio internacional por defender a Bin Salmán ante la crisis abierta por el asesinato de Jamal Khashoggi.[10]

Netanyahu había conseguido navegar las tensiones del Monte del Templo de Jerusalén, pero en noviembre de 2018 los acontecimientos en Gaza se le descontrolaron. El día 11, un equipo de operaciones especiales israelí entró en la Franja por uno de los puntos de acceso oficiales. Llevaban documentación falsa que los acreditaba como residentes locales, dos de ellos iban disfrazados de mujer, y probablemente pretendían conseguir información sobre las actividades de Hamás. Pasaron los controles, pero más tarde en aquel mismo día, cuando estaban en pleno Jan Yunis, alguien sospechó. Unos oficiales de Hamás los interrogaron e, insatisfechos con las respuestas, decidieron encarcelarlos. Entonces el comando, viéndose descubierto, abrió fuego, y siete milicianos islamistas resultaron muertos, así como uno de los integrantes del equipo israelí. Rápidamente, Israel facilitó apoyo aéreo y artillero para sacar a sus hombres de allí. Hamás y el Yihad Islámico respondieron con un lanzamiento masivo de cohetes contra Israel que se prolongó durante dos días y al que el Tsahal respondió con ataques aéreos. Tanto Netanyahu como Abbas interrumpieron las visitas oficiales que estaban haciendo (uno estaba en Francia, el otro en Kuwait) y pareció que las cosas iban derechas hacia una nueva guerra en Gaza. Hamás, sin embargo, hizo llegar a Egipto, la ONU, Noruega y Suiza una oferta de alto el fuego, y Bibi la aceptó enseguida. Que lo hiciera a pesar de la oposición del ministro de Defensa Lieberman comportó la dimisión y salida del gobierno de este.[11] La coalición quedó entonces con la mayoría mínima de 61 diputados y esto, cuando quedaban pocos meses de legislatura y todos los partidos querían mostrar contundencia y éxitos a su electorado, era insostenible. El 24 de diciembre, se anunció la disolución de la Knéset y la convocatoria de nuevos comicios para el 9 de abril de 2019.[12]

Hay tres características de la campaña electoral subsiguiente que conviene destacar. En primer lugar, la oposición organizó de nuevo una coalición fuerte que ahora se situaba más a la derecha que en la anterior elección, ya que en lugar de los laboristas y de Livni la conformaba el partido Yesh Atid, de Yair Lapid, y los nuevos partidos de los exjefes del Estado Mayor Benny Gantz y Moshe Yaalon. Si en 2015 el discurso opositor había sido de negociaciones con los palestinos, ahora este tema se omitía y el mensaje principal era el riesgo de que Israel acabase engullido por un modelo iliberal o teocrático. En ambos casos había una coincidencia: el enemigo a batir era Benjamin Netanyahu.

Ello nos lleva al segundo gran tema de campaña, los escándalos de corrupción del primer ministro. El 6 de enero de 2019, con las elecciones ya convocadas, fuentes próximas a Avichai Mandelblit filtraron que este decidiría en febrero si las pruebas aportadas por la policía justificaban imputar a Bibi. Y, efectivamente, el 27 de febrero Mandelblit lo imputó, a pesar de las críticas de Netanyahu, que consideraba inconcebible que el movimiento llegase en medio de una campaña electoral y que pedía un debate televisado con sus acusadores.[13] La imputación contenía tres acusaciones distintas:

1. Que los regalos por valor de casi 185.000 euros (básicamente cigarros y champán) que le había hecho el empresario israelí Arnon Milchan habían sido un soborno a cambio de que Netanyahu presionara a Estados Unidos para que le concedieran un visado de larga duración.
2. Que había intentado pactar con el propietario del diario *Yediot Ajronot* una mejora de la cobertura periodística que recibía allí el primer ministro, la cual era muy crítica, a cambio de tolerar la prohibición de los periódicos gratuitos que laboristas, Lapid y Livni habían llevado a la Knéset y que había precipitado la convocatoria de elecciones en 2015.
3. Que había prometido un cambio de regulación favorable al gigante de telecomunicaciones Bezeq a cambio de que el portal de noticias digital Walla, que gestionaba la compañía, fuese más favorable a Netanyahu.

El tercer elemento importante fue la política internacional. Netanyahu se preciaba de sus contactos e influencia en las cancillerías de todo el mundo, y en plena campaña se desplazó a Moscú —por duodécima vez desde que en 2015 se había implementado la entente rusoisraelí en Siria—[14] y consiguió que Trump reconociera oficialmente la soberanía israelí de los Altos del Golán capturados en 1967.[15] (La oposición hubo de conformarse con una recepción de Yair Lapid en el Elíseo, donde fue calurosamente acogido por Emmanuel Macron.)[16] Como pese a todo se daba cuenta de la atracción electoral de una coalición opositora que se presentaba como una alianza de centroderecha con el voto táctico de la izquierda deseosa de sacar a Netanyahu del poder, el primer ministro también se desplazó más hacia la derecha y prometió que la «gestión del conflicto» se terminaría y daría paso a una anexión de las áreas de mayoría judía de Cisjordania, lo cual acabaría para siempre con la posibilidad de un Estado palestino. No era algo que quisiera o que tuviese intenciones de hacer, pero era consciente de que al prometerlo ligaba el destino de los nacionalreligiosos (además de los ultraortodoxos que ya tenía en el bolsillo) al de su propia persona.

Llegada la hora del escrutinio, lo que había era un empate entre el Likud de Netanyahu (26,5% del voto, 35 diputados) y el Kachol Lavan (Azul y Blanco)[17] de Gantz y Lapid (26,1% del voto, 35 diputados). A mucha distancia —reflejo también de la polarización— venían los partidos ultraortodoxos Shas y Yahadut HaTorah, con 8 escaños cada uno, y detrás venían otras fuerzas árabes y de la izquierda israelí que sumadas reunían 20 diputados más. El Israel Beitenu de Lieberman quedaba reducido a un 4% de los votos y 5 escaños (muy lejos quedaban los tiempos en que había aspirado a desplazar al Likud como primera fuerza de la derecha) y el Kulanu de Kahlon, que había representado a la derecha moderada en los pasados comicios, perdía más de la mitad del apoyo y quedaba reducido a 4 diputados, lo que era bien comprensible si se tiene en cuenta que Gantz y Lapid eran el voto útil de dicho espacio político.[18]

Es ante unos resultados como estos que se ve la trascendencia de los movimientos tácticos que Netanyahu había hecho en los años anteriores en clave de política interna. Como las grandes fuerzas estaban empatadas y ambas representaban un ideario político de centroderecha, en teoría las dos tenían opciones de formar gobierno. Pero en la práctica Netanyahu no podía perder. Los 15 diputados ultraortodoxos que antaño se habían vendido al mejor postor estaban ahora firmemente de su lado, y la promesa de anexionar Cisjordania generaba el mismo efecto sobre los 5 diputados nacionalreligiosos de Rafi Peretz (Bennett y Shaked, que se habían escindido

para apelar al votante que se situaba a la derecha de Netanyahu pero a la izquierda de Peretz, se habían encontrado con que les faltaba parroquia y para su sorpresa no habían cruzado el umbral electoral). Eso significaba que Bibi no tenía 35 diputados leales sino 56. Erigir una mayoría alternativa implicaría recurrir a la izquierda israelí y también a las listas árabes, y eso era inconcebible para los sectores de centroderecha del *establishment* que conformaban el Kachol Lavan de Gantz. Por esta razón todos los analistas dieron por hecho en la noche electoral que Netanyahu había ganado.

Se equivocaban, ya que aunque Bibi no podía perder, tampoco podría formar gobierno. Lieberman decidió que no le facilitaría sus diputados para la investidura y que prefería volver a las urnas. El argumento que usó fue el del reclutamiento ultraortodoxo, aunque la razón que había dado para dimitir unos meses antes había sido el alto el fuego de Gaza y en el futuro daría otros motivos. La cuestión de fondo era que no quería que Netanyahu siguiera en el poder. Lo veía una figura demasiado dominante y llena de arrogancia, con la que ni se entendía personalmente ni podía conseguir éxitos en el gobierno que el primer ministro no se atribuyera sistemáticamente. Se daba cuenta también de que el pacto con los ultraortodoxos implicaba decir amén a la legislación que propusieran, lo cual a menudo atentaba contra los intereses de los inmigrantes rusos laicos (muchos de ellos ni siquiera judíos de acuerdo con la ley religiosa) que formaban el núcleo duro de votantes de Lieberman y que se encontraban con grandes impedimentos a la hora de casarse o de ser enterrados. Durante mucho tiempo, la ambición de convertirse un día en el líder de la derecha y sucesor de Netanyahu lo habían hecho tragar, pero ahora que se daba cuenta de que su partido no pasaría de ser un apéndice sectorial había perdido también este aliciente. La Knéset volvió a disolverse sin haber elegido gobierno, y la repetición electoral se fijó para el 17 de septiembre. Entre tanto Bibi, que el 21 de julio batió el récord de David Ben-Gurion al convertirse en el primer ministro con más tiempo al frente de Israel de la historia del país, continuaba ejerciendo de jefe del Gobierno en funciones.

La campaña electoral fue muy similar a la anterior. La oposición hablaba de la corrupción y de la deriva antiliberal y prometía un gobierno más centrado que buscaría consensos y que frenaría la crispación. Netanyahu se presentaba como un estadista capaz de transformar la posición de Israel en el mundo, y las grandes pancartas propagandísticas lo mostraban encajando las manos con Trump o Putin, con el lema *Liga Acheret* (En otra liga). La derecha se comprometía a mantenerse leal a Bibi y a anexionar Cisjordania, la izquierda insistía en que un pacto con el primer ministro era imposible y en que apoyaría a Gantz. (Amir Peretz, de nuevo líder laborista, se afeitó su característico bigote para recalcar que no pactaría con Netanyahu, y que todos los posibles votantes lo recordasen cada vez que lo vieran.)[19]

Si la campaña había sido parecida, los resultados lo fueron aún más. La suma del Likud y de los partidos nacionalreligiosos y ultraortodoxos constituía una formidable minoría de bloqueo. Los partidos que se oponían a la continuidad de Netanyahu reunían una mayoría ajustada, pero la conformación de una coalición que fuese desde el revisionismo hostil a Bibi hasta las listas árabes pasando por los partidos de izquierdas parecía desaforada. Hubo contactos tentativos para intentar un acuerdo de unidad entre el Likud y el Kachol Lavan, pero la confianza era nula y la oposición, que había puesto el acento durante toda la campaña en la negativa a gobernar con Netanyahu, no se atrevió a dar marcha atrás. La esperanza de que el primer ministro diese un paso atrás y dejase que otro *likudnik* formara gobierno también se demostró vana. El 11 de

diciembre, la Knéset volvió a disolverse y el escenario inédito de una nueva repetición electoral se concretó para el 2 de marzo de 2020.[20] En menos de un año, los israelíes habían vivido tres convocatorias electorales consecutivas.

Cuando estaba agotándose el plazo y se veía que Israel enfilaba el camino inédito de una nueva repetición, el diputado del Likud Gideon Saar había pedido unas primarias inmediatas porque «la triste verdad es que el primer ministro, que tanto afecto despierta entre todos nosotros, no puede formar gobierno»,[21] mientras que si él era el escogido sí que podría hacerlo. De afecto, Saar le tenía muy poco, pero de ganas de desplazarlo al frente del principal partido de la derecha tenía para dar y tomar. Netanyahu aceptó el reto y organizó primarias, pero solo cuando las elecciones ya se habían convocado. Las encuestas mostraban que era la figura más popular entre la derecha y quien sacaría mejores resultados como jefe de lista, aunque Saar señalaba que eso serviría de muy poco si, como indicaban los mismos sondeos, se mantenía el bloqueo. No fue un argumento convincente en unas bases donde la adhesión a Netanyahu era total. El 26 de diciembre, Bibi ganó contundentemente las primarias con un 72,5% de los votos y el debate sobre el jefe de lista quedó conspicuamente cerrado.[22]

El ciclo sin fin de campañas electorales y comicios había dejado en un segundo plano las cuestiones geopolíticas que habían condicionado la agenda israelí en los años anteriores. Donald Trump, que había prometido desde el principio de la legislatura un plan de paz para israelíes y palestinos del que se encargaba su yerno Jared Kushner, también había pospuesto el anuncio de la propuesta hasta que hubiera un gobierno investido en Jerusalén. Los debates sobre la anexión de Cisjordania —concretamente, del área C que en Oslo había quedado bajo control civil y militar israelí y que comprendía el 60% del territorio y todos los asentamientos— también esperaban su concreción para después de la conformación de un gobierno. Sin embargo, viendo que la inestabilidad no tenía visos de resolverse y que no había garantía alguna de que no se iría a una cuarta repetición electoral —una viñeta de *The Jerusalem Post* dibujaba a Netanyahu diciendo que no entendía por qué lo llamaban dictador, si era tan demócrata que ahora convocaba comicios cada seis meses— los planes para definir el futuro de Cisjordania comenzaron a ponerse sobre la mesa pese a la ausencia de un gobierno investido.

El primero en mover ficha fue Benny Gantz, que el 21 de enero, en un intento de atraerse a los nacionalreligiosos hacia su bando y de alterar así la endiablada correlación de fuerzas, dijo que si ganaba las elecciones se anexionaría el valle del Jordán… pero que lo haría (a fin de cuentas también tenía que contentar a su parroquia de izquierdas) en coordinación con la comunidad internacional.[23] Cuando Netanyahu lo animó a hacerlo inmeditamente y por vía de urgencia, Gantz le dio largas.

El propósito de hacerlo de común acuerdo con la comunidad internacional fue ridiculizado por algunos comentaristas, pero con la publicación del plan de paz de Trump en la semana siguiente se vio que sí que había la oportunidad de hacerlo con la bendición estadounidense, ya que el mapa de Jared Kushner asignaba a Israel el grueso del área C y compensaba este territorio a los palestinos con dos extensiones de terreno equivalentes —una para crear una gran zona industrial y tecnológica; la otra, agrícola y residencial— que se situarían en el sur de Gaza siguiendo la frontera con Egipto y la península del Sinaí. Kushner dijo que la aplicación del plan debería acontecer después de los comicios y el embajador estadounidense en Israel, David Friedman, afirmaba que no veía inconveniente en la anexión hebrea de los Territorios que debían

quedar en sus manos de acuerdo con el proyecto de Estados Unidos, es decir, el grueso del área C.[24] Netanyahu no tenía interés en implementar una visión que invalidaría el Estado palestino a la vez que torpedearía sus designios con los saudíes,[25] pero en el corto plazo darle su apoyo permitía generar una ola de entusiasmo entre los nacionalistas judíos que contagiaba también a electores más moderados y que lo empujaba hacia arriba en las encuestas. Aunque de un modo distinto a como se lo había planteado, todo el mundo podía percibir que su diplomacia heterodoxa estaba cundiendo, y no sería él quien justo antes de unas elecciones fuera a desmentirlos y a aguar la fiesta.

UNA PAZ INESPERADA

El plan de paz de Trump encendió las alarmas en Arabia Saudí. Riad se sentía en general cómoda con una administración que hacía la vista gorda ante la vulneración de derechos humanos y que había abandonado la política filochií de su antecesor en beneficio de una entente comercial y diplomática plena que no se había interrumpido ni siquiera con el escándalo del asesinato de Jamal Khashoggi. Washington también había cumplido la promesa de salir del JCPOA, pero el presidente estadounidense era taxativo cuando decía que no quería una guerra y que la confrontación con Irán era un problema de los saudíes y de los israelíes, a los cuales él podía prestar toda la cobertura diplomática que fuese menester, pero no soldados sobre el terreno.

Netanyahu estaba satisfecho con esta manera de enfocar el problema, que lo convertía en imprescindible y daba un poderoso incentivo a los saudíes para acercársele. Sin embargo, Riad vacilaba a la hora de dar un paso de tal trascendencia. La *raison d'être* de la monarquía saudí era el rol de guardiana de las dos ciudades santas del islam, la Meca y Medina, protectora de los millones de peregrinos que cada año acudían a dar siete vueltas a la Kaaba. Israel siempre había sido visto como un cuerpo extraño en Oriente Medio, una imposición de los europeos, una recreación de los reinos cruzados de la Edad Media, una dolorosa daga clavada en el corazón del islam. Esta idea, tantas veces repetida, también había hecho que los sentimientos de la opinión pública sobre el asunto estuviesen a flor de piel. Los saudíes no eran demócratas y no tenían mucho en cuenta lo que pensaba su gente a la hora de tomar decisiones, pero antes de nadar a contracorriente en un tema tan visceral se lo pensaban dos veces. El presidente egipcio Anwar el-Sadat había sido asesinado tras suscribir los Acuerdos de Camp David, y apenas hacía una década que una ola revolucionaria que corría desde Argelia hasta el Yemen se había llevado por delante a media docena de líderes árabes.

Es verdad que la preocupación saudí siempre había sido religiosa en lugar de nacionalista, como es lógico si se toman en consideración las raíces en las que legitimaban el Estado. Y es cierto también que en un escenario de insurgencias cada vez mejor armadas y de un Irán que claramente disputaba su primacía, crecían las precupaciones de las autoridades de Riad por la estabilidad. Los acuerdos de paz de Camp David de 1978, y más adelante el tratado con Jordania de 1994, habían puesto encima de la mesa la idea de que la reparación histórica que merecían los árabes después de los agravios que habían llevado a la independencia de Israel podía darse por cerrada con una vuelta a la situación anterior a 1967, sin que hiciera falta, por lo tanto, remontarse a 1948 y destruir el Estado judío. Sobre esta base de «paz a cambio de territorios» se

habían edificado los acuerdos de paz con El Cairo y Amán, y Arabia Saudí se había comprometido explícitamente con su principio subyacente en la Iniciativa de Paz Árabe de 2002, en que planteaba un Estado palestino en Gaza y Cisjordania, es decir, en las fronteras anteriores a la guerra de los Seis Días.

La interpretación que hacían los saudíes era que si esta posibilidad no se había consumado era porque los palestinos, convencidos por los iraníes de que la destrucción de Israel era factible, no habían querido firmar en 2000 en Camp David y habían boicoteado también las iniciativas unilaterales de Sharon y Olmert que en los años siguientes hubieran podido llevar hasta la misma situación. Ello abría la puerta a que confrontaran a la ANP y Hamás con una normalización con Israel que conllevaba riesgos pero también ventajas, decisión que no habían tomado del todo. En cualquier caso, tenían también una noción del honor y de la dignidad de la causa árabe. Podían llegar a aceptar 1967 y dar el tema por cerrado, pero no menos que eso. La anexión de Cisjordania que Netanyahu había propuesto como cebo para los comicios y que Trump sancionaba con su plan de paz les parecía inaceptable, y en febrero sendas reuniones en suelo saudí de la Liga Árabe y de la Organización para la Cooperación Islámica lo dejaron claro.[26]

El discurso público de Bibi no se veía alterado por ninguno de estos condicionantes, aunque privadamente los tuviese presentes. La campaña electoral siguió el mismo curso que las anteriores: Netanyahu prometía construcciones de asentamientos y anexiones del área C, la oposición denunciaba los peligros de la deriva mesiánica y hablaba de consenso y reconciliación a la vez que mantenía los detalles de sus propuestas envueltos en una gran vaguedad, y la judicatura recordaba otra vez los escándalos del primer ministro al fijar el comienzo del juicio para el 17 de marzo, dos semanas después de los comicios. (También en plena campaña electoral, la Corte Suprema declaró discriminatoria la ley que impedía el acceso de los homosexuales a la maternidad subrogada, otro asunto que dividía los sectores más religiosos y los más laicos del gobierno en funciones.)[27] Llegada la hora del escrutinio, la posición relativa de Netanyahu mejoraba un poco —esta vez la victoria del Likud (29,5% de los votos, 36 diputados) sobre el Kachol Lavan (26,6%, 33 diputados) era más clara—, pero, hecha la suma y el recuento, seguía existiendo el mismo bloqueo.[28]

Después de que Gantz abriera la puerta a la anexión del área C y que Trump hiciese público el plan de paz, Bibi había intentado crear un clima de urgencia, de acuerdo con el cual había una ventana de oportunidad única para que Israel se anexionase territorio y eso requería un gobierno y una investidura, de modo que las cuestiones de politiqueo —es decir, el veto a su persona— debían dejarse a un lado. No le funcionó mucho, porque quienes querían la anexión eran básicamente los votantes de la derecha y Gantz tenía a su partido muy dividido sobre la propuesta, pero mientras intentaba crear una emergencia con este tema apareció una de verdad: la pandemia global de coronavirus que en marzo de 2020 paralizó el mundo. El discurso del Likud se ajustó inmediatamente a la nueva realidad. Había que aprobar medidas de emergencia y una financiación *ad hoc* para que los trabajadores y los establecimientos que se veían forzados a detener sus actividades no quedasen en apuros.

Benny Gantz, viéndoselo venir, intentó primero aquel gobierno imposible que resultaría de la suma de las fuerzas hostiles a Netanyahu, desde los árabes hasta los revisionistas que no querían saber nada del primer ministro. En un presagio de lo que acabaría pasando un año más tarde, los líderes de todos los partidos dijeron que sí a explorar tal posibilidad, incluyendo al

mismo Lieberman que, habiendo hecho la mayor parte de su carrera a la derecha del Likud, quería mano dura en Gaza y denunciaba siempre la deslealtad de los araboisraelíes. Pero hubo 3 diputados de segunda fila —Orly Levy, Yoaz Hendel y Zvi Hauser— que desertaron de dicha operación y que provocaron que no hubiese mayoría para ella. Bibi tenía a Gantz entre la espada de un pacto de gobierno con él y la pared de una cuarta ronda electoral. El exjefe del Estado Mayor cedió y aceptó formar un gobierno con Netanyahu, con la condición de que se modificaran las leyes para que ambos tuvieran control sobre una parte de los ministros y el liderazgo fuese rotatorio. El número dos de Gantz, Yair Lapid, y un buen número de diputados abandonaron el Kachol Lavan en protesta por el incumplimiento de la promesa electoral de no sentarse con Bibi en un ejecutivo, y los nacionalreligiosos de Bennett también decidieron no entrar en él porque sería «un gobierno de izquierdas encabezado por Netanyahu».[29] Pero de todas maneras la suma de lo que quedaba del Kachol Lavan, los laboristas, los ultraortodoxos y el Likud permitía la aprobación holgada de la investidura con 73 votos a favor y 46 en contra. Gantz y Netanyahu fueron generosos en la creación de sillas para que pudieran sentarse tantos traseros, y así el gobierno que se constituyó el 17 de mayo era, con 36 ministros y dieciséis viceministros, el más concurrido de la historia del país.

Ahora que se había formado un gobierno era el momento de poner encima de la mesa el debate de la anexión. Una de las condiciones del Likud para formar el ejecutivo había sido que Gantz aceptase anexionarse el área C antes del 1 de julio. El 25 de mayo, Netanyahu dijo que aceptaba el plan de paz de Trump «con todas sus implicaciones», pero que antes de tomar medidas unilaterales quería dar margen a las negociaciones.[30] Algunas voces de su partido declararon que el margen era precisamente de cinco semanas, hasta julio, y el primer ministro no dijo ni que sí ni que no. La expectación era alta a medida que pasaban los días, los demócratas de Estados Unidos dejaron claro que estaban en contra de la empresa, y Benny Gantz empezaba a echarse atrás: el 18 de junio, dijo que no aceptaría la anexión de zonas con población palestina; el 29, que la fecha del 1 de julio (es decir, dos días después) no era sagrada y que todo lo que no estuviera relacionado con el coronavirus podía esperar. También el primer ministro inglés, Boris Johnson, filosionista reconocido, declaró que la anexión era contraria a los intereses de Israel y que no la reconocería.[31]

Mas quien dirigía el cotarro aquí era Netanyahu, e hizo honor al sobrenombre de *kossem* (‘mago’) que desde hacía muchos años le había sido dado por la capacidad de sobrevivir y de manipular en beneficio de sus tesis las situaciones complejísimas de la geoestrategia de Oriente Medio y de la política interna de Israel. Sin tener la anexión como objetivo, el primer ministro la había usado como argumento para reagrupar a su base y movilizar el voto. Más aún, había conseguido que se convirtiera en una propuesta compartida con una parte de la oposición y la había hecho constar en los acuerdos de gobierno y en las negociaciones con la Casa Blanca. Había creado un clima de inevitabilidad y de inminencia, una expectación superlativa que la hacía el acontecimiento más esperado —deseado o temido— del verano en la región, un cambio de rumbo que tendría consecuencias importantísimas para el porvenir, equiparable en cuanto a trascendencia con los Acuerdos de Camp David de 1978, la renuncia del rey Hussein a la administración de Cisjordania de 1987 o el reconocimiento mutuo de la OLP e Israel en 1993. Y una vez había subido hasta lo alto de la copa de este árbol transmitió a los saudíes que no tenía modo alguno de bajar sin ayuda, y que si no conseguía algo tangible y valioso como

compensación no podría asumir las consecuencias de defraudar al electorado, al que tanto había movilizado, y se vería obligado a llegar hasta el final. La amenaza era bien creíble porque, probablemente, era cierta. Los saudíes, que llevaban años deshojando la margarita, así lo entendieron y le dieron la escalera que les pedía. Lo hicieron a su manera, eso sí, muy conscientes de las cartas que tenían y de cómo maximizar su jugada.

El silencio de julio fue un anticlímax, seguido por la gran explosión en el puerto de Beirut del 4 de agosto, que desvió temporalmente la atención de los telediarios dentro y fuera de Israel hacia el vecino del norte.[32] Nueve días después, la Casa Blanca anunciaba un acuerdo de normalización de relaciones entre Israel y los Emiratos Árabes a cambio de la suspensión de la anexión de Cisjordania, que en palabras de Jared Kushner quedaba «fuera de la mesa por bastante tiempo». El 1 de septiembre, el mismo Kushner era recibido en los Emiratos y afirmaba ante el ministro de Exteriores que estaba seguro de que todos los Estados árabes normalizarían las relaciones con Israel. El 11 de septiembre, se anunciaba que Baréin también se sumaba a la normalización, y cuatro días después se celebraba una ceremonia solemne en la Casa Blanca entre los ministros de Exteriores de estos dos países, el presidente Trump y el primer ministro Netanyahu. El tratado recibía el poderoso nombre de Acuerdos de Abraham, en referencia al patriarca común de las tres grandes religiones monoteístas, testigo de las coincidencias entre judíos, cristianos y musulmanes que podían traer una paz duradera a la región. En los tres meses siguientes, Marruecos y Sudán también se añadieron al pacto, ya en las últimas semanas de la administración republicana. El movimiento generó una inercia que impulsaba otros éxitos diplomáticos menores: entre febrero y marzo de 2021, Guinea Ecuatorial y Chequia abrieron embajadas en Jerusalén, y los kosovares también se comprometieron a hacerlo si Israel, como contrapartida, les reconocía su independencia.[33]

Todo el mundo sabía que los Emiratos Árabes y Baréin no habrían normalizado las relaciones con Israel sin el beneplácito saudí. (Marruecos y Sudán son harina de otro costal y lo hicieron a cambio de concesiones estadounidenses que se tradujeron, en el caso del primero, en el reconocimiento del Sahara Occidental como parte soberana del país.) Sin embargo, Riad no las había normalizado, sino que indicaba con tal movimiento la voluntad de recorrer el camino en dos trechos. Sabía que el presidente electo de Estados Unidos, Joe Biden, era hostil a la monarquía y había dejado claro que las vulneraciones de derechos humanos y el caso Khashoggi hacían que Washington tuviese que replantearse sus relaciones con el reino. También quería volver al JCPOA y retomar la política de contemporización con Irán que había caracterizado a su antiguo compañero de lista electoral, Barack Obama. Arabia Saudí afrontaba, pues, un período complicado y quería que Estados Unidos e Israel tuvieran alicientes para apoyarla y mantener el rumbo político iniciado en la legislatura anterior. No se había comprometido directamente con la normalización y, por lo tanto, no había pagado ningún precio en términos de imagen pública y de aislamiento regional. Según como fueran las cosas, si los israelíes no mostraban determinación para confrontar a Irán o se dejaban seducir por las presiones estadounidenses hacia una línea hostil a los saudíes, la puerta entreabierta podía cerrarse bien deprisa.

A Netanyahu ya le iba bien. Irán era su gran prioridad y, del mismo modo que se había enfrentado a Obama durante ocho años tormentosos en los que habían coincidido como jefes de gobierno, estaba decidido a hacer lo mismo con Biden para cumplir con su gran designio de integrar a Israel en la región al mismo tiempo que neutralizaba la amenaza chií. El único

obstáculo que tenía enfrente era el corsé que había tenido que ponerse en forma de gobierno de unidad, por el cual no tenía pleno control de los ministros y estaba obligado por ley a ceder el cargo de jefe del ejecutivo a Benny Gantz en octubre de 2021.

Cuando Shimon Peres y Yitzhak Shamir habían establecido un gobierno de unidad en 1984, lo habían hecho sin ninguna modificación legislativa, de modo que el acuerdo de rotación era simplemente un compromiso de Peres de dimitir y después apoyar la investidura de Shamir a mitad de mandato, en 1986. Gantz, en el momento de negociar un arreglo idéntico con Netanyahu en 2020, no había aceptado hacerlo así porque no tenía confianza ninguna en las intenciones de Bibi de cumplir su parte del trato, de manera que había puesto como condición una modificación previa de la Ley Básica del Gobierno que contemplase la posibilidad de establecer un «ejecutivo paritario»[34] en que los dos primeros ministros serían nombrados en la misma votación de investidura al empezar el mandato y la rotación sería automática en octubre de 2021. Incluso establecía que si Netanyahu anticipaba elecciones o el gobierno caía por la acción del Likud o de algún otro partido de la derecha, Gantz se convertiría en primer ministro inmediatamente y ejercería en funciones hasta que la nueva Knéset salida de los comicios invistiera a otra persona.

Benny Gantz no se equivocaba en lo más mínimo cuando pensaba que Netanyahu no cumpliría su palabra. El primer ministro, convencido de la necesidad de estar al frente para hacer realidad unos objetivos que veía superiores a cualquier compromiso político y a todo procedimiento parlamentario, no tenía escrúpulos a la hora de sacarse de encima lo que percibía como condiciones de politiqueo barato con que el *establishment* incapaz de entender su gran designio lo encorsetaba. Y hecha la ley, hecha la trampa. Netanyahu no podía anticipar las elecciones ni tumbar el gobierno, porque en el mismo momento en el que lo hiciera perdería su cargo. Los presupuestos deben aprobarse anualmente en los tres primeros meses del año[35] o, en caso contrario, el gobierno cae y las elecciones se anticipan automáticamente. El Likud no podía votar contra los presupuestos sin perder el poder, porque esto quedaba recogido en el acuerdo como un equivalente a tumbar el gobierno y tenía las mismas implicaciones legales. Pero como controlaba el Ministerio de Finanzas, que es el responsable de elaborarlos, tenía la opción de no presentar ningún presupuesto a la Knéset. Si lo hacía, se ocasionaba una convocatoria inmediata de elecciones al terminar el plazo, pero como técnicamente Netanyahu no habría votado en contra de nada, la transferencia de poder no se produciría y sería él quien llegaría a los comicios como primer ministro en funciones.

El único problema que tenía esta estratagema era que habría obligado a disolver la Knéset en agosto de 2020, justo cuando Netanyahu estaba negociando los Acuerdos de Abraham, que constituían un hito tan importante en sus objetivos y que justificaban también frente a su electorado el aplazamiento —en la práctica, el abandono— de la anexión. Como el primer ministro sentía que necesitaba un poco más de tiempo, convenció a Gantz de que los presupuestos se aprobarían y de que el retraso se debía a las dificultades para cuadrar los números en medio de la incertidumbre de la pandemia. El ministro de Defensa picó el anzuelo y aceptó aprobar una ley *ad hoc* que permitía posponer durante cien días más la votación de los presupuestos en la Knéset. Siguiendo las instrucciones del primer ministro, el responsable de Finanzas, Yisrael Katz, no presentó ningún proyecto, y el 22 de diciembre quedaron convocadas las nuevas elecciones para el 23 de marzo de 2021, apenas un año después de las anteriores.[36]

En el ámbito internacional, Netanyahu podía presumir de un acuerdo histórico: si Begin había conseguido la paz con Egipto y Rabin la había firmado con Jordania, él había normalizado relaciones con cuatro países y estaba a un paso de cuadrar el círculo también con los saudíes, hazaña que desmentía el escepticismo de muchos diplomáticos y la sentencia tantas veces repetida por las administraciones demócratas estadounidenses de que los pactos con el mundo árabe serían imposibles sin un acuerdo de paz previo con la ANP. En el ámbito interior, había roto la formidable coalición Kachol Lavan, que lo había empatado en tres elecciones consecutivas, y había humillado a su gran rival, Benny Gantz, primero manteniéndolo al margen de su política exterior (se enteró de los Acuerdos de Abraham por la prensa) y después engañándolo para incumplir el pacto que lo hubiera convertido en jefe de gobierno. Se presentaba a las elecciones, pues, como un experto sin par en diplomacia y en politiquería, con una oposición débil y fragmentada.

Sin embargo, los excesos del primer ministro en esta legislatura tan corta no pasaban desapercibidos entre el electorado. En las tres elecciones consecutivas que habían acontecido entre 2019 y 2020, con el consiguiente gasto, polarización y parálisis política, Netanyahu podía alegar que el problema lo tenía la oposición porque se negaba a pactar con él y planteaba un veto personal inédito en la política israelí. No todo el mundo compraba este discurso, claro está, y ya se ha visto cómo la hostilidad personal contra Bibi servía como argumento de campaña a la oposición y también era un factor importante en la actitud de una pila de altos cargos revisionistas. Pero era un discurso que resonaba sobre todo entre los votantes indecisos que acababan decantando los comicios. En cambio, esta vez resultaba incuestionable que Netanyahu tenía la culpa de la anticipación electoral y de toda la inestabilidad y polarización que se derivaba de ella. Quizá Benny Gantz pecaba de ingenuo, pero el líder del Likud era un tramposo. Las legislaturas estaban pensadas para durar cuatro años y que después de un ciclo de tres convocatorias electorales consecutivas el primer ministro forzase a volver a las urnas doce meses después parecía una desfachatez.

Desde luego que Bibi tenía sus argumentos y los repetía sin cesar en campaña. Gantz y el *establishment* estaban boicoteando la gran ventana diplomática que sus esfuerzos habían conseguido abrir. Desde la judicatura hasta la alta oficialidad del ejército se hacían movimientos para perjudicarlo y él tenía que devolver el golpe. No eran trampas, sino habilidad política: utilizaba en beneficio de sus electores y programa todas las ventajas que podía encontrar, tanto para enfrentarse a los enemigos exteriores como para salir ganador de las luchas parlamentarias dentro de casa. Pero incluso en su espacio político había quien no compartía tal maquiavelismo. Gideon Saar, el *likudnik* que se le había enfrentado en primarias en el año anterior, decidió que ya había tenido bastante y anunció una escisión, Tikva Chadasha (Nueva Esperanza), a la que se sumaron 4 diputados más del Likud: Yifat Shasha-Biton, Michal Shir, Sharren Haskel y Zeev Elkin.[37] ¿El argumento? Netanyahu se creía imprescindible y estaba empezando a confundir su continuidad en el poder con los intereses del Estado, lo cual lo hacía abusar de las instituciones. Y Bibi tenía aún un quebradero de cabeza más con la derrota electoral de Trump y la vuelta de los demócratas a la Casa Blanca de la mano de Joe Biden, en lo que representaba claramente el final de la luna de miel en las relaciones israeloamericanas, que había comenzado con el traslado de la embajada a Jerusalén tres años antes.

Los comicios del 23 de marzo dejaban al Likud ganador, pero con un 24,2% de los votos y 30 diputados retrocedía cinco puntos porcentuales y 6 escaños respecto de las elecciones celebradas un año antes. La ruptura del Kachol Lavan beneficiaba a Yair Lapid, que no había querido entrar en el gobierno (13,9% de los votos y 17 diputados), en detrimento de Benny Gantz (6,6% de los votos y 8 diputados), y la bajada de los grandes partidos daba ímpetu a las fuerzas minoritarias, que se dividían entre revisionistas contrarios a Netanyahu (los 7 escaños de Lieberman y los 6 de Saar), ultraortodoxos (9 diputados para el Shas y 7 para la Yahadut HaTorah), nacionalreligiosos —la lista radical de Smotrich (6 escaños) y la más moderada de Bennett (7 escaños)—, partidos de izquierda (7 diputados para los laboristas y 6 para el Meretz) y listas árabes (comunistas y nacionalistas palestinos reunían 6 escaños en una plataforma conjunta y los islamistas del Raam sumaban 4 más en solitario).[38]

La traducción práctica de este resultado era un bloqueo político, puesto que la «mayoría natural» de revisionistas, nacionalreligiosos y ultraortodoxos sumaba 72 diputados, pero los partidos que estaban dispuestos a investir a Netanyahu solamente llegaban a 59 de los 61 que hubieran hecho falta. Como en las otras veces, Bibi buscó negociar con los líderes de la derecha —e incluso con los islamistas que abrían la puerta a dar apoyo a un gobierno a cambio de financiación, al estilo tradicional de los ultraortodoxos— y también intentó tentar la deserción de un par de diputados a cambio de carteras ministeriales, sin éxito. Como la oposición, aunque mayoritaria, era heterogénea, lo más probable era que todo terminase con una nueva repetición electoral.

Sin embargo, Naftali Bennett, el líder nacionalreligioso que en 2012 había dado el salto a la política desbordando a Bibi por la derecha y culpándolo del alto el fuego en Gaza, decidió que el país no podía ser rehén de continuas repeticiones electorales que atribuía a las ambiciones y malas artes del primer ministro, e hizo notar que estaba dispuesto a sumarse al bloque anti-Netanyahu, con la condición de ser él quien encabezase el gobierno resultante, a pesar de contar solo con 7 diputados ganados en las urnas y 6 efectivos (el otro, Amichai Shikli, dejó claro que si la coalición con la izquierda se consumaba, él se escindiría y pasaría a la oposición).[39]

Toda esta espiral de especulaciones que amenazaba con acabar el largo reinado de Netanyahu se interrumpió provisionalmente el 10 de mayo de 2021 ante el deterioro de la situación de seguridad en los territorios palestinos. Desde principios de mes, se habían producido disturbios en Jerusalén en protesta por la inminente sentencia de la Corte Suprema que se temía que desalojaría a un grupo de palestinos del barrio de Sheikh Jarrah que vivían en casas reclamadas por los judíos, que las habían poseído antes de ser expulsados durante la guerra de 1948, y estas protestas violentas se habían extendido desde el día 7 a la Explanada de las Mezquitas. Tres días después, Hamás lanzó un ultimátum: o Israel retiraba sus fuerzas de seguridad de dentro del Monte del Templo o iniciaría una guerra. El Tsahal ignoró la amenaza y aquella misma tarde comenzó una lluvia de misiles y cohetes procedente de Gaza, seguida por las habituales represalias aéreas israelíes. A lo largo de los once días siguientes, 14 israelíes resultaron muertos (dos en tumultos urbanos de la comunidad árabe-israelí en las ciudades mixtas de Lod y Acre, primera vez que esto ocurría desde el estallido de la Segunda Intifada en 2000) así como 256 palestinos de Gaza, veintiocho de Cisjordania, dos libaneses y tres extranjeros (un indio y dos tailandeses) que residían en Israel.[40]

La guerra terminó abruptamente con un alto el fuego mediado por Egipto que Israel aceptó después de mucha presión de Estados Unidos. Ello no obstante, el impacto que dejó en la sociedad israelí fue mayor que el de otras confrontaciones. Los misiles habían sido más precisos y dañinos, las bajas habían resultado más importantes, y los alborotos violentos en zonas mixtas dentro del país alimentaban el espantajo de la quinta columna árabe que había parecido disiparse en los años anteriores. Fue después de esta guerra que los sectores nacionalreligiosos más ultranacionalistas comenzaron a ganar fuerza en ciertas capas de la población que había pasado a ver en los árabes a un enemigo irreconciliable y que se dejaban seducir por la idea de mano dura contra la comunidad y por el estímulo a una emigración… voluntaria, puesto que si fuera de cualquier otro tipo ello justificaría que la Corte Suprema condenase al proponente por racismo.

El conflicto dificultó la construcción de una coalición alternativa que había de reunir desde los islamistas del Raam hasta los revisionistas de Saar y Lieberman, pasando por el grupo nacionalreligioso moderado de Bennett, por la izquierda israelí de Merav Michaeli y Nitzan Horowitz, y por los sectores centristas de Lapid y Gantz. De hecho, Bennett descartó la posibilidad durante unos días, a raíz de la guerra y de los altercados que se habían producido. Pero el hecho de que el Raam no los estimulase y la conciencia de que después de haber planteado esta posibilidad Bennett no podría volver fácilmente al bloque derechista que priorizaba la lealtad a Netanyahu por encima de casi todo hacían que siguiera encima de la mesa. La izquierda sabía que las únicas opciones eran Bennett, Netanyahu o unos comicios nuevamente inciertos, así que mantuvo un perfil bajo y no puso grandes exigencias. El 30 de mayo de 2021, Naftalí Bennett y Yair Lapid anunciaron que habían llegado a un acuerdo para formar un gobierno paritario, en el que ocuparían el cargo dos años cada uno.[41] Lo llamaron «gobierno de unidad» porque reunía representación de familias muy diversas (árabes, nacionalreligiosos, centristas, laboristas, revisionistas…), aunque era un nombre de cierta pompa si se tenía en consideración que, además de no tener ninguna representación ultraortodoxa, el nuevo gobierno contaba solamente con 61 diputados de 120, la más corta de las mayorías posibles. Que esta mayoría heterogénea compartía un rechazo profundo por el carácter y la personalidad de Benjamin Netanyahu estaba fuera de duda y era el pegamento que permitía aquella investidura. Que pudieran transformar tal repulsión en un programa constructivo de gobierno para una legislatura entera, en cambio, estaba por ver.

TIERRA QUEMADA

Los 61 diputados del gobierno que se conformaba estaban divididos entre 38 que planteaban propuestas coherentes en una línea de centroizquierda sionista —incremento del rol del Estado en la economía, solución de dos Estados, acercamiento a la Unión Europea y al Estados Unidos de Biden, reivindicación de los derechos de las minorías…—, 12 que provenían de los entornos revisionistas (el Tikva Chadasha de Saar) y nacionalreligiosos (el Yamina, de Bennett), 7 diputados que pese a proceder del revisionismo habían hecho del laicismo su estandarte de batalla y podían equipararse fácilmente a los 38 del centroizquierda (el Israel Beitenu, de Lieberman) y 4 que formaban parte del ejecutivo por las políticas sectoriales pero que en todo caso eran más cercanos al centroizquierda por la consideración que daba a la minoría árabe (los

islamistas de Mansour Abbas). En total, pues, había 49 diputados con una línea más o menos cohesionada frente a 12 que reivindicaban posiciones algo fuera de tono con el resto del gobierno. Por esta razón el ejecutivo se estableció en términos paritarios, con un mandato rotatorio por el que Bennett y Lapid lo encabezarían dos años cada uno (con derecho a veto mutuo a lo largo de toda la legislatura). En cuanto a nombramientos y destituciones de ministros, el Tikva Chadasha y el Yamina responderían ante Bennett, mientras que el resto de los partidos lo haría ante Lapid.

Una primera constatación que debe hacerse sobre este arreglo es que para el bloque de centroizquierda *lato sensu*, el que respondía ante Lapid, el gobierno que se había creado era el mejor posible habida cuenta de las circunstancias, puesto que de ninguna manera aquella Knéset podía ofrecerles nada más adecuado desde un punto de vista ideológico; las divisiones de la derecha sobre la personalidad de un hombre ofrecían esta rara oportunidad a un centroizquierda muy alejado de la mayoría por sí mismo. En cambio, para el pequeño bloque de centroderecha que respondía ante Bennett, el gobierno era una fatalidad que había que soportar porque Netanyahu no había querido apartarse, pero el escenario ideal sería una entente de revisionistas, nacionalreligiosos y ultraortodoxos que tuviese como líder a otra persona, cualquier otro diputado del Likud que no fuera Bibi, y, de hecho, tanto Bennett como sobre todo Saar dijeron que si Netanyahu se iba, una reconfiguración del gobierno en clave de conformación de una «mayoría natural» derechista sería el escenario deseable.

La segunda constatación es que la incomodidad de formar parte del gobierno se vivía diferentemente entre los diputados del Yamina de Bennett que entre los que conformaban la Tikva Chadasha. Gideon Saar había establecido esta última lista a partir de personalidades del Likud —y también de la facción más derechista del Kachol Lavan de Gantz— que rechazaban el liderazgo de Netanyahu y querían reemplazarlo casi a cualquier precio. El compromiso de no formar parte de una coalición que él encabezase era prácticamente la *raison d'être* de su campaña y la había repetido muchas veces, «quien quiera a Bibi de primer ministro que no me vote a mí».[42] En cambio, los diputados del Yamina solo habían dicho que Netanyahu no era imprescindible, pero estaban abiertos a colaborar con él, y de hecho Bennett había puesto tantas restricciones a un gobierno sin Netanyahu para no perder votantes de la derecha que en la práctica podía contarse en su órbita.[43] Para Saar, la formación del gobierno era un mal menor inevitable; para Bennett y los suyos, era mucho más traumática.

Todo el mundo en el ejecutivo había parado mientes en estas constataciones en el momento de establecerlo, y por esta razón en el gobierno paritario Bennett (representante de 12 diputados) era primer ministro en los dos primeros años y Lapid (representante de 49) tenía que serlo en los dos últimos, con el fin de hacer más atractiva la propuesta para los integrantes del flanco derecho. Y también por esta razón era Bennett y no Saar el abanderado de dicha facción, con tal de acomodar un Yamina que había que prever más receloso que la Tikva Chadasha.[44]

También todos —en el gobierno y en la oposición— entendían que lo que había aquí era una guerra de nervios entre la mayoría revisionista-nacionalreligiosa-ultraortodoxa, deseosa de unirse en el futuro, y la mayoría contraria a Netanyahu, unida en el presente. Si el gobierno se mantenía cohesionado a pesar de las contradicciones ideológicas que muy pronto se manifestarían, quizá el Likud rectificaría y, por mor de volver al poder, sacrificaría a Bibi en beneficio de un dirigente aceptable para el resto. Si Netanyahu se mantenía firme y no había

fisuras en sus filas, tal vez el gobierno acabaría por romperse y las facciones derechistas de su interior se resignaría a la conveniencia de asociarse con el líder del Likud aunque les disgustase personalmente. ¿Quién cedería antes, el bloque pro-Bibi o el bloque anti-Bibi? A lo largo de los doce meses de vigencia del ejecutivo, cada vez que surgía un choque ideológico en el Consejo de Ministros, y también cada vez que alguien en la oposición insinuaba o afirmaba que Netanyahu debería dar un paso atrás —y ambas cosas sucedieron bastantes veces— el otro bando se reforzaba interiormente y se convencía de que la estrategia estaba dando resultado y que solo había que aguantar un poco más.

El gobierno se basaba también en «poner encima de la mesa el 70% de los temas en los que estamos de acuerdo, en lugar del 30% en los que discrepamos», en palabras de Naftalí Bennett; es decir, en hacer efectiva la gestión del día a día y respetar el *statu quo* en el resto de los asuntos.[45] La derecha no podría articular propuestas de facción —construcción de nuevos asentamientos, anexión de territorios en Cisjordania—, pero tampoco lo haría la izquierda, de modo que no habría negociaciones con los palestinos, retiradas territoriales ni ningún otro cambio, un escenario que a grandes rasgos mantenía un estado de cosas favorable al revisionismo. Esta entente inmovilista era asumida por el centro y por la izquierda —al fin y al cabo, si se configuraba un gobierno alternativo, las cosas serían peores para ellos—, pero desde el cálculo de que las iniciativas que dejaban las cosas como estaban, como por ejemplo la renovación quinquenal de las leyes de emergencia que aplica la legislación israelí a los colonos de Cisjordania, tendrían el apoyo de la oposición revisionista, de modo que la abstención o voto contrario de los diputados de la coalición que por razones de conciencia no quisieran suscribirlas no generaría inconvenientes importantes. El gobierno tenía que superar la investidura y los presupuestos, estos últimos hechos para dos años y bien deprisa para evitar nuevas tentaciones de inestabilidad, y después ya vendría todo rodado.

Bibi entendió esta lógica muy pronto y cayó en la cuenta de que si su bloque opositor (Netanyahu-Deri-Litzman-Smotrich) votaba sistemáticamente en contra de las iniciativas del gobierno, independientemente de que las compartiera ideológicamente, podía impedir su aprobación y generar gravísimas perturbaciones en la vida pública. De este modo, las facciones revisionistas —y en según qué casos otras facciones sionistas de centro— se sentirían incómodas e impelidas a abandonar un ejecutivo peligroso y a resignarse a la alternativa de un gobierno de Netanyahu o a unas nuevas elecciones que le configurasen una aritmética más favorable. Adoptar este camino podía comportar, empero, que el gobierno insistiese en continuar a pesar de todo y que la causa revisionista sufriera daños irreversibles, o también que el electorado culpase más a la oposición que al gobierno de los perjuicios que pudieran derivarse de tal política de tierra quemada. Dentro del bloque opositor, además, los diputados que ya pensaban que habría sido mejor que Netanyahu diese un paso atrás a cambio de que el Likud retuviera el poder estaban poco predispuestos a seguirlo en una estrategia que implicaba votar en contra de sus convicciones ideológicas más profundas en asuntos que además tendrían consecuencias negativas inmediatas y tangibles.

Este dilema emergió por primera vez con la renovación de la ley de emergencia por la que el derecho a la residencia permanente —y a la ciudadanía en última instancia— en Israel del cónyuge de un ciudadano israelí no se aplica para las personas con determinadas nacionalidades consideradas hostiles, una legislación de los tiempos de la Segunda Intifada que pretendía evitar

la entrada y posterior naturalización de ciudadanos árabes (y muy particularmente palestinos) a quienes se les presuponía una actitud hostil hacia el Estado judío y que en cualquier caso contribuirían a incrementar el peso demográfico de la minoría árabe. Los 4 diputados islamistas de Mansour Abbas no estaban dispuestos a votar la renovación de una norma como esta que estimaban racista y, por lo tanto, la coalición no tenía mayoría para sacarla adelante si la oposición, a pesar de compartirla plenamente, votaba en contra de la misma por mor de esta política de tierra quemada. Tal acción, sin duda, implicaría una potencial entrada de forasteros en Israel en números significativos y la naturalización de aquellas personas que habían visto cerrado el acceso a la ciudadanía (o vivían irregularmente) por esta razón, una verdadera pesadilla para el revisionismo israelí. Netanyahu, contra el criterio de algunos diputados de su bloque, dio el paso e impuso una disciplina de voto contraria a la renovación de la ley.

En efecto, la ley fue derrotada en la Knéset y la mayoría sionista del gobierno culpó unánimemente a Netanyahu de la situación. El grueso de los medios de comunicación también fueron hostiles a la estrategia del jefe de la oposición y, al final, después de esperar unas semanas para ver si había deserciones o movimientos en el gobierno, Bibi agachó la cabeza y accedió a aprobar la medida.[46] De todos modos, no fue una maniobra del todo fútil, porque le permitió argumentar que el gobierno se apoyaba en aliados antisionistas y antiisraelíes y que era, por lo tanto, un ejecutivo peligroso al que convenía derribar, argumentos que cuajaron en algunos sectores que hasta el momento se habían mantenido expectantes (sin ir más lejos, la línea editorial del *Israel Hayom*).

Durante los meses siguientes, la oposición encabezada por el Likud, que votaba en bloque todas las cosas para evitar que el gobierno pudiera negociar propuestas con alguno de los partidos individualmente, siguió una estrategia de ambigüedad táctica: *a priori* votaba en contra de todo, de modo que la coalición debía mantenerse cohesionada para aprobar cualquier ley, pero se reservaba la posibilidad de votar a favor de medidas que considerase particularmente esenciales si el gobierno no conseguía aprobarlas. Siempre, eso sí, después que el gobierno se viese humillado con una derrota inicial, imponiendo condiciones que fueran difíciles de tragar para sus miembros más izquierdistas y dejándolo con la incógnita final sobre si el voto favorable llegaría o no.

Es difícil exagerar el efecto desestabilizador de esta estrategia en una coalición de solo 61 diputados en que cada voto resultaba, por lo tanto, imprescindible. Por un lado, era necesario que todos los parlamentarios del gobierno asistieran a todas las votaciones, pues la oposición no aceptaba convalidar votos —como había sido práctica usual en anteriores coaliciones— por ninguna razón, aunque fuese un viaje oficial o una enfermedad. Por el otro, cualquier diputado tenía un enorme poder para avanzar asuntos que considerase importantes mediante el chantaje, ya que la amenaza de votar en contra (o de no votar) «hasta que el asunto tal sea puesto en el orden del día» paralizaba inmediatamente toda la actividad legislativa (los diputados Eli Avidar, del Israel Beitenu, y sobre todo Michael Biton, del Kachol Lavan, se hicieron particularmente adictos a esta técnica). Y para evitar justamente este escenario que se daba cada vez más, algunos parlamentarios de la izquierda comenzaron a plantear la posibilidad de colaborar activamente con la Lista Conjunta, la otra facción árabe mucho más militante e ideologizada, lo cual era anatema para Saar y para Bennett.

Las tensiones dentro de la coalición por dichas dinámicas fueron en aumento: había un diputado irreductible de la Lista Árabe (Mazen Ghanaim), un representante rebelde del Israel Beitenu (Eli Avidar), un parlamentario del Kachol Lavan proclive a boicotear votaciones si no se priorizaba su agenda (Michael Biton), los cuales se sumaban de vez en cuando a la tarea opositora implacable del desertor del Yamina Amichai Chikli. Además, las encuestas no eran nada favorables al ejecutivo; si los partidos que lo conformaban habían sumado 62 diputados en marzo de 2021, a partir de agosto no hubo ningún sondeo de opinión que les concediese una nueva mayoría parlamentaria, y llegada la primavera de 2022 la encuesta más optimista apenas daba a los socios del gobierno 56 parlamentarios en unos nuevos comicios.[47] Los partidos más perjudicados eran justamente los del ala derecha: muchos sondeos dejaban a la Tikva Chadasha de Saar, (y algunos también al Yamina, de Bennett) por debajo del umbral electoral, en una demostración de que el electorado revisionista y nacionalreligioso no terminaba de compartir esta priorización del rechazo personal a Netanyahu por encima del purismo ideológico en la elección de socios de coalición.

Todos estos factores debieron tener un peso en la decisión de la diputada del Yamina Idit Silman, el 6 de abril de 2022, de abandonar la coalición y unirse a la oposición de Netanyahu, de manera que el gobierno quedaba efectivamente en minoría, empatado con la oposición a 60 escaños. La controversia elegida para desertar era un asunto muy menor sobre las restricciones *kosher* adicionales durante la Pascua judía en los edificios públicos, en que los productos con levadura pasan a ser impuros, pero el problema de fondo estaba claro: Silman había aceptado el gobierno a regañadientes y veía cómo día tras día era más odiada por su espacio político natural, al que le costaría cada vez más volver, sin que Bennett pudiera proporcionarle una base de votantes alternativa solvente para su futuro político.[48] Que Silman no era el único problema se hizo evidente bien pronto porque, pese a dejar la coalición, no fue designada formalmente como tránsfuga, pues 3 diputados más del Yamina (Abir Kara, Nir Orbach y Ayelet Shaked) se negaron a ello, con la voluntad clara de dejarse una puerta abierta para abandonar también el gobierno si les parecía conveniente.[49]

Solo después de este episodio, Netanyahu se decidió a implementar con todos los efectos la táctica que había estado considerando desde el principio: una oposición frontal a toda iniciativa del gobierno hasta las últimas consecuencias. Obviamente, eso suponía pagar un precio, pero las circunstancias habían cambiado. Hasta entonces era un pulso entre él y el dúo Bennett-Lapid en el que el gobierno acusaría a la oposición y la oposición al gobierno y en que la visión revisionista de Israel saldría, a buen seguro, malparada. Con la deserción de Silman, el gobierno había perdido la mayoría y tenía mucho más complicado argumentar que merecía seguir existiendo, y existían por lo menos tres parlamentarios más (Kara, Orbach y Shaked) que se planteaban saltar del barco, lo cual ponía toda la atención sobre ellos si se generaba una crisis. Había una línea de fractura clara y los diputados fieles a Netanyahu estaban decididos a aplicarle toda la presión posible para que la coalición se partiese justamente por ahí.

La prueba de fuego llegó con la ley de emergencia para la aplicación de la legislación israelí en los asentamientos de Cisjordania, una ley inaceptable para el Raam y también, dentro del sionismo, para el Meretz y cada vez más para el laborismo escorado a la izquierda de Michaeli, contrarios a la presencia de colonos. Quinquenal desde 1967, requería de una aprobación antes del 30 de junio y la oposición en bloque le negó el apoyo, pese a comulgar naturalmente con su

contenido desde un punto de vista ideológico. La Lista Conjunta tampoco estaba dispuesta a considerar una abstención para una ley así y esta vez, con la deserción de Idit Silman, la coalición no tenía mayoría aunque todos sus miembros votasen sí. El Meretz y el Raam anunciaron que votarían a favor de todas maneras para mantener la coalición, pero sendos diputados de ambas fuerzas (Ghaida Zoabi y Mazen Ghanaim) anunciaron que ellos se opondrían. Ante la certidumbre de la derrota, todo el Raam acabó votando en contra y lo hizo aún más humillante al rechazar la renovación 52-58.[50]

Bennett y Lapid tenían todavía algunos ases en la manga. Aunque en la aprobación de leyes la coalición estuviese 60 a 60 y no pudiera sacarlas adelante (según cómo, ante la presencia de diputados rebeldes en leyes ocasionales, incluso algún parlamentario por debajo de eso) la oposición estaba irremediablemente dividida entre los 54 diputados fieles a Netanyahu (el bloque de 52 que tenía desde el principio con la añadidura de los desertores del Yamina, Chikli y Silman) y los 6 diputados de la Lista Conjunta árabe. Habiendo aprobado los presupuestos, ninguna ley en la que el gobierno fuese derrotado implicaba necesariamente su caída. Netanyahu estaba muy lejos de reunir una mayoría de 61 para presentar una moción de censura constructiva y la hipótesis de una disolución de la Knéset también le quedaba un escaño lejos, suponiendo que la Lista Conjunta se amoldara a ello, lo cual tampoco estaba claro. Llegados al 30 de junio, si la ley no se aprobaba, el gobierno podía optar por culpar a la oposición y ver con el paso de los días cuál era la reacción de los medios y de la opinión pública con la esperanza de repetir lo que había pasado con la ley de cónyuges, aunque esta vez las consecuencias se dejarían sentir mucho más deprisa y de modo mucho más generalizado.

Hubo algún esfuerzo en esta dirección. El líder colono David Elhayani, muy vinculado a Saar, pidió al Likud que no traicionara a los judíos de Cisjordania y que pusiera la causa de los asentamientos por encima de las maniobras de politiqueo parlamentario.[51] El influyente premio Nobel nacionalreligioso Israel Robert Aumann, entrevistado por Caroline Glick, insistió en que Netanyahu era el culpable de toda la situación por no haber dado un paso atrás.[52] Pero a diferencia del caso de los cónyuges y de otros momentos en los que tal estrategia había forzado las cosas, esta vez no hubo disidencia alguna ni siquiera verbal en el bloque de Netanyahu, prietas las filas con los ojos puestos en Orbach, Kara y Shaked, los diputados que se decía que estaban planteándose saltar del barco y que habían acordado que, si lo hacían, lo harían juntos. Gideon Saar también había puesto presión sobre las disfunciones dentro del gobierno, involuntariamente, al intentar convencer a todos los diputados para que votaran la norma porque «una coalición que no es capaz de aprobar leyes no merece existir».[53] El domingo 12, Bennett anunció que no traería a votación la ley de emergencia de Cisjordania durante la semana siguiente porque aún no había reunido una mayoría, y el domingo 19, repitió de nuevo el mismo argumento. Ya no podía hacerlo ninguna otra vez sin que hubiese expirado, de modo que la hora de la verdad se acercaba a marchas forzadas.

Si es cierto que Orbach, Kara y Shaked habían acordado dar el salto juntos, no lo hicieron muy bien, porque Orbach saltó en solitario. «No me considero ya más miembro de la coalición», dijo.[54] De una manera extraña, no obstante, porque en lugar de unirse a la oposición se limitó a apagar el móvil y a tomarse unos días de descanso lejos de la Knéset. También dejó claro que no votaría una disolución del Parlamento, sino que quería un nuevo gobierno —liderado por Netanyahu, se entiende— en el marco de la legislatura actual. Un contratiempo para el jefe de la

oposición, que creía que después de unas declaraciones desafortunadas de Kahana tenía 61 diputados para disolver la Knéset si se contaba a Orbach pero que claramente solo tenía 55 para la clase de moción de censura que este proponía.[55] Incluso si Kara y Shaked lo seguían, la suma daba 57. Quizá sería necesario ir a la situación crítica de que la legislación de emergencia expirase y hubiese una situación de caos legal en Cisjordania para convencer a Orbach de ser el diputado 61 de la disolución, o para convencer a 4 diputados más —¿quizá la facción de Saar, tal vez la de Gantz?— para una moción. O quizá no, puede que Orbach acabara de completar la tarea a cambio de alguna prebenda o compromiso. O tal vez Netanyahu tenía algún otro diputado secretamente en el bolsillo, porque el Likud había registrado una propuesta de disolución de la Knéset para el miércoles 22 (podía tratarse solo de guerra psicológica, esta clase de propuestas pueden retirarse en el último momento).

Conscientes de que el recorrido del gobierno no daba más de sí y de que difícilmente iban a cambiar la dinámica que los señalaba a ellos más que a Netanyahu como culpables de la inestabilidad, Bennett y Lapid decidieron no seguir alargando la agonía ni comprometer la realidad de los asentamientos y, en palabras de Yomtob Kalfon, se inclinaron por «liderar en vez de ser arrastrados».[56] El 20 de junio, en una rueda de prensa conjunta, anunciaron la disolución de la Knéset *motu proprio* y la transferencia a Lapid del cargo de primer ministro en el ínterin. La fecha de los comicios se fijó unos días después en el 1 de noviembre de 2022. Serían las quintas elecciones que se celebrarían en tres años y medio.[57]

El ejecutivo de Naftalí Bennett, en muchos sentidos un gobierno de parálisis por su gran heterogeneidad interna y por sus divisiones que lo condicionaron desde el principio, no tuvo grandes iniciativas internacionales. En la medida en la que trazó una política coherente, empero, esta buscaba alinearse con Estados Unidos y con el orden liberal internacional. Por una parte, esto se debía a la crítica que el nuevo ejecutivo hacía de lo que consideraba una deriva iliberal de Netanyahu; por la otra, a la prioridad estratégica de mantener buenas relaciones con Washington y evitar los encuentros con las administraciones demócratas que habían caracterizado a los gobiernos de Bibi de los años noventa y también de después de 2009. Y ayudaba asimismo que el ministro de Exteriores fuese Yair Lapid, por razones obvias más proclive que Bennett a adoptar tales posiciones.

Hubo muchos gestos que reflejaban dicho cambio: el acercamiento a Bruselas en detrimento de los gobiernos euroescépticos de Polonia y Hungría, la menor confrontación en la ONU (en vez de hablar de Irán, Bennett trató del coronavirus, de la democracia y del espíritu abierto de Israel para con el mundo en la apertura de la sesión anual de la Asamblea General),[58] la recuperación de la complicidad con las juderías mundiales (y particularmente con la americana) y, si se quiere, un endurecimiento del discurso con Rusia ante la guerra de Ucrania, aunque en este punto no había diferencias significativas entre el gobierno Bennett-Lapid y la oposición del Likud.

Sin embargo, el problema crucial de política exterior que en última instancia había de marcar las diferencias era la cuestión iraní. «Queremos emplear la diplomacia para evitar que Irán se haga con la bomba —dijo el presidente Biden en su primer encuentro con Bennett el 26 de agosto de 2021, cuando el mundo aún se recuperaba del impacto de la caída de Kabul en manos de los talibanes—. Pero no tenemos miedo a utilizar otras alternativas si es preciso.»[59] Era un discurso que se correspondía con el historial filosionista que Biden había manifestado en

todos sus años en Washington —antes de ser elegido vicepresidente de Obama había fungido como senador durante treinta y seis años— y que evidenciaba la intención del presidente de evitar, en la medida de lo posible, las confrontaciones que habían caracterizado la era Obama. No era nada fácil, porque el apoyo a Israel dentro del Partido Demócrata se había debilitado y había un buen número de discrepancias (construcción en los asentamientos, reapertura de un consulado palestino en Jerusalén, negociaciones con Irán, ilegalización de ONG propalestinas, relaciones comerciales con China…) entre los dos gobiernos, pero claramente la actitud para con Teherán era la prueba del algodón. Bennett optó por pactar una política de «cero sorpresas» y de «discrepancias privadas» sobre el asunto, de modo que los esfuerzos de Washington para volver al JCPOA, abortados por la transferencia masiva de armas iraníes a Rusia después del inicio de la guerra de Ucrania, no encontraron una resistencia activa de Israel en los pasillos del Congreso ni en las ruedas de prensa de sus ministros y embajadores. Este perfil bajo animó a los estadounidenses a intentar mediar entre Israel y el Líbano para evitar que la explotación de las reservas gasísticas del Mediterráneo desencadenase un nuevo conflicto con Hezbolá, gestiones de las que salió un acuerdo por el que Israel aceptaba la posición libanesa en lo referente a la delimitación de las respectivas zonas económicas exclusivas.[60]

La aprobación de dicho acuerdo en plena campaña electoral y sin pasar por la Knéset, a pesar de las críticas del Likud que lo veía una claudicación ante las amenazas de Hezbolá, fue polémica y crispó una campaña que, una vez más, giró en torno de Benjamin Netanyahu, de su visión estratégica y de los riesgos del autoritarismo, de su doctrina de seguridad y de los peligros de una crisis diplomática prolongada con Estados Unidos. Naftalí Bennett había decidido abandonar la política después de que su partido se le desmontara, de modo que los bloques volvían a ser claros: Likud, Sionismo Religioso, Yahadut HaTorah y Shas, por un lado; Yesh Atid, Machane Mamlachti,[61] Israel Beitenu, Raam, Chadash y laboristas, por otro.

Esta vez el veredicto de las urnas fue claro y superó la situación de bloqueo y de equilibrios que había caracterizado la política israelí desde 2019, al ofrecer al bloque de Netanyahu una mayoría sólida de 64 diputados: 32 para el Likud, 14 para el Sionismo Religioso, 11 para el Shas y 7 para la Yahadut HaTorah.[62] En los días posteriores a los comicios, se buscaron dos explicaciones principales para explicar el vuelco: el deterioro de la seguridad en Cisjordania en los meses anteriores como fenómeno que había empujado a los votantes a volver al valor seguro de Netanyahu, con quien Israel había vivido los años comparativamente más tranquilos de su historia, y la decepción del electorado con la parálisis y rápida disgregación del gobierno que se había formado poco más de un año antes. De acuerdo con esta segunda interpretación, de la misma manera que los votantes habían castigado a Netanyahu por no entenderse de buena fe con Gantz y alargar así innecesariamente la crisis institucional, ahora lo habían hecho con Bennett, Lapid y el «bloque del cambio» en su conjunto por haberse demostrado incapaces de gobernar.[63]

Las explicaciones no iban necesariamente desencaminadas, en el sentido de que es indudable que hubo votantes que se sintieron atraídos por el bloque de la derecha por la primera razón, y que el hundimiento del Yamina de Bennett se debió al segundo motivo tanto como al malestar que la misma decisión de formar parte de la coalición del cambio había causado en su interior. Sin embargo, hay otro detalle que hay que tomar en consideración: el aumento de voto al bando dispuesto a formar un gobierno con Bibi (del 48,32% en 2021 al 49,55% en 2022) era mucho más pequeño que la diferencia en escaños (59 en 2021, 64 en 2022) y ello se debía a que

el partido de izquierdas Meretz y la lista árabe Balad, ambos claramente contrarios a Netanyahu, quedaban justo por debajo del umbral electoral del 3,25% y, por ende, no conseguían representación aunque juntos reunían un 6,07% del voto, equivalente a unos 7 escaños. Este porcentaje se iba, por lo tanto, a hacer puñetas, y eso causaba que el resto de los partidos que sí que estaban representados tuviesen más diputados de los que les habrían correspondido si el sistema no hubiera tenido umbral.

Benjamin Netanyahu tenía ahora un camino claro para formar gobierno, pero con un carácter marcadamente radical. Es cierto que ya en 2015 no había incorporado ningún partido de centroizquierda en el ejecutivo, pero aun así el Kulanu de Kahlon había ejercido un rol moderador en él. Esta vez, el Likud sería el partido más a la izquierda de una coalición con ultraortodoxos y nacionalreligiosos, donde estos últimos, purgados de los sectores más liberales de Bennett, estaban encabezados por un Betzalel Smotrich, que había organizado manifestaciones contra los desfiles del Orgullo LGTBIQ+, y tenían como número dos al mismo Itamar Ben-Gvir que durante años había exhibido en el comedor de su casa el póster de Baruch Goldstein, el ultranacionalista judío que había entrado en la mezquita Ibrahimi de Hebrón con un arma semiautomática en 1994 y había matado a veintinueve feligreses disparando indiscriminadamente. Aunque Bibi prometía que controlaría la coalición «con las dos manos al volante»[64] y que los ultraortodoxos estaban aliviados de poder volver a sentarse en el Consejo de Ministros tras un año en el que se habían visto perjudicados, Smotrich y Ben-Gvir veían la oportunidad de utilizar esta mayoría para cambiar seriamente el sistema político, y una parte del Likud lo veía como ellos. Además, sabían que eran imprescindibles y que Netanyahu, irremisiblemente boicoteado por toda la izquierda, no podía formular una amenaza creíble de formar una coalición alternativa. Las negociaciones se alargaron mucho más de lo previsto y el Sionismo Religioso extrajo de ellas concesiones generosas, en una evidencia de que se encontraba en una posición de fuerza.

La posibilidad de utilitzar esta mayoría compacta y comprometida de 64 diputados para alterar el sistema politicoinstitucional de Israel era factible, pues el país carecía de constitución y cualquier cambio podía aprobarse, teóricamente, con una mayoría de 61.[65] Netanyahu tenía sentimientos encontrados sobre esta cuestión. Por un lado, veía en la judicatura y en el *establishment* a un enemigo feroz que había querido destruirlo y boicotearle sus aperturas diplomáticas, un corsé burocrático que intentaba convertir Israel en un eco de las políticas que Estados Unidos tuviera en cada momento, por desatinadas que pudiesen ser. Por el otro, entendía que la situación internacional abría la puerta a una rara coyuntura en la que sus designios diplomáticos podían hacerse realidad sin romper necesariamente con el bloque liberal de Washington y Bruselas, y percibía que tal escenario favorable podía torcerse si estos países percibían el Estado de derecho israelí como amenazado.

¿Qué es lo que explicaba esta coyuntura? En su día, Estados Unidos había buscado estabilizar Oriente Medio —y abrir la puerta a una retirada de tropas— a través de una conciliación con Irán que los había llevado derechos al JCPOA. Israel había decidido confrontarlo y de esa oposición había surgido la oportunidad de una alianza con los saudíes, la cual había sido potenciada por Donald Trump en el marco de una reversión total de la política filoiraní de los años de Obama. Ahora que Trump había perdido las elecciones y Biden ocupaba su sitio, el péndulo volvía a orientarse hacia los chiíes, y la defensa de una alianza con Riad iba a

implicar un nuevo choque con Estados Unidos y, por supuesto, con los europeos que nunca habían visto con buenos ojos el abandono del acuerdo nuclear. De hecho, era en preparación de tal choque que Netanyahu había preparado toda clase de contactos con otros países que flirteaban con las posiciones de la derecha populista, y es por eso que en la campaña se había confrontado esta alternativa —para la izquierda una deriva autoritaria y para la derecha, una política creativa y soberana— con el modelo de alineamiento con Estados Unidos y la Unión Europea que preconizaba Lapid.

La guerra de Ucrania había trastornado todo este razonamiento. Una parte de los cálculos de independencia estratégica de Netanyahu había pasado por llegar a entendimientos con rusos y chinos que proporcionaran libertad de operaciones en Siria y una diversificación de los mercados y de las posibilidades comerciales israelíes, pero esa ventana estaba cerrándose rápidamente por la creciente polarización de la situación mundial. Irán era el archienemigo de Israel y uno de los aliados más estrechos —porque le suministraba armamento crucial— de Moscú, y eso significaba que la relativa neutralidad que los rusos mantenían entre los dos rivales en Siria no se sostendría mucho más tiempo. De hecho, la alineación cada vez más íntima entre Rusia, China e Irán teñía a todo este eje de antisionismo y hacía imposible una colaboración israelí sostenida con cualquiera de los actores, pero al mismo tiempo que desaparecía esta posibilidad se debilitaba también el motivo que la había justificado: tampoco Estados Unidos podía buscar una conciliación con Irán en un momento en que los ayatolás estaban reforzando a los rusos y a los chinos, con los que Washington mantenía una rivalidad a un nivel no visto desde el final de la Guerra Fría. En tal tesitura, no solo era posible una coincidencia de objetivos israeloamericana en la estrategia en Oriente Medio, sino que los vínculos que Jerusalén había forjado con los países suníes podían servir para que Washington los retuviese a su lado y consiguiera así una ventaja crucial.

Netanyahu siempre había sido un hombre práctico que buscaba soluciones a los problemas del momento, que llamaba a muchas puertas para ver cuáles se abrían y cuáles no antes de decidirse y que, aun cuando tenía una ideología y no improvisaba sobre la marcha en los objetivos a largo plazo, no era dogmático y cambiaba de táctica cuando era menester, ya que su primer instinto era siempre la conservación del poder, imprescindible para utilizarlo después con el fin de llevar a cabo propósitos más ambiciosos. Amplios sectores de su partido y todo el movimiento nacionalreligioso de su coalición querían ir a una confrontación al todo por el todo para subvertir las élites que sentían contrarias a sus valores y políticas, diagnóstico y remedio que Bibi compartía en el fondo de su corazón. Ello no obstante, Netanyahu sabía también que para retomar su gran designio —y posiblemente hacerlo, además, yendo de la mano de Estados Unidos, lo que le facilitaría enormemente las cosas de cara a desactivar resistencias entre el *establishment*— necesitaba tranquilidad en el interior y buena prensa que le permitiese transmitir una imagen de fuerza y seguridad y que facilitaría sus viajes al extranjero para coordinar las posiciones de las distintas cancillerías. No en vano la conciencia de que una buena relación con Israel también abría puertas en Washington era parte de los cálculos de los países que normalizaban; sin ir más lejos, ni Sudán ni Marruecos hubieran suscrito los Acuerdos de Abraham si no fuese por esta consideración.

En una balanza abstracta que pesara el valor de ambas alternativas, hay pocas dudas de que Bibi hubiera preferido aparcar la problemática interna y centrarse en la vía diplomática. A sus setenta y tres años, estaba ya llegando al final de su larga carrera política, y mientras el desafío iraní y la mala integración regional eran las amenazas existenciales para Israel que habían sido siempre el motor de sus combates, el problema institucional era un asunto comparativamente menor. Pero la elección no era tan sencilla para el primer ministro. Uno de los objetivos ideológicos clave que los nacionalreligiosos se habían propuesto para la legislatura era la reforma judicial, y sin el Sionismo Religioso no tenía gobierno. También entre los militantes del Likud —aunque no tanto entre sus votantes— este era un tema capital, hasta el punto de que el diputado que más agitaba con él, Yariv Levin, había sido el más votado en las primarias para la lista del partido y era, por lo tanto, su número dos después de Netanyahu. Además, cuando a petición del Shas Netanyahu nombró a Aryeh Deri ministro del Interior y de Sanidad en el pacto de coalición, a pesar de las previas condenas por corrupción que pesaban sobre él, la judicatura desautorizó la decisión, en lo que el Likud interpretó como un torpedo gratuito contra la línea de flotación del nuevo gobierno, que se sumaba a tantos otros agravios reales o imaginarios acumulados en los últimos años.[66] En este contexto, a Bibi no le bastaba con no abrir el melón judicial, sino que habría tenido que posicionarse en contra de la voluntad de su partido y de buena parte de la coalición, iniciando una crisis política de resultado incierto. E incluso si la ganaba, Netanyahu se daba cuenta de que entonces habría perdido toda legitimidad para contestar un posible dictamen de la Corte Suprema que lo condenase por corrupción y lo destituyera de su cargo.

Es así como, el 4 de enero de 2023, Yariv Levin, ministro de Justicia del nuevo gobierno, anunció una reforma profunda del sistema judicial para quitarle fuerza en beneficio de la Knéset.[67] Los partidos de la oposición lo veían como un salto mortal hacia el autoritarismo[68] y se daban cuenta de que esta vez no tenían fuerza para detenerlo por las vías parlamentarias, así que optaron por la protesta en la calle y la insubordinación. Cuatro días después, diez mil personas llenaban las avenidas de Tel Aviv, mientras Benny Gantz, el más moderado de los líderes opositores, alertaba de que Netanyahu estaba buscando una guerra civil.[69] La resistencia continuó. El 26 de enero, Papaya Global, una compañía israelí valorada en 3.400 millones de euros, anunció que abandonaba Israel en protesta por la agenda reformista. El 3 de febrero, el presidente francés, Macron, condenó la propuesta y dijo que ponía en peligro la democracia, y el 12 era el mismo Joe Biden quien recordaba a Netanyahu que el genio de toda democracia requería una judicatura independiente.[70] Las huelgas y llamadas al boicot y a la insumisión, hasta entre los reservistas, estaban llegando a un nivel que empujó al presidente Herzog a advertir que Israel se encontraba «a las puertas de un colapso social y constitucional» y que había que llegar a compromisos cuanto antes mejor.[71] Que entre tanto los ultraortodoxos del Shas propusieran una ley, rápidamente descartada por Bibi, que habría castigado con seis meses de prisión las plegarias femeninas y las minifaldas en el Muro de las Lamentaciones no contribuía nada a calmar los ánimos sobre el compromiso del gobierno con las libertades más elementales.[72] Y mientras todo esto pasaba, el nuevo ejecutivo no conseguía detener la violencia en Cisjordania —derivada en buena parte de la lucha intrapalestina por la sucesión del presidente Abbas, impopular y enfermo a sus ochenta y siete años—y se ganaba condenas internacionales por la insistencia del ministro Ben-Gvir en visitar el Monte del Templo.

En medio de esta creciente sensación de pérdida de control, la prioridad del primer ministro continuaba siendo el frente diplomático, y también en esta arena tan sensible se produjo un contratiempo monumental para sus aspiraciones. Netanyahu pareció confiado cuando en noviembre de 2022, mientras todavía negociaba el nuevo gobierno, discutió con Biden las posibilidades de expansión de los Acuerdos de Abraham y presumió de que toda esta empresa diplomática había sido posible por su polémico discurso al Congreso de marzo de 2015. Sin embargo, ya en enero se vio que algo no marchaba cuando Omán, también un país cercano a los saudíes y visto como un posible continuador de estos acuerdos, se alineó con Irán y criminalizó cualquier contacto con la «entidad sionista».[73] El gran golpe llegó por sorpresa el 10 de marzo, con el anuncio de una normalización de relaciones entre Arabia Saudí e Irán arbitrada por China.[74]

Los saudíes habían sentido vértigo desde el primer momento ante la posibilidad de normalizar relaciones con Israel. Temían por la reacción de su propia opinión pública, por si los otros Estados suníes los seguirían, por si Irán reaccionaría con una confrontación militar a través de sus *proxies*. No había sido nunca una posibilidad contemplada con agrado, sino solo por el grave deterioro de su situación estratégica que los empujaba a hacer algo para cambiarla. Por eso se habían mantenido inmóviles durante tanto tiempo ante los cantos de sirena de Netanyahu, e incluso con el aliento de la administración Trump solo habían hecho el tímido movimiento de permitir que los Emiratos Árabes y Baréin abrieran el camino. Mas en los meses siguientes habían pasado dos cosas que les hacían reconsiderar tal estrategia. La primera: Joe Biden había llegado a la Casa Blanca con la idea de recuperar el JCPOA y la distensión con Irán. La segunda: Netanyahu había perdido el poder y el nuevo gobierno israelí se había alineado con la posición estadounidense y renunciado a continuar la estrategia de confrontación con Irán. Todos los riesgos y sacrificios que implicaba un pacto con Jerusalén tenían sentido solamente en la medida en que este país proporcionaba un mecanismo de seguridad de último recurso ante la amenaza iraní, en caso de que Estados Unidos les fallaran. Si podía darse la circunstancia de que llegada la hora de la verdad Washington y Jerusalén estuvieran alineados en una línea antisaudí, ¿qué aliciente había para dar ese paso?

La creciente entente Moscú-Pekín-Teherán percibía perfectamente las vacilaciones saudíes y era, asimismo, bien consciente de la importancia geoestratégica que tenía Riad, tanto por su posición como exportadora de petróleo como por el rol de *primus inter pares* que ejercía sobre los países musulmanes, hasta el punto de condicionar claramente la orientación política de Estados tan alejados como Sudán o Pakistán. Eso convertía Arabia Saudí en una manzana lo bastante apetitosa como para plantear un acuerdo: Irán renunciaría a emplear la fuerza contra Arabia Saudí y aceptaría un alto el fuego en Yemen (donde los hutíes proiraníes se enfrentaban al gobierno prosaudí) a cambio de una normalización de relaciones que implícitamente bloqueaba el camino paralelo de entendimiento con Israel. China ejercería de garante de dicho pacto y, probablemente (aunque este extremo no ha sido reconocido de manera oficial por ninguna de las partes) también velaría por que Irán no se hiciese con un arma nuclear en el corto plazo. En marzo, Bin Salman aceptó la oferta, secreta hasta el momento en que se implementó.

Pero que Arabia Saudí firmase con Irán una normalización terciada por China no significaba necesariamente que cambiara de bando. Consciente de que la enemistad entre suníes y chiíes es atávica y no va a amainar en el corto y medio plazo; y sabedora, más aún, de que los

objetivos últimos del régimen iraní son incompatibles con el mantenimiento del actual sistema de gobierno en Riad, Mohammad bin Salman aceptaba este camino con desconfianza y porque veía demasiados interrogantes y dudas en el otro, pero conocedor también de que el mero hecho de explorarlo ponía en alerta a Washington y lo empujaba a hacer algo para devolver las cosas a la casilla de salida, es decir, para recuperar a Riad en beneficio del bloque occidental. Al adoptar esa posición, los saudíes seguían una estrategia paralela a la de otras potencias —India, Turquía, Brasil, Sudáfrica…—, que ante la creciente polarización mundial se dejaban querer por unos y otros con la expectativa de llevarse su porción de cada tarta. Y efectivamente, si antes de este momento las conversaciones entre Estados Unidos y Arabia Saudí habían sido frías, hasta el punto de que Biden (que había afirmado en campaña que haría que Bin Salman se convirtiera en un paria internacional) no había querido darle la mano y lo había saludado con un frío choque de puños en su encuentro de julio de 2022,[75] ahora todo eran sonrisas y apretones de mano, y las filtraciones apuntaban a que encima de la mesa había incluso una propuesta de compromiso de defensa mutua que sería ratificada solemnemente por el Senado —el equivalente a una OTAN para Oriente Medio— en caso de que Bin Salman se sumara a los Acuerdos de Abraham.[76]

Llegados a la inauguración de la sesión anual de la Asamblea General de la ONU, tanto Netanyahu como Bin Salman presumían de que este movimiento estaba a punto de hacerse realidad y de que cambiaría el panorama de Oriente Medio en beneficio de la paz y la estabilidad. Para Bibi hubiera sido la confirmación de la visión que había perseguido durante dos décadas y un paso agigantado en la articulación de un legado que, a punto de cumplir setenta y cuatro años, no tenía mucho más tiempo para consolidar. Para el príncipe heredero saudí habría sido un momento de gran trascendencia, una vuelta a la confrontación con el chiísmo que, a diferencia de lo que había pasado con sus fallidas campañas previas (la intervención militar en Yemen de 2015 y la ruptura diplomática con Catar), tendría ahora los fundamentos para dar fruto y consolidar el rol saudí de adalid del mundo árabe. La conquista azerí del Artsaj armenio en septiembre, hecha con armamento israelí y contra la voluntad de Teherán y Moscú, ponía de relieve que la influencia iraní continuaba teniendo límites y sin duda acercaba a los saudíes, después de tantos cálculos y vacilaciones, en brazos de Washington y Jerusalén. El 7 de octubre, sin embargo, una sorpresa letal dejó patente una vez más la volatilidad de la región y las complejidades y derivadas de cada movimiento en el tablero de ajedrez despiadado y vicioso que es la geopolítica de Oriente Medio.

EPÍLOGO

Ajedrez letal

El 6 de octubre de 2017, quincuagésimo aniversario del ataque sorpresa de Egipto y Siria contra Israel que dio comienzo a la guerra del Yom Kipur, Oriente Medio se encontraba, como tantas veces en su historia, en una situación de calma tensa.

Dentro de Israel, las divisiones entre el gobierno y la oposición habían continuado. Netanyahu había aceptado paralizar la reforma judicial a fines de marzo, después que el mismo ministro de Defensa, Yoav Galant, y otros próceres del ala moderada del Likud dijeran que no votarían a favor de ella, en medio de una huelga general y de protestas masivas. Sin embargo, revisionistas y nacionalreligiosos habían aprovechado las semanas siguientes para sacar la gente a la calle y demostrar que también había un Israel favorable a las reformas: el 27 de abril, doscientos mil manifestantes se concentraron en Jerusalén para apoyar al gobierno y aplaudir las alocuciones encendidas de Betzalel Smotrich y Yariv Levin. En julio, se había aprobado con todos los votos de la coalición la Ley de la Razonabilidad, de acuerdo con la cual los jueces no podrían tumbar por «poco razonable» una decisión tomada por el ejecutivo —este era el argumento empleado por la Corte Suprema para anular el nombramiento del líder ultraortodoxo Deri como ministro de Interior y Sanidad en enero— y las espadas seguían en alto, con concentraciones multitudinarias contra Bibi cada sábado por la noche y la determinación del gobierno también reforzada por dicho éxito legislativo y por los tímidos progresos diplomáticos en el cartapacio saudí.

En los territorios palestinos, las cosas distaban de estar estabilizadas. El deterioro de la situación de seguridad en Cisjordania que había comenzado durante el año y medio de gobierno de Bennett y Lapid continuaba acarreando problemas, hasta el punto de que los choques entre comandos israelíes y milicias palestinas, cada vez mejor armadas y organizadas, iba convirtiéndose en rutina. Más aún, la Autoridad Nacional Palestina había perdido el control de Yenín y veía cómo algunos de sus cuerpos de seguridad flirteaban con Hamás y con otros grupos locales organizados *ad hoc* para hacer frente a los judíos. Netanyahu, que tenía un gran designio en mente y no quería que se viese perturbado por problemas de orden público relativamente pequeños, procuraba «gestionar el conflicto» y evitar que la cosa escalase.

Irán y sus aliados percibían perfectamente esta voluntad israelí de evitar una escalada y aumentaban la intensidad de sus provocaciones. El lanzamiento esporádico de cohetes desde Gaza —a menudo atribuidos al Yihad Islámico— fue haciéndose más habitual, y a los dos frentes tradicionales del conflicto palestino se añadió el libanés, que había permanecido en una situación de calma casi absoluta (tensa, eso sí) desde 2006. En marzo, un comando libanés entró de incógnito en Israel e hizo explotar un coche que hirió gravemente a un israelí. En abril, una veintena de cohetes provenientes del país de los cedros impactaron en Israel en solidaridad con

nuevos disturbios que acontecían en el Monte del Templo. En junio, Hezbolá erigió dos tiendas de campaña en la zona disputada de las granjas de Shebaa, internacionalmente reconocida como territorio israelí, y se negó a retirarlas. Ni el gobierno libanés, ni la UNIFIL ni la ONU estaban dispuestas a intervenir en el desafío, a pesar de las peticiones hebreas. Como siempre pasa en la zona, la contención israelí en la respuesta era entendida por unos como prudencia y por otros como debilidad. Si en octubre de 2022 Lapid y Biden habían justificado la rápida ratificación del acuerdo de delimitación de la frontera marítima con Beirut con el argumento de rebajar las tensiones en el norte, ahora parecía claro que la estrategia había sido fallida.

De todos modos, el balance del deterioro de la posición israelí en todos los ámbitos —polarización interna, imagen internacional, Cisjordania, Líbano, Gaza— era solo una cara de la moneda. El presidente de Estados Unidos había censurado la actitud de Netanyahu con la reforma judicial y había dicho que no lo invitaría a la Casa Blanca, pero en verano la conciencia de que Arabia Saudí se encontraba en una encrucijada y de que si se inclinaba hacia China el desastre geoestratégico para Washington podría ser incalculable lo había llevado a cambiar de opinión. Netanyahu fue recibido por Biden en el marco de la inauguración de la sesión anual de la ONU, y las filtraciones apuntaban a que los estadounidenses estaban dispuestos a firmar un tratado defensivo tanto con Jerusalén como con Riad a cambio de una normalización. Las relaciones entre Israel y Turquía también mejoraban, con una visita de Netanyahu a Ankara prevista para finales de julio, que solo se interrumpió en el último momento por un problema de salud del primer ministro. Alemania firmaba un acuerdo millonario de compra de antimisiles israelíes. Grecia, Chipre y Egipto reforzaban los vínculos gasísticos con Israel. La República Democrática del Congo, país que con el gobierno de Kabila había expresado un firme apoyo a la causa palestina, ahora quería vínculos comerciales con Israel y mostraba su disposición a abrir una embajada… ¡en Jerusalén! Incluso la China de Xi Jinping invitaba a Bibi a una visita oficial, como en los buenos tiempos de cinco-diez años atrás en que los flirteos de Netanyahu con dirigentes descontentos con el liderazgo estadounidense le habían proporcionado una apretada agenda de fotografías, sonrisas, acuerdos y apretones de manos en un montón de países asiáticos y africanos, parte de su reputación de estar «en otra liga».

La ofensiva relámpago de Azerbaiyán en el Karabaj el 19 de septiembre y la rendición definitiva de los armenios del territorio al día siguiente se entendió también entre los círculos de política exterior de la zona como una victoria de las armas turcas e israelíes que reforzaba el buen clima entre Ankara y Jerusalén y que dejaba en evidencia las limitaciones de Irán —que había advertido a Bakú contra una operación de estas características apenas unas semanas antes — y de una Rusia empantanada en Ucrania. Para convencer a los saudíes de dar el gran paso también era un episodio muy conveniente. La pérdida de apoyos de Netanyahu que se percibía en las encuestas de opinión de Israel, consecuencia de la sensación de caos y confrontación que había caracterizado los primeros meses de su vuelta al poder, se frenó y se revirtió un poco. Desde luego, la normalización no estaba cerrada, y si llegaba, seguía estando por ver la traslación exacta que tendría en el día a día en los Territorios y en las posiciones palestinas, así como la acogida que le dispensaría el resto del mundo arabomusulmán. Pero había la sensación de que los vientos volvían a soplar en favor de Israel y había elementos encima de la mesa que apuntaban a un realineamiento estratégico inminente.

Entonces, a las seis y media de la mañana del 7 de octubre, empezó un ataque sorpresa contra Israel cuya magnitud solo era comparable con la de los acontecimientos que habían sucedido exactamente medio siglo antes. Hamás emprendió un lanzamiento masivo de cohetes y misiles que no era totalmente inaudito pero sí inesperado, porque la situación estaba calma y no se habían producido provocaciones o escaladas en los días anteriores. Muy pronto se vio que el ataque era una distracción para reventar la valla fronteriza por varios puntos e infiltrarse en las comunidades vecinas dentro de territorio israelí, donde los milicianos de Hamás y habitantes de la Franja que quisieron sumarse se entregaron a una orgía destructora que acabó con la vida de más de 1.200 personas, mayoritariamente civiles, con escenas de grandísima violencia y ensañamiento contra niños y población vulnerable, así como el secuestro de 200 israelíes y violaciones masivas grabadas en vídeo —a menudo desde los teléfonos móviles de las mismas víctimas— por los perpetradores. Totalmente desbordadas por el alcance territorial y la profundidad del ataque, las fuerzas de seguridad israelíes tardaron muchas horas en poder reaccionar y hacerle frente, ante la impotencia y desesperación de los afectados, en un perímetro muy amplio que incluía los pueblos de Sederot, Netivot y Ofakim, los numerosos kibutz agrícolas desperdigados y los miles de asistentes a un concierto de música al aire libre.

Había un triple mensaje detrás del ataque. El primero, dirigido a los palestinos, señalaba que Hamás —no la Autoridad Nacional Palestina del viejo y corrupto Abbas— era la verdadera luchadora por la dignidad del pueblo, y que lo hacía en un marco de vinculación directa con el islam y una profunda deshumanización de los judíos que explica la decisión de grabar en directo los crímenes de guerra que iban cometiendo; al hacerlo tenían presente la lección de que los asuntos de matriz religiosa (y muy especialmente Al-Aqsa) generaban una llamada y un efecto de solidaridad en las calles palestinas mucho mayor del que causaban otras cuestiones de naturaleza política, como el traslado de la embajada estadounidense a Jerusalén o los Acuerdos de Abraham. El segundo mensaje iba dirigido a toda la comunidad internacional, en el sentido de que las tentativas de resolver el problema palestino por el atajo de una normalización con Arabia Saudí no funcionarían, puesto que el eje de resistencia encabezado por Teherán tenía fuerza bastante para hacerlas descarrilar. Y el tercer mensaje, con Riad como destinatario, advertía a Arabia Saudí que se mantuviera por el camino de la entente con Irán terciada por China y que no tuviese tentaciones de abandonarla en beneficio de un pacto israeloamericano, pues Bibi no era capaz de defender ni siquiera su propio territorio y mucho menos podría dar la cara por la monarquía de Mohamed bin Salmán.

Justamente este triple mensaje y sus implicaciones geoestratégicas obligaban a Israel, para desmentirlo, a destruir a Hamás, en el sentido de privarla del gobierno de Gaza y de toda la estructura paraestatal de la que se había dotado desde 2005. El llamamiento de más de 300.000 reservistas (en la guerra de 2014, última incursión terrestre en la Franja, solo se habían movilizado 80.000) apuntaba en esta dirección, y muy pronto comenzó una invasión por tierra que debía tener en consideración la gran complejidad que generaba la red de túneles de Hamás, la guerra psicológica derivada de todos los rehenes en manos de la milicia y la gran densidad de población de la Franja de Gaza.

Más allá del choque y la incomprensión dentro de Israel, así como del desastre humanitario que fue confirmándose en Gaza con el paso de los días, lo que había era una lucha entre dos posiciones irreconciliables. Israel quería demostrar que, por más que sorprendido, tenía la

capacidad de responder y de desarticular a Hamás, como prueba de que estaba en condiciones de confrontar a Irán y de que era interés saudí seguir avanzando en la normalización. Hamás (y por extensión Irán) aspiraba a resistir y a conseguir un alto el fuego que la mantuviese en el poder en Gaza, y confiaba en la guerra psicológica de los rehenes, la presión internacional ante las bajas palestinas y la pérdida de vidas de soldados como elementos que obligarían a Israel a aceptarlo. Si este último escenario se hacía realidad, todo el mundo en la región lo interpretaría como una derrota sin precedentes de Jerusalén, y previsiblemente Arabia Saudí abandonaría cualquier tentativa de pacto y se inclinaría decididamente por la entente con Irán, China y Rusia (significativamente, ni Moscú ni Pekín condenaron el ataque del 7 de octubre) en lo que sería un movimiento de gran trascendencia para la región y una confirmación del declive de Estados Unidos que varios episodios internacionales —desde la caída de Afganistán hasta los golpes de Estado en el Sahel, desde la victoria de Assad en Siria hasta el derrocamiento de Aung San Suu Kyi en Birmania— habían puesto de relieve en los años anteriores. Las cartas estaban encima de la mesa y los diferentes protagonistas las jugaron con la agresividad despiadada característica de esa región del mundo tan acostumbrada al tipo de tragedias que se presenciaron en las semanas siguientes.

¿Qué es lo que pensaban el resto de los actores? Rusos y chinos mantuvieron un perfil bajo, de condena a la represalia israelí y de apoyo a los objetivos iraníes —un alto el fuego que dejase a Hamás en el poder— sin estridencias. Las calles árabes se inflamaron con la indignación por los bombardeos y las cifras de víctimas civiles que escalaban hasta números inauditos de cinco cifras, sin que ni los Emiratos Árabes ni Baréin revocaran por esta razón los Acuerdos de Abraham. (Los saudíes observaban atentamente los acontecimientos, absteniéndose de tomar partido hasta ver su desenlace.) Irán movió ficha iniciando una guerra de baja intensidad contra Israel en el norte y en el sur a través de dos *proxies* más (Hezbolá y los hutíes del Yemen), pero se guardó bien de entrar directamente en ella o de empujar a estas milicias a una intensidad de fuego que provocara una respuesta total israelí: lo que quería no era una guerra general, sino debilitar a Israel y obligarlo a concentrar reservistas y recursos en otras zonas para quitarle presión a Hamás. Estados Unidos movilizó bases y flota para disuadir a Irán, pero tampoco querían una guerra, y la respuesta a los ataques directos de *proxies* iraníes no fue escaladora sino disuasoria.

A medida que pasaban los días y que la situación en Gaza empeoraba desde todas las variables mensurables, la presión en el mundo occidental iba en aumento. Estados Unidos entendía perfectamente la conveniencia estratégica de una victoria israelí para los intereses de Washington, pero el presidente Biden estaba limitado en su margen de maniobra porque no quería entrar en una conflagración regional y porque el ala izquierda de su propio partido veía intolerable el apoyo incondicional que prestaba a la operación militar israelí, hasta el punto de bautizarlo con el sobrenombre de «Genocide Joe». También la Unión Europea se encontraba tensionada entre el reconocimiento del derecho de Israel a defenderse de un ataque criminal y la condena al uso excesivo de la fuerza, con Chequia y Alemania encabezando las posturas más proisraelíes (el Reino Unido, desde fuera, ejercía también este papel), Francia en una posición intermedia y España, Bélgica e Irlanda entre los perfiles más filopalestinos. Pero además del análisis diplomático y humanitario, entraba en juego otro factor: el de las comunidades musulmanas autóctonas, muy sensibilizadas con la causa palestina, y el rechazo que estas

manifestaciones —a menudo con expresiones de apoyo explícito a Hamás y a veces con consignas y simbología árabes— generaban entre los colectivos sociales proclives a inclinarse por alternativas islamófobas. Francia y el Reino Unido prohibieron las manifestaciones de apoyo a Hamás, pero hubieron de aceptarlas como un *fait accompli* ante la asistencia masiva que conseguían. Geert Wilders, líder de un partido que veía en el islam la amenaza pública número uno y que se pasó la campaña tuiteando vídeos de las manifestaciones propalestinas que se organizaban por toda Europa, ganó claramente y por sorpresa los comicios generales del 22 de noviembre de 2023 en los Países Bajos. Como había pasado en otras etapas de este contencioso centenario, las pasiones desatadas desbordaban Oriente Medio y se trasladaban fácilmente a las calles de Europa y América.

¿Qué va a pasar a partir de aquí? Sir Walter Raleigh advertía que quienes le pisan los talones a la historia corren el riesgo de quedar humillados, y los historiadores, formados para interpretar el pasado pero sin habilidades adivinatorias para el futuro, debemos tomarnos en serio esta máxima. Sin embargo, hay tres elementos que sí que podemos apuntar.

En primer lugar, hay que entender la dimensión global que ha adquirido el conflicto y la trascendencia de lo que pase en la Franja de Gaza para el futuro no solamente de Israel y de la región, sino también de los equilibrios políticos del mundo entero. En un momento de profunda interconexión global en el que Estados Unidos enfrenta una amenaza a su hegemonía inaudita desde el final de la Guerra Fría, el alineamiento de los países de la zona que previsiblemente se producirán en función de los resultados de esta guerra puede marcar la diferencia y, a buen seguro, va a dejarse sentir en otros ámbitos. No siempre es fácil que esta realidad sea aprehendida por la ciudadanía de nuestro país, sacudida por la brutalidad del conflicto y por la tragedia humanitaria, pero más desconocedora del trasfondo estratégico que está librándose. Además, más allá del alineamiento saudí, el desenlace del contencioso en la región recalibrará las fuerzas de los diferentes actores ideológicos árabes, que en los últimos años se habían polarizado entre las potencias vinculadas a Riad y las que habían buscado la protección de Teherán. A tal efecto, conviene destacar que Catar, que hace una década promovió de la mano de Turquía una alternativa de democracia islámica en el marco de la Primavera Árabe que floreció efímeramente antes de fracasar, ha vuelto a mostrarse muy activo en las gestiones de intermediación y en la difusión de la solidaridad islámica antisionista a través de Al Jazeera. Erdoğan, su viejo aliado, también se ha echado para atrás de su aproximación hacia Israel para adoptar esa misma línea.

En segundo lugar, hay que pensar también en el conflicto en términos más estrictamente nacionales, es decir, como un enfrentamiento entre dos pueblos que aspiran a la misma tierra y que tienen justificaciones fundadas para sentirse amos de ella. En estas condiciones, la única solución respetuosa con los derechos de ambas colectividades pasa por un diálogo transaccional, por la partición del territorio desde el principio de «dos Estados para dos pueblos». No es una salida inevitable ni idílica, pero hay que tener presente que la alternativa, la llamada «solución de un Estado», es en todos los escenarios una apuesta por la claudicación y la derrota sin paliativos de una de las partes. Si algo ha quedado claro, y los hechos del 7 de octubre lo confirman una vez más, es que la convivencia pacífica entre ambas comunidades en un mismo Estado es imposible. Los actores internacionales que lo ven así y que querrían un cierre definitivo del ciclo de violencia a partir de estas bases deben ser cuidadosos para evitar repetir los errores de Oslo.

La autodeterminación palestina puede ser justa, pero no debería ser incondicional, sino supeditada al respeto a los derechos humanos y a las minorías y al compromiso de observar las fronteras que se habrán acordado. Asimismo, la cesión israelí de territorios para hacerlo posible también es un escenario deseable, pero no debería forzarse sin que se hayan proporcionado antes garantías serias de seguridad para sus ciudadanos. Por desgracia, las fuerzas internacionales que han pretendido ejercer este papel en las últimas décadas —desde la UNEF en Egipto en 1956 hasta la UNIFIL desplegada en el Líbano en la actualidad— han fracasado estrepitosamente y esta circunstancia, nada fácil de arreglar en un momento de creciente confrontación global, no invita al optimismo. Hay que intentarlo, sin embargo, porque marcaría la diferencia entre una solución duradera y un nuevo cierre en falso de la crisis, de aquellos que en Oriente Medio demuestran a menudo la exactitud del viejo aforismo de Publilio Siro, *Peiora sunt tecta odia quam aperta* (Los odios ocultos son peores que los abiertamente declarados). Como es natural, el eventual empoderamiento de los actores regionales dispuestos a reconocer plenamente la existencia y legitimidad de Israel remaría hacia esta dirección, y en este sentido el desenlace de la escalada de violencia que golpea Tierra Santa en el momento en que se escriben estas líneas será muy relevante.

Por último, hay que abordar también las fracturas profundas que han emergido en la sociedad israelí. La gran diversidad de maneras de vivir y de pensar ha sido una característica del país desde el principio y explica buena parte de los rasgos exóticos de su democracia, pero ha existido siempre un sentimiento de cohesión —por descontado entre los judíos, pero también extensivo a otras comunidades, entre las que cabe destacar a los drusos— que pasaba por encima de las tensiones ocasionales, en buena parte gracias al enemigo exterior que ayudaba a limar diferencias y a transmitir un estado de ánimo de concordia y unidad. En las tres últimas décadas, esta cohesión ha ido debilitándose en varios momentos. Las tensiones del proceso de Oslo y de la vía unilateral, el sentimiento de agravio sefardí hacia la élite asquenazí, el crecimiento demográfico de ultraortodoxos y árabe-israelíes, la contraposición entre el carácter judío y democrático del Estado y el enfrentamiento de este último año por la estructura institucional del país han ido minando el sentimiento de identidad compartida que es imprescindible para la salud de toda sociedad y, en la situación actual en que se encuentra Israel, hasta para su supervivencia. Es verdad que cuando la espiral de polarización interna ha tropezado con una situación traumática o la ha desencadenado —el asesinato de Rabin, el estallido de la Segunda Intifada, los hechos del pasado 7 de octubre—, ha tendido a disolverse en un anticlímax de arrepentimiento, resiliencia y llamamientos a la unidad. Mas no es bueno que hagan falta esta clase de tragedias para adoptar un tono constructivo. Para ganar el futuro, Israel no puede caer en las arbitrariedades e invertebraciones institucionales que han caracterizado la trágica historia de muchos de sus vecinos y que llevan, en última instancia, por un camino de corrupción, de desprecio por la vida y la dignidad humanas y de pérdida del compás moral. La identidad judía es parte de su historia y razón de ser, y se verá reforzada si se plantea de manera abierta a las minorías y para con los derechos y libertades individuales. Asimismo, hacen falta unas instituciones fuertes, con procedimientos bien definidos que no puedan alterarse sin mayorías amplias y en las que ningún poder —tampoco el judicial— invada las competencias de los otros

legítimos representantes de la soberanía nacional. El Estado de derecho y los procesos democráticos son connaturales al *ethos* judío y también acercan la cultura de tolerancia y de paz que tanto necesita la región.

El conflicto centenario de Oriente Medio tiene particularidades y dinámicas propias de una gran complejidad que en este libro hemos intentado abordar y hacer comprensibles para el lector no experto. También se ve profundamente influido por tensiones geopolíticas más amplias, de alcance global, que han cambiado enormemente desde el siglo XIX hasta hoy, pero que siguen siendo parte del problema y de la esperanza de una solución justa. Como historiadores tenemos la responsabilidad de explicar este pasado con los matices, luces y sombras que tiene, con el propósito de combatir las visiones maniqueas que tratan de manipularlo en beneficio de una agenda que, a menudo, tiene en la violencia y el odio sus otros ingredientes principales. En cambio, la responsabilidad de ganar el futuro y de crear un mundo en el que la libertad, la democracia, la tolerancia y los derechos humanos brillen con luz propia en la región y por doquier recae en todos nosotros como personas con opinión y conciencia, y en particular en las administraciones que con sus acciones pueden acercarnos a este escenario. Es imposible encontrar la salida a un problema que no se entiende, y por eso los autores hemos pretendido, con las explicaciones y las claves interpretativas de las páginas precedentes, hacer una modesta contribución a este anhelo que resume nuestros ideales y nuestra voluntad.

Sant Cugat del Vallès y Terrassa,
otoño de 2023

Bibliografía y otras fuentes

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Abitbol, Michel, *Histoire d'Israël*, Perrin, París, 2018.

Aburish, Saïd K., *Yasser Arafat*, Éditions Saint-Simon, París, 2003.

Achcar, Gilbert, *Les arabes et la Shoah. La guerre israélo-arabe des récits*, Actes Sud, Arlés, 2009.

— y Michel Warschawski, *La guerra de los 33 días: Israel contra Hezbolá en el Líbano y sus consecuencias*, Icaria, Barcelona, 2007.

Afoumado, Diane, *Indésirables.1938: la Conférence d'Évian et les réfugiés juifs*, Calmann-Lévy, París, 2018.

Alem, Jean Pierre, *Le Liban*, Presses Universitaires de France, París, 1968.

—, *Le Proche-Orient arabe*, Presses Universitaires de France, París, 1970.

—, *Judíos y árabes, 3.000 años de historia*, Península, Barcelona, 1970.

—, *La Déclaration Balfour. Aux sources de l'État d'Israël*, Éditions Complexe, Bruselas, 1982.

Amar, Stéphane, *Le grand secret d'Israël. Pourquoi il n'y aura pas d'État palestinien*, Éditions de l'Observatoire, París, 2018.

Amdur, Richard, *Menachem Begin*, Tiempo Cultural, Madrid, 1991.

Anteby-Yemini, Lisa, *Les Juifs d'Éthiopie, de Gondar à la Terre Promise*, Albin Michel, París, 2018.

Arendt, Hannah, *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*, Lumen, Barcelona, 1967.

Avi-Hai, Avraham, *Ben Gurion. El constructor del Estado judío*, La Semana Publicaciones, Jerusalén, 1986.

Avineri, Shlomo, *La idea sionista. Notas sobre el pensamiento nacional judío*, La Semana Publicaciones, Jerusalén, 1983.

Avner, Yehuda, *The Prime Ministers: An Intimate Narrative of Israeli Leadership*, The Toby Press, Jerusalén, 2010.

Avnery, Uri, *Israel sin sionistas*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1970.

Ayache, Georges, *Les douze piliers d'Israël*, Perrin, París, 2019.

Baker, James, *The Politics of Diplomacy*, G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 1995.

Ballobar, conde De, *Diario de Jerusalén, 1914-1919*, Nerea, Madrid, 1996.

Bar-On, Mordechai, *Moshe Dayan: Israel's Controversial Hero*, Yale University Press, New Haven, 2012.

Barak, Oren y Gabriel Sheffer, *Militarism and Israeli Society*, Indiana University Press, Bloomington, 2010.

Bard, Mitchell G., *Mythes et réalités des conflits du Proche-Orient*, Éditions Raphaël, París, 2003.
Bark, Dennis L. y David R. Gress, *Histoire de l'Allemagne depuis 1945*, Éditions Robert Laffont, París, 1992.
Barker, A. J., *La Guerra de los Seis Días*, Librería Editorial San Martín, Madrid, 1979.
Barnavi, Élie, *Une histoire moderne d'Israël*, Flammarion, París, 1988.
—, *Carta de un amigo israelí al amigo palestino*, Muchnik Editores, Barcelona, 1989.
Barnavi, Élie (dir.), *Histoire universelle des Juifs de la Genère a la fin du xxe siècle*, Hachette, París, 1992.
— y Saul Friedländer (dir.), *Les Juifs et le xxe siècle. Dictionnaire Critique*, Calmann-Lévy, París, 2000.
Baron, Xavier, *I Palestinesi. Genesi di una nazione*, Baldini & Castoldi, Milán, 2002.
Barr, James, *Une ligne dans le sable. Le conflit franco-britannique qui façonna le Moyen-Orient*, Perrin, París, 2017.
Bar-Zohar, Michel, *Los vengadores*, Ediciones G.P., Barcelona, 1969.
— y Nissim Mishal, *Las grandes operaciones del Mossad*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2013.
Bastenier, Miguel Ángel, *La guerra de siempre. Pasado, presente y futuro del conflicto árabe-israelí*, Península, Barcelona, 1999.
Bauer, Julien, *Les Juifs hassidiques*, Presses Universitaires de France, París, 1994.
—, *Les partis religieux en Israël*, Presses Universitaires de France, París, 1998.
—, *Le système politique israélien*, Presses Universitaires de France, París, 2000.
Bédarida, François, *Churchill*, Fayard, París, 1999.
Beilin, Yossi, *A Vision of the Middle East*, Ediciones del Ministerio de Exteriores de Israel, Jerusalén, 1993.
Benami, Ari, *El problema judío en la Unión Soviètica*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1967.
Ben Ami, Shlomo, *Israel, entre la guerra y la paz*, Ediciones B, Barcelona, 1999.
—, *¿Cuál es el futuro de Israel?*, Ediciones B, Barcelona, 2002.
Ben-Arieh, Yehoshua, *Jérusalem au dix-neuvième siècle. Géographie d'une renaissance*, Éditions de l'Éclat, París-Tel Aviv, 2003.
Ben-Gurion, David, *Mémoires: Israël avant Israël*, Bernard Grasset, París, 1974.
—, *Journal 1947-1948. Les secrets de la création de l'État d'Israël*, París, Les Éditions de la Martinière, 2012.
Ben-Rafael, Eliezer, *Crisis and Transformation. The Kibbutz at Century's End*, State University of New York Press, Albany, 1999.
—, Maurice Konopnicki y Placide Rambaud, *Le kibboutz*, Presses Universitaires de France, París, 1983.
Bensimon, Doris y Eglal Errera, *Israéliens, des Juifs et des Arabes*, Éditions Complexe, Bruselas, 1989.
Bensoussan, Georges, *Une histoire intellectuelle et politique du sionisme, 1860-1940*; Fayard, París, 2002.
—, *Juifs en pays arabes. Le grand déracinement 1850-1975*, Tallandier, París, 2012.
Biletzky, Eliyahu, *Antisionismo, nueva faz del antisemitismo*, Intersdar Ltd., Tel Aviv, 1981.
Bishara, Marwan, *Palestine/Israël: la paix ou l'apartheid*, Éditions La Découverte, París, 2002.

Blarel, Nicolas, *Inde et Israël: le rapprochement stratégique. Pragmatisme et complémentarité*, L'Harmattan, París, 2006.
Bloom, Gadi y Nir Hefez, *Ariel Sharon: A Life*, Random House, Nueva York, 2006.
Blum, Howard, *La brigada*, Salvat, Barcelona, 2002.
Bouba Nouhou, Alhadji, *Israël et l'Afrique. Une rélation mouvementée*, Karthala, París, 2003.
Boutros-Ghali, Boutros, *Le chemin de Jérusalem*, Fayard, París, 1997.
Boyne, Walter J., *Guerra a las dos en punto. Crisis nuclear en la guerra árabe israelí de 1973*, Ariel, Barcelona, 2005.
Brayard, Florent (dir.), *Le Génocide des Juifs entre procés et histoire, 1943-2000*, Éditions Complexe, Bruselas, 2000.
Bredin, Jean-Denis, *Bernard Lazare, le premier des dreyfusards*, Éditions de Fallois, París, 1992.
Bregman, Ahron, *Israel's Wars*, Routledge, Nueva York, 2002.
—, *Elusive Peace: How the Holy Land Defeated America*, Londres, Penguin Books, 2005.
— y Jihan El-Tahri, *Israël et les arabes. La guerre de Cinquante Ans*, Arte Éditions, París, 1998.
Brent, Jonathan y Vladimir P. Naumov, *Le dernier crime de Staline. Retour sur le complot des blouses blanches*, Calmann-Lévy, París, 2006.
Bucaille, Laetitia, *Generación Intifada*, Ediciones B, Barcelona, 2004.
Burns, Michael, *Histoire d'une famille française. Les Dreyfus*, Fayard, París, 1994.
Carter, Jimmy, *Palestine: Peace Not Apartheid*, Simon & Schuster, Nueva York, 2006.
Charbit, Denis (comp.), *Sionismes: textes fondamentaux*, Albin Michel, París, 1998.
Chomsky, Noam, *Guerra o paz en Oriente Medio*, Barral Editores, Barcelona, 1975.
Clinton, William Jefferson, *Mi vida*, Plaza & Janés, Barcelona, 2004.
Cobban, Helena, *The Palestinian Liberation Organisation: People, Power, and Politics*, Cambridge University Press, 1984.
Cohen, Hillel, לארשיב סיברעהו ילארשיה ויעידומה :סיבוט סיברע [*Buenos árabes: La inteligencia israelí y los árabes de Israel*], Prensa de la Universidad Hebrea, Jerusalén, 2006.
Cohen, Hillel, *Les Palestiniens face à la conquête sioniste (1917-1948). Traîtres ou patriotes?*, L'Harmattan, París, 2014.
Cohen, Michael, *Palestine and the Great Powers, 1945-1948*, Princeton University Press, Princeton, 1982.
Cohen, Sammy, *Tsahal à l'épreuve du terrorisme*, Seuil, París, 2009.
—, *Israël, une démocratie fragile*, Fayard, París, 2021.
Cohn, Norman, *Histoire d'un mythe. La «conspiration» juive et les protocoles des sages de Sion*, Gallimard, París, 1992.
Comay, Arié, *Jaim Weizman*, La Semana Publicaciones, Jerusalén, 1983.
Comay, Michael, *Le sionisme et Israël. Questions et réponses*, Livres Keter, Jerusalén, 1977.
Corm, Georges, *Le Proche-Orient éclaté 1956-1991*, Gallimard, París, 1991.
—, *Le Proche-Orient éclaté-II. Mirages de paix et blocages identitaires 1990-1996*, La Découverte, París, 1997.
—, *Le Liban contemporain. Histoire et societé*, La Découverte, París, 2003.
Culla, Joan B., *El mundo contemporáneo. Grandes textos y documentos políticos*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2000.

Cüppers, Martin y Klaus-Michael Mallmann, *Croissant fertile et croix gammée. Le IIIe Reich, les Arabes et la Palestine*, Verdier, París, 2009.
Cypel, Sylvain, *Les emmurés. La societé israélienne dans l'impasse*, La Découverte, París, 2006.
Dalloz, Jacques, *La création de l'État d'Israël vue par la presse française*, La Documentation Française, París, 1993.
Danan, Ariel, *Les Juifs de France et l'État d'Israël (1948-1982)*, Honoré Champion, París, 2014.
David, Saul, *7 días en Entebbe*, Península, Barcelona, 2018.
Dayan, Moshe, *Histoire de ma vie*, Fayard, París, 1976.
Debié, Franck y Sylvie Fouet, *La paix en miettes. Israël et Palestine (1993-2000)*, Presses Universitaires de France, París, 2001.
De Gayffier-Bonneville, Anne-Claire, *Histoire de l'Égypte moderne. L'éveil d'une nation (XIXe-XXI siècle)*, Flammarion, París, 2016.
Delmaire, Jean-Marie, Danielle Delmaire y Emmanuel Persyn, *Naissance du nationalisme juif. 1880-1904*, Université Charles de Gaulle, Lille, 2000.
Derogy, Jacques, *La ley del retorno. La secreta y auténtica historia del Exodus*, Aymá, Barcelona, 1973.
— y Jean-Noël Gurgand, *Israel, la muerte enfrente*, A.Q. Ediciones, Madrid, 1976.
Derogy, Jacques y Hesi Carmel, *Israel ultrasecreto*, Planeta, Barcelona, 1990.
Destremau, Christian, *Le Moyen-Orient pendant la Seconde Guerre mondiale*, Perrin, París, 2011.
Dieckhoff, Alain, *L'invention d'une nation: Israël et la modernité politique*, Gallimard, París, 1993.
Dieckhoff, Alain (dir.), *L'État d'Israël*, Fayard, París, 2008.
— y Rémy Leveau, *Israéliens et Palestiniens: la guerre en partage*, Éditions Balland, París, 2003.
Digard, Jean-Pierre, Bernard Hourcade y Yann Richard, *L'Iran au XXe siècle*, Fayard, París, 1996.
Donovan, Robert J., *La Guerra de los Seis Días. Israel en el Medio Oriente*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1967.
Doron, Eliezer, *La palabra es la espada. Diario de un embajador de Israel*, Altalena Editores, Madrid, 1983.
Dowek, Ephraïm, *Vingt ans de relations égypto-israéliennes 1980-2000*, L'Harmattan, París, 2005.
Draenger, Jacob, *Nahoum Goldmann*, Éditions Météore, París, 1956.
Drumont, Édouard, *La France juive. Essai d'histoire contemporaine*, C. Marpon et E. Flammarion, París, 1886, 2 vols.
Duclos, Louis-Jean, *La Jordanie*, Presses Universitaires de France, París, 1999.
Dugast, Jacques, *La vida cultural en Europa entre los siglos XIX y XX*, Paidós, Barcelona, 2000.
Duret, Alain, *Oriente Medio, crisis y desafíos*, Salvat, Barcelona, 1995.
Dwork, Debórah y Robert Jan Van Pelt, *Fuir le Reich. Les réfugiés juifs de 1933 à 1946*, Calmann-Lévy, París, 2009.
Eitan, Rafael, *A Soldier's Story*, SPI Books/Shapolsky, Nueva York, 1992.
Encel, Frédéric, *Géopolitique su sionisme. Stratégies d'Israël*, Armand Colin, París, 2006.

— y François Thual, *Géopolitique d'Israël. Dictionnaire pour sortir des fantasmes*, Seuil, París, 2004.
Enderlin, Charles, *Les années perdues. Intifada et guerres au Proche-Orient 2001-2006*, Fayard, París, 2006.
—, *Par le feu et par le sang. Le combat clandestin pour l'indépendance d'Israël, 1936-1948*, Hachette, París, 2009.
Epstein, Simon, *Histoire du peuple juif au XXe siècle*, Hachette, París, 1998.
Fabei, Stefano, *Il fascio, la svastica e la mezzaluna*, Mursia, Milán, 2002.
Facts about Israel, Israel Information Center, 1978.
Faure, Claude, *Shalom, Salam. Dictionnaire pour une meilleure approche du conflit israélo-palestinien*, Fayard, París, 2002.
Figes, Orlando, *La Revolución rusa (1891-1924). La tragedia de un pueblo*, Edhasa, Barcelona, 2000.
Filc, Dani, *The Political Right in Israel: Different Faces of Jewish Populism*, Routledge, 2010.
Filiu, Jean-Pierre, *Main basse sur Israël. Netanyahu et la fin du rêve sioniste*, La Découverte, París, 2019.
Finkielkraut, Alain, *La reprobation d'Israël*, Éditions Denoël/Gonthier, París, 1983.
Franck, Claude y Michel Herszlikowicz, *Le sionisme*, Presses Universitaires de France, París, 1980.
Frank, Waldo, *La pasión de Israel*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1957.
Friedman, Isaiah, *Germany, Turkey and Zionism, 1897-1918*, Oxford University Press, Oxford, 1977.
Friedmann, Daniel y Ulysses Santamaria, *Les enfants de la Reine de Saba. Les juifs d'Éthiopie (Falachas): histoire, exode et intégration*, Éditions Métailié, París, 1994.
Frischer, Dominique, *Golda Meir. La femme derrière la légende. Biographie*, L'Archipel, París, 2015.
Fromkin, David, *A Peace to End All Peace. The Fall of the Ottoman Empire and the Creation of the Modern Middle East*, Avon Books, Nueva York, 1990.
Gamasy, Mohamed, *The October War*, AUC Press, El Cairo, 1993.
García Granados, Jorge, *Así nació Israel*, Editorial Novaro, México, 1968.
Gelber, Yoav, *Palestine 1948. Guerre d'indépendance ou catastrophe?*, Les Provinciales, París, 2013.
Gilbert, Martin, *Atlas de la historia judía*, La Semana Publicaciones, Jerusalén, 1978.
—, *Atlas of the Arab-Israeli Conflict*, Routledge, Londres y Nueva York, 2003.
Gilboa, Amos, *A Raid on the Red Sea*, Potomac Books, Nebraska, 2021.
Giniewski, Paul, *Israël devant l'Afrique et l'Asie*, Librairie Durlacher, París, 1958.
Girard, Renaud, *La guerre ratée d'Israël contre le Hezbollah*, Perrin, París, 2006.
Glick, Caroline, *The Israeli Solution. A One-State Plan for Peace in the Middle East*, Random House, Nueva York, 2014.
Goldhagen, Daniel Jonah, *Les bourreaux volontaires de Hitler*, Seuil, París, 1997.
Goldstein, Yossi, היפנויב :ץיבר [*Rabin: Una biografía*], Schocken Books, Tel Aviv, 2006.
Goodman, Micah, *Catch-67: The Left, the Right, and the Legacy of the Six-Day War*, Yale University Press, New Haven, 2018.

Gorbachov, Mijail, *Memorias*, Círculo de Lectores y Plaza & Janés, Barcelona, 1996, 2 vols.
Gordis, Daniel, *Menachem Begin and the Battle for Israel's Soul*, Nextbook, Nueva York, 2014.
Gorenberg, Gershom, *The Accidental Empire: Israel and the Birth of the Settlements, 1967-1977*, Times Books, Nueva York, 2006.
Greilsammer, Ilan, *La nouvelle histoire d'Israël. Essai sur une identité nationale*, Gallimard, París, 1998.
Gresh, Alain y Dominique Vidal, *Palestine 47. Un partage avorté*, Éditions Complexe, Bruselas, 1987.
Gurfinkiel, Michel, *Israël peut-il survivre? La nouvelle règle du jeu*, Éditions Hugo & Cie., París, 2011.
Haïk, Daniel, *Sharon. Un destin inachevé*, L'Archipel, París, 2006.
Hananel, Ravit y Rachelle Alterman, לארשיב תויניד מה רוחהמי סילוקישהו סיכרעה :עקרק ירוטנ [La política territorial en Israel. Consideraciones y valores de la tierra], HaKibbutz haMeuchad, Tel Aviv, 2015.
Hanne, Olivier, Charlotte Desmarest y Benjamin Fever, *Tsahal, au coeur d'Israel. Histoire et sociologie d'une cohesion entre armée et nation*, Balland, París, 2018.
Harel, Amos y Avi Isacharoff, *La septième guerre d'Israël*, Hachette, París, 2004.
Hecht, Ben, *Perfidy*, Messner, Nueva York, 1961.
Heller, Joseph, *The Stern Gang: Ideology, Politics and Terror (1940-1949)*, Frank Cass, Londres, 1995.
Herf, Jeffrey, *Hitler, la propagande et le monde arabe*, Calmann-Lévy, París, 2012.
Herring, George, *From Colony to Superpower: U.S. Foreign Relations Since 1776*, Oxford University Press, Nueva York, 2008.
Hertzberg, Arthur, *The Zionist Idea*, Atheneum, Nueva York, 1982.
Herzl, Theodor, *El Estado judío*, La Semana Publicaciones, Jerusalén, 1979.
—, *Pays ancien, pays nouveau*, Éditions Stock, París, 1980.
—, *Journal. 1895-1904*, Calmann-Lévy, París, 1990.
Herzog, Jaim, *La guerra de Yom Kippur, ¿la última guerra?*, La Semana Publicaciones, Jerusalén, 1980.
—, *Las guerras árabe-israelíes*, La Semana Publicaciones, Jerusalén, 1980.
Hess, Moses, *Rome et Jerusalem*, Éditions Albin Michel, París, 1981.
Hilberg, Raul, *La destruction des juifs d'Europe*, Gallimard, París, 1999, 2 vols.
Hillebrand, Carole, *Islam: A New Historical Introduction*, Thames & Hudson, Londres, 2015.
Hillel, Shlomo, *Operación Babilonia*, Planeta, Buenos Aires, 1992.
Horrox, James, *Le mouvement des kibboutz et l'anarchie. Une révolution vivante*, Éditions de l'Éclat, París, 2018.
Hourani, Albert, *Historia de los pueblos árabes*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1996.
Huneidi, Sahar, *A Broken Trust: Herbert Samuel, Zionism and the Palestinians, 1920-1925*, I.B. Tauris, Londres, 2001.
—, *Israël, faits et chifres 1972*, Ediciones del Ministerio de Asuntos Exteriores de Israel, Jerusalén, 1972.
—, *Israël. Rêve d'une terre nouvelle*, Omnibus, París, 1998.

Indyk, Martin, *Innocent Abroad: An Intimate Account of American Peace Diplomacy in the Middle East*, Simon & Schuster, Nueva York, 2009.
Israel, Giorgio, *La questione ebraica oggi*, Il Mulino, Bolonia, 2002.
Jabotinsky, Vladimiro, *La Legión Judía en la guerra de 1914*, Editorial Israel, Buenos Aires, 1940.
Johnson, Eric A., *El terror nazi. La Gestapo, los judíos y el pueblo alemán*, Paidós, Barcelona, 2002.
Johnson, Paul, *La historia de los judíos*, Ediciones B, Barcelona, 1987.
Jourdin, Steve, *Israël: autopsie d'une gauche (1905-1995)*, Le Bord de l'Eau, Lormont, 2021.
Kam, Ephraim y Yiftah Shapir (ed.), *The Middle East Strategic Balance 2002-2003*, Jaffee Center for Strategic Studies-Tel Aviv University, Tel Aviv, 2003.
Kaminsky, Catherine y Simon Kruk, *Le monde arabe et Israël aujourd'hui*, Presses Universitaires de France, París, 1999.
Kauffer, Rémi, *La saga des Hachémites. La tragédie du Moyen-Orient 1909-1999*, Perrin, París, 2009.
Kauffman, Grégoire, *Édouard Drumont*, Perrin, París, 2008.
Kaufman, Robert, *Henry M. Jackson: A Life in Politics*, University of Washington Press, Seattle, 2011.
Kayyali, Abdul-Wahhab, *Palestine: A Modern History*, Croom Helm, Londres, 1981.
Keller, Werner, *Historia del pueblo judío*, Ediciones Omega, Barcelona, 1969.
Kershaw, Ian, *Hitler*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1999-2000, 2 vols.
Khalidi, Rashid, *L'identité palestinienne. La construction d'une conscience nationale moderne*, La Fabrique Éditions, París, 2003.
Khalidi, Walid, *L'histoire véridique de la conquête de la Palestine*, Révue d'Études Palestiniennes, París, 1998.
Kicheleswsky, Audrey, *Les survivants. Les Juifs de Pologne depuis la Shoah*, Éditions Belin, París, 2018.
Kissinger, Henry, *Crisis: The Anatomy of Two Major Foreign Policy Crises*, Simon & Schuster, Nueva York, 2003.
Klagsbrun, Francine, *Lionness: Golda Meir and the Nation of Israel*, Schocken Books, Nueva York, 2017.
Klein, Claude, *La démocratie d'Israël*, Éditions du Seuil, París, 1997.
—, *Israele. Lo stato degli hebrei*, Giunti, Florencia, 2000.
Kochavi, Noam, *Nixon and Israel: Forging a Conservative Partnership*, State University of New York Press, Nueva York, 2009.
Konopnicki, Maurice y Eliezer Ben Rafael, *Jérusalem*, Presses Universitaires de France, París, 1987.
— y Simon Petermann, *Le processus de paix au Moyen-Orient*, Presses Universitaires de France, París, 1995.
Kostikov, Viacheslav, *Entre el Bira y el Bidzhán*, Editorial de la Agencia de Prensa Nóvosti, Moscú, 1979.
Kotek, Joël y Dan, *Au nom de l'antisionisme. L'image des Juifs et d'Israël dans la caricature depuis la seconde Intifada*, Éditions Complexe, Bruselas, 2003.

Kramer, Gudrun, *Historia de Palestina. Desde la conquista otomana hasta la fundación del Estado de Israel*, Siglo XXI, Madrid, 2006.
Kramer, Martin, *The War on Error: Israel, Islam, and the Middle East*, Transaction Publishers, New Brunswick, 2016.
Kushner, Tony y Solomon, Alisa, *Wrestling with Zion: Progressive Jewish-American Responses to the Israeli-Palestinian Conflict*, Grove Atlantic, Nueva York, 2003.
Landau, Maurice David, *Arik: The Life of Ariel Sharon*, Knopf, Nueva York, 2014.
Laqueur, Walter, *Histoire du sionisme*, Calmann-Lévy, París, 1973.
Lartéguy, Jean, *Las murallas de Israel*, Plaza & Janés, Barcelona, 1969.
Laurens, Henry, *La question de Palestine*. Volumen primero, *1799-1922. L'invention de la Terre Sainte*; volumen segundo, *1922-1947. Une mission sacrée de civilisation*; volumen tercero, *1947-1967. L'acomplissement des prophéties*; volumen cuarto, *1967-1982. Le rameau d'olivier et le fusil du combattant*; volumen quinto, *1982-2001. La paix impossible*, Fayard, París, 1992, 2002, 2007, 2011 y 2015.
—, *L'Orient arabe à l'heure américaine. De la guerre du Golfe à la guerre d'Iraq*, Armand Colin, París, 2004.
Le Gac, Daniel, *La Syrie du général Assad*, Éditions Complexe, Bruselas, 1991.
«Les Temps Modernes», *El conflicte àrab-israelita*, Edició de Materials, Barcelona, 1967.
Leucher, Catherine, *Le livre noir de l'autorité palestinienne*, Éditions Cafè Noir, Noirmoutier, 2004.
Levitt, Matthew, *Hamás. Política, beneficencia y terrorismo al servicio de la Yihad*, Belacqva, Barcelona, 2007.
Littman, David y Bat Ye'or, *Peuples protegés en terre d'Islam*, Centre d'Information et de Documentation sur le Moyen-Orient, Ginebra, 1977.
Litvinoff, Barnet, *La lunga strada per Gerusaleme, 1789-1948*, Il Saggiatore, Milán, 2002.
Litvinoff, Emanuel, *Israel visto por ojos soviéticos*, Ediciones Siglo XX, Buenos Aires, 1966.
Luch I Oms, Roser, *Golda Meir. Una líder per Israel*, Pòrtic, Barcelona, 2002.
Lottman, Herbert R., *La dynastie Rothschild*, Éditions du Seuil, París, 1995.
Louër, Laurence, *Les citoyens arabes d'Israël*, Éditions Balland, París, 2003.
Luizard, Pierre-Jean, *La qüestion iraquienne*, Fayard, París, 2002.
Lukacs, Yehuda, *The Israeli-Palestinian Conflict: A Documentary Record*, Cambridge University Press, 1991.
Lynch, Marc, *The Arab Uprising: The Unfinished Revolutions of the New Middle East*, Public Affairs, Nueva York, 2012.
Mack, John E., *Lawrence de Arabia*, Paidós, Barcelona, 2003.
Maman, Daniel, *Military, State and Society in Israel*, Transaction Publishers, New Brunswick, 2001.
Manor, Yohanan, *Les manuels scolaires palestiniens, une génération perdue*, Berg International Éditeurs, París, 2003.
Mansour-Mérien, Sandrine, *L'histoire occultée des palestiniens 1947-1953*, Privat, Toulouse, 2013.
Marie, JEAN-JACQUES, *L'antisémitisme en Russie, de Catherine II à Poutine*, Tallandier, París, 2009.

Massad, Joseph, *Colonial Effects: The Making of National Identity in Jordan*, Columbia University Press, Nueva York, 2001.
Massu, Jacques y Henri Le Mire, *Verité sur Suez 1956*, Librairie Plon, París, 1978.
Mayer, Arno, *El arado y la espada. Del sionismo al Estado de Israel*, Península, Barcelona, 2010.
Meltzer, Rubén, *David Ben Gurion*, La Semana Publicaciones, Jerusalén, 1982.
—, *Nahum Sokolov*, La Semana Publicaciones, Jerusalén, 1983.
—, *Berl Katznelson*, La Semana Publicaciones, Jerusalén, 1986.
Merhav, Peretz, *La gauche israélienne. Histoire, problèmes et tendances du mouvement ouvrier israélien*, Éditions Anthropos, París, 1973.
Merinero Martín, María Jesús, *La República Islámica de Irán: Dinámicas sociopolíticas y relevo de las élites*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2004.
Michel, Alain, *Racines d'Israël. 1948: plongée dans 3.000 ans d'histoire*, Autrement, París, 1998.

Minczeles, Henri, *Histoire générale du Bund, un mouvement révolutionnaire juif*, Éditions Denoël, París, 1999.
Miquel, Pierre, *L'affaire Dreyfus*, Presses Universitaires de France, París, 1973.
Mitchell, Thomas, *Likud Leaders. The Lives and Careers of Menachem Begin, Yitzhak Shamir, Benjamin Netanyahu and Ariel Sharon*, McFarland and Co., Jefferson, 2015.
Moniquet, Claude, *Gaza, le grand mensonge. Quand la démocratie européenne capitule face à l'islamisme*, Les Éditions de l'Arbre, París, 2009.
Moreh, Dror, *Les sentinelles (The Gatekeepers)*, Perrin, París, 2017.
Morris, Benny, *Vittime*, Rizzoli, Milán, 2002.
—, *Righteous Victims: A History of the Zionist-Arab Conflict, 1881-1998*, Knopf, Nueva York, 2011.
— e Ian Black, *Mossad*, Rizzoli, Milán, 2003.
Motadel, David, *Los musulmanes en la guerra de la Alemania nazi*, Alianza Editorial, Madrid, 2014.
Navarro Muñoz, Fernando, *Procesos de securitización en Israel: el camino hacia la segunda Intifada examinado desde la sociología del poder.* Tesis doctoral inédita dirigida por el Dr. Ferran Izquierdo Brichs, Universitat Autònoma de Barcelona, 2015.
Neher-Bernheim, Renée, *Histoire juive. Fais et documents de la rénaissance à nos jours*, Éditions Klincksieck, París, 1971-1974, 4 vols.
Netanyahu, Benjamin, *Bibi: My Story*, Threshold Editions, Nueva York, 2022.
Nicault, Catherine, *La France et le sionisme 1897-1948. Une recontre manquée?*, Calmann-Lévy, París, 1992.
Nutting, Anthony, *Nasser*, E. P. Dutton, Nueva York, 1992.
Oren, Michael B., *La Guerra de los Seis Días*, Ariel, Barcelona, 2003.
Paasen, Pierre Van, *El aliado olvidado*, Editorial Ayacucho, Buenos Aires, 1945.
Palti, Meir, *Max Nordau*, La Semana Publicaciones, Jerusalén, 1985.

Pappé, Ilan, *La guerre de 1948 en Palestine. Aux origines du conflit israélo-arabe*, La Fabrique Éditions, París, 2000.
Pavlowsky, Agnès, *Hamas ou le miroir des frustrations palestiniennes*, L'Harmattan, París, 2000.
Pawel, Ernst, *Theodor Herzl ou le labyrinthe de l'exil*, Éditions du Seuil, París, 1992.
Peres, Shimon, *Que surti el sol*, Edicions La Campana, Barcelona, 1999.
—, *Un temps pour la guerre, un temps pour la paix*, Éditions Robert Laffont, París, 2003.
Peri, Yoram, *Between Battles and Ballots: Israeli Military in Politics*, Cambridge University Press, 1983.
Perlmutter, Amos, *Israel. El Estado repartido (1900-1985)*, Espasa Calpe, Madrid, 1987.
Perlstein, Rick, *Reaganland: America's Right Turn 1976-1980*, Simon & Schuster, Nueva York, 2020.
Picaudou, Nadine, *Les Palestiniens, un siècle d'histoire*, Éditions Complexe, Bruselas, 1997.
—, *La décennie qui ébranla le Moyen-Orient 1914-1923*, Flammarion, París, 2017.
Poliakov, Léon, *Histoire de l'antisemitisme*, París, Calmann-Lévy, 1991, 2 vol.
— (dir.), *Histoire de l'antisemitisme 1945-1993*, Éditions du Seuil, París, 1994.
Prévost, Philippe, *La France et l'origine de la tragédie palestinienne*, Éditions de París, Versalles, 2007.
Prittie, Terence, *Israel, milagro en el desierto*, Editorial Taber, Barcelona, 1968.
Pryce-Jones, David, *Un siècle de trahison. La diplomatie française et les Juifs, 1894-2007*, Denoël, París, 2006.
Rabin, Yitzhak, *Mémoires*, Buchet/Chastel, París, 1995.
Rabinovich, Abraham, *The Yom Kippur War: The Epic Encounter that Transformed the Middle East*, Schocken Books, Nueva York, 2004.
Rabinovich, Itamar y Reinharz, Jehuda, *Israel in the Middle East. Documents and Readings on Society, Politics, and Foreign Relations, Pre-1948 to the Present*, Brandeis University Press, Massachusetts.
Rabkin, Yakov M., *Au nom de la Torah. Une histoire de l'opposition juive au sionisme*, Presses de l'Université Laval, Québec, 2004.
Rahmani, Moïse, *Juifs des pays arabes. L'exode oublié*, Éditions Raphaël, París, 2003.
Rasheed, Madawi Al-, *Historia de Arabia Saudí*, Cambridge University Press, Madrid, 2003.
Razoux, Pierre, *Tsahal. Nouvelle histoire de l'armée israélienne*, Perrin, París, 2006.
Reitlinger, Gerald R., *La Solución Final*, Ediciones Grijalbo, Barcelona, 1973.
République Arabe D'Egypte. Ministères Des Affaires Étrangères, *l'Egypte et la Palestine, 1945-1980. Rapport de Synthèse*, París, 1980.
Rodinson, Maxime, *Israel, Estat colonial?*, Edicions de La Magrana, Barcelona, 1985.
Roffe, Ariel, *Sionismo. Hechos y personalidades*, Editorial Aurora, Tel Aviv, 1980.
Rogan, Eugene L. y Avi Shlaim, *1948: La guerre de Palestine. Derrière le mythe…*, Autrement, París, 2002.
Rondot, Philippe, *L'Iraq*, Presses Universitaires de France, París, 1979.
—, *La Syrie*, Presses Universitaires de France, París, 1998.
Rouleau, Eric, Jean-François Held y Jean y Simonne Lacouture, *Israel y los árabes: el tercer combate*, Llibres de Sinera, Barcelona, 1968.

Rovner, Adam, *In the Shadow of Zion: Promised Lands Before Israel*, New York University Press, Nueva York, 2014.
Rozenblum, Serge-Allain, *Theodor Herzl. Biographie*, Éditions du Félin, París, 2001.
Rubinstein, Amnon y Alexander Yakobson, *Israël et les nations. L'État-nation juif et les droits de l'homme*, Presses Universitaires de France, París, 2006.
Rucker, Laurent, *Staline, Israël et les Juifs*, Presses Universitaires de France, París, 2001.
Sadat, Anwar, *In Search of Identity: An Autobiography*, HarperCollins, Londres, 1978.
Said, Edward, *Orientalism*, Vintage Books, Nueva York, 1978.
Salibi, Kalman, *Histoire du Liban. Du XVIIIème siècle à nos jours*, Naufal, París, 1992.
Sarfati, Georges-Élia, *L'antisionisme. Israël/Palestine aux miroirs d'Occident*, Berg International Éditeurs, París, 2002.
Schattner, Marius, *Histoire de la droite israélienne. De Jabotinsky à Shamir*, Éditions Complexe, Bruselas, 1991.
Segev, Tom, *Les premiers israéliens*, Calmann-Lévy, París, 1998.
—, *Le septième milion. Les israéliens et le Génocide*, Éditions Liana Levi, París, 2002.
—, *1967. Six jours qui ont changé le monde*, Donoël, París, 2007.
Sela, Jaim, *Teodoro Herzl*, La Semana Publicaciones, Jerusalén, 1983.
Senor, Dan y Saul Singer, *Israël, la nation start-up. Les ressorts du miracle économique israélien*, Maxima, París, 2011.
Shamir, Yitzhak, *Summing Up: An Autobiography*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1994.
Shapira, Anita, סינושארה סירושעב תילארשיה הרבחה דרדב הנידמ [*La sociedad israelí en las primeras décadas del Estado*], Shazar, Jerusalén, 2001.
Shareff, Zeev, *Les trois glorieuses d'Israël*, Éditions Robert Laffont, París, 1963.
Shavit, Ari, *Mi tierra prometida. El triunfo y la tragedia de Israel*, Debate, Barcelona, 2014.
Shavit, Yaacov, *Tel Aviv. Naissance d'une ville (1909-1936)*, Albin Michel, París, 2004.
Shilon, Avi, *Menachem Begin: A Life*, Yale University Press, New Haven, 2012.
Shlaim, Avi, *El muro de hierro. Israel y el mundo árabe*, Almed, Granada, 2003.
—, *Lion of Jordan: The Life of King Hussein in War and Peace*, Vintage Books, Nueva York, 2007.
Sieffert, Denis, *Israël-Palestine, une passion française. La France dans le miroir du conflit israélo-palestinien*, La Découverte, París, 2004.
Slezkine, Yuri, *Le siècle juif*, La Découverte, París, 2009.
Solé, Robert, *Sadate*, Perrin, París, 2015.
Sorlin, Pierre, *El antisemitismo alemán*, Ediciones Península, Barcelona, 1970.
Sparr, Thomas, *Grunewald en Oriente. La Jerusalén germanojudía*, Acantilado, Barcelona, 2023.
Stein, Kenneth, *Heroic Diplomacy: Sadat, Kissinger, Carter, Begin, and the Quest for Arab-Israeli Peace*, Routledge, Nueva York, 1999.
Stern, Fritz, *El mundo alemán de Einstein*, Paidós, Barcelona, 2003.
Syrkin, Marie, *Golda Meir*, Dopesa, Barcelona, 1972.
Taguieff, Pierre-André, *La nueva judeofobia*, Editorial Gedisa, Barcelona, 2003.
Taguieff, Pierre-André, *Israël et la question juive*, Les Provinciales, París, 2011.
—, *Judéophobie, la dernière vague*, Fayard, París, 2018.

Teveth, Shabtai, *Moshe Dayan. El soldado, el hombre, la leyenda*, Grijalbo, Barcelona, 1975.
—, *Ben-Gurion's Spy: The Story of the Political Scandal that Shaped Modern Israel*, Columbia University Press, Nueva York.
Thomas, Gordon, *Mossad. La historia secreta*, Ediciones B, Madrid, 2001.
Traverso, Enzo, *Les marxistes et la question juive. Histoire d'un débat, 1843-1943*, La Brêche, París, 1990.
Trégan, François-Xavier, *La deuxième Intifada*, La Documentation Française, París, 2002.
Trigano, Shmuel (dir.), *Le sionisme face à ses détracteurs*, Éditions Raphaël, París, 2003.
— (dir.), *L'exclusion dels Juifs des pays arabes. Aux sources du conflit israélo-arabe*, In Press Éditions, París, 2003.
Tripp, Charles, *Historia de Iraq*, Cambridge University Press, Madrid, 2003.
Trost, Ernst, *David y Goliat*, Plaza & Janés, Barcelona, 1967.
Vaksberg, Arkadi, *Staline et les Juifs*, Éditions Robert Laffont, París, 2003.
Van Creveld, Martin, *The Sword and the Olive. A Critical History ot the Israeli Defense Forces*, Public Affairs, Nueva York, 1998.
Vidal, Dominique y Joseph Algazy, *Le péché originel d'Israël. L'expulsion des Palestiniens revisitée par les «nouveaux historiens» israéliens*, Les Éditions Ouvrières, París, 2002.
Vital, David, *The origins of Zionism*, Clarendon Press, Oxford, 1975.
Voltas, Pere, *El sionisme o la qüestió nacional hebraica*, Biblioteca de «La Paraula Cristiana», Barcelona, 1928-1929, 2 vols.
Warschawski, Michel, *À tombeau ouvert. La crise de la societé israélienne*, La Fabrique Éditions, París, 2003.
Wasserstein, Bernard, *Les Juifs d'Europe depuis 1945. Une diaspora en voie de disparition*, Calmann-Lévy, París, 2000.
Watry, David, *Diplomacy at the Brink: Eisenhower, Churchill, and Eden in the Cold War*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 2014.
Weinberg, Robert, *Le Birobidjan. 1928-1996: l'histoire oubliée de l'«État juif» fondé par Staline*, Autrement, París, 2000.
Weinstock, Nathan, *Le pain de misère. Histoire du mouvement ouvrier juif en Europe*, La Découverte, París, 2002, 2 vols
—, *Renaissance d'une nation. Les juifs de Palestine, de l'Antiquité à l'apparition du mouvement sioniste*, Le Bord de l'Eau, París, 2012.
—, *La Déclaration Balfour cent ans après*, Le Bord de l'Eau, Lormont, 2018.
Weizmann, Chaim, *Prueba y error*, Nagrela Editores, Madrid, 2018.
Weizmann, Jaim, *Cartas selectas*, La Semana Publicaciones, Jerusalén, 1985.
Wieviorka, Annette, *Le procès Eichmann*, Éditions Complexe, Bruselas, 1989.
Yablonka, Hanna, *Les Juifs d'Orient, Israël et la Shoah*, Calmann-Lévy, París, 2016.
Yalin-Mor, Nathan, *Israël, Israël… Histoire du Groupe Stern, 1940-1948*, Presses de la Renaissance, París, 1978.
Zertal, Idith, *Des rescapés pour un État. La politique sioniste d'immigration clandestine en Palestine 1945-1948*, Calmann-Lévy, París, 2000.
—, *La nació i la mort. La Xoà en el discurs i la política d'Israel*, Lleonard Muntaner Editor, Palma de Mallorca, 2006.

Zweig, Stefan, *El mundo de ayer*, Editorial Juventud, Barcelona, 1968.

OTRAS FUENTES

Este libro se ha beneficiado también de numerosos artículos aparecidos en *Ariel. Revista de Artes y Letras de Israel*, entre 1962 y 2004; en *Raíces. Revista judía de Cultura*, que se edita en Madrid desde 1983, y en *Israel Studies*, editada por la Universidad de Indiana desde 1996. Asimismo, se ha empleado documentación oficial impresa, varios documentales de televisión y, sobre todo, el extenso archivo de prensa de los autores, nutrido a partir de los principales periódicos españoles y algunos diarios extranjeros. La utilización de cada uno de estos materiales está debidamente referenciada en las notas.

Notas

1. Michael Burns, *Histoire d'une famille française. Les Dreyfus*, pp. 81-93.

2. Werner Keller, *Historia del pueblo judío*, p. 493; véase también Fritz Stern, *El mundo alemán de Einstein*, pp. 80-82 y 85-88 para la conversión del eminente químico Fritz Haber.

3. Citado en Shlomo Avineri, *La idea sionista. Notas sobre el pensamiento nacional judío,* p. 74.

4. Hélène Carrère D’encausse, *La Russie inachevée*, p. 237.

5. De 1870 a 1880, el número de alumnos judíos en los institutos de secundaria rusos se cuadruplica, llegando a los 8.000; en cuanto a los universitarios judíos, los 129 que había en 1864 llegaban ya a la cifra de 1.858 a la altura de 1886, lo que representa el 14% de toda la población universitaria del imperio; esto, sin contar los numerosos jóvenes salidos de las *yeshivot* o seminarios rabínicos antes de finalizar los estudios. Véase Georges Bensoussan, *Une histoire intellectuelle et politique du sionisme*, p. 22.

6. Sobre este tema véase Enzo Traverso, *Les marxistes et la question juive. Histoire d'un débat 1843-1943*.

7. Orlando Figes, *La revolución rusa (1891-1924)*, p. 119. Sobre el Bund es de consulta obligada Henri Minczeles, *Histoire générale du Bund, un mouvement révolutionaire juif*; y también Nathan Weinstock, *Histoire du mouvement ouvrier juif en Europe*, 2 vols.

8. Citado por Henri Minczeles, *op. cit*., p. 105

9. Orlando Figes, *op. cit*., p. 119; Laurent Rucker, *Staline, Israël et les Juifs*, p. 31.

10. Walter Laqueur, *Histoire du sionisme*, p. 9.

11. *Ibid*., p. 56 y ss.; Georges Bensoussan, *op. cit*., pp. 28-30; Henry Laurens, *La question de Palestine. I. L'invention de la Terre Sainte*, pp. 11-112.

12. Moses Hess, *Rome et Jérusalem*. Véanse también Shlomo Avineri, *op. cit*., pp. 49-60, y Barnet Litvinoff, *La lunga strada per Gerusaleme*, pp. 13-36.

13. Sobre Alkalai y Kalisher véase sobre todo Shlomo Avineri, *op. cit*., pp. 61-69.

14. El término hebreo *yishuv* —literalmente, ‘instalación’— designa a la comunidad judía establecida en Palestina antes del nacimiento del Estado de Israel en 1948.

15. Citado por Henry Laurens, *op. cit.*, vol. I, pp. 81-82.

16. Citado por Janine Strauss, *Eretz Israel dans la littérature de la Haskala*, en Jean Marie Delmaire y otros, *Naissance du nationalisme juif, 1880-1904*, pp. 38-39. Véase también Georges Bensoussan, *op. cit*., p. 75.

17. Citado por Walter Laqueur, *op. cit.*, p. 84.

18. *Ibid.*, p. 89.

19. Estas citaciones provienen de Pere Voltas, *El sionisme o la qüestió nacional hebraica*, 2 vols., vol. I, p. 47.

20. Citado en Shlomo Avineri, *op. cit.*, p. 98.

21. Véase Esther Benbassa, *Les débuts du sionisme dans les Balkans*, en Jean Marie Delmaire y otros, *op. cit*., pp. 178-179.

22. Georges Bensoussan, *op. cit*., pp. 107-114; Walter Laqueur, *op. cit*., pp. 92-101; Jean Marie Delmaire, *Les Amants de Sion de 1881 à 1898: action coloniale, communautaire et culturelle*, en Jean Marie Delmaire y otros, *op. cit*., pp. 57-67.

23. En hebreo, *mattifim* y *maggidim*.

24. Sobre el repunte antijudío de finales del siglo XIX véase el clásico Léon Poliakov, *Histoire de l'antisémitisme, vol. 2, L'âge de la science*, pp. 263-307. Véanse también, Pierre Sorlin, *El antisemitismo alemán*, pp. 72-89 y 137-161; y R. Neher-Bernheim, *Histoire juive. Fais et documents de la rénaissance à nos jours*, vol. II, pp. 258-290.

25. Ian Kershaw, *Hitler, 1889-1936*, pp. 55-60 y 79-89.

26. Édouard Drumont, *La France juive*, vol. I, pp. 248-515. Sobre el periodista y libelista, véase la espléndida biografia de Grégoire Kauffmann, *Edouard Drumont*.

27. Una biografía sobresaliente de Herzl es la de Ernst Pawel, *Theodor Herzl ou le labyrinthe de l'exil*. También, Serge-Alain Rozenblum, *Theodor Herzl. Biographie*. Véase asimismo Barnet Litvinoff, *op. cit.*, pp. 58-83.

28. E. Pawel, *op. cit.*, p. 110.

29. *Ibid*., pp. 152-153 y 163-164.

30. Citado por Ernst Pawel, *op. cit.*, p. 183.

31. Entre la inmensa bibliografía sobre el caso Dreyfus son especialmente útiles o valiosos Pierre Miquel, *L'affaire Dreyfus*; Michael Burns, *Histoire d'une famille françai*se. *Les Dreyfus*; Jean-Denis Bredin, *Bernard Lazare, le premier des dreyfusards*.

32. Theodor Herzl, *Journal. 1895-1904*, p. 35.

33. Pronto, las diferentes traducciones del texto —a siete idiomas más, solo en vida de Herzl— vacilan entre titularlo *El Estado de los judíos* o bien *El Estado judío*, y esta última versión es la que finalmente se impone, contra el significado literal y la intención del autor.

34. Theodor Herzl, *El Estado judío*, pp. 30, 58-59 y 144.

35. Theodor Herzl, *Journal*, *op. cit*., p. 59. Hemos seguido más, empero, la traducción que da Ernst Pawel, *op. cit.*, pp. 207-208.

36. Georges Bensoussan, *op. cit*., p. 125; Theodor Herzl, *op. cit*., p. 94.

37. Del texto de la primera circular anunciadora, citado por Ernst Pawel, *op. cit.*, p. 301.

38. Véase Reuvén Kashani, «La bandera nacional», *Ariel*, núm. 107-108 (1998), pp. 57-61.

39. Theodor Herzl, *Journal*, *op. cit*., p. 155. Como es bien sabido, y por un capricho del destino, el nacimiento del Estado de Israel tuvo lugar cincuenta años, ocho meses y dos semanas después de que Herzl hubiese escrito estas palabras.

40. Walter Laqueur, *op. cit.*, p. 128.

41. Ernst Pawel, *op. cit*., pp 346-347, transcribe la carta del 29 de septiembre de 1898 donde Guillermo II expresa al gran duque Federico de Baden su simpatía para con la implantación en Tierra Santa del «diligente y financieramente poderoso pueblo de Israel», y añade que «sería ciertamente una formidable ganancia para Alemania si el mundo de los hebreos nos mirase con gratitud». Véase también Isaiah Friedman, *Germany, Turkey and Zionism: 1897-1918*, p. 76.

42. Theodor Herzl, *Journal*, *op. cit*., p. 211.

43. Una versión francesa es Theodor Herzl, *Pays ancien, pays nouveau*; otra (Theodor Herzl, *Terre ancienne, terre nouvelle*) en el volumen colectivo *Israël. Rêve d'une terre nouvelle*, pp. 37-274. La obra fue traducida al hebreo por Nahum Sokolov bajo el título de *Tel Aviv*, que se convertiría pronto en un importante topónimo.

44. Sobre todos estos contactos, Theodor Herzl, *Journal, op. cit*., pp. 335-358 y 367-377.

45. R. Neher-Bernheim, *op. cit*., vol. II, pp. 329-331 y 349-358.

46. Véase Norman Cohn, *Histoire d'un mythe. La «conspiration» juive et les protocoles des sages de Sion*, esp. p. 113 y ss.

47. Véase, *infra*, el capítulo siguiente.

48. Stefan Zweig, *El mundo de ayer*, p. 76.

49. Confidencia de Nordau a H. Weizmann, recogida en una carta coetánea de este; Jaim Weizmann, *Cartas selectas*, p. 38.

50. Jaim Sela, *Teodoro Herzl*, p. 89. Sobre la última década de la vida de Herzl, véase también Barnet Litvinoff, *op. cit*., pp. 84-118.; y aun las memorias de Chaim Weizmann, *Prueba y error*, especialmente pp. 51-63.

1. Henry Laurens, *op. cit*., vol. I, p. 74; Franck Debié y Sylvie Fouet, *La paix en miettes. Israël et Palestine (1993-2000)*, pp. 39-40 y 51-54.

2. Nadine Picaudou, *Les palestiniens, un siècle d'histoire*, pp. 17-18.

3. Flora Randegger-Friedenberg, «De Trieste a Jerusalén. El diario de viaje de una maestra judía», *Ariel*, núm. 61 (1985), pp. 5065. Véase también Nathan Weinstock, *Renaissance d'une nation*, pp. 204- 233.

4. En hebreo, esta distribución se denomina *haluka*.

5. Véase Jeff Halper, «Los judíos persas de Nevé Shalom», *Ariel*, núm. 53 (1983), pp. 34-50.

6. Sobre todo esto, Georges Bensoussan, *op. cit*., pp. 176-181.

7. El personaje y su contexto en Herbert R. Lottman, *La dynastie Rothschild*, esp. pp. 97-99.

8. Georges Bensoussan, *op. cit*., p. 166.

9. Theodor Herzl, *Journal*, *op. cit.*, p. 212.

10. Sobre este, Arié Lubovsky, «Los subotniks de Iesod Hamaalá», *Ariel*, núm. 90 (1993), pp. 34-49.

11. Citado por Georges Bensoussan, *op. cit*., pp. 131-132.

12. Henry Laurens, *op. cit.*, vol. I, p. 146; Georges Bensoussan, *op. cit.*, pp. 169-173.

13. *Ibid.*, p. 182.

14. Una visión canónica sobre el personaje y su obra en Jack Fellman, «Eliézer Ben-Yehudá y el renacimiento de una lengua», *Ariel*, núm. 104 (1997), pp. 26-31. Es muy interesante el paralelismo con Ben-Yehudá que plantea Norman Berdichevsky, «Zamenhof y el esperanto», *Ariel*, núm. 64 (1986), pp. 58-71. Véase también Georges Bensoussan, *op. cit*., pp. 336-363, y Barnet Litvinoff, *op. cit*., pp. 37-57.

15. Véase Judith Cooper-Weill, «Las primeras escuelas hebreas en Eretz Israel», *Ariel*, núm. 104 (1997), pp. 32-37.

16. Más radicales, algunos autores judíos modernos describen la Palestina de entonces como un páramo despoblado, con entre 50.000 y 100.000 habitantes. Véase, por ejemplo, Claude Franck y Michel Herszlikowicz, *Le sionisme*, pp. 8-11.

17. Theodor Herzl, *Pays ancien, pays nouveau*, pp. 143-147.

18. Es lo que han hecho algunos de los «nuevos historiadores» israelíes, cuyas tesis resume Ilan Greilsammer, *La nouvelle histoire d'Israël*, pp. 96-101.

19. Véanse, sobre este punto, las reflexiones de Maxime Rodinson, *Israel, Estat colonial?*, esp. pp. 23-43.

20. Citado por Sholomo Avineri, *op. cit*., pp. 141-142; Élie Barnavi, *Une histoire moderne d'Israël*, p. 175; y Tony Kushner y Alisa Solomon, *Wrestling with Zion: Progressive Jewish-American Responses to the Israeli-Palestinian Conflict*, pp. 14-15.

21. Georges Bensoussan, *op. cit*., pp. 187-206; Walter Laqueur, *op. cit*., p. 235 y ss.

22. N. Azoury, *Le réveil de la nation arabe*, París, 1905, p. v; citado por Georges Bensoussan, *op. cit*., p. 201.

23. Un resumen en J. Sela, *op. cit.*, pp. 87-89.

24. Adam Rovner, *In the Shadow of Zion: Promised Lands Before Israel*, pp. 45-78.

25. Ruben Meltzer, *Nahum Sokolov*, p. 48 y ss.

26. La cifra, en Walter Laqueur, *op. cit*., p. 163. Véase también R. Neher-Bernheim, *op. cit*., vol. III, pp. 18-29.

27. Aryeh Rubinstein, *Le retour à Sion*, p. 34. En 1912, por ejemplo, la Organización Sionista registra en el puerto de Jaffa 3.400 llegadas y 1.450 salidas.

28. Avraham Avi-Hai, *Ben-Gurion, el constructor del Estado judío*, p. 32.

29. El nombre, extraído de la Biblia, se puede traducir textualmente por «Colina de la primavera», y literariamente por «La primavera sobre las ruinas». En 1902, al preparar la versión hebrea de la novela *Altneuland*, de Herzl, N. Sokolov la había titulado *Tel Aviv*.

30. Eliezer Ben-Rafael y otros, *Le kibboutz*, pp. 13-14; y también, Walter Laqueur, *op. cit*., p. 319.

31. Judith Cooper-Weill, art. cit., p. 37.

32. Robert Friend y Shimon Sandbank, «La poesía de Rajel», *Ariel*, núm. 94 (1994), pp. 45-55.

33. Henry Laurens, *op. cit.*, vol. I, pp. 244-250.

34. Véase la entusiasta descripción que hace de ello, en agosto de 1915, el cónsul de España en Jerusalén; conde de Ballobar, *Diario de Jerusalén (1914-1919)*, pp. 114-115. El mismo observador había escrito pocas semanas antes, después de recorrer los alrededores de Jaffa, que «pude también admirar una vez más la diferencia entre el modo de cultivar la tierra por parte de la gente del país y los colonos alemanes y judíos. Lo que sería de esta llanura si toda ella estuviera en manos de estos últimos...». *Ibid*., pp. 109 y 189-190.

35. Albert Hourani, *Historia de los pueblos árabes*, p. 410.

36. Nadine Picaudou, *op. cit.*, pp. 33-35.

37. Un resumen de este debate en Georges Bensoussan, *op. cit.*, pp. 206-213.

38. Sobre estos contactos, Henry Laurens, *op. cit.*, vol. I, pp. 272-277.

39. Citado por Nadine Picaudou, *op. cit*., p. 35.

40. Walter Laqueur, *op. cit.*, pp. 173-176.

41. El diario del cónsul español hace varias alusiones a ello; conde de Ballobar, *op. cit.*, pp. 69, 79, 81, 83, 113.

42. Aryeh Rubinstein, *op. cit.*, p. 49.

43. Conde de Ballobar, *op. cit*., pp. 197, 200 y 229

44. Sobre el Nili, R. Neher-Bernheim, *op. cit*., vol. III, pp. 131-136 y 182-185. También Harold M. Blumberg, «Beit Aaronsohn», *Ariel*, núm. 52 (1982), pp. 76-84.

45. Marius Schattner, *Histoire de la droite israélienne*, pp. 37-51. Véase también Vladimiro Jabotinsky, *La Legión Judía en la guerra de 1914*.

46. Por ejemplo, el padre del futuro primer ministro Y. Rabin; Yitzhak Rabin, *Mémoires*, pp. 9-11.

47. Henry Laurens, *op. cit.*, vol. I, pp. 297-301; y también J.-P. Alem, *Judíos y árabes, 3.000 años de historia*, pp. 95-101. Una brillante visión de conjunto sobre todo este período en David Fromkin, *A peace to end all peace. The fall of the Ottoman Empire and the Creation of the Modern Middle East*. También, James Barr, *Une ligne dans le sable*, pp. 17-113.

48. David Fromkin, *op. cit*., pp. 218-228 y 309-311; Henry Laurens, *op. cit*., vol. I, pp. 310-319. Sobre T. E. Lawrence, John E. Mack, *Lawrence de Arabia*, esp. pp. 175-345. También, Rémi Kauffer, *La saga des Hachémites*.

49. Citado por Walter Laqueur, *op. cit.*, p. 202; véanse también las anteriores y siguientes.

50. Henry Laurens, *op. cit.*, vol. I, pp. 281-329-335.

51. Léon Poliakov, *op. cit.*, vol. II, pp. 403-405.

52. Carta dirigida a Israel Zangwill, con fecha 19 de octubre de 1914; Jaim Weizmann, *Cartas selectas*, *op. cit*., pp. 52-54; Chaim Weizmann, *Prueba y error*, pp. 121-191.

53. Esta versión, en la biografía panegírica de Arie Comay, *Jaim Weizmann*, esp. p. 19. Véase el excelente ensayo *Chaim Weizmann y el nacionalismo liberal*, en Fritz Stern, *op. cit*., pp. 237-265; y también Ilan Greilsammer, *Chaïm Weizmann*, en Élie Barnavi y S. Friedlander, *op. cit*., pp. 720-729.

54. Por ejemplo, en una carta fechada en febrero de 1906 y reproducida en Jaim Weizmann, *Cartas selectas*, *op. cit*., pp. 42-44.

55. El texto completo en Henry Laurens, *op. cit*., vol. I, 349.

56. Los siete redactados, en Jean-Pierre Alem, *La déclaration Balfour, aux sources de l'État d'Israël*, pp. 48-51; el libro contiene, asimismo, un minucioso análisis del texto definitivo y de su contexto histórico.

57. Georges Bensoussan, *op. cit*., pp. 84-85.

58. Además de las obras ya mencionadas, véanse sobre este tema Walter Laqueur, *op. cit*., pp. 196-224, y Henry Laurens, *op. cit*., vol. I, pp. 335-368.

59. En una carta a lord Rothschild fechada en el mismo 2 de noviembre; Jaim Weizmann, *Cartas selectas*, *op. cit*., pp. 78-79.

60. Citado por Isaiah Friedman, *Germany, Turkey and Zionism, 1897-1918*, pp. 382-383.

61. Jean-Pierre Alem, *Judíos y..., op. cit.*, pp. 102 a 104; Henry Laurens, *op. cit.*, vol. I, pp. 381-384.

62. Despacho del ministro de Francia en Egipto, citado por Henry Laurens, *ibid*., vol. I, p. 396. Véase también Philippe Prévost, *La France et l'origine de la tragédie palestinienne*, pp. 123-179.

63. *Ibid*., vol. I, pp. 397-406; Jaim Weizmann, *Cartas selectas*, *op. cit*., pp. 92-93.

64. Véanse, sobre los incidentes de noviembre-diciembre de 1918 en Jerusalén, los comentarios del cónsul de España, que se refiere a ellos como «la primera escaramuza seria entre judíos y cristiano-musulmanes»; conde de Ballobar, *op. cit.*, pp. 280-282.

65. El texto íntegro en Henry Laurens, *op. cit.*, vol. I, pp. 441-442; y también Jean-Pierre Alem, *Judíos y árabes*..., *op. cit.*, pp. 114-116.

66. La frase entre comillas es de Weizmann; Henry Laurens, *op. cit.*, vol. I, pp. 452-455; sobre las aspiraciones territoriales sionistas en ese momento, Franck Debié y Sylvie Fouet, *op. cit.*, pp. 58-61.

67. Henry Laurens, *op. cit.*, vol. I, p. 476.

68. Conde de Ballobar, *op. cit*., p. 251.

69. *Ibid*., p. 253. Sobre las rivalidades y tensiones franco-británicas véanse también las pp. 289-297.

70. Las dos cartas, fechadas respectivamente en el 18 de abril y el 30 de mayo de 1918, en H. Weizmann, *Cartas selectas*, *op. cit.*, pp. 84-92.

71. Sobre el episodio de Tel Hai véase R. Neher-Bernheim, *op. cit.*, vol. III, pp. 230-261; en cuanto a la construcción y significado del mito, Ilan Greilsammer, *op. cit.*, pp. 101 a 104.

72. Henry Laurens, *op. cit.*, vol. I, p. 516.

1. Guideón Ofrat, «En busca del pionero perdido», *Ariel*, núm. 62 (1985), p. 26.

2. Peretz Merhav, *La gauche israélienne*, pp. 111-141.

3. Véase Mijael Levín, «La ‘‘ciudad jardín’’ como fuente de inspiración para Nahalal», *Ariel*, núm. 69 (1987), pp. 14-23. Las vivencias de una de las familias fundadoras de Nahalal en Moshe Dayan, *Histoire de ma vie*, pp. 19-21.

4. Peretz Merhav, *op. cit.*, pp. 51-64.

5. Un extenso resumen del documento en Henry Laurens, *op. cit*., vol. I, pp. 554-559; sobre la visita del ministro de Colonias véase también François Bédarida, *Churchill*, pp. 183-184.

6. Jaim Weizmann, *Cartas selectas*, *op. cit.*, pp. 102-104.

7. Henry Laurens, *op. cit*., vol. I, pp. 580-583.

8. Sobre el *Libro Blanco* de 1922 y sobre la carta del Mandato, véase *ibid*., vol. I, pp. 609-627.

9. Jean-Pierre Alem, *Judíos y...*, *op. cit*., pp. 137-138; Louis-Jean Duclos, *La Jordanie*, pp. 28-30 y 46 a 48; Pierre-Jean Luizard, *La question irakienne*, pp. 33-36.

10. Jean-Pierre Alem, *Judíos y...*, *op. cit.*, p. 140.

11. Henry Laurens, *op. cit.*, vol. II, p. 59.

12. Sobre las vicisitudes de estas tres federaciones, véase Walter Laqueur, *op. cit.*, pp. 352-357.

13. Un 5.000% entre 1910 y 1944; Georges Bensoussan, *op. cit*., p. 182.

14. Un análisis exhaustivo de la demografía y la economía del Mandato en Henry Laurens, *op. cit*., vol. II, pp. 107-151.

15. *Ibid*., vol. II, pp. 168-181; el mapa y las cifras de la violencia, en Martin Gilbert, *Atlas del conflicto árabe-israelí*, p. 15. Un año después de los hechos, el escritor francés Edmond Fleg recogió testimonios judíos en el libro *Ma Palestine*; véase el volumen colectivo *Israël. Rêve d'une terre nouvelle*, pp. 431-450.

16. Así lo sintetiza Weizmann en una carta al general sudafricano Jan Smuts fechada en el 28 de noviembre de 1929; Jaim Weizmann, *Cartas*..., *op. cit*., pp. 113-116.

17. Walter Laqueur, *op. cit.*, pp. 531-533; Henry Laurens, *op. cit.*, vol. II, pp. 192-211.

18. Las tentativas del gobierno británico del Mandato para establecer un órgano análogo para los árabes palestinos descarrilaron por el boicot que esta comunidad había acordado en el V Congreso Palestino celebrado en Nablus en 1922. Abdul-Wahhab Kayyali, *Palestine: A Modern History*, pp. 113-114.

19. Véase Georges Bensoussan, *op. cit*., pp. 240-244.

20. En una carta a Edmond de Rothschild; Jaim Weizmann, *Cartas..., op. cit.*, p. 121.

21. Las relaciones entre Jabotinsky y los sectores más radicales del movimiento revisionista, En Joseph Heller, *The Stern Gang: Ideology, Politics and Terror, 1940-1949*, pp. 11-22.

22. Sobre Jabotinsky y el revisionismo, M. Schattner, *op. cit*., pp. 53-110; Walter Laqueur, *op. cit*., pp. 371-419; Georges Bensoussan, *op. cit*., pp. 476-481; Avi Shlaim, *El muro de hierro*, pp. 4652. En cuanto a los flirteos de Mussolini con el sionismo véase Jacob Draenger, *Nahoum Goldmann*, p. 229.

23. El proceso de unificación, en P. Merhav, *op. cit*., pp. 65-78. Véase también Steve Jourdin, *Israël: autopsie d'une gauche (1905-1995)*, pp. 25-87.

24. Un interesante análisis sobre la relación cambiante del sionismo con el uso de la fuerza, en Georges Bensoussan, *op. cit.*, pp. 793-821.

25. «Confiemos en que el nacimiento de la ciencia en la Tierra de Israel conduzca al nacimiento del Estado hebreo», escribe por estas fechas un periódico judío polaco; Dan Almagor, «Ensayo general para la independencia», *Ariel*, núm. 111 (2001), pp. 101-112.

26. Rami Tal, «La prensa israelí», *Ariel*, núm. 99-100 (1995), pp. 128-131.

27. Sobre los congresos sucesivos, Walter Laqueur, *op. cit*., pp. 500-508, 535-546 y 554-556; Henry Laurens, *op. cit*., vol. II, pp. 47-48, 81-82, 105, 168, 218-220 y 255-257.

28. *Ibid*., vol. II, p. 247.

29. Las cifras proceden de *ibid*., vol. II, pp. 133, 274-384, y también de Georges Bensoussan, *op. cit*., pp. 374-375.

30. Durante los 11 años anteriores, los capitales de los inmigrantes habían sumado 20 millones; Walter Laqueur, *op. cit.*, p. 352. Sobre los acuerdos sionistas con Berlín y el debate politicomoral subsiguiente, Tom Segev, *Le septième milion*, pp. 31-46.

31. Los datos económicos en Henry Laurens, *op. cit*., vol. II, pp. 272-280.

32. Fred S. Worms, «El sionismo y sir Isaiah Berlin», *Ariel*, núm. 110 (1999), pp. 48-55; T. Segev, *Le septième milion*, *op. cit.*, pp. 47-81; sobre la actitud de científicos judíos alemanes ante la hipótesis de emigrar a Palestina, Fritz Stern, *op. cit*., pp. 169-171. También, Thomas Sparr, *Grunewald en Oriente. La Jerusalén germanojudía*.

33. Henry Laurens, *op. cit.*, vol. I, pp. 618-619; vol. II, pp. 155 y 223-228.

34. Citado por Nadine Picaudou, *op. cit*., p. 87.

35. *Ibid*., pp. 61-89.

36. En árabe, «juez», magistratura encargada de interpretar el derecho islámico y de promulgar una *fatwa*.

37. Véase Henry Laurens, *op. cit*., vol. II, pp. 62-67, 92-101, 223-228 y 288-291.

38. *Ibid*., vol. II, pp. 83-84 y 225-226; René Neher-Bernheim, *op. cit*., vol. IV, p. 327.

39. Informe del cónsul de Francia en Jerusalén datado el 5 de junio de 1933 y reproducido por Henry Laurens, *op. cit*., vol. II, p. 259.

40. *Ibid*., vol. II, pp. 296-298; Nadine Picaudou, *op. cit*., pp. 8788; Xavier Baron, *I Palestinesi. Genesi di una nazione*, pp. 46-50; Claude Faure, *Shalom, Salam*, pp. 182-351.

41. Discurso del 24 de marzo de 1936, citado según un informe diplomático francés; Henry Laurens, *op. cit*., vol. II, pp. 303-304.

42. *Ibid*., vol. II, pp. 306-330; Nadine Picaudou, *op. cit*., pp. 8993; Benny Morris, *Vittime*, pp. 167-176. La cartografía de la revuelta, en Martin Gilbert, *op. cit*., pp. 20-23.

43. Carta de Ben-Gurion con fecha de 31 de mayo de 1936, citada por Marius Schattner, *op. cit*., pp. 161-162.

44. Moshe Dayan, *op. cit*., pp. 35-37; véase también Ilan Greilsammer, *op. cit*., pp. 112-121. Un retrato de Wingate en Rémi Kauffer, *op. cit*., pp. 536-542.

45. Ya durante la Segunda Guerra Mundial, Orde Wingate aplicó con éxito sus métodos de guerra irregular contra los italianos en Abisinia (1940-1942) y, acto seguido, al frente de los célebres guerrilleros *chindits*, tras las líneas japonesas en Birmania; es allí donde encuentra la muerte, en un accidente aéreo, en marzo de 1944.

46. Georges Bensoussan, *op. cit*., p. 981; la experiencia concreta de Hamita, fundado en marzo de 1938 en la frontera libanesa, en Moshe Dayan, *op. cit*., pp. 33-35.

47. Marius Schattner, *op. cit.*, pp. 169-188; Walter Laqueur, *op. cit.*, pp. 409-411; Nathan Yalin-Mor, *Israël, Israël... Histoire du Groupe Stern*, pp. 63-76.

48. Un resumen de los reproches antibritánicos de Weizmann en esta coyuntura se puede leer en su carta del 4 de julio de 1937 al secretario de Colonias, William Ormsby-Gore; Jaim Weizmann, *Cartas*..., *op. cit*., pp. 135-138.

49. Las conclusiones de la comisión Peel, resumidas en Jean-Pierre Alem, *Judíos y..., op. cit.*, pp. 150-153, y Henry Laurens, *op. cit.*, vol. II, pp. 348-351.

50. Marius Schattner, *op. cit.*, p. 166; Henry Laurens, *op. cit.*, vol. II, pp. 342-651; Walter Laqueur, *op. cit.*, pp. 561-563.

51. En árabe, *Haram al-Sharif*, o «el Noble Santuario».

52. Henry Laurens, *op. cit.*, vol. II, pp. 408-413. El presidente de la comisión es un ex alto funcionario en la India, sir Charles Woodhead.

53. *Ibid*., vol. II, pp. 413-416; sobre la «Noche de los Cristales Rotos» véanse, por ejemplo, Ian Kershaw, *Hitler*, vol. II, pp. 143-150, y Gerald R. Reitlinger, *La solución final*, pp. 20-28.

54. Se equivoca, pues, Jean-Pierre Alem cuando sostiene (*Judíos y...*, *op. cit*., pág. 156) que «esta ha sido la única reunión donde árabes y judíos han consentido en sentarse juntos en derredor de la misma mesa»; véase Henry Laurens, *op. cit*., vol. II, pp. 420-428, y Walter Laqueur, *op. cit*., pp. 566-570.

55. Jean-Pierre Alem, *Judíos y...*, *op. cit.*, pp. 158-159; Walter Laqueur, *op. cit.*, pp. 574-576.

56. Jaim Weizmann, *Cartas...*, *op. cit.*, p. 145.

57. Henry Laurens, *op. cit.*, vol. II, pp. 440-448.

58. Pierre-Jean Luizard, *op. cit*., p. 40. Sobre las relaciones entre los nacionalistas árabes y las potencias nazifascistas, véase Stefano Fabei, *Il fascio, la svastica e la mezzaluna* y Gilbert Achcar, *Les arabes et la Shoah*.

59. De la petición enviada por el muftí a Berlín en agosto de 1940, citada por Henry Laurens, *op. cit.*, vol. II, p. 459. La réplica del Führer, en Stefano Fabei, *op. cit*., pp. 118-119.

60. Henry Laurens, *op. cit*., vol. II, pp. 460-461; Philippe Rondot, *L'Irak*, pp. 29-30; Shlomo Hillel, *Operación Babilonia*, pp. 19-20.

61. Jean-Pierre Digard, Bernard Hourcade y Yann Richard, *L'Iran au XXe Siècle*, pp. 93-95.

62. Según el acta alemana de la reunión; véanse Henry Laurens, *op. cit*., vol. II, pp. 464-470 y 664; y, con muchos más detalles, Stefano Fabei, *op. cit*., pp. 148-194, 205-219, 228-231 y 260-268.

63. La frase, con ligeras variantes, en *ibid*., vol. II, p. 442; en Avraham Avi-Hai, *op. cit*., p. 48, y en Marius Schattner, *op. cit*., p. 190.

64. Moshe Dayan, *op. cit*., pp. 38-51.

65. Marius Schattner, *op. cit*., pp. 190-200; el testimonio de uno de los lugartenientes de Stern en Nathan Yalin-Mor, *op. cit*., pp. 2353 y 88-102.

66. Moshe Dayan, *op. cit.*, pp. 52-61; Alain Michel, *Racines d'Israël. 1948: une plongée dans 3.000 ans d'histoire*, pp. 139-142.

67. Ilan Greilsammer, *op. cit.*, pp. 113-121 y 128-129; Henry Laurens, *op. cit.*, vol. II, pp. 482-506; Tom Segev, *Le septième milion*, pp. 85-91.

68. Los datos, en *ibid*., vol. II, pp. 476-481. Una crónica épica de la contribución judeopalestina al esfuerzo de guerra, en Pierre Van Paasen, *El aliado olvidado,* pp. 145-197.

69. Una historia novelada, pero con una sólida base documental, de esta unidad militar en Howard Blum, *La Brigada*; véase también Michel Bar-Zohar, *Los vengadores*.

70. Citado por Avraham Avi-Hai, *op. cit.*, p. 48.

71. El texto íntegro en Henry Laurens, *op. cit*., vol. II, pp. 472 a 476; véase también Walter Laqueur, *op. cit*., pp. 580-600.

72. Henry Laurens, *op. cit.*, vol. II, p. 504; véanse también pp. 488-503.

73. La versión testimonial del responsable político del Lehi –Shamir lo era militar– sobre todos estos acontecimientos, en Nathan Yalin-Mor, *op. cit*., pp. 116-215; una visión historiográfica, en Marius Schattner, *op. cit*., pp. 204-222.

74. Discurso ante la dirección de la Agencia Judía el 2 de abril de 1944; citado en Marius Schattner, *op. cit*., p. 209.

1. Benny Morris, *op. cit*., p. 207. Véase también Tom Segev, *Le septième milion*, *op. cit*., pp. 121-136.

2. Sobre los pogromos mencionados, véase Audrey Kichelewsky, *Les survivants. Les Juifs de Pologne depuis la Shoah*, pp. 28-47. Para la situación general de los supervivientes de los campos, véase Bernard Wasserstein, *Les juifs d'Europe depuis 1945*, pp. 21-54.

3. Aunque el Holocausto no es objeto de este libro, pueden ser útiles algunas referencias bibliográficas; en concreto, dos obras clásicas: Raoul Hilberg, *La destruction des juifs d'Europe*, 2 vols., y Gerald Reitlinger, *La solución final*; y también dos estudios de enfoque más innovador y polémico: Daniel Jonah Goldhagen, *Les bourreaux volontaires de Hitler*, y Eric A. Johnson, *El terror nazi. La Gestapo, los judíos y el pueblo alemán*.

4. Stefano Fabei, *op. cit.*, pp. 268-269; Henry Laurens, *op. cit.*, vol. II, pp. 522-549; Nadine Picaudou, *op. cit.*, pp. 107-110.

5. Jean-Pierre Alem, *Judíos y..., op. cit.*, p. 162; Walter Laqueur, *op. cit*., pp. 585-586.

6. Jean-Pierre Alem, *Judíos y...*, *op. cit.*, p. 166.

7. *Ibid*., pp. 169-170; Benny Morris, *op. cit*., p. 227.

8. Michael Cohen, *Palestine and the Great Powers, 1945-1948,* pp. 116-134.

9. *Ibid*., pp. 226-229; Henry Laurens, *op. cit*., vol. II, pp. 537-542 y 546-548.

10. Resolución unánime del Vaad Leumi, el 28 de noviembre de 1945; citada por Henry Laurens, *op. cit.*, vol. II, pp. 511-512.

11. Marius Schattner, *op. cit*., pp. 223-227; Yitzhak Rabin, *Mémoires*, pp. 18-20; crónicas detalladas de este período, en Nathan Yalin-Mor, *op. cit*., pp. 215-241 y Charles Enderlin, *Par le feu et par le sang*, pp. 183-280.

12. Los antecedentes y las diversas versiones sobre este episodio en *ibid*., pp. 242-249; Benny Morris, *op. cit*., pp. 229-230; Henry Laurens, *op. cit*., vol. II, pp. 550-553.

13. Marius Schattner, *op. cit*., pp. 229-235; Henry Laurens, *op. cit*., vol. II, pp. 561, 567, 569-570, 576-578 y 585-590. Un relato testimonial desde el punto de vista del Lehi en Nathan Yalin-Mor, *op. cit*., pp. 273-291 y 303-321.

14. El doloroso debate sobre la conducta del *yishuv* ante la Shoah, bien resumido en Ilan Greilsammer, *op. cit*., pp. 126-159; la principal contribución a la polémica es el libro de Tom Segev, *Le septième milion, op. cit*.

15. Citado por Idith Zertal, *Des rescapés pour un État. La politique sioniste d'immigration clandestine en Palestine 1945-1948*, p. 208. Se trata del estudio más reciente y riguroso sobre el tema, y el que seguimos en los próximos párrafos. Tom Segev (*Le septième milion*, *op. cit*., p. 158) reproduce una variante de la frase de Ben-Gurion: «No corresponde a la Agencia Judía encargarse de la reconstrucción de la Diáspora, sino trabajar por el reforzamiento del movimiento sionista en Palestina».

16. Ben-Gurion, el 6 de agosto de 1947; citado por Idith Zertal, *op. cit.*, p. 275.

17. Un relato épico, testimonial y colorista del episodio, en el libro del periodista francés Jacques Derogy, *La ley del retorno*.

18. *Le Populaire*, 1 de agosto de 1947; reproducido por Idith Zertal, *op. cit*., pp. 101-102. Véase también Jacques Dalloz, *La création de l'État d'Israël vue par la presse française*, pp. 26-46, que refleja el posicionamiento masivo a favor de los inmigrantes ilegales.

19. Idith Zertal, *op. cit*., p. 289; Benny Morris, *op. cit*., p. 226; Jacques Derogy, *La ley*..., *op. cit*., p. 355.

20. Jean-Pierre Alem, *Judíos y...*, *op. cit.*, pp. 173-175.

21. Alain Gresh y Dominique Vidal, *Palestine 47. Un partage avorté*, pp. 94-96.

22. Jean-Pierre Alem, *Judíos y...*, *op. cit.*, pp. 175-179; Henry Laurens, *op. cit.*, vol. II, pp. 562-567.

23. Jaim Weizmann, *Cartas...*, *op. cit.*, pp. 162-163.

24. Walter Laqueur, *op. cit.*, pp. 619-622; Henry Laurens, *op. cit.*, vol. II, p. 568; Jean-Pierre Alem, *Judíos y...*, *op. cit.*, pp. 178-179.

25. La frase es de W. Churchill en la Cámara de los Comunes, el 12 de noviembre de 1946; citada por Henry Laurens, *op. cit*., vol. II, p. 569.

26. Alain Gresh y Dominique Vidal, *op. cit*., pp. 71-72.

27. *Ibid*., pp. 12-14; Ilan Pappé, *La guerre de 1948 en Palestine, aux origines du conflit israélo-arabe*, pp. 34-40. El valioso testimonio del delegado guatemalteco, en Jorge García Granados, *Así nació Israel*, pp. 11-17.

28. El texto, en Alain Gresh y Dominique Vidal, *op. cit*., pp. 226-233; extractos en Henry Laurens, *op. cit*., vol. II, pp. 578-580, y sobre todo en Laurent Rucker, *Staline, Israël et les Juifs*, pp. 98-101.

29. La Región Autónoma fue oficialmente creada en mayo de 1934; véase Robert Weinberg, *Le Birobidjan 1928-1996: l'histoire oubliée de l'«l'État juif» fondé par Staline*; una visión propagandística soviética en el folleto de Viacheslav Kostikov, *Entre el Bira y Bidzhán*.

30. Laurent Rucker, *op. cit*., pp. 32-60. Sobre los judíos en la URSS, véanse Jean-Jacques Marie, *L'antisémitisme en Russie*, pp. 227-376; y sobre todo Arkadi Vaksberg, *Staline et les juifs*, pp. 67-118.

31. Alain Gresh y Dominique Vidal, *op. cit.*, pp. 129-138; Laurent Rucker, *op. cit.*, pp. 61-97.

32. Laurent Rucker, *op. cit*., pp. 247-274; Arkadi Vaksberg, *op. cit*., pp. 169-224.

33. Henry Laurens, *op. cit.*, vol. II, pp. 582-679.

34. Jorge García Granados, *op. cit*., p. 56; ejemplos de la hostilidad árabe y de las discriminaciones contra los judíos de la comitiva internacional en pp. 55, 96, 102-104, 105-108, etcétera.

35. Ilan Pappé, *op. cit*., p. 43.

36. Era muy común el uso del término «palestino» para referirse a los judíos de Tierra Santa antes de la proclamación de Israel. El *Jerusalem Post*, principal periódico anglófono del país, recibió el nombre de *Palestine Post* hasta 1950.

37. Sobre las experiencias y reacciones de los miembros de la UNSCOP es imprescindible la lectura íntegra de Jorge García Granados, *op. cit*.; también, Alain Gresh y Dominique Vidal, *op. cit*., pp. 21-23, y Nadine Picadou, *op. cit*., pp. 104-105.

38. Las citaciones provienen de Jorge García Granados, *op. cit*., pp. 258-259; también, Alain Gresh y Dominique Vidal, *op. cit*., pp. 23-24.

39. Henry Laurens, *op. cit.*, vol. II, pp. 557-585.

40. Jorge García Granados, *op. cit*., pp. 270-290; Ilan Pappé, *op. cit*., pp. 48-49.

41. *Ibid*., pp. 50-56; Henry Laurens, *op. cit*., vol. II, pp. 591-593.

42. Las expresiones del rechazo árabe, en Alain Gresh y Dominique Vidal, *op. cit*., p. 26, e Ilan Pappé, *op. cit*., pp. 56-57.

43. Indicios de esta actitud desde febrero de 1947 recogidos por Henry Laurens, *op. cit*., vol. II, pp. 574 y 593-595; por esas fechas, el muftí manifiesta en privado a El Cairo que no teme la fuerza del sionismo, que se trata de un *bluff*...

44. Roser Lluch i Oms, *Golda Meïr. Una líder per Israel*, p. 57; Marie Syrkin, *Golda Meir, líder de Israel*, p. 168.

45. La cita corresponde al discurso del delegado S. Tsarapkin; véase Laurent Rucker, *op. cit*., pp. 103-107.

46. Ilan Pappé, *op. cit*., pp. 57-66.

47. «Israel nació metiéndose en medio de una brecha histórica fortuita», ha escrito Paul Johnson, «que se abrió brevemente durante unos pocos meses de 1947-1948». Sobre la cuestión de las relaciones del *yishuv* con los Estados Unidos y la Unión Soviética durante el proceso de independencia véase Paul Johnson, *Historia de los judíos*, pp. 769-772. En cuanto al rápido deterioro de las relaciones con el bloque soviético que vendría después, Elie Podeh, «The Desire to Belong Syndrome: Israel and Middle Eastern Defense, 1948-1954», en *Israel Studies*, pp. 121-149.

48. Jorge García Granados, *op. cit*., p. 333.

49. Alain Gresh y Dominique Vidal, *op. cit.*, pp. 11-12, 101-139. Un relato de los avatares diplomáticos de este período desde el punto de vista árabe, en Walid Khalidi, *L'histoire véridique de la conquête de la Palestine*, pp. 43-51.

50. Una minuciosa cartografía de los incidentes armados desde el 30 de novembre de 1947, en Martin Gilbert, *op. cit*., pp. 39-46.

51. Alain Gresh y Dominique Vidal, *op. cit*., pp. 140-144.

52. Citado por Benny Morris, *op. cit*., p. 245.

53. Sobre esta primera fase de la guerra véanse *ibid*., pp. 251-261; Ilan Pappé, *op. cit*., pp. 111-122; Walid Khalidi, *op. cit*., pp. 52-59; Alain Gresh y Dominique Vidal, *op. cit*., pp. 144-152; Avi Shlaim, *op. cit*., pp. 65-71; Henry Laurens, *op. cit*., vol. III, pp. 39-52.

54. Alain Gresh y Dominique Vidal, *op. cit*., pp. 153-158; Ahron Bregman y Jihan El-Tahri, *Israël et les arabes*, pp. 41-43; H. Laurens, *op. cit*., vol. III, pp. 53-61.

55. Alain Gresh y Dominique Vidal, *op. cit*, p. 156.

56. Citado por Laurent Rucker, *op. cit*., p. 109.

57. Un resumen de este plan, en Jean-Pierre Alem, *Judíos y..., op. cit*., p. 385.

58. Jaim Weizmann, *Cartas...*, *op. cit.*, pp. 167-168.

59. Walid Khalidi, *op. cit*., p. 60; Alain Gresh y Dominique Vidal, *op. cit*., p. 158.

60. Benny Morris, *op. cit*., p. 246.

61. Las versiones más oficialistas tienden a rebajar el volumen de los efectivos judíos; véase, por ejemplo, Jaim Herzog, *Las guerras árabe-israelíes*, pp. 19-21.

62. Sobre Marcus y los voluntarios véanse las evocaciones de Yitzhak Rabin, *op. cit*., pp. 31-32, y Moshe Dayan, *op. cit*., pp. 86-87; también el documental francés *Mahal*, producido en 1998 por Télé Images International.

63. Roser Lluch i Oms, *op. cit*., pp. 55-56; y también, Marie Syrkin, *op. cit*., pp. 157-164 y 180-182.

64. Laurent Rucker, *op. cit*., pp. 132-142.

65. *Ibid*., p. 132; Yitzhak Rabin, *op. cit*., p. 32. Sobre la preparación politicomilitar del *yishuv*, véanse Ilan Pappé, *op. cit*., pp. 74-86; Alain Gresh y Dominique Vidal, *op. cit*., pp. 144-149; Benny Morris, *op. cit*., pp. 240-242 y 245-248; y el valioso testimonio del secretario del gobierno provisional, Zeev Sharef, *Les trois glorieuses d'Israël*, pp. 55-78.

66. Benny Morris, *op. cit*., pp. 238-239.

67. Sobre el encuentro entre Abdullah y Golda Meir en Ammán, el 10 de mayo de 1948, véase Marie Syrkin, *op. cit*., pp. 165-173, e Ilan Pappé, op. cit., pp. 180-182.

68. Sobre la preparación politicomilitar de los árabes, véase Walid Khalidi, *op. cit*., pp. 35-39, 43-44, 46-47, 52-53 y 56-58; Nadine Picadou, *op. cit.*, pp. 108-110; Ilan Pappé, *op. cit.*, pp. 86-110, 144-152 y 169-180; Benny Morris, *op. cit.*, pp. 239-240 y 248-251.

69. Sobre este episodio y el impacto de dicha muerte véase Walid Khalidi, *op. cit*., pp. 63-65. También, A. Bregman y J. El-Tahri, *op. cit.*, pp. 31-32.

70. W. Khalidi, *op. cit*., pp. 66-84; Alain Gresh y Dominique Vidal, *op. cit*., pp. 158-163; Benny Morris, *op. cit*., pp. 261-273.

71. El historiador árabe Walid Khalidi (*op. cit.*, p. 67), después de citar cálculos de 245 a 350 víctimas, escribe: «Estimamos, por nuestra parte, que el balance es sensiblemente inferior a estas dos cifras». Véase también Marius Schattner, *op. cit.*, pp. 238-243, la versión del grupo Stern en Nathan Yalin-Mor, *op. cit.*, pp. 360-365, y H. Laurens, *op. cit.*, vol. III, pp. 74-75.

72. Benny Morris, *op. cit*., pp. 319-327; Ilan Pappé, *op. cit*., pp. 124-140; Alain Gresh y Dominique Vidal, *op. cit*., pp. 201-208; H. Laurens, *op. cit*., vol. III, pp. 78-85.

73. Benny Morris, *op. cit*., p. 324.

74. Walid Khalidi, *op. cit*., p. 81.

75. Reproducido por Jacques Dalloz, *op. cit*., p. 74.

76. Una minuciosa crónica de la reunión en Zeev Sharef, *op. cit*., pp. 79-135.

77. Este fue el eufemismo bíblico (en hebreo, Tsur Israel) elegido para evitar la mención explícita de Dios en el documento.

78. Zeev Sharef, *op. cit*., pp. 139-272; Shelley Kleiman, «Sacar fuerzas de flaqueza. El Estado de Israel proclama su independencia», *Ariel*, núm. 107-108 (1998), pp. 28-47; Alain Michel, *op. cit*., pp. 11-19. Una versión castellana de la Declaración de Independencia, en Joan B. Culla, *El mundo contemporáneo. Grandes textos y documentos políticos*, pp. 266-270.

79. Yitzhak Rabin, *op. cit*., pp. 28-29.

80. Los extractos de diarios franceses, en Jacques Dalloz, *op. cit*., pp. 78-80.

81. Revista literaria *Davar*, Buenos Aires, diciembre de 1948; reproducido en *Raíces*, núm. 42 (2000), pp. 39-40.

82. Jacques Dalloz, *op. cit*., p. 86; Benny Morris, *op. cit*., p. 278; Ilan Pappé, *op. cit*., p. 174.

83. Jaim Herzog, *Las guerras*..., *op. cit*., p. 48.

84. Benny Morris, *op. cit*., p. 284. Sobre la superioridad israelí en materia de información véanse Benny Morris e Ian Black, *Mossad*, pp. 62-98; Avi Shlaim, *op. cit*., pp. 71-80, y A. Bregman y J. El-Tahri, *op. cit*., pp. 41-46.

85. Benny Morris, *op. cit*., pp. 274-283; Ilan Pappé, *op. cit*., pp. 152-158; Jean-Pierre Alem, *Judíos y...*, *op. cit*., pp. 230-231.

86. Benny Morris, *op. cit*., pp. 284-300; Jaim Herzog, *Las guerras*..., *op. cit*., pp. 51-93; H. Laurens, *op. cit*., vol. III, pp. 107-114.

87. Entre octubre de 1947 y marzo de 1949 los sionistas gastan 78,3 millones de dólares para adquirir material militar en el extranjero; Benny Morris, *op. cit.*, pp. 277-278; H. Laurens, *op. cit*., vol. III, pp. 125-132.

88. Véase el testimonio apesadumbrado de uno de estos oficiales en Yitzhak Rabin, *op. cit*., pp. 34-35 y 42-43.

89. Marius Schattner, *op. cit*., pp. 243-249; Alain Gresh y Dominique Vidal, *op. cit*., pp. 184-186; Moshe Dayan, *op. cit*., pp. 8586; Richard Amdur, *Menachem Begin*, pp. 84-87.

90. Un análisis detallado y muy favorable sobre el primer plan Bernadotte en Ilan Pappé, *op. cit*., pp. 196-209. H. Laurens, *op. cit*, vol. III, pp. 132-140. La cita de Glubb, en Jean-Pierre Alem, *Judíos y*..., *op. cit*., p. 239.

91. Jaim Herzog, *Las guerras...*, *op. cit*., pp. 95-107; Benny Morris, *op. cit*., pp. 301-306; Moshe Dayan, *op. cit*., pp. 88-110; H. Laurens, *op. cit*., vol. III, pp. 140-149.

92. Ilan Pappé, *op. cit.*, pp. 214-222; Marius Schattner, *op. cit.*, pp. 249-255; H. Laurens, *op. cit.*, vol. III, pp. 153-164.

93. Laurent Rucker, *op. cit.*, pp. 126-130.

94. Benny Morris, *op. cit*., pp. 282-283; H. Laurens, *op. cit*., vol III, págs. 164 a 169.

95. *Ibid*., pp. 308-314; Ilan Pappé, *op. cit*., pp. 223-237; Jaim Herzog, *Las guerras*..., *op. cit*., pp. 108-124; H. Laurens, *op. cit*., vol. III, pp. 164-169.

96. Nadine Picadou, *op. cit.*, pp. 121-124.

97. Benny Morris, *op. cit.*, pp. 316-319; Ilan Pappé, *op. cit.*, pp. 238-260. Las negociaciones con Abdullah según uno de los interlocutores israelíes, en Moshe Dayan, *op. cit*., pp. 125-139.

98. Del texto de la convención entre Egipto e Israel, reproducida en parte en «Les Temps Modernes», *El conflicte àrab-israelita*, pp. 537-538.

1. Las cifras, con ligeras variantes, en Benny Morris, *op. cit*., pp. 328-329; Nadine Picaudou, *op. cit*., p. 114; Martin Gilbert, *op. cit*., p. 49.

2. Ilan Pappé, *op. cit.*, pp. 213-214.

3. Un análisis minucioso de su desarrollo en *ibid*. pp. 270-315; también, H. Laurens, *op. cit*., vol. III, pp. 219-237.

4. I. Pappé, *op. cit.*, p. 306.

5. Philippe Rondot, *La Syrie*, pp. 41-42.

6. Ilan Pappé, *op. cit.*, pp. 316-325; Nadine Picaudou, *op. cit.*, pp. 119-121.

7. Un análisis agudo sobre el papel de los «expulsados» en la nueva Alemania de Bonn en Dennis L. Bark y David R. Gress, *Histoire de l'Allemagne depuis 1945*, pp. 295-302.

8. Véase Christophe Jaffrelot (dir.), *Le Pakistan*, pp. 33 y ss.

9. Sobre las circunstancias políticas en el origen de esta inmigración del este de Europa, véase Laurent Rucker, *op. cit*., pp. 149-155.

10. Tom Segev, *Le septième milion*, *op. cit.*, pp. 187- 226; la cita, en las pp. 191-192.

11. *Ibid*., pp. 149-150.

12. Haïm Saadoun, *L'hostilité croissante. L'élément palestinien et la fin des communnautés juives en terre d'Islam (1920-1967)*, en Shmuel Trigano (dir.), *L'exclusion des juifs del pays arabes*, pp. 27-28.

13. Ya’akov Meron, *L’expulsion des juifs des pays arabes*, en *ibid*., pp. 110-111.

14. Sobre todos estos movimientos de población, véase Shmuel Trigano (dir.), *op. cit.*, y también Moïsé Rahmani, *L'exode oublié. Juifs des pays arabes*. Por lo que se refiere al caso iraquí, véanse los recuerdos de Shlomo Hillel, *Operación Babilonia*. La cita bíblica corresponde a Éxodo, 19,4.

15. La obra básica sobre estos problemas, la cual vamos a seguir en los próximos párrafos, es Tom Segev, *Les premiers Israéliens*.

16. Ravit Hananel y Rachelle Alterman, לארשיב תויניד מה רוחהמי סילוקישהו סיכרעה :עקרק ירוטנ, pp. 53-120.

17. *Ibid*., pp. 142-182; Yehuda Dominitz, *Les Ma'abarot et les efforts d'Israël pour intégrer les nouveaux immigrants des pays arabes*, en Shmuel Trigano (dir.), *op. cit*., pp. 257-281; Alain Michel, *op. cit*., pp. 221-222.

18. *Ibid*., pp. 222-224; Tom Segev, *Les premiers Israéliens*, *op. cit.*, pp. 248, y 183- 225.

19. *Ibid*., pp. 334-363; Ilan Greilsammer, *op. cit*., pp. 263-265.

20. Los resultados electorales detallados de las seis primeras Knéset (1949-1965) en Avraham Avi-Hai, *op. cit.*, p. 86.

21. Según datos de julio de 1969, en Peretz Merhav, *op. cit*., pp. 218-219; véase también Élie Barnavi, *op. cit*., pp. 115-118.

22. Citado por Tom Segev, *Les premiers Israéliens*, *op. cit.*, p. 322.

23. Itamar Rabinovich y Jehuda Reinharz, *Israel in the Middle East. Documents and Readings on Society, Politics and Foreign Relations, Pre-1948 to the Present*, pp. 58-59.

24. Véanse Julien Bauer, *Les partis religieux en Israël*, pp. 20-44, y Tom Segev, *Les premiers Israéliens*, *op. cit.*, pp. 273-277.

25. Peretz Merhav, *op. cit.*, pp. 155-209 y 97-105; Julien Bauer, *Le système politique israélien*, pp. 16-21. S. Jourdin, *Israël: autopsie d'une gauche (1905-1995)*, pp. 93-151.

26. Peretz Merhav, *op. cit.*, pp. 192-193.

27. Marius Schattner, *op. cit*., pp. 257-301; Richard Amdur, *op. cit*., pp. 89-99; Daniel Gordis, *Menachem Begin and the Battle for Israel's Soul*, pp. 123-142.

28. Anita Shapira, סינושארה סירושעב תילארשיה הרבחה ךרדב הנידמ, pp. 61-72.

29. Doris Bensimon y Eglal Errera, *Israéliens, des juifs et des arabes*, pp. 311-431; Laurence Louer, *Les citoyens arabes d'Israël*, pp. 19-25.

30. *Ibid.*, p. 21.

31. Sobre la relación entre gobierno militar y patronaje véase Hillel Cohen, לארשיב סיברעהו ילארשיה ויעידומה :סיבוט סיברע, p. 263 y ss.

32. Doris Bensimon y Eglal Errera, *op. cit.*, pp. 432-452; Laurence Louer, *op. cit.*, pp. 31-45; Tom Segev, *Les premiers Israéliens, op. cit.*, pp. 65-91.

33. Hasta 1952 la duración del mandato presidencial estaba vinculada al de la Knéset. La limitación a dos mandatos se instituyó en 1964.

34. Élie Barnavi, *op. cit*., pp. 36 a 38; Julien Bauer, *Le système*..., *op. cit*., pp. 56-59.

35. Tom Segev, *Les premiers Israéliens*, *op. cit.*, pp. 297-298; Alain Michel, *op. cit.*, pp. 179-185; Élie Barnavi, *op. cit.*, pp. 36-37; Julien Bauer, *Le système...*, *op. cit.*, pp. 85-87; Claude Klein, *La démocratie d'Israël*, pp. 117-139.

36. Alain Michel, *op. cit.*, pp. 206-212.

37. *Ibid*., pp. 247-248 y 261-267; Élie Barnavi, *op. cit*., pp. 4348; Avraham Avihai, *op. cit*., pp. 113-131; Claude Klein, *op. cit*., pp. 229-264.

38. Este grupo consideraba la idea misma del Estado judío una abominación impía, y no dudó en expresar su simpatía hacia la OLP cuando la central palestina propugnaba la destrucción de Israel.

39. Sobre las relaciones entre ejército y comunidades ortodoxas véase Daniel Maman, *Military, State and Society in Israel*, pp. 173-202.

40. Alain Michel, *op. cit*., pp. 265-266; Élie Barnavi, *op. cit*., pp. 48-50; Doris Bensimon y Eglal Errera, *op. cit*., pp. 183-201; Tom Segev, *Les premiers Israéliens*, *op. cit.*, pp. 230-236 y 251-295.

41. *Ibid.*, p. 293.

42. Shabtai Teveth, *Ben-Gurion's Spy: The Story of the Political Scandal that Shaped Modern Israel*, p. 81; David Watry, *Diplomacy at the Brink: Eisenhower, Churchill, and Eden in the Cold War*, pp. 12-13.

43. Avraham Avi-Hai, *op. cit.*, pp. 172-177 y 295-310; Élie Barnavi, *op. cit.*, pp. 72-76; Rubén Meltzer, *David Ben-Gurion*, pp. 24-33.

44. Julien Bauer, *Le système...*, *op. cit*., p. 90; un extenso análisis del tema en las páginas 83 a 108; también, Claude Klein, *op. cit*., pp. 139-148.

45. Los dos últimos ejemplos, recogidos en *El País*, 31/12/2002 y 10/01/2003.

46. Moshe Dayan, *op. cit*., pp. 86-87; Yitzhak Rabin, *op. cit*., p. 173.

47. Tom Segev, *Les premiers Israéliens*, *op. cit.*, p. 304.

48. Benny Morris e Ian Black, *op. cit*., pp. 62-98.

49. *Ibid*., pp. 99-362, con un análisis detallado de la actuación del espionaje israelí hasta la guerra del Kippur. Una presentación mucho más novelada y asistemática en Gordon Thomas, *Mossad*.

50. Citado por Tom Segev, *Les premiers Israéliens*, *op. cit.*, p. 337.

51. Alain Michel, *op. cit.*, p. 236.

52. Élie Barnavi, *op. cit.*, pp. 120-130.

53. Eliezer Ben Rafael, Maurice Konopnicky y Placide Ram-Baud, *Le kibboutz*, esp. pp. 21- 23.

54. Alain Michel, *op. cit*., p. 237; Élie Barnavi, *op. cit*., p. 124.

55. Tom Segev, *Le septième milion, op. cit.,* pp. 229-231; Alain Michel, *op. cit*., pp. 129-130. La expresión Yad Vashem –traducible por «un monumento y un nombre»– procede de un versículo de la Biblia (Isaías, 56,5) donde Dios promete a los que no pueden tener descendencia: «yo les daré en mi casa y en mis muros una estela y un nombre que va a valer más que hijos e hijas: les daré un nombre eterno que no se perderá jamás».

56. Tanto la síntesis del episodio como las citas proceden de Tom Segev, *Le septième milion*, *op. cit.*, pp. 249-273; también Marius Schattner, *op. cit*., pp. 261-266.

57. Tom Segev, *Le septième milion*, *op. cit.*, pp. 275-285; el tema, desde la perspectiva alemana y de Adenauer, en Dennis L. Bark y David R. Gress, *op. cit.*, pp. 302-307. Véase también Raul Hilberg, *La destruction des juifs d'Europe*, pp. 996-1022.

58. Un análisis exhaustivo del caso Kastner, en Tom Segev, *Le septième milion*, *op. cit.*, pp. 307-353 y 363-368; y también, Ilan Greilsammer, *op. cit*., pp. 278-282. Para una perspectiva revisionista del asunto, Ben Hecht, *Perfidy*.

59. Tom Segev, *Le septième milion*, *op. cit.*, pp. 383-428; véanse también Annette Wieviorka, *Le procès Eichmann*, y en especial el importante y polémico libro de Hannah Arendt, *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Para una visión más amplia del problema, Florent Brayard (dir.), *Le Génocide des Juifs entre procès et histoire, 1943-2000*.

60. Ilan Pappé, *op. cit*., p. 259.

61. Benny Morris, *op. cit*., p. 339.

62. Ilan Pappé, *op. cit*., p. 311; Benny Morris, *op. cit*., p. 333; véase también Ilan Greilsammer, *op. cit*., pp. 247-251, y Avi Shlaim, *op. cit*., pp. 95-126. A. Bregman y J. El-Tahri, *op. cit*., pp. 57-63.

63. Ilan Pappé, *op. cit*., p. 345.

64. Alain Gresh y Dominique Vidal, *op. cit*., p. 197.

65. Citado por Tom Segev, *Les premiers Israéliens*, *op. cit.*, p. 317.

66. Laurent Rucker, *op. cit.*, pp. 162-163.

67. *Ibid*., pp. 167-194.

68. *Ibid*., pp. 275-298; véase también el sobresaliente resumen del clásico François Fetjö, *Histoire des democraties populaires. I. L'ère de Staline*, pp. 281-288.

69. Laurent Rucker, *op. cit*., pp. 195-199 y 299-322.

70. Una extensa antología de artículos y caricaturas antisionistas en la prensa soviética de los años 50 y 60 se puede consultar en Emanuel Litvinoff, *Israel visto por ojos soviéticos*; las impresiones y recuerdos en la materia de un diplomático israelí, en Eliezer Doron, *La palabra es la espada*, pp. 7-63.

71. Benny Morris, *op. cit*., pp. 359-360; Élie Barnavi, *op. cit*., pp. 300-306; Moshe Dayan, *op. cit*., pp. 171-174.

72. Alain Michel, *op. cit*., pp. 284-285.

73. Paul Giniewski, *Israël devant l'Afrique et l'Asie*, p. 110. Sobre las relaciones con Iran, Turquía, Etiopía y otros países africanos, véase también Avi Shlaim, *op. cit*., pp. 256-264.

74. Paul Giniewski, *op. cit*., pp. 122-135; Élie Barnavi, *op. cit*., pp. 306-310.

75. Benny Morris, *op. cit*., pp. 340-345; Jean-Pierre Alem, *Judíos y*..., *op. cit*., pp. 257-260; Martin Gilbert, *op. cit*., p. 60; Avi Shlaim, *op. cit*., pp. 126-141.

76. Jean-Pierre Alem, *Judíos y...*, *op. cit*., pp. 260-267; Benny Morris, *op. cit*., pp. 345-365. Los contactos secretos del gobierno israelí con Nasser entre 1953 y enero de 1955 –recientemente revelados por Avi Shlaim, *op. cit*., pp. 121-126 y 169-174– no impidieron la escalada de la hostilidad entre los dos países.

77. Un minucioso relato sobre las negociaciones politicomilitares previas a la campaña se puede encontrar en las memorias del entonces jefe del Estado Mayor israelí, Moshe Dayan, *op. cit.*, pp. 178-229; la visión crítica de un «nuevo historiador» israelí, en Avi Shlaim, *op. cit.*, pp. 221-240.

78. Jaim Herzog, *Las guerras...*, *op. cit*., pp. 131-166; Moshe Dayan, *op. cit*., pp. 230-255; Jacques Massu y Henri Le Mire, *Verité sur Suez 1956*, esp. pp. 73-134.

79. Benny Morris, *op. cit*., pp. 366-374; Jean Pierre Alem, *Juifs et*..., op. cit., pp. 269-273. H. Laurens, *op. cit*., vol. III, pp. 453-510.

80. Benny Morris, *op. cit.*, pp. 374-381; Jacques Massu y Henri Le Mire, *op. cit.*, pp. 137-238. H. Laurens, *op. cit.*, vol. III, pp. 511-529.

1. Así lo sostiene el erudito libanés Georges Corm, *Le Proche-Orient éclaté, 1956-1991*, pp. 30-31.

2. Jean-Pierre Alem, *Le Liban*, pp. 80-93; Louis-Jean Duclos, *La Jordanie*, pp. 54-57. H. Laurens, *op. cit.*, vol. III, pp. 537-545.

3. Daniel Le Gac, *La Syrie du général Assad*, pp. 88-95; Madawi Al-Rasheed, *Historia de Arabia Saudí*, pp. 160-175.

4. Las citas, extraídas de M. Gilbert, *op. cit*., pp. 54-56 y 65.

5. Recogido por Jean-Pierre Alem, *Judíos y...*, *op. cit.*, p. 393.

6. *Ibid*., pp. 288-293 y 395; el discurso de Burguiba en Jericó, reproducido en «Les Temps Modernes», *El conflicte àrab-israelita*, pp. 538-542. H. Laurens, *op. cit*., vol. III, pp. 657-660.

7. Xavier Baron, *I Palestinesi. Genesi di una nazione*, pp. 61-68.

8. Por ejemplo, la insólita conciliación con los hachemíes contra El Cairo, sellada en marzo de 1967 por una estupefaciente audiencia del rey Hussein; Nadine Picaudou, *op. cit*., pp. 128-131.

9. Un amplio extracto de la Carta de 1964 en Xavier Baron, *op. cit.*, pp. 647-650.

10. Nadine Picaudou, *op. cit.*, p. 130.

11. *Ibid*., pp. 130-139; Xavier Baron, *op. cit*., pp. 69- 79; Claude Faure, *op. cit*., pp. 50-51, 137, 177, 225, 289-316; Saïd K. Aburish, *Yasser Arafat*, pp. 17-22 y 55-97.

12. Xavier Baron, *op. cit*., p. 113; Jean-Pierre Alem, *Judíos y...*, *op. cit*., p. 294; Michael B. Oren, *La guerra de los Seis Días*, p. 46.

13. *Ibid*., pp. 59 a 73; Xavier Baron, *op. cit*., pp. 80-120. H. Laurens, *op. cit*., vol. III, pp. 683-689.

14. Michael B. Oren, *op. cit*., pp. 59 y 74-93; Ilan Greilsammer, *op. cit*., pp. 322-328; Yitzhak Rabin, *op. cit*., pp. 55-57 y 63; Avi Shlaim, *op. cit*., pp. 286-305. H. Laurens, *op. cit*., vol. III, pp. 693 a 703.

15. Benny Morris, *op. cit*., pp. 382-386; M. B. Oren, *op. cit*., pp. 93-102. A. Bregman y J. El-Tahri, *op. cit*., pp. 84-87.

16. *Ibid*., pp. 88-90; B. Morris, *op. cit*., pp. 111-120; H. Laurens, *op. cit*., vol. III, pp. 697-721.

17. Para la actitud de Eshkol en aquellos días véase Yehuda Avner, *The Prime Ministers: An Intimate Narrative of Israeli Leadership*, pp. 147-148.

18. Yitzhak Rabin, *op. cit*., pp. 79-81.

19. Sobre los preliminares de la guerra de 1967, Benny Morris, *op. cit*., pp. 382-393; Michael B. Oren, *op. cit*., pp. 121-240; Yitzhak Rabin, *op. cit*., pp. 58-83; Moshe Dayan, *op. cit*., pp. 283-325; Ilan Greilsammer, *op. cit*., pp. 328-333; Robert J. Donovan, *La guerra de los Seis Días*, pp. 56-108.

20. Yitzhak Rabin, *op. cit*., pp. 92-93.

21. La única implicación directa de los Estados Unidos en la guerra es el ataque que aviones y barcos israelíes realizan por error, el 8 de junio, contra la nave de espionaje electrónico norteamericana *Liberty* ante la costa mediterránea del Sinaí, con un balance de 34 tripulantes muertos y 70 heridos. H. Laurens, *op. cit*., vol. IV, pp. 24-27.

22. Sobre el desarrollo de la guerra, Benny Morris, *op. cit*., pp. 393-415; Michael B. Oren, *op. cit*., pp. 241-408; Jaim Herzog, *Las guerras*..., *op. cit*., pp. 175-227; Yitzhak Rabin, *op. cit*., pp. 84-99; Moshe Dayan, *op. cit*., pp. 326-357; Avi Shlaim, *op. cit*., pp. 305-322; Robert J. Donovan, *op. cit*., pp. 127-173; A. J. Barker, *La Guerra de los Seis Días*, pp. 28-147; H. Laurens, *op. cit*., vol. IV, pp. 9-51.

23. Georges Corm, *op. cit.*, p. 28.

24. Moshe Dayan, *op. cit*., pp. 170-171; Michael B. Oren, *op. cit*., p. 47; Jaim Herzog, *Las guerras*..., *op. cit*., p. 225; Tom Segev, *Le septième milion*, *op. cit.*, p. 457.

25. Citado por A. J. Barker, *op. cit*., p. 150.

26. Jean-Pierre Alem, *Judíos y...*, *op. cit.*, p. 317.

27. La transcripción, en Xavier Baron, *op. cit.*, pp. 650-651; véanse también Benny Morris, *op. cit*., pp. 433-437, Michael B. Oren, *op. cit*., pp. 424-437; Avi Shlaim, *op. cit*., pp. 322-337, y H. Laurens, *op. cit*., vol. IV, pp. 52-85.

28. Xavier Baron, *op. cit*., pp. 123-127; Benny Morris, *op. cit*., pp. 424-433.

29. Xavier Baron, *op. cit*., pp. 128-135; las entradas correspondientes del diccionario de C. Faure, *op. cit*., y H. Laurens, *op. cit*., vol. IV, pp. 100-144.

30. El texto íntegro de los 33 artículos de la Carta, en Xavier Baron, *op. cit*., pp. 652-657; véase también Nadine Picaudou, *op. cit*., pp. 140-142 y 303-305. La versión israelí de la batalla de Karameh, en Jaim Herzog, *Las guerras...*, *op. cit*., pp. 239-242.

31. Xavier Baron, *op. cit*., pp. 136-153.

32. Alain Finkielkraut, *La réprobation d'Israël*, p. 16.

33. Ahron Bregman, *Israel's Wars*, p. 93.

34. Sobre la «guerra de desgaste», Benny Morris, *op. cit.*, pp. 438-459; Jaim Herzog, *Las guerras...*, *op. cit.*, pp. 231-263; Moshe Dayan, *op. cit.*, pp. 418-429; Avi Shlaim, *op. cit.*, pp. 363-374.

35. Daniel Le Gac, *op. cit*., p. 104. Sobre el fracaso de la resistencia en Cisjordania y Gaza en 1967-72, Benny Morris e Ian Black, *op. cit*., pp. 273-301.

36. El texto del acuerdo de El Cairo, en Xavier Baron, *op. cit*., pp. 659-661. Véase también Helena Cobban, *The Palestinian Liberation Organisation: People, Power, and Politics*, p. 47.

37. Benny Morris, *op. cit*., pp. 467-471; Xavier Baron, *op. cit*., pp. 155-167.

38. *Ibid*., pp. 168-199; Nadine Picaudou, *op. cit*., pp. 156-160.

39. *Ibid*., pp. 160-163; Yitzhak Rabin, *op. cit*., pp. 147-150; Xavier Baron, *op. cit*., pp. 200-207; Philippe Rondot, *op. cit*., pp. 53-57; A. Bregman y J. El-Tahri, *op. cit*., pp. 199-202. Para las relaciones secretas entre Israel y Jordania en aquellos años, Avi Shlaim, *Lion of Jordan: The Life of King Hussein in War and Peace*, pp. 671-672.

40. Anthony Nutting, *Nasser*, p. 476.

41. Nadine Picaudou, *op. cit*., pp. 160-163; Xaver Baron, *op. cit*., pp. 200-221; Benny Morris, *op. cit*., pp. 472-474; Louis-Jean Duclos, *op. cit*., pág. 58-59 y 106-107; Joseph Massad, *Colonial Effects: The Making of National Identity in Jordan*, p. 342.

42. Luigi Bonanate, *Le terrorisme international*, pp. 121-135; Benny Morris, *op. cit.*, pp. 474-479; Xavier Baron, *op. cit.*, pp. 178-179, 198-199-216.

43. Nadine Picaudou, *op. cit.*, p. 171.

44. Xavier Baron, *op. cit*., pp. 155-156 y 240-250; Benny Morris, *op. cit*., pp. 476-482; Benny Morris e Ian Black, *op. cit*., pp. 301-319.

45. La cita, en *ibid*., p. 320; los datos, en Luigi Bonanate, *op. cit*., p. 125.

46. El mismo Sadat reconocería posteriormente las diferencias con Nasser en Anwar Sadat, *In Search of Identity: An Autobiography*, pp. 211-212.

47. Yitzhak Rabin, *op. cit*., pp. 151-167; Benny Morris, *op. cit*., pp. 489-491; Avi Shlaim, *op. cit*., pp. 378-397; A. Bregman y J. El-Tahri, *op. cit*., pp. 141-144; Kenneth Stein, *Heroic Diplomacy: Sadat, Kissinger, Carter, Begin, and the Quest for Arab-Israeli Peace*, p. 68. Los textos oficiales israelíes sobre las tentativas diplomáticas de este período están recogidos en el opúsculo «Ministère des Affaires Étrangères, Documents et déclarations de base 1969-1971», editado en Jerusalén en septiembre de 1971. Para una visión crítica de las gestiones de Kissinger desde el lado árabe, Mohamed Gamasy, *The October War*, p. 176.

48. La cita, en Jaim Herzog, *La guerra de Yom Kipur*, p. 5; véanse también Benny Morris, *op. cit*., pp. 491-501, y Georges Corm, *op. cit*., pp. 122-128.

49. Benny Morris e Ian Black, *op. cit*., pp. 324-353; Yitzhak Rabin, *op. cit*., p. 183; Moshe Dayan, *op. cit*., pp. 433-434; Benny Morris, *op. cit*., pp. 501-504; Jaim Herzog, *La guerra de..., op. cit.*, pp. 40-94; Jacques Derogy y Jean-Noël Gurgand, *Israel, la muerte enfrente*, pp. 19-47.

50. Benny Morris, *op. cit*., p. 513.

51. Ilan Greilsammer, *op. cit*., p. 380. Sobre el desarrollo de la guerra véanse Benny Morris, *op. cit*., pp. 504-550; Martin Gilbert, *op. cit*., pp. 91-94 y 97-98; Avi Shlaim, *op. cit*., pp. 397-403; Jaim Herzog, *Las guerras...*, *op. cit*., pp. 280-392. Y, con más detalle, *La guerra de...*, *op. cit*., pp. 125-398; Jacques Derogy y Jean-Noël Gurgand, *op. cit*., pp. 71-253; Moshe Dayan, *op. cit*., pp. 448-513; Georges Corm, *op. cit*., pp. 140-152.

52. Moshe Dayan, *op. cit*., p. 485. Véase también Henry Kissinger, *Crisis: The Anatomy of Two Major Foreign Policy Crises*, p. 146. Para un análisis de las consideraciones geopolíticas norteamericanas durante la Guerra de Yom Kippur, Noam Kochavi, *Nixon and Israel: Forging a Conservative Partnership*, pp. 38-40 y Robert Kaufman, *Henry M. Jackson: A Life in Politics*, pp. 272-275.

53. Benny Morris, *op. cit*., pp. 550-555; Moshe Dayan, *op. cit*., pp. 517-554; Jacques Derogy y Jean-Noël Gurgand, *op. cit*., pp. 253-262.

54. Élie Barnavi, *op. cit.*, p. 313.

55. Jacques Derogy y Jean-Noël Gurgand, *op. cit.*, pp. 290-293.

56. El texto íntegro del discurso, en Georges Corm, *op. cit.*, 1956-1991, pp. 512-536; véanse también Xavier Baron, *op. cit.*, pp. 263-266, y Saïd K. Aburish, *op. cit.*, pp. 215-216.

57. Élie Barnavi, *op. cit*., pp. 314-315; Martin Gilbert, *op. cit*., pp. 107-108. La Resolución 3376 fue anulada por otro voto de la Asamblea General el 16 de diciembre de 1991. Para una visión intelectual favorable a la equiparación de sionismo y racismo, Edward Said, *Orientalism*, pp. 318-319.

58. Xavier Baron, *op. cit*., p. 267-275 y 662-664; Nadine Picaudou, *op. cit*., pp. 178-180.

59. Jacques Derogy y Jean-Noël Gurgand, *op. cit*., pp. 348-366, y Martin Gilbert, *op. cit*., pp. 103-104; sobre Maalot, véase también la versión de Moshe Dayan, *op. cit*., pp. 555-563. El arzobispo Capucci sería liberado en 1978 a petición del Papa Paulo VI.

60. Sobre Entebbe, Jaim Herzog, *Las guerras...*, *op. cit*., pp. 395-404; Benny Morris, *op. cit*., pp. 483-485; Yitzhak Rabin, *op. cit*., pp. 215-220; Yehuda Avner, *The Prime Ministers: An Intimate Narrative of Israeli Leadership*, pp. 303-318; y la crónica periodística de urgencia de Salomon Lewinsky y otros, *Operación Uganda. Los 53 minutos de Entebbe*.

61. Moshe Dayan, *op. cit*., p. 480.

62. Mordechai Bar-On, *Moshe Dayan: Israel's Controversial Hero*, p. 184.

63. Abraham Rabinovich, *The Yom Kippur War: The Epic Encounter that Transformed the Middle East*, p. 506.

64. Los resultados electorales de 1973, en Claude Klein, *op. cit.*, pp. 324-325. Sobre la crisis política posterior, Jacques Derogy y Jean-Noël Gurgand, *op. cit.*, pp. 307-347; Moshe Dayan, *op. cit.*, pp. 564-582; Benny Morris e Ian Black, *op. cit.*, pp. 357-360.

65. Roser Lluch i Oms, *op. cit*., p. 100; Francine Klagsbrun, *Lionness: Golda Meir and the Nation of Israel*, pp. 610-638.

66. Jacques Derogy y Jean-Noël Gurgand, *op. cit.*, pp. 347-374; Avi Shlaim, *op. cit.*, pp. 405-407; Yitzhak Rabin, *op. cit.*, pp. 182-188.

67. *Ibid.*, p. 187.

68. La versión de Rabin sobre las relaciones con Washington y el acuerdo interino con Egipto, en *ibid*., pp. 189-210; véase también Avi Shlaim, *op. cit*., pp. 416-422.

69. Benny Morris, *Op. cit*., pp. 415-424; Ilan Greilsammer, *op. cit*., pp. 384-387 y 391-394. Sobre el sangriento Día de la Tierra de 1976 –que se ha convertido en una fecha reivindicativa anual de los árabes israelíes– véase Laurence Louër, *op. cit*., p. 48.

70. Élie Barnavi, «Yitzhak Rabin», en Élie Barnavi y Saul Fiedländer, *Les Juifs et le XX^e siècle. Dictionnaire critique*, p. 672.

71. Ilan Greilsammer, *op. cit*., pp. 387-388; «Israel Information Center», *Facts about Israel*, 1978, pp. 162-163; Jacques De Rogy y Jean-Noël Gurgand, *op. cit*., pp. 340, 397 y 402.

72. Yitzhak Rabin, *op. cit*., pp. 221-239; Ilan Greilsammer, *op. cit*., pp. 388-391.

73. Citado en Tom Segev, *Les premiers Israéliens*, *op. cit*., pp. 204-189.

74. Marius Schattner, *op. cit*., pp. 266-275 y 293-306; Ilan Greilsammer, *op. cit*., pp. 396-400.

75. Desde 1969 y hasta 1984 este es el nombre oficial de la entente politicoelectoral entre el Partido Laborista y los socialistas de izquierda de un Mapam cada vez más residual.

76. Los resultados completos, en Claude Klein, *op. cit*., pp. 326-327. Un análisis de esta elección en perspectiva histórica, en Yaron Ezrahi, «1977», en Élie Barnavi y S. Friedländer, *op. cit*., pp. 782-787.

77. Ilan Greilsammer, *op. cit*., pp. 401-407; Benny Morris, *op. cit*., pp. 558-562; Avi Shlaim, *op. cit*., pp. 440-445; R. Solé, *Sadate*, p. 155.

78. Benny Morris, *op. cit*., pp. 562-565.

79. Boutros Boutros-Ghali, *Le chemin de Jérusalem*, p. 31.

80. *Ibid.*, p. 33.

81. El texto íntegro del discurso de Sadat, en Georges Corm, *op. cit., 1956-1991*, pp. 537-554.

82. Boutros Boutros-Ghali, *op. cit*., p. 37.

83. *Ibid.*, p. 39.

84. Benny Morris, *op. cit*., p. 571; véase también Avi Shlaim, *op. cit*., pp. 446-450.

85. Boutros Boutros-Ghali, *op. cit*., pp. 69-178; Xavier Baron, *op. cit*., pp. 337-346.

86. De la «Carta de los oficiales» firmada por 348 militares y dirigida a Begin el 7 de marzo de 1978; citada por Benny Morris, *op. cit.*, p. 579; véanse también Ilan Greilsammer, *op. cit.*, pp. 412-413, y Avi Shlaim, *op. cit.*, pp. 450-459.

87. Rick Perlstein, *Reaganland: America's Right Turn (1976-1980)*, pp. 358-363.

88. Boutros Boutros-Ghali, *op. cit*., p. 201; también, Avi Shlaim, *op. cit*., pp. 459-466.

89. Boutros Boutros-Ghali, *op. cit*., p. 210.

90. Jean-Pierre Digard, Bernard Hourcade y Yann Richard, *op. cit.*, pp. 167-396.

91. Las palabras de Brzezinski, en Benny Morris, *op. cit*., p. 607; Boutros Boutros-Ghali, *op. cit*., pp. 260-261; véanse también Xavier Baron, *op. cit*., pp. 346-360, y Avi Shlaim, *op. cit*., pp. 466-474.

92. «Yo no era el único en tener la sensación de que, con este tratado, Israel había ganado y Egipto había perdido»; Boutros Boutros-Ghali, *op. cit.*, p. 268, y también 271-276 y 289.

93. Xavier Baron, *op. cit*., pp. 361-366.

94. Boutros Boutros-Ghali, *op. cit*., pp. 313 y 339.

95. Gershom Gorenberg, *The Accidental Empire: Israel and the Birth of the Settlements, 1967-1977*, pp. 366-368.

96. Una documentada síntesis sobre todo el proceso de paz con Egipto, en Benny Morris, *op. cit*., p. 566-618; un relato testimonial, subjetivo pero de primer nivel, en Boutros Boutros-Ghali, *op. cit*., pp. 43-460.

1. Ilan Greilsammer, *op. cit.*, pp. 417-419; Élie Barnavi, *Une histoire*…, *op. cit.*, pp. 132-134.

2. Sobre la televisión en Israel véase Yuval Elitzur, «La televisión israelí y el programa nacional», *Ariel*, núm. 99-100 (1995), pp. 106-120.

3. Sobre el ataque al reactor de Osirak –a veces designado también por el nombre de Tammuz–, Benny Morris e Ian Black, *op. cit*., pp. 373-379; Charles Tripp, *Historia de Iraq*, p. 304; y Avi Shlaim, *op. cit*., pp. 475-481; véase también la reflexión de Shlomo Ben Ami, *Israel, entre la guerra y la paz*, p. 100.

4. Sobre este grupo político véase Yehuda Lukacs, *The Israeli-Palestinian Conflict: A Documentary Record*, pp. 286-289.

5. El detalle de los resultados, en Claude Klein, *op. cit*., pp. 326-327; véanse también Richard Amdur, *op. cit*., pp. 113-116, e Ilan Greilsammer, *op. cit*., pp. 419-424.

6. Yoram Peri, *Between Battles and Ballots: Israeli Military in Politics*, p. 267.

7. Benny Morris, *op. cit*., pp. 619-624; Marius Schattner, *op. cit*., pp. 285-286.

8. Kamal Salibi, *Histoire du Liban. Du XVIIIème siècle à nos jours*, pp. 286-297.

9. Sobre los antecedentes y las implicaciones de la guerra civil libanesa véase el análisis, subjetivo pero sugestivo, de Georges Corm, *op. cit.*, pp. 191-217.

10. Ilan Greilsammer, *op. cit.*, pp. 394-396; Benny Morris, *op. cit.*, pp. 624-627; Xavier Baron, *op. cit.*, pp. 316-327; Saïd K. Aburish, *op. cit.*, pp. 226-235.

11. Benny Morris, *op. cit*., p. 633.

12. Xavier Baron, *op. cit*., pp. 383-394; Benny Morris, *op. cit*., pp. 627-640; Avi Slaim, *op. cit*., pp. 483-497.

13. Es decir, miembros del Fatah-Consejo Revolucionario, sostenido entonces por Bagdad.

14. Sobre esta cuestión, véase Benny Morris, *op. cit*., p. 889, nota 87.

15. Durante la primera semana de combates, la fuerza aérea siria pierde 86 aviones; la de Israel, dos helicópteros y un avión; Jaim Herzog, *Las guerras*..., *op. cit*., p. 415.

16. Es habitual entre los dirigentes árabes adoptar un *nom de guerre* compuesto por el vocablo *Abu* (padre) y el nombre de pila del primogénito; es así como Mahmud Abbas es conocido como Abu Mazen (padre de Mazen). Arafat fue soltero hasta los sesenta y un años y no tuvo ningún hijo varón, pero aun así se lo conocía como Abu Ammar en una referencia al guerrero islámico Ammar bin Yasser (567-657), con la idea de que «si Arafat tuviese un hijo, este sería tan heroico como el mítico Ammar». Helena Cobban, *The Palestinian Liberation Organisation*, p. 272.

17. Saïd K. Aburish, *op. cit*., pp. 255-266; Benny Morris, *op. cit*., pp. 640-671; Marius Schattner, *op. cit*., pp. 313-318; Ilan Greilsammer, *op. cit*., pp. 425-432; Jaim Herzog, *Las guerras*…, *op. cit*., pp. 407-420; Avi Shlaim, *op. cit*., pp. 497-508.

18. Los cálculos más a la baja, en Benny Morris, *op. cit*., pp. 671-682; Marius Schattner, *op. cit*., pp. 318-319; Jaim Herzog, *Las guerras…*, *op. cit*., pp. 420 y 429. Las evaluaciones más elevadas, en Xavier Baron, *op. cit*., pp. 396-397; Saïd K. Aburish, *op. cit*., pp. 268-271; Nadine Picadou, *op. cit*., p. 207; véase también Mitchell G. Bard, *Myhtes et réalités des conflits du Proche-Orient*, pp. 111-114.

19. Saïd K. Aburish, *op. cit.*, p. 261.

20. Benny Morris, *op. cit*., pp. 682-684; Ilan Greilsammer, *op. cit*., pp. 432-434; Paul-Jean Franceschini, «David et sa fronde», *Le Monde*, 28 de septiembre de 1982; Ignacio Cembrero, «Sabra y Chatila, la matanza que persigue a Sharon», *El País*, 16 de septiembre de 2002. Para la versión del jefe del Estado Mayor véase Rafael Eitan, *A Soldier's Story*, pp. 340-344.

21. Las cifras, en Benny Morris, *op. cit*., p. 625, y Xavier Baron, *op. cit*., pp. 317-327.

22. *La Vanguardia*, 25 y 27 de enero de 2002.

23. Sobre la política de Damasco en el Líbano, véase Daniel Le Gac, *op. cit*., pp. 145-178; véanse también, Benny Morris, *op. cit*., pp. 684-690, y Claude Faure, *op. cit*., pp. 45-46, 82-83, 163-165, 195-196, etcétera. Para la trayectoria posterior del Estado libanés, Georges Corm, *Le Liban contemporain*, pp. 225-292.

24. Xavier Baron, *op. cit*., pp. 415-428; Saïd K. Aburish, *op. cit*., pp. 273-283.

25. El 10 de febrero de 1983, en el transcurso de una manifestación pacifista contra Sharon, una bomba de mano lanzada por un extremista de derecha le costó la vida al intelectual de izquierdas Émile Grunzweig; Ilan Greilsammer, *op. cit*., pp. 436-437.

26. Richard Amdur, *op. cit.*, pp. 116-125; Shlomo Ben Ami, *Israel, entre..., op. cit.*, pp. 92-96; Avi Shlaim, *op. cit.*, pp. 515-516; Avi Shilon, *Menachem Begin: A Life*, p. 97.

27. Los datos básicos sobre la situación económica, en «Israël, societé en crise?», dossier de *La Documentation Française*, núm. 488 (mayo 1984), pp. 23-24.

28. Los resultados pormenorizados, en Claude Klein, *op. cit*., pp. 326-327; y también, Ilan Greilsammer, *op. cit*., pp. 439-440. Sobre la composición del nuevo gobierno, Avi Shlaim, *op. cit*., pp. 521-523.

29. Benny Morris, *op. cit*., pp. 690-697.

30. Ilan Greilsammer, *op. cit.*, pp. 441-442; Élie Barnavi, *Une histoire*…, *op. cit.*, p. 135.

31. Benny Morris e Ian Black, *op. cit.*, pp. 500-506; Xavier Baron, *op. cit*., pp. 437-438. Las posiciones de los dos colíderes israelíes en materia de política exterior, en Shimon Peres, «Armémonos de razón, no razonemos con las armas», e Itzjak Shamir, «Compartir el poder: principios y objetivos», *Rumbos en el judaísmo, el sionismo e Israel*, núm. 14 (1985), pp. 9-20.

32. Ilan Greilsammer, *op. cit*., p. 446; la anfitriona del encuentro fue una aristócrata, lady Mishcon, que sirvió personalmente la cena a los dos huéspedes y desapareció. «Al final de la comida, el rey Hussein me murmuró: "Venga, lavaremos los platos...". Pasamos diez horas juntos, discutiendo, intentando darle la vuelta a la situación... Entonces comprendí que Hussein quería realmente llegar a un acuerdo», testimonio de S. Peres en el documental *Israël-Palestine, une terre deux fois promise* (France 3, 1997), capítulo 2.

33. Benny Morris, *op. cit*., pp. 702-706; Nadine Picaudou, *op. cit*., pp. 20 y 222.

34. Marius Schattner, *op. cit*., pp. 323-324; el detalle de los resultados, en Claude Klein, *op. cit*., pp. 326-327. Un minucioso análisis del sistema de partidos israelí en ese momento, en Mario Sznajder, «El mapa ideológico de Israel», *Rumbos en el judaísmo, el sionismo e Israel*, núm. 34 (1990), pp. 127-155.

35. Entrevista de Luis Foix con Y. Shamir, en *La Vanguardia*, 22 de octubre de 1989; Weizman: «Hay que hablar con la OLP», *El País*, 22 de octubre de 1989.

36. Ilan Greilsammer, *op. cit*., pp. 448-451; Julien Bauer, *Le système*..., op. cit., p. 35; Claude Klein, *op. cit*., pp. 167 y 300-303.

37. Benny Morris, *Righteous Victims: A History of the Zionist-Arab Conflict, 1881-1998*, p. 611.

38. Xavier Baron, *op. cit*., pp. 329-335; el texto íntegro de este programa, en *ibid*., pp. 668-670.

39. *Ibid*., pp. 400-403; Nadine Picaudou, *op. cit*., p. 208.

40. Xavier Baron, *op. cit.*, pp. 404-415; Claude Faure, *op. cit.*, p. 375.

41. Xavier Baron, *op. cit*., pp. 429-448; Said K. Aburish, *op. cit*., pp. 285-296; Nadine Picaudou, *op. cit*., pp. 210-217.

42. Los datos, en Xavier Baron, *op. cit*., p. 455.

43. 11 de noviembre de 1986; reproducido por Xavier Baron, *op. cit*., pp. 452-453.

44. Benny Morris, *op. cit*., p. 740; Xavier Baron, *op. cit*., p. 463; Mitchell G. Bard, *Mythes et réalités des conflits du Proche-Orient*, pp. 139-141; Avi Shlaim, *op. cit*., pp. 551-562.

45. Benny Morris, *op. cit*., pp. 698-728; Xavier Baron, *op. cit*., pp. 451-461; Nadine Picaudou, *op. cit*., pp. 219-235; Said K. Aburish, *op. cit*., pp. 297-311.

46. Yossi Goldstein, היפרגויב :ויבר, pp. 308 y 309.

47. Mitzna asumió ese liderazgo ante las elecciones parlamentarias de enero de 2003 y renunció por el mal resultado obtenido.

48. Benny Morris, *op. cit*., p. 897.

49. Sobre la respuesta israelí a la Intifada, véase sobre todo *ibid*., pp. 728-737; Benny Morris e Ian Black, *op. cit*., pp. 511-527; Xavier Baron, *op. cit*., pp. 461-466.

50. Benny Morris, *op. cit*., pp. 708-711; Claude Faure, *op. cit*., pp. 228-230; Nadine Picaudou, *op. cit*., p. 229.

51. Véase, *supra*, el capítulo 3.

52. Benny Morris, *op. cit.*, pp. 717-720; Claude Faure, *op. cit.*, pp. 181-183; Xavier Baron, *op. cit.*, pp. 458-461; Nadine Picaudou, *op. cit.*, pp. 232-234.

53. La cita, en Mijaíl Gorbachov, *Memorias*, vol. I, pp. 884-885. En cuanto al resto, Benny Morris, *op. cit*., pp. 748-751; Xavier Baron, *op. cit*., pp. 467-472; Said K. Aburish, *op. cit*., pp. 313-314; Nadine Picaudou, *op. cit*., pp. 234-237.

54. El texto íntegro de la declaración de independencia del 15 de noviembre de 1988, que tiene paralelismos significativos con la israelí del 14 de mayo de 1948, en Xavier Baron, *op. cit*., pp. 681-686.

55. Benny Morris, *op. cit.*, pp. 316-321; Xavier Baron, *op. cit.*, pp. 473-482; Nadine Picaudou, *op. cit.*, pp. 237-241.

56. Estas ideas, y las citas en que se apoyan, se encuentran recogidas, por ejemplo, en el documento multicopiado de 18 páginas *La OLP entre el 19.º CNP de Argel y la Asamblea General de las Naciones Unidas en Ginebra*, informe núm. 253/s del Media Analysis Center, Jerusalén, diciembre de 1988. Seis años después, en sus memorias, Shamir insistía en que «la única paz con Israel que la OLP puede aceptar es la paz del cementerio». Yitzhak Shamir, *Summing Up: An Autobiography*, p. 198.

57. Discurso del 22 de mayo de 1989; citado por Xavier Baron, *op. cit*., p. 487.

58. Avi Shlaim, *op. cit.*, pp. 563-576; Benny Morris, *op. cit.*, pp. 751-757; Xavier Baron, *op. cit.*, pp. 483-492.

1. En la entrevista titulada «Knowing the enemy», *Time*, 7 de noviembre de 1988, pp. 34-36.

2. Mijaíl Gorbachov, *op. cit*., pp. 882-884.

3. La inmigración a Israel procedente de la URSS totalizó 24.000 individuos desde 1948 hasta 1968; después de una espectacular apertura entre 1969 y 1973 (de 150.000 a 200.000 llegadas) había quedado reducida hasta 1989 a algunos centenares de judíos por año, en general personas mayores y jubiladas; Ilan Greilsammer, *op. cit*., pp. 451-453; Alain Michel, *op. cit*., pp. 219-220 y 226-228; C. Klein, *Israele. Lo stato degli hebrei*, p. 48. Véase también Yeshayahu Anug, «La curiosa historia de las relaciones soviéticoisraelíes», *El País*, 13 de abril de 1991.

4. Véase, sobre este tema, Daniel Friedmann y Ulysses Santamaria, *Les Enfants de la Reine de Saba. Les Juifs d'Éthiopie (Falachas): histoire, éxode et intégration*, esp. pp. 80-99.

5. *Ibid*., pp. 99-108 y 125-329; Alain Michel, *op. cit*., pp. 220-221; Víctor Cygielman, «La tribu perdida de Israel», *El País*, 2 de junio de 1991; Henrique Cymerman, «La nueva operación Salomón», *La Vanguardia*, 28 de junio de 1999.

6. Mijaíl Gorbachov, *op. cit*., p. 890; véase también Charles Tripp, *op. cit*., pp. 316-323.

7. Mijaíl Gorbachov, *op. cit*., p. 892.

8. Véanse los extractos correspondientes en Alain Duret, *Oriente Medio, crisis y desafíos*, pp. 122-125.

9. *Ibid*., pp. 126-129; Charles Zorgbibe, *Géopolitique et histoire du Golfe*, pp. 95-109 y 114-120.

10. La expresión es de Edward Said; véase Xavier Baron, *op. cit.*, pp. 495-505. También, Emmanuel Sivan, «Hacia dónde va Oriente Próximo», *El País*, 27 de mayo de 1991.

11. Said K. Aburish, *op. cit.*, pp. 329-336.

12. Las citas proceden de *ibid*., p. 336, Xavier Baron, *op. cit*., p. 500, y Mitchell G. Bard, *op. cit*., pp. 131-133. Véase también Nadine Picaudou, *op. cit*., pp. 241-243.

13. James Baker, *The Politics of Diplomacy*, p. 387.

14. Avi Shlaim, *op. cit*., pp. 576-583. Sobre el papel de los servicios de inteligencia israelíes ante la crisis del Golfo, Benny Morris e Ian Black, *op. cit*., pp. 559-576.

15. Entrevista de Pilar Cernuda con I. Shamir, *Diario 16*, 5 de febrero de 1991; entrevista con el embajador Shlomo Ben Ami, en *ABC*, 3 de febrero de 1991.

16. Benny Morris e Ian Black, *op. cit*., pp. 553-559; Avi Shlaim, *op. cit*., pp. 584-590; Benny Morris, *op. cit*., pp. 758-761.

17. Said K. Aburish, *op. cit.*, p. 337.

18. Xavier Baron, *op. cit*., pp. 506-516; Avi Shlaim, *op. cit*., pp. 590-594; Nadine Picaudou, *op. cit*., pp. 243-245.

19. Víctor Cygielman / A. Espinosa, «Escépticos de la paz», *El País*, 11 de agosto de 1991; véanse también los dos suplementos publicados por el diario *El País*, «La conferencia de Madrid», 29 de octubre de 1991, y «¿Qué paz?», 31 de octubre de 1991; Shlomo Ben Ami, *Israel, entre..., op. cit.*, pp. 107-116.

20. Avi Shlaim, *op. cit.*, pp. 594-597; Xavier Baron, *op. cit.*, pp. 517-521.

21. *Ibid*., pp. 521-525; Avi Shlaim, *op. cit*., pp. 597-603.

22. Un cuadro cronológico completo sobre estas negociaciones multilaterales, en Israel Information Center, *The Middle East Peace Process. An Overview* (julio 2000), pp. 45-61.

23. Xavier Baron, *op. cit*., p. 493; Amos Oz, «Una tragedia de Chéjov», *El País*, 31 de octubre de 1991.

24. Avi Shlaim, *op. cit.*, pp. 598 y 603-604.

25. Claude Klein, *op. cit.*, pp. 197-204.

26. Avi Shlaim, *op. cit.*, pp. 605-610.

27. *The Jerusalem Post. International Edition*, 4 de julio de 1992, con varios artículos de análisis y la relación nominal de los 120 nuevos diputados; véase también, Claude Klein, *op. cit*., pp. 326-327.

28. Véase, por ejemplo, Jean Daniel, «Audacia democrática en Israel», *El País*, 2 de julio de 1992, o Víctor Cygielman, «Isaac Rabin», *El País*, 19 de julio de 1992. También hay, naturalmente, excepciones críticas, como ahora Michel Warchawski, «Les équivoques de la victoire travailliste en Israël», *Le Monde Diplomatique*, julio de 1992, p. 21.

29. Ilan Greilsammer, *op. cit.*, p. 459.

30. Véase, por ejemplo, Nadine Picaudou, «Dispersions, résistance et espoirs des exilés palestiniens», *Le Monde Diplomatique*, julio de 1992, pp. 22-23.

31. Ilan Greilsammer, *op. cit.*, pp. 457-464; Avi Shlaim, *op. cit.*, pp. 611-623; Xavier Baron, *op. cit.*, pp. 527-531.

32. Visión que queda recogida en el libro *The New Middle East*, publicado en Gran Bretaña en 1993.

33. Avi Shlaim, *op. cit.*, p. 624.

34. *Ibid*., pp. 624-628; Xavier Baron, *op. cit*., pp. 532-535; Said K. Aburish, *op. cit*., pp. 365-376; Benny Morris, *op. cit*., pp. 764-770. Véase también el texto de Shimon Peres, «Las memorias del arquitecto de la paz», *El País*, 12 de diciembre de 1993.

35. El texto completo, con todos los anexos, en Ministerio De Relaciones Exteriores, Jerusalén, Declaración de Principios sobre los Acuerdos de Autogobierno Interino, septiembre de 1993; una versión española más precisa en Joan. B. Culla, *El mundo contemporáneo*, pp. 422-428. Un análisis exhaustivo, en Franck Debié y Sylvie Fouet, *op. cit*., pp. 143-161.

36. Xavier Baron, *op. cit.*, p. 536.

37. Edward W. Said, «El pacto de la OLP», *El País*, 16 de septiembre de 1993; véanse también Avi Shlaim, *op. cit*., pp. 633-635, y Xavier Baron, *op. cit*., pp. 535-538.

38. El texto inglés de las tres cartas en *Palestine-Israel Journal*, núm. 1 (1994), pp. 24-25; también, en Xavier Baron, *op. cit.*, pp. 703-706. Sobre el fin de la Intifada, Claude Faure, *op. cit.*, pp. 211-212.

39. Said K. Aburish, *op. cit.*, p. 379.

40. Ilan Greilsammer, *op. cit*., pp. 464-473; Benny Morris, *op. cit*., pp. 770-772; Avi Shlaim, *op. cit*., pp. 628-632; Xavier Baron, *op. cit*., pp. 538-542. Una visión de los acuerdos muy crítica con Arafat, en Said K. Aburish, *op. cit*., pp. 378-385. Sobre la ceremonia de firma en la Casa Blanca, *El País*, 14 de septiembre de 1993.

41. *Ibid*.; el sondeo, en *The Jerusalem Post*, 13 de septiembre de 1993.

42. Véanse, por ejemplo, los suplementos «La apuesta por la paz» y «El incierto viaje a Palestina», publicados por el diario *El País* el 16 de septiembre y el 2 de diciembre de 1993, respectivamente. Véase también, y desde el punto de vista gubernamental israelí, Yossi Beilin, *A vision of the Middle East* (diciembre de 1993) y Shimon Peres, *El valle de la paz* (abril de 1994).

43. Discurso del primer ministro Yitzhak Rabin en el Congreso de los Estados Unidos. Washington, 26 de julio de 1994, p. 5.

44. Discursos de Yitzhak Rabin, primer ministro de Israel, y de Shimon Peres, ministro de Asuntos Exteriores, en la ceremonia de entrega del premio Nobel de la Paz. Oslo, 10 de diciembre de 1994, p. 11.

45. Un facsímil del documento, con los seis mapas anexos, en Ministerio de Relaciones Exteriores, Jerusalén, *Agreement on the Gaza Strip and the Jericho Area*, mayo 1994. Véanse también Avi Shlaim *op. cit*., pp. 635-639, Xavier Baron, *op. cit*., pp. 548-559, Franck Debié y Sylvie Fouet, *op. cit*., pp. 162-174, y Shlomo Ben Ami, *Israel, entre..., op. cit*., p. 124 y ss.

46. Ministerio de Relaciones Exteriores, Jerusalén, *The Middle East Peace Process. An Overwiew*, julio 2000, pp. 21-27; Xavier Baron, *op. cit*., pp. 565-567; Franck Debié y Sylvie Fouet, *op. cit*., pp. 177-191; Shlomo Ben Ami, *Israel, entre..., op. cit*., pp. 135-138.

47. Ministerio de Relaciones Exteriores, Jerusalén, Declaración de Washington (traducción no oficial).

48. Avi Shlaim, *op. cit.*, pp. 652-661; Benny Morris, *op. cit.*, pp. 780-783; Catherine Kaminsky y Simon Kruk, *Le monde arabe et Israël aujourd'hui*, pp. 115-137.

49. Daniel Le Gac, *op. cit.*, p. 240.

50. Avi Shlaim, *op. cit.*, pp. 644-652; Benny Morris, *op. cit.*, pp. 783-786; Catherine Kaminsky y Simon Kruk, *op. cit.*, pp. 20-34; Shlomo Ben Ami, *Israel, entre...*, *op. cit.*, pp. 130-134.

51. Ambos inspirados por las ideas racistas del rabino Meir Kahane, asesinado en Nueva York en noviembre de 1990.

52. Avi Shlaim, *op. cit*., pp. 633, 637-638 y 640-642; Ilan Greilsammer, *op. cit*., pp. 476-480; Xavier Baron, *op. cit*., pp. 544-547.

53. Benny Morris, *op. cit*., pp. 772 y 777-778; Ilan Greilsammer, *op. cit*., pp. 480-482.

54. Xavier Baron, *op. cit*., pp. 547-548.

55. *Haaretz*, 29 de abril de 1994; véanse también, Benny Morris, *op. cit*., pp. 772 y 776-778, y Shlomo Ben Ami, *Israel, entre..., op. cit*., p. 139.

56. Ilan Greilsammer, *op. cit.*, p. 479.

57. Amos Oz, «Una colaboración secreta entre extremistas», *El País*, 19 de abril de 1995.

58. Las cifras y los proyectos, en Embajada De Israel, Madrid, *La economía israelí. El crecimiento en la dinámica de la paz*, y *La economía de la paz. Propuestas para la cooperación regional en Oriente Próximo*, ambos opúsculos editados en 1995.

59. Shimon Peres, *Que surti el sol*, p. 88.

60. Ilan Greilsammer, *op. cit.*, pp. 480-485.

61. *El País*, 5 de noviembre de 1995; Avi Shlaim, *op. cit*., pp. 663-664; Benny Morris, *op. cit*., pp. 786-788; Ilan Greilsammer, *op. cit*., pp. 487-489; Shimon Peres, *op. cit*., p. 9.

62. *La Repubblica*, 5 de noviembre de 1995.

63. Xavier Batalla, «Israel sin Rabin», *La Vanguardia*, 12 de noviembre de 1995; «Una sobredosis de historia» (entrevista con Amos Oz), *El País*, 14 de enero de 1996; Abraham B. Yehoshúa, «Religiosos y laicos en Israel», *El País*, 21 de febrero de 1996. Véase también Shlomo Ben Ami, *Israel, entre..., op. cit*., pp. 141-145.

64. Shimon Peres, *op. cit.*, pp. 89-91.

65. La cita es de Benny Morris, *op. cit*., p. 789. Sobre el conjunto de ese semestre, *ibid*., pp. 788-794; Avi Shlaim, *op. cit*., pp. 669-683; Ilan Greilsammer, *op. cit*., pp. 489-492; Xavier Baron, *op. cit*., pp. 574-584.

1. *Maariv*, 10 de mayo de 1996.

2. Gesher (el Puente) es el nombre que asume, como nuevo partido independiente, el ala centrista escindida del Likud en febrero de 1996 bajo el liderazgo de David Levy.

3. El nombre es un juego de palabras que aprovecha que *aliyah* en hebreo tanto significa «subida» como «immigración a Israel».

4. Los resultados, en Claude Klein, *La démocratie...*, *op. cit*.,, pp. 216-219 y 326-328.

5. Extractos del texto, en «Embajada de Israel en España», discurso del primer ministro Benjamin Netanyahu en la presentación del Gobierno ante la Knéset; otras referencias, en Avi Shlaim, *op. cit*., pp. 690 -694, y Benny Morris, *op. cit*., pp. 794-795.

6. Esta es la tesis de Avi Shlaim, *op. cit.*, pp. 685-690; Shlomo Ben Ami, en cambio, lo ha definido como «una rara síntesis de predicador evangelista y vedete de debates televisados» (*Israel, entre*…, *op. cit.*, p. 156).

7. A. B. Yehoshúa, «No hemos pasado de curso», *El País*, 3 de septiembre de 1996.

8. Las citas proceden de la extensísima entrevista de Ari Shavit con el primer ministro, en *Haaretz*, 22 de noviembre de 1996; véase también «Embajada de Israel en España», Discurso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas del ministro de Asuntos Exteriores David Levy, 3 de octubre de 1996.

9. Amos Oz, «Dos Estados soberanos», *El País*, 10 de octubre de 1996.

10. Embajada de Israel en España, *Protocolo sobre el repliegue en Hebrón*. Texto y documentos relacionados; véase también Xavier Baron, *op. cit*., pp. 587-595.

11. Discurso ante la Knéset reproducido en Embajada de Israel en España, *Protocolo sobre…*, *op. cit*., pp. 22 y 24.

12. Avi Shlaim, *op. cit*., pp. 694-705; Benny Morris, *op. cit.*, pp. 795-799; Shlomo Ben Ami, *Israel, entre…*, *op. cit*., pp. 153-162; Henrique Cymerman, «Un muro para la paz», *La Vanguardia*, 19 de enero de 1997.

13. *El País*, 19 de enero de 1997.

14. Edward W. Said, «Oriente Próximo, treinta años después», e «Israel, los palestinos y el siglo XXI», *El País*, 16 de septiembre de 1997 y 21 de febrero de 1998, respectivamente.

15. Entrevistas de Henrique Cymerman con el jeque Jamil Hamami, de Hamás, y con Abdallah Shami, de Yihad Islámico, en *La Vanguardia*, 6 de marzo y 10 de abril de 1997, respectivamente.

16. Véase *La Vanguardia*, 28 de octubre de 1997.

17. *Ibid*., 4 de junio de 1997 y 5 de marzo de 1998.

18. Henrique Cymerman, «La prometedora tierra prometida», *La Vanguardia*, 10 de mayo de 1998.

19. Véase un análisis de este hecho en el artículo de A. B. Yehoshúa, «Benjamin Netanyahu», *El País*, 22 de enero de 1998.

20. Avi Shlaim, *op. cit.*, pp. 712 y 714-721; Henrique Cymerman, «El Vietnam israelí», *La Vanguardia*, 29 de marzo de 1998.

21. Véanse los numerosos textos de balance del cincuentenario recogidos en *El País*, 30 de abril y 1 de mayo de 1998, y *La Vanguardia*, 10 de mayo de 1998; también, Abraham B. Yehoshúa, «Israel: de 50 años de conflicto a 50 años de diálogo», *El País*, 30 de abril de 1998.

22. El monarca hachemí fallecerá en Ammán el 7 de febrero de 1999 dejando como heredero y sucesor a su hijo Abdullah II.

23. Todos los documentos oficiales del acuerdo, en «Ministry of Foreign Affairs, Jerusalem», *The Wye River Memorandum*, diciembre de 1998, y un minucioso análisis, en Frank Debié y Silvie Fouet, *op. cit*., pp. 213-218; y también, Benny Morris, *op. cit*., pp. 800-803.

24. Shlomo Ben Ami, *Israel, entre…*, *op. cit.*, p. 162.

25. Véase, por ejemplo, Lino Ventosinos, «Israel: los “ultras” se echan al monte», *El País*, 22 de noviembre de 1998.

26. Frank Debié y Silvie Fouet, *op. cit*., pp. 218-224; Avi Shlaim, *op. cit*., pp. 727-733; Benny Morris, *op. cit.*, pp. 803-805; Xavier Baron, *op. cit*., pp. 609-613.

27. Henrique Cymerman, «Elecciones israelíes: el factor Arafat», *La Vanguardia*, 7 de febrero de 1999.

28. *Memad* es también el acrónimo hebreo de *Medinah Yehudit, Medinah Demokratit* («Estado judío, Estado democrático»).

29. Sobre el panorama preelectoral israelí, véanse las extensas crónicas de Henrique Cymerman en *La Vanguardia* el 14 de marzo («El voto árabe en Israel»), el 2 de mayo («El síndrome del empate crónico») y el 8 de mayo («Desde Rusia a Israel con amor») de 1999, así como las crónicas y entrevistas de Ferran Sales en *El País* el 22 de marzo (entrevista con Benny Begin), el 9 de mayo («Divididos por la TV»), el 15 de mayo (entrevista con Azmi Bishara) y el 16 de mayo (entrevista con Shimon Peres) de 1999; véanse también, las utilísimas referencias de Claude Faure, *op. cit*.

30. Amos Oz, «Necesitamos un bombero, no un pirómano», *El País*, 16 de mayo de 1999.

31. Condenado, en marzo de 1999, a cuatro años de cárcel por corrupción y malversación de fondos durante su paso por el Ministerio del Interior (1988-1993).

32. Los resultados detallados —con alguna inexactitud—, en Claude Klein, *Israele, lo stato…*, *op. cit*., pp. 62-63.

33. Ideas que pueden encontrarse en las entrevistas concedidas por Ben Ami en *El País*, 21 de abril de 1998, 9 de marzo y 30 de mayo de 1999.

34. *La Vanguardia*, 7 de julio de 1999, y *El País*, 6 de agosto de 1999; Benny Morris, *op. cit*., pp. 807-808; un comentario desde la izquierda pacifista, en Abraham B. Yehoshúa, «El Gobierno de Barak», *El País*, 16 de julio de 1999.

35. Ministerio de Relaciones Exteriores, Jerusalén, *The Middle East Peace...*, *op. cit*., pp. 36-37; un análisis detallado, con cuadros y mapas, en Franck Debié y Sylvie Fouet, *op. cit*., pp. 224-231.

36. *Ibid*., p. 230.

37. *La Vanguardia*, 6 de octubre de 1999.

38. Franck Debié y Sylvie Fouet, *op. cit.*, pp. 231-234; Xavier Baron, *op. cit*., pp. 616-619; Benny Morris, *op. cit.*, pp. 807-809.

39. Henrique Cymerman, «Barak propone a Assad un cara a cara para reactivar el proceso de paz de Oriente Medio», *La Vanguardia*, 10 de julio de 1999.

40. El problema irresoluble aquí era la delimitación de los Altos del Golán, que Israel marcaba de acuerdo con los mapas de la constitución del Mandato británico de Palestina, mientras que Siria lo hacía en función del *statu quo* que había existido entre el armisticio de 1949 y la guerra de 1967. Desde el punto de vista territorial, la diferencia era ínfima (en amplias zonas el desacuerdo se limitaba a una franja de diez metros) pero había dos cuestiones que impedían que la posición israelí se flexibilizase: la voluntad de poseer completamente el lago, clave para el abastecimiento de agua, y el hecho de que los mapas propuestos por Israel implicaban la devolución de todo el territorio que no pertenecía al *Eretz Israel* (definido comúnmente como la zona de extensión del viejo Mandato después de la retrocesión de Jordania) mientras que las peticiones sirias incluían porciones (muy pequeñas, sí, pero existentes al fin y al cabo) que sí que formaban parte de este.

41. La frase es del ministro Shlomo Ben Ami, en *La Vanguardia*, 6 de mayo de 2000; véanse también, en este mismo periódico, las crónicas de Henrique Cymerman y de Tomás Alcoverro en los días 23, 24 y 25 de mayo de 2000, y el artículo de David Grossman «Barak, en las redes de Assad», en *El País*, 27 de mayo de 2000.

42. El mismo Lahad terminó trasladándose a Israel después que Francia le negase la residencia en 2004, y acabó abriendo un restaurante de cocina de Oriente Medio en Tel Aviv.

43. El objetivo de Hafez Assad había sido que lo sucediese su primogénito, Basel, que había hecho carrera militar como él, pero falleció en un accidente de tráfico en 1994. Entonces el patriarca hizo volver a Bashar, que trabajaba en Londres y no tenía aspiraciones políticas, para convertirlo en «la esperanza de las masas» y hacer así del gobierno de los Assad una dinastía.

44. Benny Morris, *op. cit*., pp. 809-814.

45. Henrique Cymerman, «Barak presenta su gobierno de coalición con la ambición de firmar la paz con Siria y la ANP», *La Vanguardia*, 7 de julio de 1999, p. 3.

46. Véase, por ejemplo, Ferran Sales, «La Autoridad Palestina controlará desde mañana la mitad de Cisjordania», *El País*, 20 de marzo de 2000.

47. *El País*, 2 de mayo de 2000; *La Vanguardia*, 29 de mayo de 2000.

48. Henrique Cymerman, «Barak y Arafat frenan la revuelta», *La Vanguardia*, 17 de mayo de 2000.

49. Ahron Bregman, *Elusive Peace: How the Holy Land Defeated America*, p. 77.

50. Henrique Cymerman, «Barak se queda solo ante la cumbre», *La Vanguardia*, 10 de julio de 2000.

51. Sobre el desarrollo de Camp David II, véase el minucioso seguimiento que hacen los períodicos *La Vanguardia* y *El País* del 12 al 26 de julio de 2000; también las versiones del negociador israelí Shlomo Ben-Ami, *¿Cuál es el futuro de Israel?*, pp. 87-102, de Claude Faure, *op. cit.*, pp. 391-392, y de François-Xavier Trégan, *La deuxième Intifada*, pp. 22-28.

52. Amos Oz, «Camp David y después», *El País*, 23 de julio de 2000; el juicio de Peres sobre Barak, en Shimon Peres, *Un temps pour la guerre, un temps pour la paix*, p. 122.

53. Un testimonio muy interesante sobre el desarrollo de la cumbre es el que ofrece el entonces embajador de Estados Unidos en Israel, Martin Indyk, en Martin Indyk, *Innocent Abroad: An Intimate Account of American Peace Diplomacy in the Middle East*, pp. 313-335.

54. La muerte de Al-Durrah proporciona un buen ejemplo de la mediatización y de las complejidades del conflicto incluso en los detalles más concretos. En un primer momento, el Tsahal admitió que era responsable del deceso del muchacho, que se convirtió en un símbolo de los horrores de la guerra como lo había sido el pequeño del gueto de Varsovia de 1943 o la niña del napalm de 1972. (Véase, por ejemplo, Laetitia Bucaille, *Generación Intifada*, p. 13.) Después de un estudio más detallado, empero, Israel declinó toda responsabilidad y afirmó que la trayectoria de las balas demostraba que el chico había fallecido por fuego palestino. En Francia (la grabación la había hecho un cámara palestino que trabajaba como *freelance* para France 2), el asunto llegó a juicio después que el activista proisraelí Philippe Karsenty acusase a la cadena de televisión de haber mentido a la audiencia y de saber desde el principio que Israel no era culpable del episodio. France 2 lo acusó de difamación y Karsenty terminó condenado a una multa de siete mil euros después de un periplo de más de diez años que incluyó una primera condena (2006), una absolución en la apelación (2008) y una reimposición de la condena en 2013 por el Tribunal de Casación. Sin embargo, en lo que se refiere a la autoría de los disparos, como afirmó la entonces jefa editorial de France 2, Arlette Chabot, «nadie sabe a ciencia cierta de dónde venía el fuego».

55. François-Xavier Trégan, *op. cit*., pp. 3 y 10; *La Vanguardia* y *El País*, 1, 2 y 3 de octubre de 2000; Georges Marion, «Mohamad, l'enfant emblématique de la Palestine», *Le Monde*, 3 de octubre de 2000.

56. *La Vanguardia*, 18 de julio de 2000; también, John F. Burns, «Palestinian Summer Camp Offers the Games of War», *The New York Times*, 3 de agosto de 2000, y Ferran Sales, «El Ejército israelí se prepara para una nueva Intifada», *El País*, 23 de julio de 2000.

57. Nadine Picaudou, «D'une *Intifada* a l'autre, la societé palestinienne en mouvement», *Le Monde Diplomatique*, marzo de 2001; y también, Gilles Paris, «Rien ne semble devoir arrêter la "sale guerre"», *Le Monde*, 22 de enero de 2001. En una entrevista en *El País* el 6 de noviembre de 2000, el guía de Hamás, el jeque Ahmed Yasín, declara: «La Autoridad Nacional Palestina controla esta *Intifada* por razones de su juego político con Israel».

58. *El País* y *La Vanguardia*, 13 de octubre de 2000.

59. Shlomo Ben Ami, *¿Cuál es…*, *op. cit*., p. 112.

60. Véanse *La Vanguardia*, 17 de octubre de 2000, y *El País*, 18 de octubre de 2000.

61. Maurice David Landau, «Barak and Sharon Weigh Costs and Benefits of Unity» *Jewish Telegraphic Agency Daily News Bulletin*, 25 de octubre de 2000, p. 1. Para los esfuerzos de Barak inmediatamente posteriores con el objetivo de formar un nuevo gobierno con el Shas que blindara la exención ultraortodoxa del servicio militar, véase Oren Barak y Gabriel Sheffer, *Militarism and Israeli Society*, pp. 120-144.

62. Naomi Segal, «Netanyahu's Decision to Bow Out Hightens Israeli Election Drama», *Jewish Telegraphic Agency Daily News Bulletin*, 20 de diciembre de 2000, p. 3.

63. El propio presidente Clinton ofrece un ejemplo claro del cambio de narrativa cuando, en sus memorias, culpa a los palestinos del estallido de violencia. «Tanto yo como otros miembros de mi equipo instaron a Arafat para que impidiera que se desatara la violencia [a raíz de la visita de Sharon]. Era una gran oportunidad para que los palestinos, por una vez, se negaran a ser provocados. Pensaba que a Sharon tendrían que haberlo recibido niños palestinos con flores, y decirle que cuando el Monte del Templo quedara bajo control palestino, él siempre sería bien recibido. Pero como Abba Eban había dicho hacía tiempo, los palestinos jamás pierden la oportunidad de perder una oportunidad.» William Jefferson Clinton, *Mi vida*, p. 1072.

64. Sobre los «parámetros» y su gestación, Shlomo Ben Ami, *¿Cuál es…*, *op. cit*., pp. 102-103, 107-108 y 282-284; Benny Morris, *op. cit*., pp. 829-831; y *La Vanguardia*, 18, 20 y 22 de diciembre de 2000.

65. *La Vanguardia*, 27 de diciembre de 2000; véanse también las informaciones de los días siguientes.

66. Shlomo Ben Ami, *¿Cuál es…*, *op. cit*., p. 286; Sol Alameda, «Miguel Ángel Moratinos, el árbitro de Oriente Próximo», *El País Semanal*, 3 de marzo de 2002.

67. Entrevista a Sharon de Henrique Cymerman, «Ehud Barak sólo ha sabido dar, dar y dar», *La Vanguardia*, 4 de febrero de 2001, p. 4.

68. Henrique Cymerman, «Sharon, el luchador», *La Vanguardia*, 15 de enero de 2001, p. 12.

69. «Ezer Weizman Supports Sharon», *Jewish Telegraphic Agency Daily News Bulletin*, 4 de enero de 2001, p. 2.

70. Henrique Cymerman, «Shimon Peres y los siete enanitos», *La Vanguardia*, 3 de marzo de 2001, p. 4.

71. Aunque François-Xavier Trégan, *op. cit*., pp. 10-14, ofrece una cronología básica, para este período es imprescindible la consulta de la prensa diaria; las cifras de bajas, en *El País*, 29 de septiembre de 2002; David Grossman, «¡Locos, dejad de matar, empezad a hablar!», *El País*, 4 de diciembre de 2001. Para el análisis de las acciones armadas y de la influencia del martirologio chií en los ataques de la Segunda Intifada, véase Carole Hillebrand, *Islam: A New Historical Introduction*, pp. 244-245.

72. Sobre este asunto, véase Amos Gilboa, *A Raid on the Red Sea*, University of Nebraska Press, 2021.

73. *El País*, 12 de septiembre, 9 y 10 de octubre de 2001, este último con la crónica de Ferran Sales titulada «Arafat pide con urgencia a Israel material antidisturbios para frenar la revuelta».

74. *El País*, 5 de abril, 25 de mayo y 27 de julio de 2001.

75. La referencia de todos estos hechos o imputaciones puede encontrarse, por el orden citado, en *La Vanguardia*, 11 de mayo, 19 de noviembre y 14 de julio de 2001, en *The Washington Post*, 15 de noviembre de 2002, y de nuevo en *La Vanguardia*, 4 de mayo, 16 de febrero y 23 de mayo de 2001.

76. Para una interpretación en esta línea, véase la entrevista de Caroline Glick al mayor de la Fuerza Aérea Shay Kallach en Caroline Glick, «Are Leftist Pilots Capable of Grounding the Air Force?», *The Caroline Glick Show*, 18 de julio de 2023.

77. Thomas Mitchell, *Likud Leaders: The Lives and Careers of Menachem Begin, Yitzhak Shamir, Benjamin Netanyahu and Ariel Sharon*, p. 174.

78. Para los objetivos de la administración estadounidense, véase George Herring, *From Colony to Superpower: U.S. Foreign Relations Since 1776*, pp. 945-961. En cuanto a la implicación israelí en el asunto, Martin Kramer, *The War on Error: Israel, Islam, and the Middle East*, pp. 269-282.

79. «Report of Secretary-General on Recent Events in Jenin, other Palestinian Cities», comunicado de prensa de Naciones Unidas, 1 de agosto de 2002 (doc.nr.SG2077).

80. Para el texto íntegro de la Iniciativa de Paz Árabe en su traducción al inglés, véase shorturl.at/fghqW.

81. Gadi Bloom, *Ariel Sharon: A Life*, capítulo 1 (The Battle of Latrun), consultado digitalmente en bit.ly/3u7KxC4.

82. Norman Kempster, «Bush Supports the Idea of a Palestinian State», *Los Angeles Times*, 3 de octubre de 2001.

83. La biografía de novecientas páginas que dedica David Landau a Ariel Sharon en *Arik: The Life of Ariel Sharon* (Knopf, 2014) es a nuestro parecer la fuente más completa para introducirse en el personaje. El lector interesado en una síntesis más breve encontrará muy útil el bosquejo que Yael Aronoff hace de su carácter (y de sus implicaciones políticas), en Yael Aronoff, «From Warfare to Withdrawal: The Legacy of Ariel Sharon», *Israel Studies*, 15 (2), 2010, pp. 149-173.

84. Para el estudio profundizado de este estado de ánimo de la opinión pública israelí, véase Micah Goodman, *Catch-67: The Left, the Right, and the Legacy of the Six-Day War*.

85. *La Vanguardia*, 30 de enero y 19 de febrero de 2002, y 26 de septiembre de 2003; *El País*, 19 de febrero y 31 de diciembre de 2002, *El País Semanal*, 3 de agosto de 2003 y 4 de enero de 2004.

86. Entre estos últimos, Human Rights Watch distinguía veintisiete milicianos y veintidós civiles. Sobre este asunto, véase *La Vanguardia*, 10 y 13 de abril y 2 de agosto de 2002; Alfonso Rojo, «Antisemitismo y periodismo», *El Mundo*, 15 de junio de 2002.

87. *La Vanguardia*, 12 de julio de 2002, y *El País*, 1 de noviembre de 2002.

88. Pierre-André Taguieff, *La nueva judeofobia*, p. 16; sobre una faceta específica del mismo fenómeno, Joël y Dan Kotey, *Au nom de l'antisionisme. L'image des Juifs et d'Israël dans la caricature depuis la Seconde Intifada*. Y, también, Georges-Élia Sarfati, *L'antisionisme. Israel/Palestine aux miroirs d'Occident*.

89. *El País*, 3 de agosto y 2 de octubre de 2003; *El País Semanal*, 16 de noviembre de 2003; *La Vanguardia*, 23 de octubre y 23 de noviembre de 2003; Shimon Peres, *Un temps…*, *op. cit*., pp. 139-142.

90. Shlomo Ben Ami, *¿Cuál es…*, *op. cit*., p. 103.

91. *La Vanguardia*, 20 de febrero, 25 de julio y 17 de agosto de 2002; *El País*, 18 de abril y 19 de julio de 2000, 10 de enero de 2003.

92. Maurice David Landau, *op. cit.*, pp. 534-535.

93. Henrique Cymerman, «Los duros Netanyahu y Lieberman, opciones para relevar a Peres en Exteriores» y «Sharon anticipa las elecciones israelíes», *La Vanguardia*, 1 y 6 de noviembre de 2002. Véase también «Netanyahu to Be Sworn in Today», *Haaretz*, 6 de noviembre de 2002.

94. Un análisis de conjunto del paisaje sociopolítico israelí a principios de 2003, en Alain Dieckhoff y Rémy Leveau, *Israéliens et Palestiniens: la guerre en partage*,pp. 123-152; los resultados, en *The Jerusalem Post*, 31 de enero de 2003.

95. Naomi Segal, «Amid Violence and Terror Warnings, Some Predict Next Government's Fall», *Jewish Telegraphic Agency Daily News Bulletin*, 27 de enero de 2003, p. 3.

96. Amos Oz, «Contra esta guerra», *El País*, 20 de febrero de 2003.

97. Shlomo Ben Ami, «Bagdad y Jerusalén, ¿vasos comunicantes?», *El País*, 7 de marzo de 2003.

98. El texto completo de la hoja de ruta en español, en *El País*, 24 de abril de 2003.

99. *La Repubblica*, 20 de mayo de 2003; una crítica palestina laica a la hoja de ruta, en Edward W. Said, «La Hoja de Ruta: ¿hacia qué y hacia dónde?», *El País*, 10 de junio de 2003.

100. Christine Spolar, «Sharon's Cabinet Gives Peace "Steps" Green Light», *Chicago Tribune*, 25 de mayo de 2003; Naomi Segal, «"Road Map" Vote Seen as Historic, but the Hard Part Is Just Beginning», *Jewish Telegraphic Agency Daily News Bulletin*, 27 de mayo de 2003, pp. 1-2. Las catorce objeciones o reservas de Sharon, en *El País*, 28 de mayo de 2003.

101. Los términos y las circunstancias de la tregua, en *La Vanguardia*, 29 y 30 de junio de 2003.

102. *El País*, 14 de septiembre de 2003.

103. Greg Myre, «27 Israeli Reserve Pilots Say They Refuse to Bomb Civilians», *The New York Times*, 25 de septiembre de 2003.

104. Chris Mcgreal, «Israel on Road to Ruin, Warn Former Shin Bet Chiefs», *The Guardian*, 15 de noviembre de 2003.

1. La traducción íntegra al inglés de la transcripción del discurso de Sharon en la Conferencia de Herzliya está colgada en la web del Ministerio de Exteriores de Israel y puede consultarse digitalmente en bit.ly/3ImzMRE.

2. Ron Kampeas, «Bush Embracing Sharon Proposals», *Jewish Telegraphic Agency*, 10 de febrero de 2004.

3. James Bennet, «Leader of Hamas Killed by Missile in Israeli Strike», *The New York Times*, 22 de marzo de 2004.

4. «Solana afirma que el asesinato de Yasin “es una noticia muy mala para el proceso de paz”», *ABC*, 22 de marzo de 2004.

5. Eso en el gobierno y el parlamento, claro. En actos privados con la militancia del Likud no fueron tan circunspectos. «Las encuestas internas del Likud mostraban que [Sharon] ganaría [el referéndum] con un cómodo margen —recuerda Bibi en sus memorias—. Pero yo y otros pronto cambiamos esto. Hicimos campaña mitin tras mitin con los afiliados del Likud y cambiamos decisivamente sus pareceres para que se opusieran al plan.» Benjamin Netanyahu, *Bibi: My Story*, p. 391.

6. Nir Hasson, «Thousands Mourn Slain Mother and Girls», *Haaretz*, 3 de mayo de 2004.

7. «Thousands of Israelis Rally for Peace, Pullout», *Tampa Bay Times*, 16 de mayo de 2004.

8. Leslie Susser, «In Push for Amended Pullout Plan, Sharon Faces Tough Political Battles», *World Report*, p. 1. Véase también Maurice David Landau, *op. cit*., p. 629.

9. Actas de la Knéset: «Debate on the Implementation of the Disengagement Law», 2 de noviembre de 2004.

10. Maurice David Landau, *op. cit*., pp. 635-636.

11. Fernando Navarro, *Procesos de securitización en Israel: el camino hacia la segunda Intifada examinado desde la sociología del poder*, p. 370.

12. «Israelis Form Human Chain to Protest Gaza Pullout», *Associated Press*, 26 de julio de 2004.

13. Judith Miller, «Yasir Arafat, Palestinian Leader, Dies at 75», *The New York Times*, 10 de noviembre de 2004.

14. «Abás Tours Arab States Seeking Support and Legitimacy Ahead of Poll», *Jewish Telegraphic Agency*, 15 de diciembre de 2004.

15. Caroline Glick Archive: «Interview with Binyamin Netanyahu», 5 de agosto de 2005, y «Netanyahu's Great Gamble», 8 de agosto de 2005. Consultables digitalmente en bit.ly/3ucU1Mi y bit.ly/3Jp2Adz.

16. El mandato de Arik había empezado en medio de una gran hostilidad de las cancillerías europeas que fue rectificándose después del anuncio del plan de desconexión. En algunos casos, como el de la diplomacia alemana, entonces encabezada por Joschka Fischer, ambas circunstancias estaban estrechamente relacionadas. En otros, como en los casos español e italiano, la mejora de las relaciones se debía fundamentalmente a una reorientación de la política exterior que era, en lo esencial, independiente de las acciones de Israel —sobre este último caso, véase Arturo Marzano, «Italian Foreign Policy towards Israel: The Turning Point of the Berlusconi Government (2001-2006)», *Israel Studies*, 16 (1), 2011, pp. 79-103— y aún hubo excepciones, como la turca, en que las relaciones se deterioraron, también como consecuencia de una realineación internacional impulsada por el nuevo partido de gobierno en Ankara. El lector encontrará una buena descripción de este caso en Özlem Tür, «Turkey and Israel in the 2000s: From Cooperation to Conflict», *Israel Studies*, 17 (3), 2012, pp. 45-66.

17. Henrique Cymerman, «Netanyahu abre una crisis en el Likud», *La Vanguardia*, 31 de agosto de 2005, p. 3.

18. Henrique Cymerman, «Sharon no descarta abandonar el Likud si el comité central decide adelantar las primarias», *La Vanguardia*, 22 de septiembre de 2005, p. 10.

19. Henrique Cymerman, «Sharon promete elecciones relámpago», *La Vanguardia*, 18 de noviembre de 2005. La rueda de prensa en que el primer ministro anunció la fundación del nuevo partido puede visualizarse íntegra en C-SPAN Archive: «Israeli Prime Minister Party Resignation», consultable digitalmente en bit.ly/3qeZP6U.

20. La presión familiar para que lo hiciese era muy grande. Su hermano Gigi llegó a declarar en aquellos días, en una frase muy reveladora del desdén que la generación fundacional continuaba sintiendo hacia los sefardíes, que «Peretz y los norteafricanos se han apoderado del partido igual que el generalísimo Franco se apoderó de España en los años treinta, cuando entró en Madrid y destrozó la magnífica República». Véase también Henrique Cymerman, «El apoyo de Shimon Peres al nuevo partido de Sharon sacude el mapa político israelí», *La Vanguardia*, 2 de diciembre de 2005, p. 8.

21. Rachel Shabi, «The Unlikely First Lady», *The Guardian*, 5 de mayo de 2006.

22. «New Poll Forecasts 52 Seats for Kadima», *The Jerusalem Post*, 17 de enero de 2006.

23. «Hamas Wins Huge Majority», *Al-Jazeera*, 26 de enero de 2006.

24. Ewen Macaskill, «US Opens the Door for Europe to Save Palestinians from Funding Disaster», *The Guardian*, 10 de mayo de 2006.

25. «West Bank Settlers Clash with Eviction Troops», *The Guardian*, 1 de febrero de 2006.

26. Los resultados completos pueden consultarse digitalmente en el Israel Democracy Institute (shorturl.at/hkCO7).

27. Steven Erlanger y Greg Myre, «Israelis Seize 6 in Raid on Prison in the West Bank», *The New York Times*, 15 de marzo de 2006.

28. «With Both Military and Diplomacy, Israel Deepens Fight to Thwart Hamas», *Jewish Telegraphic Agency Daily News Bulletin*, 10 de abril de 2006.

29. Steven Erlanger y Greg Myre, «Abbas to Call Palestinian Vote on Two-State Plan», *The New York Times*, 6 de junio de 2006.

30. Ron Kampeas, «Olmert, Bush to Look at Big Picture», *Jewish Telegraphic Agency Daily News Bulletin*, 17 de mayo de 2006.

31. Dan Baron, «Olmert Begins to Promote Pullout», *Jewish Telegraphic Agency Daily News Bulletin*, 4 de junio de 2006.

32. Tim Butcher, «Soldier Kidnapped and Two Killed in Gaza Tunnel Attack», *The Daily Telegraph*, 26 de junio de 2006.

33. Amos Harel y Avi Issacharoff, «When It Rains, It Pours», *Haaretz*, 6 de julio de 2006.

34. Amos Harel, «Hezbollah Kills 8 Soldiers, Kidnaps Two in Offensive on Northern Border», *Haaretz*, 13 de julio de 2006. Véase también Gilbert Achcar y Michel Warschawski, *La guerra de los 33 días: Israel contra Hezbolá en el Líbano y sus consecuencias*, pp. 41-46.

35. Scott Wilson, «Israeli War Plan Had No Exit Strategy», *The Washington Post*, 21 de octubre de 2006.

36. «UN: Hezbollah Has Increased Military Strength Since 2006 War», *Haaretz*, 25 de octubre de 2007.

37. «Peretz Ridiculed for Binoculars Goof», *The Jerusalem Post*, 24 de febrero de 2007.

38. Greg Myre, «Israeli General Resigns over War with Hezbollah», *The New York Times*, 17 de enero de 2007.

39. Dani Filc, *The Political Right in Israel: Different Faces of Jewish Populism*, pp. 103-123.

40. Dan Baron, «Olmert Eyeing the Big Picture», *Jewish Telegraphic Agency Daily News Bulletin*, 15 de abril de 2007.

41. «Former Israel President Moshe Katsav Begins Jail Term for Rape», *The Guardian*, 7 de diciembre de 2011.

42. Véanse sobre el asunto «Peres Boosts Olmert» y Matt Siegel, «Olmert Backs Peres for President», *Jewish Telegraphic Agency Daily News Bulletin*, 18 y 25 de marzo de 2007.

43. Yossi Verter, Nir Hasson y Mazal Mualem, «Lebanon War Probe Accuses Olmert of “Severe Failure”, Blasts Halutz, Peretz», *Haaretz*, 30 de abril de 2007.

44. Rory Mccarthy, «Olmert Clings on as Deputy Urges Him to Resign», *The Guardian*, 3 de mayo de 2007. Véase también «Livni: Olmert Must Quit» y «Olmert Unfazed by Rally», *Jewish Telegraphic Agency Daily News Bulletin*, 2 y 3 de mayo de 2007.

45. Steven Erlanger, «Abbas Orders Early Elections to End Deadlock», *The New York Times*, 16 de diciembre de 2006.

46. Una traducción íntegra del acuerdo al inglés por el Jerusalem Media & Communication Centre puede consultarse digitalmente en shorturl.at/npr05.

47. Steven Erlanger, «Hamas Forces Seize Control Over Much of Gaza», *The New York Times*, 13 de junio de 2007.

48. «Olmert Offers Golan to Syria» y Leslie Susser, «Syria Cool to Peace Overtures», *Jewish Telegraphic Agency*, 8 y 11 de junio de 2007.

49. Steven Erlanger, «Israeli Official Advocates Partial Withdrawal from West Bank», *The New York Times*, 27 de junio de 2007.

50. Isabel Kershner, «Israelis Press Plan to Block the Division of Jerusalem», *The New York Times*, 15 de noviembre de 2007.

51. «Key Olmert Ally Threatens to Quit over Talks», *NBC News*, 28 de octubre de 2007.

52. Yossi Melman y Dan Raviv, «Inside Israel's Secret Raid on Syria's Nuclear Reactor», *Politico*, 20 de marzo de 2018.

53. Adam Goldman y Ellen Nakashima, «CIA and Mossad Killed Senior Hezbollah Figure in Car Bombing», *The Washington Post*, 30 de enero de 2015.

54. Paul Abelsky, «Putin Opposes Military Action on Iran», *Jewish Telegraphic Agency*, 16 de octubre de 2007.

55. Martin Van Creveld, «Israel's War With Hezbollah Was Not a Failure», *Forward*, 30 de enero de 2008.

56. «Olmert Government Teeters as Lieberman Quits, Others May Follow», *Jewish Telegraphic Agency*, 17 de enero de 2008.

57. Leslie Susser, «Olmert Pressured to Resign» y «Should Barak Stay in Government? Israelis Divided», *Jewish Telegraphic Agency*, 8 de enero de 2008.

58. Las cifras, en «Summary of Rocket Fire and Mortar Shelling in 2008», *Meir Amit Intelligence and Terrorism Information Center*, pp. 6-8.

59. Ethan Bronner, «Israeli Political Crisis Overshadows Rice's Trip», *The New York Times*, 5 de mayo de 2008; «Olmert: I'll Resign if Indicted», *Globes*, 9 de mayo de 2008; Ari Rabinovitch, «Israeli Police Seek Criminal Charges Against Olmert», *Reuters*, 7 de septiembre de 2008; Barak Ravid, «Olmert to Step Down in September, Vows to Push for Peace First», *Haaretz*, 31 de julio de 2008.

60. Había también dos candidatos menores, Avi Dichter y Meir Sheetrit, que juntos reunieron un 15% de los votos.

61. Gil Stern Hoffmann, «Mofaz Accuses Livni of Dividing Jerusalem», *The Jerusalem Post*, 31 de agosto de 2008.

62. Marcy Oster, «Israel Goes to New Elections», y Leslie Susser, «Israel Looks to Next Election», *Jewish Telegraphic Agency*, 26 y 27 de octubre de 2008.

63. Rory Mccarthy, «Gaza Truce Broken as Israeli Raid Kills Six Hamas Gunmen», *The Guardian*, 5 de noviembre de 2008.

64. Amos Harel y Avi Issacharoff, «IDF Surprises Hamas with Largest Gaza Operation Since 1967; at Least 225 Killed», *Haaretz*, 28 de diciembre de 2008; «Israel invade Gaza a sangre y fuego», *El País*, 3 de enero de 2009.

65. Marcy Oster, «Israeli Election Campaign Heats Up», *Jewish Telegraphic Agency*, 27 de enero de 2009.

66. Ethan Bronner y Isabel Kershner, «In Israeli Vote, With Two Parties Nearly Tied, the Winner Is Gridlock», *The New York Times*, 11 de febrero de 2009.

67. Marcy Oster, «Lieberman Opts for Netanyahu as Leader», *Jewish Telegraphic Agency*, 19 de febrero de 2009.

68. Marcy Oster, «Labor Votes to Join Government Coalition», *Jewish Telegraphic Agency*, 24 de marzo de 2009.

1. Sobre este asunto, véase la entrevista de Gadi Taub a Benjamin Netanyahu del 13 de marzo de 2022, consultable en shorturl.at/nANZ5.

2. La insistencia en el derecho al retorno que había frustrado Camp David en 2000 le servía de confirmación de dicha falta de sinceridad.

3. Para una visión irredentista de un Gran Israel que ocupe todo el territorio, véase Caroline Glick, *The Israeli Solution: A One-State Plan for Peace in the Middle East*, especialmente los capítulos dedicados a la legitimidad de la soberanía israelí sobre Cisjordania (pp. 164-178) y a la naturaleza indígena del pueblo judío sobre todo el territorio (pp. 179-194). El libro recibió la adhesión explícita de figuras destacadas de la administración Trump, como el asesor de Seguridad Nacional John Bolton o el vicepresidente Mike Pence.

4. David M. Halbfinger, «Netanyahu’s Obsession with Image Could Be His Downfall», *The New York Times*, 3 de diciembre de 2018.

5. Raoul Wootliff, «Netanyahu’s Israel: Divided over the Legacy of its Longest Serving PM», *Times of Israel*, 21 de julio de 2019; Herb Keinon, «What Will Define Benjamin Netanyahu’s Legacy?», *The Jerusalem Post*, 10 de junio de 2021.

6. Leslie Susser, «Is Bibi Interested in Peace with Syria?», *Jewish Telegraphic Agency*, 10 de marzo de 2009.

7. Eric Fingerhut, «Abbas: I’m Just Going to Wait», *Jewish Telegraphic Agency*, 1 de junio de 2009.

8. Marcy Oster, «Rivlin: No Two-State Solution for Bibi» y «Netanyahu OK with a Demilitarized Palestinian State», *Jewish Telegraphic Agency*, 11 y 14 de junio de 2009.

9. Ron Kampeas, «Ehud Olmert Buries the Lede», *Jewish Telegraphic Agency*, 17 de julio de 2009. Para la versión de Abbas, Josef Federman, «Abbas Admits He Rejected 2008 Peace Offer from Olmert», *Times of Israel*, 19 de noviembre de 2015; véase también Lazar Berman, «“Abbas Never Said No” to 2008 Peace Deal, Says Former PM Olmert», *Times of Israel*, 25 de junio de 2021.

10. Marcy Oster, «Sarkozy to Netanyahu: “Get Rid” of Lieberman», *Jewish Telegraphic Agency*, 30 de junio de 2009.

11. Herb Keinon, «PM Rejects Request to Free Terrorist», *The Jerusalem Post*, 13 de agosto de 2009.

12. Barak Ravid, «Netanyahu Declares 10-Month Settlement Freeze “To Restart Peace Talks”», *Haaretz*, 25 de noviembre de 2009.

13. Özlem Tür, «Turkey and Israel in the 2000s: From Cooperation to Conflict», *Israel Studies*, 17 (3), 2012, pp. 45-66.

14. «Recep Tayyip Erdoğan Storms Out of Davos After Clash with Israeli President Over Gaza», *The Guardian*, 30 de enero de 2009.

15. Ami Eden, «Turkey, Israel Exchange Barbs» y Marcy Oster, «Turkish PM: Israel Could Lose Turkish Friendship», *Jewish Telegraphic Agency*, 12 y 31 de enero de 2010.

16. Biranit Goren, «Turkey Says Will Cut Ties if Israel Doesn’t Apologize», *Jewish Telegraphic Agency*, 5 de julio de 2010.

17. Ron Kampeas, «Barak Sees Final-Status Talks Within Months», *Jewish Telegraphic Agency*, 14 de diciembre de 2010.

18. Ron Kampeas, «U.S. Quits Effort on Settlement Freeze», *Jewish Telegraphic Agency*, 8 de diciembre de 2010.

19. Los datos del Banco Mundial pueden consultarse digitalmente en shorturl.at/xOTU1.

20. Robert Worth, «How a Single Match Can Ignite a Revolution», *The New York Times*, 21 de enero de 2011 y Raina Abouzeid, «Bouazizi: The Man Who Set Himself and Tunisia on Fire», *Time*, 21 de enero de 2011.

21. Bilal Randeree, «Tunisia President Warns Protesters», *AlJazeera*, 28 de diciembre de 2010.

22. Peter Walker, «Tunisian President Declares State of Emergency and Sacks Government», *The Guardian*, 14 de enero de 2011.

23. «Ben Ali Gets Refuge in Saudi Arabia», *Al-Jazeera*, 16 de enero de 2011.

24. Kareem Fahim y Anthony Shadid, «Quiet Acts of Protest on a Noisy Day», *The New York Times*, 1 de febrero de 2011; Peter Beaumont y Jack Shenker, «Egyptian Army Disperses Mubarak Supporters from Bridge», *The Guardian*, 3 de febrero de 2011; «Mubarak's Sons Nearly Come to Blows During Speech», *The Jerusalem Post*, 14 de febrero de 2011; Kent Klein, «Obama: Egypt Will Never Be the Same», *Voa News*, 10 de febrero de 2011.

25. Ishaan Tharoor, «Gaddafi Warns Benghazi Rebels: We Are Coming, and There'll Be No Mercy», *Time*, 17 de marzo de 2011; «Gadhafi Blasts "Crusader" Aggression After Strikes», *NBC News*, 19 de marzo de 2011.

26. Thomas Erdbrink y Liz Sly, «In Libya, Moammar Gaddafi's Rule Crumbling as Rebels Enter Heart of Tripoli», *The Washington Post*, 22 de agosto de 2011.

27. Martin Chulov, «Gaddafi's Last Moments: "I Saw the Hand Holding the Gun and I Saw It Fire"», *The Guardian*, 20 de octubre de 2011.

28. «Yemen Protesters Clash with Police», *Al-Jazeera*, 14 de febrero de 2011.

29. Hakim Almasari, «Yemen Imposes State of Emergency After Deadly Attack on Protesters», *The Washington Post*, 18 de marzo de 2011.

30. «Wounded Yemeni President in Saudi Arabia», *Al-Jazeera*, 5 de junio de 2011.

31. El censo histórico de población publicado por el Servicio de Información Estatal Egipcio puede consultarse digitalmente en shorturl.at/qxAMU.

32. El cambio de nomenclatura se reflejaba a menudo en el nombre del partido oficialista. En Túnez, por ejemplo, Ben Ali rebautizó en 1988 a su Partido Socialista Destouriano como Reagrupamiento Constitucional Democrático. Un proceso análogo se experimentó en Egipto, donde la Unión Árabe Socialista pasó a llamarse en 1978 Partido Nacional Democrático.

33. El Partido de la Justicia y el Desarrollo, oficialista en Turquía.

34. Marc Lynch, *The Arab Uprising: The Unfinished Revolutions of the New Middle East*, p. 9.

35. Francis Fukuyama, «Is China Next?», *The Wall Street Journal*, 12 de marzo de 2011.

36. Herb Keinon, «Barak: New Faction to Be «Centralist, Zionist, Democratic»», *The Jerusalem Post*, 17 de enero de 2011.

37. Leslie Susser, «Settlers Accusing Netanyahu Gov't of Imposing Silent Building Freeze», *Jewish Telegraphic Agency*, 1 de marzo de 2011.

38. Leslie Susser, «With Pressure Mounting, Will Bibi Go Left or Right?», *Jewish Telegraphic Agency*, 14 de marzo de 2011.

39. «Hamas and Fatah Agree to Form Caretaker Government», *The Guardian*, 27 de abril de 2011.

40. Daniel Treiman, «Livni Praises Obama, Blasts Netanyahu», *Jewish Telegraphic Agency*, 20 de mayo de 2011.

41. La transcripción íntegra del discurso, en «Israeli Prime Minister Binyamin Netanyahu's Address to Congress», *The Washington Post*, 24 de mayo de 2011.

42. «Los indignados de Israel», *El País*, 21 de julio de 2011.

43. Su padre, Tommy Lapid, había sido un destacado periodista que también entró en política al frente de un partido laicista, y coronó su carrera como ministro de Justicia de Ariel Sharon (2003-2004). Su madre, Shulamit Giladi, es una escritora muy reconocida tanto en el género histórico como en el de misterio.

44. Jacob Magid, «Black is the New Orange: 30% of Settlers Are Now Haredim», *Times of Israel*, 18 de julio de 2017.

45. Marcy Oster, «Israel's Supreme Court Finds Tal Law Unconstitutional», *Jewish Telegraphic Agency*, 21 de febrero de 2012.

46. Marcy Oster, «Yishai: Tal Law Will Have to Be Extended», *Jewish Telegraphic Agency*, 23 de febrero de 2012.

47. Ilan Ben Zion, «In Political Sensation, Netanyahu and Mofaz Form Unity Government, Cancel Elections», *Times of Israel*, 8 de mayo de 2012.

48. Lahav Harkov, «Mofaz: I Hoped PM Would Go Beyond “Petty Politics”», *The Jerusalem Post*, 17 de julio de 2012.

49. Marcy Oster, «Barak: Israel Did Not Promise Not to Attack Iran», *Jewish Telegraphic Agency*, 17 de abril de 2012.

50. Cnaan Liphshiz, «Peres: Israel Cannot Strike Iran on Its Own», *Jewish Telegraphic Agency*, 17 de agosto de 2012.

51. Jeffrey Heller, «Netanyahu Draws “Red Line” on Iran’s Nuclear Program», *Reuters*, 28 de septiembre de 2012; para la transcripción íntegra del discurso en la web del Parlamento Europeo, véase shorturl.at/coxyD.

52. Joshua Mitnick, «Will Iranian Nukes Re-Elect Netanyahu?», *Jewish Telegraphic Agency*, 3 de octubre de 2012.

53. Ben Sales, «In the Debate Heating Up on Iran Attack, a Who's Who of the Players», *Jewish Telegraphic Agency*, 9 de septiembre de 2012.

54. El propio primer ministro defiende inequívocamente la segunda opción en sus memorias. Benjamin Netanyahu, *op. cit.*, pp. 479-480, 482-488, 500, 585.

55. «Israel to Vote for New Government on January 22, Cabinet Decides», *Times of Israel*, 14 de octubre de 2012.

56. Jonathan Lis, «סיישדוח ינפל הלבקתה דוחיאה לע הטלחהה": ומרביל», *Haaretz*, 26 de octubre de 2012.

57. Gabe Fisher, «Avigdor Liberman Resigns as FM to Battle Breach of Trust Charge», *Times of Israel*, 16 de diciembre de 2012.

58. Ben Quinn, «Gilad Shalit Freed in Exchange for Palestinian Prisoners», *The Guardian*, 18 de octubre de 2011. Para una visión muy crítica con el acuerdo y con la actitud de Netanyahu desde la derecha israelí, véase Caroline Glick, «A Pact Signed in Jewish Blood», *The Jerusalem Post*, 13 de octubre de 2011.

59. Los datos, elaborados por el Palestinian Centre for Human Rights pueden ser consultados digitalmente en shorturl.at/iPS46.

60. La causa inmediata de dicha escalada fue el asesinato del alto cargo de Hamás Ahmed Jabari en un ataque selectivo israelí el 14 de noviembre. En sus memorias, Netanyahu afirma que la eliminación de dicho líder miliciano era el único objetivo israelí de importancia en toda la operación, y que fue él quien impulsó el alto el fuego después de haberlo realizado. Benjamin Netanyahu, *op. cit.*, pp. 492-493.

61. Aluf Benn, «Israel's Pillar of Defense Achieved Its Goals», *Haaretz*, 22 de noviembre de 2012; «Israel Eases Restrictions on Gaza Fishing», *Al-Jazeera*, 25 de noviembre de 2012.

62. Ron Kampeas, «Why Does Bibi Want to Appear Pushed Into the Ceasefire?» *Jewish Telegraphic Agency*, 21 de noviembre de 2012.

63. «Bennett había trabajado para mí desde finales de 2006 hasta febrero de 2008 como jefe de gabinete mientras yo era el líder de la oposición», escribe Netanyahu sobre el tema. «Después de un año dejé que se fuera. Aunque se hacía pasar por un hombre de derechas, fui entendiendo que era una pose vacía. Lo único que quería era fama y poder.» Benjamin Netanyahu, *op. cit.*, p. 490. Para la narrativa más habitual sobre el asunto en los medios de comunicación israelíes, véase Gil Stern Hoffman, «Tensions Grow Ahead of Netanyahu-Bennett Meet», *The Jerusalem Post*, 7 de febrero de 2013, y también Jonathan Lis, «Netanyahu to Meet with Bennett after Latter Apologizes for Joke About PM's Wife», *Haaretz*, 10 de febrero de 2013.

64. Jonathan Lis e Ilan Lior, «Final Israel Election Results: Kadima's in Knesset, Habayit Hayehudi Gets 12 Seats», *Haaretz*, 24 de enero de 2013.

65. Marcy Oster, «Ehud Barak Leaves Israeli Politics — For Now», *Jewish Telegraphic Agency*, 14 de marzo de 2013.

66. Ron Kampeas, «Israel, Turkey to Normalize Ties After Israeli Apology for 2010 Flotilla Raid», *Jewish Telegraphic Agency*, 22 de marzo de 2013.

67. Marcy Oster, «Kerry, Netanyahu Meet in Jerusalem to Discuss Restarting Peace Talks», *Jewish Telegraphic Agency*, 9 de abril de 2013.

68. «Jerusalem Negotiable, Right of Return Is Not, Likud's Hanegbi Tells J Street», *Jewish Telegraphic Agency*, 30 de septiembre de 2013.

69. Mark Landler, «Biden and Netanyahu Stress Points of Unity in Speeches to Pro-Israel Group», *The New York Times*, 4 de marzo de 2013.

70. Harriet Sherwood y Angelique Chrisafis, «Sarkozy and Obama's Netanyahu Gaffe Broadcast Via Microphones», *The Guardian*, 8 de noviembre de 2011.

71. «Syria: Thousands Suffering Neurotoxic Symptoms Treated in Hospitals Supported by MSF». Comunicado de prensa de Médecins Sans Frontières, 24 de agosto de 2013.

72. «Turkey’s Military On Alert Over Possible Syria Strike», *The Huffington Post*, 28 de agosto de 2013.

73. Julian Borger y Patrick Wintour, «Russia Calls on Syria to Hand Over Chemical Weapons», *The Guardian*, 9 de septiembre de 2013.

74. El acuerdo no se cumplió: en junio de 2018, la OPCW hacía notar que Assad no había declarado ni destruido las armas químicas ni los laboratorios donde se fabricaban. En noviembre de 2023 la justicia francesa imputó a Bashar Assad y a su hermano Maher por crímenes contra la humanidad a raíz de esos hechos.

75. Joshua Mitnick, «The Arab League's Surprise Gesture», *Jewish Telegraphic Agency*, 1 de mayo de 2013.

76. David Kirkpatrick, «Army Ousts Egypt's President; Morsi Is Taken Into Military Custody», *The New York Times*, 3 de julio de 2013; Patrick Kingsley, «Abdel Fatah al-Sisi Won 96,1% of Vote in Egypt Presidential Election, Say Officials», *The Guardian*, 3 de junio de 2014.

77. El alto oficial estadounidense Ben Rhodes reveló el 9 de mayo de 2016 que, en realidad, las negociaciones entre Washington y Teherán habían empezado en 2012, pero que se había comunicado una fecha posterior a la elección de Rouhani para reforzar los sectores moderados iraníes. Ron Kampeas, «Did Ben Rhodes Really Dupe the Media and the Public About Obama's Iran Deal?», *Jewish Telegraphic Agency*, 9 de mayo de 2016. Para una visión favorable a la autenticidad de los comicios iraníes, véase María Jesús Merinero, *La República Islámica de Irán: Dinámicas sociopolíticas y relevo de las élites*, pp. 58-69.

78. Ben Sales, «At G. A., Peres and Netanyahu Strike Different Tones on Iran», *Jewish Telegraphic Agency*, 11 de noviembre de 2013. Más agresivo todavía, Ehud Olmert acusaba el 1 de diciembre al primer ministro de haber «declarado la guerra» a Estados Unidos con sus críticas al acuerdo con Irán.

79. Julian Borger y Saeed Kamali Dehghan, «Iran Seals Nuclear Deal with West in Return for Sanctions Relief», *The Guardian*, 24 de noviembre de 2013.

80. Jodi Rudoren, «Israel’s Foreign Minister Returns, but Abrasive Style Appears Absent», *The New York Times*, 1 de diciembre de 2013.

81. «Abbas OK with Israeli Army in West Bank during Three-Year Transition», *Jewish Telegraphic Agency*, 28 de enero de 2014.

82. Daniel Treiman, «Hebron Settlers' Spokesman: Bibi May Suffer a Fate Worse than Sharon», *Jewish Telegraphic Agency*, 6 de enero de 2014.

83. «Knesset Passes Draft Law Requiring Haredi Orthodox Men to Serve», *Jewish Telegraphic Agency*, 12 de marzo de 2014.

84. «Netanyahu Distances Himself from Abbas-Livni Meeting», *Jewish Telegraphic Agency*, 18 de mayo de 2014.

85. David Joachim, «Martin Indyk, U.S. Mideast Envoy, Steps Down», *The New York Times*, 27 de junio de 2014.

86. Ruth Eglash y William Branigin, «Israeli Army Says Three Kidnapped Teenagers Found Dead», *The Washington Post*, 30 de junio de 2014; Orlando Crowcroft, «Three Jewish Israelis Admit Kidnapping and Killing Palestinian Boy», *The Guardian*, 14 de julio de 2014; Herb Keinon, «Netanyahu: Hamas Suffered Its Greatest Blow Since It Was Founded», *The Jerusalem Post*, 27 de agosto de 2014; Mohammed Daraghmeh y Karin Laub, «Israel-Gaza Conflict: Hamas Claims "Victory for the Resistance" as Long-Term Truce Is Agreed with Israel», *The Independent*, 27 de agosto de 2014.

87. Gil Stern Hoffman, «Liberman Announces Yisrael Beytenu Splitting from Likud», *The Jerusalem Post*, 7 de julio de 2014.

88. «Thousands of Pro-Peace Demonstrators Gather in Tel Aviv», *Jewish Telegraphic Agency*, 17 de agosto de 2014.

89. Ariel Sharon, «Democracy and the Jewish State», *Yediot Ahronot*, 28 de mayo de 1993.

90. En el fondo, cuando se trata este asunto lo que se está haciendo es plantear dos cuestiones recurrentes en la historiografía sobre Israel: la de si el país es una verdadera democracia y, en caso afirmativo, la de si dicha democracia está deteriorándose. Un análisis exhaustivo, aunque algo anticuado, sobre las discusiones de fondo y de forma que envuelven este debate puede encontrarse en Alan Dowty, «Is Israel Democratic? Substance and Semantics in the "Ethnic Democracy"», *Israel Studies* 4 (2), 1999, pp. 1-15. También es interesante el intercambio de planteamientos que mantuvieron en *Israel Studies* el catedrático de Sociología Sammy Smooha, creador del concepto de «democracia étnica» para referirse a Israel, y el palestino Assad Ghanem, profesor de Estudios Palestinos en la Universidad de Haifa. Los artículos respectivos pueden encontrarse en Sammy Smooha, «Ethnic Democracy: Israel as an Archetype», *Israel Studies*, 2 (2), 1997, pp. 198-241 y Assad Ghanem, «Questioning "Ethnic Democracy": A Response to Sammy Smooha», *Israel Studies*, 3 (2), 1998, pp. 253-267. La catedrática de Derecho y originalista convencida Ruth Gavison también escribió sobre el asunto, en defensa de la compatibilidad entre los caracteres judío y democrático del Estado de Israel, en Ruth Gavison, «Jewish and Democratic? A Rejoinder to the "Ethnic Democracy" Debate», *Israel Studies*, 4 (1), 1999, pp. 44-73.

91. Israel Harel, «When Livni Gave the Nation-State Law Her Blessing», *Haaretz*, 12 de octubre de 2018.

92. Isabel Kershner, «Netanyahu Fires Ministers and Calls for Elections», *The New York Times*, 2 de diciembre de 2014.

93. «Netanyahu Says He Disbanded Last Government over Israel Hayom Law», *Times of Israel*, 13 de febrero de 2018.

94. Para la transcripción íntegra del discurso de Netanyahu en el Congreso, «The Complete Transcript of Netanyahu's Address to Congress», *The Washington Post*, 3 de marzo de 2015.

95. «Pelosi: Netanyahu Speech “Insult to the Intelligence of the United States”», *Jewish Telegraphic Agency*, 3 de marzo de 2015.

96. Pardo no fue renovado en su cargo después de este incidente y en los años siguientes se convirtió en un crítico notorio del primer ministro y de su política, hasta el punto de decir en septiembre de 2023 que había convertido Israel en un «Estado de *apartheid*». Chris Mcgreal, «Israel Imposing Apartheid on Palestinians, Says Former Mossad Chief», *The Guardian*, 7 de septiembre de 2023.

97. «Netanyahu Scores Crushing Victory in Israeli Elections», *Times of Israel*, 18 de marzo de 2015; Jodi Rudoren, «Netanyahu Soundly Defeats Chief Rival in Israeli Elections», *The New York Times*, 17 de marzo de 2015; Peter Beaumont, «Binyamin Netanyahu Scores Dramatic Victory After Late Surge in Support», 18 de marzo de 2015.

98. Michael Oren, «How Obama Abandoned Israel», *The Wall Street Journal*, 16 de junio de 2015. Oren consideraba que Obama tenía el grueso de la culpa por la situación, pero enumeraba las implicaciones negativas para Israel y admitía que ambas partes habían cometido errores.

99. Tamar Pileggi, «Minister’s Wife Sorry for Racist Obama Joke», *Times of Israel*, 21 de junio de 2015.

100. Ron Kampeas, «Israel's U.S. Envoy Raps Huckabee on Holocaust-Iran Deal Analogy», *Jewish Telegraphic Agency*, 28 de julio de 2015.

101. Jack Khoury, Ido Efrati y Gili Cohen, «Family of Slain Palestinian Infant Clings to Life, Clashes in West Bank», *Haaretz*, 1 de agosto de 2015; Ido Efrati, «Ali Dawabshe's Mother Succumbs to Wounds Sustained in West Bank Arson», *Haaretz*, 7 de septiembre de 2015; Ilan Ben Zion y Judah Ari Gross, «Israel Arrests Jewish Terror Suspects in Deadly Firebombing», *Times of Israel*, 3 de diciembre de 2015.

102. «Netanyahu Blasts Jordan’s King Abdullah for Temple Mount Criticism» y «Jordan’s King Abdullah II Snubbing Netanyahu Over Temple Mount Violence», *Jewish Telegraphic Agency*, 21 y 24 de septiembre de 2015.

103. «Report: Netanyahu Wants to Talk to Palestinians About Settlement Blocs Borders», *Jewish Telegraphic Agency*, 26 de mayo de 2015.

104. «In Talk with Progressives, Netanyahu Suggests Israel Could Withdraw Unilaterally», *Jewish Telegraphic Agency*, 12 de noviembre de 2015.

105. Jonathan Lis y Barak Ravid, «Israeli Deputy Foreign Minister: I Dream of Israeli Flag on Temple Mount», *Haaretz*, 26 de octubre de 2015; Marissa Newman, «Bennett Urges Israeli Annexation of West Bank», *Times of Israel*, 28 de diciembre de 2015.

106. Barak Ravid, «Netanyahu to Putin: S-300 Sale Will Only Make Iran More Aggressive», *Haaretz*, 14 de abril de 2015; Judah Ari Gross, «Putin Warns Israel Not to Sell Arms to Ukraine», *Times of Israel*, 19 de abril de 2015.

107. La expresión es del analista de geopolítica y relaciones internacionales Seth Frantzman. Véase, por ejemplo, Seth Frantzman, «Iran's "Thousand Paper Cuts" Strategy Against Israel», *The Messenger*, 17 de septiembre de 2023.

108. Mark Galeotti, «Why Did It Take Turkey Just 17 Seconds to Shoot Down Russian Jet?» *The Guardian*, 26 de noviembre de 2015; Ron Kampeas, «4 Israeli Reactions to the Russia-Turkey Fallout», *Jewish Telegraphic Agency*, 1 de diciembre de 2015.

109. «Turkey, Israel Sign Deal to Normalise Ties After Six Years», *Reuters*, 28 de junio de 2016.

110. «Turkic Group to Change Its Name to Organization of Turkic States: Turkish FM», *Hürriyet Daily News*, 12 de noviembre de 2021.

111. El acuerdo íntegro puede ser consultado en inglés en «Full Text: The Complete Version of the Western Wall Compromise from January 2016», *Times of Israel*, 4 de julio de 2017.

112. Barak Ravid, «Giving In to Ultra-Orthodox, Cabinet Drops Compromise on Mixed Prayer Space at Western Wall», *Haaretz*, 25 de junio de 2017.

113. Elisha Ben Kimon e Itay Blumental, «Soldier Says Terrorist Moved, Could Have Set Off a Bomb», *Yediot Ahronot*, 24 de marzo de 2016.

114. «Top-Tier Singers to Headline Tel Aviv Rally for Hebron Soldier», *Times of Israel*, 17 de abril de 2016.

115. «Top Israeli General Walks Back Apparent Israel-Nazi Comparison on Holocaust Day», *Jewish Telegraphic Agency*, 5 de mayo de 2016; «Netanyahu: General Belittles Holocaust by Comparing Israeli Army to Nazis», *Jewish Telegraphic Agency*, 8 de mayo de 2016; «Military Subordinate to Politicians, Netanyahu and Defense Chief Agree After Row», *Jewish Telegraphic Agency*, 16 de mayo de 2016.

116. «Former Israeli Prime Minister: Netanyahu Enabling “Budding Fascism“», *Jewish Telegraphic Agency*, 17 de junio de 2016; véase también «When an Israeli Soldier Kills a Wounded Terrorist», *The Economist*, 5 de abril de 2016.

117. «Netanyahu Investigation Launched, Reportedly for Money Laundering», *Jewish Telegraphic Agency*, 10 de julio de 2016.

118. El vídeo en cuestión, de solo 35 segundos de duración, puede visualizarse en youtube.com/watch?v=tm5Je73bYOY.

119. «Netanyahu “Rejects” Trump’s Muslim Remarks, Will Meet with Him Anyway», *Jewish Telegraphic Agency*, 8 de diciembre de 2015.

120. Austin Ramzy, «Comments by Donald Trump Draw Fears of an Arms Race in Asia», *The New York Times*, 28 de marzo de 2016; Anna Fifield, «In Japan and South Korea, Bewilderment at Trump's Suggestion They Build Nukes», *The Washington Post*, 28 de marzo de 2016.

121. Eric Cortellessa, «Trump’s Pentagon Chief: The Capital of Israel Is Tel Aviv», *Times of Israel*, 12 de enero de 2017.

122. Ron Kampeas, «Is Trump Reversing Course on Settlements and Iran?», *Jewish Telegraphic Agency*, 3 de febrero de 2017.

123. Nina Lakhani y Peter Beaumont, «Mexico Calls on Netanyahu to Apologize for Tweet About US Border Wall», *The Guardian*, 30 de enero de 2017.

124. «Israel’s Defense Minister Proclaims Peace Closer than Ever», *Jewish Telegraphic Agency*, 9 de junio de 2017.

125. Rebecca Tan, «The Leaders of India and Israel Are Forming a Lasting Bromance», *Vox*, 6 de julio de 2017.

126. «Jewish Groups Critical of Hungarian Praise for Hitler Ally», *Associated Press*, 23 de junio de 2017; Stuart Winer, «Israel Accepts Hungary's Clarification over PM's Praise for Nazi-Allied WWII Leader», *Times of Israel*, 2 de julio de 2017.

127. El 9 de enero de 2018 se filtró una conversación en la que Yair Netanyahu, bebido, se jactaba de irse con prostitutas. El hijo del primer ministro se disculpó y denunció al chófer por violación de la privacidad; finalmente el asunto se resolvió con un acuerdo extrajudicial por el que este le abonó unos 7.800 euros en noviembre de 2019. Marcy Oster, «Yair Netanyahu's Former Driver Pays to Settle Lawsuit by Prime Minister's Son», *Jewish Telegraphic Agency*, 3 de noviembre de 2019.

128. Andrew Tobin, «Netanyahu’s Son’s Facebook Page Is Getting Him in Trouble», *Jewish Telegraphic Agency*, 16 de agosto de 2017.

129. Julian Borger, Saeed Kamali Dehghan y Peter Beaumont, «Trump Threatens to Rip Up Iran Nuclear Deal Unless US and Allies Fix “Serious Flaws”», *The Guardian*, 13 de octubre de 2017.

130. «The Saudi Hand in Saad Hariri’s Resignation as Lebanese Prime Minister», *The Economist*, 11 de noviembre de 2017.

131. Mark Landler, «Trump Abandons Iran Nuclear Deal He Long Scorned», *The New York Times*, 8 de mayo de 2018.

132. David Halbfinger, David Sanger y Ronen Bergman, «Israel Says Secret Files Detail Iran's Nuclear Subterfuge», *The New York Times*, 30 de abril de 2018.

1. Andrew Tobin, «Israel May Ban Political Opinions in College Classrooms — And Professors Are Furious», *Jewish Telegraphic Agency*, 13 de junio de 2017.

2. Andrew Tobin, «Israel's Government Opposes Adoption by Same-Sex Couples, so Gay Celebrities Are Speaking Out», *Jewish Telegraphic Agency*, 19 de julio de 2017.

3. Andrew Pulver, «Natalie Portman Pulls Out of Israel Award Due to “Distressing Recent Events“ There», *The Guardian*, 20 de abril de 2018.

4. «Israel’s Supreme Court Strikes Down Law Increasing Number of Draft Exemptions for Yeshiva Students», *Jewish Telegraphic Agency*, 12 de septiembre de 2017.

5. Lahav Harkov, Eliyahu Kamisher y Udi Shaham, «Israel Mourns Police Officers Killed in Friday's Temple Mount Attack», *The Jerusalem Post*, 14 de julio de 2017; Isabel Kershner, «Deadly Violence Erupts in Standoff Over Mosque in Jerusalem», *The New York Times*, 21 de julio de 2017; Daniel Eisenbud y Ben Lynfield, «Muslim Authorities Approve Temple Mount Prayers After Cameras Removed», *The Jerusalem Post*, 27 de julio de 2017.

6. Marcy Oster, «Deaths on Gaza Border Hand Hamas a PR Victory and Israel an Angry Internal Debate», *Jewish Telegraphic Agency*, 2 de abril de 2018. Las protestas esporádicas y los intentos de infiltración continuaron hasta muy entrado el 2019 y acabaron causando 223 muertos palestinos.

7. Andrew Silow-Carroll, «Mahmoud Abbas' Remarks on the Holocaust Help Explain Why Two-State Solution Is Dying», *Jewish Telegraphic Agency*, 2 de mayo de 2018.

8. Alexander Fulbright, «Turkey's Erdoğan Threatens Ties with Israel over Support for Kurds», *Times of Israel*, 26 de septiembre de 2017.

9. Noa Landau, «Colombia Recognizes Palestine as Sovereign State», *Haaretz*, 9 de agosto de 2018.

10. Ron Kampeas, «How Netanyahu's Cozy Relationship with the Saudi Crown Prince Could Cost Israel», *Jewish Telegraphic Agency*, 13 de noviembre de 2018. Para una visión más general del caso Khashoggi véase Shane Harris, Greg Miller y Josh Dowsey, «CIA Concludes Saudi Crown Prince Ordered Jamal Khashoggi's Assassination», *The Washington Post*, 16 de noviembre de 2018.

11. Judah Ari Gross, «IDF Opens Probes into Gaza Special Ops Raid that Went Awry», *Times of Israel*, 27 de noviembre de 2018; «Hamas Radio Chatter Shows IDF Commandos Were Initially Thought to Be Criminals», *Times of Israel*, 20 de noviembre de 2018; Judah Ari Gross, «Soldier Critically Hurt as More than 300 Rockets, Shells from Gaza Pummel South», *Times of Israel*, 12 de noviembre de 2018; Tovah Lazaroff, «Netanyahu Cuts Paris Trip Short to Return in Light of Gaza Situation», *The Jerusalem Post*, 11 de noviembre de 2018; Adam Rasgon, «As Cross-Border Violence Flares, Abbas Cuts Trip Abroad Short», *Times of Israel*, 13 de noviembre de 2018; Raoul Wootliff, «Defense Minister, 3 Colleagues Oppose Gaza Ceasefire Said Pushed by Netanyahu», *Times of Israel*, 13 de noviembre de 2018; Chaim Levinson, «Israel's Defense Chief Resigns, Slams Netanyahu for "Surrendering to Hamas Terror"», *Haaretz*, 14 de noviembre de 2018.

12. Ruth Eglash, «Israel Headed to Elections as Netanyahu’s Coalition Dissolves Parliament», *The Washington Post*, 24 de diciembre de 2018.

13. Marcy Oster, «Israel's Attorney General Expected to Decide on Netanyahu Indictments by Next Month», «Netanyahu Calls of Chance to Debate His Accusers on Live TV» y «Netanyahu Hit with Corruption Charges Weeks Before Elections», *Jewish Telegraphic Agency*, 6 y 7 de enero y 28 de febrero de 2019; Ben Sales, «Benjamin Netanyahu's Corruption Scandals, Explained», *Jewish Telegraphic Agency*, 1 de marzo de 2019.

14. Ben Caspit, «Netanyahu Polishes Security Image in Moscow as Vote Approaches», *Al-Monitor*, 3 de abril de 2019.

15. Mark Landler y David Halbfinger, «Trump, With Netanyahu, Formally Recognizes Israel’s Authority Over Golan Heights», 25 de marzo de 2019.

16. «Emmanuel Macron Meets with Yair Lapid Four Days Before Israeli Elections», *Times of Israel*, 6 de abril de 2019.

17. El nombre de la principal alianza opositora hacía referencia a los colores de la bandera israelí y reflejaba el deseo de presentarse como una gran fuerza central que encarnaba los valores de la unidad y la responsabilidad nacional.

18. «Final Election Results: Bennett Wiped Out; Netanyahu’s Likud Gains One Seat», *Haaretz*, 12 de abril de 2019.

19. «“Read My Lips“: Labor Leader Sheds Iconic Mustache After 47 Years», *Times of Israel*, 25 de agosto de 2019.

20. Jonathan Lis, «Israel to Hold Unprecedented Third Election in a Year After Knesset Dissolves», *Haaretz*, 12 de diciembre de 2019.

21. Marcy Oster, «Likud Lawmaker Gideon Saar Calls for Leadership Primaries After Netanyahu Indictment», *Jewish Telegraphic Agency*, 24 de noviembre de 2019.

22. Oliver Holmes, «Israel: Netanyahu Wins Landslide in Battle for Likud Party Leadership», *The Guardian*, 27 de diciembre de 2019.

23. Marcy Oster, «Benny Gantz Says He Will Annex Jordan Valley After Elections», *Jewish Telegraphic Agency*, 21 de enero de 2020.

24. El plan de paz de Trump puede ser consultado íntegramente en shorturl.at/fmuQ2.

25. Es importante tener aquí presente la distinción entre 1) una anexión unilateral de Cisjordania (o del área C), que invalidaría el establecimiento de un Estado palestino, y 2) una propuesta como el plan de Trump, que atribuía unos territorios a Israel pero que, aunque globalmente fuese más favorable a los intereses hebreos que el marco de Oslo, también obligaba a ceder otros tantos. Netanyahu no quería la primera opción, pero sí que estaba abierto a la segunda, especialmente en la medida en que fuese compatible con la normalización con Arabia Saudí. Para el testimonio del primer ministro sobre la cuestión, Benjamin Netanyahu, *op. cit.*, pp. 617-635.

26. Marcy Oster, «Arab League Unanimously Rejects Trump Plan», *Jewish Telegraphic Agency*, 3 de febrero de 2020.

27. Marcy Oster, «Prime Minister Netanyahu's Corruption Trial to Open 2 Weeks After Elections» y «Same-Sex Couples and Single Men Should Be Eligible for Surrogacy, Israel's Supreme Court Rules», *Jewish Telegraphic Agency*, 18 y 27 de febrero de 2020.

28. Raoul Wootliff, «Final Results Show Likud with 36 Seats, Netanyahu Bloc Short of Majority with 58», *Times of Israel*, 5 de marzo de 2020.

29. Janice Hwang, «Israel Election Update: No Coalition in Sight», *Jewish Telegraphic Agency*, 13 de marzo de 2020; Oliver Holmes, «Benny Gantz Elected Israeli Speaker, Signalling Deal with Netanyahu», *The Guardian*, 26 de marzo de 2020; Marcy Oster, «Right-Wing Alliance Won't Join Israel's Government Coalition After Saying Netanyahu Offers Fall Short», *Jewish Telegraphic Agency*, 13 de mayo de 2020.

30. Ron Kampeas, «With New Israeli Government in Place, Netanyahu Recommits to Trump Peace Plan», *Jewish Telegraphic Agency*, 22 de mayo de 2020.

31. Marcy Oster, «Benny Gantz Won’t Support Annexation of West Bank Territory with Large Palestinian Population, Israeli TV Reports» y «July 1 “Not Sacred Date” for Annexation, Benny Gantz Tells US Peace Plan Diplomats», *Jewish Telegraphic Agency*, 18 y 29 de junio de 2020; Peter Beaumont, «Boris Johnson Warns Against Annexation in Israeli Newspaper Article», *The Guardian*, 1 de julio de 2020.

32. Jack Khoury y Noa Landau, «Massive Beirut Port Blast Kills Over 100, Leaves Thousands Wounded», *Haaretz*, 5 de agosto de 2020.

33. «Israel, UAE and Bahrain Sign Abraham Accord; Trump Says «Dawn of New Middle East»», *The Hindu*, 16 de septiembre de 2020; Matthew Lee, «Israel, Morocco to Normalize Ties; US Shifts W Sahara Policy», *Associated Press*, 10 de diciembre de 2020; Marcy Oster, «US Will Not Consent to West Bank Annexation «for Some Time», Jared Kushner Says», *Jewish Telegraphic Agency*, 17 de agosto de 2020; Ron Kampeas, «Netanyahu: Equatorial Guinea Plans to Move Embassy to Jerusalem», *Jewish Telegraphic Agency*, 21 de febrero de 2021; Cnaan Liphshiz, «Czech Prime Minister Opens Jerusalem Embassy Office on COVID-Related Israel Trip with Hungarian Counterpart» y «Kosovo to Open Embassy in Jerusalem as Israel Recognizes the Balkan Nation», *Jewish Telegraphic Agency*, 12 de marzo y 1 de febrero de 2020.

34. En hebreo, ראש הממשלה חהליפי. La ley básica modificada puede consultarse digitalmente (en hebreo) en shorturl.at/czCF1. Véase también Assaf Shapira, «The Rotation Agreement: One State, Two Governments», *Times of Israel*, 4 de mayo de 2020.

35. El último presupuesto aprobado en Israel había recibido el visto bueno de la Knéset en 2018, antes que comenzase todo el ciclo de elecciones e inestabilidad. Cuando se da la circunstancia de que el gobierno que ha ganado la confianza parlamentaria no cuenta con presupuestos vigentes, tiene la obligación legal de aprobar unos en los tres primeros meses a contar desde la investidura, y en caso contrario se produce una convocatoria automática de nuevos comicios.

36. Jonathan Lis y Chaim Levinson, «The Knéset Dissolves; Israelis Will Return to the Polls on March 23», *Haaretz*, 23 de diciembre de 2020.

37. «Quitting Likud to Join Sa'ar, Ze'ev Elkin Says Netanyahu Forced these Elections», *Times of Israel*, 23 de diciembre de 2020.

38. Steve Hendrix, «Netanyahu Has No Clear Path to Remain Prime Minister, Official Israeli Results Show», *The Washington Post*, 25 de marzo de 2021.

39. Jonathan Lis, «Renegade Right-Wing Lawmaker Doubles Down on Threat to Bennett-Led Coalition», *Haaretz*, 6 de mayo de 2021.

40. «Police Burst into Temple Mount Compound as Hundreds Riot After Ramadan Prayers» y «73-Year-Old Israeli Woman Who Fell in Rocket Shelter Dies of Injuries», 7 y 23 de mayo de 2021; Judah Ari Gross, «IDF Sends Reinforcements to Gaza Border as Hamas Issues Ultimatum on Jerusalem», *Times of Israel*, 10 de mayo de 2021.

41. Ron Kampeas, «Diverse Group of Israeli Parties Agree to Form Coalition and Oust Netanyahu», *Jewish Telegraphic Agency*, 30 de mayo de 2021.

42. Alexander Fulbright, «Sa'ar: If You Want Netanyahu as Prime Minister, Don't Vote for Me», *Times of Israel*, 12 de diciembre de 2020.

43. Bennett había llegado a afirmar en televisión, pocos días antes de los comicios, que no compartiría el poder con Yair Lapid en ninguna rotación e incluso había rubricado un papel ante las cámaras donde estaba escrito eso mismo.

44. Los ocho primeros candidatos de la lista electoral del Yamina eran los siguientes: (1) Naftalí Bennett, (2) Ayelet Shaked, (3) Alon Davidi, (4) Matan Kahana, (5) Amichai Chikli, (6) Nir Orbach, (7) Abir Kara y (8) Idit Silman.

Al anunciarse el acuerdo de gobierno el número tres, Alon Davidi, alcalde de Sederot, dimitió porque estaba en contra del mismo, y el número cinco, Amichai Chikli, se rebeló y se unió a la oposición de Netanyahu, de manera que el gobierno nacía con solo 61 diputados de los 62 que le hubieran correspondido sobre el papel. Los demás siguieron la consigna de Bennett pero, a excepción de Matan Kahana, tenían reservas importantes sobre aquella decisión que traslucieron a lo largo de los meses siguientes.

45. Naftali Bennett, «A Good-Will Government Was Possible in Israel», *The New York Times*, 27 de noviembre de 2022.

46. Allison Kaplan Sommer, «Explained: The Controversial Law that Endangers the New Israeli Government», *Haaretz*, 20 de junio de 2021; Noa Shpigel, «Israel Just Re-Banned Palestinian Family Unification. What Does this Law Do, and How Can It Be Fought?» *Haaretz*, 12 de marzo de 2021.

47. «58% רוביצהמ :דוקפת הלשממה סוחתב סחיבה — עורג», *HaChadashot 12*, 29 de marzo de 2022.

48. Patrick Kingsley e Isabel Kershner, «Israel’s Government in Crisis After Senior Lawmaker Quits Coalition», *The New York Times*, 6 de abril de 2022.

49. La ley israelí antitransfuguismo, pensada para disuadir a los diputados volubles de voltearse a cambio de ministerios o promociones, establece que un diputado designado como rebelde no puede formar parte de las siguientes listas electorales en ningún partido que no sea fundado por él mismo, ni tampoco puede ser ministro del gobierno durante la legislatura en la que haya sido declarado rebelde, decisión que depende de la facción con la que ha sido elegido. Ello no obstante, si más de un tercio de los diputados de una facción se escinden, no pueden ser declarados desertores. Yamina obtuvo siete escaños, lo cual exige tres diputados para que pueda hacerse una escisión no tránsfuga. Amichai Shikli fue declarado desertor, pero Idit Silman no, porque los parlamentarios Abir Kara, Nir Orbach y Ayelet Shaked amenazaron a Bennett con escindirse si intentaba forzar tal designación.

50. «Israeli Coalition Dealt a Blow with Loss of West Bank Settler Law Vote», *The Guardian*, 7 de junio de 2022.

51. Sara Serfaty, «Likud Blasts Yesha Council Head After He Urges Party to Back Settlement Bill», *Times of Israel*, 3 de junio de 2022. Las críticas dentro del mundo colono por este pronunciamiento público acabarían conllevando la dimisión de Elhayani un mes después; véase Jeremy Sharon, «Beleaguered Head of Key Settlement Umbrella Group Announces Resignation», *Times of Israel*, 10 de julio de 2022.

52. «Sacrifice for the Jewish Nation Is Rational», *Caroline Glick's Mideast News Hour*, 8 de mayo de 2022. La entrevista puede recuperarse íntegramente en youtube.com/watch?v=gTQ5mqyLI0s.

53. «Sa’ar Warns Coalition Facing “Downward Slope” After Failing to Pass Settler Law», *Times of Israel*, 7 de junio de 2022.

54. Gil Hoffman, «MK Nir Orbach Says He Is Not Part of Israel's Coalition», *The Jerusalem Post*, 13 de junio de 2022.

55. Kahana, el único parlamentario del Yamina realmente leal a Bennett, había comentado a los estudiantes de un instituto de Efrat en una charla que si hubiera un botón que mandase a todos los árabes a Suiza en un tren expreso, él lo apretaría encantado, pero que como no es así hay que convivir con ellos. La Lista Conjunta lo vio como una incitación a la limpieza étnica y su representante, Tibi, declaró que muy pronto apretaría el botón que mandaría a Kahana fuera de la Knéset (el del sí a la disolución del Parlamento, se entiende), pero naturalmente no estaba dispuesto a pulsar el botón verde que haría a Netanyahu primer ministro.

56. Carrie Keller Lynn, «Coalition Heads Announce Vote to Dissolve Knesset Next Week, Lapid to Be Interim PM», *Times of Israel*, 20 de junio de 2022.

57. Ari Rabinovitch, «Lapid to Become New Prime Minister as Israel Heads to Election», *Reuters*, 20 de junio de 2022.

58. Ron Kampeas, «In his First UN Speech, Naftali Bennett Sounded Different from Netanyahu», *Jewish Telegraphic Agency*, 27 de septiembre de 2021.

59. Ron Kampeas, «Biden and Bennett Delay but Do Not Cancel Their Meeting in Wake of Deadly Kabul Airport Bombing» y «Biden and Bennett Focus on Iran in First Meeting: «If Diplomacy Fails, We’re Ready to Turn to Other Options», *Jewish Telegraphic Agency*, 26 y 27 de agosto de 2021.

60. Maya Gebeily y Maayan Lubell, «Israel, Lebanon Finalise Maritime Demarcation Deal Without Mutual Recognition», *Reuters*, 27 de octubre de 2022.

61. Fusión del Kachol Lavan, de Benny Gantz, con el Tikva Chadasha de Gideon Saar.

62. «Israel Election Final Results: Netanyahu, Jewish Far Right Win Power, Fiasco for Left», *Haaretz*, 3 de noviembre de 2022.

63. Una reflexión previa a la convocatoria de comicios sobre esta cuestión, en Herb Keinon, «Bennett Is Still Struggling with Issues of Legitimacy», *The Jerusalem Post*, 3 de junio de 2022.

64. Andrew Lapin, «Netanyahu Defends His Pending FarRight Coalition: «Two Hands Firmly on the Steering Wheel»», *Jewish Telegraphic Agency*, 15 de diciembre de 2022.

65. Hay algunas excepciones, muy pocas, que sí que exigen supermayorías, como la destitución de los titulares de determinados cargos (presidente de la Knéset y del país) o la modificación del artículo 44 de la Ley Básica de la Knéset, que blinda las atribuciones parlamentarias en escenarios de emergencia.

66. Ron Kampeas, «Israel’s Supreme Court Bans Lawmaker from Minister Post, Setting Up Potential Coalition Crisis», *Jewish Telegraphic Agency*, 18 de enero de 2023.

67. Philissa Cramer, «Making Good on Campaign Vow, Netanyahu Government Introduces Bill to Diminish Israel's Top Court», *Jewish Telegraphic Agency*, 5 de enero de 2023.

68. Alex Lederman, «Israeli Democracy May Not Survive a «Reform» of Its Supreme Court», *Jewish Telegraphic Agency*, 6 de enero de 2023.

69. Noa Shpigel, «Gantz Slams Netanyahu's "Coup d'Etat", Blames Him for Brewing "Civil War"», *Haaretz*, 9 de enero de 2023.

70. Philissa Cramer, «2 Israeli Tech Firms to Pull Funds Out of the Country, Citing Risk Posed by Netanyahu Government» y «Biden Weighs In on Israel's Proposed Judiciary Changes: "Genius" of Democracy Includes "Independent Judiciary"», *Jewish Telegraphic Agency*, 26 de enero y 12 de febrero de 2023; David Klein, «Macron to Netanyahu: Proposed Supreme Court Changes Threaten Israeli Democracy», *Jewish Telegraphic Agency*, 3 de febrero de 2023.

71. Philissa Cramer, «Fearing “Constitutional and Social Collapse”, Israel’s President Begs for Compromise on Judicial Reform», *Jewish Telegraphic Agency*, 12 de febrero de 2023.

72. Zvika Klein, «Gov't Drops Bill Proposing Penalty for Immodestly Dressed Women at the Kotel», *The Jerusalem Post*, 9 de febrero de 2023.

73. David Klein, «Oman, Once Thought to Be Next Abraham Accords Signer, Criminalizes Relations with Israel», *Jewish Telegraphic Agency*, 4 de enero de 2023.

74. Patrick Wintour, «Iran and Saudi Arabia Agree to Restore Ties after China-Brokered Talks», *The Guardian*, 10 de marzo de 2023; Peter Baker, «Chinese-Brokered Deal Upends Mideast Diplomacy and Challenges U.S.», *The New York Times*, 11 de marzo de 2023.

75. Bethan Mckernan, «Fist Bumps as Joe Biden Arrives to Reset Ties with «Pariah» Saudi Arabia», *The Guardian*, 16 de julio de 2022.

76. Samia Nakhoul, James Mackenzie, Matt Spetalnick y Aziz El Yaakoubi, «Exclusive: US-Saudi Defence Pact Tied to Israel Deal, Palestinian Demands Put Aside», *Reuters*, 29 de septiembre de 2023.

Israel. La tierra más disputada. Del sionismo al conflicto de Palestina
Joan B. Culla y Adrià Fortet Martínez

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447

© Herederos de Joan B. Culla, 2024
© Adrià Fortet Martínez, 2024

Diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la portada, © Diego Mallo

© Raval Edicions, SLU, Pòrtic

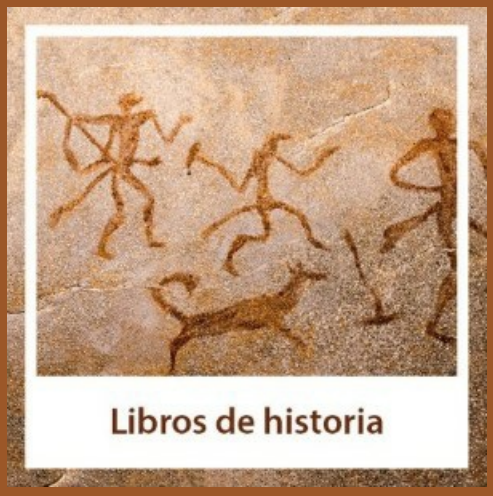
© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2024
Ediciones Península
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2024

ISBN: 978-84-1100-248-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!